UAN
D AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

P. TEN
LA
CA
2
BX2353
R3
1885
V.2
c.1
011767



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080022939

LA MUJER CATÓLICA.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA
MUJER CATÓLICA,

POR

el R. P. Ventura de Ráulica,

ANTIGUO GENERAL DE LOS TEATINOS, CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACION DE RITOS, Y EXAMINADOR DE LOS OBISPOS Y CLERO ROMANO,

TRADUCIDA

POR EL DOCTOR D. ILDEFONSO JOSÉ NIETO,

Capellan de honor y predicador de S. M.

NUEVA EDICION.

TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria
Capilla Alfonsina

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
calle del Cármen, núm. 29.
1885.

47855

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX2353
R3
1885
V.2

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad.

MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra» Paseo de San Vicente, núm 20.

LA MUJER CATÓLICA.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

PROSIGUE LA ÉPOCA DE LOS PADRES, Ó LA MUJER CATÓLICA EN LA CÓRTE, CRISTIANIZANDO EL IMPERIO Y AYUDANDO Á LOS PADRES Y Á LOS PONTÍFICES Á DESTRUIR LAS HEREJÍAS.

§ XXVII, 1.°—Constantino el Grande convertido al Cristianismo por las mujeres.—Celo de Eutropia, su suegra.—Prodigios de humildad, de caridad y de fervor de Santa Elena, su madre, y de Santa Constanza, su hija.—El Papa San Liberio, desterrado por el emperador Constante, es restituido á su silla por el celo de las matronas romanas.

Al mismo tiempo que la mujer católica trabajaba en su casa particular para educar á los Padres de la Iglesia y formar las costumbres cristianas, no mostraba ménos celo en la córte para introducir en ella el Cristianismo, donde su accion no fué ménos eficaz para la destruccion del paganismo y de las herejías. Bajo este punto de vista vamos á considerar ahora á la mujer católica de la misma época. Mas para esto es necesario que penetremos en el interior del palacio de los Césares, porque allí fué donde ella apareció entónces en toda la grandeza y en todo el poder á que el Cristianismo la habia elevado; allí fué donde ella enarboló la bandera de la verdadera fe y de la verdadera virtud, donde la hizo triunfar, y donde, como otra nueva María, se hizo ella, por su sabiduría y sus sublimes ejemplos, la guía y la defensa del verdadero pueblo de

011767

Dios en el camino del Cristianismo y de la perfeccion del Evangelio.

En primer lugar, el destructor del paganismo en el imperio romano, el primero de los emperadores cristianos, Constantino el Grande, fué convertido al Cristianismo por las mujeres. Ya hemos visto cuán grande era la fe de la emperatriz Severa Augusta, y cuán grande era su piedad en las pruebas que dió en el martirio de Santa Susana. Su hija Valeria, que segun Lactancio se habiá hecho cristiana al mismo tiempo que su madre, no era ménos fervorosa ni ménos celosa que ella. Habiendo introducido estas dos mujeres el Cristianismo en el palacio de Diocleciano, de quien la una era esposa y la otra hija, ellas fueron las que dieron las primeras ideas de esta religion al jóven Constantino, educado en el palacio del emperador, «y le enseñaron á amar la piedad cristiana que él profesó despues.» (Rohrbacher, *Hist.*, lib. xxx.)

Eutropia, la viuda del perseguidor Maximiano Hércules, era una fervorosa cristiana, lo mismo que su hija, á quien ella dió por esposa á Constantino. Habiendo ido Eutropia en peregrinacion á los Santos Lugares para cumplir un voto, vió que cerca de la famosa encina de Mambre, á treinta leguas de Jerusalen, donde Abrahan habia ejercido la hospitalidad con los ángeles, habian erigido un altar á los infames ídolos, á quienes ofrecian sacrificios impíos; é indignada al ver aquellos lugares augustos profanados por tantas supersticiones, escribió cartas llenas de fervor al emperador, su yerno, en cuya virtud Constantino escribió á su vez á San Macario y á los demas obispos de Palestina quejándose de su negligencia en permitir tal profanacion, y mandó al conde Acacio que hiciese quemar los ídolos, destruir los altares y castigar á los que, contra esta prohibicion, se atreviesen á cometer cualquiera impiedad. Poco tiempo despues, siempre á instancias de su suegra, hizo Constantino edificar en el mismo sitio una magnífica iglesia. (Euseb., *in Vita Constant.*)

En la misma Jerusalen se habian esforzado los paganos por abolir todos los recuerdos de los misterios del Salvador. Ellos habian tapado la gruta del Santo Sepulcro y edificado sobre ella un templo á Vénus, á fin de que pareciese que los cristianos adoraban á este ídolo cuando iban á aquel lugar á adorar á Jesucristo. Pues bien, Constantino hizo destruir aquel teatro de impiedad y de des-

enfreno, en lugar tan venerable, edificando en el mismo lugar una magnífica iglesia. «Yo os encargo, decia en esta ocasion al obispo Macario, que ese edificio exceda en riqueza y en belleza, no sólo á todas las iglesias, sino á todos los edificios de las demas ciudades. Yo he mandado, añadia, á Draciciano, gobernador de la provincia, que ponga á vuestra disposicion el número de operarios que juzgueis necesario para la construccion de ese edificio. Decidme los mármoles preciosos y las columnas que deseais para embellecerlo, á fin de que yo las haga conducir ahí. Si creeis conveniente que la bóveda de la iglesia sea adornada con artesonados, se podrá adornar con oro.» Pero todas estas disposiciones y estas órdenes se dieron á instancia de las mujeres, la madre y la hermana de Constantino, y fueron dictadas por ellas.

Apénas se convirtió al Cristianismo Elena, madre de Constantino, por las exhortaciones y las súplicas de Santa Constanza, su hija, cuando se hizo una santa, y ella fué quien, en union de esta misma hija, decidiendo á su hijo, en medio de sus veleidades y de sus dudas, á abrazar el Cristianismo, dió á la Iglesia el primer emperador cristiano. Constantino le habia dado el título de *augusta* ó de emperatriz, habia hecho grabar su efigie en las monedas de oro y habia puesto á su disposicion grandes riquezas. Sin embargo, esta elevada princesa, que ocupaba el primer lugar en la córte, ambicionaba el último lugar en las asambleas de los fieles. Se la veia con un vestido sencillo y modesto, confundida con la multitud, sin distinguirse de ella más que por las prácticas de la piedad, de la humildad y de la caridad. Ella no usaba de sus tesoros sino en favor de los pobres, á quienes socorria con un cuidado maternal, y de las iglesias, que proveia de toda clase de ornamentos, sin olvidarse ni áun de los oratorios de las más pequeñas ciudades.

Á pesar de su avanzada edad quiso visitar los Santos Lugares, y en tanto que su hijo recorria otras comarcas, sujetándolas por la fuerza de sus ejércitos, Santa Elena recorria el Oriente, haciéndolo feliz con sus beneficios y con su humildad, y edificándole con su religion. Ella hizo donaciones extraordinarias á los militares que habian sido olvidados, á los pueblos pobres y á todos los particulares que imploraban su caridad. Á unos daba dinero y á otros vestidos. Ella llamaba á los desterrados, libraba á los prisioneros, concedia la libertad á los infelices condenados á los trabajos de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

minas; y el Oriente, admirado, conoció por primera vez lo que es una princesa verdaderamente cristiana.

Al mismo tiempo, por honor del Santo Sepulcro, se encargó de ejecutar las órdenes de su hijo, que ella misma habia provocado; á su vista fueron destruidos y reducidos á polvo el ídolo infame de Vénus y el templo inmundo que lo contenia, y que profanaba los lugares de la cruz y de la resurreccion. Por sus órdenes se excavó el terreno y se profundizó hasta encontrar el Santo Sepulcro, encontrándose tambien junto á él la cruz del Salvador. Ella hizo depositar una porcion de aquel sagrado madero en una caja de plata, cuya custodia confió al obispo de la diócesis para conservarla á la posteridad (S. Paulin., Epist. 21 *ad Sev.*), y por el celo que ella manifestó en honrar este augusto signo de la redencion universal, erigiéndole templos magníficos en Jerusalen y en Roma (1), convirtió la cruz, ese signo de oprobio, como que era el patíbulo de los criminales, en un signo de gloria, con el que los reyes comenzaron desde entónces á adornar su frente, é hizo, segun el contexto literal de la profecía, *que Dios reinase desde lo alto del leño.* Ella hizo tambien edificar la iglesia del Santo Sepulcro, la del Monte de las Olivas, para honrar el lugar de la Ascension del Señor, y otra iglesia en Belen, para honrar la gruta santificada por su nacimiento; y todos estos edificios sagrados fueron enriquecidos por ella con ornamentos preciosos y con vasos de plata y de oro, que han atestiguado á los siglos futuros la liberalidad del hijo y la piedad de la madre.

Mas ved aquí un rasgo del sentimiento de humildad, de caridad y de fe que constituia el fondo de la religion de Santa Elena. Durante su residencia en Palestina quiso tambien honrar á las vírgenes consagradas á Dios, á las santas esposas de este mismo Señor, cuyas santas reliquias habia honrado; con este objeto las reunió á todas en un mismo local, y habiéndolas hecho sentar sobre unas esteras, les lavó los piés y las manos, les sirvió á la mesa, llevando ella misma los platos, sirviéndoles el vino y dándoselo á beber.

Á peticion suya y á ejemplo suyo, Constantino dotó ricamente

(1) Estas dos iglesias subsisten todavía en aquellas dos ciudades: la de Roma se llama la *basílica de la Santa Cruz de Jerusalen.* En ella es donde se conservan los mayores trozos de la verdadera cruz, y otras insignes reliquias de la pasion del Señor, que Santa Elena trajo de Jerusalen á Roma y depositó en el mismo templo.

la iglesia, y edificó tantos templos al Salvador y á los apóstoles (1). Finalmente, ella, con la santidad de sus costumbres, con el ejemplo de su piedad, con la sencillez y la modestia de sus vestidos, hizo reinar la castidad y la pobreza evangélica en el palacio de los Césares, que hasta entónces habia sido la mansion del lujo más desenfrenado, de la impiedad, del orgullo y del más espantoso libertinaje (2).

Santa Constanza, su hija, fué todavía más lejos: ella hizo que reinase tambien en él la santa virginidad. En primer lugar, curada milagrosamente en el sepulcro y por la intercesion de Santa Ines, y convertida ántes que toda su familia al Cristianismo, contribuyó mucho, como hemos dicho ya, á la conversion de sus augustos parientes. Mas como si no hubiese sido bastante para su fervor haberse hecho cristiana y haber hecho que lo fuesen tambien todas las personas que más amaba en la tierra, renunció al matrimonio, se consagró á la virginidad y al servicio de los pobres y de la Iglesia. Este bello ejemplo de la hija del emperador hizo una impresion profunda en las jóvenes de la nobleza romana. Un número prodigioso de estas jóvenes se unió á ella para observar la misma santa vida que ella. De modo que por ella, la primera jóven de la sangre imperial que profesó la virginidad voluntaria del Evangelio, el palacio de los Césares, que habia sido el templo de la deshonestidad, se convirtió en un convento de vírgenes cristianas y causó la admiracion y la santificacion de Roma.

Por consiguiente, si en el reinado de Constantino recibió el paganismo el golpe mortal en el mundo romano, y el Cristianismo reinó en su lugar, esto sucedió por inspiracion de las mujeres, esta fué la obra de su fe, de su piedad, de su celo y de su fervor.

El emperador Constancio, al suceder á Constantino, su padre, en el imperio, no le sucedió en sus sentimientos de adhesion respetuosa al Soberano Pontífice y de celo por la verdadera fe. Arrastrado Constancio por sus eunucos, á quienes se habia entregado total-

(1) La basílica *Sanctissimi Salvatoris*, sobre la colina de Letran, la madre de todas las iglesias, lo mismo que las basílicas *de San Pedro, de San Pablo, de los Santos doce Apóstoles* y otras, fueron erigidas por Constantino.

(2) Véanse los elogios que hicieron de Santa Elena San Ambrosio, San Agustin, Paulo Orosio, San Paulino y Sulpicio Severo, y segun Baronio, todos los historiadores de la Iglesia. Su fiesta se celebra el 18 de Agosto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente, y que habian caido todos en el arrianismo, se hizo un furioso arriano. Este fué el primero de los príncipes llamados cristianos que tuvo la insolencia sacrílega de declararse *jefe espiritual del Estado*. Este extraño papa, como lo han hecho despues *todos los papas de la misma clase*, arrojaba de sus sillas á los obispos legítimos y colocaba en su lugar otros pretendidos obispos creados por él, tan extraños como él al espíritu de Dios y de la Iglesia. No habiendo podido conseguir del papa San Liberio que firmase la inicua condenacion de San Atanasio y de todos los obispos de Oriente que habian permanecido fieles al Catolicismo, le hizo salir de Roma en medio de la noche, dice Fleury, y con mucha dificultad, por temor del pueblo, que le amaba ardientemente. (Lib. XIII, 19.) Le desterró á Borea, en Tracia, y colocó en su lugar á Félix, arcediano de la Iglesia romana, amigo y protector de la secta arriana.

Pero á falta del clero disperso, la mujer católica se encontró allí llena de fe, de celo y de adhesion á la verdadera cabeza de la Iglesia. Ella fué quien, poniéndose á la cabeza del pueblo católico de Roma (como se puso durante el destierro de San Juan Crisóstomo á la cabeza del pueblo de Constantinopla), le contuvo en el camino de la ortodoxia y le impidió tomar parte en la consagracion sacrílega de Félix. Así fué que la faccion arriana se vió obligada á ordenar á su antipapa en el palacio, no habiéndoles permitido el pueblo que entrasen en ninguna iglesia; y la ceremonia se hizo en un aislamiento tal, que solos tres eunucos representaron en ella la asamblea del pueblo.

Entre tanto Roma suspiraba por su legítimo pastor. Y ¿qué hicieron entónces las mujeres católicas? Ellas habian obligado á los grandes del imperio, sus esposos, á que pidiesen al emperador el regreso del Papa, desterrado dos años ántes; pero habiéndose excusado éstos, temiendo la cólera y los arrebatos furiosos del monarca, les dijeron ellas: «¡Pues bien, lo que el clero no puede hacer, ni vosotros os atreveis á hacer, lo harémos nosotras.» En efecto, vistiéndose y adornándose, como Judit, con la mayor magnificencia, á fin de que el nuevo perseguidor del pueblo de Dios, juzgando de su cualidad por sus vestidos, les tuviese más consideracion, se presentaron al emperador y en nombre del pueblo y de la Iglesia, le suplicaron «se apiadase de la gran ciudad, que se hallaba privada de su pastor y expuesta á los estragos de los lobos.» Era un espectáculo muy bello esta legacion de mujeres, por la que la Iglesia fué á pedir á un tirano la libertad de su augusta cabeza. La mujer católica se ha valido siempre de todos los medios posibles para salvar la fe católica y sostener la Iglesia. Habiendo respondido Constancio con frialdad que Roma tenía ya en la persona de Félix un pastor capaz de gobernarla, sin que hubiese necesidad de otros, las santas matronas tuvieron el valor de declararle que su papa Félix era nulo; que el pueblo no le queria, ni queria comunicarse con aquellos que corrompian la fe de Nicea, y para prueba de esto, le hicieron saber que nadie entraba en la iglesia cuando Félix estaba en ella. Movido el emperador por esta manifestacion, llena de franqueza y de dignidad, les prometió tener en consideracion su demanda, y poco tiempo despues envió cartas á Roma anunciando que Liberio sería llamado y que gobernaria la Iglesia de mancomun con Félix. Pero las buenas madres de la Iglesia estaban siempre allí para ilustrar al pueblo acerca de esta soldadura tan impía como estúpida. Así es que, cuando se leyeron las cartas imperiales en el circo, el pueblo se burló primero de ellas y despues gritaron todos á una voz: «Un Dios, un Jesucristo, un obispo.» Informado el emperador de esta manifestacion, tuvo miedo de una sedicion contra Félix y una rebelion contra él mismo. Se vió, pues, obligado á consentir, para aplacar al pueblo, que Liberio volviese á Roma y que gobernase de nuevo la Iglesia por sí solo. Apénas se supo en Roma que Liberio iba á llegar, cuando el pueblo, con las matronas á su cabeza, arrojó á Félix, corrió al encuentro de su pastor y le llevó en triunfo á la iglesia de San Pedro. Y Roma recobró su Pontífice y la Iglesia su cabeza en la plenitud de su libertad; y esto por la diligencia y el celo de las mujeres. (Socrat., lib. II.)

§ XXVII, 2.º—El emperador Máximo convertido tambien por su esposa y protegiendo el Cristianismo en la Gaula.—Comida célebre de San Martin en el palacio de la emperatriz.—Humildad y devocion de esta insigne mujer.—Por sus diligencias, San Martin y San Ambrosio se apoderaron del espíritu del emperador.—Bello pasaje de una jóven virgen, que rehusa recibir en su casa á San Martin, y respuesta, todavía más bella, del santo obispo.—Teodosio debia sus elevadas virtudes á su mujer y á su hijo.

Miéntras que un hijo de Constantino perseguia á los obispos católicos en Italia y en todo el Oriente, un bárbaro pagano, Máximo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á quien una revolucion militar habia elevado al Imperio, los respetaba y los honraba en la Gaula y en todo el Occidente; mas esto era tambien por la influencia de la mujer católica, porque su noble esposa fué la que, con su sabiduría, con su dulzura, con su profunda piedad, con su celo y su devocion á la Iglesia, suavizó las costumbres feroces de su esposo, lo atrajo al Cristianismo é hizo de él un protector de la Iglesia, y segun el testimonio de Sulpicio Severo, el hombre de todas las virtudes. Lo único que se le puede echar en cara es la usurpacion del trono; pero el mismo historiador insinúa que fué proclamado emperador por sus soldados, contra su voluntad (1).

Este príncipe habia establecido en Tréveris la silla de su Imperio. Pues bien, siempre que se le pedia alguna gracia ó se reclamaba justicia en favor de los pueblos nuevamente convertidos al Cristianismo, se recurria á la emperatriz, y por medio de ella se obtenia de su augusto esposo. Los gobernadores de las provincias y los magistrados sabian ya que no podian oprimir impunemente á los pobres, á los desgraciados ni á la Iglesia, y si la religion no corrió entónces ningun riesgo, si gozó de libertad en la Gaula é hizo allí admirables progresos, todo esto se debió á la emperatriz, á aquella fervorosa cristiana, tan celosa de defender el Cristianismo por su elevada posicion, como de honrarlo por sus virtudes.

San Martin de Tours, el gran apóstol y una de las glorias mayores de la Gaula cristiana, no siendo inclinado á tratarse con los grandes, se habia impuesto la obligacion de no aceptar jamas sus convites. Sin embargo, una vez se separó de esta regla, y fué por consideracion á la emperatriz, que se lo habia suplicado con instancia por sí y por medio del emperador, y porque los dos unidos le obligaron á ello de tal modo que no pudo excusarse. La santa princesa era tan afecta á la Iglesia, que el hombre de la Iglesia no podia negarse á esta invitacion. Él tenía tambien otras miras más extensas. Á consecuencia de la gran revolucion política que acababa de agitar la Gaula, San Martin, que era el padre y el obispo de los galos, tenía desterrados que hacer llamar, bienes confiscados que hacer devolver, prisioneros de Estado que dar libertad y cul-

(1) «Vir omni vitæ merito prædicandus, si ei diadema, tumultuante milite, impositum repudiare licuisset.»

pables que hacer indultar, y para alcanzar todo esto necesitaba la mediacion de la emperatriz; por otra parte, San Martin habia conocido que si la princesa deseaba que el santo obispo comiese á su mesa, no era tanto para hacer de ello un motivo de vanidad ó por ostentar el lujo de su casa, cuanto por satisfacer su fe y su devocion. En efecto, ella quiso preparar por sí misma los manjares que habia de presentar al hombre de Dios. Ella no comió con él, sino que se contentó con servirle; de modo que aquel dia se vió á la emperatriz, en presencia de la córte admirada, aderezando la mesa á su venerable huésped, presentándole la silla, dándole el lava-manos, llevándole las viandas, dándole de beber y permaneciendo en pié, inmóvil, con los ojos bajos, el semblante modesto, en actitud de una humilde sierva, ante un pobre obispo, á quien sólo recomendaban su carácter sagrado y sus virtudes; y cuando se acabó la comida, la vieron recoger cuidadosamente todo lo que el Santo Pontífice habia tocado y guardarlo como una preciosa reliquia. Este fué el triunfo de la humildad cristiana en la grandeza; esta fué una magnífica leccion del respeto que se debe á los ministros de la Iglesia por las personas del más alto rango, y los resultados de este ejemplo fueron inmensos. Sulpicio Severo, escritor cuasi contemporáneo, á quien debemos esta interesante relacion, nos dice tambien que siempre que el interes de la fe ó de la caridad llevaba á San Martin á la córte habia seguridad de ver á la emperatriz de rodillas á sus piés, como la Magdalena á los piés del Señor, y muchas veces regándolos con sus lágrimas y enjugándolos con sus cabellos, y tambien, como la Magdalena, escuchándole con un recogimiento profundo, sin perder ni una de sus palabras y sin dejarle jamas. Fácilmente se comprende la impresion que estos ejemplos, que procedian de tan grande altura, debian hacer en los grandes del Imperio y en el mismo emperador; y por consiguiente, no es extraño que el gran Pontífice fuese el único que, como nos lo atestigua su ilustre historiador (Sulpicius, *in Vita*), conservase, al hablar con el emperador, la autoridad de apóstol y la dignidad de obispo, y que, léjos de envilecerse en su presencia con adulaciones y lisonjas, le hablase con el acento y con la libertad de un profeta, y pareciese que mandaba más bien que suplicaba. Habiéndole suplicado á su vez el emperador que comiese á su mesa, le dijo San Martin: «No, yo no comeré con un hombre que ha quitado la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria y Teller

vida á un emperador y los Estados á otro.» Y no consintió en sentarse á la mesa imperial sino despues que el emperador, como un culpable ante su juez, se justificó plenamente. Despues le hacía ir el príncipe con frecuencia á palacio para conversar con él, y sus conversaciones versaban únicamente sobre el modo de vivir bien en este mundo, sobre las penas y las recompensas de la vida eterna y sobre los intereses y las desgracias de la Iglesia.

Al mismo tiempo que San Martin, San Ambrosio, el gran obispo de Milan, habia ido tambien á buscar al emperador á Tréveris, para defender ante él la causa de Justina, la viuda infortunada de Graciano, y de su hijo Valentiniano; causa muy digna de ser defendida por un obispo. Tambien fué la Emperatriz entónces quien le acogió con las señales de la más profunda veneracion, y le preparó tan bien el camino ante su augusto esposo, que San Ambrosio consiguió el objeto de su interesante mision, áun más allá de lo que habia esperado. Ved aquí, pues, á los dos hombres más grandes de la Iglesia en aquel tiempo, haciendo grandes cosas en favor de la religion y de la humanidad, pero siempre por el concurso de una mujer.

Mas en la vida de San Martin se refiere un pasaje singular de otra santa mujer, que merece referirse en este lugar. Este gran Santo, la antorcha, el Taumaturgo de su siglo, que admiró con la virtud de sus prodigios y con el prodigio de sus virtudes; este apóstol tan honrado en la córte y tan rodeado de la estimacion y de la veneracion de todo el mundo; este apóstol, este profeta, á quien todos se creian dichosos en recibir y deseaban tocar siquiera la extremidad de sus vestidos, habiendo querido visitar á una jóven vírgen que vivia encerrada en una pequeña celda, en un perfecto aislamiento del mundo, fué repulsado terminantemente. «Yo me he impuesto una ley, le dijo ella, de no recibir jamas á ningun hombre en mi habitacion. Esta es la única razon por qué me niego á veros. Yo os suplico que no me priveis de las ventajas que esta repulsa me proporciona. No queriéndoos ver á vos, que sois un hombre santo y un obispo, tendré más derecho para cerrar mi puerta á todo el mundo, y me dejarán tranquila.» Cualquiera otra persona se hubiera enfadado por esta impolítica; pero los santos no se enfadan por esta clase de contratiempos. San Martin, por el contrario, admiró este rasgo de sabiduría de la jóven vírgen, y con un

verdadero sentimiento de devocion probó el modesto refrigerio que ella le habia enviado, y exclamó: «Yo estoy satisfecho. Al querer ver á esta pequeña santa, no deseaba más que edificarme y bendecirla; pues bien, para mi edificacion tengo ya lo bastante, y mi bendicion le llegará desde léjos, lo mismo que si se la hubiese dado desde cerca.»

Estas pequeñas particularidades son preciosas; ellas nos muestran la manera con que la mujer católica ha comprendido y practicado la severidad del Evangelio, cómo ha honrado la humildad y la castidad en medio de una sociedad corrompida, y concurrió de este modo á formar las costumbres cristianas. Pero volvamos á la córte.

El verdadero príncipe cristiano de esta época fué el emperador Teodosio. Es verdad que se hizo culpable del asesinato de los ciudadanos de Tesalónica; pero, como otro David, reparó públicamente esta culpa por la humildad con que aceptó y por el fervor con que cumplió la penitencia que San Ambrosio le impuso, y edificó mucho más al mundo con su piedad, que lo habia escandalizado con este acto de arrebato feroz. Ninguno llevó á más alto grado que él la proteccion á la Iglesia, ni manifestó un celo más ardiente por la doctrina católica y por la destruccion de la idolatría. Su reinado fué el reinado de la justicia y de la clemencia. Él perdonó á los que habian conspirado contra su vida, y condenados á muerte por los magistrados, los indultó por medio de un edicto, que admiró á todo el Imperio, y que hizo firmar á su hijo Arcadio, para darle una leccion de clemencia. Él prohibió por una ley que los jueces castigasen las palabras que sólo se dirigian contra su persona ó contra su gobierno. «Porque si sólo por la ligereza indiscreta, decia él, se habla mal de nosotros, debemos despreciarlo; si es por una obcecacion necia, sólo podemos compadecerlo, y si es por mala voluntad, debemos perdonarlo.» Despues de su victoria sobre Eugenio, habiéndole pedido gracia San Ambrosio para los vencidos, no sólo se la concedió Teodosio, sino que se postró á sus piés, reconociendo que se habia salvado por sus méritos y por sus oraciones. Léjos de quitar los bienes á los hijos de sus enemigos, que se habian refugiado á la iglesia, se aprovechó de esta ocasion para instruirlos en la religion cristiana, les dió ciertos cargos, y no permitió ninguna venganza particular, y siendo tan piadoso como cle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente, se abstuvo de la participacion de los sacramentos, por causa de los enemigos que habian muerto en el combate, aunque habia sido en una guerra justa. (Socr. Sozom. Paul., *in Vita;* et S. Ambros., *in Obitu Theodos.*)

Pero á las inspiraciones de la mujer católica, á Placila, su esposa, debió tambien Teodosio estos sentimientos de una piedad tan grande, de un celo tan ardiente por la religion y de una clemencia tan generosa. Los mismos paganos tributaron sus elogios á la piedad de esta elevada princesa, á su bondad, á su justicia y á su celo por la felicidad de los pueblos. Ellos dijeron, sin temor de ofender á su ilustre esposo, que principalmente por ella reinaba la justicia en el palacio imperial. (Themist., Orat. 18 y 19.) Pero sobre todo amaba á los pobres con ternura; ellos no necesitaban más recomendacion para ella, que su miseria, sus enfermedades y sus heridas. Sin guardias, sin servidumbre, á pesar de ser la Emperatriz, la esposa del soberano más grande del mundo, los visitaba en sus chozas y en sus camastros. Ella pasaba los dias enteros en los hospitales de las iglesias, sirviendo á los enfermos en las ocupaciones más humildes. Habiéndosele dicho un dia que tales ocupaciones no estaban de acuerdo con la majestad imperial, y que le era suficiente asistir á los pobres con sus limosnas, dió esta respuesta llena de piedad, de humildad, de sabiduría y de respeto á su augusto esposo: «Lo que yo les doy, dijo ella, es por cuenta del Emperador, á quien pertenece el oro y la plata; no tengo más que el servicio de mis manos para cumplir mis deberes particulares con Aquel que nos ha dado el Imperio y que ha cedido sus derechos á los pobres.»

Al mismo tiempo no dejaba ella de repetir á su amado esposo: «Acuérdate siempre de lo que fuiste ántes y de lo que eres ahora. De este modo no serás ingrato con el Supremo Bienhechor, sino que administrarás legítimamente el Imperio y servirás á Aquel que te lo ha dado.»

Su hija Pulqueria participaba de los sentimientos sublimes de su madre, y seguia sus huellas en los ejercicios de la religion y en las obras de la caridad. Desde luégo se concibe lo que debió ser el esposo de tal mujer y el padre de tal hija. Colocado Teodosio en medio de estas dos mujeres, en presencia de tales ejemplos y bajo la impresion de tales discursos, hechos por las personas que poseian todo su afecto y todo su corazon, no pudo ser otra cosa que lo que

fué; así es que cuando murió Placila, no sólo el Emperador y su hija, sino todo el Imperio lloró inconsolablemente. Los griegos veneran á Placila como santa, y celebran su fiesta el 12 de Setiembre, bajo el nombre de Placidia. San Gregorio de Niza hizo la oracion fúnebre de la madre y de la hija, que es un verdadero panegírico de la una y de la otra. ¡Dichosos los príncipes que tienen tales mujeres por esposas y por hijas!

Pero la más grande, la más imponente y la más bella figura de esta época, el tipo perfecto de la mujer católica en una córte soberana, fué otra Santa Pulqueria, la nieta de Teodosio. Es necesario que nos detengamos algunos instantes más para contemplarla con alguna detencion.

§ XXVIII.—Santa Pulqueria.—El *Breviario Romano* le atribuye el mérito de haber confundido los errores y haber afirmado el dogma católico.—Prodigio, único en la historia, de esta jóven, gobernando un vasto Imperio á la edad de diez y seis años, y educando de la manera más perfecta á sus hermanas y á Teodosio el jóven, su hermano.—Grandes desgracias del Imperio cuando ella se aleja de la córte, que cesan tan pronto como vuelve á ella.—La herejía triunfa en Oriente por la debilidad del Emperador.—San Leon encarga á Santa Pulqueria que la combata, y la crea su legado.—Celo de otras princesas imperiales por la causa católica.

El *Breviario Romano* comienza la bella leccion de Santa Pulqueria con este magnífico elogio, que cualquier gran pontífice, cualquier gran obispo, cualquier gran doctor y cualquier gran cristiano se creeria muy dichoso en haberlo merecido: «Pulqueria augusta, dice, muy noble, como hija, nieta, hermana y esposa de los emperadores, fué mucho más noble por haber destruido con sus trabajos los errores de los herejes, y afirmado el dogma católico respecto al misterio de la Encarnacion y de la divina maternidad de María» (1).

Hija de Arcadio y de Eudoxia, los dos grandes azotes del Imperio, aquél por su debilidad y ésta por su malicia, Pulqueria pareció desde luégo que habia sido enviada por Dios para levantar el Im-

(1) «Pulcheria augusta, patre, avo, fratre atque viro imperatoribus maxime nobilis, profligatis, sua præsertim opera, hæreticorum erroribus et catholico dogmate, circa Incarnationis mysterium et divinam maternitatem constituto, multo nobilior.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente, se abstuvo de la participacion de los sacramentos, por causa de los enemigos que habian muerto en el combate, aunque habia sido en una guerra justa. (Socr. Sozom. Paul., *in Vita;* et S. Ambros., *in Obitu Theodos.*)

Pero á las inspiraciones de la mujer católica, á Placila, su esposa, debió tambien Teodosio estos sentimientos de una piedad tan grande, de un celo tan ardiente por la religion y de una clemencia tan generosa. Los mismos paganos tributaron sus elogios á la piedad de esta elevada princesa, á su bondad, á su justicia y á su celo por la felicidad de los pueblos. Ellos dijeron, sin temor de ofender á su ilustre esposo, que principalmente por ella reinaba la justicia en el palacio imperial. (Themist., Orat. 18 y 19.) Pero sobre todo amaba á los pobres con ternura; ellos no necesitaban más recomendacion para ella, que su miseria, sus enfermedades y sus heridas. Sin guardias, sin servidumbre, á pesar de ser la Emperatriz, la esposa del soberano más grande del mundo, los visitaba en sus chozas y en sus camastros. Ella pasaba los dias enteros en los hospitales de las iglesias, sirviendo á los enfermos en las ocupaciones más humildes. Habiéndosele dicho un dia que tales ocupaciones no estaban de acuerdo con la majestad imperial, y que le era suficiente asistir á los pobres con sus limosnas, dió esta respuesta llena de piedad, de humildad, de sabiduría y de respeto á su augusto esposo: «Lo que yo les doy, dijo ella, es por cuenta del Emperador, á quien pertenece el oro y la plata; no tengo más que el servicio de mis manos para cumplir mis deberes particulares con Aquel que nos ha dado el Imperio y que ha cedido sus derechos á los pobres.»

Al mismo tiempo no dejaba ella de repetir á su amado esposo: «Acuérdate siempre de lo que fuiste ántes y de lo que eres ahora. De este modo no serás ingrato con el Supremo Bienhechor, sino que administrarás legítimamente el Imperio y servirás á Aquel que te lo ha dado.»

Su hija Pulqueria participaba de los sentimientos sublimes de su madre, y seguia sus huellas en los ejercicios de la religion y en las obras de la caridad. Desde luégo se concibe lo que debió ser el esposo de tal mujer y el padre de tal hija. Colocado Teodosio en medio de estas dos mujeres, en presencia de tales ejemplos y bajo la impresion de tales discursos, hechos por las personas que poseian todo su afecto y todo su corazon, no pudo ser otra cosa que lo que

fué; así es que cuando murió Placila, no sólo el Emperador y su hija, sino todo el Imperio lloró inconsolablemente. Los griegos veneran á Placila como santa, y celebran su fiesta el 12 de Setiembre, bajo el nombre de Placidia. San Gregorio de Niza hizo la oracion fúnebre de la madre y de la hija, que es un verdadero panegírico de la una y de la otra. ¡Dichosos los príncipes que tienen tales mujeres por esposas y por hijas!

Pero la más grande, la más imponente y la más bella figura de esta época, el tipo perfecto de la mujer católica en una córte soberana, fué otra Santa Pulqueria, la nieta de Teodosio. Es necesario que nos detengamos algunos instantes más para contemplarla con alguna detencion.

§ XXVIII.—Santa Pulqueria.—El *Breviario Romano* le atribuye el mérito de haber confundido los errores y haber afirmado el dogma católico.—Prodigio, único en la historia, de esta jóven, gobernando un vasto Imperio á la edad de diez y seis años, y educando de la manera más perfecta á sus hermanas y á Teodosio el jóven, su hermano.—Grandes desgracias del Imperio cuando ella se aleja de la córte, que cesan tan pronto como vuelve á ella.—La herejía triunfa en Oriente por la debilidad del Emperador.—San Leon encarga á Santa Pulqueria que la combata, y la crea su legado.—Celo de otras princesas imperiales por la causa católica.

El *Breviario Romano* comienza la bella leccion de Santa Pulqueria con este magnífico elogio, que cualquier gran pontífice, cualquier gran obispo, cualquier gran doctor y cualquier gran cristiano se creeria muy dichoso en haberlo merecido: «Pulqueria augusta, dice, muy noble, como hija, nieta, hermana y esposa de los emperadores, fué mucho más noble por haber destruido con sus trabajos los errores de los herejes, y afirmado el dogma católico respecto al misterio de la Encarnacion y de la divina maternidad de María» (1).

Hija de Arcadio y de Eudoxia, los dos grandes azotes del Imperio, aquél por su debilidad y ésta por su malicia, Pulqueria pareció desde luégo que habia sido enviada por Dios para levantar el Im-

(1) «Pulcheria augusta, patre, avo, fratre atque viro imperatoribus maxime nobilis, profligatis, sua præsertim opera, hæreticorum erroribus et catholico dogmate, circa Incarnationis mysterium et divinam maternitatem constituto, multo nobilior.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perio de su degradacion y salvarle de su ruina. Habiendo sido creada *augusta* á la edad de diez y seis años, por la muerte de su padre, y durante la menor edad de Teodosio *el Jóven*, se hizo admirar por el dón de sabiduría de que Dios la habia llenado desde sus más tiernos años. En los negocios más graves y más complicados del Estado, los grandes y los consejeros de la Corona, con quienes ella debia gobernar, se atenian siempre á su voluntad y á sus instrucciones, y la opinion constante de todo el mundo era que los grandes peligros que amenazaban entónces al Imperio fueron conjurados, y la felicidad de que gozó le fué asegurada por las virtudes y la sabiduría de esta jóven (1). «Fué un prodigio, dice un historiador (Rohrbacher), que no ha tenido igual ántes ni despues, y que Dios obró entónces para honrar á la mujer á quien su sabiduría inspira y su gracia santifica, ver á una jóven de diez y seis años gobernar un Imperio y haciéndolo feliz.»

Se ha dicho que, así como los reinados de los hombres son muchas veces malos porque dejan que bajo su nombre reinen las mujeres, de la misma manera los reinados de las mujeres son buenos porque dejan que en su nombre reinen los hombres. No puede decirse esto del reinado de Santa Pulqueria. Él fué, por espacio de cuarenta años, el reinado más grande y más feliz que el de todos los emperadores de Oriente, porque ella fué quien reinó verdaderamente, bajo su propio nombre y bajo el nombre de su hermano.

San Pablo dice que el que, siendo padre, no supo mantener el órden en su familia, cuando sea obispo no podrá gobernar la Iglesia. (1, *Timot.*) Lo mismo puede decirse de los soberanos. Aquellos que como padres no pueden gobernar su casa, tampoco saben gobernar el Estado. Santa Pulqueria supo gobernar bien el Estado porque supo gobernar bien su casa. Celadora exacta y guarda vigilante de la disciplina doméstica, estableció un órden y un género de vida tal entre los suyos, que el palacio imperial se convirtió en una casa de religiosos, y que el pueblo no lo llamaba más que *el*

(1) «Ab ipsa pueritia, tanta sapientia divinitus prædita fuit, utii quibus, post Arcadii patris obitum, imperii procuratio dum Theodosius adolesceret, commissa fuerat, ejus arbitratu omnia facerent; essetque constants opinio unius puellulæ virtute ac sapientia, quæ instare atque ingruere videbantur pericula discusa et felicitatem Imperio constitutam.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

Convento (1). Pulqueria tenía poca más edad que su hermano y sus hermanas; pero, en vez de hacerse su igual, se hizo su superiora y su madre, por el cuidado que tuvo de ellos, por el celo con que les instruyó en las buenas costumbres y en las virtudes cristianas, y por el anhelo y el afecto con que se consagró á su educacion, que su desgraciada madre habia descuidado. Dios bendijo sus intenciones y sus trabajos, y cumplió sus deseos. Por su ejemplo y su consejo, Flaccila, Arcadia y Macrina, sus hermanas, se consagraron solemnemente á Dios, como ella, por el voto de virginidad, y se hicieron un objeto de admiracion y de edificacion para el pueblo, y de gloria para la Iglesia. Para hacer irrevocable su consagracion y la de sus hermanas, la hizo pública, por una ofrenda que hizo á la iglesia de Constantinopla. Ésta consistia en una mesa de altar de un trabajo admirable, enriquecida con oro y piedras preciosas, en cuyo frontal estaba grabada una inscripcion que decia que Pulqueria habia hecho aquella ofrenda como prenda de su virginidad y la de sus hermanas, y para la prosperidad del reinado de su hermano (2). Ella fué tambien quien instruyó en la fe y en la vida cristiana é hizo bautizar á Eudoxia, hija de un filósofo pagano, llamada *Atenesa* ántes de su bautismo. Ésta era una jóven de un talento admirable y de unas costumbres irreprensibles, de una rara belleza y de un alma más bella todavia. Esto fué suficiente para que Pulqueria la casase con Teodosio, el que, sin embargo, engañado por sus cortesanos, no supo apreciarla, y la llenó de amarguras.

Santa Pulqueria tenía un especial cuidado de su amado herma-

(1) «Domi, assidua disciplinæ exactrix, ea vivendi formam induxit ut illa jam non sancta imperatorum, sed asceterium vulgo diceretur.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

(2) «Theodosium fratrem, Eudoxiam, quam illi matrimonio conjungendam curavit, Flaccillam, Arcadiam, Macrinam sorores, ita imbuebat bonis moribus, exercebatque ad virtutem, ut quibus ætate non multum præstabat, eorum moderatrix, atque prepemodum mater esse videretur. Qua institutione sorores quantum profuerint, ex hoc uno intellige potest quod, Pulcheriam imitate, se suamque virginitatem Deo voverunt; utque augusta virgo quæ decreverat amplius confirmaret, omnesque voluntatis suæ testes haberet, ex auro et pretiosis lapidibus sacram mensam in Ecclesia Constantinopolitana pro sua virginitate et fratris imperio dedicavit et in fronte ipsius mensæ hæc eadem descripsit.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no, y nada habia omitido para hacer de él un verdadero cristiano y un príncipe perfecto. Todo era prodigioso en esta criatura privilegiada, tanto el entendimiento como el corazon; ella era tan sábia en todos los conocimientes humanos, como perfecta en el cumplimiento de la ley divina. Ella, por consiguiente, fué quien trazó el plan de los estudios y de los ejercicios para la instruccion de su hermano en la gramática, en la literatura, en la historia, en la filosofía y en la ciencia del Estado; y las materias de que el jóven príncipe debia ocuparse estaban tan bien dispuestas en este plan, y el tiempo tan sábiamente distribuido, que parecia obra de un viejo doctor, siendo así que era obra de una jóven de diez y seis años; y ciertamente que Alcuino, Bossuet y Fenelon, esos grandes preceptores de los príncipes, no fueron más felices en la educacion de sus regios discípulos, que Pulqueria en la educacion de su hermano. Ella le proporcionó los maestros más hábiles de todo el Oriente; ella le dió por condiscípulos á ciertos jóvenes de las primeras familias, para excitar su emulacion. En cuanto á la religion, á las costumbres y al arte difícil de gobernar á los hombres, ella misma tuvo cuidado de instruirle; y ciertamente que en estas materias no podia haberle dado mejor maestro. Ella le enseñaba á presentarse en público con dignidad, á arreglar su aspecto y su continente, á preguntar á tiempo y á propósito, á hablar con precision y con sabiduría, y á mostrarse afable ó severo segun las ocasiones; ella descendia á las más pequeñas particularidades, y nada escapaba á su cuidado. Teodosio no tenía elevacion de espíritu ni nobleza de alma; era un ente muy mediano. Sin embargo, Pulqueria con sus asiduos cuidados supo sacar un gran partido de aquella pobre y mezquina naturaleza. Teodosio fué un príncipe débil, pero sinceramente piadoso, muy hábil en los ejercicios militares, y poseyó conocimientos poco comunes en las letras, en las ciencias y en las artes. Él sabía de memoria la Escritura Santa, y hablaba de ella con los obispos con mucho acierto. Él ayunaba con frecuencia, especialmente los miércoles y los viérnes del año; él sufria con paciencia el frio y el calor, y no tenía la molicie de un príncipe nacido en la púrpura. Él era bueno y humano. Tan insensible á los estímulos de la cólera como á los atractivos de la voluptuosidad, jamas escuchó los consejos de la venganza. Jamas castigó sus ofensas personales. Él no permitió jamas que se ejecutase á un criminal en la misma ciudad donde habia sido condenado, y la gracia llegaba siempre ántes que el culpable fuese llevado al lugar del suplicio. Al subir al trono quiso Teodosio, tanto por reconocimiento como por afecto, que su admirable hermana continuase reinando con él; y miéntras que esto duró, y él siguió fielmente los consejos de Santa Pulqueria, fué el perfecto modelo de un verdadero y grande soberano cristiano. Ella le vigilaba en todo y por todo, á fin de que no se separase de la senda de la sabiduría y de la justicia. Ella tenía una gracia especial para corregirle de sus defectos (1). Teodosio tenía la debilidad de firmar todo cuanto le presentaban, sin tomarse la molestia de leerlo. Más de una vez le habia manifestado Pulqueria los inconvenientes de esta confianza inconsiderada; pero él negaba que lo hiciese así. Y á fin de convencerle de la verdad, y curarle al mismo tiempo de su indiscrecion, que es lo más funesto que puede tener un príncipe, un dia su sábia y virtuosa hermana hizo que le presentasen un acta por la que ponia á la Emperatriz, su mujer, en venta pública, como una esclava. Él la firmó con confianza, segun acostumbraba, y cuando Pulqueria le hizo saber lo que contenia, se avergonzó tanto de ello, que jamas volvió á caer en la misma falta.

Esta vigilancia ilustrada de Santa Pulqueria no convenia á los cortesanos; ellos procuraron indisponer al hermano con la hermana, y lo consiguieron. Teodosio no quiso escuchar más á Pulqueria, y se manifestó celoso de su ascendiente y de su poder. Él le hizo comprender que queria reinar solo. Como sólo el deseo de hacer bien era lo que retenia á Pulqueria en el palacio, dejó sin disgusto un lugar que habia ocupado sin ambicion. Ella se retiró con sus hermanas á Hebdom, en los alrededores de Constantinopla, donde observó una vida puramente monástica, dividida entre el recogimiento de la oracion, los ejercicios de la penitencia y las obras de la caridad.

Pero Dios no permitió esta desgracia de su sierva fiel sino para su mayor gloria. Él quiso manifestar con la ausencia de los nego-

(1) «Potior autem in Theodosio constituendo, ejus elusit cura; eumque ubi opus esset mira quadam dexteritate colligebat. Absolutissimum optimi verique christiani principis exempla fuit dum Pulcheriæ consiliis est obsecutus.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cios de esta admirable virgen, cuánto valia su presencia para los negocios. En efecto, nunca fué ella más apreciada en la córte que en los pocos años que estuvo ausente de la córte. Á su salida del palacio imperial, el órden, la paz y la felicidad abandonaron el Imperio. El gobierno cayó en la confusion, y la autoridad en el descrédito. Los herejes nestorianos y eutiquianos comenzaron á moverse, y obtuvieron favor en el interior; los bárbaros levantaron la cabeza y comenzaron á amenazar el Imperio en el exterior. El poder, sin energía, no inspiraba ya confianza; y no se encontraba ninguno que quisiese defender los derechos del Soberano ni sostener los combates del Señor. Desengañado y aterrado el jóven emperador en vista de una situacion semejante, se apresuró á llamar á su hermana, y puso en sus manos las riendas del gobierno, que jamas estuvieron mejor colocadas. Las manos débiles de esta mujer fueron más fuertes y más hábiles que las manos de los hombres. Todo varió de aspecto en un instante. Ningun soberano desplegó mayor energía, hizo mayores gastos en favor del pueblo, se expuso á unos trabajos más duros, ni obtuvo mejores resultados. Constituida Pulqueria en el poder, mandó cartas y órdenes por todas partes, hizo reglamentos, excitó la fidelidad con sus exhortaciones, é intimidó á la rebelion con sus amenazas. Fuerte con su fe en Dios y con su espíritu religioso, se pone ella misma, como otra Débora, al frente de sus ejércitos. Su presencia devuelve su valor al soldado. Los enemigos del Imperio retroceden y abandonan las posiciones que habian ocupado. Los abusos se destruyen, las injusticias se reparan, el órden se restablece en la administracion, la justicia reina en los tribunales, el vicio oculta su rostro, y la herejía misma, confundida y pulverizada, vuelve á la nada, y la Iglesia queda tranquila y el Estado es dichoso (1).

Á pesar de algunas buenas cualidades que tenía el Emperador, carecia del genio y la fortaleza de su hermana. Así es que, en los últimos años de su vida, cayó en poder de sus eunucos y de sus cortesanos, hasta el punto de despreciar los consejos de Santa Pulqueria, y gobernar en oposicion á sus máximas y á sus consejos. Habia en sus eunucos uno llamado Crysafio, amigo y protector de los herejes, y uno de los más insignes hipócritas y de los mayores criminales que ha habido jamas en el palacio de los príncipes, y que los han explotado en provecho de sú avaricia y de su ambicion. El pobre Teodosio era hombre de bien y cristiano sincero; pero engañado por las intrigas de Crysafio, se hizo el instrumento ciego de los dos heresiarcas Dióscoro y Eutiques, y el azote de los católicos. Él quiso gobernar por sí mismo los dogmas y los concilios; él dió lugar á lo que en la historia eclesiástica se llama *el latrocinio de Efeso*, en el que San Flaviano, patriarca de Constantinopla y el más firme apoyo de la ortodoxia, fué depuesto y desterrado; él acreditó y sostuvo á los herejes nestorianos y monotelitas; y á pesar de que queria el bien del Imperio y de la Iglesia, causó la desgracia de la Iglesia y del Imperio; y si no hubiera sido por el papa San Leon y por Santa Pulqueria, tal vez se hubiera destruido el Catolicismo en Oriente. Afligido el gran Pontífice por tales escándalos, envió legados y escribió cartas, que todavía se conservan, al Emperador, al clero y al pueblo de Constantinopla; cartas muy notables, dice M. Rohrbacher, por una majestuosa tranquilidad en medio de la tempestad, por una gran firmeza apostólica, y al mismo tiempo por las consideraciones y miramientos con que trata al Emperador y la caridad con que trata á los que habian caido. Pero al mismo tiempo se dirigió á Santa Pulqueria, la única persona de la córte que deploraba cuanto en ella se hacía, y la única capaz de comprender á San Leon y de secundar sus designios.

Á propósito de la correspondencia epistolar de este gran Pontífice con esta elevada princesa, el mismo historiador hace la importante observacion de que «cuando San Leon escribió al emperador Teodosio parecia que escribia á una mujer; y cuando escribió á su hermana, la emperatriz Santa Pulqueria, parecia que escribia á un hombre con cuya energía se podia contar.» Ésta era, en efecto, el único hombre de la familia imperial, sin cuyo celo, sin cuyo buen sentido y energía todo se hubiera perdido. San Leon, por consiguiente, le dice (Epist. 45): «Si hubierais podido recibir mis cartas anteriores, hubierais remediado indudablemente el mal que se ha causado; porque jamas habeis faltado al sacerdocio ni á la fe cristiana.» ¡Bello elogio, que nos prueba lo que en la opinion de

(1) «Cum vero felicitas imperii una cum ea exularet, à fratre arcessita, ubi deesse vidit qui prælia Domini pugnaret, Deboram imitata, fide ac religione armata, processit: missis in omnem partem epistolis, hortando, monendo, minitando, non pecuniæ, non laboribus parcens.» (*Brev. Rom.*, 7 Julio.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

San Leon era Santa Pulqueria en la Iglesia, es decir, el apoyo del sacerdocio y el sosten del Catolicismo! El Santo Pontífice le envió copia de la carta que le habia escrito al Emperador, y le rogó apoyase su peticion de la reunion de un Concilio en Italia, y, lo que es todavía más extraordinario, le dijo: «En nombre y de parte del bienaventurado apóstol Pedro, os constituyo especialmente *mi legado* para continuar este negocio con el Emperador.» (Epist.) Ved aquí, pues, una mujer constituïda por el Papa legadò del Papa para tratar los asuntos más importantes y más delicados de la Iglesia universal.

En el año de 450 el emperador Valentiniano habia ido de Rávena á Roma en compañía de Placidia, su madre, y de Eudoxia, su esposa. Pues bien, tambien á estas mujeres se dirigió San Leon con una confianza ilimitada, obligándolas á escribir por sí mismas y por medio de Valeriano al emperador Teodosio, para llamarle á la razon y á los deberes de un príncipe católico. Ellas lo hicieron en efecto, rogando á Teodosio «conservase inviolable la dignidad de San Pedro, de modo que el obispo de Roma, en quien la antigüedad reconoció el principado de todos los demas, tuviese la libertad necesaria para juzgar de la fe y de los obispos.»

Placidia, en su carta al príncipe extraviado, añadió estas bellas palabras: «Dignaos, pues, mandar que, segun la forma y la definicion de la Silla Apostólica, que nosotros veneramos como los demas, por su preeminencia, Flaviano conserve en todo su categoría de obispo, y que se envie su juicio al Concilio de la Silla Apostólica, en la cual aquel que fué digno de recibir las llaves del cielo constituyó el principado del episcopado.» (Epist. 57.) De este modo se expresaban las mujeres al hablar de la Silla romana y de su augusta cabeza, complaciéndose en reconocer y confesar á la faz del mundo sus altos privilegios, en un tiempo en que muchos hombres, colocados en posicion elevada en la Iglesia, se obstinaban en desconocerlos y en despreciarlos. Esto consistia en que, guiadas las mujeres de aquella época por el instinto de su humilde fe, comprendian mejor que los hombres la economía divina de la unidad de la Iglesia.

No contenta Placidia con haber escrito á Teodosio, quiso escribir tambien sobre el mismo asunto á Santa Pulqueria, su augusta parienta, suplicándole «se uniese á ella para secundar las miras del

romano Pontífice.» Pero Santa Pulqueria no necesitaba ningun impulso exterior para secundar las miras del romano Pontífice, á quien ella se habia consagrado con todo su corazon. Aun ántes de que recibiese la carta de San Leon, ella le había escrito ya, y suponiéndole muy afligido por las divisiones que asolaban el Oriente, quiso consolarle, manifestándole «su amor á la fe católica y su horror á la herejía, y prometiéndole su ayuda en la aplicacion de los remedios que el Soberano Pontífice creyese convenientes para curar los males que la triste asamblea de Efeso acababa de causar á la Iglesia.» (Epist. 60.) San Leon recibió mucho consuelo con esta admirable carta, digna de un obispo y de un doctor de la Iglesia, y felicitó por ella á la santa princesa con la mayor efusion de su corazon.

§ XXIX. — Continuacion de la misma materia. — Matrimonio de Santa Pulqueria con Marciano, con la condicion de que habia de guardar su virginidad. — Ésta fué la primera princesa cristiana que conservó la virginidad en el matrimonio. — Celo con que trabajó para destruir la herejía. — San Leon reconoció en ella este mérito. — Una mujer hablando y escribiendo como un gran teólogo. — Sus virtudes privadas, su piedad, su espíritu de penitencia y su caridad. — Magnífico elogio que de ella hace San Cirilo. — Gibbon haciéndose su panegirista. — La mujer piadosa es muy á propósito para gobernar. — Santa Pulqueria reunió en sí todas las grandezas y todas las glorias, y fué por sí sola una bella prueba de la verdad del Cristianismo.

Pero siguiendo siempre el desventurado Teodosio bajo la fascinacion del malvado Crysafio y del heresiarca Eutiques, no hizo aprecio de las quejas de San Leon; él le respondió de una manera evasiva, haciéndole ver que no intentaba cambiar de modo alguno el sistema que habia adoptado de proteger á los partidarios de los errores y de oprimir á los católicos. Pero no lo siguió por mucho tiempo. Habiendo ido de caza Teodosio pocos meses despues, el 29 de Julio de 450, se rompió la espina dorsal al caer del caballo, y espiró la noche siguiente. De este modo puso Dios órden á tantos escándalos que los hombres no podian remediar.

Habiendo sido Pulqueria declarada Emperatriz muchos años ántes, tomó al momento las riendas del Imperio. El primer acto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

San Leon era Santa Pulqueria en la Iglesia, es decir, el apoyo del sacerdocio y el sosten del Catolicismo! El Santo Pontífice le envió copia de la carta que le habia escrito al Emperador, y le rogó apoyase su peticion de la reunion de un Concilio en Italia, y, lo que es todavía más extraordinario, le dijo: «En nombre y de parte del bienaventurado apóstol Pedro, os constituyo especialmente *mi legado* para continuar este negocio con el Emperador.» (Epist.) Ved aquí, pues, una mujer constituïda por el Papa legadò del Papa para tratar los asuntos más importantes y más delicados de la Iglesia universal.

En el año de 450 el emperador Valentiniano habia ido de Rávena á Roma en compañía de Placidia, su madre, y de Eudoxia, su esposa. Pues bien, tambien á estas mujeres se dirigió San Leon con una confianza ilimitada, obligándolas á escribir por sí mismas y por medio de Valeriano al emperador Teodosio, para llamarle á la razon y á los deberes de un príncipe católico. Ellas lo hicieron en efecto, rogando á Teodosio «conservase inviolable la dignidad de San Pedro, de modo que el obispo de Roma, en quien la antigüedad reconoció el principado de todos los demas, tuviese la libertad necesaria para juzgar de la fe y de los obispos.»

Placidia, en su carta al príncipe extraviado, añadió estas bellas palabras: «Dignaos, pues, mandar que, segun la forma y la definicion de la Silla Apostólica, que nosotros veneramos como los demas, por su preeminencia, Flaviano conserve en todo su categoría de obispo, y que se envie su juicio al Concilio de la Silla Apostólica, en la cual aquel que fué digno de recibir las llaves del cielo constituyó el principado del episcopado.» (Epist. 57.) De este modo se expresaban las mujeres al hablar de la Silla romana y de su augusta cabeza, complaciéndose en reconocer y confesar á la faz del mundo sus altos privilegios, en un tiempo en que muchos hombres, colocados en posicion elevada en la Iglesia, se obstinaban en desconocerlos y en despreciarlos. Esto consistia en que, guiadas las mujeres de aquella época por el instinto de su humilde fe, comprendian mejor que los hombres la economía divina de la unidad de la Iglesia.

No contenta Placidia con haber escrito á Teodosio, quiso escribir tambien sobre el mismo asunto á Santa Pulqueria, su augusta parienta, suplicándole «se uniese á ella para secundar las miras del

romano Pontífice.» Pero Santa Pulqueria no necesitaba ningun impulso exterior para secundar las miras del romano Pontífice, á quien ella se habia consagrado con todo su corazon. Aun ántes de que recibiese la carta de San Leon, ella le había escrito ya, y suponiéndole muy afligido por las divisiones que asolaban el Oriente, quiso consolarle, manifestándole «su amor á la fe católica y su horror á la herejía, y prometiéndole su ayuda en la aplicacion de los remedios que el Soberano Pontífice creyese convenientes para curar los males que la triste asamblea de Efeso acababa de causar á la Iglesia.» (Epist. 60.) San Leon recibió mucho consuelo con esta admirable carta, digna de un obispo y de un doctor de la Iglesia, y felicitó por ella á la santa princesa con la mayor efusion de su corazon.

§ XXIX. — Continuacion de la misma materia. — Matrimonio de Santa Pulqueria con Marciano, con la condicion de que habia de guardar su virginidad. — Ésta fué la primera princesa cristiana que conservó la virginidad en el matrimonio. — Celo con que trabajó para destruir la herejía. — San Leon reconoció en ella este mérito. — Una mujer hablando y escribiendo como un gran teólogo. — Sus virtudes privadas, su piedad, su espíritu de penitencia y su caridad. — Magnífico elogio que de ella hace San Cirilo. — Gibbon haciéndose su panegirista. — La mujer piadosa es muy á propósito para gobernar. — Santa Pulqueria reunió en sí todas las grandezas y todas las glorias, y fué por sí sola una bella prueba de la verdad del Cristianismo.

Pero siguiendo siempre el desventurado Teodosio bajo la fascinacion del malvado Crysafio y del heresiarca Eutiques, no hizo aprecio de las quejas de San Leon; él le respondió de una manera evasiva, haciéndole ver que no intentaba cambiar de modo alguno el sistema que habia adoptado de proteger á los partidarios de los errores y de oprimir á los católicos. Pero no lo siguió por mucho tiempo. Habiendo ido de caza Teodosio pocos meses despues, el 29 de Julio de 450, se rompió la espina dorsal al caer del caballo, y espiró la noche siguiente. De este modo puso Dios órden á tantos escándalos que los hombres no podian remediar.

Habiendo sido Pulqueria declarada Emperatriz muchos años ántes, tomó al momento las riendas del Imperio. El primer acto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su gobierno fué echar de palacio al eunuco Crysafio, y entregarle á los magistrados, que, habiéndole encontrado culpable de horribles asesinatos, le condenaron á muerte, y esta sentencia fué al momento ejecutada. Él habia hecho mucho mal y cometido demasiados crímenes para que fuese posible perdonarle.

Habiendo hecho llamar pocos dias despues á Marciano, el personaje más distinguido del Imperio, por sus talentos administrativos y políticos, por su valor, por su probidad, y, sobre todo, por su ortodoxia y por su piedad, le proclamó Emperador, y esta eleccion fué aprobada unánimemente por el Senado, por el ejército y por todos los órdenes del Estado; y en seguida se casó con él, no tanto por lo que habia interesado su corazon, cuanto porque era el reflejo de sus virtudes y de su religion; no tanto por tener un esposo, cuanto por tener un compañero con quien poder dividir el peso de la corona y los cuidados del gobierno del Estado; porque ella le hizo prometer con juramento que no se opondria á que permaneciese virgen, segun el voto que habia hecho. Y ésta fué la primera cristiana que conservó en la córte la virginidad en el matrimonio. De este modo hizo ella de su esposo un ángel por las costumbres, lo mismo que el padre de los pueblos y el sosten de la fe (1); porque ella fué quien le inspiró aquel espíritu de celo católico y de adhesion respetuosa á la Iglesia, que el emperador Marciano manifestó con estas bellas palabras que pronunció al tomar asiento entre los padres del Concilio de Calcedonia: «Venimos á asistir á vuestro Concilio, á ejemplo del piadoso emperador Constantino, no para ejercer en él autoridad alguna, sino para proteger la fe, á fin de que no puedan inducir en adelante á nadie por medio de malos consejos á separarse de vosotros.» (*Act. Concil. Chalced.*, 6.)

Marciano, al momento que fué elevado al trono, escribió á San Leon, como cabeza de la Iglesia, para manifestarle su sumision y encomendarse á las oraciones del Santo Pontífice. Mas parecia que aquellos santos príncipes se habian dividido las funciones del Imperio; que Marciano se habia reservado la administracion y la guerra, y Pulqueria los negocios de la religion y las obras de la caridad.

(1) «Marcianum, pari religionis studio, rebusque omnibus imperio dignissimum evexit ad imperium, sibique, hanc ipsam ob causam, salva quam Deo voverat virginitate, conjugem delegit.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

Dios bendijo las intenciones puras de estos santos esposos. Jamas fué la Iglesia más libre ni el Estado más feliz; los impuestos odiosos fueron abolidos, el vicio castigado y la virtud recompensada. Este reinado fué llamado la edad de oro del Imperio; y todo esto fué obra de la sabiduría y de la piedad de una mujer.

Santa Pulqueria, por su parte, comenzó por recibir los legados del Papa que acababan de llegar para regularizar la eleccion de Anatolio, elevado á la silla de Constantinopla por los herejes, y ordenado por Dióscoro. Por mediacion de esta princesa firmó sinceramente Anatolio la profesion de fe enviada por el Papa, y anatematizó á Eutiques y á Nestorio. Él aceptó de buena voluntad la célebre carta de San Leon á San Flaviano, mirada por los Concilios como el más bello y más perfecto compendio de la teología católica respécto al misterio de la Encarnacion. Y finalmente, escribió al Papa y le envió tres legados para dar testimonio de su fe. Al mismo tiempo Santa Pulqueria hizo llevar el cuerpo de San Flavjano, que habia muerto en el destierro. Ella hizo que volviesen á sus sillas los obispos católicos que habian sido arrojados de ellas. Hizo que volviese á la comunion de la Iglesia el clero, los monjes y las religiosas de la Palestina, que, extraviados por Dióscoro, se habian separado de ella; y en las cartas que les escribió sobre este asunto, es muy consolador oir á aquella admirable mujer hablar de la fe como un verdadero teólogo, y defender como un verdadero apologista el Concilio de Calcedonia como la regla infalible de la verdad. Ella dió cuenta de todo esto al Papa, que le dió las gracias, le volvió á encomendar los obispos, y le dió un público testimonio de «los servicios que ella habia hecho á la Iglesia contra las herejías.»

En efecto, ella fué quien, secundada por su esposo, y secundando á su vez las miras y los esfuerzos de San Leon, hizo cesar un gran cisma que desolaba el Oriente, reprimió el orgullo de los herejes, dió la paz á la Iglesia é hizo triunfar la religion. Nada es, pues, más justo que el elogio que el historiador ya citado hace de estos tres grandes personajes, en estos términos: «Así era como San Leon el Grande, con la dulzura, la firmeza, la sabiduría y la autoridad reunidas, mantenia en Occidente la paz y la fe, y hacía que volviese á él todo el Oriente, en lo cual era secundado tan admirablemente por el Emperador y la Emperatriz de Constantinopla, que parecia un solo espíritu en tres personas. Así es que Leon,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marciano y Pulqueria serán eternamente el modelo de la perfecta armonía entre la Iglesia y el Imperio, para el mayor bien de la una y del otro.» (Rohrbacher, t. VII, lib. I.) Pero lo más admirable de todo es que entre los grandes cuidados del gobierno de un vasto Imperio y de los trabajos que debió necesariamente padecer para defender la Iglesia, y especialmente para conducir á su término los grandes Concilios de Efeso y de Calcedonia que la autoridad de los Soberanos Pontífices habia convocado, sabía encontrar el tiempo suficiente para dedicarse á todo los ejercicios de la piedad cristiana; porque ella consagraba muchas horas á la contemplacion de las cosas celestiales, á la lectura de los libros sagrados, á las prácticas de la mortificacion y de la penitencia corporal, á las alabanzas del Señor y al canto de los salmos, que, abandonando el lecho á media noche, cantaba en comunidad con las princesas imperiales (1). Siempre comia con ellas, y no salia sino en compañía de ellas. Nada igualaba su devocion y su culto á los santos y sus reliquias, ni su deseo de inspirar esta devocion á los demas, y propagar el culto por todos los medios posibles (2).

Ella tenía una devocion especial á la Santísima Vírgen, y nadie la aventajaba en celo por honrar á esta augusta Criatura, Madre del Criador; por celebrar sus grandezas y defender sus privilegios. Ella se valió de todo su poder real y de toda su influencia para asegurar á María contra las blasfemias de los nestorianos, el grande y magnífico título de *Deipara* (Madre de Dios), que la Iglesia le habia dado. De este modo dispuso Dios, por un admirable rasgo de su providencia y de su sabiduría, que la más grande dignidad de la Vírgen le fuese conservada intacta por el celo de una vírgen; porque á imitacion de la Santísima Vírgen, Pulqueria guardó la virginidad perpétua en el matrimonio. Pero ella no se contentó con esto, sino que quiso extender el culto de su augusta Patrona, erigiendo altares y edificando en su honor magníficos templos, que llenó de dones y enriqueció con una largueza verdaderamente régia (1). Pero estas piadosas fundaciones y estas liberalidades no costaron ni un gemido al pueblo. Atribuyendo á la justicia de Dios, ofendida por los pecados de los pueblos, las calamidades públicas que los afligian, se apresuraba á aplacar la cólera del cielo con actos públicos de humildad, de penitencia y de religion (2).

(1) «Tantæ curarum moles, quas præsertim in Ephesino, ac Chalcedonensi conciliis, romanorum pontificum auctoritate convocatis, necessario susceperat, nihilo illam, ad cætera christianæ pietatis officia facere segniorem. Cœlestium rerum contemplatione, sacrorum librorum lectione, corporis afflictationibus sponte susceptis, se exercebat. Psalmos de nocte surgens una cum regiæ familiæ principibus decantabat.»

(2) «Dei ac sanctorum cultrix eximia, summopere semper contendit ut erga eorum reliquias cultus augeretur.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

Su caridad y su misericordia para con los pobres estaban á la altura de su devocion y de su fervor. Miéntras ella vivió los amó como madre y los socorrió como reina. Al tiempo de morir, aunque no tenía mucho, porque todo lo habia dado, instituyó á los pobres por herederos de lo que le restaba; y no es necesario decir que este piadoso testamento fué ejecutado escrupulosamente por Marciano, su digno esposo (3).

Ella murió á la edad de cincuenta y ocho años, y jamas muerte alguna excitó un sentimiento más profundo, más sincero ni más universal. Esta muerte cubrió al mundo de luto. La Iglesia creyó perder en ella su buena madre, y el Imperio su sosten y su gloria. Todos los Santos Padres y los escritores contemporáneos le tributaron homenaje é hicieron de ella los más grandes y magníficos elogios (4). En efecto, ningun príncipe cristiano hizo más por el Catolicismo que Santa Pulqueria, ni recibió testimonios más brillantes de parte de la Iglesia. Parecia que la Iglesia queria canonizarla en vida. Los padres del Concilio de Calcedonia, llenos de entusiasmo, la proclamaron unánimemente *la guarda de la fe, la conciliadora de la paz, el azote de los herejes*. Tambien la llamaron *la*

(1) «Deiparam imprimis coluit cui hanc ipsam Deiparæ appellationem, contra nestorianorum blasphemias, asseruit. Voluit enim, summa sapientiæ suæ dispositione, divina Providentia ut per virginem, summa Virginis dignitas inoffensa penitus servaretur. Quam etiam est imitata, servando perpetuam, in ipso conjugio virginitatem. Cujus denique cultui amplificando, quam plura templa, regali plane magnificentia excitavit, donariis auxit, reditibus locupletavit.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

(2) «In placanda divina justitia, mira pietate enituit.» (*Ibid.*)

(3) «Fuit erga pauperes misericordia plane singulari, quos et materna quadam charitate complexa est, quoad vixit, et moriens eorum quæ assidua effusissimaque liberalitas reliqua fecerat scripsit hæredes: quod cautum ab ipsa testamento fuit, diligenter curavit Marcianus.» (*Ibid.*)

(4) «Obiit, magno omnium luctu, maximisque Sanctorum Patrum, cæterorumque ejus ævi scriptorum laudibus celebrata.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujer piadosa y ortodoxa por excelencia, y la nueva Santa Elena, así como saludaron al Emperador, su esposo, con el nombre de *nuevo Constantino*. El soberano pontífice San Leon la felicitó mucho en nombre de toda la Iglesia romana, y le declaró que no se saciaba de dar gracias á Dios y regocijarse por ella, porque Dios le habia concedido una doble palma y una doble corona, por haber triunfado, primero de la impiedad de Nestorio, y despues del horrible error de Eutiques (1).

Todas las cartas de este gran Pontífice á la emperatriz Pulqueria son otros tantos panegíricos de sus virtudes y de su celo por la verdadera fe de la Iglesia. Ved aquí tambien lo que San Cirilo de Alejandría escribió de ella y de sus santas hermanas, en la dedicatoria de su bello libro *De la fe*, que les dirigió: «¡Oh santas vírgenes, les dice; oh esposas sagradas y castísimas de Jesucristo, nuestro comun Salvador; oh emperatrices religiosísimas y muy amadas de Dios; el mundo entero no dice nada de más al llamaros *el ornato del universo* y *la gloria de todas las Iglesias!* Se os ve admirablemente radiantes con el esplendor de todas las virtudes y de todos los adornos del alma, los únicos que son agradables á los ojos de la majestad de Dios. Pero vosotras no os satisfaceis con estas riquezas del corazon; vosotras habeis hecho todo lo posible por presentaros á los ojos del mundo como los modelos cristianos de la verdadera fe, de la fe sólida y perfecta. ¡Ay! Vosotras no omitís nada á fin de pensar y practicar únicamente lo que Jesucristo desea, lo que Jesucristo quiere, mereciendo de este modo su reino. Vosotras habeis ilustrado vuestra vida con excelentes acciones; vosotras habeis decorado vuestros salones y los de vuestros príncipes con la gloria de la virginidad; y como si todo esto nada fuese, habeis querido erigir templos suntuosos al Señor; porque, ademas de todas las gracias con que Él ha enriquecido vuestras almas, os ha

(1) «Digna effecta est quam Patres Concilii Chalcedonensis, una omnium voce et præconio, *custodem, fidei, pacis conciliatricem, expultricem hæreticorum*, piam, ortodoxam, *novam Elenam* (sicut Marcianum, tunc imperatorem, *novum Constantinum*), consalutarent; cuique Sanctus Leo, totius romanæ Ecclesiæ nomine, plurimum gratularetur, ejusque causa exultare se diceret, ac digna Deo vota persolvere, quod, de nestoriana primum impietate, mox de nefario Euthichetis errore perento, duplicem illi et palmam contulerat et coronam.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)

inspirado el pensamienso y el deseo de manifestar tambien por este medio vuestra piedad. Á pesar de lo instruidas que pareceis en toda la doctrina y en todas las prácticas de la religion, permitidme que os exponga aquí algunos pasajes de los libros santos; éste es un objeto de edificacion y un homenaje que os presento, como á verdaderas y santas esposas de Jesucristo» (1).

Ved aquí, pues, lo que fué la emperatriz Santa Pulqueria; pero esto da lugar á observaciones importantes. En primer lugar, San Pablo dice que la verdadera piedad es buena y útil para todo: *Pietas ad omnia utilis est*. Pero la admirables vida de Santa Pulqueria nos manifiesta que la verdad de estas sublimes palabras se verifica particularmente en la mujer. Segun lo que acabamos de ver, no basta con decir que la mujer verdadera y sólidamentente piadosa es buena hija, buena hermana, buena esposa y buena madre. Santa Pulqueria ha enseñado al mundo que una mujer como ella es tambien una buena reina; que puede, no sólo educar á sus hijos, sino tambien conducir á los pueblos; que puede, no sólo gobernar una familia, sino tambien gobernar un estado y áun un vasto Imperio, y hacerlo feliz.

En segundo lugar, la vida de Santa Pulqueria nos presenta una mujer vírgen y esposa, devota y grande, justa y caritativa, firme y discreta, modesta y sublime; una mujer que reune en sí, en el más alto grado, los encantos de la jóven y el valor del guerrero, la delicadeza de conciencia del alma piadosa, y la decision, el cálculo y el talento del hombre de Estado; todas las virtudes del claustro

(1) «Sane vos sacras castissimasque Christi omnium nostrum Salvatoris sponsas, religiosissimæ ac Deo dilectissimæ imperatrices, *orbis terrarum ornamentum, sanctarumque ecclesiarum decus* optimo jure quisquis appellaverit; in quibus nimirum omne virtutum genus, omnisque ornatus divinæ Majestatis oculis gratus acceptusque mirifice splendet. Neque his opibus contempte, omnem quoque curam, omnemque studium adibetis, quod fide recta, nullamque in partem vacilante, excellatis. Neque Christi regnum capessere et ea quæ illi grata sunt facere et sentire omittitis: partim quidem præclaris actionibus; partim rursum cum vestras, tunc principium quoque vestrorum aulas virginitátis gloria condecorantes; partim denique sumptuosissima templa Domino excitantes: nam et hoc quoque pietatis studium, inter cætera, ille sanctis vestris animis impertitus est. Igitur ex sacris Litteris vobis vere sanctis Christi sponsis (quamquam ad quodvis opus bonum instructe videamini), aliquid de promam.» (S. Ciril. Alex., *De fide, ad Pulcher. et sorer.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y todas las grandezas y todas las glorias de la soberanía; una mujer, en fin, en la cumbre del poder, hija dócil de la Iglesia, que vive como una gran santa y que gobierna como una gran soberana (1). Jamas se ha visto un espectáculo semejante. Las pretendidas virtudes y las glorias de las mujeres que se presentan á la admiracion de las jóvenes cristianas nada son en comparacion de las virtudes y de las glorias de esta elevada mujer del Cristianismo. Jamas se habia visto á una mujer subir tan alto ni presentarse á los ojos del universo de un modo tan majestuoso y tan admirable. La historia de la humanidad jamas habia ofrecido nada más bello, más imponente ni más grandioso. Esto sólo se ha visto en la Iglesia. Por consiguiente, el Catolicismo, que obra por sí solo estos prodigios, es divino, es la única religion verdadera.

§ XXX.—La mujer católica de la córte, ayudando á San Gregorio á consolar á los pueblos, á reprimir las herejías y á propagar el Cristianismo.—El mismo Santo Pontífice tratando de los grandes negocios de la Iglesia con la emperatriz Constantina, con la emperatriz Leoncia y con la reina Teodolinda.—Celo de estas princesas por el sostenimiento de la fe católica, celebrado por San Gregorio.—La reina Brunehaut de Francia y la reina Berta de Inglaterra ayudan tambien al mismo Pontífice á convertir á los ingleses.

El papa San Gregorio el Grande debió, lo mismo que San Leon, al piadoso concurso y al celo de la mujer católica, que encontró en el palacio de los príncipes de su tiempo, el haber reprimido grandes errores, evitado grandes escándalos, aliviado grandes desgracias y propagado el Cristianismo. En el magnífico é importante

(1) Ved aquí la magnífica pintura que Gibbon, que, por su ódio al Cristianismo, no es sospechoso de lisonja, ha hecho del modo de gobernar de esta prodigiosa mujer: «La devocion no impedia á Pulqueria dedicarse con una atencion infatigable á los negocios del gobierno, y esta princesa es la única de los descendientes del gran Teodosio que parece haber heredado una parte de su valor y de sus talentos. Ella habia adquirido el uso familiar de las lenguas griega y latina, de las que se servia con gracia en sus discursos y en sus escritos relativos á los negocios públicos. La prudencia presidia siempre á sus deliberaciones. Su ejecucion era pronta y decisiva. Moviendo sin ruido y sin ostentacion las ruedas del gobierno, atribuia discretamente al genio del Emperador la larga tranquilidad de su reinado. En los últimos años de su apacible vida la Europa sufria mucho con la invasion de Atila; pero la paz continuó reinando siempre en las vastas provincias de Asia. Teodosio el Jóven jamas se vió reducido á la triste necesidad de tener que combatir ó castigar á ningun súbdito rebelde. Y si no podemos alabar á Pulqueria por un gran vigor en su administracion, la dulzura de esta administracion merece al ménos algunos elogios.» (*Histoire de la Decad.*, tomo VI, cap. XXXII.) Ved aquí el mayor elogio que puede hacerse de la administracion de un príncipe. En cuanto á la falta de vigor que Gibbon parece que echa en cara á esta admirable princesa, se encuentra refutada por la historia de su reinado, y por este mismo autor, que afirma que la ejecucion de Pulqueria era pronta y decisiva.

Epistolario de este gran Pontífice se encuentra un gran número de cartas dirigidas á la emperatriz Constantina y á Teoclisa, hermana del emperador Mauricio y aya de sus hijos.

Estas cartas nos enseñan, en primer lugar, que aquellas princesas verdaderamenfe cristianas enviaban de Constantinopla á Roma al Santo Padre abundantes limosnas, que él empleaba en redimir á los cristianos hechos esclavos por los bárbaros. El emperador de Oriente era entónces Mauricio, aquel monstruo de imbecilidad y de avaricia que por el dinero lo vendia todo, la ventura de los pueblos y los intereses de la fe. La correspondencia de San Gregorio con la Emperatriz y su cuñada nos manifiesta tambien que el Santo Pontífice se dirigia á aquella santas y celosas matronas siempre que la ortodoxia estaba en peligro por las intrigas de los herejes, que con la llave del oro encontraban la puerta siempre abierta para llegar al Emperador; y la misma correspondencia nos manifiesta tambien que, si Mauricio no fué más léjos en su insolencia sacrílega contra la Iglesia; si á instancias del Soberano Pontífice revocó muchas leyes funestas á la Iglesia y al Imperio mismo, y si permaneció un poco de dignidad y de poder cristiano en aquel palacio, donde la avaricia más innoble reinaba al lado de la más refinada hipocresía, esto se debió á la influencia poderosa de la mujer católica. Santa Sopatra y Santa Damiana, su hermana, hijas de Mauricio, caminando por las huellas de Constantina, su madre, y de Teoclisa, su tia, alimentaban tambien los sentimientos de la más tierna devocion para con el soberano pontífice San Gregorio; todas cuatro habian formado una especie de conspiracion santa para hacer valer sus peticiones y defender sus derechos ante el Emperador, su desgraciado padre, hermano y esposo, y se necesitó toda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la bajeza de alma de Mauricio para resistir con frecuencia á sus santos esfuerzos reunidos.

La islas de Cerdeña y Córcega, dependientes del gobernador imperial de África, eran muy desgraciadas en lo espiritual, lo mismo que en lo temporal; los agentes de Mauricio se mostraban en ellas más impíos y más crueles que los mismos bárbaros. Queriendo San Gregorio hacer que cesase un estado tan deplorable y tan funesto á la religion y á la felicidad de aquellas pobres poblaciones, se dirigió á la mujer, á la emperatriz Constantina, por medio de la siguiente carta, tan honorífica para el Santo Pontífice, cuyo celo y cuya caridad revela, como para la princesa misma, cuyo interes por todo lo que tocaba á la religion manifiesta:

«Como sé, le dice San Gregorio, que vuestra serenísima señoría piensa en la patria celestial y en la vida de su alma, creeria cometer un crímen si callase ciertas cosas que el temor de Dios debe manifestar. Habiendo sabido que en la isla de Cerdeña habia todavía gran número de paganos que sacrificaban á los ídolos, y que los obispos del país no tenian cuidado de predicarles á nuestro Redentor, envié allá un obispo de Italia, que, con el auxilio del Señor, ha convertido á la fe un gran número de habitantes; pero él me ha anunciado un hecho muy sacrílego. Los que en aquella isla sacrifican á los ídolos pagan al juez cierta cantidad para que les conceda su permiso. Habiendo recibido algunos de ellos el bautismo y cesado de sacrificar á los ídolos, el juez de la isla continúa exigiéndoles el precio de la idolatría. Habiéndole reconvenido por esto el citado obispo, respondió él que habia prometido tanto dinero por su cargo, que sin estas rentas no podia pagarlo. En la isla de Córcega los habitantes están tan oprimidos por la enormidad de los impuestos y por la dureza de los que se los exigen, que apénas pueden pagarlos vendiendo sus propios hijos, de lo que resulta que los propietarios de esta isla abandonan las tierras del Imperio donde se profesa la verdadera religion, y se refugian forzosamente en la abominable nacion de los lombardos; porque, ¿qué trato más cruel pueden sufrir de los bárbaros, que el de verse obligados á vender sus propios hijos? Se dice que en la Cerdeña, un tal Estéban, cobrador de los impuestos marítimos, comete tantas injusticias y tantas opresiones, confiscando, sin forma de proceso, los bienes de los particulares, que, si yo quisiera enumerar todos los he-

chos de que tengo conocimiento, apénas bastaria un gran volúmen.

» Vuestra señoría ilustrísima debe considerar bien todo esto, y acallar los lamentos de los oprimidos; porque yo supongo que estas cosas no han llegado á vuestros oidos. Si ellas hubiesen llegado, no hubieran durado hasta el presente. Es necesario hacerlas saber en tiempo oportuno al piadoso Emperador, á fin de que él aparte de su alma, de su Imperio y de sus hijos, ese peso espantoso de iniquidades. Yo sé que él dirá que todo cuanto proviene de esas islas se gasta en Italia. Pero yo le responderé, diciéndole que dé ménos á la Italia, pero que impida que las lágrimas de los oprimidos acusen su Imperio. Si esas contribuciones aprovechan tan poco, tal vez consista en que son recogidas por medio de crímenes. Las serenísimas señoras deben prohibir, por consiguiente, que nada se exija al pueblo de una manera culpable. Ménos impuestos, justos, aprovecharán más á la república. Aun cuando fuese de otro modo, siempre valdria más perder la vida temporal que exponeros á perder la vida eterna; porque debeis pensar sériamente cuáles pueden ser las entrañas de los padres cuando venden á sus hijos para no ser puestos en tormento. La compasion que se debe tener de los hijos ajenos, la saben bien los que los tienen propios. Por esta razon me basta con haber indicado brevemente estas cosas, temiendo que, si vuestra piedad no supiese lo que pasa en nuestro país, mi silencio me hiciese culpable ante el tribunal del supremo Juez.»

Esta bella y afectuosa carta tuvo un éxito feliz. Aquellas infortunadas islas recibieron un gobierno verdaderamente cristiano y humano. Las opresiones y las extorsiones cesaron, y la obra civilizadora de los misioneros enviados por el Papa, libre ya de todos los obstáculos que le oponia una administracion tiránica y embrollada, prosperó de tal manera, que en poco tiempo aquellas islas se hicieron enteramente cristianas.

Pero no habiendo podido vencer la ciega obstinacion de Mauricio, ni corregir su avaricia y su impiedad las santas y admirables mujeres que le rodeaban, este miserable príncipe, segun se lo habia anunciado San Gregorio, encontró en uno de sus generales, Fócas, el castigador de sus crímenes, como tambien su sucesor en el Imperio. Ante este nuevo emperador encontró tambien San Gregorio en la mujer católica, la emperatriz Leoncia, el abogado y el protector de los intereses católicos. Tan pronto como su esposo fué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

elevado al trono, el santo y celoso Pontífice le escribió, y le exhortó á que imitase á Santa Elena y á Santa Pulqueria, tomando á su cargo la proteccion de la Iglesia de San Pedro. (Lib. III, Epístola 38.) Así lo hizo en efecto la noble princesa, porque ella fué quien suavizó el carácter salvaje de su esposo; ella le inspiró los sentimientos de celo y de devocion á la Santa Sede, de que estaba penetrada ella misma; de tal modo, que Fócas fué el primero que pidió un nuncio del Papa, que le representase en la córte, con el fin de que reprimiese el orgullo de la herejía é hiciese respetar los dogmas y las leyes de la verdadera religion.

Al mismo tiempo que San Gregorio obraba así en Oriente, se ocupaba tambien con el mismo celo en defender en Occidente los verdaderos intereses de los pueblos y de la Iglesia; y esto lo consiguió tambien por el concurso de la mujer católica. Los lombardos hacian la guerra á los romanos en Italia, y saliendo cuasi siempre vencedores, la asolaban en todos sentidos, y la fe y las costumbres sufrian tanto como el bien material de los pueblos, inocentes é inofensivos. Pues bien, San Gregorio tuvo la felicidad de poder contener la ferocidad de la barbarie victoriosa, y de conseguir que concediese la paz á los vencidos y respetase la fe y la independencia de la Iglesia; pero esto lo consiguió dirigiéndose á la reina Teodolinda, tratando directamente con ella de los grandes intereses y de la religion de los pueblos, y encontrándola siempre dócil para escucharle, pronta para ayudarle y poderosa para obrar. La segunda carta del libro tercero del *Epistolario gregoriano* es una prueba de esto. Despues de haber felicitado San Gregorio en una carta á la buena y piadosa reina por haber hecho bautizar en la Iglesia católica al pequeño príncipe Adoloaldo, destinado á reinar sobre los lombardos, le dice: «Dios nos libre de separarnos de la carta de San Leon (á San Flaviano) y de los cuatro concilios, Niceno, Constantinopolitano, Efesino y Calcedonense, martillos de los herejes. Yo envio á nuestro excelentísimo hijo, el rey Adoloaldo, una cruz con dos pedacitos de madera de la Santa Cruz del Señor, y un evangelio en una cajita de Persia; y á nuestra hija, su hermana, tres anillos, que os ruego se los entregueis con vuestra propia mano, á fin de que nuestra dádiva le sea más agradable. Os rogamos tambien que deis gracias, en nuestro nombre, á nuestro excelentísimo hijo, el Rey, vuestro esposo, por la paz que ha hecho, y le exciteis á que la conserve, como habeis acostumbrado á hacerlo, á fin de que, entre el gran número de buenas obras que haceis, seais tambien recompensada ante Dios por haber salvado á un pueblo inocente que podia perecer en caso de guerra.»

Una de las glorias de San Gregorio el Grande es la de haber enviado á San Agustin y á otros santos y celosos monjes á la Gran Bretaña para convertir á los ingleses, lo cual le valió el título de *apóstol de Inglaterra*. Pero no debemos olvidar que esta grande é importante mision fué sostenida y prosperó por el concurso de las mujeres. La prueba de este hecho la encontramos en la famosa carta del gran Pontífice á Berta, esposa de Etelberto, rey de Inglaterra. En esta carta, despues de haber dado gracias á la Reina por la proteccion que habia dado á San Agustin y á sus compañeros, la compara San Gregorio á Santa Elena, madre de Constantino, de quien Dios se sirvió, dice él, para excitar á los romanos á la fe cristiana, *como esperamos que El se servirá del celo de vuestra gloria para hacer conocer á la nacion de los ingleses los efectos de su misericordia.*

Ved aquí otra prueba del mismo hecho. La reina de Francia, Brunehaut, viuda de Sigisberto y esposa de Meroveo, no era una santa, pero al ménos parece que tenia bastante celo y bastante fe, y que se han exagerado sus injusticias, supuesto que el mismo Santo Pontífice, que tenia siempre los ojos abiertos sobre lo que pasaba en el mundo, y particularmente en la córte de los príncipes cristianos, con respecto á la mision de Inglaterra, dirigió tambien á esta princesa una carta, concebida en los términos siguientes:

«Damos gracias al Dios Todopoderoso porque, entre los muchos dones de su bondad con que ha adornado á vuestra excelencia, os ha llenado de un amor tan grande á la religion, que ejecutais con ardor todo lo que puede contribuir á la salvacion de las almas y á la propagacion de la fe. La fama nos ha hecho conocer los grandes auxilios que habeis proporcionado á nuestro hermano Agustin. Los que no conocen vuestra piedad se llenarán de admiracion; pero á nosotros, que hemos visto tantas pruebas de ella, no nos causa admiracion; sólo nos resta alegrarnos con vos. Vos habréis sabido los milagros que el Salvador ha obrado en la conversion de los ingleses, y esto debe ser para vuestra excelencia un gran motivo de consuelo, supuesto que nadie ha tomado tanta parte como vos en esta buena

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obra. Y si esta nacion ha tenido la dicha de escuchar la predicacion del Evangelio, á vos, despues de Dios, es á quien lo debe.» Así, pues, segun el testimonio de San Gregorio, la Inglaterra debe, despues de Dios, su conversion al Cristianismo á una mujer, y esta mujer era una reina francesa. ¡Nuevo título de gloria para la mujer, y para la Francia igualmente!

§ XXXI.—La emperatriz Irene, azote de los iconoclastas; por ella se reune el segundo Concilio de Nicea, que los condena.—Bello espectáculo de esta princesa presidiendo la última sesion de aquel Concilio.—Solemnidad y magnificencia con que Irene hace celebrar la destruccion de la gran herejía y la restauracion del culto de las santas imágenes.

Ántes de dejar el Oriente, debemos tributar homenaje, en nombre de la Iglesia, á otras dos emperatrices que, aunque mucho tiempo despues, por su afecto al Catolicismo merecieron el reconocimiento del Catolicismo y de la Iglesia. Una de ellas es la emperatriz Irene, el azote de los iconoclastas y la restauradora del culto de las santas imágenes, que los últimos emperadores, y en particular el emperador Leon, su esposo, habian perseguido sacrílegamente. Se sabe que este malhadado Emperador llevó hasta tal punto de cinismo su ódio satánico á las imágenes, que habiendo visto un dia sobre uno de los altares de Santa Sofía una rica corona que el emperador Mauricio habia colocado en él, y que la rapacidad sacrílega de los iconoclastas habia perdonado, la hizo quitar de allí y se la puso en la cabeza, diciendo: «Esta corona está mejor aquí que donde estaba»; y se la llevó á palacio. La venganza del cielo no se hizo esperar mucho tiempo: acometido el emperador Leon por una apoplejía fulminante, murió el mismo dia, á la edad de treinta años, dejando un hijo único, de doce años de edad. El partido de los iconoclastas era muy atrevido y muy poderoso. Un gran número de obispos, de grandes del Imperio y de soldados de la guardia imperial estaban infestados de esta herejía. Habiendo tomado Irene las riendas del Imperio por la muerte trágica de su esposo y la menor edad de su hijo, aunque era católica, no pudo desde el primer momento de su regencia atacar de frente aquel partido, que habia causado tantos males á la Iglesia y al Estado, y que no retrocedía ante ningun obstáculo, sino que, tan sábia como fervorosa, hizo lo que estuvo en su mano hacer. Desde el momento suspendió todas las persecuciones contra los católicos, y se declaró en su favor; de modo que el pueblo comenzó á hablar libremente de las santas imágenes y á manifestar públicamente su deseo de verlas restablecidas. Habiendo vacado la silla patriarcal de Constantinopla por el fallecimiento de Pablo, que acababa de morir en los sentimientos del más profundo arrepentimiento por haberse mostrado demasiado débil contra los perseguidores de las imágenes, propuso ella á los obispos, á los consejos de los grandes y al pueblo, al llamado Taracio para reemplazarle, y esta proposicion fué unánimemente aceptada por todo el mundo. Taracio era lego; pero educado por Santa Eucracia, su madre, señora muy célebre por su piedad, era el católico más fervoroso y el hombre más santo de todo el Imperio. Esta eleccion honró tanto la sabiduría como la piedad de la Emperatriz. En la resolucion que habia tomado de restaurar completamente el Catolicismo en Oriente, era necesario comenzar por colocar en la silla de Constantinopla un obispo como éste. Ademas, cuando se trata de la religion, la mujer, sea cualquiera el poder de su voluntad y la altura de su posicion, nada puede sin las luces y la autoridad del obispo; así como el obispo, segun hemos visto ya, y verémos despues en la época siguiente, sea cualquiera su celo, no puede hacer grandes cosas sin el concurso y la cooperacion de las mujeres. Despues escribió Irene, por sí misma y por medio de su hijo, al papa Ariano en estos términos: «Supuesto que vos sois la cabeza de la Iglesia, que habeis recibido de Dios el *principado del episcopado*, como nosotros hemos recibido el del Imperio, os pedimos que nos presteis vuestro auxilio, porque hemos resuelto remediar los males que los tres últimos emperadores hicieron á la Iglesia con la herejía de los iconoclastas, que ellos habian apoyado con todas sus fuerzas. Y supuesto que el medio más propio para esto es el de reunir un Concilio general, suplicamos á Vuestra Santidad que se presente en él para afirmar la antigua tradicion respecto á la veneracion de las imágenes; y que si Vuestra Santidad no puede honrar la Asamblea con su presencia, envie al ménos á ella personas justificadas y hábiles, con autorizacion suficiente para representar su persona.» (*Rom.*, 7.) La Emperatriz obligó tambien á Taracio á que escribiese al Papa y le enviase su profesion de fe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obra. Y si esta nacion ha tenido la dicha de escuchar la predicacion del Evangelio, á vos, despues de Dios, es á quien lo debe.» Así, pues, segun el testimonio de San Gregorio, la Inglaterra debe, despues de Dios, su conversion al Cristianismo á una mujer, y esta mujer era una reina francesa. ¡Nuevo título de gloria para la mujer, y para la Francia igualmente!

§ XXXI.—La emperatriz Irene, azote de los iconoclastas; por ella se reune el segundo Concilio de Nicea, que los condena.—Bello espectáculo de esta princesa presidiendo la última sesion de aquel Concilio.—Solemnidad y magnificencia con que Irene hace celebrar la destruccion de la gran herejía y la restauracion del culto de las santas imágenes.

Ántes de dejar el Oriente, debemos tributar homenaje, en nombre de la Iglesia, á otras dos emperatrices que, aunque mucho tiempo despues, por su afecto al Catolicismo merecieron el reconocimiento del Catolicismo y de la Iglesia. Una de ellas es la emperatriz Irene, el azote de los iconoclastas y la restauradora del culto de las santas imágenes, que los últimos emperadores, y en particular el emperador Leon, su esposo, habian perseguido sacrílegamente. Se sabe que este malhadado Emperador llevó hasta tal punto de cinismo su ódio satánico á las imágenes, que habiendo visto un dia sobre uno de los altares de Santa Sofía una rica corona que el emperador Mauricio habia colocado en él, y que la rapacidad sacrílega de los iconoclastas habia perdonado, la hizo quitar de allí y se la puso en la cabeza, diciendo: «Esta corona está mejor aquí que donde estaba»; y se la llevó á palacio. La venganza del cielo no se hizo esperar mucho tiempo: acometido el emperador Leon por una apoplejía fulminante, murió el mismo dia, á la edad de treinta años, dejando un hijo único, de doce años de edad. El partido de los iconoclastas era muy atrevido y muy poderoso. Un gran número de obispos, de grandes del Imperio y de soldados de la guardia imperial estaban infestados de esta herejía. Habiendo tomado Irene las riendas del Imperio por la muerte trágica de su esposo y la menor edad de su hijo, aunque era católica, no pudo desde el primer momento de su regencia atacar de frente aquel partido, que habia causado tantos males á la Iglesia y al Estado, y que no retrocedía ante ningun obstáculo, sino que, tan sábia como fervorosa, hizo lo que estuvo en su mano hacer. Desde el momento suspendió todas las persecuciones contra los católicos, y se declaró en su favor; de modo que el pueblo comenzó á hablar libremente de las santas imágenes y á manifestar públicamente su deseo de verlas restablecidas. Habiendo vacado la silla patriarcal de Constantinopla por el fallecimiento de Pablo, que acababa de morir en los sentimientos del más profundo arrepentimiento por haberse mostrado demasiado débil contra los perseguidores de las imágenes, propuso ella á los obispos, á los consejos de los grandes y al pueblo, al llamado Taracio para reemplazarle, y esta proposicion fué unánimemente aceptada por todo el mundo. Taracio era lego; pero educado por Santa Eucracia, su madre, señora muy célebre por su piedad, era el católico más fervoroso y el hombre más santo de todo el Imperio. Esta eleccion honró tanto la sabiduría como la piedad de la Emperatriz. En la resolucion que habia tomado de restaurar completamente el Catolicismo en Oriente, era necesario comenzar por colocar en la silla de Constantinopla un obispo como éste. Ademas, cuando se trata de la religion, la mujer, sea cualquiera el poder de su voluntad y la altura de su posicion, nada puede sin las luces y la autoridad del obispo; así como el obispo, segun hemos visto ya, y verémos despues en la época siguiente, sea cualquiera su celo, no puede hacer grandes cosas sin el concurso y la cooperacion de las mujeres. Despues escribió Irene, por sí misma y por medio de su hijo, al papa Ariano en estos términos: «Supuesto que vos sois la cabeza de la Iglesia, que habeis recibido de Dios el *principado del episcopado*, como nosotros hemos recibido el del Imperio, os pedimos que nos presteis vuestro auxilio, porque hemos resuelto remediar los males que los tres últimos emperadores hicieron á la Iglesia con la herejía de los iconoclastas, que ellos habian apoyado con todas sus fuerzas. Y supuesto que el medio más propio para esto es el de reunir un Concilio general, suplicamos á Vuestra Santidad que se presente en él para afirmar la antigua tradicion respecto á la veneracion de las imágenes; y que si Vuestra Santidad no puede honrar la Asamblea con su presencia, envie al ménos á ella personas justificadas y hábiles, con autorizacion suficiente para representar su persona.» (*Rom.*, 7.) La Emperatriz obligó tambien á Taracio á que escribiese al Papa y le enviase su profesion de fe.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No ofreciendo Constantinopla garantía suficiente para la libertad y la independencia del Concilio, Irene lo hizo reunir en Nicea de Bitinia. En las cartas del Papa que los legados llevaron á Irene y á su hijo, y que fueron leidas en la santa Asamblea, el Soberano Pontífice felicitaba á la Emperatriz y al Emperador por su piadoso deseo de restablecer la verdadera fe respecto al culto de las imágenes, y les decia que, por el cumplimiento de este designio, la madre y el hijo se honrarian tanto como se honraron el antiguo Constantino y Santa Elena, su madre, cuando promulgaron la fe ortodoxa y exaltaron la Iglesia romana, que es la madre espiritual áun de la misma Iglesia griega, como que está á la cabeza de todas las Iglesias. (*Rom.*, 7.) Los obispos que habian tenido la desgracia de caer en la herejía de los iconoclastas abjuraron públicamente de ella en el Concilio, y declararon reconocer que estos herejes, en su guerra contra las imágenes sagradas, habian imitado á los judíos, á los sarracenos, á los paganos y á los maniqueos. La doctrina sobre el culto de las imágenes fué restablecida sobre bases sólidas y con razones sin réplica. Por medio de pasajes tomados de los escritos de todos los padres de la Iglesia, se hizo constar la antigüedad, la perpetualidad y la universalidad de la tradicion de la Iglesia respecto al culto que se debe á las imágenes del Salvador, de su augusta Madre y de los santos; y todos estos pasajes fueron reunidos en un volúmen. Ademas del bello y magnífico decreto sobre el culto de las imágenes, publicó el Concilio otros veintidos cánones del más alto interes respecto á la fe y á la disciplina de la Iglesia. Gozosa la piadosa Emperatriz al saber lo que habia hecho aquella piadosa Asamblea, escribió á los Padres que la componian, rogándoles fuesen todos ellos á Constantinopla y celebrasen allí su última sesion en presencia del pueblo, á fin de dar á unas decisiones de fe tan importantes mayor solemnidad, publicándolas ellos mismos en la capital del Imperio y haciéndolas aceptar por las aclamaciones del pueblo. Irene hizo tambien saber á los padres del Concilio que acababa de enviar á la Anatolia toda la guardia imperial, contaminada con la herejía; que la habia reemplazado con regimientos escogidos que habia hecho venir expresamente de Tracia, con cuya ortodoxia y con cuya disciplina se podia contar, y que, por consiguiente, nada habia que temer respecto á la seguridad del Concilio. Este pensamiento de la Emperatriz era demasiado sabio, y su deseo

demasiado justo, para que los Padres pudiesen negarse á él. Se trasladaron, pues, á Constantinopla, y se reunieron en un salon del palacio imperial, donde Irene lo habia dispuesto todo á fin de que nada faltase á la majestad y al esplendor de esta memorable sesion. El Senado y todas las altas corporaciones del Imperio se hallaban allí reunidos. Una multitud inmensa habia ocupado todas las avenidas. La Emperatriz se presentó allí con su hijo. Los legados del Papa le cedieron el primer lugar, y entónces se vió á una mujer, teniendo á su lado un niño de doce años, presidir una de las más augustas asambleas de la Iglesia. La sesion se abrió con un discurso de la Emperatriz, en el que habló, en nombre de su hijo y en su propio nombre, con tanta elocuencia, con tanto calor y con tanta gracia, que una grande emocion se manifestó en toda la Asamblea; lágrimas de gozo corrieron de los ojos de todos, y las últimas palabras de Irene fueron seguidas de las más entusiastas aclamaciones. Lo mismo sucedió cuando se leyó en alta voz el tomo donde el Concilio habia reunido los textos de los padres de la Iglesia relativos al culto de las imágenes: todos los circunstantes se conmovieron profundamente al oir cómo se expresaron aquellos grandes hombres respecto á este artículo de la verdadera fe, reconocieron su verdad y se adhirieron á él con los más vivos aplausos. Pero el entusiasmo llegó á su colmo cuando se leyó tambien en la Asamblea, y fuera de la Asamblea al pueblo, la definicion de fe pronunciada por el Concilio sobre la misma materia, y vieron que la Emperatriz queria firmarla la primera. Es imposible formar una idea de los trasportes de alegría con que esta definicion fué acogida y aceptada. Al mismo tiempo, segun las órdenes que la Emperatriz habia dado, todas las imágenes sagradas, de que se encontró lleno como por encanto el palacio imperial, lo mismo que todas las iglesias, y áun las mismas calles de la metrópoli, fueron descubiertas y presentadas, rodeadas de adornos y de cirios encendidos, á la veneracion de los fieles. En aquel dia la ciudad de Constantinopla se convirtió en un templo, donde todo el pueblo tributó á las imágenes sagradas los homenajes públicos, que las indemnizaron de la brutalidad sacrílega con que habian sido proscritas, profanadas y despreciadas. Tal fué el resultado de este gran Concilio, que es el segundo de Nicea y el sétimo de los Concilios generales, el más célebre y el más importante de todos, en razon á que todos los Con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cilios generales precedentes fueron confirmados en él, y todas las herejías que se habian levantado hasta entónces fueron en él anatematizadas. Pero no debemos olvidar que este gran Concilio, como todo lo que se siguió á él y que puso fin á una gran herejía y restauró el Catolicismo en Oriente, fué pensamiento y obra de una mujer; y que una Emperatriz fué la que, con su celo inteligente y valeroso, deshizo los grandes escándalos dados por tres emperadores y por un gran número de obispos. ¡Dichosa mujer, si hubiera sabido vivir tan bien como supo creer; si hubiera sabido conformar siempre su conducta á su fe, y si la ambicion de reinar no la hubiera hecho cruel áun con su propio hijo! El nombre de la emperatriz Irene brillaria con un grande y puro resplandor en la historia eclesiástica al lado de Santa Pulqueria, y la Iglesia la veneraria como santa.

§ XXXII.—La emperatriz Santa Teodosia, *la única soberana buena de su tiempo*.—Teófilo, su esposo, le debe su conservacion.—Habiendo levantado la cabeza la herejía de los iconoclastas, fué aniquilada por ella.—Santa Teodosia instituyendo la fiesta de la *Ortodoxia*, que los griegos celebran todavía.—Celo con que trabajó en la restauracion y en la propagacion del Catolicismo en Oriente.—Su cooperacion eficaz en la conversion de los búlgaros, de los kázaros y de los moravos.—Detestable carácter de su hijo, *Miguel el Borracho*, que persigue á su propia madre y echa los fundamentos al cisma de Oriente.—Sin embargo, resumiéndose todas las herejías en el arrianismo, fueron tan completamente destruídas por el concurso de las mujeres, que no han podido levantarse de nuevo, á pesar del cisma.—El cisma se ha perpetuado allí porque, despues de Santa Teodosia, no se ha sentado en el trono ninguna otra santa mujer.—Importancia de la mujer católica para el sostenimiento de la verdadera religion.

Es verdad que más tarde la herejía de los iconoclastas, apoyada por los emperadores Miguel el Tartamudo y Teófilo, y profesada y enseñada por el insigne impostor Lecanomante, patriarca de Constantinopla, levantó su odiosa cabeza y renovó con más furor la guerra á las imágenes sagradas. Pero fué aniquilada muy pronto, y esta vez tambien por el celo y la piedad de una mujer, de cuyo reinado comienza la historia Rohrbacher con estas palabras: «Mas si en Occidente los soberanos temporales eran entónces generalmente medianos, eran detestables en Oriente, y en Constantinopla

no hubo más que uno bueno, y éste era una mujer, la emperatriz Santa Teodosia.» (Lib. LVII.)

Habiendo muerto su esposo, el emperador Teófilo, dejando un hijo de tierna edad, tomó ella las riendas del Imperio en nombre de su hijo y lo gobernó, por espacio de catorce años, con el celo de un obispo y con la bondad, la justicia y la fuerza de un excelente soberano.

Pero áun ántes de perder á su esposo habia dado Santa Teodosia una prueba de la pureza de su fe y de la eficacia de su celo por el Catolicismo. Viendo á su desventurado esposo próximo á morir en la condenacion y en el anatema, á causa de la persecucion impía que habia hecho á las imágenes, la santa mujer se llenó de espanto, y redoblando su celo, le representó, como ella lo ha referido despues, con los más negros colores las consecuencias terribles de su muerte si permanecia en la herejía, del juicio severo de Dios, la condenacion eterna, la privacion de las oraciones de la Iglesia, las maldiciones de los hombres, la nota de reprobacion que infamaria su memoria, y el escándalo y la sublevacion del pueblo. El moribundo se conmovió y se llenó de terror al ver este cuadro. «Él gimió, él lloró, añade la Santa, y dió los testimonios más manifiestos de su arrepentimiento; pidió las imágenes sagradas, yo se las presenté, él las besó, y entregó de este modo su espíritu en manos de los ángeles.» Ved aquí otro bello ejemplo del celo y del poder de la mujer verdaderamente católica para atraer al bien á las personas que ama. El emperador Teófilo debió á su santa esposa su conversion y su salvacion.

Siendo Santa Teodosia católica en el fondo de su alma, ocultaba su catolicismo en vida de su desventurado esposo, para evitar que éste se enfureciese más contra los católicos. Mas apénas se vió dueña de sí misma y colocada á la cabeza del gobierno, su primer pensamiento fué la destruccion de la herejía y la restauracion completa del Catolicismo en todo el Imperio. Así fué que cuando el piadoso Manuel, tío del Emperador difunto y uno de los tutores de su hijo, representó á la santa Emperatriz que el mejor modo de dar á su reinado un principio feliz y de regocijar al pueblo era el de restablecer el culto de las sagradas imágenes, Santa Teodosia respondió: «¡Ay Dios mio! Yo lo he deseado siempre, y no he dejado jamas de pensar en ello. Pero no he podido hacerlo hasta el presen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, por la multitud de senadores y de magistrados afectos á la herejía de los iconoclastas, por los obispos metropolitanos, y principalmente por el mismo patriarca Lecanomante. Él es quien ha paralizado mis esfuerzos; él es quien ha fomentado la semilla de este error, que el Emperador, mi esposo, habia recibido de sus padres; él es quien le ha obligado, por sus apremiantes exhortaciones, á tratar tan mal á muchas santas personas.» Al momento, queriendo hacer su último esfuerzo respecto al patriarca, le envió á decir: «Yo recibo de todas partes muchas solicitudes para el restablecimiento de las santas imágenes; si vos estais de acuerdo, tanto mejor, y la Iglesia volverá á recibir al momento su antiguo ornato; si no lo estais, dejad la silla, que no podeis ocupar ya, y retiraos; un Concilio os va á juzgar y á mostraros que sosteneis un error.» Habiendo persistido Lecanomante en su obstinacion, la Emperatriz, de acuerdo con la cabeza de la Iglesia, hizo reunir un Concilio en el palacio imperial, á que asistió ella misma. El Concilio fué muy numeroso. En él se anatematizó á los enemigos de las santas imágenes, se confirmó el segundo Concilio de Nicea, que habia sido celebrado por el celo de la emperatriz Irene; y habiendo depuesto legalmente á Juan Lecanomante, como convicto de herejía y obstinado en sus errores, fué elegido patriarca de Constantinopla San Metodio, uno de los mártires vivientes de la fe católica bajo el imperio de Miguel el Tartamudo y de Teófilo. Entónces la piadosa Emperatriz dijo á los Padres reunidos: «Ya veis lo que, con el auxilio de Dios, he hecho para restablecer el culto de las imágenes. En recompensa no os pido más que una gracia, y es que alcanceis de Dios el perdon del pecado que el Emperador, mi esposo, cometió en esta materia.» Bello y admirable rasgo del celo de la mujer católica por el reposo del alma y por la memoria de su esposo. Y en esta ocasion fué cuando la santa mujer refirió al Concilio la conversion de su esposo, y la confirmó con juramento. Y al oir esto los prelados, le dijeron: «Princesa, *persuadidos de vuestra virtud*, bajo el testimonio que acabais de dar del arrepentimiento del Emperador, y suponiendo que fué así, declaramos por escrito que Dios tendrá misericordia de Teófilo.»

Al momento ordenaron á San Metodio patriarca de Constantinopla; y Santa Teodosia, alegre por haber dado un pastor semejante á esta Iglesia, hizo reunir el pueblo, con el nuevo patriarca á su cabeza, en la iglesia de Nuestra Señora, y estuvo con ellos toda la noche dando gracias á Dios y orando, y á la mañana se dirigieron todos en procesion á Santa Sofía, donde, despues de la celebracion de la misa, las santas imágenes fueron restablecidas solemnemente. Una multitud inmensa habia concurrido de las provincias vecinas á esta fiesta. Los monjes del monte Olimpo, del monte Ida y del monte Atos se habian reunido en gran número, lo mismo que los obispos y los sacerdotes de la comarca, la mayor parte de ellos llevando todavía las señales del martirio que habian sufrido durante la persecucion. El pueblo, que muchas veces comprende mejor la religion que muchos de los que se llaman teólogos, dió una gran importancia, y con razon, al culto de las imágenes. El gozo, por consiguiente, fué grande y universal.

Pero nadie se alegró tanto de este acontecimiento como la princesa que lo habia promovido. Despues de la ceremonia en la iglesia, dió un piadoso festin en su palacio al clero y á todos los confesores de la fe. Ella les dió de comer y quiso servirles á la mesa. Despues celebró ella esta fiesta todos los años, y los griegos la celebran aún bajo el nombre de *la fiesta de la Ortodoxia* ó del restablecimiento de la verdadera religion.

Santa Teodosia, de acuerdo con San Metodio, procuró hacer desaparecer todos los vestigios de la persecucion que su esposo habia hecho á los católicos. Ella hizo llevar á Constantinopla el cuerpo de San Teodoro Studita y el del patriarca San Nicéforo; ella puso fin á todas las divisiones religiosas, reunió á todos los partidos, y con la firmeza y la sabiduría de su administracion volvió el reposo al Imperio y la paz á la Iglesia. Convencida de que el bien de la religion depende principalmente de la pureza de la doctrina, de la santidad y del celo del obispo, habiendo muerto el gran Metodio, la Emperatriz procuró que fuese reemplazado en la silla de Constantinopla por un santo todavía mayor, y éste fué San Ignacio, el más célebre de los patriarcas de Constantinopla, despues de San Juan Crisóstomo, por su celo por la unidad de la Iglesia, por sus combates con el insigne criminal Focio, y por su largo y atroz martirio. Al mismo tiempo destruyó ella los restos de los maniqueos, que se habian convertido en una secta de salteadores de caminos, que infestaban el Ponto, la Armenia y la Capadocia.

Santa Teodosia hizo tambien la paz con los búlgaros y restituyó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al príncipe Bogoris, su jefe, la hermana de éste, que los imperiales habian cogido prisionera en la última guerra. Pero durante la cautividad de esta princesa en Constantinopla, Santa Teodosia la habia hecho instruir perfectamente en la verdadera fe, y con sus exhortaciones y con sus ejemplos habia hecho de ella una cristiana fervorosa y perfecta. Cuando volvió á Bulgaria, insistió tanto con su hermano, pagano todavía, para que abrazase el Cristianismo, que al fin lo consiguió, y por medio de su hermano atrajo tambien al Cristianismo las diferentes hordas de bárbaros que habitaban las riberas del Danubio, y que se comprendian bajo el nombre de búlgaros. Esta gran princesa fué, por consiguiente, la Santa Clotilde de Bogoris, así como éste fué el Clodoveo de los pueblos que asolaban el Oriente. Tambien fué Santa Teodosia quien, á peticion de Bogoris y de su santa hermana, envió á Bulgaria á San Cirilo, para quien alcanzó inmensas facultades del Papa el cual en pocos años consiguió hacer de los búlgaros una floreciente cristiandad, sujeta inmediatamente á la Santa Silla de Roma. Y ved aquí un gran pueblo convertido en nacion cristiana por los cuidados de dos mujeres. Pero en la época de que vamos á tratar ahora se renueva con más frecuencia este prodigio de la formacion de grandes estados cristianos por el celo de las mujeres.

Santa Teodosia envió tambien ciertos eclesiásticos á los kázaros, cuya religion era una horrible mezcla de judaísmo y de mahometismo, y que se hicieron al momento cristianos. Los príncipes de los moravos igualmente, viendo en todos los países cristianos que los rodeaban los felices efectos del Cristianismo para la paz, la union y la civilizacion de los pueblos, quisieron tambien abrazarlo é introducirlo en sus estados. Mas no teniendo personas capaces de instruirlos, escribieron á Santa Teodosia para que se las mandase, porque la consideraban, no sólo como el más grande de los soberanos, sino tambien, en cierto modo, como el Papa de Oriente, que sabía arreglar los negocios eclesiásticos con el Papa verdadero. La santa Emperatriz les envió á San Cirilo, el gran apóstol de los búlgaros, con San Metodio, su hermano, que renovaron en Moravia los prodigios de celo y las brillantes y rápidas conversiones que habian obrado en Bulgaria. No contenta Santa Teodosia con haber suministrado todo lo necesario para esta importante mision, continuó enviando de Constantinopla todo cuanto necesitaban los santos

misioneros para la celebracion del culto, para el ornato de las iglesias y para su propia manutencion, á fin de que no fuesen gravosos á los nuevos convertidos. Así es que pocos hombres apostólicos, pocos obispos, hicieron más que esta mujer por la destruccion de las herejías y la propagacion del Cristianismo.

Pero ésta fué la última estrella del Oriente, así como el patriarca San Ignacio fué su último sol. Su indigno hijo, Miguel, educado expresamente por el insigne criminal Bardas, su tio y su tutor, en el ódio de toda religion y en los sentimientos más bajos, apénas subió al trono hizo reinar en él la más cínica impiedad y todos los crímenes, unidos á todas las bajezas y á todas las infamias. Éste fué el Calígula, el Domiciano de los tiempos cristianos. Jamas, ántes ni despues de él, el *Bajo Imperio* descendió más abajo: el emperador Miguel pasaba en infames orgías todo el tiempo que no pasaba corriendo en el circo con los cocheros, cuidando y acariciando los caballos, y poniendo en ridículo la religion con farsas impías y bufonadas sacrílegas. Esto es lo que lo hizo distinguir en la Historia con el nombre de *Miguel el Borracho*. Su primer ministro y su primer favorito no desmerecia nada de su soberano. Este era un descarado blasfemo que el Emperador habia ido á buscar entre la hez del pueblo, y qué no tenía más mérito que el de su habilidad para ciertas cosas repúgnantes. El Emperador le llamba *el Amable*, y el pueblo le llamaba *el Puerco*.

No temiendo á Dios, aquel Emperador, aquel monstruo, no perdonó á ningun hombre. Él persiguió al patriarca San Ignacio, á quien arrojó de su silla para colocar en su lugar á Focio, el más sabio, pero el más hipócrita, el más ambicioso y el más criminal personaje de su siglo. Él hizo aprisionar á su propia madre y á sus vírgenes hermanas, porque no podian sufrir su infamia y su impiedad. La pluma se resiste á expresar los insultos que aquel hijo desnaturalizado hizo sufrir á ésta santa mujer, que le habia dado la vida y le habia conservado y trasmitido el Imperio en el estado más floreciente. Despues de haberla colmado de oprobios miéntras vivió, la colmó de dolor muriendo en sus brazos, asesinado por Basilio, á quien él habia condenado á muerte.

Aunque Basilio habia subido al trono por el asesinato, se mostró al principio un emperador bueno y piadoso. Lleno de respeto y de consideracion hácia la madre de su víctima, se dedicó, por las ins-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancias de Santa Teodosia, á restaurar la religion y á elevar el Imperio. Por sus cuidados se reunió el gran Concilio de Constantinopla, que es el octavo de los Concilios generales, en el que Focio fué condenado y depuesto, y San Ignacio fué restablecido en la silla de aquella metrópoli. Pero á la muerte de este santo patriarca, Focio usurpó otra vez esta silla, y, favorecido por la córte, se perpetuó en ella, y con él se perpetuó tambien el cisma funesto entre la Iglesia griega y la Iglesia latina, que, pasando por diferentes fases, ha concluido por establecerse definitivamente en Oriente, y por entregar una gran parte de la cristiandad á la brutalidad de los sultanes y al capricho de los czares.

Pero permítasenos hacer aquí dos importantes observaciones. La primera es que, así como todas las verdades del Cristianismo se resumen, segun el evangelista San Juan, en la fe de *que Jesucristo es Hijo de Dios* (xx), de la misma manera todas las herejías, reflexionándolo bien, se resumen en el arrianismo ó en la negacion de la divinidad de Jesucristo; porque negar, por ejemplo, la Trinidad, es negar que Dios tiene un Hijo que es Dios. Negar las dos naturalezas ó las dos voluntades en Jesucristo, es negar que una de estas dos naturalezas ó que una de estas dos voluntades es divina. Negar la maternidad divina de María, es negar que el Hijo de María es Dios. Negar el culto de las imágenes sagradas de Jesucristo, de su augusta Madre y de los santos, es negar que sus prototipos merecen culto, y que Jesucristo, cuya gracia omnipotente forma los santos, es Dios; y negar la necesidad y el poder de la gracia, la divinidad y la eficacia de los sacramentos de la Eucaristía en particular, y la divinidad y la infalibilidad de la Iglesia, es negar que el Autor de la gracia y de los sacramentos de la Iglesia es Dios.

De modo que el monotelismo, el nestorianismo, el peligianismo, el luteranismo, el calvinismo, así como la herejía de los iconoclastas, no son otra cosa que máscaras diferentes bajo las cuales se ha ocultado la gran herejía que niega á Jesucristo su divinidad, no son otra cosa que nuevas trasformaciones del arrianismo. Por esta razon la herejía de los iconoclactas en particular, aunque parecia que no tocaba de cerca los dogmas fundamentales del Cristianismo, reunió en su favor todo lo que restaba del arrianismo en Oriente, y fué sostenida con tenacidad por sus sectarios, y combatida y destruida con tanto celo y tanta firmeza por la Iglesia. Ella era el arrianismo

disfrazado, que, condenado bajo todas sus antiguas formas, habia reaparecido bajo esta forma nueva. Ya hemos visto que esta gran herejía, que encierra en sí todas las herejías, fué condenada bajo todas sus formas en los Concilios de Efeso y de Calcedonia, que fueron obra del celo de Santa Pulqueria; en el segundo Concilio de Nicea y en el último Concilio de Constantinopla, que fueron obra de Irene y de Santa Teodosia. Puede, por consiguiente, decirse que todas las herejías de los diez primeros siglos fueron condenadas, destruidas y pulverizadas por la Iglesia con el concurso y la cooperacion de las mujeres, y que la mujer católica tuvo tanta parte ó más que muchos obispos en la grande obra de la destruccion de las herejías. Y yo no dudo que el protestantismo, con todas sus variaciones, y el filosofismo moderno, que es su hijo natural, cesarán en Europa, tal vez en un tiempo poco lejano, cuando, apareciendo de nuevo en los tronos de Europa mujeres verdaderamente católicas, otras Santas Pulquerias y Santas Teodosias, herederas de su espíritu, de su instruccion, de su valor, de su celo y de su piedad, se entiendan con la cabeza de la Iglesia, y secunden su accion y sus esfuerzos para el restablecimiento de la unidad católica.

Notemos tambien que la destruccion de las herejías en Oriente, que la sabiduría y el celo de los Soberanes Pontífices llevó á efecto por medio de la mujer católica soberana, fué completa y durable. Todavía hay en Oriente arrianos bajo el nombre de *nestorianos;* pero el arrianismo y el nestorianismo, como doctrinas profesadas por toda una Iglesia ó todo un pueblo, no existen ya. Esto consiste en que, segun los grandes Concilios que las condenaron, y en los que la mujer católica tuvo tanta parte, esas herejías se hicieron imposibles en esas comarcas. Los griegos, áun despues de su cisma, han guardado siempre la fe de Nicea, confirmada por estos mismos Concilios; ellos creen siempre en la divinidad de Jesucristo y en la divina maternidad de María; ellos conservan el culto de las santas imágenes, cuya restauracion celebran, como se ha dicho ya, con alegría, con su *fiesta de la Ortodoxia.* Esta fe fué tan bien restablecida en Oriente, que el mismo Focio, cuya ambicion y cuya impiedad no retrocedió ante ninguna temeridad ni ningun error, no osó tocar á ella, al ménos directamente, y que, en la necesidad que él tenía de la herejía para formar de ella la base ó el pretexto de su cisma, se guardó bien de restablecer el arrianismo bajo ninguna de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las formas en que habia sido condenado, y le dió una nueva forma, dirigiéndose al Espíritu Santo, y afirmando que el Espíritu Santo no procede *del* Padre y *del* Hijo, sino del Padre *por* el Hijo, lo cual es negar la divinidad de Jesucristo; porque decir que el Espíritu Santo no procede igualmente del Padre y del Hijo, es decir que este Hijo es inferior al Padre, y que, por consiguiente, no es Dios. Pero esta nueva máscara con que Focio se vió obligado á encubrir el arrianismo, y bajo la que es muy difícil al pueblo reconocerlo, nos prueba que no era ya posible resucitarlo entre los griegos bajo las antiguas formas, y que bajo estas formas estaba muerto, y bien muerto, para siempre. Es verdad que, bajo esta última forma, que le fué dada por una astucia sacrílega, subsiste todavía, al ménos en una parte del clero griego, porque el pueblo nada entiende en esta cuestion; pero habiendo el cisma degradado á la mujer (ésta es, como hemos visto, una de sus consecusncias inevitables), y puesto fin al catálogo de las santas, no hubo ya sobre el trono, miéntras permaneció en pié, Pulquerias, Irenes ni Teodosias; no hubo ya aquellas santas y sublimes mujeres que, de acuerdo con los Soberanos Pontífices, hubiesen podido combatir el error y restablecer la unidad. El papa San Nicolas dijo que los emperadores y los patriarcas perdieron la gran Iglesia de Oriente. Nada es más cierto; pero nada es más cierto tambien que el Catolicismo, que, combatido por tantas herejías y por el espíritu griego, debió haberse perdido allí muchas veces, miéntras subsistió fué sostenido por los Soberanos Pontífices, que reprimieron la ambicion insolente y las falsas doctrinas de los patriarcas, y por las santas mujeres, que apoyaron por todos los medios posibles la accion de los Soberanos Pontífices y neutralizaron la oposicion de los emperadores. Pero, una vez consumado el cisma, y habiendo hecho imposible por una parte la accion pontifical sobre aquella Iglesia separada, y habiendo impedido por la otra que pudiesen aparecer allí otras princesas santas (porque la santidad es imposible en el cisma), no hubo medio alguno para hacerlo cesar. Así, pues, áun los males mismos que la ausencia de santas mujeres acumuló sobre aquella desventurada Iglesia, son una prueba de la importancia de la mujer católica para la destruccion de los errores y el sostenimiento de la verdadera religion.

CUARTA ÉPOCA.

LA EDAD MEDIA.

LAS SANTAS REINAS, Ó LA MUJER CATÓLICA SOBRE EL TRONO, CONVIRTIENDO Á LOS REYES BÁRBAROS, Y FUNDANDO LAS MONARQUÍAS Y LAS NACIONALIDADES CRISTIANAS.

§ XXXIII. — La Edad Media, presentando el espectáculo de la formacion de las monarquías y de las nacionalidades cristianas por la accion de la Iglesia, sostenida por el celo de las mujeres. — Por qué se comienza por las reinas de Francia al presentar los retratos de las santas reinas que en esta época ocuparon los tronos de Europa. — Santa Clotilde, mártir de la verdadera fe ántes de ser su apóstol. — Su matrimonio con Clodoveo. — Cómo lo convirtió ella al Cristianismo. — La batalla de Tolbiac. — San Remigio llamado á la córte por la santa reina, y convirtiendo á los francos.

Hemos recorrido las tres primeras épocas del Cristianismo: 1.º, la época en que fué plantado en el mundo por la predicacion de Jesucristo y de los apóstoles; 2.º, la época en que nació y creció, regado con la sangre de los mártires, y 3.º, la época en que se desarrolló, con respecto á sus dogmas y á su moral, por la ciencia y los escritos de los santos padres, y triunfó de los herejes por el celo y la autoridad de los Soberanos Pontífices; y hemos visto cuánto ha contribuido la mujer católica á estos grandes y preciosos resultados, con el prodigio de su fe, de su valor y de su celo, y con la práctica heroica de todas las virtudes y de toda la perfeccion del Evangelio. Ahora debemos volver un poco atras, subiendo hasta el quinto siglo, al tiempo de las grandes invasiones de los bárbaros, que dieron principio á la *Edad Media*, á fin de ver al Cristianismo trabajando sobre aquellas masas de hombres salvajes, penetrándolos de su espíritu, formando los gobiernos, las nacionalidades y las costumbres públicas en armonía con el Evangelio, y consiguiendo este resultado por la influencia y la cooperacion de la mujer.

Hablando de la monarquía francesa el Conde de Maistre dice que fué obra de los obispos, que la formaron como las abejas for-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las formas en que habia sido condenado, y le dió una nueva forma, dirigiéndose al Espíritu Santo, y afirmando que el Espíritu Santo no procede *del* Padre y *del* Hijo, sino del Padre *por* el Hijo, lo cual es negar la divinidad de Jesucristo; porque decir que el Espíritu Santo no procede igualmente del Padre y del Hijo, es decir que este Hijo es inferior al Padre, y que, por consiguiente, no es Dios. Pero esta nueva máscara con que Focio se vió obligado á encubrir el arrianismo, y bajo la que es muy difícil al pueblo reconocerlo, nos prueba que no era ya posible resucitarlo entre los griegos bajo las antiguas formas, y que bajo estas formas estaba muerto, y bien muerto, para siempre. Es verdad que, bajo esta última forma, que le fué dada por una astucia sacrílega, subsiste todavía, al ménos en una parte del clero griego, porque el pueblo nada entiende en esta cuestion; pero habiendo el cisma degradado á la mujer (ésta es, como hemos visto, una de sus consecusncias inevitables), y puesto fin al catálogo de las santas, no hubo ya sobre el trono, miéntras permaneció en pié, Pulquerias, Irenes ni Teodosias; no hubo ya aquellas santas y sublimes mujeres que, de acuerdo con los Soberanos Pontífices, hubiesen podido combatir el error y restablecer la unidad. El papa San Nicolas dijo que los emperadores y los patriarcas perdieron la gran Iglesia de Oriente. Nada es más cierto; pero nada es más cierto tambien que el Catolicismo, que, combatido por tantas herejías y por el espíritu griego, debió haberse perdido allí muchas veces, miéntras subsistió fué sostenido por los Soberanos Pontífices, que reprimieron la ambicion insolente y las falsas doctrinas de los patriarcas, y por las santas mujeres, que apoyaron por todos los medios posibles la accion de los Soberanos Pontífices y neutralizaron la oposicion de los emperadores. Pero, una vez consumado el cisma, y habiendo hecho imposible por una parte la accion pontifical sobre aquella Iglesia separada, y habiendo impedido por la otra que pudiesen aparecer allí otras princesas santas (porque la santidad es imposible en el cisma), no hubo medio alguno para hacerlo cesar. Así, pues, áun los males mismos que la ausencia de santas mujeres acumuló sobre aquella desventurada Iglesia, son una prueba de la importancia de la mujer católica para la destruccion de los errores y el sostenimiento de la verdadera religion.

CUARTA ÉPOCA.

LA EDAD MEDIA.

LAS SANTAS REINAS, Ó LA MUJER CATÓLICA SOBRE EL TRONO, CONVIRTIENDO Á LOS REYES BÁRBAROS, Y FUNDANDO LAS MONARQUÍAS Y LAS NACIONALIDADES CRISTIANAS.

§ XXXIII. — La Edad Media, presentando el espectáculo de la formacion de las monarquías y de las nacionalidades cristianas por la accion de la Iglesia, sostenida por el celo de las mujeres. — Por qué se comienza por las reinas de Francia al presentar los retratos de las santas reinas que en esta época ocuparon los tronos de Europa. — Santa Clotilde, mártir de la verdadera fe ántes de ser su apóstol. — Su matrimonio con Clodoveo. — Cómo lo convirtió ella al Cristianismo. — La batalla de Tolbiac. — San Remigio llamado á la córte por la santa reina, y convirtiendo á los francos.

Hemos recorrido las tres primeras épocas del Cristianismo: 1.º, la época en que fué plantado en el mundo por la predicacion de Jesucristo y de los apóstoles; 2.º, la época en que nació y creció, regado con la sangre de los mártires, y 3.º, la época en que se desarrolló, con respecto á sus dogmas y á su moral, por la ciencia y los escritos de los santos padres, y triunfó de los herejes por el celo y la autoridad de los Soberanos Pontífices; y hemos visto cuánto ha contribuido la mujer católica á estos grandes y preciosos resultados, con el prodigio de su fe, de su valor y de su celo, y con la práctica heroica de todas las virtudes y de toda la perfeccion del Evangelio. Ahora debemos volver un poco atras, subiendo hasta el quinto siglo, al tiempo de las grandes invasiones de los bárbaros, que dieron principio á la *Edad Media*, á fin de ver al Cristianismo trabajando sobre aquellas masas de hombres salvajes, penetrándolos de su espíritu, formando los gobiernos, las nacionalidades y las costumbres públicas en armonía con el Evangelio, y consiguiendo este resultado por la influencia y la cooperacion de la mujer.

Hablando de la monarquía francesa el Conde de Maistre dice que fué obra de los obispos, que la formaron como las abejas for-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

man su panal. Nada es más cierto, históricamente hablando; pero no es esto toda la verdad. Faltaba añadir que «á todas las monarquías cristianas sucedió lo mismo que á la monarquía francesa»; porque todas ellas, más ó ménos, son obra de los obispos, es decir, de la Iglesia; y se debia añadir tambien que «en esta obra inmensa los obispos y la Iglesia fueron ayudados eficazmente por las mujeres.» Este es el bello y magnífico espectáculo que nos presenta la *Edad Media*. Indudablemente fué la Iglesia quien, con la accion de sus Pontífices, con la ciencia de sus doctores, con el ministerio de su clero y con el celo de sus órdenes religiosas, trasformó en esta época en cristianos los pueblos bárbaros que habian caido sobre la Europa, y que se establecieron sobre las ruinas del Imperio romano. La Iglesia fué ciertamente quien obró el prodigio, desconocido de los siglos anteriores, de las monarquías, de los estados y de los pueblos cristianos; mas esta accion, esta ciencia, este ministerio, este celo, tuvieron tan feliz resultado porque la mujer católica, penetrada del espíritu y de las intenciones de la Iglesia, vino en su ayuda, poniendo á su disposicion todo su ascendiente, su accion, sus santas industrias, sus procederes delicados, su celo y su adhesion.

En primer lugar, jamas, en ninguna época, se ha visto á un mismo tiempo sobre los tronos un número tan grande de princesas santas; y por medio de ellas ejerció la Iglesia su accion sobre príncipes que no lo eran ó que estaban muy léjos de serlo.

Comencemos por Francia, el primer país del mundo donde el Cristianismo fué adoptado como institucion pública y como base de la constitucion política del Estado, y donde se formó esa poderosa monarquía y esa gran nacion cristiana, que ha servido de modelo y de apoyo á todas las monarquías y á todas las naciones cristianas de Europa. En la época de que tratamos, la Francia vió sucesivamente en el trono á cuatro grandes reinas santas, cuya piedad y cuya sabiduría, trabajando bajo la inspiracion y la direccion de la Iglesia, cristianizaron el poder y los pueblos, y suministraron los más preciosos elementos de la fuerza, de la gloria y de la felicidad del Estado.

La primera de estas grandes reinas fué Santa Clotilde, la figura más grande de su tiempo, y el personaje más admirable, á quien más debe la Francia, la Europa y la Iglesia; porque ella fué quien,

de acuerdo con San Remigio, el obispo más grande de la Gaula, convirtiendo á su bárbaro esposo al Cristianismo, se hizo la verdadera fundadora de la monarquía y de la nacionalidad cristiana de aquel grande y poderoso Imperio.

Hácia el año de 480, una de las hordas formidables de bárbaros que en aquella época recorrian la Europa y ejecutaban en ella la mision, que les habia dado la cólera celeste, de destruir los restos impuros del Imperio romano, saliendo de los bosques de los Ardenes, se arrojó sobre la provincia *Remosa*. Ésta era una horda de francos, tan fuerte por su número como poderosa por su valor, mandada por un jóven de veinte años llamado Clodoveo; y sin que nadie se le resistiese, presentarse en la Gaula romana y conquistarla fué para ella cuasi una misma cosa. Tal vez los pueblos presentirian desde entónces que aquel jefe de bárbaros no se parecia á los otros, y que venía á ellos para fundar más bien que para destruir, y por esta razon se entregarian á él cuasi sin combate. Los galos que Clodoveo acababa de someter eran cuasi todos cristianos, y él no lo era. Por consiguiente, le faltaba una cosa para inspirar una confianza completa á los vencidos y para asegurar su nueva conquista, y era la profesion del Cristianismo. Él no pensaba en ello, y sus francos, adheridos hasta el fanatismo al culto de sus antepasados, pensaban todavía ménos que él. Mas la Providencia, que habia formado el grande y magnífico designio de hácer que saliese de esta conquista el primer reino cristiano y la primera nacion misionera del Cristianismo, concedió á Clodoveo y á los suyos la sublime gracia de la fe cuando ellos ménos lo pensaban, y se sirvió de una mujer para cumplir este gran acontecimiento, que debia mudar la faz de la más bella parte del mundo. Esta fué Santa Clotilde, hija de Childerico, á quien Gondebaut, rey de Borgoña, su hermano, tenía presa. Clotilde, princesa de un gran talento y de una rara belleza, habia hecho ya con feliz resultado sus brillantes pruebas en materia de religion, y Dios, ántes de hacer de ella la mujer apóstol de la Francia, la habia hecho la mujer mártir de la verdadera fe en el seno de su propia familia. Esta familia, en medio de la cual vivia, era arriana fanática; sin embargo, no pudo atraer á la jóven Clotilde al arrianismo. Triunfando igualmente de todos los artificios de la seduccion de que la habian rodeado, y de todos los malos tratamientos que la hacian sufrir, supo guardar intacto el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

precioso depósito de la fe de Nicea que su santa madre le habia legado, y permaneció siempre católica fervorosa, venerada por el pueblo, y depositaria de la confianza y de las simpatías de los obispos.

Así fué que, cuando Clodoveo se casó con ella en Soissons, los galos concibieron grandes esperanzas de este matrimonio, y no se engañaron. En efecto, San Gregorio de Tours, historiador de aquellos grandes acontecimientos, nos la representa (Lib. II) en la córte de aquel rey pagano y rodeado de paganos y de herejes, manifestando unos conocimientos tan universales como sólidos sobre el Cristianismo y sobre las cuestiones decididas en el Concilio de Nicea, combatiendo las falsas divinidades de los unos y el arrianismo de los otros con la maestría de un gran apologista y la ciencia teológica de un padre de la Iglesia. Esto no era extraño en una época en que se tenia el cuidado de hacer que las mujeres estudiasen la religion profundamente, de tal modo, que se encontraban muchas tan instruidas en la teología católica como los hombres, y muchas veces más que ellos. «Sí, decia ella con frecuencia á su regio esposo; yo os lo repetiré contínuamente: los dioses que vos adorais nada son; ellos no pueden ayudarse á sí mismos, y mucho ménos á los demas, porque no son otra cosa que un poco de madera, de piedra ó de metal. Aquellos cuyos nombres se les dió no eran más que hombres, y hombres criminales. Es necesario adorar más bien al Criador del universo, que formó con sus manos al hombre, y sometió á Él todas las criaturas.»

Clodoveo habia cobrado á Clotilde un grande afecto por la belleza de su alma, que realzaba la de su cuerpo; pero al mismo tiempo que la amaba como á su esposa, la respetaba como si fuese su soberana, y la veneraba creyendo ver en ella algo de celestial, de sobrenatural y de divino, que no habia visto en mujer alguna. Y era aquel ademan de tranquilidad, de nobleza, de grandeza y de independencia que la mujer católica adquiere en la verdad de la fe, en la riqueza de sus esperanzas inmortales y en el sentimiento de su dignidad que el verdadero Cristianismo le inspira. Era el reflejo de la gracia santificante, verdadera luz del alma que ilumina la frente de la mujer católica, y da á sus formas, á sus gracias exteriores, una fuerza dominadora, cuyos efectos no pueden dejar de sentirse áun cuando no se conozca la causa, que impone áun á

la misma barbarie, y muchas veces desarma áun á la misma crueldad. Clodoveo, aquella naturaleza salvaje, aquel carácter indómito y obstinado en el paganismo, no deja por eso de sentir la verdad del Cristianismo que le predica su esposa; no deja de respetarlo y de admirarlo en ella, á pesar de que no tiene aún el valor de someterse á él. Así es que, habiendo dado á luz Clotilde un hijo, y queriendo bautizarle, no se opone á ello Clodoveo. Pero habiendo muerto este niño poco despues de haber recibido el bautismo, este golpe quebrantó mucho al supersticioso pagano en sus veleidades cristianas, y dijo á la Reina: «Si se le hubiera consagrado en nombre de mis dioses, no se hubiera muerto; pero habiendo sido bautizado en nombre del tuyo, no podia vivir.» Y la Reina le respondió: «Yo doy gracias á Dios porque no me ha juzgado digna de tener un hijo, que Él llamó á su reino, y por haber llevado al cielo las primicias de mis hijos que yo le habia ofrecido.» Poco tiempo despues tuvo ella otro hijo, á quien hizo bautizar igualmente, y á quien llamó Clodomiro; él cayó enfermo, y el Rey, alarmado, dijo entónces á su esposa: «¡Ah! Él morirá como su hermano, porque ha sido bautizado en nombre de vuestro Cristo.» Mas él sanó por las oraciones de su madre, y esto tranquilizó al Rey y le hizo avergonzarse de las reconvenciones que habia dirigido á su santa esposa.

Sin embargo, Clodoveo no accedia aún á las vivas instancias que ésta le hacía para que abandonase los ídolos y reconociese al verdadero Dios. Esta conversion debia ser efecto de uno de esos prodigios por los que, como dice San Pablo, Dios, en su bondad, llama á Sí á los infieles, y este prodigio no faltó. Dirigiéndose contra los alemanes en Tolbiac, y no pudiendo su ejército sostenerse contra el ímpetu de los enemigos, tres veces más numerosos, comenzó á retroceder y á ponerse en desórden. Pero miéntras que Clodoveo, como otro Josué, combatia con las armas á los enemigos del nuevo pueblo de Dios, Clotilde, como otro Moises, elevaba sus manos puras al cielo y combatia tambien por la misma causa con la eficacia de sus oraciones. Clodoveo estaba perdido, cuando recordándole el Dios de Clotilde un rayo de luz celestial, le dirigió con todo el fervor de su alma esta súplica: «Jesucristo, Vos, de quien Clotilde asegura que sois el *Hijo del Dios vivo*, si, como dicen, Vos concedeis vuestro auxilio á los débiles y la victoria á los que esperan en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
011767

Vos, yo imploro vuestra asistencia. Si haceis que triunfe de mis enemigos, creeré en Vos y me haré bautizar en vuestro nombre.» Bella y sublime súplica, que nos manifiesta las ideas de Jesucristo que Clotilde habia comunicado á su esposo, y el modo con que ella habia dispuesto de su alma.

El Dios que ella le habia revelado no era el Dios de Arrio, inferior á Dios, y que no era Dios ni áun por el nombre, sino que era el *Hijo del Dios vivo*, el Dios que otra mujer sublime, Santa Marta, habia calificado con este nombre. (Joan., XII.) El Dios que Clotilde habia predicado á Clodoveo era tambien el Dios misericordioso que socorre á los débiles, y el Dios poderoso que sostiene á los que esperan en Él. ¡Oh, cuán bello debió ser entónces á los ojos de los ángeles ver á una mujer predicando así el Hijo de Dios, á quien tantos hombres y áun obispos se obstinaban en negar! ¡Ver á una mujer predicando el verdadero Dios y su religion á un rey bárbaro, y haciendo que lo adorase y que lo amase!

Apénas ha acabado Clodoveo su oracion, cuando los alemanes, heridos por un poder invisible, deslumbrados por una vision algo semejante al *labarum* que apareció á Constantino, comienzan á retroceder, á volver la espalda, y acaban por entregarse. Clodoveo hace cesar el combate, reune los dos pueblos, y vuelve triunfador glorioso de sus enemigos, y triunfador, todavía más glorioso, de sí mismo; porque fiel á su promesa, dice á su santa esposa: «Vedme aquí vencido; vedme aquí dispuesto á abrazar la religion cristiana.» Clotilde, fuera de sí de gozo al oir esta noticia, se postra y da gracias *al Rey inmortal de los siglos* por esta victoria, objeto de tantas oraciones y de tantas lágrimas, que la gracia acababa de alcanzar sobre el espíritu de Clodoveo; y al momento se apresuró á disponer todo lo necesario para su instruccion y su bautismo.

Ella escribió á San Remigio de Reims, el gran obispo, el gran doctor de las Galias, dándole cuenta de lo que acababa de suceder y suplicándole fuese cuanto ántes á la córte. Miéntras llega el santo prelado, suplica ella á un simple presbítero, San Vast, que comience á instruir al rey; porque se le hace tarde abrazar, en el objeto de su casto afecto, un hermano en la fe. Oyendo Clodoveo, durante esta instruccion, el relato de la pasion y muerte del Salvador, exclamó, encendido en una santa indignacion: «¿Por qué no estaba yo allí con mis francos para salvarle?» Estas palabras tan

cándidas fueron por su parte, sin que él se apercibiese de ello, un feliz augurio, una magnífica profecía; porque desde aquel momento la espada de los francos y de su jefe se obligó á la defensa, no del cuerpo sensible, sino del cuerpo místico de Jesucristo: la Iglesia.

San Remigio no era absolutamente desconocido de Clovis; sin haberle visto personalmente, le estimaba y le respetaba, ya por la reputacion inmensa de que gozaba, de ser el hombre más santo y más sabio de su siglo. En la primera invasion que Clodoveo hizo en las Gaulas se habian llevado los francos un vaso sagrado en el saqueo de una iglesia: San Remigio le mandó una diputacion para reclamarlo; la diputacion fué muy bien recibida, y el vaso sagrado fué devuelto. Desde entónces se habia establecido una secreta simpatía entre el bárbaro y el hombre de la Iglesia, que un dia debia bautizarle y regenerarle en la Iglesia. Así es que Clodoveo se llenó de gozo al ver llegar á su córte el personaje de quien la fama habia publicado tan grandes cosas, y saliendo á recibirle y abrazándole, le dijo: «Santísimo Padre, hablad, yo os escucharé con mucho gusto; yo quiero ser cristiano, y lo seré; pero no es fácil persuadir á los mios que hagan otro tanto. Mis francos, hombres de armas, de una independencia audaz, y apegados á los dioses de sus padres, no dejan las supersticiones de su antigua patria.—Yo me encargo de eso, le respondió San Remigio; porque nada resiste al poder de la palabra de Dios.»

En efecto, colocándose San Remigio en medio del ejército, les dirigió una magnífica arenga en la lengua misma de las márgenes del Rhin, que él hablaba con la misma facilidad que el latin y el griego, miéntras que Santa Clotilde, que estaba allí de rodillas, atraia con sus oraciones sobre los esfuerzos del apóstol las bendiciones de lo alto. El momento era decisivo y supremo. Una gran potencia católica debia nacer de esta predicacion. San Remigio, dotado de una elocuencia prodigiosa, se mostraba grande siempre que hablaba en público, y esta vez, concediendo Dios un poder y un encanto maravilloso á sus palabras, estuvo sublime. Su discurso fué seguido de un prolongado grito de aprobacion que se dejó oir entre los soldados de Clodoveo, y por una aclamacion unánime, con la que, penetrados de la gracia divina y poseidos de un súbito entusiasmo, dijeron al rey: «Señor, nosotros abandonamos los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dioses mortales; nosotros no queremos adorar más que al Dios inmortal, que predica Remigio.» De este modo, lo que no se habia visto jamas, todo un gran pueblo, con su jefe, se convirtió al Cristianismo en un solo dia, y la gracia del sacerdocio de un hombre acabó lo que la piedad, el celo y las oraciones de una mujer habian comenzado.

§ XXXIV. — Continuacion del mismo asunto. — Magnífica ceremonia del bautismo de Clodoveo y de los francos, y papel importante que en él desempeña Santa Clotilde. — Amirable carta del Papa á Clodoveo, felicitándole por su conversion. — Las esperanzas del Santo Pontífice realizadas. — Desde este momento la Francia se hace la hija de la Iglesia y consagra su espada para defenderla. — La nacionalidad francesa se forma entónces en la unidad de la fe. — Esfuerzos de Santa Clotilde y de San Remigio para reemplazar en la córte el elemento bárbaro con el elemento cristiano. — La hermana de Clodoveo abraza la virginidad. — La Francia lo debe todo á Santa Clotilde y al Catolicismo.

San Remigio se dedica, por consiguiente, á instruir á los hombres y Santa Clotilde á las mujeres; pero no bastando estos dos operarios para segar por sí solos el vasto campo que ellos habian sembrado y que la gracia celestial habia fecundado, hicieron ir de todos los puntos de la Gaula obispos y sacerdotes en gran número, para que les ayudasen en aquella obra evangélica. La instruccion se hizo cuasi tan rápidamente como la conversion. No hay necesidad de disputar con los espíritus dóciles que quieren sinceramente creer, y el Evangelio nos atestigua que, durante la predicacion del Señor, un guerrero habia excedido á todo Israel en la prontitud y en la perfeccion de su fe. (Matth.) Estando ya bien dispuestos los nuevos catecúmenos, se fijó para regenerarlos por el bautismo el dia de Navidad, y por nueva Belen la iglesia de San Martin, la tumba venerada de las Gaulas. Á fin de impresionar vivamente los ojos de aquellos hombres de hierro, que la gracia habia convertido en humildes ovejas del Evangelio, San Remigio y Santa Clotilde desplegaron en la ceremonia todo el esplendor y todo el brillo de las pompas del culto cristiano.

La iglesia estaba extramuros de la ciudad y á ella se dirigieron en procesion. Todas las notabilidades cristianas de la antigua Gaula

abrian la marcha; un clero numeroso las seguia; los obispos y presbíteros estaban vestidos con toda la magnificencia de sus ornamentos de iglesia. Despues iba San Remigio, llevando al Rey de la mano; despues Santa Clotilde entre dos princesas hermanas del Rey; despues más de tres mil guerreros de su ejército, la mayor parte oficiales, que su ejemplo habia convertido á Jesucristo; á éstos seguian muchos millares de mujeres y de niños: todos ellos iban vestidos de catecúmenos; y finalmente, una multitud inmensa de cristianos, que deseaban ser testigos de la grande alianza que se iba á estipular entre los francos y los galos, en la unidad de la fe, por las manos de la religion. Se cantaban himnos y letanías; las calles estaban cubiertas de flores; las paredes estaban adornadas con ricas colgaduras desde la casa del Rey hasta la iglesia; perfumes orientales, quemados en incensarios griegos, esparcian á lo léjos los más suaves olores, y el humo se elevaba en medio de tapicerías de oro y de seda. La felicidad reinaba en todos los corazones; lágrimas de gozo corrian de los ojos de todos; aclamaciones alegres salian de todas las bocas. Jamas se habia visto un espectáculo más magnífico ni más tierno. Conmovido y admirado Clodoveo de aquella pompa cristiana, exclamó: «Remigio, ¿es éste acaso el cielo que nos has prometido? — No, hijo mio, le respondió el gran obispo; esto no es más que el principio del camino para llegar á él.» Estas palabras redoblaron el santo entusiasmo de los francos. El bautisterio era una gran pila de agua pura y bendita, y estaba colocado bajo el atrio del pórtico. Clodoveo, seguido de sus hermanas y de los jefes principales de su ejército, se acercó á él y pidió ser bautizado. Entónces San Remigio, revestido con los ornamentos pontificales, extendiendo la mano sobre su cabeza, le dijo con una voz sonora: «Sicambro, inclina el cuello bajo el yugo del Señor, adora lo que hasta aquí has quemado, y quema todo lo que hasta aquí has adorado.» «¡Graves y terribles palabras, dice M. Capefigo, que anunciaban el tránsito de una civilizacion á otra!» San Remigio hizo en seguida confesar á Clodoveo la fe en la Santísima Trinidad, le bautizó y le puso en la frente el sagrado crisma, orígen de la fortaleza del cristiano. De las dos hermanas del Rey, la una, llamada Matilde, era arriana, y la otra, llamada Albofreda, era pagana. San Remigio reconcilió á aquélla con la Iglesia por medio de la santa uncion y regeneró á ésta por medio del bautismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dioses mortales; nosotros no queremos adorar más que al Dios inmortal, que predica Remigio.» De este modo, lo que no se habia visto jamas, todo un gran pueblo, con su jefe, se convirtió al Cristianismo en un solo dia, y la gracia del sacerdocio de un hombre acabó lo que la piedad, el celo y las oraciones de una mujer habian comenzado.

§ XXXIV. — Continuacion del mismo asunto. — Magnífica ceremonia del bautismo de Clodoveo y de los francos, y papel importante que en él desempeña Santa Clotilde. — Amirable carta del Papa á Clodoveo, felicitándole por su conversion. — Las esperanzas del Santo Pontífice realizadas. — Desde este momento la Francia se hace la hija de la Iglesia y consagra su espada para defenderla. — La nacionalidad francesa se forma entónces en la unidad de la fe. — Esfuerzos de Santa Clotilde y de San Remigio para reemplazar en la córte el elemento bárbaro con el elemento cristiano. — La hermana de Clodoveo abraza la virginidad. — La Francia lo debe todo á Santa Clotilde y al Catolicismo.

San Remigio se dedica, por consiguiente, á instruir á los hombres y Santa Clotilde á las mujeres; pero no bastando estos dos operarios para segar por sí solos el vasto campo que ellos habian sembrado y que la gracia celestial habia fecundado, hicieron ir de todos los puntos de la Gaula obispos y sacerdotes en gran número, para que les ayudasen en aquella obra evangélica. La instruccion se hizo cuasi tan rápidamente como la conversion. No hay necesidad de disputar con los espíritus dóciles que quieren sinceramente creer, y el Evangelio nos atestigua que, durante la predicacion del Señor, un guerrero habia excedido á todo Israel en la prontitud y en la perfeccion de su fe. (Matth.) Estando ya bien dispuestos los nuevos catecúmenos, se fijó para regenerarlos por el bautismo el dia de Navidad, y por nueva Belen la iglesia de San Martin, la tumba venerada de las Gaulas. Á fin de impresionar vivamente los ojos de aquellos hombres de hierro, que la gracia habia convertido en humildes ovejas del Evangelio, San Remigio y Santa Clotilde desplegaron en la ceremonia todo el esplendor y todo el brillo de las pompas del culto cristiano.

La iglesia estaba extramuros de la ciudad y á ella se dirigieron en procesion. Todas las notabilidades cristianas de la antigua Gaula

abrian la marcha; un clero numeroso las seguia; los obispos y presbíteros estaban vestidos con toda la magnificencia de sus ornamentos de iglesia. Despues iba San Remigio, llevando al Rey de la mano; despues Santa Clotilde entre dos princesas hermanas del Rey; despues más de tres mil guerreros de su ejército, la mayor parte oficiales, que su ejemplo habia convertido á Jesucristo; á éstos seguian muchos millares de mujeres y de niños: todos ellos iban vestidos de catecúmenos; y finalmente, una multitud inmensa de cristianos, que deseaban ser testigos de la grande alianza que se iba á estipular entre los francos y los galos, en la unidad de la fe, por las manos de la religion. Se cantaban himnos y letanías; las calles estaban cubiertas de flores; las paredes estaban adornadas con ricas colgaduras desde la casa del Rey hasta la iglesia; perfumes orientales, quemados en incensarios griegos, esparcian á lo léjos los más suaves olores, y el humo se elevaba en medio de tapicerías de oro y de seda. La felicidad reinaba en todos los corazones; lágrimas de gozo corrian de los ojos de todos; aclamaciones alegres salian de todas las bocas. Jamas se habia visto un espectáculo más magnífico ni más tierno. Conmovido y admirado Clodoveo de aquella pompa cristiana, exclamó: «Remigio, ¿es éste acaso el cielo que nos has prometido? — No, hijo mio, le respondió el gran obispo; esto no es más que el principio del camino para llegar á él.» Estas palabras redoblaron el santo entusiasmo de los francos. El bautisterio era una gran pila de agua pura y bendita, y estaba colocado bajo el atrio del pórtico. Clodoveo, seguido de sus hermanas y de los jefes principales de su ejército, se acercó á él y pidió ser bautizado. Entónces San Remigio, revestido con los ornamentos pontificales, extendiendo la mano sobre su cabeza, le dijo con una voz sonora: «Sicambro, inclina el cuello bajo el yugo del Señor, adora lo que hasta aquí has quemado, y quema todo lo que hasta aquí has adorado.» «¡Graves y terribles palabras, dice M. Capefigo, que anunciaban el tránsito de una civilizacion á otra!» San Remigio hizo en seguida confesar á Clodoveo la fe en la Santísima Trinidad, le bautizó y le puso en la frente el sagrado crisma, orígen de la fortaleza del cristiano. De las dos hermanas del Rey, la una, llamada Matilde, era arriana, y la otra, llamada Albofreda, era pagana. San Remigio reconcilió á aquélla con la Iglesia por medio de la santa uncion y regeneró á ésta por medio del bautismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todos los jefes recibieron la misma gracia de manos del santo arzobispo y todos los demas de manos de los obispos y de los presbíteros que se hallaban allí reunidos. «Y como señal, prosigue el citado historiador, de la situacion pacífica de las almas y del cambio que se habia obrado en ellas, Clodoveo y sus salvajes compañeros, cubiertos hasta entónces de armas y de vestidos groseros, se pusieron la vestidura blanca de los neófitos, signo de paz, que hacía entrar á una de las más fieras naciones conquistadoras bajo las leyes del órden y de la obediencia.

El ilustre San Abito, obispo de Viena, no habia podido asistir con sus colegas los obispos de la Galia á esta gran solemnidad. Por esta razon escribió al Rey neófito una admirable carta de felicitacion, que fué una magnífica profecía de los inmensos y preciosos resultados que habia de tener, y que tuvo en efecto, la conversion de Clodoveo.

La noticia de esta conversion llenó de gozo á todo el mundo cristiano. El arrianismo dominaba entónces en los palacios de los monarcas que se llamaban civilizados, lo mismo que en los de los príncipes bárbaros. El emperador de Oriente, Anastasio, se habia entregado en cuerpo y alma á los eutiquianos. Teodorico en Italia, Alarico en España y en Aquitania, Godebaud en Borgoña y Trasmond en África, eran fogosos arrianos. En tal situacion, era un acontecimiento de la mayor importancia para la Iglesia la conversion de un rey poderoso y de todo su pueblo, regenerados al Evangelio por la verdadera Iglesia, y colocados desde el primer instante bajo el imperio de la fe de Nicea. Apoyada en esta fuerza, podia la Iglesia luchar en adelante con mejor éxito contra los restos de la supersticion romana y contra los atentados sacrílegos de la herejía. Ilustrado por la luz de lo alto el santo pontífice Anastasio, que gobernaba entónces la Iglesia universal, comprendió la inmensa importancia de esta conversion, que en la persona de Clodoveo y de sus sucesores daba á la Iglesia príncipes poderosos y un pueblo sumiso, que se gloriaba de profesar la religion católica y de defender la Iglesia. Él escribió, por consiguiente, á Clodoveo una carta en la que le felicitaba por la buena voluntad que manifestaba en el servicio de Dios; él le dió el título lisonjero, honroso y venerado de *su dichoso hijo*, manifestando de este modo que colocaba á los reyes de Francia en primer lugar en el afecto y en la confianza de la

Iglesia; él le deseaba la victoria entre sus enemigos, que en adelante serian tambien los enemigos de la Iglesia; él le llamaba *el Rey de los francos*, consagrando, al parecer, de este modo la monarquía francesa, que tanto habia de brillar en el mundo. Ved aquí esta importante carta; no puede leerse cosa más patética ni más deliciosa:

«Nos os felicitamos, muy glorioso hijo, porque vuestra entrada en la fe cristiana ha coincidido con nuestra entrada en el pontificado. La silla de San Pedro no puede dejar de llenarse de gozo cuando ve que la plenitud de las naciones corre hácia ella, cuando ve que la red que al pescador de hombres, al portero del cielo, se le mandó tender, se llena á traves de los siglos. Esto es lo que hemos querido hacer saber á vuestra serenidad por medio del sacerdote Umerio, á fin de que, sabiendo el gozo de vuestro padre, crezcais en buenas obras, pongais el colmo á nuestro consuelo, seais nuestra corona, y la Iglesia, vuestra madre, se regocije de los progresos del gran rey que ella acaba de dar á luz para Dios. Glorioso é ilustre hijo, sed vos el consuelo de vuestra madre, sed, para sostenerla, una columna de hierro; porque la caridad de muchos se entibia y por la astucia de los malos nuestra barca es azotada por una furiosa tempestad; pero Nos esperamos contra toda esperanza y alabamos al Señor porque os ha sacado del poder de las tinieblas para dar á su Iglesia, en la persona de un príncipe tan grande, un protector capaz de defenderla de todos sus enemigos. Dignese el Dios omnipotente concederos á vos y á vuestro reino su celestial proteccion; mande Él á sus ángeles que os guarden en todos vuestros caminos y os conceda victoria sobre todos los enemigos que os rodeen.» (*Epist. Anast. PP. ad Clodov. Spicileg.*, tomo v.)

Estas esperanzas del Santo Pontífice en la fe y en el poder de la noble nacion de los francos y de su jefe no fueron fallidas. Desde que Clodoveo conoció la fe católica, la amó y se consagró á ella de todo corazon; él construyó la más antigua basílica de París, y para manifestar su adhesion á la Santa Sede, la dedicó á los príncipes de los apóstoles, San Pedro y San Pablo (1). El dia de su bautismo

(1) Ved aquí las circunstancias en que fué edificado este templo, y en que Clodoveo manifestó su celo por la verdadera fe, y su santa esposa su mucha piedad. Habiendo sido curado milagrosamente de una fiebre obstinada por las oraciones de San Severino, abad de Agauna, dijo á los grandes de su córte y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y del de sus compañeros de armas fué el dia en que la Francia y la Iglesia se unieron para siempre, en que sus intereses se mezclaron y se identificaron de tal manera, que desde entónces las pérdidas y las glorias de la una han sido las pérdidas y las glorias de la otra; y que ni la Iglesia ha podido, en cierto modo, pasar sin la Francia, ni la Francia sin la Iglesia. Al hacerse católico Clodoveo se hizo la mano fuerte del episcopado y consagró su espada y la de la Francia á la defensa de la Iglesia. En virtud de esta consagracion, sus gloriosos sucesores Cárlos Martel, Pipino (1), Carlo-Magno, Godofredo y Tancredo, pelearon por la independencia, por la libertad y por los dominios de la Iglesia como por su propia independencia y por su propia libertad. Semejante la Francia á un hijo de buen corazon, pero demasiado vivo, pendenciero y bullicioso, que, á pesar de usar de algunos modales un poco bruscos y áun insolentes con su madre, le conserva, sin embargo, mucho cariño, y es capaz de acometer á cualquiera que le haga el menor daño; la Francia, repito, ha vejado alguna vez y ha maltratado á la Iglesia, pero siempre le ha conservado el mayor cariño; ella la ha asistido con

á los generales de sus tropas: «Yo tengo un gran disgusto de que esos arrianos (los visigodos) ocupen una parte de las Gaulas; vamos, con el auxilio de Dios, á vencerlos y á conquistar ese país.» Todos aprobaron esta proposicion, porque todos los que rodeaban á Clodoveo participaban de su espíritu de fe y de su valor. Al dia siguiente el ejército de los francos se puso en marcha hácia Poitiers, donde Alarico se encontraba entónces. Mas no queriendo Clodoveo emprender esta expedicion por la gloria de Dios sin comenzar por atraer sobre ella las bendiciones de Dios, dió sus órdenes para edificar una iglesia en honor de San Pedro y San Pablo, sobre el sepulcro de Santa Genoveva, que habia muerto pocos años ántes. Esta fué al principio una capilla hecha de madera; pero despues Clodoveo, por consejo de Santa Clotilde, la convirtió en un templo grande y magnífico, que él comenzó y que despues de su muerte acabó la santa reina. (Greg. de Tours et Hiem.)

(1) Este Pipino, el primer gran monarca de la segunda raza de los reyes de Francia, debió las virtudes con que ilustró su reinado, lo mismo que su devocion y su generosidad para con la Santa Sede, á los consejos y á las inspiraciones de la vírgen Santa Godoula, su hermana, instruida en la santidad por Santa Gertrúdis, vírgen como ella, que era ademas su madrina y su tia. La santidad parecia que se habia hecho entónces hereditaria entre las princesas de Francia. Pero no podemos detenernos más á hablar de estas santas princesas de la córte de Francia, porque debemos asistir al espectáculo de los inmensos bienes que ciertas princesas de esta misma córte hicieron en España.

generosidad, la ha defendido con entusiasmo contra los infieles, los herejes, y contra todas las usurpaciones de las potencias alemanas.

Debemos recordar que, como ya hemos visto, por el celo y la vigilancia de los grandes apóstoles de la Gaula, tales como San Ireneo, San Hilario, San Martin, San German, San Lope y San Remigio, las poblaciones galo-germanas eran entónces cuasi todas cristianas, y áun las únicas que el arrianismo no habia contagiado, sino que se habian conservado sinceramente católicas; así, pues, sólo por el Catolicismo podian obtenerse sus simpatías, se podian unir, se podian fundir y fundar de ellas una grande y poderosa nacion. Esto fué lo que sucedió en efecto. Por donde quiera que los francos católicos llevaron sus armas, encontraron ciudades y pueblos dispuestos á recibirlos y á someterse á su imperio (1).

«Ved aquí, pues, dice á este propósito M. Rohrbacher, lo que era, segun lo que ya hemos visto, el gobierno del primer Rey cristiano de los francos. Los obispos, pastores y padres de sus pueblos, y entónces su único refugio, le aconsejaban que gobernase de manera que se hiciese amar, protegiendo á los débiles, socorriendo á los pobres, redimiendo á los cautivos y recibiendo bien á los extranjeros. Clodoveo escuchó unos consejos tan sabios, que fueron los primeros fundamentos del reino de Francia. Su buena inteligencia con los obispos le hizo su ejecucion fácil y durable. El efecto fué prodigioso. Todas las poblaciones de las Gaulas se apresuraron desde entónces á formar la Francia, y obligaron á los borgoñones y á los visigodos á hacerse más humanos.» (Lib. XXXIV.)

Se ve, pues, que la fe religiosa de Clodoveo fué el cimiento de la union política de aquellos diferentes pueblos, y el principio de la nacionalidad francesa. Puede decirse tambien que desde entónces se hizo el Catolicismo uno de los elementos esenciales de la nacio-

(1) Fleury ha notado igualmente que «desde la conversion de Clodoveo, los franços eran deseados por todas partes, y que todos deseaban tenerlos por señores.» (Lib. XXXI, parágrafo 3.) Los mismos obispos católicos participaban de esta simpatía de los pueblos y esto fué causa de que los persiguieran y los arrojáran de sus sillas los visigodos, que les echaban en cara que querian someterse á los francos. San Aprúnculo, obispo de Langres; San Quinciano, de Rodas; San Voluciano, de Tours, y San Verús, su sucesor, fueron de este número. Así, pues, por el martirio se cimentó la alianza de los francos con los obispos y de la Francia con la Iglesia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nalidad francesa, de modo que las palabras *católico* y *frances* se hicieron sinónimas, y que, con respecto á la religion, la Francia nunca ha sido, nunca será ni podrá ser hereje ni protestante, sino que siempre será católica ó nadá.

Santa Clotilde, despues de la conversion de su regio esposo, redobló su actividad y su celo, y multiplicó sus buenos ejemplos, á fin de hacer que reinasen en aquella córte medio salvaje las más bellas virtudes del Evangelio. Su hija única, llamada tambien Clotilde, como ella, educada bajo su direccion, se hizo una santa y una mártir; porque, habiéndose casado con Amalarico, rey de los visigodos en España, y atormentada por su esposo, fanático arriano, para que se hiciese arriana, triunfó de los tormentos que diariamente le hacía sufrir, y léjos de abandonar el Catolicismo, fué ella quien lo introdujo en aquella córte hereje, de modo que de la *monarquía cristianísima de Francia* salió la *monarquía católica de España.*

Educada la princesa Albofreda, hermana de Clodoveo, en la misma escuela de Santa Clotilde, se hizo tambien una santa, cuasi al mismo tiempo que se hizo cristiana; no contenta con haber renunciado al culto de los ídolos, renunció tambien á los ídolos del mundo. Ella no quiso ni áun oir hablar de matrimonio; ella se consagró al Señor con el voto solemne de virginidad, y poco tiempo despues terminó una vida de ángel con la muerte de una santa. Su panegérico se halla en esta breve carta que San Remigio escribió al Rey para consolarle de esta pérdida, que le habia afectado profundamente: «Yo participo mucho, le dice, del dolor que sentís por la muerte de vuestra hermana Albofreda, de gloriosa memoria. Pero su santa vida, y la muerte que la ha coronado, debe serviros de consuelo. Jesucristo le concedió la gracia de recibir la bendicion de las vírgenes; no se debe llorar á la que fué consagrada al Señor, y que ha recibido en el cielo la corona de la virginidad.» (Labbe, tom. IV.) Albofreda fué la primera que profesó la virginidad en el palacio de Francia, y que infundió en él aquel espíritu de castidad que, desde la primera Santa Clotilde hasta la última Santa Clotilde, hermana de Luis XVI; desde Albofreda hasta Isabel, hermana del mismo Rey mártir, con pocas excepciones, ha hecho tan grandes y tan admirables á las princesas de la casa real de Francia, y ha permanecido siempre en ella como una

censura severa, como una protesta viviente y una especie de compensacion del libertinaje de los hombres.

San Remigio por su parte, en correspondencia contínua con Clodoveo (véanse las *Cartas de San Remigio á Clodoveo*, en el tomo primero de los *Concilios de la Galia*), y emprendiendo con frecuencia el viaje de Reims á París, no cesaba por su parte de trabajar para inspirar al Rey y hacerle poner en práctica, con actos de la soberanía, los verdaderos principios del derecho público cristiano. Es verdad que Clodoveo no renunció de pronto á los actos de esa política propia de los bárbaros, que no forma escrúpulo de matar con su propia mano á los que ella cree que lo merecen, y de hacer del homicidio un medio de seguridad personal. Es verdad que él fué cruel, no con el pueblo, sino con los miembros de su familia que reinaban en otros países. Es verdad tambien que sus hijos, Clodomiro, Clotario y Childeberto, á pesar de que profesaban y honraban la verdadera religion, no siempre la practicaban; es verdad que entre ellos la ferocidad y la perfidia de los bárbaros se sobreponia muchas veces á la justicia y á la humanidad de los cristianos, y que mancharon sus manos con la sangre de sus parientes; pero borrar enteramente de aquellas razas feroces el elemento bárbaro con el elemento cristiano, humanizar la brutalidad y civilizar la barbarie, era una obra inmensa, era obra del tiempo. Entretanto, la legislacion de Clodoveo, lo mismo que la de sus hijos, dejaba poco que desear bajo el punto de vista cristiano; porque por los esfuerzos reunidos de Santa Clotilde y de San Remigio, la monarquía de los francos se habia penetrado ya del espíritu cristiano, principio de toda justicia y de toda civilizacion, que el tiempo debia desarrollar despues en todas sus consecuencias por la accion de Iglesia católica, que es la única regla viviente de la perfeccion de los individuos, de los gobiernos y de las naciones. De este modo se echaron entónces en Francia los fundamentos de esa monarquía cristiana, tan diferente de la monarquía pagana; de esa monarquía cristiana que ha hecho de sus príncipes los padres de los pobres, los protectores de los débiles, los representantes de la justicia, de la misericordia y de la providencia de Dios en la tierra, y al mismo tiempo los hijos afectuosos y los valientes campeones de la Iglesia.

Por consiguiente, la conversion de Clodoveo, que hizo de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Francia la primera de las naciones cristianas, y áun de las naciones del mundo, y la hija primogénita de la Iglesia, fué un gran acontecimiento. Pero este gran acontecimiento, lo repito, fué obra de una mujer: á una mujer fué á quien eligió Dios para llevarlo á efecto. San Remigio tuvo en él mucha parte, pero Santa Clotilde fué quien lo comenzó y lo preparó, obrando sobre el alma de Clodoveo como el espíritu del mismo Dios, con una suavidad fuerte y una fuerza suave, con un celo que nada omite y con una fuerza de voluntad que triunfa de todo; Santa Clotilde fué quien llamó en su auxilio para una obra tan grande al gran arzobispo del reino, preparándole el camino, proporcionándole los medios, comprendiendo sus miras y secundando sus esfuerzos. Resulta, pues, en último análisis, que la Francia es lo que es por la piedad ilustrada, el afecto y el celo de una mujer católica, y que á una mujer católica debe ella los primeros elementos de su grandeza, de su fuerza y de su gloria.

§ XXXV. — Santa Radegonda, esposa de Clotario I. — Su piedad en la córte. — Su retiro y su consagracion á Dios por el voto de castidad. — Encerrada en un convento, no por eso deja de hacer grandes servicios al Estado. — Prodigios de su penitencia, de su humildad y de su piedad. — Celebridad del monasterio de Poitiers, fundado por ella. — El poeta Fortunato le debe el desarrollo de su talento y su santificacion. — Gran bien que ella hizo á la Iglesia. — Su admirable testamento y su muerte.

La segunda de las santas y grandes reinas de Francia, que tanto bien hicieron á la Iglesia y á la nacionalidad francesa, fué Santa Radegonda, princesa real de la Turingia, pero pagana, á quien Clotario I, que la habia hecho prisionera, hizo instruir en la religion cristiana. Regenerada por el bautismo, se penetró tan bien del espíritu del Cristianisno, que no quiso más esposo que Jesucristo. Este piadoso deseo no lo abandonó jamas, áun cuando fué obligada á aceptar la mano del Rey á quien pertenecia como su prisionera. Esta era una princesa de un gran talento y de una rara hermosura; pero su prudencia y su piedad eran superiores á todo elogio, y el encanto de sus virtudes, mucho más que el de su rostro, formaban la admiracion y la ventura de su brutal marido y de toda la córte.

Sus mayores delicias consistian en ir á servir á los enfermos en

el hospital que ella habia fundado en Haties, donde habia sido educada. Enemiga del lujo y del fausto, tenía por perdido todo lo que no daba á los pobres. Ella se levantaba con frecuencia á media noche para consagrarse á la oracion. Sus vestiduras de reina ocultaban un rudo cilicio de anacoreta, que cubria sus carnes inocentes; y áun en la mesa del Rey encontraba el modo de practicar la abstinencia más rigurosa. Clotario, que, á pesar del horrible desórden de sus costumbres, sus matrimonios incestuosos y sus concubinas, la amaba apasionadamente, decia con frecuencia: «No es una Reina lo que yo poseo en esta mujer, sino una religiosa.» Sin embargo, esta religiosa no dejaba de ser una Reina perfecta: ella procuraba contener los excesos del Rey; ella le inspiraba sentimientos cristianos para con su pueblo, y le inclinaba á los deberes de justicia, á los actos de clemencia y al respeto á la religion. Por su influencia eligió el Rey á San Eloy por su ministro de Hacienda, y á San Ouen por su canciller. El bien que se hacia entónces en la córte procedia todo de ella, y el mal que se dejaba de hacer era impedido por ella. Ella parecia un ángel encargado de guardar y reprimir á un demonio. Pero instado contínuamente á fin de conseguir el permiso real para retirarse de la córte y consagrarse á Dios, Clotaldo se lo concedió al fin.

Alegre por haber alcanzado lo que tanto habia deseado, se fué á la iglesia, ofreció en el altar las vestiduras reales que se acababa de quitar, y dividiendo en pedazos un magnífico collar de oro, lo distribuyó á los pobres. En seguida trató de visitar á los grandes santos de la época, para aprender de ellos á caminar por las sendas de la más alta perfeccion, y los santuarios más célebres de la Gaula, entre otros el sepulcro de San Martin, donde ofreció todo cuanto le quedaba de algun valor. (*Act.*, 55, 13 Aug.) Cuando ella satisfizo su devocion, se retiró á un territorio que el rey le habia dado, en los confines de la Turena, cerca de Noyon, con un gran número de jóvenes vírgenes que se habia asociado, y pidió á San Medardo que le diese el velo de las religiosas.

Se presentó en la iglesia, y como San Medardo dudase, Radegonda entró en la sacristía, se vistió ella misma el hábito religioso, volvió al altar, y postrándose á los piés del santo obispo, le dijo: «Si diferis más el concederme la consagracion que os pido, daréis á conocer que temeis más á los hombres que á Dios.» No hubo me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dio de resistir á una decision tan firme y tan fuerte. Y á pesar de la oposicion de los señores francos que asistian á aquella escena, San Medardo le permitió pronunciar sus votos, le dió el velo, é imponiéndole las manos, la ordenó diaconisa de su iglesia.

Retirada del mundo Santa Radegonda, continuó, sin embargo, haciendo bien al mundo, y prestando los más grandes servicios al Estado y á la religion. En tanto que la famosa Fredegonda, como el demonio de la discordia, atizaba el ódio y la guerra entre los reyes y los reinos, Santa Radegonda, semejante al ángel de la paz, hacía todo lo posible por reconciliarlos; les escribia las cartas más enérgicas, y hacia con este fin largos ayunos y oraciones; y si no pudo impedir siempre la guerra, lo impidió al ménos várias veces. Por otra parte, sólo el ejemplo de su vida debió suavizar aquellos caractéres feroces, pero cristianos. (Rohrbacher, lib. xv.)

Bien pronto fundó ella un gran monasterio en Poitiers, donde se consagró á la penitencia de tal manera, que excedió á los más rígidos solitarios. El cilicio que ella se habia puesto cuando todavía se hallaba en la córte, no se lo quitó jamas. Todos los años pasaba la Cuaresma encerrada en una celdilla, sin comer más que dos veces á la semana, y esto habia de ser sólo pan y legumbres. El poeta Fortunato, que era el limosnero del convento, nos dice que sólo el espíritu vivia en ella, y que la carne estaba enteramente muerta. La hija y la esposa de los reyes dormia sobre un poco de ceniza; y miéntras que las religiosas dormian, se levantaba ella para limpiar sus zapatos y para hacer los servicios más humildes de la casa, como si fuese la última criada de ella. El grado de superiora de la santa comunidad que ella habia fundado le pertenecia de derecho, pero ella no lo quiso admitir, diciendo: «Yo no he dejado la córte para venir á reinar en el claustro.» Y así hizo que eligiesen en su lugar por superiora del convento á la ilustre Santa Ines. Cuando le aconsejaban que mitigase sus rigores y que cuidase de su naturaleza debilitada, respondia: «Yo no he venido aquí para comer bien, sino para hacer penitencia.» De los derechos que le concedian sus títulos de reina y de fundadora, no conservaba más que el de servir á todas sus santas hijas espirituales, áun cuando ellas lo rehusaban. Estas eran las doncellas más nobles del reino, que la fama de Santa Radegonda habia reunido en torno de ella. Allí se encontraron á un mismo tiempo cuatro hijas de reyes, y bajo la direccion

y en presencia de la admirable vida de su santa madre, todas estas religiosas rivalizaban en celo en la práctica de las más sublimes virtudes. Ellas empleaban en el servicio de los pobres todo el tiempo que no invertian en orar y en meditar, de modo que el monasterio de Poitiers se hizo, despues del sepulcro de San Martin, el santuario más célebre de la Gaula, cuyos ejemplos obraban el espíritu de los pueblos, y áun en el de los príncipes y reyes, para inspirarles el arrepentimiento de sus excesos y el deseo de borrarlos por medio de grandes expiaciones.

Santa Radegonda tenía una devocion especial á las santas reliquias, y sobre todo, deseaba con ánsia tener alguna pequeña partícula de la verdadera cruz del Salvador. Ella envió con este fin algunos clérigos á Constantinopla y el emperador Justino II le envió un pedazo de aquel instrumento precioso de la redencion del mundo, adornado con piedras preciosas. San Eupronio, obispo de Tours á quien Santa Radegonda dió noticia de la adquisicion de este tesoro, se trasladó á Poitiers para trasladarlo al monasterio de la Santa, y en esta ocasion fué cuando tomó el nombre de *monasterio de la Santa Cruz*. Para esta solemnidad compuso Fortunato, á instancias de Santa Radegonda, el hermoso himno *Vexilla regis prodeunt*, que la Iglesia canta todavía en honor de la cruz. Por consiguiente, á esta mujer debemos esta magnífica pieza de poesía lírica cristiana, que es superior á las más notables piezas de poesía lírica pagana. Fortunato era al principio secretario de Santa Radegonda y administrador del convento, y despues, cuando se ordenó de sacerdote, fué su limosnero y su capellan. Santa Radegonda fué quien le obligó, lo mismo que San Gregorio de Tours, á no escribir en adelante más que para la gloria de Dios y de sus santos; y edificado por los ejemplos de una Santa tan grande, á quien llamaba *su madre*, y de Santa Ines, á quien llamaba *su hermana*, se santificó á sí mismo, y fué despues obispo de Poitiers, donde es venerado como santo.

Desde el fondo de su retiro no dejaba de velar Santa Radegonda sobre los peligros de la religion y de sus ministros, y cuando aquella horrible mujer Fredegonda, ante quien el cobarde Chilperico, su pretendido esposo, no sabía más que temblar, ayudada por dos indignos eclesiásticos, de quienes habia conseguido hacer dos obispos, se puso á perseguir á los más santos prelados, Santa Rade-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gonda fué quien tomó su defensa y su proteccion, y los salvó del furor de la nueva Herodiades. Ademas, para convencerse del inmenso bien que esta incomparable mujer hizo á la religion, no se necesita más que consultar la magnífica carta que le dirigieron los padres del Concilio de Tours. Ved aquí lo que, entre otras cosas, se dice en aquella carta: «Nosotros nos regocijamos, muy reverenda hija, de ver que renace en vos, por el favor divino, ese ejemplo del amor celestial, porque *la fe renace floreciente por los esfuerzos de vuestro amor*, y lo que habia entibiado el frio invierno de la vejez del siglo *se acalora con el ardor de vuestra alma fervorosa*. Pero, como vos habeis venido del mismo país de donde vino San Martin, no es maravilla veros imitar en vuestras obras sus ejemplos. Brillante con la luz de sus doctrinas, llenais de una claridad celestial los corazones de los que os escuchan. Las almas de las jóvenes vírgenes, atraidas á vos y abrasadas por las centellas del fuego divino, se apresuran á ir á vuestro seno á participar en él del amor de Jesucristo.» (Busière, *Historia de Santa Radegonda.*)

Viendo Radegonda que se acercaba su fin, dirigió una carta circular á los obispos, en que les encomendaba lo que más amaba en el mundo, su monasterio, á quien habia colocado bajo la proteccion de San Hilario y de San Martin, y rogaba á su propio obispo que la hiciera enterrar entre sus religiosas, en la iglesia que ella habia comenzado á edificar en honor de la Santísima Vírgen. Esta carta, que fué como su testamento, está firmada con estas palabras: *Radegonda, pecadora.* San Gregorio de Tours, que fué invitado á celebrar sus funerales por ausencia del obispo de Poitiers, nos asegura que encontró el cuerpo de la Santa colocado en un féretro abierto; que su rostro excedia en belleza á las azucenas y á las rosas, y que, al mirarla, no hubiera podido creer que estaba muerta, si no hubiera oido á sus religiosas, desconsoladas, lamentarse como si cada una de ellas hubiese perdido á su propia madre. (Lib. IV.) Su sepulcro se hizo tambien un santuario célebre por los prodigios que Dios obraba en él, especialmente en los tiempos de las calamidades públicas que afligian á los francos. De este modo Santa Radegonda continuó siendo, áun despues de su muerte, lo que habia sido durante su vida: la gran protectora y la verdadera reina de sus pueblos.

§ XXXVI.—Profunda humildad de Santa Vatilda ántes de ser reina de Francia.—Su vida santa en la córte, sumamente ventajosa para el Estado.—Su regencia, uno de los reinados más felices para la Iglesia y para el país.—El monasterio de Corbie, fundado por ella para difundir la instruccion y la ciencia por el reino.—Santa Vatilda fué la primera de las reinas cristianas que abolió la esclavitud y que proclamó el principio de que todo cristiano es libre, principio que forma la gloria de la Francia.—Los pueblos nada pierden en ser gobernados por santas mujeres.

Santa Vatilda fué la tercera de las santas reinas que ilustraron el trono de Francia. Ella nació de una de las más nobles familias de la Gran Bretaña; pero habiendo sido hecha prisionera durante la guerra de los francos con aquel país, fué vendida como esclava á Erchinoaldo, gran maestre del palacio del rey de Neustria, que, admirado de su sabiduría, de su modestia y de su fervorosa piedad, le cobró un grande afecto, la consideró como una de sus hijas, y le dió el cargo de darle á él mismo de beber. Esta distincion, léjos de ensorberbecerla, la hizo más humilde para con sus compañeras de cautiverio. Colocada á la cabeza de ellas por la voluntad de su señor, ella se colocaba á sus piés por su propia voluntad, hasta el extremo de servirles á la mesa, de limpiar su calzado y de preparar sus vestidos. Santa Vatilda deseaba permanecer vírgen; pero Dios, que la habia destinado para hacer un gran bien en un círculo más elevado y más extenso, dispuso que el rey Clodoveo II, prendado de sus altas cualidades, la hiciese su esposa. Cuando llegó á ser reina sólo usó del poder que su nueva posicion le daba para socorrer á los desgraciados y sostener los derechos de la Iglesia. Ella respetaba á los Obispos como á sus padres, á los religiosos como á sus hermanos y á los pobres como á sus hijos. Para que le ayudase en la distribucion de los socorros que prodigaba á todos los desgraciados, el Rey le dió por su limosnero particular á San Gines, entónces abad, y despues arzobispo de Lion. Con el auxilio de un hombre tan santo, se comprende lo que pudo hacer una mujer tan santa y colocada en un lugar tan elevado. Ella era la vengadora de todas las injusticias, la protectora de todos los oprimidos y la providencia visible de todos los desvalidos. Habiendo sido encargada, á la muerte de su regio esposo, de la regencia del reino y de la tutela de sus tres hijos, el mayor de los cuales no tenía más de cinco años,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desempeñó este doble cargo con tanta sabiduría y tanta capacidad, que los grandes del reino y los hombres de Estado no pudieron dejar de admirarla y respetarla. Sus consejeros íntimos eran los obispos, especialmente San Eloy, San Ouen y San Leger. No es, pues, extraño que, tomando tanto interes por el bien de la Iglesia y del Estado, consiguiese por una parte desterrar la simonía, que deshonraba entónces la Iglesia de Francia, y por otra abolir las exacciones y los impuestos que abrumaban al pueblo. Al mismo tiempo la santa reina multiplicaba los hospitales, fundaba abadías y edificaba monasterios. El famoso monasterio de Chelles le debió su orígen. Esta era una casa real, á cuatro leguas de París, donde Santa Clotilde, que le habia precedido en la dignidad real como tambien en la santidad, habia establecido una casa de doncellas en honor de San Jorge, que se habia convertido en ruinas. Pero la más importante de sus fundaciones fué el monasterio de Corbie, que se habia hecho tan célebre en toda la Francia, donde esta gran reina, tan celosa por la propagacion de la ciencia como por el triunfo de la fe, estableció, bajo la direccion de maestros hábiles que ella llamaba de todas partes, la enseñanza de toda clase de literatura, y que, despues del famoso monasterio de Lerins, fué un foco de luz y una verdadera universidad de Francia. Finalmente, la regencia de esta mujer fué uno de los reinados más felices y más brillantes de Francia, que renovó las glorias y las maravillas del reinado de Santa Pulqueria. Ninguno soberano se ocupó tanto de la felicidad de sus pueblos, bajo el punto de vista religioso, científico y político. Pero su mayor gloria, en que no se ha fijado bastante la atencion, es que, siendo mujer, y habiendo aprendido el amor y el respeto al hombre en el espíritu del Evangelio y no en las frías doctrinas de filosofía falaz, hizo lo que ningun hombre pensó hacer ántes de ella: abolió en Francia la esclavitud, que existia todavía, y fué el primer soberano cristiano que proclamó este principio de derecho público frances, que constituye la mayor gloria de la Francia, á saber: que el cristiano no puede ser esclavo de nadie, y que todo esclavo se hace libre al poner el pié en el suelo frances. (Feller, Art. *Sanct. Vatild.*) Así, pues, los pueblos no pierden nada en ser gobernados por una santa mujer, áun cuando ella sea tan *supersticiosa* que no tenga más consejeros que los obispos.

§ XXXVII.—Retrato de San Luis, y su elogio por Voltaire.—Este gran santo y gran rey debió su grandeza y su santidad á Blanca de Castilla, su madre, la cuarta de las santas reinas de Francia.—Maravillas de su gobierno durante la menor edad de su hijo y durante su ausencia por la primer cruzada.—Máxima que ella repetia con frecuencia á su hijo para infundir en él la santidad.—Las madres de familia no deberian olvidarla.

Todas las glorias de la cuarta gran reina de Francia se resúmen en estas palabras: *Ella tuvo por hijo á San Luis*. Ésta fué Blanca de Castilla, cuyo retrato vamos á trazar, tomando con placer los principales rasgos de una obra moderna, pequeña, pero elocuente, relativa á San Luis. «La Monarquía francesa, dice el autor, es más rica que todas las demas en individualidades poderosas. Ella ha tenido sobre el trono heroes, legisladores, genios, conquistadores y grandes políticos, que á su vez han sostenido y han pacificado al mundo. Pero San Luis fué la más alta personificacion de la virtud, del heroismo y de la piedad sobre el trono. En él brilló un conjunto de cualidades que parecian excluirse mútuamente y que ningun príncipe ha podido reunir. ¡Qué encanto derrama sobre la Historia esta figura, marcial y piadosa á la vez, grave y dulce, mística como la Edad Media!» (*Saint Louis Asens*, por el baron Chaillon des Barres.) El mismo Voltaire, en un pasaje en que la elegancia de la expresion compite con la verdad del pensamiento, hizo del reinado y del carácter de San Luis la apreciacion siguiente: «Luis IX, dice, parecia un príncipe destinado á reformar la Europa, si ella hubiera podido ser reformada; él hizo á la Francia triunfante y culta, y fué en todo un modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le despojó de las virtudes Reales; su liberalidad no se oponia á una sábia economía; él supo armonizar una política profunda con una estricta justicia, y tal vez él es el único soberano que merece esta alabanza. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates sin ser orgulloso, compasivo como si siempre hubiese sido desgraciado, no es dado al hombre llegar á más alto grado de virtud.» Ved aquí lo que escribió Voltaire de San Luis, y ciertamente se ha dicho con mucha razon que el mayor de los milagros de San Luis es el de haber obligado al mismo Voltaire á hacerle esta justicia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desempeñó este doble cargo con tanta sabiduría y tanta capacidad, que los grandes del reino y los hombres de Estado no pudieron dejar de admirarla y respetarla. Sus consejeros íntimos eran los obispos, especialmente San Eloy, San Ouen y San Leger. No es, pues, extraño que, tomando tanto interes por el bien de la Iglesia y del Estado, consiguiese por una parte desterrar la simonía, que deshonraba entónces la Iglesia de Francia, y por otra abolir las exacciones y los impuestos que abrumaban al pueblo. Al mismo tiempo la santa reina multiplicaba los hospitales, fundaba abadías y edificaba monasterios. El famoso monasterio de Chelles le debió su orígen. Esta era una casa real, á cuatro leguas de París, donde Santa Clotilde, que le habia precedido en la dignidad real como tambien en la santidad, habia establecido una casa de doncellas en honor de San Jorge, que se habia convertido en ruinas. Pero la más importante de sus fundaciones fué el monasterio de Corbie, que se habia hecho tan célebre en toda la Francia, donde esta gran reina, tan celosa por la propagacion de la ciencia como por el triunfo de la fe, estableció, bajo la direccion de maestros hábiles que ella llamaba de todas partes, la enseñanza de toda clase de literatura, y que, despues del famoso monasterio de Lerins, fué un foco de luz y una verdadera universidad de Francia. Finalmente, la regencia de esta mujer fué uno de los reinados más felices y más brillantes de Francia, que renovó las glorias y las maravillas del reinado de Santa Pulqueria. Ninguno soberano se ocupó tanto de la felicidad de sus pueblos, bajo el punto de vista religioso, científico y político. Pero su mayor gloria, en que no se ha fijado bastante la atencion, es que, siendo mujer, y habiendo aprendido el amor y el respeto al hombre en el espíritu del Evangelio y no en las frías doctrinas de filosofía falaz, hizo lo que ningun hombre pensó hacer ántes de ella: abolió en Francia la esclavitud, que existia todavía, y fué el primer soberano cristiano que proclamó este principio de derecho público frances, que constituye la mayor gloria de la Francia, á saber: que el cristiano no puede ser esclavo de nadie, y que todo esclavo se hace libre al poner el pié en el suelo frances. (Feller, Art. *Sanct. Vatild.*) Así, pues, los pueblos no pierden nada en ser gobernados por una santa mujer, áun cuando ella sea tan *supersticiosa* que no tenga más consejeros que los obispos.

§ XXXVII.—Retrato de San Luis, y su elogio por Voltaire.—Este gran santo y gran rey debió su grandeza y su santidad á Blanca de Castilla, su madre, la cuarta de las santas reinas de Francia.—Maravillas de su gobierno durante la menor edad de su hijo y durante su ausencia por la primer cruzada.—Máxima que ella repetia con frecuencia á su hijo para infundir en él la santidad.—Las madres de familia no deberian olvidarla.

Todas las glorias de la cuarta gran reina de Francia se resúmen en estas palabras: *Ella tuvo por hijo á San Luis*. Ésta fué Blanca de Castilla, cuyo retrato vamos á trazar, tomando con placer los principales rasgos de una obra moderna, pequeña, pero elocuente, relativa á San Luis. «La Monarquía francesa, dice el autor, es más rica que todas las demas en individualidades poderosas. Ella ha tenido sobre el trono heroes, legisladores, genios, conquistadores y grandes políticos, que á su vez han sostenido y han pacificado al mundo. Pero San Luis fué la más alta personificacion de la virtud, del heroismo y de la piedad sobre el trono. En él brilló un conjunto de cualidades que parecian excluirse mútuamente y que ningun príncipe ha podido reunir. ¡Qué encanto derrama sobre la Historia esta figura, marcial y piadosa á la vez, grave y dulce, mística como la Edad Media!» (*Saint Louis Asens*, por el baron Chaillon des Barres.) El mismo Voltaire, en un pasaje en que la elegancia de la expresion compite con la verdad del pensamiento, hizo del reinado y del carácter de San Luis la apreciacion siguiente: «Luis IX, dice, parecia un príncipe destinado á reformar la Europa, si ella hubiera podido ser reformada; él hizo á la Francia triunfante y culta, y fué en todo un modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le despojó de las virtudes Reales; su liberalidad no se oponia á una sábia economía; él supo armonizar una política profunda con una estricta justicia, y tal vez él es el único soberano que merece esta alabanza. Prudente y firme en el consejo, intrépido en los combates sin ser orgulloso, compasivo como si siempre hubiese sido desgraciado, no es dado al hombre llegar á más alto grado de virtud.» Ved aquí lo que escribió Voltaire de San Luis, y ciertamente se ha dicho con mucha razon que el mayor de los milagros de San Luis es el de haber obligado al mismo Voltaire á hacerle esta justicia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pues bien; este gran santo y gran rey, el modelo más perfecto de los reyes santos y grandes, debió todo lo que fué á Blanca, su madre. El baron Chaillon dice tambien: «San Luis retuvo de la Edad Media, al cerrarla, la obediencia sin límites, cuasi ininteligible en la actualidad, del hijo á su madre. Ante ella desaparecian el caballero, el esposo, el padre y el rey, y no quedaba más que el hijo.» Esto era muy natural, añadimos nosotros, supuesto que él conocia bien que todo lo debia á su madre. «De este modo Luis IX, prosigue el mismo autor, permanece inseparable de su madre en la memoria de los hombres. Ella se asocia á los mejores actos de su reinado. Puede decirse que se inmortalizaron el uno por el otro. Á las virtudes del hijo debió la madre su gloria en la tierra, y á la sabiduría de la madre debió el hijo su santidad en el cielo..... No teniendo Blanca más que catorce años, se casó con Luis VIII, que tenía la misma edad. Ella unia á una rara belleza un espíritu elevado. Dotada de una razon sublime, llena de prudencia y de tacto, habia sabido adquirir un gran ascendiente sobre su esposo, y se refiere que áun el mismo Felipe Augusto, su suegro, en más de una circunstancia importante tomó con mucho gusto sus consejos. Su union con Luis VIII no fué alterada jamas por el más pequeño disgusto, cosa rara áun en el trono, y los historiadores han notado que en los veintiseis años que duró, no se separaron ni un solo instante.» Todo esto es de una rigurosa verdad histórica. Por consiguiente, no podemos ménos de admirarnos de que el mismo autor, á continuacion de este elogio de la reina Blanca, inserte un pasaje de Joinville, que lo destruye completamente, y que presenta á esta gran matrona como una pequeña mujer, celosa de su gloria, y á San Luis como un imbécil. Aunque Blanca no sea venerada en todas partes como santa, merecia serlo. Ella ha tenido calumniadores de su conducta (y ¿cuál es el gran personaje que no los ha tenido?); pero escritores célebres, apoyados en hechos incontestables, la han justificado plenamente. Por lo demas, esto mismo es lo que ha hecho el mismo baron Chaillon, añadiendo: «Luis VIII muere, Blanca de Castilla queda viuda, y el Rey, ántes de morir, la nombra Regente. ¡Regente, más que Reina! ¡Ser Rey y Reina á un mismo tiempo! Esta era una carga inmensa para una mujer; debió ser abrumadora para un hombre, por fuerte que fuese, en aquella época de convulsiones y de turbulencias. Blanca de Castilla la acepta.

La aceptacion podia pasar por intrepidez. Apénas sale San Luis de la infancia, se apresura su madre á mostrar en él el rey de Francia. Ella sabía inspirarle en los consejos, en los cuales tomaba él la palabra, y principiaba á mandar los ejércitos; al ménos Blanca le colocaba á la cabeza de ellos. Al mismo tiempo que retenia ella la autoridad, parecia que la entregaba á su hijo; conducta hábil, que iniciaba al jóven Rey en los negocios y preparaba á los pueblos para que le obedeciesen. Todas las minorías son difíciles de atravesar. Las regencias de las mujeres han encontrado siempre, especialmente en Francia, una fuerte oposicion. ¡Imagínese cuáles debian ser los obstáculos suscitados á la regencia de la reina Blanca, que ademas era extranjera! Trasladémonos al principio del siglo XIII, época en que el feudalismo estaba todavía en pié; recordemos aquella porcion de grandes vasallos independientes de la corona, procurando por medio de contínuas guerras negar su supremacía y desconocer los derechos de la soberanía, y entónces comprenderémos cuántos esfuerzos, cuánta habilidad, cuánta prudencia y cuánta firmeza se necesitó en Blanca de Castilla para conservar y engrandecer el poder Real, que entregó á su hijo á la edad de veintiun años, y declarado mayor de edad en 1236..... ¿No es un espectáculo sublime y tierno seguir, al traves de aquellas épocas sombrías y llenas de rivalidades feroces, á esta Reina vigilante, cuya mano no deja jamas la de su hijo, como una madre que tiene que atravesar con su niño, en medio de la noche, una selva peligrosa?»

En efecto, Blanca supo disipar las ligas que los grandes vasallos de la Corona habian formado contra la autoridad Real. Ella continuó la guerra contra los albigenses, y unió las tierras de la Casa de Tolosa á la Corona de Francia. Ella obligó al Duque de Bretaña, que se habia rebelado, á entrar en su deber. Cuando se trató de dar al jóven Rey una esposa digna de él, el gran arzobispo de Sens, Gauthier, recibió esta instruccion severa de parte de la reina Blanca: «Que no hiciese para su hijo la peticion formal de la mano de Margarita, hija de Berenguer, conde de Provenza, sino despues de haber examinado bien á la jóven Princesa, y estar bien seguro de la solidez de sus principios, de la pureza de sus costumbres, de la bondad de su carácter y de la sinceridad de su religion.» Así esta madre, verdaderamente sábia, porque era profundamente cristiana,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debiendo casar á su hijo, cuidaba ménos de darle una princesa rica y poderosa que una princesa sábia y virtuosa.

Nombrada segunda vez regente del Reino con ocasion de la primera expedicion de San Luis á la Tierra Santa, cumplió ella este cargo, que las nuevas circunstancias hacian más difícil, con el más feliz resultado. En Francia con el cuerpo, pero con el corazon en Oriente, siguiendo á su santo y heroico hijo empeñado en una empresa tan grande y tan peligrosa, parecia que se multiplicaba en sí misma. Dedicándose toda entera á los cuidados del gobierno interior de un gran Reino, para hacer reinar en él la justicia, el órden y la paz, se dedicaba tambien toda entera á la gran lucha entre la Cruz y la Media luna, que San Luis, el gran capitan de la Cristiandad, sostenia en unos países tan remotos. Es imposible formar una idea de la sabiduría, de la prevision y de la actividad que Blanca desplegó entónces por el espacio de cinco años, con el fin de poder, sin vejar ni oprimir al pueblo, enviar al Oriente auxilios continuos en dinero, en armas y en soldados, y atender á las más pequeñas particularidades, y á que nada faltase por parte de la Francia para asegnrar el éxito de una expedicion sin ejemplo en la Historia, donde la gloria del nombre cristiano estaba tan empeñada como la gloria del nombre frances.

Finalmente, despues de Santa Pulqueria, ninguna princesa ha reunido mejor que la reina Blanca todos los talentos del hombre de Estado á la práctica de todas las virtudes del Cristianismo y de la más sincera y fervorosa piedad; ninguna princesa ha sabido mejor que ella gobernar un gran Imperio. Mas áun cuando ella no hubiese hecho todo esto, no por eso dejaria de ser una de las más brillantes figuras de la historia moderna, por haber educado tan bien á su hijo, que hizo de él un gran santo y un gran rey, y la gloria más brillante y más pura de la Monarquía cristiana. Pero los hombres políticos deben recordar que el gran ministro de la reina Blanca, su consejero, el depositário de toda su confianza y el ejecutor de sus misiones más importantes y más delicadas, fué el sabio y celoso Gauthier-Cornu, arzobispo de Sens, á quien Guillermo el Breton, en su *Philippide*, dirige este elogio: «Miéntras que tu poder se ejerció ¡oh Gauthier! el fraude se ocultó, la paz fué grande y la honestidad reinó.» Las madres de familia no deben olvidar que, para imprimir profundamente en el alma de su hijo el horror

al mal y la exacta observancia de la ley de Dios y de la religion, le repetia Blanca con frecuencia: «Hijo mio, más bien quiero verte muerto que ver tu alma manchada con un pecado mortal.» Ved aquí una gran reina que no se arrepintió, como ni tampoco su pueblo ni su hijo, de haber tenido obispos por consejeros, y de haber tomado la religion por baše de la educacion de su hijo y por regla de su política y de su gobierno.

§ XXXVIII.—Dos princesas de Francia en España, convirtiendo á sus esposos al Cristianismo.—Indegonda y su esposo San Hermenegildo.—Rigonta y su esposo Recaredo consiguen convertir á todo el reino á la verdadera fe.—Concilio de Toledo, en el que estos santos esposos proclaman la fe católica, ley fundamental del Estado.—La monarquía católica de España y la nacionalidad española, formadas por la accion de las mujeres, bajo la influencia y por el modelo de la monarquía y la nacionalidad cristiana de Francia.—Santa Isabel, reina de Portugal.

Uno de los títulos más gloriosos para la Francia es el de *hija primogénita de la Iglesia*, no porque la Francia fuese el primer país del mundo convertido al Cristianismo, sino porque la monarquía católica, unida á la Iglesia y consagrada á la Iglesia, se estableció por primera vez en Francia, y de la Francia y por la Francia se propagó despues y se estableció en el resto de Europa. Pero sólo por medio de las mujeres ejerció la Francia esta grande é importante mision.

En primer lugar, la monarquía católica de España fué fundada por la sangre del rey San Hermenegildo y por el celo y la profunda piedad del rey Recaredo, su hermano. Pero habiendo perdido Hermenegildo y Recaredo á su madre, siendo todavía niños, quedaron en poder de Leovigildo, su padre, arriano obstinado; y por lo mismo, aunque eran hijos de una fervorosa católica, Santa Teodosia, hermana de San Leandro, arzobispo de Sevilla, fueron educados en el arrianismo. Es verdad que, segun San Gregorio el Grande, San Leandro, su tio, fué quien instruyó despues á estos dos hermanos en la religion católica y los reconcilió con la Iglesia; pero tambien es cierto que ellos fueron convertidos y santificados por sus esposas, que estas dos esposas fueron dos princesas de Francia, y que ellas llevaron á España las ideas, los principios, los senti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientos y las instituciones de la monarquía católica que Santa Clotilde habia establecido en Francia.

La esposa de San Hermenegildo fué Indegonda, hija de Sigisberto de Austrasia. Educada en la córte de Francia, era tan fervorosa católica como obstinada arriana era su suegra Gosvinda, la segunda mujer de Leovigildo. Apénas llegó á España Indegonda, comenzó á ser atormentada por Gosvinda, á fin de que consintiese en hacerse bautizar y profesar el arrianismo. Pero la jóven princesa se resistia siempre, diciendo con valor: «Me basta con haber sido purificada una vez del pecado original por el bautismo, y haber confesado á la Santísima Trinidad en una perfecta igualdad de Personas. Yo protesto creer este misterio con todo mi corazon, y jamas me apartaré de esta creencia.» Excitando esta firmeza católica de la jóven princesa el furor de su perseguidora, ésta la arrastraba de los cabellos y la maltrataba á empellones hasta hacerla verter sangre. De este modo Indegonda fué verdaderamente rebautizada, pero no con agua por el sacerdote arriano para hacer de ella una apóstata, sino con su propia sangre, por su suegra, que se habia hecho su verdugo, y que hizo de ella una mártir.

Penetrada de tales sentimientos por la fe católica, es fácil deducir que se valió de todos los medios posibles para convertir á su regio esposo. Este se resistió por mucho tiempo; mas al fin, con el auxilio de San Leandro, consiguió Indegonda triunfar de él, y Hermenegildo se hizo católico. Esta gloriosa conquista de Indegonda excitó la cólera de su padre, que movido por Gosvinda, su desventurada mujer, desterró de España á Indegonda y á San Leandro, y emprendió la guerra contra su propio hijo, San Hermenegildo, rey de Sevilla, decidido á perderle si no apostataba. La suerte de las armas, disponiéndolo así Dios para su mayor gloria, no fué favorable á San Hermenegildo. Entregado por los griegos y abandonado por los romanos, cayó en manos de su desnaturalizado padre, y fué puesto en prision, donde ciertos obispos arrianos, enviados por Leovigildo, procuraron, más bien con horribles amenazas que con razones, atraerle á su secta. Mas las exhortaciones y los ejemplos de su santa esposa, á quien él habia visto sufrir con tanto valor los más rudos combates por la fe, habian hecho una impresion demasiado profunda en su bella alma, para que las amenazas de una muerte cierta pudiesen hacerle vacilar en su resolucion de permanecer constante en la confesion de la verdadera religion. Por una causa tan honrosa recibió él con calma, y áun con alegría, la muerte por la órden brutal de aquel que le habia dado la vida, é Indegonda tuvo el gozo de saber que, siendo ella mártir, habia contribuido á hacer de su esposo un mártir. (Greg. Turon., lib. IX; San Greg. Magn., *Dial.*, lib. III.)

La sangre de San Hermenegildo, como ha sucedido con la sangre de todos los mártires, fué una semilla de nuevos cristianos en el suelo de España, que fué regado con ella. Ella alcanzó la conversion de toda su raza, comenzando por la conversion del mismo que la habia hecho derramar. Apénas habia cometido Leovigildo el horrible crímen de matar á su hijo, cuando se llenó de espanto y de vergüenza; él lloró con lágrimas de sangre al santo mártir, y mucho más lloró sobre sí mismo, que habia sido su verdugo; y segun algunos historiadores, abjuró el arrianismo y murió católico. Lo que es indudable, segun San Gregorio el Grande, que lo habia sabido por su íntimo amigo San Leandro, es que Leovigildo hizo llamar á San Leandro, su hermano político, le encomendó, al morir, su hijo Recaredo, y le suplicó le convirtiese al Catolicismo. (S. Greg. Mag., *loc. cit.*)

Pero Recaredo se habia casado ya con una princesa de Francia; ésta era Rigonta ó Bado, que Chilperico, rey de la Neustria ó de Soissons, habia tenido de Andovera, su legítima esposa, y á quien, por causa de una intriga urdida por la horrible Fredegonda, habia encerrado en un monasterio. Aunque Rigonta era hija de Chilperico, á quien Gregorio de Tours llama el Neron y el Heródes de su tiempo, habia heredado la fe y la piedad de su madre. Casada con Recaredo, su primer pensamiento y sus primeros cuidados fueron atraer á su jóven esposo á la fe de la Francia, al Catolicismo, y lo consiguió. Así fué que San Leandro, á quien Leovigildo habia dado el encargo de convertir á Recaredo á esta misma fe, no tuvo que hacer más que acabar su instruccion, ungirle con el santo crisma y hacerle entrar en el redil de la Iglesia. Pero Bado no sólo hizo de Recadero un católico, sino que, caminando por las gloriosas huellas de su ilustre abuela, Santa Clotilde, hizo tambien de él el apóstol de su pueblo y el fundador de la monarquía católica en España, como Clodoveo lo habia sido en Francia.

En efecto, apénas se hizo Recaredo católico, cuando comenzó por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer una ley, siempre bajo las inspiraciones de su esposa, de que ningun hereje pudiese ser admitido á servir en el ejército ni en los cargos públicos del Estado. Despues reunió en torno suyo á todos los obispos arrianos de sus dominios, y les habló con tanta sabiduría, con tanta fuerza y con tanta uncion, que ellos no vacilaron un instante en rendirse, más bien á sus razones que á su autoridad, y declararon que querian unirse á la verdadera Iglesia con los pueblos que habian extraviado. Él envió la noticia de su conversion á la provincia narbonense, que estaba tambien bajo su dominio, y los herejes, que los habia allí en gran número, no tardaron en seguir su ejemplo. Así fué que en ménos de un año todos los visigodos fueron convertidos á la fe católica. Los suevos, que habitaban la Galicia, habian sido convertidos ya por Chararico, su rey, pero tambien por la influencia de la Francia; porque sólo despues de haber obtenido la curacion de su hijo único de una enfermedad desesperada, por la aplicacion de las reliquias de San Martin de Tours, fué cuando Chararico le hizo erigir una iglesia, abolió el arrianismo en sus Estados y mandó por una ley que no se profesase otra fe que la del gran apóstol taumaturgo de la Gaula, y de este modo se hizo católica toda la parte occidental de la península ibérica. Así, pues, Recaredo, que habia reunido á su corona esta gran provincia, no tuvo que hacer más que animar á los católicos, que estaban abatidos por la persecucion que les habia hecho su padre, y reparar los daños que esta persecucion habia causado entre ellos. Por consiguiente, el reinado de Recaredo en España fué el fin de la herejía arriana, y un año le bastó para destruir en este país aquel error capital que habia dominado en él por espacio de dos siglos.

Para afirmar á todos los pueblos en la verdadera fe, reunió Recaredo en Toledo un Concilio de todos los obispos de la Península, en número de sesenta y cuatro, al que quiso asistir él mismo con todos los representantes de la nacion, y con su esposa, que era el gran motor y el alma de aquel gran pensamiento. Él remitió á los Padres su profesion de fe acerca de la Santísima Trinidad, firmada por él y por la Reina, rogándoles que la examinasen bien, y que, en el caso de que la encontrasen ortodoxa, la hiciesen leer en público. Despues de esto, dirigió el santo Rey al Concilio una tierna alocucion, en la que, entre otras cosas, decia: «Desde el primer

instante de mi reinado he procurado, y por la gracia de Dios he conseguido, atraer á todos mis súbditos á la unidad de la fe y de la Iglesia católica. Vosotros teneis aquí á toda la ilustre nacion de los godos, que áun cuando hasta ahora ha estado separada de la Iglesia universal por la malicia de sus doctores, vuelve hoy conmigo á ella de todo corazon. Vosotros teneis tambien aquí á la nacion tan numerosa de los suevos, que áun cuando fué extraviada por otros, ha sido atraida á la unidad de la verdad por nuestros cuidados. *Yo ofrezco á Dios todos estos pueblos, por vuestras manos, como un sacrificio agradable á Dios.* A vosotros corresponde instruirlos. Yo declaro que anatematizo á Arrio, su doctrina y sus cómplices. Yo recibo el Concilio de Nicea, el Concilio de Constantinopla contra Macedonio, el primer Concilio de Efeso contra Nestorio, y el Concilio de Calcedonia contra Eutiques y Dióscoro. Recibid, en consecuencia de esto, la declaracion de Nos y de nuestra nacion, escrita y firmada por nuestra mano, que acabo de entregaros, y guardadla entre los monumentos canónicos para que sea un testimonio, ante Dios y ante los hombres, de que estos pueblos, sobre los que tenemos, en nombre de Dios, el poder soberano, habiendo dejado su antiguo error, han recibido en la Iglesia el Espíritu Santo, por la uncion del santo crisma y la imposicion de las manos, confesando que este Espíritu consolador es igual en poder y una misma cosa con el Padre y el Hijo. Si en lo sucesivo quisiere alguno desdecirse de esta santa y verdadera fe, que Dios le castigue con el anatema de su cólera.»

Habiendo acabado de hablar el Rey, el presidente del Concilio exclamó: «¡Gloria á Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que se ha dignado dar la paz y la unidad á su santa Iglesia católica! ¡Gloria á nuestro Dios Jesucristo, que con el precio de su sangre ha reunido la Iglesia católica de todas las naciones, y ha llamado á una nacion tan ilustre á la unidad de la verdadera fe! Y ¿quién ha merecido de Dios una corona inmortal, una recompensa eterna, una gloria en el tiempo y en la eternidad, sino el Rey, verdaderamente católico, Recaredo? ¡Él ama verdaderamente á Dios! Él ha conquistado á la Iglesia nuevos pueblos, ha ejercido con ellos el ministerio de apóstol y ha merecido la recompensa de su apostolado! ¡Sea, pues, para siempre amado de Dios y de los hombres el que tan maravillosamente ha glorificado á Dios en la tierra!» Á estas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

palabras se levantó toda la asamblea, y exclamó, llena de júbilo: *¡Amen, Amen!*

Ved aquí, pues, la alianza perpétua entre España y la Iglesia, legalmente estipulada y solemnemente proclamada por los representantes legítimos de la una y de la otra. Habiendo constituido sus sesiones este Concilio, que fué el tercero de Toledo, hizo unos cánones tan importantes y tan preciosos para el Estado y para la Iglesia, que se hizo célebre para siempre en el mundo cristiano. Habiendo sido confirmados estos cánones por la suprema autoridad eclesiástica, los adoptó el Rey sin variar en ellos cosa alguna y los hizo publicar como leyes del reino. De este modo se constituyó la fe católica como la primera ley fundamental de la monarquía española, y esta grande y poderosa monarquía se estableció desde este momento sobre la base de la fe católica. De este modo se formó la nacionalidad española de los restos de diferentes pueblos, por el vínculo de la unidad de la verdadera fe, y la Providencia preparó desde entónces en esta nacion aquel pueblo misionero que debia llevar un dia la antorcha del Cristianismo á un nuevo mundo. De este modo se renovó en España el prodigio que se habia obrado en Francia un siglo ántes, de una nacion que se constituye en masa políticamente católica. De este modo, en fin, habiendo venido la herejía de Grecia á España, las formas de una constitucion católica vinieron de Francia; porque Rigonta, princesa de Francia, fué quien, con el auxilio de San Leandro, hizo de Recaredo el primer rey católico de España, y de la misma España la segunda de las naciones católicas, así como su gloriosa abuela, Santa Clotilde, con el auxilio de San Remigio, habia hecho de Clodoveo el primer rey cristiano de Francia, y de la Francia la primera de las naciones católicas, *la hija primogénita de la Iglesia*. Es necesario, pues, convenir en que ninguna mision de hombres ha sido más fecunda ni más grandiosa que la de estas dos mujeres.

No debemos salir de la península ibérica para ir á admirar á las santas reinas del resto de Europa, sin consagrar algunas palabras á Santa Isabel, reina de Portugal, que renovó en ese reino las maravillas que la gran reina del mismo nombre, su tia, habia obrado en Hungría. Desde su infancia se mostró ella tan retirada de todas las vanidades y las pompas del siglo, y tan inclinada á las obras

de la penitencia, de la devocion y de la caridad, que se la consideraba y se la veneraba como á una pequeña santa, y que únicamente al mérito de sus virtudes y de sus oraciones atribuia el rey de Aragon, su padre, el triunfo de sus armas contra los moros, la felicidad de todas sus empresas y la prosperidad de su reino (1). La fama de las altas cualidades de su espíritu y de su corazon, lo mismo que de su cuerpo, se habia divulgado tanto, que muchos príncipes se disputaron su mano, hasta que fué desposada con Dionisio, rey de Portugal. (*Ibid.*) Sobre el trono continuó ella sus ejercicios de piedad, sus penitencias y sus obras de caridad, que Dios confirmó muchas veces con brillantes prodigios (*Ibid*); añadiendo á esto los cuidados más asiduos en educar á sus hijos en el santo temor de Dios, y en contribuir al esplendor de la religion y á la felicidad de sus pueblos. Ella cubrió el suelo de Portugal de iglesias, de monasterios y de colegios; el célebre convento de Coimbra, lo mismo que los más grandes y los más útiles establecimientos del reino, le deben su orígen. Sus delicias consistian en adornar por sí misma los altares. Cuando daba limosna á los pobres, parecia que ella era la que debia estar agradecida, y no ellos, y apénas se atrevia á decirles que rezasen por ella un *Ave María*. La santa reina tenía tambien una destreza maravillosa para apaciguar las discordias de los reyes, y de este modo, como un verdadero ángel de paz, impidió ó hizo cesar las guerras ruinosas ó funestas á su pueblo, lo mismo que á los pueblos vecinos. Siendo de una constitucion débil, y que sus ayunos continuos habian debilitado más, jamas se permitia un momento de reposo cuando se trataba de socorrer á los desgraciados ó de conjurar las calamidades públicas del reino (2). Finalmente, habiendo sido un perfecto modelo de vírgenes en su juventud, de esposas y de madres durante su matrimonio, lo fué tambien de viudas despues de la muerte del Rey; porque habiendo tomado en el instante mismo el hábito de las religiosas de Santa Clara, y asistiendo vestida de él á los funerales de su esposo, abandonó la córte y fué á encerrarse en el convento de Coimbra. Mas al aban-

(1) «Rerum suarum, regnique felicitatem unius filiæ meritis referebat acceptam.» (*Brev. Rom.*, 8 Jul.)

(2) «In regum discordiis componendis admirabilis fuit; in privatis publicisque mortalium sublevandis calamitatibus indefessa.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donar las grandezas del mundo, no abandonó el pensamiento de socorrer á todos los necesitados. Por el contrario, de tal modo se dedicó á este noble ministerio de la mujer católica, que, ocupada totalmente por el cuidado de alimentar á los pobres, de proteger á las viudas, de defender á los pupilos y de consolar á todos los desgraciados, no parecia que vivia sino para Dios y para el bien de todos (1). No es, pues, extraño que fuese canonizada, apénas murió, instintivamente y con entusiasmo por sus pueblos agradecidos, ántes de serlo canónicamente por el papa Urbano VIII. Los pueblos cristianos han sabido siempre y en todas partes apreciar perfectamente y reconocer los servicios que las santas reinas les han hecho.

§ XXXIX. — La monarquía y la nacionalidad inglesa fueron tambien obra de una princesa de Francia, Santa Berta, hija de Chariberto, rey de París. — Ella fué quien convirtió al rey Etelberto, su esposo, y á la nacion inglesa al Cristianismo. — San Eduardo, rey tambien de Inglaterra, santificado por su madre y por su esposa, con la que vivió guardando la virginidad. — Felicidad y gloria de su reinado, debidas á su santa esposa.

La monarquía católica de Inglaterra fué fundada igualmente por el celo de una mujer, y esta mujer fué tambien una princesa de Francia. Esta fué Santa Adelberga, llamada tambien Berta, hija de Chariberto, rey de París y de Aquitania, y de Santa Ingomberga, á quien su indigno esposo habia repudiado para casarse con otras tres mujeres á un mismo tiempo, que fueron Teodechilda, hija de un pastor, y las dos hermanas Merofleda y Marcovefa, hijas de un cardador de lanas y criadas de su legítima esposa. No pudiendo la Iglesia consentir semejante escándalo, que convertia una córte cristiana en serrallo, y á un rey de Francia en sultan, Chariberto fué excomulgado por San German, obispo de París, y poco tiempo despues murió, habiendo durado sólo seis años su triste reinado. Aprovechándose Ingomberga de su desgracia, se retiró al momento del mundo con Berta, su hija única, de quien hizo una

(1) «Alendis pauperibus, protegendis viduis, defendendis pupillis, miseris omnibus juvandis intenta, non sibi, sed Deo, et mortalium omnium commodis vivebat.» (*Brev. Rom.*, 8 Jul.)

santa, despues de haberse santificado á sí misma, porque espiró como una verdadera santa en los brazos de San Gregorio de Tours, á quien habia mandado llamar para que la asistiese en sus últimos momentos. Santa Berta, su hija, fué pedida en matrimonio por Etelberto, rey de Kent, en la Gran Bretaña. Pero este príncipe era todavía idólatra, y Berta habia heredado la fe y la piedad de su santa madre; por consiguiente, no consintió en su matrimonio sino con la condicion de que se le habia de dejar el libre ejercicio de la religion cristiana. Habiendo sido aceptada esta condicion, Santa Berta llevó consigo á Inglaterra, en cualidad de su limosnero, á San Letardo, obispo de Senlis; «y ella fué, dice M. Rohrbacher, quien contribuyó más á la conversion del Rey, su esposo, y á la de toda la nacion inglesa.» (Lib. XLVI.) Pero Santa Berta no se contentó con haber hecho de su esposo un cristiano, sino que hizo de él un santo; porque Etelberto se halla en el número de los santos ingleses. Santa Berta se valió de San Letardo, como Santa Clotilde de San Remigio, y valiéndose de sus luces y del ascendiente que habia adquirido sobre el Rey, la santa Reina hizo tambien de su esposo el Clodoveo, el Recaredo de Inglaterra, el primer rey que hizo del catolicismo la ley fundamental de su Estado, y que reunió á todos sus súbditos en la unidad de la fe católica. Y ved aquí otro gran reino conquistado á la Iglesia por un nuevo San Remigio y por una nueva Santa Clotilde. Por lo demas, este fenómeno histórico se reproduce con mucha frecuencia en la historia de la Iglesia, porque en ella vemos que todas las grandes conversiones de un rey ó de un pueblo han sido hechas por un obispo cuando una mujer ha preparado el terreno y ha suministrado los medios; es decir, con la ayuda y la cooperacion de una mujer.

La Inglaterra se acuerda tambien con un justo orgullo de su rey San Eduardo, llamado *el Salvador*, porque salvó á aquel país de los dinamarqueses, que lo asolaban. Pero este gran príncipe y gran santo á la vez fué educado en las virtudes y en las obras de su rango por Santa Pomma, su madre, y por Santa Edita, su esposa. Con la más tierna piedad le habia inspirado su santa madre un horror tal al pecado, y un amor tan grande á la inocencia del alma y á la castidad del cuerpo, que obligado á dejar la Inglaterra á la edad de diez años y á refugiarse en la córte de su tio el duque de Normandía, el jóven Eduardo supo conservar allí la piedad de un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donar las grandezas del mundo, no abandonó el pensamiento de socorrer á todos los necesitados. Por el contrario, de tal modo se dedicó á este noble ministerio de la mujer católica, que, ocupada totalmente por el cuidado de alimentar á los pobres, de proteger á las viudas, de defender á los pupilos y de consolar á todos los desgraciados, no parecia que vivia sino para Dios y para el bien de todos (1). No es, pues, extraño que fuese canonizada, apénas murió, instintivamente y con entusiasmo por sus pueblos agradecidos, ántes de serlo canónicamente por el papa Urbano VIII. Los pueblos cristianos han sabido siempre y en todas partes apreciar perfectamente y reconocer los servicios que las santas reinas les han hecho.

§ XXXIX. — La monarquía y la nacionalidad inglesa fueron tambien obra de una princesa de Francia, Santa Berta, hija de Chariberto, rey de París. — Ella fué quien convirtió al rey Etelberto, su esposo, y á la nacion inglesa al Cristianismo. — San Eduardo, rey tambien de Inglaterra, santificado por su madre y por su esposa, con la que vivió guardando la virginidad. — Felicidad y gloria de su reinado, debidas á su santa esposa.

La monarquía católica de Inglaterra fué fundada igualmente por el celo de una mujer, y esta mujer fué tambien una princesa de Francia. Esta fué Santa Adelberga, llamada tambien Berta, hija de Chariberto, rey de París y de Aquitania, y de Santa Ingomberga, á quien su indigno esposo habia repudiado para casarse con otras tres mujeres á un mismo tiempo, que fueron Teodechilda, hija de un pastor, y las dos hermanas Merofleda y Marcovefa, hijas de un cardador de lanas y criadas de su legítima esposa. No pudiendo la Iglesia consentir semejante escándalo, que convertia una córte cristiana en serrallo, y á un rey de Francia en sultan, Chariberto fué excomulgado por San German, obispo de París, y poco tiempo despues murió, habiendo durado sólo seis años su triste reinado. Aprovechándose Ingomberga de su desgracia, se retiró al momento del mundo con Berta, su hija única, de quien hizo una

(1) «Alendis pauperibus, protegendis viduis, defendendis pupillis, miseris omnibus juvandis intenta, non sibi, sed Deo, et mortalium omnium commodis vivebat.» (*Brev. Rom.*, 8 Jul.)

santa, despues de haberse santificado á sí misma, porque espiró como una verdadera santa en los brazos de San Gregorio de Tours, á quien habia mandado llamar para que la asistiese en sus últimos momentos. Santa Berta, su hija, fué pedida en matrimonio por Etelberto, rey de Kent, en la Gran Bretaña. Pero este príncipe era todavía idólatra, y Berta habia heredado la fe y la piedad de su santa madre; por consiguiente, no consintió en su matrimonio sino con la condicion de que se le habia de dejar el libre ejercicio de la religion cristiana. Habiendo sido aceptada esta condicion, Santa Berta llevó consigo á Inglaterra, en cualidad de su limosnero, á San Letardo, obispo de Senlis; «y ella fué, dice M. Rohrbacher, quien contribuyó más á la conversion del Rey, su esposo, y á la de toda la nacion inglesa.» (Lib. XLVI.) Pero Santa Berta no se contentó con haber hecho de su esposo un cristiano, sino que hizo de él un santo; porque Etelberto se halla en el número de los santos ingleses. Santa Berta se valió de San Letardo, como Santa Clotilde de San Remigio, y valiéndose de sus luces y del ascendiente que habia adquirido sobre el Rey, la santa Reina hizo tambien de su esposo el Clodoveo, el Recaredo de Inglaterra, el primer rey que hizo del catolicismo la ley fundamental de su Estado, y que reunió á todos sus súbditos en la unidad de la fe católica. Y ved aquí otro gran reino conquistado á la Iglesia por un nuevo San Remigio y por una nueva Santa Clotilde. Por lo demas, este fenómeno histórico se reproduce con mucha frecuencia en la historia de la Iglesia, porque en ella vemos que todas las grandes conversiones de un rey ó de un pueblo han sido hechas por un obispo cuando una mujer ha preparado el terreno y ha suministrado los medios; es decir, con la ayuda y la cooperacion de una mujer.

La Inglaterra se acuerda tambien con un justo orgullo de su rey San Eduardo, llamado *el Salvador*, porque salvó á aquel país de los dinamarqueses, que lo asolaban. Pero este gran príncipe y gran santo á la vez fué educado en las virtudes y en las obras de su rango por Santa Pomma, su madre, y por Santa Edita, su esposa. Con la más tierna piedad le habia inspirado su santa madre un horror tal al pecado, y un amor tan grande á la inocencia del alma y á la castidad del cuerpo, que obligado á dejar la Inglaterra á la edad de diez años y á refugiarse en la córte de su tio el duque de Normandía, el jóven Eduardo supo conservar allí la piedad de un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

santo y la pureza de un ángel, en medio de la mayor corrupcion, y hacerse el objeto de la estimacion y de la admiracion de todo el mundo. (*Brev. Rom.*) Él debió á esta misma educacion su profunda y tierna piedad para con Dios, su respeto y su amor á los hombres, su alejamiento de toda ambicion de reinar, y aquel espíritu de mansedumbre que le hacía decir: «Yo renuncio á mi reino si he de tener qué reconquistarlo con el precio de la sangre humana» (1). Finalmente, Santa Pomma le habia dado una idea tan elevada del mérito de la santa virginidad, que habiéndose visto obligado á casarse por los grandes de su córte, segun la opinion de todos los historiadores, permaneció siempre vírgen en el matrimonio, al lado de su vírgen esposa (2). Sin embargo, este rey vírgen, dirigido y sostenido por los consejos y los ejemplos de una esposa vírgen, hizo célebre su reinado, no ménos por sus grandes hazañas, que por sus sublimes virtudes. Llamado á Inglaterra por el voto universal, despues de la muerte de los tiranos que la asolaban, y acogido con las más vivas aclamaciones de su pueblo, restableció su trono, y excedió con mucho las esperanzas que la fama de sus virtudes le habia hecho concebir de él. En poco tiempo hizo desaparecer de sus dominios todo vestigio de las discordias civiles, de los odios y de los males de toda especie que la guerra y una larga dominacion extranjera habian acumulado en ellos. Ningun rey terminó más felizmente las guerras que tuvo que sostener con los extranjeros por la independencia de su corona y la seguridad de sus Estados. Nada igualaba á su celo para reedificar los templos del Señor y edificar otros nuevos, para llamar al clero á sus deberes, para restablecer las costumbres públicas relajadas y la religion menospreciada. San Eduardo realzaba su alta piedad con las profusiones de su caridad. Él no estaba nunca más alegre que cuando habia dado mucho de su tesoro Real para el alivio de los pobres, y nada le lisonjeaba tanto como el título de *padre de los huérfanos y de los pobres*, que le daban. (*Brev. Rom.*) Mas este hombre, tan piadoso y tan caritativo fué al mismo tiempo un gran político y un gran rey, dedicado al cumplimiento del gran deber de un rey cristiano, de sacrificarlo todo á la felicidad de su pueblo. Él hizo una recopilacion de las mejores leyes publicadas por sus antecesores, y mandó que fuesen observadas por todos sus súbditos, *sin excepcion*, lo que les hizo dar el nombre de *leyes comunes*. Así, pues, el principio de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, que forma la base de la Constitucion inglesa, es muy antiguo en los pueblos cristianos; y ocho siglos ántes que los hombres políticos de la revolucion de Francia lo hubiesen hecho el objeto de sus declamaciones, habia sido concebido y proclamado por un rey santo en Inglaterra, y habia sido tambien establecido allí por este mismo rey, que ha permanecido firme al traves de los estragos del tiempo y de las revoluciones. Ved aquí la hermosa pintura que Feller hace de este gran rey: «Entónces se vió, dice, lo que puede un rey que es verdaderamente el padre de sus súbditos. Todos los que se acercaban á su persona procuraban arreglar su propia conducta á la suya. No se conocia en su córte la ambicion ni el amor á las riquezas, ni ninguna de esas pasiones que desgraciadamente son tan comunes entre los cortesanos, y que preparan poco á poco la ruina de los Estados. Eduardo parecia ocuparse únicamente del cuidado de hacer felices á sus pueblos; él disminuyó las cargas de los impuestos y procuró por todos los medios posibles hacer que nadie sufriese. Como él no tenía ninguna pasion que satisfacer, todas sus rentas las empleaba en recompensar á los que le servian con fidelidad, en socorrer á los pobres y en dotar las iglesias. Pero los diversos establecimientos que él fundó no fueron jamas una carga para el pueblo. Las rentas de sus propiedades le bastaban para todas las buenas obras que emprendia. Creyendo los grandes del reino que habia agotado todas sus rentas con sus limosnas, impusieron una suma considerable á sus vasallos sin darle aviso, y se la presentaron como un dón que le hacian sus pueblos para la manutencion de las tropas y para las demas atenciones públicas. Eduardo dió gracias á sus súbditos por su buena voluntad, y mandó que se devolviese aquel dinero á los que habian contribuido á componer aquella suma.» (Art. *San Eduardo.*) No se puede decir cosa más honrosa para un rey; no pueden pintarse mejor las bellezas de la santidad sobre

(1) «Fuit ingenio mitissimo, et ab omni dominandi cupiditate alieno. Cujus ea vox fertur. Male se regno carere, quod sine cæde et sanguine obtineri non posse.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Ab aulæ proceribus compulsum ad nuptias, constans est assertio scriptorum: virginitatem cum virgine sponsa, in matrimonio servasse.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el trono. Pero ¡qué gloria tambien para las dos mujeres que supieron formar tan gran santo y tan gran rey! (1).

§ XL.—La monarquía y la nacionalidad de Escocia constituidas tambien por la influencia de una mujer.—Santa Margarita; sus cualidades sublimes; su matrimonio con Malcolm, rey de Escocia; ella hizo de él un santo.—Su modo de educar á sus hijos y de gobernar sus pueblos.—Su celo por la propagacion de la fe y de las ciencias.—Su admirable caridad.—Lo que le debe la Escocia.—Otras santas reinas, proporcionando las mismas ventajas á Dinamarca, á Noruega y á Escocia.

La Escocia tuvo tambien su Santa Clotilde en la persona de Santa Margarita, princesa de Inglaterra y sobrina de San Eduardo el Confesor. Obligada á huir de Inglaterra para librarse del furor de *Guillermo el Conquistador*, que habia usurpado el reino, quiso refugiarse en Francia, en compañía del príncipe Edgardo, su hermano, heredero legítimo del trono. Pero habiendo acometido una violenta tempestad á la embarcion en que iban, fueron arrojados á las costas de Escocia. La Providencia habia dispuesto esta desgracia para cumplir grandes designios de misericordia en Escocia por el ministerio de una mujer. El rey de aquel país era entónces Malcolm III, príncipe semibárbaro, que habiendo sido tambien arrojado de su reino por el tirano Macbeth, habia sido restablecido en él por San Eduardo y su ejército. Pero habia ciertos sentimientos de honradez en aquel bárbaro. Cuando vió llegar á sus estados aquellos dos ilustres emigrados, tuvo una gran satisfaccion en hospedarlos en su palacio con la más tierna efusion y con los más grandes honores. Quiso satisfacer la deuda de reconocimiento que habia contraido con San Eduardo, tratando así á sus sobrinos, que habian caido en la desgracia en que él mismo se habia encontrado. Hizo todavía más.

(1) Inglaterra se envanece tambien de otra santa princesa. Santa Edita, hija del rey Eduardo, que renunció á la corona que le pertenecia para consagrarse á la virginidad, para ser la madre de una multitud de santas vírgenes en los monasterios que fundó, y para servir á la Iglesia con sus riquezas, con su influencia y con su crédito. Á esta sublime mujer llamaba el obispo San Dunstan la perla celestial y la estrella de Inglaterra. Esta noble vírgen fué la que educó á Santa Osita, reina tambien de Inglaterra, y que conservó la virginidad en el matrimonio.

Habiendo sabido Guillermo que aquellas augustas víctimas de su brutalidad se hallaban en la córte de Malcolm, se las exgió, con la amenaza de hacerle la guerra en el caso de que se negase á mandárselas. «¡Yo acepto la guerra, le respondió Malcolm, ántes que hacerme culpable de una traicion tan negra con los parientes de mi bienhechor!» Dios le recompensó largamente por este acto de generosidad. En la guerra que se emprendió, Malcolm salió siempre victorioso de su innoble enemigo, y le obligó á pedirle la paz. Despues de la guerra tuvo él la dicha más grande que Dios puede conceder á un hombre en el órden temporal; la de casarse con una santa mujer, que hizo de él al mismo tiempo un gran santo y un gran rey.

Apénas Margarita puso los piés en la córte de Escocia, cuando se concilió la estimacion y la admiracion de todos. Siendo un prodigio de belleza, lo era todavía más por el desprecio de las cosas mundanas, por la sencillez de sus vestidos, por la modestia angelical de sus miradas, por la dulzura de sus modales, por la severidad de sus costumbres, por el fervor de su piedad, por la elevacion de su espíritu y por la bondad de su corazon. Toda su ambicion se cifraba en hacerse agradable al Rey de los reyes; toda su satisfaccion consistia en los encantos del amor divino, en la meditacion y en la oracion; todas sus acciones consistian en proveer á las necesidades de los pobres, en servirles y en consolarles. Jamas se habia visto una virtud más grande asociada á una belleza tan extraordinaria. Movido el Rey por tantas cualidades, que tan pocas veces se encuentran reunidas en sér terreno, concibió la más alta estimacion y el más tierno afecto hácia Margarita. Quiso hacerla su esposa; pero viendo su alejamiento de las grandezas del mundo, no osaba prometerse una felicidad tan grande. Él habló de esto á la madre de la santa princesa, y por mandato de ella consintió Margarita en casarse con Malcolm, siendo coronada Reina de Escocia en 1070, á los veinticuatro años de edad. (*Brev. Rom.*)

Dios le habia concedido el dón de profecía y de milagros; pero sus obras, nos dice Thyerri, su biógrafo, eran más admirables que sus milagros. Ninguna religiosa en la soledad de su convento fué más fervorosa que Santa Margarita en el trono. Como ella no gastaba ningun tiempo en las diversiones mundanas, le quedaba mucho para sus ejercicios de piedad. En Cuaresma y en Adviento se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

levantaba á media noche, iba á la iglesia y asistia á maitines. De vuelta á su aposento, reposaba una hora ó dos. Cuando se levantaba volvia á la capilla, donde oia muchas misas rezadas, ademas de la misa mayor, á la que jamas faltaba. Cuando oraba en su gabinete, nos dice su historiador, lo hacía con tanto fervor y tanta emocion, que se la encontraba con frecuencia bañada en lágrimas. «Ella poseia, prosigue Thyerri, el espíritu de compuncion en un grado eminente. Cuando me hablaba de las dulzuras inefables de la vida eterna, sus palabras iban acompañadas de una gracia maravillosa, y su fervor era tan grande, que no podia detener las lágrimas que corrian de sus ojos. Ella me instaba á que le advirtiese todo lo que habia de reprensible en sus palabras y en sus acciones, y me daba frecuentes quejas porque, á su modo de ver, la trataba con mucha consideracion. Su espíritu de penitencia era tan grande como su espíritu de humildad y de piedad.» Ella dormia generalmente en el suelo. Puede decirse que su vida era un ayuno continuado, porque no comia más que lo muy necesario para no morir. No parecia que comia, sino sólo que gustaba los manjares que le presentaban. (*Brev. Rom.*)

Malcolm era cristiano, y reunia una gran solidez de entendimiento á una gran rectitud de corazon. Pero sus costumbres nada tenian de cultas, su carácter nada tenía de afable, su fe nada tenía de fervorosa, y su religion nada tenía de ilustrada. Pues bien, la primera obra de Santa Margarita fué corregir todos estos defectos de su regio esposo. Habiéndose hecho bien pronto dueño de su espíritu y de su corazon por su conducta, en la que el afecto y el cariño no se separaban jamas del respeto, consigió en poco tiempo dulcificar su carácter, suavizar sus costumbres, é inspirarle el más grande amor á la observancia de las leyes del Evangellio, el fervor más grande por las prácticas de la piedad, el mayor celo por la religion y el cuidado más asiduo en procurar la felicidad de sus pueblos. (*Brev. Rom.*) En medio de la córte poseia el espíritu de compuncion de un anacoreta. Al mismo tiempo, excitado siempre por la Reina, el santo Rey (porque se cuenta entre los santos en el calendario de Escocia) no encontraba placer sino en el ejercicio de la justicia y de la misericordia, y en la práctica de todos los deberes de un soberano y de todas las virtudes de un santo. Persuadido de que su esposa poseia en su corazon el verdadero espíritu de Jesucristo, la honraba como

á una cosa celestial y divina, y no dejaba jamas de seguir sus consejos ni de tomar parte en sus buenas obras.

Dichosa en haber convertido así á su esposo, no lo fué ménos en la educacion de los ocho hijos, seis varones y dos hembras, que tuvo de su matrimonio. Siempre cuidadosa de prevenirlos á tiempo contra los escollos de la córte, donde la piedad y la inocencia de los jóvenes príncipes está tan expuesta á fracasar, no cesaba jamas de hacerles conocer la vanidad de las cosas de la tierra y el valor de los bienes del cielo, el horror del vicio y los encantos de la virtud, inspirándoles al mismo tiempo el amor de Dios y el temor de sus juicios. Descansando el Rey completamente en la sabiduría ilustrada de su santa esposa con respecto á la instruccion de sus hijos, ella era quien elegia sus maestros. Éstos eran todos personajes graves, sumamente religiosos y á propósito para edificarlos con sus ejemplos, al mismo tiempo que les daban lecciones de ciencia y de literatura; ella velaba tambien sobre los estudios de sus hijos, haciendo con frecuencia que le diesen cuenta de sus progresos. Nada igualaba á su vigilancia para la conservacion de su inocencia. Nada de mundano ni de superficial se presentó jamas ante los jóvenes príncipes, y mucho ménos ante las princesas. Cuando éstas tuvieron edad suficiente para poder imitar sus ejemplos, las asoció á todas sus prácticas religiosas y á todas sus obras de caridad. No es, pues, extraño que aquellas venturosas hijas fuesen grandes princesas, grandes cristianas, y áun grandes santas. (*Brev. Rom.*) De los seis príncipes, Edgardo, Alejandro y David obtuvieron sucesivamente la corona de su padre, y se distinguieron por su valor, por su sabiduría y por su piedad. David se elevó más que sus dos hermanos, y se le considera, con justa razon, como el más bello ornato del trono de Escocia. La menor de las princesas fué María, que habiéndose casado con Eustaquio, Conde de Boloña, hizo la felicidad de su esposo y de sus vasallos; la mayor de ellas fué Santa Matilde, la primera esposa de Enrique I, rey de Inglaterra, que renovó en aquel país los prodigios de caridad que ilustraron el reinado de su madre en Escocia; ella fundó los grandes hospitales *del Cristo* y *de San Giles*, de Lóndres, y perpetuó allí la sucesion de santidad de sus piadosos abuelos.

Ademas de ser Santa Margarita una excelente esposa y una madre santa, fué tambien una gran reina. Al principio reinaba Mal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

colm, como se ha dicho, por los consejos de su santa esposa; pero habiendo conocido el sabio Rey que la grandeza del genio de su esposa no cedia á sus eminentes virtudes, le confirió toda su autoridad, y desde entónces reinó Margarita bajo el nombre de su esposo.

Sabiendo ella que la felicidad de los pueblos es inseparable de la profesion y de las prácticas de la verdadera religion, procuró ante todo combatir lo que restaba del paganismo en Escocia, y desterrar la ignorancia en que estaba la mayor parte de sus súbditos cristianos con respecto á la fe y á sus principales deberes. Ella estableció en todas partes obispos santos y predicadores celosos. Ella apoyaba con toda su autoridad á los magistrados que eran fieles á su mision de reprimir los crímenes, de combatir el desórden y de desarraigarlos abusos. De este modo consiguió destruir la supersticion, la simonía, la usura, los matrimonios incestuosos, el libertinaje, la profanacion del domingo y toda especie de escándalos, en toda la extension de su reino, y tuvo el gozo de ver que la religion recobró sus derechos, que las leyes de la Iglesia relativas á las festividades, á la abstinencia y á los sacramentos fueron estrictamente observadas, y que los pueblos se apresuraron á dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios en los dias consagrados especialmente á su culto.

Habiendo resuelto al mismo tiempo civilizar la nacion, hizo que fuesen de Francia y de Alemania hombres sabios que enseñasen toda especie de ciencias y toda clase de literatura; concedió su proteccion á los que sobresalian en estos conocimientos; fundó por todas partes escuelas y establecimientos públicos, que Malcolm aprobó, asegurando su estabilidad con ricas donaciones y con leyes llenas de sabiduría.

Santa Margarita miraba el reino de Escocia como una gran familia, de la que ella era la madre; por consiguiente, sólo para hacerla feliz se valió de la ventajosa posicion en que la Providencia la habia colocado, y de la autoridad que el Rey le habia confiado. Los extranjeros que visitaban entónces la Escocia, atraidos por la fama de la prodigiosa mujer que la gobernaba, no acababan de admirarse al ver en esta princesa tanta prudencia y tanta sabiduría en sus consejos, tanta destreza en la administracion de los negocios públicos, tanto ardor en aprovechar todas las ocasiones de hacer bien, y

tanto celo en el cumplimiento de los grandes deberes de la soberanía. Desde Santa Pulqueria no se habian visto jamas en ningun soberano tantas cualidades sublimes unidas á tantas virtudes. Por este medio consiguió Santa Margarita suavizar las feroces costumbres de sus pueblos, ilustrar su espíritu, hacerlos más á propósito para la práctica de las virtudes del Evangelio, y hacer de la nacion escocesa aquella noble nacion otras veces tan admirada por su piedad, por su sabiduría y por sus costumbres, tanto como por su lealtad y por su valor.

La causa de esto era que Santa Margarita recibia su sabiduría de los principios de la fe cristiana, y su fuerza de la gracia de los sacramentos, y procuraba el auxilio celestial por el recogimiento que sabía conservar en el tumulto de los negocios y por el ejercicio contínuo de la oracion, para la que sabía proporcionarse el tiempo necesario en medio de sus grandes ocupaciones; así es que sólo se veia en ella el perfecto modelo de un alma cristiana enteramente muerta á sí misma, y viviendo sólo de la satisfaccion de consagrarse á la felicidad de los demas.

De este modo, siendo Reina de un gran pueblo, era particularmente madre de los pobres. Sus rentas no bastaban á sus grandes limosnas; ella daba áun lo que estaba destinado á sus propias necesidades. Jamas despedia ella á los que imploraban su socorro, sin haberlos favorecido y consolado. Ella no oia las peticiones de los pobres, sino que las prevenia. Cuando habia reunido cierta cantidad de dinero, hacía buscar á las familias arruinadas, para remediarlas; á los deudores insolventes, para pagar sus deudas, y á los prisioneros de guerra, para rescatarlos; prefiriendo entre todos ellos los que habian caido en manos de señores duros é intratables.

La santa Reina visitaba tambien con frecuencia los hospitales que ella habia fundado ó restaurado, y los enfermos no podian dejar de admirar su humildad y su ternura para con ellos.

Cuando salia en público, su séquito se reducia á una multitud de viudas, de huérfanos y de desgraciados de toda especie, que vivian de sus socorros y la querian como á su madre. (*Brev. Rom.*) Cuando regresaba á su palacio, sólo encontraba pobres en lugar de cortesanos, á los que lavaba los piés y servía por sí misma. Ella no se sentaba nunca á la mesa sino despues de haber dado de comer á nueve huérfanos y á veinticuatro pobres. Durante el Adviento y la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuaresma hacía que fuesen hasta trescientos. Entónces el santo Rey les asistia tambien. Él servía á los hombres y Margarita á las mujeres, y los dos les distribuian, con la rodilla en tierra, manjares semejantes á los que se habian preparado para su propia mesa.

«Finalmente, en el año de 1095, á los cuarenta y siete años de su edad y veintitres de su reinado, habiendo caido enferma Santa Margarita, dice su biógrafo, conoció por una luz superior que aquélla era su última enfermedad, y conoció tambien el momento de su muerte mucho ántes de que llegase. Ella dijo que queria hablarme particularmente, é hizo una confesion general de toda su vida, la que acompañó con torrentes de lágrimas. Su contricion era tan viva, que no pude yo mismo ménos de llorar con ella y de unir mis suspiros y mis sollozos á los suyos. Finalmente me dijo: «Adios; »porque yo desapareceré bien pronto de la tierra, y vos no tardaréis »en seguirme. Tengo dos gracias que pediros: la una es que os acor»deis de mi pobre alma en vuestras oraciones y vuestros sacrificios, »en tanto que Dios os conserve la vida; y la otra es que cuideis de »mis hijos, á fin de que sepan siempre temer y amar al Señor.»

La piadosa Reina vivió todavía seis meses. En todo este tiempo sufrió mucho, pero jamas se la oyó quejarse. El Rey se encontraba entónces empeñado en una guerra justa contra los ingleses, en el Northumberland, á pesar de cuanto le habia dicho Margarita para disuadirle. Esta fué la primera vez que Malcolm no escuchó á Margarita, y tuvo muy mal resultado; porque él fué muerto y su hijo Eduardo tambien. El dia en que sucedió esta catástrofe en Inglaterra, apareció Margarita en Escocia muy pensativa y muy triste, y dijo á los que la rodeaban: «Hoy ha sucedido á la Escocia una desgracia tal como no la ha sufrido mucho tiempo há.» Y cuando, volviendo del ejército su hijo Edgardo pocos dias despues, y temiendo aumentar su mal, quiso ocultarle la terrible noticia de lo que habia sucedido, la santa Reina dijo suspirando: «¡Ay! Ya sé lo que hay en el particular.» Y levantando los ojos al cielo, prosiguió: «Dios omnipotente, os doy gracias porque me habeis enviado una afliccion tan grande en los últimos momentos de mi vida; yo espero que, con vuestra misericordia, servirá para purificarme de mis pecados.» En seguida se hizo trasladar á su oratorio, donde recibió el Santo Viático. Cuando la volvieron á su habitacion, sintiéndose próxima á morir, pidió le trajesen una cruz que estaba en

mucha veneracion en Escocia. Ella la abrazó devotamente, y formó con ella muchas veces la señal del cristiano sobre su cuerpo; estrechándola despues entre sus manos y fijando en ella sus ojos, pidió á sus capellanes que le recitasen las oraciones de los agonizantes; ella recitó el salmo *Miserere*, y repitiendo muchas veces estas palabras: «Señor Jesus, que con vuestra muerte disteis la vida al mundo, libradme de todo mal», entregó su espíritu á Dios. Al terminar Mr. Rohrbacher este relato, que nosotros no hemos hecho más que resumir, dice: «No nos acordamos de haber visto, ni áun en los primeros siglos de la Iglesia, una vida más edificante que la de esta Reina de Escocia.» Pero podia haber añadido tambien que la historia de las monarquías y de los pueblos no presenta en parte alguna un soberano más grande ni más perfecto. Así, pues, á una mujer debe tambien la Escocia el reinado más feliz para sus pueblos, y la más pura y la más grande gloria de su monarquía. Lo mismo sucedió, y por el mismo medio, en Dinamarca, en Noruega y en Suecia.

De todos aquellos terribles hombres del Norte, que con los nombres de daneses y de normandos asolaron por espacio de un siglo la Europa cristiana, el más salvaje, el más feroz y el más sanguinario fué, sin contradiccion, Canuto, jefe de los daneses. Éste era un monstruo, que sólo se complacia en el estrago y en la sangre. Él tenía siempre en sus labios estas terribles palabras: «El que me presenta la cabeza de uno de mis enemigos, obtiene mi cariño más que si fuese mi hermano.» Mas despues de sus últimas guerras contra los ingleses, en las que se hizo dueño de ellos, al mismo tiempo que lo era de los daneses, se casó con Emma, viuda del rey de Inglaterra, Ethelred, cuya corona habia conquistado, y con este matrimonio se convirtió en otro hombre, cuya conversion es uno de los prodigios más extraordinarios que refiere la historia de la Edad Media. (Lindgard, *Antig.*) Su nueva esposa era una princesa de Francia; era la hija del famoso Ricardo, duque de Normandía, con quien su primer marido, el rey Ethelred, se habia desposado cuando, arrojado de Inglaterra, se refugió en Francia. Esta ilustre matrona era una de las princesas más notables y más santas de su tiempo. Heredera de las virtudes, lo mismo que de la sangre de Clotilde, renovó sus prodigios para con Canuto, su nuevo esposo, de quien hizo un perfecto Clodoveo y un gran santo. Él habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sido bautizado en su infancia; pero habiendo perdido á su madre á los pocos años, habia sido criado en una ignorancia completa del Cristianismo; él no tenía de cristiano más que el nombre, que deshonraba con las costumbres más disolutas y más feroces. Pues bien, su santa esposa, con su sabiduría, su dulzura y su piedad, consiguió dominar y suavizar en poco tiempo la ferocidad de su carácter; le instruyó en la fe y en la ley cristiana, le inspiró el amor y la práctica de ella, é hizo de aquel lobo un cordero, de aquel criminal un santo, de aquel pirata cruel, de aquel jefe salvaje de hordas bárbaras, el rey más humilde, más justo, más humano y más compasivo, el perfecto modelo de un rey cristiano. Él no cesaba de deplorar la efusion de sangre y la miseria, que habian sido las consecuencias de su rapacidad y de la de su padre. En uno de sus diplomas se expresaba de este modo: «Como mis antepasados y mis padres han oprimido muchas veces á Inglaterra con extorsiones y con depredaciones crueles, y han derramado, lo confieso, la sangre inocente, todo mi cuidado ha sido, desde el principio de mi reinado, y lo será siempre en lo sucesivo, delante de Dios y delante de los hombres, el de satisfacer por mis pecados y los de mis padres, el de reparar, con la devocion que debo, el estado de toda la santa Iglesia, nuestra madre, y el de hacer que sean mis intercesores y mis favorecedores todos los santos de Dios.» (Rohrbacher, lib. LXIII.) Él no omitió medio alguno para reparar las injusticias que habia causado á los ingleses; él confirmó su constitucion y sus privilegios; él los trató con una perfecta igualdad con respecto á los daneses. Él se hizo tan avaro de la sangre y de la vida de los hombres, de que habia sido ántes tan pródigo, que en sus instrucciones á los magistrados de los dos reinos, al mismo tiempo que los exhortaba á reprimir el crímen, les aconsejaba tuviesen en consideracion la fragilidad humana y perdonasen siempre á los arrepentidos.

Despues de haber pacificado y consolado á Inglaterra, volvió á Dinamarca con un gran número de obispos y de misioneros, bajo la direccion de San Edelnoch, arzobispo de Cantorbery y legado del Papa, para instruir y civilizar á sus compatriotas. Allí fundó obispados, edificó iglesias, destruyó lo que restaba del paganismo y restauró y afirmó el Cristianismo, que estaba casi extinguido. Nada igualaba á su espíritu de penitencia, á su piedad y devocion

á la Santa Sede. Testigo de esto fué su peregrinacion á Roma, que quiso hacerla á pié, con un saco á la espalda y un báculo en la mano, para ir á implorar en el sepulcro de los apóstoles el perdon de sus pecados; y testigo tambien la admirable carta circular que dirigió desde Roma á los grandes dignatarios de sus dos reinos, en la que, como otro Recaredo, declaró á la religion católica ley fundamental de todos sus Estados, exhortándoles á rivalizar en celo por la propagacion y la práctica de esta religion. Así es que la Iglesia lo colocó en el número de los santos, Inglaterra lo mira como restaurador del reino y Dinamarca como su primer Rey, y el fundador de su monarquía y de su nacionalidad. Este es uno de los más brillantes ejemplos de la fuerza del Cristianismo para convertir los monstruos en hombres, y los hombres en santos, y del poder de la mujer fiel para santificar al hombre infiel.

La fría Escandinavia tuvo tambien en la misma época su primer rey santo: éste fué San Olaph ú Olaus. Éste, fanático idólatra, era el jefe salvaje de una horda de bandidos noruegos, que bajaron entónces á Francia en socorro de los normandos. Pero la gracia le esperaba en ese país clásico del proselitismo cristiano para convertirle al Cristianismo. Movido por el espectáculo de un gran pueblo, fuerte y dichoso á la sombra de las leyes del Evangelio, y por los ejemplos de santidad que vió en los obispos y en las mujeres cristianas, quiso hacerse tambien cristiano, y fué bautizado en Rouen. Habiendo sido proclamado Rey cuando regresó á Noruega, pidió y obtuvo de un príncipe del mismo nombre, de Olaus, rey de Suecia, la mano de su hija, porque era cristiana, y cristiana fervorosa. Esta alianza hizo la felicidad de los dos Reyes y de los dos países. Olaus, de Noruega, aconsejado y animado por su santa esposa, se hizo literalmente el misionero y el apóstol de su pueblo. Él pidió obispos y misioneros á San Uvan, arzobispo de Breme y legado de la Santa Sede, para la conversion de los pueblos del Norte. Él recorrió en persona, no sólo la Noruega, sino tambien las islas de Orkenay y de Islanda, que habia agregado á sus dominios, destruyendo los templos de los ídolos, desterrando á los adivinos é impostores, que habian inundado aquellas comarcas, y exhortando á sus súbditos á que abriesen los ojos á la luz del Evangelio, que les predicaban los misioneros que le seguian.

Olaus de Suecia, convertido tambien al Cristianismo por el ejem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plo de su propia hija, no fué ménos celoso que su yerno Olaus de Noruega para la propagacion de la misma religion. Él recibió con alegría á la colonia de misioneros católicos que, bajo la direccion de San Sigfrid, habian hecho ir de Inglaterra su hija y su yerno, y habian enviado á su padre para que le ayudase á cristianizar la Suecia. Con este poderoso auxilio hizo derribar el gran templo de los ídolos que habia en Ulpsal, y que era el gran foco de la supersticion y de la idolatría de toda la Gotia, y consiguió establecer el Cristianismo en todos sus estados. En el mismo tiempo, y por los mismos medios, la nacionalidad y la monarquía suecas fueron constituidas, como en Francia, en España, en Inglaterra y en el resto de Europa, sobre la unidad de la fe católica. Ved aquí, pues, otras dos nacionalidades y otras dos monarquías cristianas formadas de restos de pueblos bárbaros, y de jefes más bárbaros que sus mismos pueblos, por la accion de la Iglesia y la cooperacion de la mujer (1).

§ XLI.—Ojeada sobre las santas reinas de Alemania.—Santa Matilde.—Lo que le debió el emperador Enrique I, su esposo.—Cómo gobernaba ella el Estado en su ausencia.—Piedad de sus hijos.—Su vida de caridad, áun despues de la muerte de su esposo.—Su retiro á un convento.—Circunstancias edificantes de su preciosa muerte.—Santa Adelaida.—Su modo de gobernar el Imperio le hizo adquirir el título de *Madre de los reinos*.—Los ricos dones y la piadosa embajada que envió al sepulcro de San Martin.—Su santa muerte.

Pero descendamos á Alemania para contemplar de cerca al ménos algunas de las santas princesas que en la misma época brillaron allí, en tan gran número, con el dulce esplendor de las virtudes cristianas, y continuaron la mision de la mujer católica, que Santa Clotilde comenzó en Francia, de santificar los tronos, de cristianizar los estados y de hacer felices á los pueblos.

(1) Más tarde la Suecia fué tambien muy feliz bajo el reinado de Ulphon. Pero este santo Rey fué atraido á las prácticas de la verdadera piedad y de los deberes de su cargo por las exhortaciones enérgicas y los excelentes ejemplos de su esposa, Santa Brígida, tan célebre en la Iglesia por la grandeza de sus revelaciones y por el prodigio de su santidad. Con su cooperacion gobernó Ulphon santamente sus pueblos por largo tiempo; y habiendo tenido un heredero al trono, tambien por sus consejos hizo voto de continencia el mismo

El emperador Enrique I, llamado *el Pajarero*, á causa de su pasion por la caza, fué un gran rey. Feliz por haber vencido y sometido á todos los enemigos exteriores, lo fué todavía más por haber restablecido el órden y la paz en el interior del Imperio, y por haber hecho reinar la justicia y florecer la religion en él. Pero él debió estos resultados y las bendiciones que descendieron sobre su reinado á la sabiduría de los consejos de Santa Matilde, su esposa, á la santidad de sus inspiraciones y al fervor de sus oraciones. Instruida ella en la escuela de otra Santa Maltilde, su abuela, abadesa del monasterio de Erfut, habia aprendido desde su infancia á despreciar las grandezas del siglo y á constituir sus delicias en la lectura de los libros santos y en los ejercicios de la devocion y de la caridad. Pero la verdadera piedad es para todos, y especialmente para la mujer, una mina inagotable de luces, de buen sentido y de virtudes. La mujer verdaderamente piadosa es en todas partes lo que debe ser. Por consiguiente, Santa Matilde, que en el convento era una religiosa perfecta, casada con Enrique y colocada en uno de los tronos más grandes del mundo, desplegó todas las virtudes y todos los talentos de una gran reina. Empeñado el Emperador en contínuas guerras contra los enemigos del Imperio, y obligado á pelear contra los húngaros y los dinamarqueses, dejaba á su santa esposa la administracion interior del Estado; y los negocios públicos, sin embargo de ser dirigidos por una mujer, prosperaban de dia en dia; el Estado estaba tranquilo y los pueblos eran felices. Y cuando su esposo, volviendo de sus largas excursiones, se encargaba de nuevo del gobierno, lo encontraba todo en el mayor órden. Entónces dejaba la santa Reina las funciones de regente para tomar las de abogado de todos los desgraciados, de consejero de la justicia y ministro de la clemencia y del perdon. Los prisioneros eran el objeto especial de su compasion; ella no estaba nunca más satisfecha que cuando podia volverles la libertad y restituirlos á sus fa-

dia que su esposa; y en fin, renunció á la corona y vistió el hábito de religioso del órden del Cister, en tanto que Santa Brígida dejó tambien la córte y se retiró á un convento y fundó el órden *del Santo Salvador*, compuesto de religiosos y de religiosas, que hizo un gran bien en toda la Europa septentrional, y cuya principal casa, de Vaston, en la Gotia, fué conservada y respetada áun despues de la introduccion del protestantismo en Suecia. (Feller, Art. *S. Brig.*) Poco despues volverémos á tratar de Santa Brígida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plo de su propia hija, no fué ménos celoso que su yerno Olaus de Noruega para la propagacion de la misma religion. Él recibió con alegría á la colonia de misioneros católicos que, bajo la direccion de San Sigfrid, habian hecho ir de Inglaterra su hija y su yerno, y habian enviado á su padre para que le ayudase á cristianizar la Suecia. Con este poderoso auxilio hizo derribar el gran templo de los ídolos que habia en Ulpsal, y que era el gran foco de la supersticion y de la idolatría de toda la Gotia, y consiguió establecer el Cristianismo en todos sus estados. En el mismo tiempo, y por los mismos medios, la nacionalidad y la monarquía suecas fueron constituidas, como en Francia, en España, en Inglaterra y en el resto de Europa, sobre la unidad de la fe católica. Ved aquí, pues, otras dos nacionalidades y otras dos monarquías cristianas formadas de restos de pueblos bárbaros, y de jefes más bárbaros que sus mismos pueblos, por la accion de la Iglesia y la cooperacion de la mujer (1).

§ XLI.—Ojeada sobre las santas reinas de Alemania.—Santa Matilde.—Lo que le debió el emperador Enrique I, su esposo.—Cómo gobernaba ella el Estado en su ausencia.—Piedad de sus hijos.—Su vida de caridad, áun despues de la muerte de su esposo.—Su retiro á un convento.—Circunstancias edificantes de su preciosa muerte.—Santa Adelaida.—Su modo de gobernar el Imperio le hizo adquirir el título de *Madre de los reinos*.—Los ricos dones y la piadosa embajada que envió al sepulcro de San Martin.—Su santa muerte.

Pero descendamos á Alemania para contemplar de cerca al ménos algunas de las santas princesas que en la misma época brillaron allí, en tan gran número, con el dulce esplendor de las virtudes cristianas, y continuaron la mision de la mujer católica, que Santa Clotilde comenzó en Francia, de santificar los tronos, de cristianizar los estados y de hacer felices á los pueblos.

(1) Más tarde la Suecia fué tambien muy feliz bajo el reinado de Ulphon. Pero este santo Rey fué atraido á las prácticas de la verdadera piedad y de los deberes de su cargo por las exhortaciones enérgicas y los excelentes ejemplos de su esposa, Santa Brígida, tan célebre en la Iglesia por la grandeza de sus revelaciones y por el prodigio de su santidad. Con su cooperacion gobernó Ulphon santamente sus pueblos por largo tiempo; y habiendo tenido un heredero al trono, tambien por sus consejos hizo voto de continencia el mismo

El emperador Enrique I, llamado *el Pajarero*, á causa de su pasion por la caza, fué un gran rey. Feliz por haber vencido y sometido á todos los enemigos exteriores, lo fué todavía más por haber restablecido el órden y la paz en el interior del Imperio, y por haber hecho reinar la justicia y florecer la religion en él. Pero él debió estos resultados y las bendiciones que descendieron sobre su reinado á la sabiduría de los consejos de Santa Matilde, su esposa, á la santidad de sus inspiraciones y al fervor de sus oraciones. Instruida ella en la escuela de otra Santa Maltilde, su abuela, abadesa del monasterio de Erfut, habia aprendido desde su infancia á despreciar las grandezas del siglo y á constituir sus delicias en la lectura de los libros santos y en los ejercicios de la devocion y de la caridad. Pero la verdadera piedad es para todos, y especialmente para la mujer, una mina inagotable de luces, de buen sentido y de virtudes. La mujer verdaderamente piadosa es en todas partes lo que debe ser. Por consiguiente, Santa Matilde, que en el convento era una religiosa perfecta, casada con Enrique y colocada en uno de los tronos más grandes del mundo, desplegó todas las virtudes y todos los talentos de una gran reina. Empeñado el Emperador en contínuas guerras contra los enemigos del Imperio, y obligado á pelear contra los húngaros y los dinamarqueses, dejaba á su santa esposa la administracion interior del Estado; y los negocios públicos, sin embargo de ser dirigidos por una mujer, prosperaban de dia en dia; el Estado estaba tranquilo y los pueblos eran felices. Y cuando su esposo, volviendo de sus largas excursiones, se encargaba de nuevo del gobierno, lo encontraba todo en el mayor órden. Entónces dejaba la santa Reina las funciones de regente para tomar las de abogado de todos los desgraciados, de consejero de la justicia y ministro de la clemencia y del perdon. Los prisioneros eran el objeto especial de su compasion; ella no estaba nunca más satisfecha que cuando podia volverles la libertad y restituirlos á sus fa-

dia que su esposa; y en fin, renunció á la corona y vistió el hábito de religioso del órden del Cister, en tanto que Santa Brígida dejó tambien la córte y se retiró á un convento y fundó el órden *del Santo Salvador*, compuesto de religiosos y de religiosas, que hizo un gran bien en toda la Europa septentrional, y cuya principal casa, de Vaston, en la Gotia, fué conservada y respetada áun despues de la introduccion del protestantismo en Suecia. (Feller, Art. *S. Brig.*) Poco despues volverémos á tratar de Santa Brígida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

milias. Su esposo secundaba perfectamente sus pensamientos, creyéndose dichoso en tener á su lado un ángel que le ayudaba á hacer el bien y hacerse amar de sus pueblos. Cuando los derechos de la justicia y la seguridad del Estado se oponian á que se diese libertad á aquellos desgraciados, Santa Matilde aliviaba al ménos el rigor de su situacion, suministrándoles abundantes socorros, visitándolos ella misma y exhortándolos á que expiasen sus crímenes por medio del arrepentimiento, á fin de obtener el perdon de Dios, ya que no podian obtener el de los hombres. Sin quitar nada á la meditacion y á la oracion, que para Matilde reina no perdieron jamas los encantos que habian tenido en otro tiempo para Matilde religiosa, y á las que consagraba una gran parte de la noche, la santa princesa no creia envilecer su rango visitando al pobre enfermo en su lecho, al desgraciado en su humilde morada, consolando al uno y al otro, y socorriéndolos á todos con la generosidad de una reina y la ternura de una madre. Habiendo hecho, con esta clase de vida, la ventura de su esposo y de sus pueblos, hizo igualmente la de sus hijos. Éstos fueron el emperador Oton I, que renovó los ejemplos de piedad, de virtud y de valor de sus abuelos sobre el trono de Carlo-Magno; la reina Gerberga, que fué á la córte de Francia á perpetuar en ella la santidad de las princesas de aquel reino, y San Bruno, obispo de Mayenza, uno de los más ilustres prelados y de los más grandes apóstoles de Alemania.

Satisfecho por haber cogido tan buenos frutos de la educacion cristiana que habia dado á sus hijos, habiendo muerto el emperador Enrique, se retiró al gran monasterio de Northause, que ella habia fundado, tan célebre por el número y por la santidad de sus religiosas. En él se contaban hasta 3.000 vírgenes, de las más nobles familias de Alemania, que observaban una vida angelical, dividida entre la contemplacion de las grandezas de Dios y los cuidados en aliviar las miserias de los pobres.

En aquel monasterio fueron á verla por la última vez sus hijos y sus nietos para pedirle su última bendicion. Su despedida de ellos fué muy piadosa y muy tierna. No se separaron hasta despues de haber asistido á la misa y haber comulgado juntos, á fin de permanecer siempre unidos espiritualmente en Dios, en la unidad de la misma fe, de la misma esperanza y del mismo amor. Durante la ceremonia, el Emperador, siempre de rodillas, habia orado con un-

recogimiento profundo y con una gran devocion. Conmovida su santa madre por estas señales de piedad de su hijo, despues que él marchó volvió á la iglesia, y puesta de rodillas en el lugar donde él habia orado, se puso á besar, llorando, las huellas de aquel hijo, que le era tanto más amado cuanto más cristiano se habia mostrado. Habiéndolo sabido el Emperador, se apeó del caballo y fué á postrarse á los piés de su santa madre, diciéndole: «¡Oh venerable señora! ¿con qué podré yo pagar jamas esas lágrimas?» Y despues de un breve coloquio se abrazaron de nuevo con los sentimientos de una ternura mutua, mezclada de respeto, y se separaron para no volverse á ver más en esta carne mortal.

Desde aquel momento, presintiendo la santa Reina que su fin estaba cercano, no pensó más que en prepararse para el gran paso del tiempo á la eternidad. En efecto, habiendo caido enferma, mandó á los obispos, á las iglesias y á los pobres los bienes que le restaban. Ella hizo preparar la mortaja y todo cuanto era necesario para su sepultura; ella hizo llamar á los sacerdotes y á las religiosas, y habiendo acudido una gran multitud de personas deseosas de verla, mandó que dejasen entrar á todo el mundo, á fin de dar consejos saludables á todo el mundo, y que todo el mundo, en aquel momento supremo, asistiese á sus oraciones. Ella se confesó y pidió públicamente á Dios perdon de sus pecados. Ella asistió á la misa que se celebró por su alma; y habiendo recibido el Santo Viático y la Extrema-Uncion, hizo que la acostasen en el suelo sobre un cilicio, y se puso ella misma la ceniza en la cabeza, diciendo: «El cristiano no muere mejor que sobre la ceniza y el cilicio.» Habiendo hecho despues la señal de la cruz sobre su frente, sobre sus labios y sobre su corazon, se durmió tranquilamente con la muerte preciosa de los justos. Así era como aquellas grandes almas, aquellos prodigios de la fe y de la gracia se iban al cielo, dejando en pos de sí huellas luminosas de verdadera grandeza y de verdadera gloria en la tierra.

La gran emperatriz de Alemania, Santa Adelaida, hija del Rey de Borgoña y nieta de Santa Matilde, caminó por la misma senda, áun cuando Dios probó su virtud con grandes desgracias. Habiendo quedado viuda á los dos años de matrimonio, se retiró del mundo, y no tuvo otro pensamiento que el de instruir en la verdadera piedad á su hija única, Emma, que fué despues esposa de Lotario, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una de las más grandes reinas de Francia. Este cambio de santas princesas entre las córtes cristianas de Europa, que fué uno de los más singulares fenómenos de aquella época, no contribuyó poco á afirmar el Cristianismo y á civilizar á los reyes y los pueblos. Casada en segundas nupcias con el hijo de Santa Matilde, el emperador Oton I, que la habia sacado de su prision, usó de su nueva grandeza únicamente en beneficio de las iglesias, de los pobres y de los oprimidos. Á la muerte de su esposo y de su hijo único, el emperador Oton II, fué llamada á la regencia del Imperio, y todos tuvieron motivo para felicitarse de esta eleccion. Á la cabeza de un gran Estado, se hizo admirar y respetar, más bien por su sabiduría, por su bondad y por su dulzura, que por la elevacion de su rango y por la grandeza de su poder. Su celo por el bien público, y su amor al pueblo, la hizo llamar la *Madre de los reinos*. Su reinado se considera en Alemania como uno de los reinados más brillantes y más felices.

Modesta en sus vestidos, y tan severa consigo misma como indulgente con los demas, empleaba en la manutencion del culto y en socorro de los pobres todo lo que sustraia al lujo y á la molicie. De este modo, sin valerse de los fondos públicos, pudo fundar un gran número de iglesias y de establecimientos de caridad en Alemania y en Francia; porque, aunque colocada en un trono extranjero, jamas se olvidó de su patria. Habiendo sabido que se iba á reedificar el monasterio de San Martin, de Tours, que habia sido quemado, quiso contribuir á aquella restauracion piadosa, y con una gran cantidad de dinero envió una parte del rico manto imperial de su hijo, encargando al portador que dijese de su parte á San Martin: «Obispo de Dios, recibid esos pequeños dones que os ofrece Adelaida, la sierva de los siervos de Dios, pecadora por su naturaleza, pero emperatriz por la gracia de Dios; recibid esa parte del manto de mi hijo Oton, vos, que dividisteis vuestro manto para vestir á Jesucristo en la persona de un pobre.»

Habiendo conocido por una luz divina que se acercaba su fin, quiso hacer algunas peregrinaciones á los santuarios de Borgoña. San Odilon, abate de Cluny, salió á su encuentro. Habiéndole visto la santa princesa, besó respetuosamente la orla de su vestido, y le dijo llorando: «Acordaos de mi alma en vuestras oraciones, porque ya no nos veremos más en la tierra.» La profecía no tardó en

cumplirse. Queriendo celebrar algunos dias despues, segun su costumbre, el aniversario de la muerte de su hijo Oton, reunió una gran multitud de pobres y les distribuyó una gran limosna, postrándose á los piés de cada uno de ellos, para adorar á Jesucristo en sus personas. Como ella sufria ya mucho, esta fatiga aumentó su enfermedad y la redujo al extremo. Sintiendo que el mal se agravaba, pidió la Extrema-Uncion y la Eucaristía, que recibió con la más tierna devocion y con la mayor alegría. Ella hizo en seguida que le cantasen los salmos penitenciales y las letanías de los santos, juntando su voz moribunda á la de los sacerdotes; y pronunciando estas palabras divinas: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu», espiró, llevando consigo las lágrimas de todos los pueblos, á quienes habia hecho felices con su gobierno, y de toda la Iglesia, á quien habia edificado con sus virtudes.

§ XLII.—Santa Cunegonda, casada con el emperador San Enrique, conserva la virginidad en el matrimonio.—Celo de estos santos esposos por el culto de Dios, por la defensa de la Santa Sede y por la propagacion del Cristianismo.—La Hungría, convertida por su mediacion al Cristianismo.—San Estéban y la princesa Gisela, hermana de San Enrique.—Felicidad del Imperio durante el reinado de San Enrique y de Santa Cunegonda.—Hermoso espectáculo de la consagracion solemne á Dios de la santa Emperatriz, despues de la muerte de su esposo.—Su admirable muerte.

La más célebre de las santas princesas de Alemania es Santa Cunegonda, por causa del emperador Enrique II, su esposo, llamado *el Piadoso*, de quien, con los encantos de su pudor, con los ejemplos de su fervor y con la sabiduría de sus consejos, hizo un ángel en la tierra, un gran santo y el más glorioso de los emperadores; en una palabra, el San Luis de Alemania. Á fin de poder dedicarse mejor á la felicidad de los pueblos y al servicio de Dios y de la Iglesia, estos dos augustos esposos, los más santos y los más ilustres de cuantos ocuparon el trono imperial de Occidente, vivieron siempre en la santa virginidad; de modo que San Enrique, próximo á morir, pudo decir á los padres de su santa esposa: «Ved ahí á vuestra admirable hija; vosotros me la entregasteis vírgen, y yo os la devuelvo tal como me la entregasteis.» Todo era sencillo, modesto y afable en la conducta de ellos; todo era puro en sus rela-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciones mutuas, todo era santo en sus intenciones, todo era grande y heroico en sus obras. Ellos eran dos ángeles, que rivalizaban en ver cuál de ellos habia de dar más gloria á Dios y hacer más bien á los hombres. Jamas se habia visto un espectáculo semejante, de un trono ocupado por dos santos, que se santificaban cada vez más el uno por el otro, y que reflejaban sobre la córte y sobre sus pueblos los dulces rayos de su santidad. Así es que los admiraban como un prodigio, los amaban como á unos padres, y los veneraban como á unos seres sobrenaturales y divinos. No sólo en Alemania, sino tambien en Francia y en Italia, adonde los santos esposos hacian llegar los rasgos de su magnificencia cristiana, tributaban homenaje á sus virtudes. Aun fuera de Europa se pronunciaban sus nombres con admiracion y respeto. El Oriente envidiaba al Occidente esta maravilla. Ellos eran el objeto de la estimacion y de la veneracion del mundo. Nada igualaba á su celo por el esplendor del culto y la asistencia de los pobres. En su reinado fué cuando la Alemania vió restaurar con magnificencia sus iglesias, que los infieles habian destruido; entónces fué cuando vió su suelo cubierto de un número prodigioso de nuevas iglesias, de nuevos obispados ricamente dotados, de monasterios y de establecimientos de toda especie, consagrados al sostenimiento de la piedad y al alivio de la desgracia. Coronados en Roma por el papa Benedicto VIII, dieron hospitalidad á este Pontífice, que se habia visto obligado á salir de Roma, y le restablecieron en su silla. Para la defensa de esta misma silla hicieron la guerra á los emperadores griegos, y les obligaron á restituir las ciudades que habian quitado á la Iglesia. Defensores generosos de la Iglesia, fueron tambien sus más celosos propagadores. Habiendo triunfado de la belicosa Hungría, que era todavía medio pagana, en vez de agregarla á sus estados, quisieron hacer de ella un reino aparte, un reino católico, un nuevo reino de Jesucristo, y así lo hicieron. San Enrique tenía una hermana digna de él; ésta era la princesa Gisela, que, educada por Santa Cunegonda, se habia hecho tambien una santa, que imitaba á su santa cuñada como á su modelo, y la amaba como á su madre.

Pues bien, la única condicion con que San Enrique concedió la paz y la independencia á la Hungría fué que Estéban, su jefe, se casase con la princesa Gisela y procurase atraer el resto de sus pueblos al Cristianismo. La condicion fué aceptada, y Santa Gisela fué

la Santa Clotilde de Hungría, como Estéban fué su Clodoveo; porque á las instrucciones y á las exhortaciones de su santa esposa fué á lo que debió San Estéban hacerse el apóstol y el legislador, el rey obispo y el obispo rey de su pueblo, el fundador de la nacionalidad y de la monarquía húngaras (1), cuyos fundamentos, como veremos despues, habia echado otra santa mujer.

Pero al mismo tiempo que San Enrique fué un humilde y afectuoso hijo de la Iglesia, fué tambien un gran emperador. Ningun soberano hizo más bien á sus súbditos ni fué más temido de sus enemigos. Jamas estuvo el Imperio más tranquilo, jamas fué más feliz en el interior ni más considerado en el exterior. Se llamó á su reinado *la edad de oro de Alemania*. Pero esto consistia en que el santo Emperador dividia con la santa Emperatriz los cuidados del gobierno de sus vastos estados; esto consistia en que los santos esposos nada emprendian, respecto al gobierno, sin haber orado mucho; de modo que el pueblo decia: «Ellos triunfan de sus enemigos más bien por las oraciones que por las armas.»

Habiendo muerto San Enrique, apénas se resintió el Imperio por una pérdida tan grande; porque, gobernado por la débil mano de una mujer, Santa Cunegonda, prosperó tanto cuanto hubiera podido prosperar siendo gobernado por el hombre más grande. Pero esta mujer era una gran santa, que, por lo mismo que pertenecia toda á Dios, y no á sí misma, pertenecia toda á sus pueblos, y procuraba hacer reinar en ellos el órden, la justicia y la felicidad. La

(1) Se sabe que, en recompensa del celo que manifestó San Estéban en convertir á toda la Hungría, y en fundar en ella una multitud prodigiosa de obispados, de iglesias y de conventos, no sólo le dió el Papa el título de *rey de Hungría*, y le envió de Roma la corona, que él llevó en su consagracion, y que despues ha servido siempre en la consagracion de todos los reyes de aquel país, sino que le llamó el *apóstol* de sus pueblos, le nombró su legado, y le concedió á él y á sus sucesores el privilegio único de llevar la cruz episcopal en el pecho, y de hacerse preceder, como hacen los obispos, por la cruz en todas las ceremonias públicas. Estos santos esposos tuvieron tambien la ventura de dar otro gran rey á la Hungría y otro gran santo á la Iglesia, en la persona de San Emerico, su hijo, para quien San Estéban, su padre, escribió su admirable instruccion, en diez artículos, *Sobre el modo de gobernar el Estado*; nada hay más sensato, más sólido, más cristiano ni más perfecto, en materia de ciencia gubernamental, que ese tratado. Y sin embargo, ésa es la edad que la insolencia y la estupidez de los modernos se atreve á llamar *bárbara*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mejor prueba de su desprendimiento de todo interes personal y de toda ambicion del poder y de las grandezas del mundo fué que, cuando Conrado fué elegido para suceder á San Enrique en el Imperio, exclamó: «Está muy bien; ésta era la intencion y la voluntad de mi augusto esposo y señor.» Y apresurándose á entregar al nuevo Emperador las joyas y las insignias del Imperio, dejó la córte y se retiró á Kaffung, cerca de Cassel, en la diócesis de Paderborn, á un convento fundado por ella. Tan pronto como se concluyó la obra de la iglesia del mismo convento, reunió en él un gran número de obispos para hacer su dedicacion. Aquel dia era el aniversario de la muerte de su santo esposo. Ella asistió á la ceremonia, orandó y haciendo que todos orasen por el descanso de su alma. Ella estaba vestida con la mayor pompa; pero esto era sólo con el objeto de renunciar al mundo con la mayor solemnidad; porque, despues de la lectura del Evangelio, se quitó las vestiduras de emperatriz y tomó el hábito de religiosa, que era una túnica muy pobre, que ella misma habia hecho con sus propias manos. El obispo de Paderborn, despues de haberle cortado los cabellos, le puso el velo de las vírgenes y le dió el anillo bendito, signo de sus nuevas nupcias con el Rey del cielo. El pueblo, que llenaba la iglesia, testigo de esta escena de una mujer tan grande, colocada otras veces en un lugar tan elevado, del cual habia descendido por amor de Jesucristo, no pudo contener las lágrimas. La emocion de una ceremonia tan tierna fué universal, el ejemplo muy grande y la edificacion inmensa. Se ve, pues, que aquellas sublimes matronas, admirables por el modo con que llevaban la corona, lo eran todavía más por el modo con que la dejaban.

Santa Cunegonda, olvidando, despues de su consagracion, su antigua grandeza, y haciendo los mayores esfuerzos para que nadie se la recordase, se condujo como la última de la comunidad, de que era fundadora, y como la sierva de las hermanas, cuya reina y cuya madre habia sido. Despues de la oracion y de la lectura de los libros santos, sus delicias consistian en cuidar á los pobres y en visitar y servir á los enfermos, conmoviendo con tales actos sus almas, al mismo tiempo que curaba sus cuerpos. Los enfermos se llenaban de admiracion al ver convertida en sirviente la misma que habia sido su soberana. Á estos ejercicios de piedad para con Dios y de caridad para con los hombres, añadia Santa Cunegonda la

mortificacion más severa de su carne virginal y todos los rigores de la más austera penitencia. De este modo pasó los quince últimos años de su vida. Todos la llamaban *la Santa*. No sólo la querian y la respetaban, sino que la amaban y la veneraban. No sólo se descubrian cuando ella pasaba, sino que se hincaban de rodillas. Al verla, creian ver un ángel del cielo que bajaba á la tierra, trayendo consigo la edificacion, el socorro y la felicidad. No es posible pintar el desconsuelo de la comarca cuando se supo que *la Santa*, reducida al último extremo, iba á dejar la tierra para volar al cielo. Todos corrian al convento; todos lloraban, oraban, y no podian consolarse al pensar en la pérdida que iban á sufrir. En medio de la afliccion universal, habiendo recibido Cunegonda los sacramentos de la Iglesia, y haciendo que la acostasen en la tierra sobre un cilicio, permanecia tranquila y esperaba alegre su muerte. La única cosa que la afligió fué ver que preparaban un paño mortuorio bordado de oro para cubrir su cuerpo. No pudiendo ya hablar, dió á entender por señas que no lo queria, y fué necesario, para tranquilizarla, prometerle que la enterrarian sólo con su hábito de religiosa. El cuerpo de esta esposa vírgen fué llevado á Bamberg, segun ella habia pedido, y se le dió sepultura al lado del Emperador su vírgen esposo. Allí se obraron muchos milagros por su intercesion; pero el mayor milagro de Santa Cunegonda fué su vida de grande soberana y de humilde religiosa, que la hizo grande ante los hombres y en presencia de Dios; pero sólo el Catolicismo es el que puede obrar tales prodigios en una mujer.

§ XLIII.—Otras santas reinas en el resto de Europa.—Santa Dombrowka convirtiendo la Polonia, y, por medio de su cuñada, tambien la Hungría, al Cristianismo.—La reina Santa Eduvigis y sus virtudes.—La reina Santa Cunegonda, llevando sal en dote á Polonia.

Pero de todos los reinos cristianos que se formaron en Europa en la Edad Media, la Polonia es, á nuestro modo de ver, el que debe más á la mujer católica bajo el punto de vista político y religioso. Sí, la Polonia, ese reino tan célebre, lo mismo por sus grandezas que por sus desgracias, debe á una mujer ese catolicismo que ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mejor prueba de su desprendimiento de todo interes personal y de toda ambicion del poder y de las grandezas del mundo fué que, cuando Conrado fué elegido para suceder á San Enrique en el Imperio, exclamó: «Está muy bien; ésta era la intencion y la voluntad de mi augusto esposo y señor.» Y apresurándose á entregar al nuevo Emperador las joyas y las insignias del Imperio, dejó la córte y se retiró á Kaffung, cerca de Cassel, en la diócesis de Paderborn, á un convento fundado por ella. Tan pronto como se concluyó la obra de la iglesia del mismo convento, reunió en él un gran número de obispos para hacer su dedicacion. Aquel dia era el aniversario de la muerte de su santo esposo. Ella asistió á la ceremonia, orandó y haciendo que todos orasen por el descanso de su alma. Ella estaba vestida con la mayor pompa; pero esto era sólo con el objeto de renunciar al mundo con la mayor solemnidad; porque, despues de la lectura del Evangelio, se quitó las vestiduras de emperatriz y tomó el hábito de religiosa, que era una túnica muy pobre, que ella misma habia hecho con sus propias manos. El obispo de Paderborn, despues de haberle cortado los cabellos, le puso el velo de las vírgenes y le dió el anillo bendito, signo de sus nuevas nupcias con el Rey del cielo. El pueblo, que llenaba la iglesia, testigo de esta escena de una mujer tan grande, colocada otras veces en un lugar tan elevado, del cual habia descendido por amor de Jesucristo, no pudo contener las lágrimas. La emocion de una ceremonia tan tierna fué universal, el ejemplo muy grande y la edificacion inmensa. Se ve, pues, que aquellas sublimes matronas, admirables por el modo con que llevaban la corona, lo eran todavía más por el modo con que la dejaban.

Santa Cunegonda, olvidando, despues de su consagracion, su antigua grandeza, y haciendo los mayores esfuerzos para que nadie se la recordase, se condujo como la última de la comunidad, de que era fundadora, y como la sierva de las hermanas, cuya reina y cuya madre habia sido. Despues de la oracion y de la lectura de los libros santos, sus delicias consistian en cuidar á los pobres y en visitar y servir á los enfermos, conmoviendo con tales actos sus almas, al mismo tiempo que curaba sus cuerpos. Los enfermos se llenaban de admiracion al ver convertida en sirviente la misma que habia sido su soberana. Á estos ejercicios de piedad para con Dios y de caridad para con los hombres, añadia Santa Cunegonda la

mortificacion más severa de su carne virginal y todos los rigores de la más austera penitencia. De este modo pasó los quince últimos años de su vida. Todos la llamaban *la Santa*. No sólo la querian y la respetaban, sino que la amaban y la veneraban. No sólo se descubrian cuando ella pasaba, sino que se hincaban de rodillas. Al verla, creian ver un ángel del cielo que bajaba á la tierra, trayendo consigo la edificacion, el socorro y la felicidad. No es posible pintar el desconsuelo de la comarca cuando se supo que *la Santa*, reducida al último extremo, iba á dejar la tierra para volar al cielo. Todos corrian al convento; todos lloraban, oraban, y no podian consolarse al pensar en la pérdida que iban á sufrir. En medio de la afliccion universal, habiendo recibido Cunegonda los sacramentos de la Iglesia, y haciendo que la acostasen en la tierra sobre un cilicio, permanecia tranquila y esperaba alegre su muerte. La única cosa que la afligió fué ver que preparaban un paño mortuorio bordado de oro para cubrir su cuerpo. No pudiendo ya hablar, dió á entender por señas que no lo queria, y fué necesario, para tranquilizarla, prometerle que la enterrarian sólo con su hábito de religiosa. El cuerpo de esta esposa vírgen fué llevado á Bamberg, segun ella habia pedido, y se le dió sepultura al lado del Emperador su vírgen esposo. Allí se obraron muchos milagros por su intercesion; pero el mayor milagro de Santa Cunegonda fué su vida de grande soberana y de humilde religiosa, que la hizo grande ante los hombres y en presencia de Dios; pero sólo el Catolicismo es el que puede obrar tales prodigios en una mujer.

§ XLIII.—Otras santas reinas en el resto de Europa.—Santa Dombrowka convirtiendo la Polonia, y, por medio de su cuñada, tambien la Hungría, al Cristianismo.—La reina Santa Eduvigis y sus virtudes.—La reina Santa Cunegonda, llevando sal en dote á Polonia.

Pero de todos los reinos cristianos que se formaron en Europa en la Edad Media, la Polonia es, á nuestro modo de ver, el que debe más á la mujer católica bajo el punto de vista político y religioso. Sí, la Polonia, ese reino tan célebre, lo mismo por sus grandezas que por sus desgracias, debe á una mujer ese catolicismo que ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

constituido toda su fuerza y toda su gloria (1); ésta es la princesa Dombrowka, que, siendo hija de un tirano, Boleslao, duque de Bohemia y verdugo de su propio hermano, el mártir San Wenceslao, era, sin embargo, una fervorosa y generosa católica. Así fué que cuando le propusieron su matrimonio con Mieczyslao, duque de Polonia, pero todavía pagano, lo mismo que su pueblo, la vírgen princesa dió esta noble respuesta: «No me conviene á mí, que profeso el Cristianismo, casarme con un idólatra; pero si Mieczyslao está dispuesto á abjurar las impurezas de los ídolos y á recibir el bautismo, no me niego á ello» (2). Pareciéndole al príncipe y á los grandes del país demasiado duro verse obligados á mudar de religion, dudaron por algun tiempo si aceptarian ó no esta condicion; pero la misericordia de Dios se compadeció de la Polonia, sumergida por tanto tiempo en el error, y Mieczyslao tuvo, al mismo tiempo que sus consejeros, una vision celestial, en la que se le hizo saber que, para su propio bien y el de su pueblo, debia acceder á la proposicion de la princesa Dombrowka; y habiendo cesado de este modo todas las dificultades, Mieczyslao, despues de haber sido bien instruido, recibió el bautismo en Gnesne, con la mayor solemnidad, en compañía de los principales barones, de los nobles y de todas las notabilidades de las ciudades, y se casó con la ilustre vírgen que el cielo le habia indicado (3).

Mieczyslao era un hombre de carácter feroz y de costumbres di-

(1) Puede decirse tambien *toda la razon de su existencia*. Si hay alguna cosa cierta y visible respecto á los grandes destinos de los pueblos, es que en los designios de la Providencia la Polonia sólo ha existido como la barrera del Catolicismo contra las impiedades del cisma griego y contra la barbarie musulmana. Por consiguiente, si ella no es católica, si ella deja de tener su antigua adhesion á la causa del Catolicismo y de la Iglesia, no hay razon alguna para que no sea austriaca, prusiana, rusa ó turca. La Polonia no tendrá entónces razon para ser polaca. Abandonamos este pensamiento á los desventurados polacos, que esperan la resurreccion de su hermosa patria por otros medios que por una constancia á toda prueba en la fe católica. No se pueden concebir los polacos sino católicos. Siendo cismáticos, luteranos, socinianos, judíos, turcos ó filósofos, podrán ser todo lo que se quiera, excepto polacos.

(2) «Nuptiis de ineundo matrimonii fœdere interrogantibus ducalis virgo respondit: Non convenire professioni suæ christianæ, ut idolatræ nubat. Ubi tamen Miceslaus spurcitias idolorum abjecerit, et baptismi labacro unctus fuerit, non recusaturam.» (Dlugosius, *Hist. Polon.*, lib. II.)

(3) La *Historia de Santa Dombrowka* añade que por las oraciones de esta santa mujer tuvo su esposo la dicha de recibir la luz del cuerpo al mismo

solutas. Él tenía siete mujeres. Pero despues de su matrimonio con esta santa jóven, se hizo un cordero y un modelo de fidelidad conyugal. Sólo encontraba placer en las prácticas de piedad, y no tenía otro mayor deseo que el de propagar el Cristianismo en sus estados; apénas fué discípulo de la religion, cuando se hizo el apóstol de ella. Ademas, animado contínuamente por los consejos y las exhortaciones de su santa compañera, publicó un edicto muy severo, en el que mandaba que en un dia señalado (éste era el domingo cuarto de Cuaresma del año que empezaba entónces) se procediese á la destruccion de todos los templos de los falsos dioses y de todos los ídolos que se encontrasen en toda la extension de su ducado: lo que se ejecutó con exactitud. Él fundó siete obispados y las dos sillas metropolitanas de Cracovia y de Gnesne. Él edificó una multitud de iglesias, á las que la piadosa Duquesa, rivalizando en generosidad y en celo con su santo esposo, y despojándose de todo cuanto tenía, proveyó de vasos sagrados, de ornamentos y de todo lo necesario para la celebracion del culto católico (1). Este ejemplo de los príncipes fué seguido muy pronto por toda la aristocracia y la nobleza del país; todos iban á porfía á ver quién se mostraba más celoso en edificar iglesias y conventos, y más generosos en dotarlas. De este modo, por el celo de Mieczyslao y de su esposa, toda la Polonia se hizo al mismo tiempo cristiana (2).

tiempo que la del alma, porque, siendo ciego, recobró la vista al tiempo de recibir el bautismo.

(1) «Providebat, pro vice sua, singulas ecclesias à viro suo fundatas, vasis apparatibusque ad cultum necessariis; universa quæ potuit habere erogabat, cum viro suo de liberalitate et largitione certans.»

Ocupada la piadosa princesa en hacer florecer el Cristianismo en Polonia, no por eso se olvidó de Bohemia, su patria. Porque, afligida de ver que en aquel país querido, cristiano mucho tiempo ántes, no había ni una silla episcopal (el ducado de Bohemia formaba entónces, en lo espiritual, parte de las diócesis de Mayenza y de Ratisbona), miéntras que había siete en la Polonia recien convertida, insistió tanto con su hermano Boleslao y con la santa vírgen Mlada, su hermana, que al fin se fundó la iglesia catedral de Praga. Por lo demas, éste no es el único ejemplo del celo de la mujer católica en multiplicar los obispados, verdaderas fuentes de la civilizacion y verdaderos baluartes de la fe de los pueblos. Otra multitud de obispados en toda Europa fueron en la misma época el pensamiento y la obra de las mujeres.

(2) «Quorum universa baronitas et nobilitas æmulata mores et vestigia eodem tempore universa Polonorum regio studio Miceslai et consortis suæ fidem catholicam suscepit.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La conversion de la Polonia, país tan importante por el carácter noble de sus habitantes como por la posicion que ocupa, fué uno de los más grandes acontecimientos de la Edad Media, por el que los dèmas pueblos de la Europa y la Iglesia misma deben dar contínuas gracias á Dios y á la mujer sublime (1) por cuyo medio se dignó Dios obrarlo. Esta fué una poderosa barrera que se levantó entónces para proteger el resto de Europa y ponerla al abrigo de las invasiones de los bárbaros. De todas las naciones slavas, la Polonia es la única que ha permanecido constantemente católica, y ha defendido el Catolicismo como el elemento más sólido de su nacionalidad y como la única religion verdadera. El estandarte de la fe católica, desde que fué enarbolado allí por la mano de una mujer, ha permanecido siempre firme, formidable para sus enemigos, amenazador para sus opresores, amado de todos los católicos y bendecido por la Iglesia.

La mision apostólica que la santa princesa Dombrowka ejerció en Polonia no fué útil tan sólo á aquel reino. Mieczyslao, su esposo, tenía una hermana que, cediendo á sus instancias, y movida por sus ejemplos, se habia hecho cristiana y habia tomado el nombre de Adelaida. Ésta contrajo matrimonio con Geisa, jefe ó rey de los húngaros, pagano tambien como todo el vasto país de su dominacion. Pero Adelaida habia aprendido en la córte de su hermano, en la escuela de su cuñada, lo que debe hacer una princesa cristiana para atraer al Cristianismo á su esposo y á todo su pueblo. Ella concibió esta idea y la llevó á efecto. La mujer católica puede cuanto quiere. Al principio sólo predicó ella con sus ejem-

(1) Esta incomparable mujer, no sólo consiguió hacer la Polonia un país católico, sino que inspiró á sus nobles y á sus jefes su celo por la defensa del Catolicismo, é hizo de ella desde entónces lo que fué hasta la division que hicieron de aquel país, es decir, el *ejército volante de la Iglesia*, para acudir donde quiera que el Cristianismo amenazado tenía necesidad de un poderoso auxilio. De esta Reina data igualmente la hermosa costumbre por la que en otro tiempo la nobleza polaca asistia en corporacion los domingos á la misa mayor, y al tiempo de cantar el Evangelio se levantaba, sacaba la espada, y la tenía desenvainada hasta que el coro pronunciaba las palabras *Laus tibi, Christe;* dando á conocer por este acto, dice el historiador ántes citado, que aquellos nobles estaban dispuestos á pelear con intrepidez y valor en defensa de la verdad evangélica, y morir por ella si era necesario: *Demonstrantès eo actu se pro defensione veritatis evangelicæ intrepidè et strenuè pugnaturos, et si oporteret, mortem etiam appetituros.* (*Loc. cit.*)

plos, y con el hermoso espectáculo de su vida piadosa, pura y santa entre hombres corrompidos y sacrílegos, abrió los ojos y movió los corazones de su esposo y de todos los grandes del reino, les hizo conocer la luz divina de la santa fe católica, y excitó en ellos el deseo de abrazarla (1). En seguida invitó á los santos y celosos sacerdotes que ella, *la mujer bendita*, como la llama el historiador, habia llevado expresamente de Polonia para que predicasen el Evangelio en todas partes y áun en la córte misma; y por su predicacion contínua, y más aún por sus propias lágrimas y por sus propias oraciones, tuvo la dicha de ver que el Rey, su esposo, y todos los nobles y los barones, movidos por la gracia, abjuraron el paganismo y se hicieron cristianos (2). El ejemplo de los grandes fué seguido muy pronto por el pueblo. Así fué que, bajo la direccion de la Reina, prodigio de sabiduría y de celo, la mayor parte del reino de Hungría recibió el bautismo (3). El autor de estas maravillas que la mujer católica obró en aquellos pueblos bárbaros que eran el azote de la Europa, hace en este lugar la siguiente observacion, que se refiere á nuestro propósito: «Por un rasgo admirable, dice, de la misericordia del Altísimo, la conversion de dos grandes pueblos se efectuó por medio de dos mujeres, porque en la misma época la verdad católica brilló á los ojos de los polacos por la bohemiana Dombrowka, y á los de los húngaros por la polaca Adelaida. Pero estas mujeres, no sólo convirtieron á la verdadera fe, sino que iniciaron en la verdadera santidad y en la verdadera devòcion á dos príncipes y dos nobles naciones. ¡Cuán grandes son los designios de la bondad divina, en haberse servido del ministerio de estas dos mujeres para abrir los caminos de la salvacion eterna á aquellos dos grandes países! Porque no debemos olvidar que la princesa Dombrowka fué madre de Boleslao el Grande, el valiente

(1) «Adelaida, veluti femina religiosissima, cœpit magnæ devotionis et sanctitatis specimen præbere, quamvis inter sacrilegos et profanos homines versaretur, et tam virum suum, quam proceres et nobiles ad fidei sanctæ catholicæ agnoscendum et amplectendum lumen invitavi.» (Dlugosius, *loc. cit.*)

(2) «Quorum assidua doctrina, et consortis suæ precibus et lacrymis pervictus, cum primoribus et baronibus fidem sanctam suscepit.» (Dlugosius.)

(3) «Dirigente providentissima conjuge, major regni pars sacra baptismi fonte abluitur.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

defensor de la Polonia, y la princesa Adelaida fué madre de San Estéban, el gran rey de Hungría.» (*Dlugosius.*)

El mismo historiador refiere tambien que, miéntras que la santa princesa Adelaida y el rey Geisa hacian prodigios de celo para convertir la Hungría, y estaban desconsolados por no poder conseguir sino en parte tan grande empresa, quiso Dios consolarles de una manera admirable. Ellos tuvieron en un mismo dia una vision, en la que, habiéndoseles aparecido el protomártir San Estéban, les dijo que tuviesen valor, porque tendrian un hijo á quien llamarian *Estéban*, el cual acabaria la obra de Dios, que ellos habian comenzado, de establecer el Cristianismo en todo su reino. De este modo fué anunciada y preparada la gran mision de San Estéban I, rey de Hungría, de quien hemos hablado ya, y que él cumplió con el auxilio de la santa princesa Gisela, hermana de San Enrique.

Pero no debemos dejar la Hungría sin tributar un pequeño homenaje á Santa Isabel, una de sus santas reinas y de sus mayores glorias. Caminando por las huellas de su ilustre tia Santa Eduvígis, patrona de la Polonia, se hizo, no sólo la madre de los pobres por excelencia, sino sierva y criada de ellos. Por amor de ellos se despojó de todo, áun de sus piedras preciosas, áun de sus alhajas, de su vajilla y de su dote. Creyendo ver á Jesucristo en ellos, les tributaba una especie de culto religioso; ella les servía de rodillas; ella les besaba los piés, y todo lo que los pobres habian tocado era sagrado para ella y lo miraba como una reliquia. Todas las demás virtudes estaban en ella á la altura de su caridad. Su regio esposo le debió su santificacion, y su pueblo largos dias de paz y de felicidad. Nada más dirémos de esta Reina, uno de los más grandes y admirables prodigios de la gracia del Cristianismo, una de las mayores maravillas de la monarquía cristiana. Porque, ¿qué podriamos nosotros decir de ella, que no haya sido dicho en un estilo tan noble y tan elevado como su objeto, por el genio de M. Montalembert, en su *Vida de Santa Isabel?* Pueden ver, por consiguiente, esa bella y deliciosa obra, una de las más notables de la literatura moderna, aquellos de nuestros lectores que quieran saber la venturosa influencia que la caridad y las demas virtudes de Santa Isabel ejercieron sobre sus pueblos, y contemplar en toda su magnificencia aquella espléndida figura del siglo XIII, cuya vida forma el orgullo de un gran pueblo y la admiracion y la edificacion del mundo.

La Polonia se gloría tambien de otra sublime princesa, Santa Eduvígis. Habiendo sido coronada reina de este país por su matrimonio con Enrique, duque de Silesia y de Polonia, hizo la felicidad y la ventura del mismo por los sentimientos propios de un perfecto príncipe que supo inspirar á su regio esposo. Habiendo caido Enrique, su esposo, durante las guerras de los príncipes de Polonia, en manos de su tio Conrado, duque de Moravia, que le hacía la guerra, Enrique II, el hijo mayor del prisionero y de Santa Eduvígis, reunió un ejército para poner en libertad á su padre. Santa Eduvígis le disuadió de este pensamiento, haciéndole ver que podia poner en peligro los preciosos dias del mismo á quien queria librar; y tan afectuosa como sábia, se presentó ella misma sin armas en Moravia, y con la fuerza de su persuasion y de su modestia obtuvo la libertad de su amado esposo, que en vano hubiera tratado de obtener por la fuerza de las armas, y restableció la paz entre los dos príncipes.

Despues de haber tenido algunos hijos, persuadió á su esposo á que viviesen en continencia perpétua, á lo cual se obligaron por un voto con la bendicion del obispo, y vivieron así cerca de treinta años. La profesion de la castidad en el matrimonio entre las princesas reinantes era una cosa comun en aquella época. Siendo todavía jóven, se hizo admirar principalmente por su aversion al fausto, por su liberalidad con las iglesias, por su caridad con los pobres, por el rigor de su penitencia y por su fervorosa piedad, y sobre todo, por su celo en hacer que reinase la verdad y la misericordia, la paz y la justicia en sus estados.

Habiendo pasado los tártaros el Dnieper en 1240, cayeron sobre la Polonia, y llenaron de espanto al resto de Europa. Santa Eduvigis, que acababa de perder á su esposo, envió á su hijo, Enrique II, para que rechazára á los bárbaros. Él pereció en el combate, despues de haber hecho prodigios de valor; pero la resistencia formidable que el enemigo encontró en los polacos, le hizo retroceder, y le quitó por mucho tiempo el deseo de renovar sus excursiones en Europa. La Santa, en vez de afligirse por la muerte de su hijo, recibió la terrible noticia con la firmeza de una heroína cristiana, exclamando: «¡Dios mio, yo os doy gracias por haberme hecho madre de un hijo que ha sabido morir mártir de vuestra religion y de su patria!» (*Vit. B. Eduv.*) Ella fundó en Trebniza un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

monasterio de religiosas, en el que ofreció á Dios á su propia hija Gertrúdis. Ella habia encargado á aquellas religiosas la educacion de las jóvenes pobres, á quienes dotaban cuando llegaba el tiempo de casarse. Aun en vida del Duque, quien por su parte vivia como un religioso sin haber hecho profesion de tal, fijó ella su morada en aquel convento, y tomó en él el hábito, aunque sin profesar, con el fin de tener la libertad de visitar á los enfermos y de socorrer á los pobres con sus bienes. Su convento daba de comer diariamente á mil pobres. Gobernado el país por estos dos santos, conservó la paz, y el pueblo fué feliz. Ninguna princesa mostró más sencillez ni más humildad en el trono; lo que, léjos de rebajarla, la hizo el ídolo de sus súbditos y la admiracion del mundo. La Polonia tiene, por consiguiente, mucha razon para honrar é invocar á Santa Eduvígis como á su patrona. (*Brev. Rom.*)

Sentímos no poder consagrar algunas palabras á la amada y amable Santa Cunegonda, que cincuenta años despues de Santa Eduvígis ocupó el trono de Polonia. Ella era un ángel de belleza, de pureza y de bondad. Ántes de dejar la Hungría para ir á casarse en Cracovia con Boleslao, duque de Polonia, llamado *el Casto*, el Rey su padre, Bela IV, le preguntó qué queria llevar en dote, y Cunegonda le respondió: «Padre mio, yo no quiero oro ni plata ni piedras preciosas, adornos vanos de los ricos, de los que yo no necesito; yo no quiero llevar más que *sal*, que es necesaria en los pueblos que voy á adoptar por hijos.» Porque en efecto, la Hungría abunda en minas de sal, y en la Polonia no las habia, ó al ménos no se conocian. Habiéndole dado el Rey el permiso para hacer cuanto quisiese, se fué á una de las salinas de Hungría y arrojó su anillo nupcial en las profundas excavaciones que hizo practicar en ella. Habiendo llegado á Polonia, se trasladó á Wieliczka, hizo cavar la tierra, y despues de haber dado algunos golpes se descubrió una mina de sal, y en el primer pedazo que sacaron de ella encontraron el anillo de la princesa. Esta era la misma mina de Hungría donde ella habia mandado hacer algunas excavaciones, y que habia pasado á Polonia con el anillo que la princesa habia echado en ella. Los incrédulos, para quienes no es posible que el Autor de la Naturaleza obre semejantes prodigios por las oraciones de sus santos, se mofarán tal vez de éste. Nosotros no queremos violentar la flaqueza de su espíritu. Nos contentamos con exigir de

ellos que admitan lo que es incontestable, á saber: que á Santa Cunegonda se debe al ménos la explotacion de las salinas de Wieliczka, y que una santa reina fué quien proporcionó á sus pueblos la sal, uno de los artículos de primera necesidad, especialmente para el alimento de los pobres.

A la celebracion de su matrimonio puso ella por condicion la continencia durante el primer año, condicion que hizo renovar todos los años, y de este modo aquellos santos esposos permanecieron vírgenes toda su vida. Es inútil añadir que toda la vida de esta princesa fué un sacrificio contínuo á la felicidad de sus pueblos, hasta el punto de haberse despojado de su dote para levantar un ejército contra los tártaros, que acababan de hacer una nueva incursion en la Polonia en un momento en que se encontraba sin recursos y sin defensa. Es inútil tambien añadir que esta admirable princesa cubrió las ciudades de Polonia de establecimientos de piedad y de beneficencia. Esto nada tiene de admirable en un alma toda celestial, poseida enteramente por el amor de Dios y de los hombres. (Dlugosius, *Vie de Sainte Cunégonde*, et Bollandus, *Act. SS.*) Así es como la mujer católica comprendia la soberanía en aquella época de fe, en que los pueblos vivieron más tranquilos y más felices.

§ XLIV.—Otra Santa Eduvígis convirtiendo la Lituania y constituyendo la gran monarquía y la gran nacionalidad polaca.—Cuadro de las grandezas y de las virtudes de esta matrona.—Diversos pueblos no pueden ser reunidos en un solo pueblo sino por la unidad de la religion y por el goce de unos mismos derechos.—Proporcionar á los pueblos estas ventajas ha sido el trabajo de la mujer católica.

Pero la verdadera Santa Clotilde de la Polonia fué otra Eduvígis, á quien los escritores de aquel reino llaman *santa*, aunque no ha sido canonizada por la Iglesia. Todos los historiadores la representan como la mujer más bella, y tambien la más piadosa, la más sábia y la más espiritual que hubo entónces en Europa. A los diez y ocho años causaba la admiracion de todos los que la veian, tanto por la cultura de su espíritu, por la bondad de su alma y por la nobleza de su carácter, como por los encantos de su rostro y las gracias de sus modales. Así fué que cuando su madre Isabel, reina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

monasterio de religiosas, en el que ofreció á Dios á su propia hija Gertrúdis. Ella habia encargado á aquellas religiosas la educacion de las jóvenes pobres, á quienes dotaban cuando llegaba el tiempo de casarse. Aun en vida del Duque, quien por su parte vivia como un religioso sin haber hecho profesion de tal, fijó ella su morada en aquel convento, y tomó en él el hábito, aunque sin profesar, con el fin de tener la libertad de visitar á los enfermos y de socorrer á los pobres con sus bienes. Su convento daba de comer diariamente á mil pobres. Gobernado el país por estos dos santos, conservó la paz, y el pueblo fué feliz. Ninguna princesa mostró más sencillez ni más humildad en el trono; lo que, léjos de rebajarla, la hizo el ídolo de sus súbditos y la admiracion del mundo. La Polonia tiene, por consiguiente, mucha razon para honrar é invocar á Santa Eduvígis como á su patrona. (*Brev. Rom.*)

Sentímos no poder consagrar algunas palabras á la amada y amable Santa Cunegonda, que cincuenta años despues de Santa Eduvígis ocupó el trono de Polonia. Ella era un ángel de belleza, de pureza y de bondad. Ántes de dejar la Hungría para ir á casarse en Cracovia con Boleslao, duque de Polonia, llamado *el Casto*, el Rey su padre, Bela IV, le preguntó qué queria llevar en dote, y Cunegonda le respondió: «Padre mio, yo no quiero oro ni plata ni piedras preciosas, adornos vanos de los ricos, de los que yo no necesito; yo no quiero llevar más que *sal*, que es necesaria en los pueblos que voy á adoptar por hijos.» Porque en efecto, la Hungría abunda en minas de sal, y en la Polonia no las habia, ó al ménos no se conocian. Habiéndole dado el Rey el permiso para hacer cuanto quisiese, se fué á una de las salinas de Hungría y arrojó su anillo nupcial en las profundas excavaciones que hizo practicar en ella. Habiendo llegado á Polonia, se trasladó á Wieliczka, hizo cavar la tierra, y despues de haber dado algunos golpes se descubrió una mina de sal, y en el primer pedazo que sacaron de ella encontraron el anillo de la princesa. Esta era la misma mina de Hungría donde ella habia mandado hacer algunas excavaciones, y que habia pasado á Polonia con el anillo que la princesa habia echado en ella. Los incrédulos, para quienes no es posible que el Autor de la Naturaleza obre semejantes prodigios por las oraciones de sus santos, se mofarán tal vez de éste. Nosotros no queremos violentar la flaqueza de su espíritu. Nos contentamos con exigir de

ellos que admitan lo que es incontestable, á saber: que á Santa Cunegonda se debe al ménos la explotacion de las salinas de Wieliczka, y que una santa reina fué quien proporcionó á sus pueblos la sal, uno de los artículos de primera necesidad, especialmente para el alimento de los pobres.

A la celebracion de su matrimonio puso ella por condicion la continencia durante el primer año, condicion que hizo renovar todos los años, y de este modo aquellos santos esposos permanecieron vírgenes toda su vida. Es inútil añadir que toda la vida de esta princesa fué un sacrificio contínuo á la felicidad de sus pueblos, hasta el punto de haberse despojado de su dote para levantar un ejército contra los tártaros, que acababan de hacer una nueva incursion en la Polonia en un momento en que se encontraba sin recursos y sin defensa. Es inútil tambien añadir que esta admirable princesa cubrió las ciudades de Polonia de establecimientos de piedad y de beneficencia. Esto nada tiene de admirable en un alma toda celestial, poseida enteramente por el amor de Dios y de los hombres. (Dlugosius, *Vie de Sainte Cunégonde*, et Bollandus, *Act. SS.*) Así es como la mujer católica comprendia la soberanía en aquella época de fe, en que los pueblos vivieron más tranquilos y más felices.

§ XLIV.—Otra Santa Eduvígis convirtiendo la Lituania y constituyendo la gran monarquía y la gran nacionalidad polaca.—Cuadro de las grandezas y de las virtudes de esta matrona.—Diversos pueblos no pueden ser reunidos en un solo pueblo sino por la unidad de la religion y por el goce de unos mismos derechos.—Proporcionar á los pueblos estas ventajas ha sido el trabajo de la mujer católica.

Pero la verdadera Santa Clotilde de la Polonia fué otra Eduvígis, á quien los escritores de aquel reino llaman *santa*, aunque no ha sido canonizada por la Iglesia. Todos los historiadores la representan como la mujer más bella, y tambien la más piadosa, la más sábia y la más espiritual que hubo entónces en Europa. A los diez y ocho años causaba la admiracion de todos los que la veian, tanto por la cultura de su espíritu, por la bondad de su alma y por la nobleza de su carácter, como por los encantos de su rostro y las gracias de sus modales. Así fué que cuando su madre Isabel, reina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Hungría, consintió en que aceptase la corona de Polonia, que le habia sido adjudicada, toda la nobleza polaca, en compañía de los jefes del clero y de todos los órdenes de los ciudadanos, salió á su encuentro; la acogieron con un entusiasmo imposible de describir, y la coronaron en la catedral de Cracovia con la mayor solemnidad. Aquellos orgullosos sicambros, prelados y barones, olvidando que eran hombres, se gloriaron en obedecer á una mujer tan virtuosa y tan notable; y en la persuasion de que era capaz de gobernar por sí sola el reino aun ántes de que eligiese un esposo, lo que jamas se vió en Polonia, le confirieron el ejercicio del poder absoluto; tal era la estimacion y el afecto que le profesaban (1).

Entre los príncipes de las casas reinantes que se disputaban la mano de Eduvígis, sus padres la prometieron, siendo todavía niña, á Guillermo, duque de Austria, y ella le cobró el mayor afecto. Sin embargo, ella prefirió á Jagelon, gran Duque de la Lituania, es decir, que prefirió un pagano á un cristiano, un extranjero á un pariente, un bárbaro de costumbres groseras y feroces á un príncipe civilizado, de costumbres suaves y afectuosas. Pero esto lo hizo con las condiciones siguientes, que la historia ha conservado: 1.ª, que Jagelon, toda su familia, todos los nobles, los grandes, los generales lituanos, así como todos los pueblos de la Lituania y de la Samogicia, habian de abrazar la fe católica romana, tal como se profesaba en Polonia; 2.ª, que todos los cristianos que habian hecho esclavos habian de ser puestos en libertad; 3.ª, que no sólo la Lituania y la Samogicia, que pertenecian á Jagelon por derecho hereditario, sino tambien las tierras que habia conquistado á los rusos con las armas, debian ser incorporadas perpétuamente al reino de Polonia; 4.ª, que se debia incorporar igualmente á la Polonia la Pomerania y los países de Culmes y de Vielune; y 5.ª, en fin, que Jagelon debia llevar á la Polonia todos sus tesoros que habia heredado de sus antepasados, y no habia de usar de ellos sino en beneficio de la Polonia (2). Ved aquí un proyecto de trata-

(1) «Tanta erga illam prælatorum et varonum affectio, et tam immensa charitas, ut, viros se esse obliti, parere tam insigni et virtuosæ feminæ putarent non inglorium; tributa ei plenaria facultate, quatenus Poloniæ regnum administret, interim quo illi sponsus aptatur: quasi ipsa sola ad gubernandum regnum sufficeret.» (Dlugosius, lib. x.)

(2) «1.° Fidem catholicam romanam, eam quam Poloniæ regno practicat,

do, que revela en la persona que le impuso un alma profundamente católica y profundamente patriótica. Mucho dudamos que la diplomacia moderna pudiese hacer uno más piadoso, más humano y más político. En este tratado todo se refiere á la religion y á la patria de Eduvígis, y nada á su persona; ó más bien, Eduvígis sacrificó en él, á los provechos del Catolicismo y al engrandecimiento de la Polonia, sus más fuertes y más legítimas afecciones de mujer. Sola la mujer católica es capaz de una abnegacion semejante; el verdadero patriotismo nace del sentimiento religioso. El hombre incrédulo é impío puede llamarse patriota, pero no lo será jamas; él no será más que un instrumento de vergüenza y de desgracia para su patria.

Habiendo sido aceptadas estas condiciones, Jagelon, en compañía de todos los grandes de sus vastos dominios, recibió el bautismo en la catedral de Cracovia y tomó el dombre de Uladislao; todos sus inmensos estados, que llegaban por una parte al mar Báltico y por la otra el mar Negro, fueron agregados á la Polonia propiamente dicha, que no era más que un pequeño Estado, y Eduvígis por su parte, con una entera abnegacion, trató sólo de hacer verdaderamente grande y feliz el nuevo reino que acababa de formar.

Al principio sólo se ocupó de la religion. Por sus cuidados fueron enviados eclesiásticos muy celosos á predicar el Evangelio á la Lituania y á todas las demas provincias paganas de nueva adquisicion, las cuales se hicieron cristianas. Del mismo modo hizo ella fundar la catedral de Wilma y otros siete obispados, como tambien un gran número de iglesias y de hospitales, que dotó ricamente con sus propios bienes. Es imposible imaginar el número de iglesias, de conventos, de escuelas, de hospitales y de establecimientos públicos de todo género que ella fundó para el esplendor del culto, para la instruccion de los pueblos y para el alivio de los pobres. El

se cum omnibus fratribus suis, Lithuanorum ducibus, proceribus et primoribus, sed et cum universa Lituania, Samogiticaque gente susceperunt. 2.° Singulos christianorum captivos, et jure belli servitute deditos, soluturum. 3.° Terras suas naturales Lithuaniæ et Samogithiæ, sed et nonnullas Russiæ armis quæsitas regno Poloniæ perpetua et irrevocabili invisceratione incorporaturum. 4.° Pomeraniæ Culmenses et Vielunenses terras regno Poloniæ reducturum. 5.° Suos paternos abitosque thesauros se in regno Poloniæ illaturum, et non nisi pro commodis regni Poloniæ illos conversurum.» (Dlugosius.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

historiador Dlugosio nos dice que Santa Eduvígis miraba aquellas provincias como su nueva patria (*novam patriam*), y que las amaba como tales.

Su cristiano esposo participaba del celo de su santa mujer en todas sus obras. Pero el pensamiento era de ella; ella era el alma que las hacía subsistir y el brazo infatigable que las acababa. Una prueba de esto es que, habiendo comenzado á construir un gran monasterio con una gran iglesia para reunir en él á ciertos religiosos, encargados especialmente de conservar el idioma y el rito slavos, y habiéndole impedido la muerte terminar aquel edificio, su esposo lo abandonó, y quedó sin concluir. Esto consistia en que aquel hombre no tenía el espíritu bastante elevado para comprender, como su esposa, la importancia religiosa y política de semejantes establecimientos, y porque la Reina, como dice el historiador, era el único estímulo que excitaba al Rey á las grandes obras, y el fuego que le animaba; de modo que, cuando llegó á faltar aquella prodigiosa mujer, todo el ardor del celo del Rey se desvaneció con ella (1).

La universidad de Praga era entónces la más célebre de Alemania. Y á fin de que no faltase jamas en la Lituania un número de eclesiásticos sabios, capaces, segun la expresion del mismo autor, de continuar regando la nueva plantacion de la verdadera fe que Santa Eduvígis habia hecho en ella, esta misma Santa, poniéndose de acuerdo con el Rey de Bohemia, fundó en la misma ciudad un magnífico colegio, que dotó con cuantiosas rentas, donde los jóvenes de la Lituania eran recibidos y admitidos gratuitamente para seguir los cursos de la Universidad y aprender en ella todas las ciencias, que despues llevaban á su patria y esparcian en ella (2).

(1) «Qua abeunte, omnis ardor ad quem illum stimulo suo, regina concitabat, extinctus est.»

(2) Llena de tantos cuidados por la nueva Polonia, no se olvidó de la antigua, y trabajó continuamente para multiplicar en ella todos los establecimientos útiles á la religion, á las ciencias y á la caridad, que forman la felicidad de los pueblos. Nosotros citarémos especialmente la famosa Universidad cuyos fundamentos habia echado Casimiro el Grande, rey de Polonia, en la ciudad de su propio nombre, y que fué continuada y dotada magníficamente por los desvelos de Santa Eduvigis, que la trasladó á Cracovia y le dió mayores proporciones; y que, sorprendida por la muerte, mandó en su testamento que todo cuanto se encontrase perteneciente á ella se emplease en socorrer á los desgraciados y en la fundacion de la Universidad: *Vestes, pecunias, et omnem regiam supelectilem in relevamen miserabiliorum personarum, et in fundationem universitatis cracoviensis eroganda testamento mandavit.*

(1) «Plantationem fidei orthodoxæ novellam in Lithuania rigatura, in Pragensi studio tunc florente donum constituit, speciale collegium pro Lithuanorum natione studiis operam dante, et censu perpetuo donavit. Quod egregium et meritorium illustris feminæ opus, *Domus reginæ* vocitatur, fundatricis suæ factum memorabile divulgans.»

Este precioso establecimiento, que ha sobrevivido á los estragos que la herejía causó en Bohemia, se llama todavía *la casa de la Reina*, nombre, dice el historiador, que es por sí solo un monumento imperecedero, que atestigua que aquel fué el pensamiento y la obra memorable de una mujer sublime, y que publica al mundo la gloria de su ilustre fundadora (1).

Por esta razon el papa Bonifacio IX se dirigia principalmente á ella en todo lo relativo á los negocios de la religion en sus dominios, y en sus sabios y prudentes consejos ponia el santo Pontífice toda su confianza de que su esposo perseverase en la fe católica, en la adhesion á la Santa Sede y en la santa obra de atraer á los infieles al Catolicismo y á todos sus pueblos á la piedad. (*Brev. Bonif. IX.*) Esto consistia en que ella lo era todo en la córte; nada grande ni útil se hizo jamas sino por ella, especialmente respecto á la religion, lo cual le habia valido el título de *Plantador de la fe católica de Lituania*. (*Ibid.*)

El celo de Santa Eduvígis por los intereses civiles y políticos de sus vastos estados no era ménos extraordinario que su celo por sus intereses religiosos. Ved aquí algunos rasgos, por los que se podrá juzgar de los demas. Para apaciguar un movimiento que se habia creido sedicioso en la Alta Polonia, se habia trasladado Uladislao á Gnesne, y en un movimiento irreflexivo de cólera habia hecho secuestrar todos los ganados de los pretendidos culpables. Esta medida habia llevado el desconsuelo á todo el país, y habia introducido la miseria y la desgracia en gran número de familias. Venturosamente la Reina habia ido tambien á aquella ciudad, y enterada de cuanto habia pasado, y movida por las lágrimas de los muchos desgraciados que habian recurrido á ella, habló con el Rey, le hizo conocer su error y su injusticia, y le obligó á restituir todo lo que habia tomado. Pero esto no la satisfizo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

completamente, y en esta ocasion fué cuando pronunció aquellas grandes y hermosas palabras, que la historia ha consignado y que los pueblos recordarán siempre con alegría; aquellas grandes y hermosas palabras, noble expresion de dolór de una Reina que ama á sus pueblos como madre: «Sí, dijo ella, nosotros hemos restituido á esos desgraciados sus bienes; pero ¿quién les restituirá las lágrimas que han derramado?» (1).

En otra casion, dos grandes y poderosos señores de la Lituania, que estaban en pugna, habian dividido en dos partidos y puesto en combustion la provincia; la guerra civil habia estallado, y seguia en ella con todos sus horrores. El Rey se presentó al momento en ella, y tuvo cuidado de llevar á la Reina consigo. ¡Pensamiento feliz! Lo que el Rey no pudo obtener con sus amenazas lo obtuvo la Reina con la majestad de su presencia, con el poder de sus exhortaciones y con los encantos de su afabilidad: la paz fué restituida al país. No sólo se reconciliaron al momento los dos partidos, sino que convinieron entre sí que en todas las cuestiones que pudieran originarse en lo sucesivo, en vez de acudir á las armas y destruirse mutuamente con la guerra, se remitiesen al arbitraje de la Reina, á quien desde aquel momento eligieron y constituyeron juez único de todas sus querellas (2). Tal era la confianza que tenian todos en su sabiduría y en su justicia.

Habiendo estallado más tarde una verdadera sedicion en Posnania, quiso el Rey mandar allí un ejército. Pero sabiendo Santa Eduvígis que pocas veces se sublevan los pueblos sin ser provocados por el abuso de la autoridad, se opuso á esta medida. «No se necesita fuerza, dijo ella, sino justicia», y adivinó la verdad. La causa de aquel desórden, que habia degenerado en una verdadera guerra civil, era el gobernador mismo de la provincia, que vendia la justicia, oprimia á la inocencia, que desposeia á sus administrados de sus propiedades; y por lo mismo le llamaban el demonio sanguinario (*cruentus Satanas*). Ella, por consiguiente, se presentó

(1) «Regina commota, erroris regis correpto, singula pignora restituit, ferturque in amaritudine pectoris dixisse: Et si pecora colonis rediddimus, quis eis effusas lacrymas restituet.» (Dlugosius, lib. x.)

(2) «Conventum est, utroque probante, ut si novæ simultates et odia inter illos orirentur, ad Hedwigem reginam, quam sibi uterque in arbitrum communem delegerat, haberetur recursus.»

en aquella comarca sin tropa alguna; destituyó al magistrado, anuló todos sus actos, le obligó á indemnizar con sus bienes á aquellos á quienes habia perjudicado, y le condenó á prision perpétua. Desde aquel momento todo entró en órden y la gran Reina se volvió acompañada de las bendiciones y del reconocimiento de sus pueblos.

Santa Eduvígis, mediadora poderosa de la paz y baluarte inexpugnable de la justicia, supo hacer con el mejor éxit la guerra y ponerse ella misma á la cabeza de los ejércitos, para defender la integridad y la felicidad de sus Estados. En una ocasion, miéntras que su regio esposo estaba ocupado en una expedicion en la Lituania, supo ella que los húngaros habian hecho una irrupcion en el reino de Polonia y se habian apoderado ya de muchas ciudades. Sin perder un instante, reunió los nobles y los barones, é improvisó un nuevo ejército, que condujo ella misma á los puntos invadidos. Allí, con gran admiracion de todos sus generales, desplegó el talento militar y el valor de un experimentado guerrero. Ella dirigia los sitios, mandaba los asaltos y daba las batallas en campo raso, y todo el ejército le obedecia con entusiasmo, encantado de verse mandado por su generála. Ella bate al enemigo en todos los encuentros; ella le quita la ciudad importante de Leopol; ella se apodera de otras ciudades por sorpresa, y no sólo reconquista todas las tierras rusas que los húngaros habian usurpado, sino que se pone en posesion de una vasta extension de territorio que se le sometió voluntariamente y se incorporó á la Polonia; hecho heroico y memorable para siempre, dice el historiador, que atrajo á esta importante mujer un recuerdo de eterno agradecimiento de parte de los polacos (1).

Admírense otros de que una mujer obrase tales maravillas; á nosotros no nos causa admiracion. Ella era santa, y una mujer santa lo puede todo. Su fe y sus virtudes equivalen en ella al talento necesario para gobernar un estado y áun para dirigir un ejército. Ved aquí el retrato moral que Dlugosio ha trazado de Santa Eduvigis: «Siendo un prodigio de belleza, dice, era mucho más encantadora por sus costumbres y por sus virtudes. Jamas se habia visto en la córte una jóven, en la edad de las frivolidades y de los place-

(1) «Sempiternum pro hujusmodi heroico opere, apud Polonos, habitura recordium.» (Dlugosius, lib. x.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

res, más retirada del mundo ni más consagrada á la religion. Su devocion era extraordinaria y su amor de Dios inmenso. Ella ponia un cuidado especial, no en halagar su cuerpo con la molicie, la vanidad y el lujo, sino en domarlo con la abstinencia y el cilicio. Nadie pudo sorprender jamas en ella una falta la más leve; jamas se vió en ella el más leve movimiento de orgullo, de envidia, de vanidad ó de cólera. Las cosas mundanas le causaban hastío en vez de llamar su atencion. Sus delicias consistian en la oracion y en la lectura de la Escritura Santa, de las homilías de los padres de la Iglesia y de los escritos de San Bernardo, que hizo traducir en lengua polaca. Siendo más bien madre que Reina de sus pueblos, lo era de un modo más especial de las viudas, de los huérfanos, de los extranjeros y de todos los que sufrian ó se hallaban en la desgracia. Tal era la ternura con que los amaba y la liberalidad sin límites con que los socorria. En una palabra, tal fué el esplendor de sus costumbres, que, durante su vida, fué venerada universal y constantemente como el simulacro viviente de la santidad, y despues de su muerte fué amada y celebrada en todo el mundo católico (1). Pero permítasenos aquí una observacion.

No es tan fácil hacer de diferentes pueblos un solo pueblo, como lo es conquistarlos y formar la union de ellos en el papel. La fuerza y la ciencia diplomática pueden someter diferentes pueblos á un mismo yugo, pero no pueden jamas unirlos y hacer de ellos una misma nacion. Pueblos diferentes no se hacen un solo pueblo sino por la profesion de una misma religion y el goce de unos mismos derechos. Porque las provincias que la Francia, por ejemplo, conquistó eran católicas como ella, y porque las admitió al goce de los mismos derechos que los franceses, fué por lo que esas provincias se hicieron francesas, y siendo alemanas por su idioma y por sus costumbres, jamas han deseado pertenecer al gobierno aleman. Lo mismo sucederá al África cuando se haga cristiana; ella se envanecerá, como la Alsacia y Córcega, de ser francesa. Esto consiste en que la Francia, fiel al espíritu tradicional de su origen, no ve más que franceses en los pueblos que conquista, y los trata, no

(1) «Universo orbi catholico adeo, propter claritatem morum grata et celebris ut omnes illam in vita veluti sanctitatis simulacrum venerarentur.» (Dlugosius, lib. x.)

como á extranjeros subyugados por la fuerza, sino como á amigos atraidos por el amor; no como á esclavos, sino como á hijos y hermanos. Pero ese espíritu, que ha formado de diferentes pueblos *una sola Francia*, cuyo poder para hacer prosélitos es incomparable, es eminentemente cristiano, y sólo cristiano; porque el Cristianismo procura borrar, donde quiera que puede obrar con libertad, la diferencia entre vencedores y vencidos, entre conquistadores y conquistados, entre señores y esclavos, y trata de reunir á los pueblos por el amor. Y este espíritu, como hemos visto ya, se ha introducido en las costumbres francesas por las mujeres que cristianizaron la Francia. Por consiguiente, la nacionalidad francesa es obra de la religion y de las mujeres.

Lo mismo sucedió á la nacionalidad polaca; porque no sin razon se llama á los polacos los franceses del Norte. Lo que Santa Clotilde y Santa Vatilda hicieron en Francia, Santa Eduvígis, cuyo retrato hemos trazado, en cuyas venas circulaba la sangre francesa (era biznieta del Duque de Anjou, hermano de San Luis), hizo en Polonia. Desde el momento en que los estados de Jagelon fueron incorporados á sus propios estados no vió ella en aquellos nuevos pueblos, que el matrimonio acababa de poner bajo su cetro, más que polacos: un solo pueblo del que ella era soberana: una sola familia, cuya madre era ella, y por consiguiente, los hizo instruir con el mismo celo, los gobernó con la misma justicia, los socorrió con igual cariño y los miró con el mismo amor.

Valiéndose de estos medios, es decir, haciendo entrar á todos sus diferentes pueblos en el gremio de la Iglesia católica, y poniendo por base del derecho público polaco la igualdad de derechos en todas las provincias, fué como Santa Eduvígis, tan grande en la política como en la fe, consiguió hacer de tantas naciones diferentes una sola nacion. Así, pues, la Polonia, no sólo le debe una prodigiosa extension de terreno, sino que tambien le debe su nacionalidad, su espíritu eminentemente católico y su poderosa unidad. Los soberanos que sucedieron á Santa Eduvígis han aumentado sin duda alguna, con su piedad y su valor, la fuerza y el esplendor de aquella nacion interesante; pero Santa Eduvígis fué quien la constituyó y la dotó de esas instituciones preciosas, que la hicieron tan grande, tan gloriosa y tan temible miéntras que una parte de su grandeza no cayó en la herejía y en la incredulidad y convirtió en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un vergonzoso tráfico el matrimonio cristiano, sino que todos respetaron la indisolubilidad del vínculo conyugal, y todos conservaron en el fondo de su alma la fe católica y la unidad de la Iglesia..... La Polonia no volverá á ser Polonia sino con estas condiciones.....

§ XLV.—Digresion sobre la Italia.—Ella lo debe todo á los Papas.—La condesa Matilde soberana en Italia.—Su elogio por M. Rohrbacher.—Ella fué el mejor soberano de su tiempo.—Ella sola defendió al Papa y á la Santa Sede.—El gran San Gregorio VII la amaba como á su hija.—Generosidad de sus donaciones á la Iglesia.—Ella fué quien fundó la Universidad de Bolonia, donde las mujeres son admitidas á enseñar.—Su modo de gobernar.—Grande época en que los tronos de Europa estaban ocupados por santas soberanas.—Conclusion sobre el bien inmenso que han producido las santas reinas.

Pero, siendo italiano, no debemos olvidarnos de la Italia. Segun las pruebas dadas por el Conde de Maistre (*Du Pape*, lib. III), no hay duda alguna en que, bajo el punto de vista político y religioso, la Italia lo debe todo á los Papas, y que sin los Papas, absorbida enteramente por la Alemania, nada hubiera conservado de italiano, ni áun el idioma, ni áun el nombre. Entre los Papas, el que más trabajó para la restauracion de las costumbres cristianas, para la libertad de la Iglesia y la independencia de la Italia, fué el admirable Hildebrando, Gregorio VII, el Papa más santo y más grande despues de San Pedro. Pero este protector poderoso de los pueblos, este restaurador celoso de la disciplina eclesiástica, este mártir intrépido de los grandes deberes del Pontificado, en sus terribles y largas luchas con el Imperio no encontró auxilio ni socorro más que en una mujer: la célebre condesa Matilde, la soberana de Toscana y de cuasi toda la Italia septentrional. «Los autores católicos de su tiempo, dice M. Rohrbacher, la llaman una *Débora;* ella era digna de ser comparada con aquella ilustre heroína de Israel, que salvó su religion y su pueblo cuando los hombres no tenian el valor necesario para hacerlo. Muchos reyes y príncipes afligian entónces á la Iglesia de Dios con una vida inútil y escandalosa, con el tráfico vil que hacian de las dignidades eclesiásticas y por su connivencia criminal en la incontinencia del clero. En vez de secundar á la Iglesia el emperador Enrique IV en la extirpacion

de estos desórdenes, los fomentaba para hacer la guerra á la Iglesia. Los príncipes normandos de Italia vacilaban en una alternativa de fidelidad y de hostilidad respecto á la Santa Sede. *Un solo hombre*, durante un reinado de más de cincuenta años, se mostró siempre fiel, siempre afecto á la Iglesia y á su cabeza, siempre dispuesto á secundarle en sus esfuerzos para la restauracion de la disciplina y de las costumbres clericales, siempre con la espada en la mano para defenderla contra sus enemigos más formidables, sin dejarse seducir por las promesas, ni intimidar por las amenazas, ni abatir por los contratiempos; y este hombre único *era una mujer*: la condesa Matilde.» (T. XIV, pág. 361.)

Era, en efecto, un espectáculo muy admirable el de una soberana defendiendo al Papa, en tanto que un soberano, el Emperador, tio de Matilde, lo perseguia con un encarnizamiento infernal; y enriqueciendo á la Iglesia con la generosa donacion que le hizo de todos sus estados y de todos sus bienes, miéntras que Enrique procuraba despojar á la Iglesia (1).

Penetrada la princesa Matilde de la mayor admiracion y del mayor afecto por las sublimes cualidades y el mérito del gran pontífice San Gregorio, lo veneraba como á un santo, lo amaba como

(1) Los estados de la condesa Matilde, al otro lado de los montes, comprendian la Italia central y cuasi toda la Lombardía. La donacion de ellos á la Iglesia fué hecha por primera vez en el año de 1077, y renovada por la piadosa soberana en 1102, en estos términos: «En el tiempo del señor papa Gregorio VII, en la capilla de la Santa Cruz, en el palacio de Letran, en presencia de muchos nobles romanos, hice donacion á *la Iglesia de San Pedro*, aceptándola el Papa, de todos mis bienes presentes y futuros, á uno y otro lado de los montes, é hice que se otorgára la correspondiente escritura; pero no encontrándose este documento, y temiendo que mi donacion pueda ser puesta en duda, la renuevo en este dia en manos de Bernardo, cardenal legado, con todas las ceremonias usadas en semejantes casos, y me desprendo de todos mis bienes en provecho del Papa y de la Iglesia romana, etc.—Hecho en Canosa, el dia 17 de Setiembre de 1102.» (Baron Asmal., *Ad an.* 1102.) Es tambien de notar que la condesa Matilde, en su primera donacion, se habia reservado el usufructo de sus bienes durante su vida, y que en esta segunda donacion se desprende tambien de este derecho. Así es que, á imitacion de las santas hermanas Pudenciana y Práxedes, las primeras mujeres convertidas en Roma por San Pedro, esta gran princesa se despojó de todo y se redujo á la condicion de una pobre particular, contenta con haber convertido sus bienes en patrimonio de la Iglesia. Yo no sé que ningun príncipe haya hecho otro tanto. La mujer ha amado á la Iglesia más que el hombre: *Dilexit multum.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á un padre, y lo reverenciaba como á la persona misma de Jesucristo. No contenta con defenderle con su poderosa influencia y con sus armas, hallándose fugitivo, lo recibió en sus estados, y, lleno de amargura, le consolaba con sus cartas afectuosas. San Gregorio VII la amaba á su vez como á su hija, y la miraba como el más firme apoyo y el más bello ornato de la Iglesia. En sus cartas la llama *la muy amada hija de San Pedro;* y en medio de sus cuidados y de sus combates por la causa de la Iglesia no dejaba de escribirle con frecuencia, de dirigir su conciencia, de instruirle en la perfeccion cristiana, y de animarla á las prácticas de la más elevada piedad. Ningun Papa ha tenido jamas mayor cuidado del alma de un simple fiel; ningun simple fiel ha sido más afecto al Papa, ni más digno de los cuidados especiales de un Papa.

La princesa Matilde, lo mismo que todas las santas reinas cuyos méritos y cuyas glorias hemos referido, ademas de ser una gran católica, fué tambien una grande soberana. Tan sábia como piadosa, tan celosa por la propagacion de la ciencia y de la literatura, como lo era por el esplendor del culto y por la conservacion de la religion, miéntras que adornaba sus estados con magníficas iglesias y con establecimientos piadosos y caritativos, multiplicaba en ellos las escuelas para la instruccion del clero y del pueblo. La Universidad de Bolonia, esa Universidad madre de las universidades, ese foco de luz y de civilizacion del mundo cristiano, fué el pensamiento de su espíritu y la obra de su magnificencia y de su liberalidad. Ella fué quien la fundó, la dotó, reunió en ella los más grandes hombres de su tiempo, y la hizo célebre para siempre (1). El genio de Carlo-Magno, el más grande de los soberanos cristianos, habia concebido este pensamiento; pero una soberana, la condesa Matilde, fué quien lo realizó.

Bajo el aspecto político y civil, los pueblos de la Italia sujetos á

(1) Por esta causa pueden *las mujeres* recibir todos los grados y el título *de doctor* en esta Universidad, y enseñar en ella todas facultades. La Universidad de Bolonia ha tenido, en efecto, desde aquella época muchas *doctoras* que han enseñado con mucho esplendor la Filosofía, la Jurisprudencia, la Medicina, la Anatomía y la Literatura. En nuestros dias la célebre doctora Tambroni se ha hecho admirar en ella por su conocimiento profundo en la lengua griega y por su método particular de enseñarla. El cardenal Mezzofonte, prodigio único en punto á idiomas, ha sido su discípulo.

su cetro no han estado jamas, ántes ni despues de ella, mejor gobernados por hombres, que lo estuvieron en el siglo XI por ésta mujer. En su reinado no había impuestos crecidos ó arbitrarios, no habia opresion; era el reinado del derecho, de la justicia, de la moderacion, de la clemencia, de la dulz ura y de la bondad. Estos han sido los caractéres generales del reinado de las mujeres católicas; de modo que, así como la Escritura envia al perezoso á la escuela de las hormigas para que aprenda en ella á trabajar, se puede enviar, sin temor de humillarlos demasiado, á los reyes y á los grandes políticos de nuestros dias á la escuela de la mujer católica, para que aprendan en ella á gobernar.

Entre tanto es necesario convenir que fué una época muy singular y muy feliz aquella en que se vió á un grande y santo Pontífice en la cátedra de San Pedro, y á otros soberanos santos en todos los tronos de Europa. Porque, en efecto, San Gregorio VII en Roma, San Luis en Francia, el piadoso rey Roberto en Borgoña, San Fernando en España, San Eduardo en Inglaterra, San Malcolm en Escocia, San Enrique en Alemania, San Wenceslao en Polonia, San Estéban y San Emeriko en Hungría, vivieron cuasi en el mismo tiempo. Pero todos estos santos reyes fueron obra de las santas princesas católicas que durante la Edad Media aparecieron en tan gran número y con tanto esplendor sobre todos los tronos del mundo cristiano. Siendo ellas prodigios de fe, y *no viviendo más que de la fe* como *el justo de Dios*, lograron persuadir esta misma fe á los príncipes sus hermanos, sus esposos ó sus hijos; y cuando eran paganos, ellas los hicieron cristianos; cuando estaban extraviados en los caminos de la herejía, ellas los atrajeron al Catolicismo; y cuando eran tibios ó indiferentes, ellas los convirtieron en apóstoles celosos, y áun en mártires generosos de esta misma religion. Siendo ellas prodigio de piedad, atrajeron á la verdadera piedad á unos hombres que no la conocian más que para mofarse de ella ó para perseguirla; siendo prodigios de pudor, hicieron reinar la castidad y áun la virginidad en medio del más horrible libertinaje y de la mayor corrupcion de costumbres; siendo prodigios de mansedumbre, corrigieron la barbarie original de unos caudillos feroces, inspiraron respeto á la vida del hombre á unos hombres para quienes el homicidio no era más que un juego, una costumbre, ó, cuando más, una faltilla leve, que se compensaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

legalmente con algunas monedas. Finalmente, siendo prodigios de devocion, la introdujeron en los gobiernos modernos; y de este modo echaron el fundamento á la civilizacion, cristianizaron el poder político, lo pusieron en armonía con las máximas del Evangelio, y formaron la educacion de las naciones y de las monarquías cristianas.

§ XLVI. — Otra observacion importante sobre la parte que han tenido las santas reinas en la formacion de las monarquías cristianas. — La abnegacion esencial de la monarquía cristiana, segun el Evangelio, es la *devocion*, como el de la monarquía pagana es la *dominacion*. — La abnegacion es el sentimiento particular de la mujer, y ella fué quien la estableció en las monarquías modernas. — Equivocacion sensible del Conde de Maistre en este particular. — Los príncipes cristianos de Oriente no han comprendido jamas el poder cristiano. — Los príncipes de Occidente han sido siempre cristianos como soberanos, áun cuando hayan sido como particulares. — La Iglesia ha civilizado la Europa con el auxilio de las mujeres.

Permítasenos aquí otra observacion sumamente importante sobre el venturoso resultado de la gran mision que ha ejercido la mujer católica colocada en el trono.

El Hijo de Dios y Redentor del hombre habia dicho lo siguiente: «Los príncipes de los gentiles los dominan, pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera ser mayor entre vosotros debe ser vuestro siervo; así como el *Hijo del hombre* no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida para la redencion de todos: *Principes gentium dominantur eorum, vos autem non sic; sed quicumque voluerit inter vos major fieri, sit minister vester; sicut Filius hominis venit ministrare, non ministrari, et dare animam suam redemptionem pro multis.*» (Matth., xx.) Segun estas inefables palabras, que el hombre no habia pronunciado jamas, y que sólo pudieron salir de la boca de un Dios, es de esencia de todo poder pagano, ó material ó satánico (que es lo mismo), ser *dominador*; así como es de esencia de todo poder cristiano la *abnegacion*. Entre los paganos el súbdito no existe sino para servir al poder, y entre los cristianos el poder no existe sino para servir al súbdito. En toda sociedad pagana el poder es un ídolo, en cuyo obsequio todos deben sacrificarse; en toda sociedad cristiana el poder es una víctima, que debe sacrificarse á la felicidad de todos, á ejemplo del Hijo de Dios hecho Hombre, que bajó del cielo para servir al hombre y sacrificarse por el hombre. ¡Grande y sublime doctrina, en la que se contiene un órden de cosas enteramente nuevo! Ella es la que ha obrado los prodigios de la Iglesia cristiana, del Estado cristiano y de la familia cristiana; tres prodigios desconocidos de los pueblos paganos, y que han cambiado la faz del mundo. Así es que, en esta Iglesia, en este Estado, en esta familia, el poder es soberanamente *conservador* de todo lo que está subordinado á él. Él todo lo dirige, todo lo ordena, pero nada destruye; y su fórmula es: *Yo existo para todos.* Miéntras que en todo sociedad religiosa pagana, en todo Estado pagano, en toda familia pagana, el poder soberano *absorbe* todos los poderes subalternos. Él todo lo explota, todo lo destruye y nada conserva, excepto lo que constituye su utilidad, lisonjea sus caprichos y sus pasiones; y su fórmula es: *Todo existe para mí; la religion soy yo, el Estado soy yo, la familia soy yo.* Más claro: la historia de todo poder pagano se resume en esta palabra, *dominacion;* miéntras que la historia de todo poder verdaderamente cristiano se resume en la palabra *abnegacion.*

Áun cuando los individuos de mi sexo se resientan de ello, lo he de decir con franqueza: el hombre nada entiende de abnegacion. La abnegacion es la ciencia particular, el sentimiento, la necesidad propia de la mujer. En efecto, Dios crió á la mujer para que ayudase al hombre: *faciamus adjutorium:* y ayudar, para el sér inteligente, es someterse á la voluntad ajena. Siendo, pues, la abnegacion, segun los designios de Dios, el destino especial de la mujer, á la mujer en particular es á quien ha dado Dios la inteligencia, el instinto y la habilidad de practicarla. El hombre debe tambien someterse, y en efecto él será sumiso si es cristiano. Pero la sumision en el hombre tiene algo de ruda, de exagerada y de desagradable, que se parece algo á la fuerza; en efecto, parece que en el hombre la sumision misma no es otra cosa que la dominacion. Por el contrario, en la mujer la sumision tiene algo de delicado, de exquisito y de encantador, que se parece mucho á la gracia. No parece sino que en la mujer áun la dominacion misma no es otra cosa que la sumision. Semejante á la accion de la gracia de Dios, que es su orígen, la sumision de la mujer atrae cediendo, y arrastra acariciando; domina, pero sin violentar; obtiene los re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

legalmente con algunas monedas. Finalmente, siendo prodigios de devocion, la introdujeron en los gobiernos modernos; y de este modo echaron el fundamento á la civilizacion, cristianizaron el poder político, lo pusieron en armonía con las máximas del Evangelio, y formaron la educacion de las naciones y de las monarquías cristianas.

§ XLVI. — Otra observacion importante sobre la parte que han tenido las santas reinas en la formacion de las monarquías cristianas. — La abnegacion esencial de la monarquía cristiana, segun el Evangelio, es la *devocion*, como el de la monarquía pagana es la *dominacion*. — La abnegacion es el sentimiento particular de la mujer, y ella fué quien la estableció en las monarquías modernas. — Equivocacion sensible del Conde de Maistre en este particular. — Los príncipes cristianos de Oriente no han comprendido jamas el poder cristiano. — Los príncipes de Occidente han sido siempre cristianos como soberanos, áun cuando hayan sido como particulares. — La Iglesia ha civilizado la Europa con el auxilio de las mujeres.

Permítasenos aquí otra observacion sumamente importante sobre el venturoso resultado de la gran mision que ha ejercido la mujer católica colocada en el trono.

El Hijo de Dios y Redentor del hombre habia dicho lo siguiente: «Los príncipes de los gentiles los dominan, pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera ser mayor entre vosotros debe ser vuestro siervo; así como el *Hijo del hombre* no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida para la redencion de todos: *Principes gentium dominantur eorum, vos autem non sic; sed quicumque voluerit inter vos major fieri, sit minister vester; sicut Filius hominis venit ministrare, non ministrari, et dare animam suam redemptionem pro multis.*» (Matth., xx.) Segun estas inefables palabras, que el hombre no habia pronunciado jamas, y que sólo pudieron salir de la boca de un Dios, es de esencia de todo poder pagano, ó material ó satánico (que es lo mismo), ser *dominador*; así como es de esencia de todo poder cristiano la *abnegacion*. Entre los paganos el súbdito no existe sino para servir al poder, y entre los cristianos el poder no existe sino para servir al súbdito. En toda sociedad pagana el poder es un ídolo, en cuyo obsequio todos deben sacrificarse; en toda sociedad cristiana el poder es una víctima, que debe sacrificarse á la felicidad de todos, á ejemplo del Hijo de Dios hecho Hombre, que bajó del cielo para servir al hombre y sacrificarse por el hombre. ¡Grande y sublime doctrina, en la que se contiene un órden de cosas enteramente nuevo! Ella es la que ha obrado los prodigios de la Iglesia cristiana, del Estado cristiano y de la familia cristiana; tres prodigios desconocidos de los pueblos paganos, y que han cambiado la faz del mundo. Así es que, en esta Iglesia, en este Estado, en esta familia, el poder es soberanamente *conservador* de todo lo que está subordinado á él. Él todo lo dirige, todo lo ordena, pero nada destruye; y su fórmula es: *Yo existo para todos.* Miéntras que en todo sociedad religiosa pagana, en todo Estado pagano, en toda familia pagana, el poder soberano *absorbe* todos los poderes subalternos. Él todo lo explota, todo lo destruye y nada conserva, excepto lo que constituye su utilidad, lisonjea sus caprichos y sus pasiones; y su fórmula es: *Todo existe para mí; la religion soy yo, el Estado soy yo, la familia soy yo.* Más claro: la historia de todo poder pagano se resume en esta palabra, *dominacion;* miéntras que la historia de todo poder verdaderamente cristiano se resume en la palabra *abnegacion.*

Áun cuando los individuos de mi sexo se resientan de ello, lo he de decir con franqueza: el hombre nada entiende de abnegacion. La abnegacion es la ciencia particular, el sentimiento, la necesidad propia de la mujer. En efecto, Dios crió á la mujer para que ayudase al hombre: *faciamus adjutorium:* y ayudar, para el sér inteligente, es someterse á la voluntad ajena. Siendo, pues, la abnegacion, segun los designios de Dios, el destino especial de la mujer, á la mujer en particular es á quien ha dado Dios la inteligencia, el instinto y la habilidad de practicarla. El hombre debe tambien someterse, y en efecto él será sumiso si es cristiano. Pero la sumision en el hombre tiene algo de ruda, de exagerada y de desagradable, que se parece algo á la fuerza; en efecto, parece que en el hombre la sumision misma no es otra cosa que la dominacion. Por el contrario, en la mujer la sumision tiene algo de delicado, de exquisito y de encantador, que se parece mucho á la gracia. No parece sino que en la mujer áun la dominacion misma no es otra cosa que la sumision. Semejante á la accion de la gracia de Dios, que es su orígen, la sumision de la mujer atrae cediendo, y arrastra acariciando; domina, pero sin violentar; obtiene los re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sultados de la fuerza, pero con las armas de la dulzura y de la suavidad.

El Evangelio es quien ha revelado al mundo, como ya hemos visto, la doctrina de la abnegacion. La Iglesia ha dado el ejemplo de ella en su constitucion divina, en la que el poder supremo es eminentemente conservador de los poderes subalternos, y no es otra cosa que el *siervo de todos* (*Servus servorum Dei*). La Iglesia la ha dado tambien á conocer por medio de su predicacion, y la ha hecho posible en la práctica por la gracia de que ella es la dispensadora. Pero la mujer católica es quien mejor la ha comprendido, la ha realizado en una grande escala, y la ha hecho reinar en la familia y en el Estado (1). Por ella el hombre en la familia fué un padre, y no un señor, y en el Estado fué un salvador, y no un tirano. Ella fué quien domesticó con sus encantos y sus virtudes al robusto salvaje del Norte, lo despojó de su ferocidad, lo civilizó, haciéndolo cristiano, é hizo de aquellos atletas de la fuerza los protectores del derecho, los defensores de la flaqueza y el prodigio de los reyes cristianos. Con este fin formó la gracia é hizo aparecer como por encanto un gran número de princesas santas en todas las córtes de Europa, y este fin precioso á que aquellas grandes almas se dirigieron, ha hecho la ventura y la gloria de su sexo y de las naciones cristianas.

(1) Es muy sensible que el Conde de Maistre, ese genio tan ilustrado y tan cristiano, á pesar de haber consignado el mismo hecho que nosotros hemos demostrado por nuestros retratos de las santas reinas, á saber, que los reinados de las mujeres han sido mucho más brillantes y más felices que los reinados de los hombres, haya ido á buscar la razon de este hecho en el amor propio de la mujer, en vez de buscarlo en su *abnegacion;* y es todavía mucho más sensible que para probar la superioridad del reinado de las mujerrs sobre el de los hombres haya alegado los reinados de Isabel de Inglaterra y de Catalina de Rusia, es decir, los reinados de las mujeres más hipócritas, más disipadas y más feroces, que más han deshonrado la monarquía cristiana en los tiempos modernos; el reinado de dos mujeres vergüenza de su sexo y azotes de la humanidad. ¡Cuán fácil le hubiera sido recordar los reinados de algunas de las santas reinas cuyo catálogo hemos presentado! No es el reinado de la mujer en general, sino el reinado de la mujer santa, la mujer católica, el que ha sido y será siempre mejor que el reinado de los hombres; y la razon de esto es que la mujer santa, la mujer católica, comprende y sabe practicar mejor la abnegacion del poder respecto al súbdito, que es el constitutivo esencial de la soberanía cristiana, que es la fuente de la felicidad de los pueblos y la condicion *sine qua non* de un reinado feliz.

En Oriente hubo tambien princesas virtuosas, pero fueron una excepcion. Así es que el poder público permaneció siempre pagano, áun despues que los Emperadores se hicieron cristianos. El hombre era cristiano, mas el príncipe no lo era. ¿Quereis saber cómo respetaban aquellos príncipes la vida de sus súbditos? Acordaos de las matanzas de los ciudadanos de Tesalónica. ¿Quereis saber cómo comprendian ellos el derecho de propiedad? Recordad que entre ellos habia una ley que declaraba que todo jardin ó toda viña en la que un miembro de la familia imperial se dignase coger una flor ó una fruta, quedaba hecha en el mismo acto una propiedad de la Corona.

En virtud de esta extraña ley despojó Eudoxia á una pobre viuda de una pequeña viña con que se sostenia y alimentaba á sus hijos. En vano representó San Juan Crisóstomo contra aquella violencia del derecho natural y de la ley cristiana. Él no consiguió otra cosa que el destierro, y el despojo quedó consumado. El elemento pagano permaneció en aquellas córtes, áun despues que sus miembros se hicieron cristianos, y se le veia aparecer contínuamente en su conducta y en sus leyes. Ellos quisieron dominar siempre, y dominarlo todo, áun la Iglesia misma. Ellos quisieron gobernar la Iglesia, no sabiendo gobernar el Estado; hasta que consiguieron degradar la Iglesia de aquellos desventurados países por el cisma, y abandonar el Estado á la dominacion de los mahometanos.

Todo lo contrario sucedió en Occidente. Los príncipes á quienes la santidad y las virtudes de tantas mujeres prodigiosas habian convertido al Cristianismo, permanecieron siempre cristianos, al ménos como Reyes. Áun en los casos en que el cristiano se eclipsaba ó desaparecia en el hombre, permanecia siempre en el Rey. El Rey era siempre cristiano por sus leyes, áun cuando el hombre no lo fuese por su conducta.

Así pues, la Iglesia, como ya hemos dicho, fué quien, por medio de sus Pontífices y sus Concilios, condenó y destruyó en la Edad Media todos los errores en Oriente, infundió y extendió en Occidente todas las verdades, y reunió todos los pueblos de la Europa en el gran redil de la union católica. La Iglesia fué quien, por medio de sus obispos y de sus misioneros, que envió por todas partes, convirtió los pueblos al Cristianismo, y formó en ellos el prodigio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de las nacionalidades y de las monarquías, desconocido en los países paganos. Pero esto fué porque los Pontífices, los Concilios, los obispos y los misioneros de la Iglesia se dirigieron á las mujeres reinantes, y fueron comprendidos, ayudados y asistidos por ellas; de modo que toda la historia de la civilizacion moderna se puede resumir en estas palabras: La Iglesia ha civilizado al mundo, pero ha sido con el concurso y la cooperacion de las mujeres.

Pero la mujer verdaderamente católica, de un rango inferior, la mujer verdaderamente católica, áun de las últimas clases de la sociedad, en el claustro ó fuera de él, hizo tanto en la misma época, con su piedad y con su celo, como la mujer católica reina, en la grande obra de cristianizar los pueblos y civilizar el mundo. Esto es lo que nos falta demostrar para completar el cuadro de las grandezas de la mujer católica en la Edad Media. No nos será posible nombrar aquí á todas las grandes mujeres de aquella época, que, sin ser reinas, participaron de sus trabajos y de sus glorias en el combate contra el error, en la defensa y en la propagacion de la verdad católica, en la fundacion de los establecimientos piadosos, en la formacion de las costumbres públicas de los pueblos cristianos y en el desarrollo de los principios y de las virtudes del Evangelio. Nosotros no haremos más que indicar algunas de las más célebres; pero para esto es necesario que volvamos atras y que recorramos, aunque ligeramente, los primeros siglos de la misma época. Comenzarémos, pues, por la Francia, que fué donde nació y de donde partió aquel gran movimiento regenerador, que mudó en tónces la faz del mundo.

CONTINUACION DE LA MISMA ÉPOCA.

SIGUE LA EDAD MEDIA.

LAS MUJERES RELIGIOSAS, Ó LA MUJER CATÓLICA RETIRADA DEL MUNDO, AFIRMANDO LA RELIGION, POPULARIZANDO LA SANTIDAD EN EL MUNDO, Y COOPERANDO Á LA FUNDACION DE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS RELIGIOSOS.

§ XLVII.—La virtud de la castidad se hace popular en la Edad Media por el ejemplo de las santas reinas.—La profesion de la virginidad es mirada por las jóvenes como su estado natural.—Sus mismos padres se consideran felices en consagrarlas al Señor, y ellas se consideran más felices aún en ser consagradas.—Santa Genoveva.—La esposa de San Valdril, Santa Gertrúdis de Francia y Santa Godaberta son una prueba de esta generosa tendencia de las mujeres.—La institucion de la festividad del Córpus fué obra de las mujeres religiosas.

Ya hemos visto que la virtud principal con que la mujer católica, colocada en el trono, brilló con más esplendor, y obró tantas maravillas en el órden político y en el órden religioso, fué la castidad. La reina católica de la Edad Media, con pocas excepciones, se hizo siempre admirar, ó por la observancia más severa del pudor conyugal, ó por la profesion de la virginidad áun en el matrimonio, ó, en fin, por la prontitud con que, en el momento que pudo hacerlo, renunció á todo cuanto la ligaba á la carne y á la sangre, y fué á encerrarse en el claustro, para vivir allí la vida del espíritu.

Estos ejemplos, venidos de tan alto, no podian dejar de hacer una profunda impresion en las personas que rodeaban á las augustas matronas que los daban, y mucho más en los grados inferiores de la jerarquía social, persuadiendo en ellos su imitacion.

Esta es la razon por qué la profesion de la castidad ó de la virginidad voluntaria se hizo en la Edad Media tan comun y tan popular en todas las clases. En los mismos palacios reales, por una princesa que contraia matrimonio, tres ó cuatro dejaban la córte, se retiraban á algun convento fundado por ellas, y en él se consagraban á Dios con el voto de virginidad. Movidas por su ejemplo las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jóvenes de las más nobles familias, corrian de todas partes á los mismos conventos á participar en ellos de los mismos méritos por la gloria de los mismos sacrificios. Aquellas á quienes sus circunstancias particulares impedian abrazar la vida del claustro, se hacian ordenar de diaconisas ó recibian simplemente el velo de las vírgenes; y sin dejar sus casas, eran, sin embargo, vírgenes sagradas, dedicadas al servicio de Dios ó de la Iglesia, y por esta razon las comprendemos á todas ellas bajo el nombre de *mujeres religiosas*. De este modo se explica el fenómeno, propio de la Edad Media, de la gran multitud de monasterios que se levantaron como por encanto y cubrieron los países cristianos, y de la multitud inmensa de vírgenes de todas las clases de la sociedad, reunidas en estos lugares santos ó viviendo en sus casas particulares. En Francia, sola la pequeña ciudad de Viena contaba, en el siglo VII, trescientas religiosas en clausura, y la diócesis sesenta monasterios, sin contar otras muchas comunidades de mujeres piadosas que vivian reunidas, y de vírgenes que vivian en sus casas. No habia ciudad ni aldea en la Europa católica que no tuviese una ó muchas casas de religiosas. No habia familia alguna que no se creyese honrada y dichosa en dar una esposa á Jesucristo y una sierva á la Iglesia. Era una vergüenza y una desgracia para los padres que tenian muchas hijas, no tener ninguna que profesase la santa virginidad, y los padres que no tenian hijas, las pedian á Dios con el objeto de poder consagrarlas á Él. Se creia (y habia motivo para creerlo) que una hija consagrada á Dios era al mismo tiempo una víctima de expiacion y un intercesor poderoso para su familia, capaz de alejar de ella todas las desgracias, y de atraer sobre ella toda felicidad y toda bendicion.

Pero los padres no se daban tanta prisa para consagrar á Dios sus hijas, como éstas para ser congradas á Él. Parecia que en aquella época las jóvenes de todas las categorías miraban el estado de la virginidad como su estado normal, y el del matrimonio como un estado excepcional: tan comun era entre ellas la tendencia de preferir la virginidad al matrimonio. La pastora de Nanterre, Santa Genoveva, fué de este número. Ella era *un tesoro escondido en el campo de la Iglesia*, que el gran San German tuvo la gloria de descubrir. Los santos son los que conocen á los santos, y los ponen á la vista de todos para la felicidad de todos. Yendo San German á

evangelizar á la Gran Bretaña, y habiéndose detenido en la aldea de Nanterre, cerca de París, vió entre la multitud que le rodeaba una jóven en quien creyó notar algo de celestial, y con gran admiracion de todos, la saludó, inclinando respetuosamente la cabeza: ésta era Santa Genoveva. El santo obispo la hizo aproximar, y despues de haber felicitado á sus padres por tener tal hija y de haberles encargado que cuidasen de ella, *porque esta niña*, les añadió, *será un dia el ejemplo y la felicidad de los mismos hombres*, dirigiéndose á la misma jóven le dijo: «¿Quieres tú, mi buena niña, consagrarte á Jesucristo como á esposa suya?—Yo no quiero más que eso, le respondió Genoveva; ése ha sido mi pensamiento y mi deseo desde mi infancia. Santo obispo, ¿no querreis tener la bondad de darme vos mismo la bendicion solemne de las vírgenes?—Nada se opone á ello», replicó San German. En seguida se dirigieron á la iglesia, hicieron largas oraciones, cantaron salmos, teniendo entre tanto el santo obispo su mano consagrada sobre la cabeza de la jóven. Finalmente, habiendo pronunciado Genoveva en presencia del pueblo su voto de virginidad, que debia hacerla un dia la madre del pueblo, San German le impuso las manos y la consagró diaconisa. (Rohrbacher, *Vida de Santa Genoveva.*) Pero despues trataremos de las grandezas de esta admirable vírgen y del bien que hizo á su patria.

San Valdril, padre de Pipino, no amaba al mundo. Pero deseando el rey Dagoberto tenerlo á su lado (porque los reyes son felices cuando tienen un santo cerca de sí), le dió un cargo importante en la córte, y, de acuerdo con sus padres, le obligó á contraer matrimonio. San Valdril consintió en ello; pero habiendo hablado á su vírgen esposa, el dia mismo de las bodas, del mérito de la continencia, y habiéndole revelado su deseo de dejar el mundo y de servir á Dios en la virginidad, su santa esposa, alegre al oir esta declaracion, le dijo: «Señor, ¿por qué no me habeis hablado ántes? Sabed que yo no tengo más deseo que el de permanecer vírgen y de consagrarme al Señor. La única gracia que pido, es que no retardeis un solo instante el cumplimiento de vuestra santa resolucion. Yo haré lo mismo que vos.» En el momento San Valdril se cortó los cabellos, distribuyó entre los pobres y las iglesias la mayor parte de sus bienes, y dando el velo de las vírgenes á su esposa y encerrándola en un convento, se retiró él tambien al monasterio de Montfaucon, en la diócesis de Reims.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santa Gertrúdis, hija del ilustre Pipino, mayordomo del palacio, y venerado como santo en el Brabante, era una princesa del talento más elevado y de la mayor hermosura. Ya habia cumplido catorce años, y como un dia hablasen sus padres, en su presencia, de casarla con un gran señor del reino, les dijo: «En cuanto á mí, no quiero más esposo que Jesucristo, Rey del cielo.»

Su madre, Santa Itta ó Ithuverga, muy alegre al oir esta declaracion de su santa hija, le cortó ella misma al momento los cabellos en forma de corona, le hizo dar el santo velo por el obispo San Amand, y la llevó al monasterio de Nivelle, que ella habia fundado, y donde, á la muerte de su santo esposo, fué ella misma á reunirse á su hija para servir á Dios bajo su direccion. Santa Gertrúdis, por su parte, á la cabeza de este monasterio, en calidad de abadesa á la edad de veinte años, se hizo célebre é hizo de él un plantel de santas.

Santa Godeberta de Amiens, noble vírgen, igualmente iba á ser casada. San Eloy, aquel gran obispo y apóstol de la Gaula, se hallaba presente á la reunion de los padres de la jóven en que trataron de este matrimonio, y conociendo las santas y generosas intenciones de la jóven, se acercó á ella, le puso un anillo en el dedo, y dijo: «Es inútil tratar del matrimonio de esta vírgen con un hombre, porque ella está ya desposada con el Hijo de Dios; ¿no es verdad, hija?—Sí, respondió ella, con los ojos radiantes de gozo; yo no quiero más que eso, yo no quiero más esposo que el Esposo de las vírgenes, el Señor.» San Eloy le dió el velo, y el Rey mismo le hizo donacion del palacio que tenía en Noyon, con el oratorio de Santa Genoveva. Santa Godeberta estableció en él una numerosa comunidad para servir á los enfermos y á los pobres, y en él obró prodigios de celo y de caridad. Por esta causa es honrada como patrona de Noyon. Tal era el atractivo particular que la virginidad voluntaria, la más bella virtud del Evangelio, tenía para las jóvenes de aquella época, que la incredulidad de nuestros dias nos representa como la época que ignoró el espíritu y conculcó las máximas del Evangelio.

En la misma época otras santas mujeres hicieron otra preciosa donacion á la Iglesia. La bienaventurada Juliana, religiosa hospitalaria de Mont-Cornillon, diócesis de Lieja, tuvo toda su vida una devocion especial al Santísimo Sacramento. Pasar las noches y los

dias enteros ante la Santa Eucaristía era su mayor felicidad. A la edad de diez y seis años tuvo ella una vision, en la que el divino Salvador le manifestó que faltaba en la Iglesia una festividad para honrar particularmente al augusto misterio de los altares, y que ella debia comenzar esta festividad, y anunciar que debia celebrarse. La sierva de Dios no podia dudar que ésta era la voluntad del Altísimo; sin embargo, por un sentimiento de humildad y de desconfianza de sí misma, propio de los santos, se excusó, por espacio de veinte años, de ejecutar esta órden, diciendo que una mision de esta importancia convendria mejor á algun doctor de la Iglesia. Pero instando continuamente el Señor, Juliana accedió al fin, y descubrió su revelacion á Juan de Lausana, canónigo de Lieja, hombre de una virtud singular y de una doctrina igual á su virtud, rogándole que consultase sobre el particular á los mejores teólogos, sin nombrarla á ella. Juan lo descubrió todo á Jacobo Pantaleon, entónces arcediano de Lieja, y despues Soberano Pontífice bajo el nombre de Urbano IV, á Hugo de San Caro, entónces provincial de los dominicanos, y despues cardenal; á Guy, obispo de Cambray; al canciller de la iglesia de París y otros muchos personajes eminentes en virtud, en ciencia y en santidad. Todos ellos fueron de parecer que era justo y útil á la Iglesia celebrar la institucion del Santísimo Sacramento con más solemnidad que se habia hecho hasta entónces. En vista de este parecer, el obispo de Lieja, en virtud de un mandato al clero de su diócesis, ordenó, en el año de 1246, la celebracion de esta fiesta todos los años el juéves despues de la octava de la Santísima Trinidad. Hugo de San Caro, que habia sido entre tanto creado cardenal y enviado á Alemania como legado, hizo lo mismo por una carta dirigida á todos los prelados y á todos los fieles de su legacion. Pero los teólogos puritanos de Lieja pensaron de otro modo, y aprovechándose de la debilidad de Enrique de Hueldre, sucesor de Roberto en la silla de aquella ciudad, cuyo espíritu era más militar que eclesiástico, se pusieron á declamar contra la nueva festividad, á poner en ridículo las revelaciones de Juliana, á perseguir á la santa religiosa, hasta el punto de desterrarla de Lieja, y la festividad se suspendió. Pero ¿quién puede oponerse á la voluntad de Dios? Porque, en efecto, Él queria verdaderamente que se celebrase esta hermosa festividad. Así fué que la oposicion que hicieron los falsos celosos sólo sirvió para hacerla

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

universal en toda la cristiandad. Habiendo muêrto la bienaventuda Juliana, otra santa religiosa de Lieja, llamada Eva, su amiga y heredera de su espíritu y de su devocion, tomó á su cargo la institucion de la festividad; ella obligó al obispo á escribir al papa Urbano IV, á quien ella habia conocido en Lieja, el cual, despues de haber deliberado sobre el particular con el Sacro Colegio y con los teólogos de Roma, publicó su magnífica bula del año de 1264, por la que ordenó la fiesta del Santísimo Sacramento en toda la Iglesia. Al mismo tiempo el Santo Padre habia dado la comision al angélico doctor Santo Tomás de Aquino, que se encontraba entónces en Roma, de componer el oficio para la nueva festividad, á lo cual debemos los himnos y la prosa del Santísimo Sacramento, que se cantan seis siglos há: verdaderas obras maestras de exposicion del dogma católico de la Eucaristía, y de la más elevada y encantadora poesía; y á fin de que constase que todo esto habia sido hecho á instancia y por inspiracion de santas mujeres, Urbano IV tuvo la atencion de enviar á Eva la citada bula y el hermoso trabajo de Santo Tomás relativo á ella, con una carta, fechada el 8 de Setiembre del mismo año, en que le dice: «Amada hija: Ved ahí el cumplimiento de lo que tanto habeis deseado. Nos lo hemos declarado con los prelados que se han hallado presentes. Nos os enviamos el libro que contiene el oficio de esta festividad, y deseamos que permitais que saquen una copia todas las personas que lo deseen.» (Labbe, tomo II, pág. 817.) Se ve, pues, que Dios se valió de las mujeres para establecer esta solemnidad, que los franceses llaman con mucha razon la Fiesta-Dios, porque en el misterio objeto de esta fiesta manifiesta Dios el poder, la sabiduría y la caridad de un Dios, y recibe, como Dios, los más grandes testimonios del pueblo fiel; y porque éste es el misterio de la fe de Dios por excelencia, que reune en sí todos los misterios del Cristianismo, y cuya celebracion es la confesion pública, el triunfo de la fe católica, el anatema de todas las herejías, el gozo de los verdaderos cristianos y la gloria de la Iglesia (1).

(1) Entre las santas mujeres que, sin ser reinas, hicieron un gran bien á la religion y á los pueblos, no debemos olvidarnos de la bienaventurada Isabel, hermana única de San Luis, rey de Francia. Tan dócil como él á las inspiraciones de Blanca, su madre, fué desde su infancia una santa, y se consagró á Dios con el voto de virginidad. Así fué que rehusó el matrimonio de

§ XLVIII.—Ninguna nacion católica tuvo, en la Edad Media, mayor número de obispos santos que la Francia. Sin embargo, ellos adquirieron la santidad por causa de las *mujeres religiosas*.—Pruebas históricas de este hecho. —Celo de estas mismas mujeres para la obra de las misiones.—San Bonifacio ayudado por ellas en su mision de cristianizar la Alemania.

Mas, á pesar de lo humildes, piadosas y retiradas del mundo que eran las mujeres religiosas de la Edad Media, no por eso dejaron de trabajar, por todos los medios que la verdadera piedad pone á disposicion de la mujer católica, en la regeneracion de los pueblos y en la ventura social. Y esto, en primer lugar, por la parte que tuvieron en la santificacion del clero.

Conrado, hijo del emperador Federico II, que San Luis y el papa mismo Inocencio IV le aconsejaban. Desde entónces su santo hermano la hizo su limosnera, ó el ministro de su misericordia y de sus liberalidades para con los desvalidos. Ella alimentaba una gran multitud de pobres, y les servía con sus propias manos. Su abstinencia era prodigiosa; ella dedicala á la oracion y á la lectura de la Escritura Santa todo el tiempo que le dejaban libre sus obras de caridad. Su gran recreo consistia en piadosos coloquios con San Luis, y nada era más edificante que ver á aquellos dos santos hermanos hablando de las cosas del cielo y rivalizando en celo de hacerse más agradables á Dios y más útiles á los pueblos. Otro de los objetos de recreo para Isabel, digno tambien de un alma caritativa, era el de hilar con su rueca de marfil, en compañía de otras santas jóvenes que se habia asociado, y hacer gorros y otros objetos para sus pobres. Un dia que acababa de hacer un gorro, le dijo San Luis: «Hermana, ¿querrás darme ese gorro para ponérmelo de noche?—No, respondió Isabel; yo he pensado que pertenezca á Nuestro Señor Jesucristo, porque es el primero que he hilado hasta ahora.—En ese caso, replicó San Luis, nada tengo que decir; sólo te pido que hiles otro para mí, porque deseo tener una cosa hecha por tus manos.» Aquella misma noche el gorro estaba en la cabeza de un pobre enfermo á quien la buena princesa enviaba todas las tardes los manjares de su mesa.

Deseando ser útil áun despues de su muerte, la bienaventurada Isabel fundó la abadía de Longchamp, en los alrededores de París, cuyas religiosas, reunidas por ella, estaban encargadas en educar á las jóvenes pobres y en distribuir limosnas. Por esta razon dió ella á esta fundacion el título de la *Humildad de nuestra Señora*. Ella misma fué quien redactó su admirable regla, en la que San Buenaventura, á quien ella la presentó, nada tuvo que corregir. Este establecimiento fué una escuela muy útil de piedad y una fuente inagotable de auxilios para los pobres de la comarca por espacio de muchos siglos, hasta que el espíritu pagano del siglo XVII lo invadió, é hizo reinar en él más de mundano que de piadoso, y convirtió *la visita de Longchamp*, durante la Semana Santa, en un paseo de lujo y de vanidad, uno de los mayores escándalos que afligen las miradas cristianas del extranjero en París.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

universal en toda la cristiandad. Habiendo muêrto la bienaventuda Juliana, otra santa religiosa de Lieja, llamada Eva, su amiga y heredera de su espíritu y de su devocion, tomó á su cargo la institucion de la festividad; ella obligó al obispo á escribir al papa Urbano IV, á quien ella habia conocido en Lieja, el cual, despues de haber deliberado sobre el particular con el Sacro Colegio y con los teólogos de Roma, publicó su magnífica bula del año de 1264, por la que ordenó la fiesta del Santísimo Sacramento en toda la Iglesia. Al mismo tiempo el Santo Padre habia dado la comision al angélico doctor Santo Tomás de Aquino, que se encontraba entónces en Roma, de componer el oficio para la nueva festividad, á lo cual debemos los himnos y la prosa del Santísimo Sacramento, que se cantan seis siglos há: verdaderas obras maestras de exposicion del dogma católico de la Eucaristía, y de la más elevada y encantadora poesía; y á fin de que constase que todo esto habia sido hecho á instancia y por inspiracion de santas mujeres, Urbano IV tuvo la atencion de enviar á Eva la citada bula y el hermoso trabajo de Santo Tomás relativo á ella, con una carta, fechada el 8 de Setiembre del mismo año, en que le dice: «Amada hija: Ved ahí el cumplimiento de lo que tanto habeis deseado. Nos lo hemos declarado con los prelados que se han hallado presentes. Nos os enviamos el libro que contiene el oficio de esta festividad, y deseamos que permitais que saquen una copia todas las personas que lo deseen.» (Labbe, tomo II, pág. 817.) Se ve, pues, que Dios se valió de las mujeres para establecer esta solemnidad, que los franceses llaman con mucha razon la Fiesta-Dios, porque en el misterio objeto de esta fiesta manifiesta Dios el poder, la sabiduría y la caridad de un Dios, y recibe, como Dios, los más grandes testimonios del pueblo fiel; y porque éste es el misterio de la fe de Dios por excelencia, que reune en sí todos los misterios del Cristianismo, y cuya celebracion es la confesion pública, el triunfo de la fe católica, el anatema de todas las herejías, el gozo de los verdaderos cristianos y la gloria de la Iglesia (1).

(1) Entre las santas mujeres que, sin ser reinas, hicieron un gran bien á la religion y á los pueblos, no debemos olvidarnos de la bienaventurada Isabel, hermana única de San Luis, rey de Francia. Tan dócil como él á las inspiraciones de Blanca, su madre, fué desde su infancia una santa, y se consagró á Dios con el voto de virginidad. Así fué que rehusó el matrimonio de

§ XLVIII.—Ninguna nacion católica tuvo, en la Edad Media, mayor número de obispos santos que la Francia. Sin embargo, ellos adquirieron la santidad por causa de las *mujeres religiosas*.—Pruebas históricas de este hecho. —Celo de estas mismas mujeres para la obra de las misiones.—San Bonifacio ayudado por ellas en su mision de cristianizar la Alemania.

Mas, á pesar de lo humildes, piadosas y retiradas del mundo que eran las mujeres religiosas de la Edad Media, no por eso dejaron de trabajar, por todos los medios que la verdadera piedad pone á disposicion de la mujer católica, en la regeneracion de los pueblos y en la ventura social. Y esto, en primer lugar, por la parte que tuvieron en la santificacion del clero.

Conrado, hijo del emperador Federico II, que San Luis y el papa mismo Inocencio IV le aconsejaban. Desde entónces su santo hermano la hizo su limosnera, ó el ministro de su misericordia y de sus liberalidades para con los desvalidos. Ella alimentaba una gran multitud de pobres, y les servía con sus propias manos. Su abstinencia era prodigiosa; ella dedicala á la oracion y á la lectura de la Escritura Santa todo el tiempo que le dejaban libre sus obras de caridad. Su gran recreo consistia en piadosos coloquios con San Luis, y nada era más edificante que ver á aquellos dos santos hermanos hablando de las cosas del cielo y rivalizando en celo de hacerse más agradables á Dios y más útiles á los pueblos. Otro de los objetos de recreo para Isabel, digno tambien de un alma caritativa, era el de hilar con su rueca de marfil, en compañía de otras santas jóvenes que se habia asociado, y hacer gorros y otros objetos para sus pobres. Un dia que acababa de hacer un gorro, le dijo San Luis: «Hermana, ¿querrás darme ese gorro para ponérmelo de noche?—No, respondió Isabel; yo he pensado que pertenezca á Nuestro Señor Jesucristo, porque es el primero que he hilado hasta ahora.—En ese caso, replicó San Luis, nada tengo que decir; sólo te pido que hiles otro para mí, porque deseo tener una cosa hecha por tus manos.» Aquella misma noche el gorro estaba en la cabeza de un pobre enfermo á quien la buena princesa enviaba todas las tardes los manjares de su mesa.

Deseando ser útil áun despues de su muerte, la bienaventurada Isabel fundó la abadía de Longchamp, en los alrededores de París, cuyas religiosas, reunidas por ella, estaban encargadas en educar á las jóvenes pobres y en distribuir limosnas. Por esta razon dió ella á esta fundacion el título de la *Humildad de nuestra Señora*. Ella misma fué quien redactó su admirable regla, en la que San Buenaventura, á quien ella la presentó, nada tuvo que corregir. Este establecimiento fué una escuela muy útil de piedad y una fuente inagotable de auxilios para los pobres de la comarca por espacio de muchos siglos, hasta que el espíritu pagano del siglo XVII lo invadió, é hizo reinar en él más de mundano que de piadoso, y convirtió *la visita de Longchamp*, durante la Semana Santa, en un paseo de lujo y de vanidad, uno de los mayores escándalos que afligen las miradas cristianas del extranjero en París.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

No conocemos ninguna nacion cristiana que tuviese mayor número de santos obispos que la Francia durante el largo período de la Edad Media. Sólo en el siglo VI tuvo á San Félix de Nántes, á San Donato del Mans, á San Fortunato de Tours, á San Dalmacio de Rodas, á San Mauricio de Cahors, á San Elafio de Chalons, á San Aunario de Auxerre, á San Evancio de Viena, á San Femeoldo de Limoges, á San Veran de Cavaillon, á San Etero de Lyon, á San Arigo de Gape, á San Virgilio de Arlés, á San Félix de Bourges y á su sucesor San Sulpicio Severo, sin hablar de San Martin, de San Remigio ni de San German, de quienes hemos referido algunas particularidades; es decir, que todos los obispos de Francia de aquella época fueron santos, lo cual no se vió en parte alguna. El celoso traductor de la *Galia cristiana* nos ha comunicado una observacion importante que él ha hecho, al recorrer la inmensa coleccion de documentos de las *Glorias de la Francia cristiana*, y es, que desde el siglo IV hasta el siglo X todas las sillas episcopales de Francia, con muy raras excepciones, fueron ocupadas constantemente por santos, y que la santidad fué hereditaria en ellas. De este modo se concibe por qué la nacion francesa ha sido desde entónces la nacion más cristiana, y por consiguiente, la más poderosa y la más culta, supuesto que la Escritura Santa dice que las costumbres del pueblo son el reflejo de las costumbres de los sacerdotes: *Erit sicut populus sic sacerdos.* (Ose., IV, 9.) De modo que la Francia es hija de los santos y obra de los santos. Pero el mismo traductor nos ha comunicado otra observacion más importante aún para el asunto de que tratamos, y es, que la misma obra nos muestra siempre, al lado de cada uno de aquellos santos obispos, una madre, una hermana ó una tia, tambien santa, que ha impreso profundamente en él el espíritu del Cristianismo, que lo ha animado, que lo ha sostenido en sus trabajos, que lo ha ayudado en sus empresas y que lo ha hecho tal como ha sido. Pues bien, lo mismo ha sucedido en el resto de Europa; de modo que la Francia, lo mismo que la Europa entera, debe á las mujeres esos hombres extraordinarios. Ved aquí algunos ejemplos, que servirán para juzgar de los demas.

San German, cuya vida fué tan grande, cuyos viajes fueron señalados con milagros para la conversion de las almas y la curacion de los cuerpos, cuyo tiempo lo empleaba todo en fundar monasterios y en evangelizar á los pueblos; San German, el apóstol de la Gaula y de la Gran Bretaña, que proclamó y bendijo á Santa Genoveva, el terror de los alanos; San German, dice M. Capefigo, *fué una creacion de Santa Germanila, su madre.*

San Lope, el celoso compañero de San German en el apostolado, enviado por un Concilio de la Gaula y por el Papa á evangelizar á la Gran Bretaña, una mujer fué quien lo santificó y lo dió á la Iglesia. Nacido en Toul, de una familia noble, se habia casado con Santa Peménides, hermana de San Hilario, obispo de Arlés. Esta santa mujer, desde el dia primero de su matrimonio, se puso á cultivar con un especial cuidado el entendimiento y el corazon de su esposo. Ella le inspiró el desprecio del mundo, el amor de Dios y de la virtud, y un gran celo por la religion. Y cuando, á los siete años de esta instruccion contínua, le vió ella dispuesto á ofrecerse en cuerpo y alma á la perfeccion y á la santidad, le persuadió á que se separase de ella, á fin de vivir los dos tan sólo para Dios. Peménides se retiró á un convento, y Lope al célebre monasterio de Levins, donde recibió las órdenes, y de donde salió para regocijar á la Iglesia y admirar al mundo con sus trabajos apostólicos, y con las abundantes bendiciones con que Dios los coronó.

San Eloy y San Ouen eran todavía legos y tenian el celo, dice Rohrbacher, y ejercian en cierto modo la autoridad de obispos. Ellos hacian reunir Concilios para reprimir el libertinaje y la simonía. Ellos arrojaban de la Neustria á los herejes, á los apóstatas y á los impostores, y velaban para sostener la pureza de la fe. Pero hacian todo esto excitados y ayudados por las santas mujeres. Cuando San Eloy fué despues obispo de Noyon, Santa Aura era quien lo sostenia y le proporcionaba los vasos sagrados para las iglesias; y San Ouen, creado despues obispo de Rouen y de Tournay, fué ayudado en sus trabajos apostólicos por Santa Augadrema, señora de Beauvais.

Los dos hermanos San Cagnon, obispo de Laon, y San Faron, obispo de Meaux, fueron educados en la más tierna piedad por Santa Fara, su hermana; y esta misma ilustre vírgen, consagrada despues por San Columbano, le ayudó á convertir al Cristianismo un gran número de habitantes del país de Brie, en el siglo VII.

San Emmembent, obispo de Cambray, lo mismo que su padre,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fué convertido por el Cristianismo práctico de Santa Gudula, su hermana.

San Proyecto (*Projectus*), obispo de Clermont-Ferrand, fué educado igualmente en la piedad por Santa Prica, que tenía una viva fe de que este niño habia de ser un dia obispo y mártir de los intereses cristianos de su diócesis.

San Lezin, obispo de Angers, fué santo por los cuidados de Santa Paulina de Bretaña, su madre.

Santa Oportuna, de Normandía, estableció con su celo y sus virtudes la piedad y reformó las costumbres en Neustria en el siglo VII. Santa Doda hizo lo mismo en la Champaña. Los obispos de Reims fueron tan fuertes por su auxilio y por su adhesion, que le hicieron tan grande bajo el punto de vista religioso y político.

Muchas de aquellas heroínas de la verdadera piedad contrajeron entónces el mérito de concurrir á la grande obra de las misiones, que los sucesores de los apóstoles emprendian para extender el Cristianismo en aquellas comarcas de Europa que eran todavía paganas. Hablemos sólo del célebre San Bonifacio, aquel *enviado* de la Santa Sede para cristianizar la Alemania en el siglo VIII; aquel gran conquistador de la fe, al mismo tiempo que Carlo-Magno lo era de la política. Todavía se conservan muchas cartas suyas, dirigidas á diferentes personajes, y estas cartas nos prueban que aquel gran apóstol de la Edad Media fué ayudado, animado y consolado en sus trabajos apostólicos por las mujeres religiosas de todos los países católicos.

Santa Bougga, abadesa de Fanet, y pariente de Egberto, rey de Inglaterra, puso á San Bonifacio en relaciones con este monarca, y le envió generosos socorros para su mision. Santa Edburga, abadesa del monasterio de Viseburn, en Inglaterra, proporcionaba tambien al santo misionero vestidos para él, para sus colaboradores y para los pobres, y ejemplares de la *Biblia*, copiados por su mano ó por la de sus religiosas, para repartirlos entre sus neófitos. Así es que á la misma abadesa le manifiesta él sus trabajos y las oposiciones que encuentra, sus combates exteriores y sus temores interiores, los artificios de sus falsos hermanos, peores que la malicia de los paganos; finalmente, á ella es á quien da cuenta, despues del Papa, del resultado de su mision, porque ninguna persona, despues del Papa, tomaba mayor interes ni manifestaba mayor celo por asistir y consolar al santo misionero.

Pero quien más le ayudó en la obra de la conversion de las almas fué la célebre Santa Liobba, su consanguínea, la mujer más piadosa, la más celosa y la de más talento de su tiempo. Consagrada á Dios desde su juventud en un convento, bajo la direccion de la abadesa Fetta, hermana del Rey de Inglaterra, y habiéndose dedicado con el mayor ardor al estudio de las ciencias sagradas y profanas, habia hecho en ellas tales progresos, que era un objeto de estimacion y de admiracion áun para los mismos hombres. Ella sabía toda la Escritura Sagrada de memoria; la filosofía y la teología, el derecho canónico y el derecho civil, las ciencias naturales y la política, la literatura y las artes, le eran familiares. Pero siendo un verdadero prodigio de todos los conocimientos, era un prodigio todavía mayor de todas las virtudes. Siendo ella la primera por la santidad y por la ciencia, se consideraba inferior á todos por su humildad. Sus delicias consistian en ejercer la hospitalidad con los extranjeros y la caridad con los pobres, á quienes ella misma lavaba los piés como una criada y consolaba como una madre. Así es que, miéntras que los grandes hombres recurrian á sus luces, los pueblos y los reyes, y Carlo-Magno en particular, imploraban el auxilio de sus oraciones. Todos la admiraban cómo sábia y la veneraban como santa. (*Act. Bened.*, *Vit. S. Liobbæ.*)

San Bonifacio tenía demasiado celo y demasiado talento para no conocer que una mujer semejante le sería de mucha utilidad para ayudarle á propagar la luz de la fe en Alemania. Así fué que la pidió á la Inglaterra, y aunque con mucho trabajo, la obtuvo para su mision. Á fin de completar su obra y asegurar más y más la conversion de los alemanes, pensó San Bonifacio que le sería muy útil tener ciertos monasterios; en esta virtud, confió á Santa Liobba el cuidado de fundar monasterios de mujeres, así como dió á San Sturme el encargo de fundar otros monasterios de hombres, y sus designios no fueron defraudados. Por el celo infatigable de estos dos santos se encontró en poco tiempo la Alemania cubierta de un prodigioso número de conventos de los dos sexos, que llevaron por todas partes la instruccion, las virtudes y la santidad, y esparcieron y popularizaron el conocimiento y la práctica de las doctrinas del Evangelio. «Hubiera sido muy de desear, dice Rohrbacher, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos los sacerdotes de la Alemania hubiesen tenido la ciencia de Santa Liobba; porque entre ellos los habia bastante ignorantes, áun respecto al modo de administrar el sacramento del bautismo.» (Tom. XI, pág. 19.) Santa Liobba ayudaba, por consiguiente, á San Bonifacio, no sólo en la instruccion de las mujeres, sino tambien en la de los hombres, y áun en la de ciertos eclesiásticos, á quienes enseñaba, con la ciencia, los deberes de su estado. Santa Liobba fué para San Bonifacio lo que Santa Tecla para San Pablo, la compañera de su apostolado, *socia apostoli*, y uno de los más poderosos medios de que se valió para acabar y afirmar la gloriosa conquista de los pueblos alemanes al Cristianismo.

§ XLIX.—Las *mujeres religiosas*, misioneras igualmente.—Santa Salaberga, Santa Hildegarda, Santa Gertrúdis, Santa Francisca Romana y Santa Juliana.—Celo de estas santas en la conversion de los pecadores y en la santificacion de los hombres.—Santa Brígida, su apostolado y sus profecías relativas á los griegos.—El prodigio de Santa Rosa de Viterbo predicando y convirtiendo á los herejes.

Las *mujeres religiosas* de la Edad Media, no sólo contribuyeron en gran manera, con su ciencia y con su celo, al buen resultado de las misiones que se hacian entónces en los países de Europa todavía paganos, sino que muchas de ellas, por los establecimientos piadosos que fundaron, y por su celo en convertir á los pecadores y en propagar la santidad, fueron tambien unas verdaderas misioneras.

Santa Salaberga, hija del duque Gaudoin, habia resuelto desde su infancia consagrarse al Señor; mas habiendo sido obligada, por órden del rey Dagoberto, á casarse con un gran señor de su córte, llamado Blandin, se indemnizó de la pérdida de la virginidad en su persona, inspirándola á sus hijas y á las doncellas más nobles de su país. Hizo aún más: inquieta siempre por no haber podido seguir su primera vocacion, persuadió á su esposo á retirarse del mundo y á abrazar el estado eclesiástico, y ella se hizo religiosa. Ella fundó, bajo la direccion de San Valdeberto, un monasterio en la diócesis de Langres, adonde se retiró, y adonde más de trescientas doncellas nobles fueron á colocarse bajo su direccion. Ella tuvo tambien la dicha de ser al apóstol de toda su família, por sus

ejemplos y por sus oraciones, y de esparcir muy léjos la santidad por medio de su misma familia; porque Gaudoin, su padre, Boda, su hermano, Blandin, su esposo, Austrada, su hija, y sus dos hijos, Eustasio y Badouin, fueron de aquellos santos que santificaron á muchas personas. Boda igualmente, el único de sus hijos que contrajo matrimonio, cediendo á las piadosas inspiraciones de su santa esposa, Odila, renunció al matrimonio y fué uno de los más santos obispos de Toul, y su esposa se retiró á un convento con Austrada, su hermana política. Habiendo querido despues trasladar su comunidad á la ciudad fuerte de Laon, Santa Salaberga y sus religiosas fueron recibidas procesionalmente por el obispo y su clero, como si fuesen sus ángeles tutelares; porque los obispos sabian muy bien que semejantes establecimientos de santas vírgenes en las ciudades esparcian en ellas el santo olor de Jesucristo, y eran uno de los más grandes medios de santificar á los pueblos.

Santa Hildegarda, fundadora del monasterio del monte de San Ruperto, ejerció tambien en la misma época un apostolado muy útil y muy eficaz en Francia y en Alemania. Despues de las informaciones más escrupulosas acerca de su persona y de su conducta, despues del exámen más severo de sus escritos, el papa Eugenio III habia aprobado su espíritu y confirmado sus revelaciones, á instancias de los obispos y de San Bernardo, en un Concilio reunido en Tréveris, al que él asistió, acompañado de diez y ocho cardenales. Habiendo aumentado esta imponente aprobacion la estimacion y la veneracion que todos profesaban á aquella santa religiosa, y habiendo dado una gran autoridad á sus palabras, corrian de todas partes á su monasterio, como á San Juan en el desierto, para obtener sus consejos, para oir su santa conversacion, para implorar el auxilio de sus oraciones en las desgracias privadas y en las calamidades públicas, y todos se retiraban mejorados y convertidos, porque nadie podia resistir á la elocuencia de sus discursos, realzada por la virtud de sus prodigios y por el prodigio de sus virtudes. El bien que hacía desde léjos con sus cartas no era menor que el que hacia de cerca con sus discursos. Cuando los reyes, los grandes señores y áun los obispos mismos le escribian para consultarle sobre los más importantes negocios de sus estados ó de sus iglesias, Santa Hildegarda, al responderles, no se olvidaba de dirigirles sus advertencias saludables, de reprenderles sus defec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos los sacerdotes de la Alemania hubiesen tenido la ciencia de Santa Liobba; porque entre ellos los habia bastante ignorantes, áun respecto al modo de administrar el sacramento del bautismo.» (Tom. XI, pág. 19.) Santa Liobba ayudaba, por consiguiente, á San Bonifacio, no sólo en la instruccion de las mujeres, sino tambien en la de los hombres, y áun en la de ciertos eclesiásticos, á quienes enseñaba, con la ciencia, los deberes de su estado. Santa Liobba fué para San Bonifacio lo que Santa Tecla para San Pablo, la compañera de su apostolado, *socia apostoli*, y uno de los más poderosos medios de que se valió para acabar y afirmar la gloriosa conquista de los pueblos alemanes al Cristianismo.

§ XLIX.—Las *mujeres religiosas*, misioneras igualmente.—Santa Salaberga, Santa Hildegarda, Santa Gertrúdis, Santa Francisca Romana y Santa Juliana.—Celo de estas santas en la conversion de los pecadores y en la santificacion de los hombres.—Santa Brígida, su apostolado y sus profecías relativas á los griegos.—El prodigio de Santa Rosa de Viterbo predicando y convirtiendo á los herejes.

Las *mujeres religiosas* de la Edad Media, no sólo contribuyeron en gran manera, con su ciencia y con su celo, al buen resultado de las misiones que se hacian entónces en los países de Europa todavía paganos, sino que muchas de ellas, por los establecimientos piadosos que fundaron, y por su celo en convertir á los pecadores y en propagar la santidad, fueron tambien unas verdaderas misioneras.

Santa Salaberga, hija del duque Gaudoin, habia resuelto desde su infancia consagrarse al Señor; mas habiendo sido obligada, por órden del rey Dagoberto, á casarse con un gran señor de su córte, llamado Blandin, se indemnizó de la pérdida de la virginidad en su persona, inspirándola á sus hijas y á las doncellas más nobles de su país. Hizo aún más: inquieta siempre por no haber podido seguir su primera vocacion, persuadió á su esposo á retirarse del mundo y á abrazar el estado eclesiástico, y ella se hizo religiosa. Ella fundó, bajo la direccion de San Valdeberto, un monasterio en la diócesis de Langres, adonde se retiró, y adonde más de trescientas doncellas nobles fueron á colocarse bajo su direccion. Ella tuvo tambien la dicha de ser al apóstol de toda su família, por sus

ejemplos y por sus oraciones, y de esparcir muy léjos la santidad por medio de su misma familia; porque Gaudoin, su padre, Boda, su hermano, Blandin, su esposo, Austrada, su hija, y sus dos hijos, Eustasio y Badouin, fueron de aquellos santos que santificaron á muchas personas. Boda igualmente, el único de sus hijos que contrajo matrimonio, cediendo á las piadosas inspiraciones de su santa esposa, Odila, renunció al matrimonio y fué uno de los más santos obispos de Toul, y su esposa se retiró á un convento con Austrada, su hermana política. Habiendo querido despues trasladar su comunidad á la ciudad fuerte de Laon, Santa Salaberga y sus religiosas fueron recibidas procesionalmente por el obispo y su clero, como si fuesen sus ángeles tutelares; porque los obispos sabian muy bien que semejantes establecimientos de santas vírgenes en las ciudades esparcian en ellas el santo olor de Jesucristo, y eran uno de los más grandes medios de santificar á los pueblos.

Santa Hildegarda, fundadora del monasterio del monte de San Ruperto, ejerció tambien en la misma época un apostolado muy útil y muy eficaz en Francia y en Alemania. Despues de las informaciones más escrupulosas acerca de su persona y de su conducta, despues del exámen más severo de sus escritos, el papa Eugenio III habia aprobado su espíritu y confirmado sus revelaciones, á instancias de los obispos y de San Bernardo, en un Concilio reunido en Tréveris, al que él asistió, acompañado de diez y ocho cardenales. Habiendo aumentado esta imponente aprobacion la estimacion y la veneracion que todos profesaban á aquella santa religiosa, y habiendo dado una gran autoridad á sus palabras, corrian de todas partes á su monasterio, como á San Juan en el desierto, para obtener sus consejos, para oir su santa conversacion, para implorar el auxilio de sus oraciones en las desgracias privadas y en las calamidades públicas, y todos se retiraban mejorados y convertidos, porque nadie podia resistir á la elocuencia de sus discursos, realzada por la virtud de sus prodigios y por el prodigio de sus virtudes. El bien que hacía desde léjos con sus cartas no era menor que el que hacia de cerca con sus discursos. Cuando los reyes, los grandes señores y áun los obispos mismos le escribian para consultarle sobre los más importantes negocios de sus estados ó de sus iglesias, Santa Hildegarda, al responderles, no se olvidaba de dirigirles sus advertencias saludables, de reprenderles sus defec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos, y de exhortarles á purificar sus almas de todas sus manchas, y de recordarles la observancia de sus grandes deberes. Ella escribia en este sentido al rey Conrado y á su hijo, y áun al mismo Pontífice. Dios le habia concedido el dón de profecía; ella leia en el porvenir, y los acontecimientos venian siempre á confirmar la verdad de sus predicciones. Todos recibian sus avisos como una voz del cielo. «Ella era entre las mujeres, dice M. Rohrbacher, lo que San Bernardo entre los hombres» (lib. LXVIII); es decir, la guía y el maestro de los pueblos, el consejero de los príncipes y de los obispos, el restaurador de la piedad, el apóstol de las santas costumbres, y en cierto modo, el oráculo de la Iglesia.

Santa Gertrúdis, la gloria de la Sajonia católica, habiendo consagrado su virginidad y su persona á Jesucristo á la edad de cinco años, habia recibido de Él los dones y los privilegios más extraordinarios en el órden de la naturaleza y en el de la gracia. Dios le habia revelado los más grandes é inefables misterios; Él le habia comunicado en un grado supremo la ciencia sublime de Jesucristo y de su cruz; Él le habia concedido el dón de los milagros y de la profecía, y sin embargo, ella tenía un sentimiento tan humilde de sí misma, que habiendo sido superiora de dos monasterios célebres por espacio de cuarenta años, se consideraba y se conducia como la más humilde sierva de todas sus religiosas, y decia con frecuencia que uno de los mayores prodigios de la bondad de Dios era el de sufrirla con tanta misericordia, siendo ella la más indigna de sus criaturas (1). Este doble prodigio de inocencia y de humildad fué tambien un prodigio de celo por la salvacion de las almas. No contenta con haber escrito algunos libros capaces de excitar y alimentar la verdadera piedad, se ocupaba asiduamente en la conversion de los pecadores; ella no omitia medio alguno de hacer bien al prójimo. Ella era un verdadero apóstol de la virtud, de la santidad y de la verdadera devocion; y el fruto de su apostolado fué tan grande como el celo con que lo ejercia (2).

Santa Francisca Romana, aquella matrona tan ilustre por su espíritu de penitencia, por sus milagros y por su desprecio del mundo, áun cuando casada, á pesar suyo, con el más noble señor de Roma, vivia en medio del mundo, fué todavía más ilustre por su ardor en procurar la salvacion de los hombres. Ella consagraba á esta grande obra y á la oracion todo el tiempo que le quedaba, despues de haber cumplido sus deberes (1).

(1) «Quamvis multis naturæ et gratiæ donis à Deo aucta esset, ita tamen sibi ipsa vilexebat, ut, inter præcipua divinæ Bonitatis miracula, hoc item memoraret, quod se indignissimam misericorditer sustineret.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Multa ad confovendam pietatem scripsit. Proximorum saluti omni ope studuit, piæque curæ copiosum fructum retulit.» (*Ibid.*)

Habiendo quedado viuda, y habiendo pedido ser admitida como sirviente en el convento de las *oblatas del monte Olivete*, cuya fundadora era ella, sus delicias consistian en visitar y servir á los enfermos en todos los hospitales de Roma, y en cuidar á los pobres. Pero al cuidar sus cuerpos con la ternura de una madre, se ocupaba con el celo de un apóstol en convertir y en consolar sus almas con avisos saludables y con edificantes discursos. El objeto especial de su celo consistia en reformar las costumbres de las matronas romanas, y en inspirarles el menosprecio de las pompas del siglo, de las vanidades y del lujo (2); porque sabía muy bien que es necesario comenzar por convertir á las mujeres cuando se quiere convertir á los hombres. Dios bendijo sus santas intenciones. Su ejemplo y el de las más nobles vírgenes y viudas romanas á quienes ella habia reunido en su convento, *Tor de'Specchi*, fueron una verdadera mision que tuvo los más felices resultados entre la nobleza romana, y, por consiguiente, tambien entre los personas del pueblo. Aquella fué la época de una gran reforma de costumbres y de la restauracion de la verdadera piedad en todas las clases de la ciudad santa. (*In Vita.*) En una palabra, Santa Francisca Romana fué entónces lo que más tarde San Felipe Neri, el apóstol de Roma.

La ciudad de Florencia tuvo tambien, casi al mismo tiempo, su apóstol en la persona de una mujer, que fué Santa Juliana, de la noble familia de Falconeri. Su madre era la noble y piadosa matrona Reguardata, que persuadió á su esposo que edificase, en honor de la Santísima Vírgen, el rico y magnífico templo de *la Annuntiata*, verdadero prodigio del arte y el más bello monumento de Florencia. Su tio fué el bienaventurado Alejo, que decia á su santa hermana Reguardata, aludiendo á Juliana, su hija: «Hermana,

(1) «Quidquid à domesticis curis supererat temporis, orationi aut proximorum utilitati tribuens.» (*Brev. Rom.*)

(2) «In id maxima solicitudine incumbens ut matronas romanas à pompis sæculi et ornatus vanitate revocaret.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vos no habeis dado á luz una hija, sino un ángel.» Pues bien, este ángel en la pureza era un serafin en el amor de Dios y en el celo por la salvacion de las almas.

Queriendo comenzar su apostolado por la práctica de la más elevada perfeccion, renunció al mundo, que, sonriendo á su nobleza, á su juventud y á su belleza, parecia prometerle el más brillante porvenir, y se retiró á una humilde casa, y habiendo pronunciado el voto de virginidad en manos de San Felipe Benicio, se consagró enteramente al servicio de Dios y al alivio de los desgraciados. Movidas por tan bello ejemplo las doncellas y las viudas de las familias más nobles, fueron en gran número á unirse á ella, dichosas en seguir sus huellas y en vivir bajo su direccion. Su misma madre, cuando la muerte de su esposo se lo permitió, fué á unirse á ella en su retiro, y se constituyó discípula de su propia hija en la ciencia y en la práctica de la perfeccion religiosa (1). Este fué el orígen del *órden de las manteletas*, del que Juliana fué fundadora, y al que dió una regla, obra maestra de sabiduría y de santidad. (*Brev. Rom.*) No estando en clausura, empleaba en hacer bien al prójimo todo el tiempo que no dedicaba á la oracion y á la meditacion. Con frecuencia se la veia sirviendo á los enfermos en los hospitales y en las casas particulares, y con mucha más frecuencia se la veia tambien ocupándose, como un ángel de la gracia y de la paz, en la salvacion de las almas y en el bien público; porque separar á los pecadores del camino del vicio y del desórden, inflamar á los tibios, exhortar á todos á la virtud y á la perfeccion, restablecer la union en las familias y la concordia entre los ciudadanos, eran sus ocupaciones asíduas, que Dios coronaba con el más feliz éxito. (*Ibid.*) Las religiosas, sus hijas, obraban de la misma manera, segun la medida de la gracia que Dios les concedia para ello. Desde luégo se comprende el inmenso bien que debia obrar esta legion de ángeles terrenos, á quienes el nacimiento hacía respetar y la santidad hacía admirar, esparciéndose por la ciudad en busca de pecadores que convertir y de desgraciados que consolar. Tal era el mérito de Santa Juliana. Cualquier hombre apóstol hubiera estado muy satisfecho de los triunfos de este apóstol mujer.

(1) «Julianæ exemplum secutæ sunt plurimæ ex nobilioribus familiis feminæ ac mater ipsa filiæ suæ religiose se instituendam dedit.» (*Brev. Rom.*)

En otro lugar hemos dicho algo del mérito de Santa Brígida *reina*, y éste es el lugar de hablar del mérito de Santa Brígida *apóstol*. En el *Breviario Romano* se dice que ella ejerció en Roma, en una grande escala, el apostolado del amor divino, y que con este fin la envió el mismo Dios desde el fondo de Suecia á esta ciudad (1). Al mismo tiempo, como otro San Bernardo, dirigió Santa Brígida palabras severas al clero y á los nobles de la ciudad santa, con motivo de su conducta, demasiado profana. Ella dijo al mismo papa Gregorio XI lo que Dios exigia de él para la reforma de la córte romana y de la Iglesia, anunciándole, en los términos más explícitos, una muerte próxima, y un juicio severo en el tribunal del Supremo Juez, si no se apresuraba á cumplir la voluntad de Dios. (*Revel.*, Lib. VII.)

En Nápoles, donde ella se detuvo dos veces, al ir á Jerusalen y al volver de esta ciudad, reconvino á la reina Juana por sus crímenes y sus excesos, al arzobispo Bernardo por su vida poco eclesiástica, y á los nobles por su abominable conducta para con los esclavos. Entónces se compraban en Nápoles los infieles para el servicio de las casas principales, pero no se tenia el menor cuidado en hacerlos cristianos. Léjos de esto, se les trataba como perros, se les abrumaba á golpes, y se les trataba tan mal, que muchos de aquellos desgraciados, llenos de desesperacion, se daban ellos mismos la muerte. En cuanto á las mujeres, cuando no se tenian en casa como prostitutas, se vendian ó se exponian en lugares infames, para sacar de ellas una utilidad más infame aún. «Esto, decia públicamente Santa Brígida, es abominable á los ojos de Dios y de toda la córte celestial, porque Dios ama á los esclavos, supuesto que son sus criaturas lo mismo que los hombres libres, y que por ellos tambien vino á este mundo y sufrió en él la muerte de los esclavos. Dichosos aquellos que sólo compran los paganos con la intencion de atraerlos á la fe cristiana, de educarlos en la virtud y de darles la libertad. Esta es la obra más meritoria en presencia de Dios. Pero desgraciados, tres veces desgraciados, aquellos que hacen lo contrario; ellos no escaparán del castigo de Dios ni áun en este mundo.» Este lenguaje de celo de parte de una mujer que no habia

(1) «Romam, Dei jussu venit, ubi plurimus ad amorem divinum vehementer accendit.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conservado de su antigua cualidad de reina más que el derecho de hablar más libremente y el deber de dar grandes ejemplos, hizo una impresion profunda en todos aquellos á quienes se dirigió, y produjo una reforma general.

Habiendo arribado á la isla de Chipre la reina Eleonora, cuyo esposo, el rey Pedro de Lusiñan, acababa de ser asesinado por su hermano, la consultó sobre el partido que debia tomar, y Santa Brígida le dió, entre otros consejos, los siguientes: 1.º, que no se casase en segundas nupcias, sino que llorase los pecados que habia cometido, y reparase con la penitencia y el buen ejemplo el tiempo mal empleado y los escándalos que habia dado; 2.º, que velase ante el nuevo rey, su hijo, á fin de que no impusiese al pueblo nuevas cargas, y que hiciese reinar en su estado la paz, la justicia y las buenas costumbres; 3.º, que aboliese con su ejemplo la costumbre de las mujeres de vestirse de una manera indecente; 4.º, que tuviese un confesor muerto al mundo, que amase la salvacion de las almas de los príncipes más que sus dones, y que no tuviese empacho ni temor en reprenderlos por sus pecados; 5.º, que arreglase su conducta á la de las santas mujeres de la Iglesia, y que trabajase como ellas para honrar á Dios y salvar á los hombres.

Santa Brígida dió tambien al jóven rey instrucciones importantes, que produjeron algun fruto. Pero sobre todo habló á la ciudad entera con el espíritu y la libertad de Jeremías. «Esta ciudad, decia ella, es Gomorra, abrasada con el fuego de la lujuria y de la ambicion. Por esta causa caerán sus edificios, ella se verá atribulada, sus habitantes gemirán bajo el peso de la tribulacion y del dolor; ellos serán aniquilados, y su confusion se publicará por todo el mundo, porque Dios está justamente irritado contra ellos. En cuanto al caudillo que ha causado la muerte de su hermano, en vano se llena atrevidamente de orgullo y se gloría de su incontinencia; porque le sucederá lo que dice el proverbio:—El que llora el último no llora ménos que el que llora el primero.—Él no tendrá una muerte más dulce, sino una muerte más amarga aún que su hermano.» Desde Jerusalen envió Santa Brígida nuevas exhortaciones á este mismo pueblo. «Pueblo de Chipre, le decia ella, yo os anuncio que, si no quereis corregiros, Dios os borrará del reino de Chipre; Él no perdonará al pobre ni al rico; Él os arruinará de tal manera, que dentro de poco no habrá memoria de

vosotros, como si jamas hubieseis existido.» No habiendo producido estas formidables palabras más efecto que el que produjeron las palabras de los profetas en los judíos, las palabras de Brígida, lo mismo que las de los profetas, se cumplieron poco tiempo despues, cuando, á consecuencia de la toma de Famagosta, se apoderaron los turcos de la isla entera, la sometieron á su dominacion, é hicieron en casi todos sus habitantes el estrago más horrible que recuerda la historia.

En las mismas exhortaciones pronunció Santa Brígida esta famosa profecía sobre el Imperio griego, que en el estado de fantasma subsistia aún: «Los griegos, decia ella, deben saber tambien que su Imperio, sus reinos y sus dominios no estarán jamas en seguridad ni en paz, sino siempre sujetos á sus enemigos, de quienes tendrán que sufrir horribles padecimientos y largas miserias, hasta tanto que con una verdadera humildad y caridad se sometan ellos devotamente á la Iglesia y á la fe romana.» (Lib. VII, cap. XIX.) Esta profecía se cumplió exactamente ochenta años despues, con la toma de Constantinopla por Mahomet II, que destruyó el Imperio griego y sometió á todos los griegos al yugo musulman. El resto de la profecía se cumplirá tambien. Los griegos sueñan con la restauracion del Imperio griego por la proteccion rusa; pero el Czar, pontífice fanático del cisma, no hará otra cosa que petrificarlos en el cisma, y permaneciendo en el cisma, no podrán librarse del estado de servidumbre en que cayeron en castigo del cisma. Santa Brígida lo anunció, y sucederá así: el Imperio griego no se restablecerá sino cuando los griegos vuelvan á la unidad católica.

De este modo recorria el mundo esta mujer extraordinaria en compañía de su hija, Santa Catalina de Suecia, como un verdadero profeta, como un verdadero apóstol, y cualquier apóstol y cualquier profeta del Señor se creeria dichoso en haber convertido tantas almas como Santa Brígida, y en haber hecho tanto bien como ella á la Iglesia y á las naciones.

«Uno de los auxilios más singulares, dice Mr. Rohrbacher, que Dios proporcionó á su Iglesia en aquellos tiempos difíciles, fué una tierna niña, Santa Rosa de Viterbo.» De esta prodigiosa niña se valió Dios para obrar los mayores prodigios en favor de la salvacion de las almas. Sus primeras palabras fueron los nombres de Jesus y de María; su primer movimiento libre fué el de ir á arrodi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llarse ante un crucifijo y ante la imágen de la Vírgen; el primer uso que ella hizo de su corazon fué el de consagrarlo á Jesucristo. Ella no sabía hablar aún, y ya era el modelo de todas las virtudes y la maestra de toda la perfeccion (1). Á la edad de tres años, el amor celestial la abrasaba ya de tal manera, que pidió por favor á sus padres que la dejasen vivir en una pequeña celda para no ocuparse más que de Dios, y durante la noche se veia muchas veces obligada á dejar su pobre lecho y á ir por las calles cantando con una voz melodiosa las alabanzas de su celestial Esposo. (Bolland, 4 September.) Su espíritu de severidad para consigo misma era tan fervoroso como su amor de Dios. Ella no interrumpia su contemplacion, que era su vida, sino para afligir su pequeño cuerpo, su carne inocente, con los azotes, el ayuno y el cilicio. Ella caminaba siempre con los piés desnudos; una túnica grosera formaba todo su vestido. Ella era un pequeño ángel vestido de penitente, un lirio rodeado de espinas (2). La ciudad de Viterbo era entónces el foco del maniqueismo. Pues bien; habiéndose aparecido un dia la Madre de Dios á la pequeña Rosa, que no tenía más que diez años, y habiéndola curado de una enfermedad que habia hecho desesperar de su vida, le mandó predicar la verdad, la justicia, la penitencia y la paz á sus conciudadanos extraviados. La niña obedeció, y se vió á esta niña, de una constitucion muy débil, pero de un alma fuerte como la de un héroe, recorrer como los profetas de Israel las calles de Viterbo, invitando á los pecadores á la penitencia, excitando á los tibios á la defensa de la Iglesia de Dios, y refutando á los herejes con argumentos, á los que nada tenian que responder, convirtiendo de este modo á un gran número de ellos (3). Los católicos bendecian á Dios al oirla; era imposible dejar de reconocer que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Los herejes, obstinados, bramaban de rabia, la amenazaban con la muerte para hacerla callar; pero la niña no hablaba con ménos fuerza, declarando que no podia sucederle cosa más feliz que la de dar su vida por el amor y la defensa de la santa fe católica. Viterbo estaba entónces ocupada por los feroces satélites del emperador Federico, el autor de los cismas, el gran perseguidor de los Papas y de la Iglesia. Fué, por consiguiente, muy fácil á los herejes, para deshacerse de esta niña apóstol, obtener del procurador imperial que fuese arrojada de la ciudad con sus padres. (*Brev. Rom.*) Los buenos católicos se afligieron mucho por esto; pero Rosa les dijo públicamente: «Regocijaos, fieles cristianos, porque dentro de pocos dias oiréis la noticia de un grande acontecimiento, que dará la paz á la Iglesia.» Y pocos dias despues llegó á Viterbo la noticia de que el nuevo Juliano apóstata, Federico, habia muerto (1). Volviendo Rosa á Viterbo, continuó sus predicaciones, y es imposible formar una idea del número de las conversiones que hizo. Santa Rosa acabó su carrera, en el ejercicio de este apostolado, á la edad de diez y ocho años, diez y ocho siglos há. Sin embargo, su cuerpo se conserva intacto (*Brev. Rom.*), para probar al mundo la verdad del prodigio de su vida por este prodigio constante que ha presentado su cuerpo despues de su muerte.

(1) «Ab ipsa infantia omni virtute enituit, facta perfectionis magistra, cum vix loqui dedicisset.» (*Brev. Rom.*, 4 Septem.)

(2) «Vili amictu, pedum nuditate, cilicio, jejuniis aliisque austeritatibus corpusculum affligens, divinæ contemplationi jugiter vacabat.» (*Ibid.*)

(3) «Decennis à Deo inspirata piis adhortationibus, validisque argumentis, multus hæreticos ad fidem et obedientiam romani Pontificis reduxit.» (*Ibid.*)

§ L.—Santa Catalina de Sena, el gran prodigio del siglo XIII.—Su amor á la virginidad.—Su caridad heroica.—Sus profecías.—Prodigio de su celo por la conversion de las almas, coronado por un éxito todavía más prodigioso.—Su doctrina puramente celestial.—Sus predicaciones en el Sacro Colegio.—Sus negociaciones y el resultado feliz de ellas por la paz de Italia, y por la union de los pueblos en la obediencia del Papa legítimo.—Excelencia y grandeza de su política.—Inmenso bien que ella hizo á la república cristiana y á la Iglesia.—Consecuencias del apostolado de la mujer católica en la Edad Media.

Pero la verdadera mujer apóstol y misionero, la mujer más extraordinaria y admirable, la mujer que desempeñó el papel más importante en la Iglesia, y que hizo el mayor bien á la Iglesia en la Edad Media, fué Santa Catalina de Sena. Recorrerémos rápidamente su infancia, tan maravillosa como la de Santa Rosa de Vi-

(1) «Frederici mortem et Ecclesiæ pacem prophetico spiritu prædixit.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llarse ante un crucifijo y ante la imágen de la Vírgen; el primer uso que ella hizo de su corazon fué el de consagrarlo á Jesucristo. Ella no sabía hablar aún, y ya era el modelo de todas las virtudes y la maestra de toda la perfeccion (1). Á la edad de tres años, el amor celestial la abrasaba ya de tal manera, que pidió por favor á sus padres que la dejasen vivir en una pequeña celda para no ocuparse más que de Dios, y durante la noche se veia muchas veces obligada á dejar su pobre lecho y á ir por las calles cantando con una voz melodiosa las alabanzas de su celestial Esposo. (Bolland, 4 September.) Su espíritu de severidad para consigo misma era tan fervoroso como su amor de Dios. Ella no interrumpia su contemplacion, que era su vida, sino para afligir su pequeño cuerpo, su carne inocente, con los azotes, el ayuno y el cilicio. Ella caminaba siempre con los piés desnudos; una túnica grosera formaba todo su vestido. Ella era un pequeño ángel vestido de penitente, un lirio rodeado de espinas (2). La ciudad de Viterbo era entónces el foco del maniqueismo. Pues bien; habiéndose aparecido un dia la Madre de Dios á la pequeña Rosa, que no tenía más que diez años, y habiéndola curado de una enfermedad que habia hecho desesperar de su vida, le mandó predicar la verdad, la justicia, la penitencia y la paz á sus conciudadanos extraviados. La niña obedeció, y se vió á esta niña, de una constitucion muy débil, pero de un alma fuerte como la de un héroe, recorrer como los profetas de Israel las calles de Viterbo, invitando á los pecadores á la penitencia, excitando á los tibios á la defensa de la Iglesia de Dios, y refutando á los herejes con argumentos, á los que nada tenian que responder, convirtiendo de este modo á un gran número de ellos (3). Los católicos bendecian á Dios al oirla; era imposible dejar de reconocer que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Los herejes, obstinados, bramaban de rabia, la amenazaban con la muerte para hacerla callar; pero la niña no hablaba con ménos fuerza, declarando que no podia sucederle cosa más feliz que la de dar su vida por el amor y la defensa de la santa fe católica. Viterbo estaba entónces ocupada por los feroces satélites del emperador Federico, el autor de los cismas, el gran perseguidor de los Papas y de la Iglesia. Fué, por consiguiente, muy fácil á los herejes, para deshacerse de esta niña apóstol, obtener del procurador imperial que fuese arrojada de la ciudad con sus padres. (*Brev. Rom.*) Los buenos católicos se afligieron mucho por esto; pero Rosa les dijo públicamente: «Regocijaos, fieles cristianos, porque dentro de pocos dias oiréis la noticia de un grande acontecimiento, que dará la paz á la Iglesia.» Y pocos dias despues llegó á Viterbo la noticia de que el nuevo Juliano apóstata, Federico, habia muerto (1). Volviendo Rosa á Viterbo, continuó sus predicaciones, y es imposible formar una idea del número de las conversiones que hizo. Santa Rosa acabó su carrera, en el ejercicio de este apostolado, á la edad de diez y ocho años, diez y ocho siglos há. Sin embargo, su cuerpo se conserva intacto (*Brev. Rom.*), para probar al mundo la verdad del prodigio de su vida por este prodigio constante que ha presentado su cuerpo despues de su muerte.

(1) «Ab ipsa infantia omni virtute enituit, facta perfectionis magistra, cum vix loqui dedicisset.» (*Brev. Rom.*, 4 Septem.)

(2) «Vili amictu, pedum nuditate, cilicio, jejuniis aliisque austeritatibus corpusculum affligens, divinæ contemplationi jugiter vacabat.» (*Ibid.*)

(3) «Decennis à Deo inspirata piis adhortationibus, validisque argumentis, multus hæreticos ad fidem et obedientiam romani Pontificis reduxit.» (*Ibid.*)

§ L.—Santa Catalina de Sena, el gran prodigio del siglo XIII.—Su amor á la virginidad.—Su caridad heroica.—Sus profecías.—Prodigio de su celo por la conversion de las almas, coronado por un éxito todavía más prodigioso.—Su doctrina puramente celestial.—Sus predicaciones en el Sacro Colegio.—Sus negociaciones y el resultado feliz de ellas por la paz de Italia, y por la union de los pueblos en la obediencia del Papa legítimo.—Excelencia y grandeza de su política.—Inmenso bien que ella hizo á la república cristiana y á la Iglesia.—Consecuencias del apostolado de la mujer católica en la Edad Media.

Pero la verdadera mujer apóstol y misionero, la mujer más extraordinaria y admirable, la mujer que desempeñó el papel más importante en la Iglesia, y que hizo el mayor bien á la Iglesia en la Edad Media, fué Santa Catalina de Sena. Recorrerémos rápidamente su infancia, tan maravillosa como la de Santa Rosa de Vi-

(1) «Frederici mortem et Ecclesiæ pacem prophetico spiritu prædixit.» (*Brev. Rom.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terbo, por los piadosos arrebatos de su amor de Dios, y por las gracias más singulares con que Dios la favoreció, hasta tal punto, que puede decirse que su vida no tuvo infancia. Á la edad de seis años poseia ya en grado eminente el doble espíritu de la vida contemplativa y de la vida activa. Ella buscaba los lugares más retirados para dedicarse á la contemplacion de las cosas celestiales, á la meditacion de los ejemplos de los santos; ella concibió tal deseo de imitarlos, que no podia pensar en otra cosa. Su ejemplo atraia á muchas niñas de su edad, que se retiraban con ella á un extremo de la casa, para escuchar sus fervorosas palabras, para orar unidas y entregarse á la mortificacion.

No aspirando más que á las nupcias celestiales y á las riquezas de la gracia y de la virtud, comenzó Catalina su carrera pronunciando el voto de virginidad, que es la fuente de la verdadera grandeza de la mujer. Segun su historiador, Fr. Raimundo de Capua, que fué tambien su confesor, y á quien seguirémos en este resúmen, Catalina, á la edad de siete años, postrada ante la imágen de la Santísima Vírgen, pronunció en alta voz el voto de virginidad en estos términos: «Bienaventurada y Santísima Vírgen, que, la primera entre todas las mujeres, consagrasteis por un voto la virginidad perpétua al Señor, que os concedió la gracia incomparable de ser Madre de su Hijo unigénito, yo suplico á vuestra inefable piedad que, sin atender á mis méritos ni considerar mi pequeñez, os digneis concederme la gracia de darme por Esposo á Aquel á quien yo deseo con todo mi corazon y con toda mi alma, vuestro adorable Hijo, Jesucristo, nuestro Salvador, y yo os prometo á Él y á Vos que jamas admitiré á otro esposo, y que le guardaré siempre una virginidad sin mancha.»

Al mismo tiempo se sintió poseida de una devocion especial hácia los santos que más trabajaron para la salvacion de las almas; y habiendo sabido que la órden de los dominicanos no tenía más objeto que éste, concibió un respeto tal hácia aquellos religiosos, que cuando ellos pasaban por delante de su casa salia á besar devotamente sus pisadas. Ella tuvo aún la idea, en su simplicidad de niña, de ponerse los vestidos de hombre, como habia hecho en otro tiempo Santa Eufrasia, y entrar en la dicha órden, á fin de ocuparse en la conversion de las almas. Dios satisfizo de otra manera su celo, y haciéndole conservar sus vestidos de mujer, hizo de

ella un misionero y un apóstol. Su madre y sus hermanos pensaban casarla á la edad de doce años, y como no pudieron hacer que ella consintiese, le hicieron sufrir muchas amarguras, por espacio de tres años, con el objeto de vencer su repugnancia. Pero habiendo triunfado de todo la vírgen, su padre, que era un hombre santo, puso fin á su martirio, diciendo á su familia: «Nadie se atreva á molestar más á mi amada Catalina; nadie se atreva á impedirla que sirva á su celestial Esposo, y que pida sin cesar por nosotros. Jamas podrémos encontrar una alianza semejante á ésta.»

Habiéndose visto de este modo libre, y tomando el hábito de la Órden Tercera de Santo Domingo, la Santa distribuyó entre los pobres vergonzantes el patrimonio que su padre le habia entregado, y se consagró al servicio de los enfermos acometidos por las enfermedades más repugnantes. Su ternura con los pobres era tan grande como la severidad con que se atormentaba ella misma con toda clase de mortificaciones y austeridades. Pero la obra de aliviar al prójimo de sus miserias corporales no podia bastar á Catalina, de entendimiento elevado, de corazon vírgen, de alma ardiente y enérgica, devorada por el fuego sagrado del amor divino y por el celo de la salvacion de las almas. Por consiguiente, segun las órdenes que le daba el divino Salvador en las diferentes apariciones con que se dignaba honrarla, servía ella á los enfermos; consolaba á los presos, y al mismo tiempo atraia á los pecadores á la penitencia. Pero, así como entre los enfermos á quienes asistia, á las mujeres corroidas por horribles cánceres ó desfiguradas por la lepra y abandonadas de todo el mundo, era á quienes prodigaba los cuidados más asíduos y más heriocos, con la humildad de una sierva y la ternura de una madre, de la misma manera, entre los pecadores que convertia, buscaba con preferencia á los más escandalosos y más obstinados. El famoso Nannes, uno de los señores más poderosos de Sena, el autor de las guerras civiles y de los asesinatos que afligian entónces aquella desventurada ciudad, y que nadie habia podido apartar de su horrible vida, fué reducido por Santa Catalina á los sentimientos de hombre y de cristiano, y se hizo el modelo de los verdaderos penitentes.

Jacobo Tolomeo, gran señor igualmente, pero el terror y la vergüenza de la Toscana, el hombre de todas las infamias y de todos los crímenes, á quien nadie habia podido convertir, advertido por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Catalina, no pudo resistir al poder de su palabra; él lloró, se confesó é hizo públicamente penitencia de sus excesos. Un dia conducian al cadalso dos ladrones, culpables de muchos asesinatos; endurecidos en su impenitencia, caminaban á la muerte blasfemando del supremo Juez, en cuyas manos iban á caer. Afligida Catalina por la pérdida de sus almas, se sube al carro que conducia á los sentenciados, se coloca en medio de ellos, y en un cuarto de hora los convierte y hace de ellos dos Dimas penitentes.

Durante la famosa peste de Florencia, en 1374, no se contentó Santa Catalina con dedicarse generosamente al servicio de los apestados, sino que exhortaba con frecuencia al pueblo; insistia principalmente sobre la necesidad de aplacar la cólera de Dios con dignos frutos de penitencia, y sus discursos eran tan persuasivos, que los más grandes pecadores se convertian en fervorosos cristianos.

De todas partes acudian á oirla y áun á verla, porque sólo al mirar su semblante angelical, cuya belleza estaba realzada por una especie de aureola celestial, se sentian los hombres separados del mal y atraidos al bien. Los obispos y los curas de toda la Toscana se disputaban el honor de tenerla siquiera por algunos dias en sus diócesis y en sus parroquias, porque estos pocos dias bastaban para hacer cesar en sus diócesis y en sus parroquias los escándalos, para restablecer en ellas la observancia de la ley de Dios, y restaurar la piedad. Jamas se habia visto cosa semejante en una mujer. Jamas el apostolado de un hombre fué más eficaz ni produjo mayor fruto. Ella reprendia con la mayor libertad los vicios, no sólo del pueblo, sino tambien de los grandes y áun de los clérigos, y no perdonaba á ninguno cuya conducta fuese digna de reprension. El amor de Dios y la uncion celestial, de que estaba llena, salian á torrentes de su corazon en todos sus discursos. Era imposible resistir á la vehemencia de sus palabras; ellas penetraban en las almas más corrompidas, y las separaban de sus malos hábitos los más inveterados, y áun se creian todos dichosos en rendirse al Espíritu Santo, que hablaba en ella. Fueron muchos los millares de personas que vivian en el desórden y á quienes ella redujo á la práctica de la penitencia y á una vida santa y perfecta.

Eran tantas las almas á quienes atraia con su elocuencia al sacramento de la Penitencia, que se le dió el título de *Apóstol de la*

confesion. El Soberano Pontífice habia concedido á los coadjutores de su apostolado las más ámplias facultades para absolver de todos los casos de conciencia. Dos sacerdotes de la Órden acompañaban por todas partes á Catalina para oir á los penitentes que su celo, triunfante de toda resistencia, enviaba á sus piés. Estos padres estaban dia y noche en el tribunal de la penitencia, y no eran suficientes para oir á todos aquellos á quienes Catalina obligaba á mudar de vida, y que recurrian á ellos para confesarse por la primera vez, ó para reformar sus confesiones mal hechas. (*Vit.*, número 240.)

Con el dón de los milagros de toda especie, que ella obraba contínuamente, en el órden de la naturaleza lo mismo que en el de la gracia, le habia concedido Dios el espíritu de profecía. Ella leia con la mayor claridad todo cuanto se hallaba oculto en lo más profundo de los corazones y en las tinieblas del porvenir. Puede decirse que todos sus discursos eran predicaciones, así como todas sus obras eran prodigios. Nosotros sólo citarémos la más célebre de ellas. Un dia en que Fr. Raimundo se quejaba, llorando, de la actitud sacrílega que muchas ciudades de Italia habian tomado respecto al Papa, le dijo Catalina: «No comenceis á llorar tan pronto, porque os queda mucho que llorar. Eso que veis es leche y miel comparado con lo que seguirá despues.—¡Oh madre mia! contestó Fr. Raimundo. ¿Qué es lo que decís? ¿Es posible que veamos otros males mayores que los que estamos viendo: tantos cristianos olvidando el respeto que se debe á la santa Iglesia, no temiendo sus sentencias, y abjurando de ella, al parecer para siempre? Ya no les falta otra cosa que renegar de Jesucristo.—Padre, replicó la Santa, eso es lo que hacen ahora los legos, pero pronto veréis cuánto peor es lo que han de hacer los clérigos.—¡Oh desventurado de mí! ¿Es posible que los clérigos mismos se han de rebelar contra el Pontífice romano?—Vos lo veréis; cuando él quiera corregir las malas costumbres, promoverán ellos en toda la Iglesia de Dios un escándalo universal, que la dividirá y la afligirá como una pestilencia herética.—¿Tendrémos acaso, madre mia, una herejía nueva y unos nuevos herejes?—No será propiamente una herejía: será una division de la Iglesia y de toda la cristiandad. Así, preparaos á la paciencia; porque os veréis obligado á ver todas estas cosas.» (*Vit.*, núm. 286.) No se podia anunciar de una manera más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

exacta el gran cisma de Occidente, que comenzó poco tiempo despues, y afligió á la Iglesia por el espacio de más de cincuenta años.

Ademas de un admirable *Tratado sobre la divina Providencia*, se conservan de Santa Catalina ciento cincuenta cartas á los dos soberanos pontífices Gregorio XI y Urbano VI, á los cardenales, á los obispos y á los eclesiásticos de todas categorías, y otras ciento treinta cartas á los reyes y á los príncipes cristianos. Estos escritos, que son una obra maestra por su forma, tienen en el fondo el sello de la más profunda ciencia de los hombres y de las cosas, y de esa doctrina celestial que no se adquiere con el estudio, sino con la oracion; que no se aprende en la escuela del hombre, sino en la escuela de Dios. Preguntada Catalina por los más hábiles profesores de la ciencia sagrada sobre las cuestiones más difíciles de la Teología, los admiraba con la solidez y la claridad de sus respuestas, y los edificaba con su humildad y con su fervor; y en general, ninguna persona se acercó á ella, que no se separase instruida y mejorada (1).

Santa Catalina ejerció tambien otra mision especial en las más elevadas regiones de la jerarquía eclesiástica. Ya habia setenta y dos años que los Soberanos Pontífices se hallaban establecidos en Francia, y parecia que habian abandonado de todo punto á Roma; la Iglesia sufria mucho por esta ausencia de los sucesores de San Pedro de la silla privilegiada, que los constituye Papas; y es indudable que, como lo reconoce el mismo Fleury, la larga residencia de los Papas en Aviñon dió ocasion al cisma de Occidente. Graves y celosos personajes habian procurado, por lo mismo, hacer que volviese el Papa á Roma, pero en vano. Pues bien, lo que no pudieron conseguir los santos hombres, lo consiguieron las santas mujeres. En primer lugar, Santa Brígida, reina de Suecia, contribuyó mucho á ello con las cartas que dirigió á Gregorio XI para obligarle á volver á su metrópoli, y que afectaron mucho á este Pontífice; en segundo lugar, contribuyó al mismo objeto Santa Catalina, que, no contentándose con escribir, sino presentándose personalmente al mismo Pontífice, consiguió con su elocuencia vol-

(1) «Doctrina ejus infusa, non adquisita fuit. Sacrarum litterarum professoribus, difficilissimas de Divinitate quæstionibus proponentibus, respondit. Nemo ad eam acessit, quin melior abierit.» (*Brev. Rom.*)

verle á Roma (1). Su sucesor, Urbano VI, acusado y perseguido, encontró en Catalina una nueva Matilde, que hizo enérgicamente su defensa y sostuvo su autoridad. Y así, estos Pontífices la tuvieron en muy grande estimacion, y la emplearon como su nuncio en legaciones difíciles (2), y, lo que es todavía más extraordinario, se sirvieron de esta vírgen para terminar los negocios más graves de la Iglesia; ellos confiaban todas las deciones á su buen sentido y á su sabiduría (3), y todo lo que ella decidia, y todo lo que ella trataba, nada dejaba que desear (4); de modo que nadie dudaba que el Espíritu de Dios era quien hablaba en ella y por ella.

Los mismos Pontífices hicieron más aún: ellos le mandaron muchas veces que exhortase á los cardenales para ponerlos de acuerdo y obligarlos á la paz. De este modo (hecho único en la historia de la Iglesia), se vió á esta jóven sentada en medio del Sacro Colegio, hablándole con una sabiduría y una elocuencia prodigiosa, que sólo el prodigio de la modestia virginal del orador excedia, y obteniendo de este modo un éxito brillante (5).

Pero permítasenos entrar en más pormenores acerca de la mision política y religiosa que Santa Catalina ejerció en la Iglesia; éste es tal vez el prodigio más singular y más admirable de la historia de la Edad Media.

Al celo de un apóstol unia Santa Catalina una destreza maravillosa para las negociaciones, y todos los talentos de un hombre de Estado. En la guerra que los gibelinos hicieron al papa Gregorio XI, que residia en Aviñon, para despojarle de todo cuanto poseia en Italia, Catalina, con sus exhortaciones, con sus cartas y con sus ora-

(1) «Ea suadente deliberavit Pontifex ad sedem suam romanam personaliter accedere.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Eidem Gregorio et ejus successori Urbano acceptissima fuit, adeo ut legationibus ejus fungeretur.» (*Ibid.*)

(3) «Hi pontificis unius virginis opera, ad expediendas gravissimas causas usi fuerunt, adeo ut eas *ejus unius arbitrio* dirimendas relinquerent.» (Rivaden., *in Vita.*)

(4) «Ita ut in gravissimis plane negotiis ejus curæ commissis nihil omnino potuerit desiderari.» (*Ibid.*)

(5) «Imperarunt ei, ut, in sacro Purpuratorum Ecclesiæ romanæ Procerum senatu, verba faceret, ipsosque cardinales ad concordiam invitaret. Quod illa, admirabili prorsus sapientia, modestia et efficaciâ præstitit.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciones, contuvo en su deber y en la obediencia de este Pontífice á las ciudades de Sena, de Luca, de Arezo y á otras muchas ciudades de los estados eclesiásticos.

Habiendo el Papa fulminado un interdicto, y enviado al cardenal de Génova con un ejército á Toscana para reducir á los florentinos, resolvieron los rebeldes deponer las armas é implorar la clemencia del Soberano Pontífice. Pues bien, á una pequeña vírgen, á una pobre religiosa, á Santa Catalina, fué á quien eligieron por su mediadora para con el Papa, y á quien encargaron una mision tan importante y tan delicada. Le dieron plenos poderes para tratar con Gregorio XI, y le dijeron que se referian enteramente á ella respecto á las condiciones de la paz. El Papa, por su parte, á quien Catalina se presentó en Aviñon, recibiéndola con la más grande distincion y admirando su santidad y su sabiduría, en la primera conferencia que con ella tuvo le dijo: «La paz es el único objeto de mis deseos. Yo pongo ese negocio en vuestras manos. Yo os recomiendo únicamente el honor de la Iglesia.» De este modo se vió por una parte á un pueblo que confiaba su suerte al arbitraje de una jóven, y al mismo Pontífice que ponia en sus manos los intereses y el honor de la Iglesia. Tal era la confianza que tenian todos en su justicia y en sus luces.

Pero Catalina tenía otras miras más extensas aún. Previendo el cisma que iba á desgarrar á la Iglesia, creyó que el medio más á propósito para conjurarlo era una cruzada general, que movió y utilizó contra los infieles, que eran el gérmen de la discordia y de la guerra que turbaban á la Europa, y que amenazaban á la unidad de la Iglesia. Así fué que quiso interesar en ella á Gregorio XI en presencia de Fr. Raimundo, que nos refiere el interesante coloquio que tuvo lugar, con este objeto, entre Santa Catalina y el Papa. Á las primeras palabras que ella articuló sobre una nueva cruzada, la interrumpió el Papa, diciéndole: «Sería necesario establecer primero la paz entre los cristianos, para emprender despues la guerra santa.» Y Catalina le respondió: «Pero, Santo Padre, para pacificar á los cristianos no podréis encontrar mejor medio que el de ordenar la santa expedicion. Todos esos hombres de armas, que fomentan la guerra entre los fieles, irán voluntariamente á servir á Dios con su arte. Pocos hay tan malos que no deseen servir á Dios con un oficio que les agrada, para borrar de este modo sus pecados. *Quitar los tizones es apagar el fuego.* Y así, Santo Padre, con un solo golpe haréis muchos bienes: vos pacificaréis á los cristianos que deseen el reposo, y en cuanto á esas gentes habituadas al crímen, las ganaréis perdiéndolas. Si ellos alcanzan algunas victorias, os adelantaréis á los príncipes cristianos; y si ellos mueren, ganaréis sus almas, que estaban como perdidas. Por consiguiente, de aquí se seguirán tres bienes, á saber: la paz de los cristianos, la penitencia de los hombres de armas y la salvacion de muchos sarracenos.» No se podia decir una cosa más sólida; jamas la sabiduría humana ha dicho nada más sabio. «En verdad, dice en este lugar Mr. Rohrbacher, la santa jóven de Sena tenía una política más grande que todos los reyes de entónces, y áun que todos los autores modernos de Política y de Historia. Ella comprendia mucho mejor el verdadero interes de la humanidad entera y de sus diversas partes, al querer emplear en el exterior la porcion turbulenta de la cristiandad, á fin de mejorar el interior, y hacer servir el interior y el exterior á la civilizacion cristiana y progresiva del universo.» (Lib. LXXX.) En muchas de sus cartas al mismo Pontífice repite Santa Catalina estas mismas ideas; ella pide al Papa, en nombre del Señor, que enarbole el estandarte de la cruz contra los infieles, asegurándole que al momento cesarian las guerras intestinas, los lobos se convertirian en corderos, y el pueblo fiel se veria libre de su infidelidad. Mas los hombres de Estado de aquel tiempo, que tenian más interes, y áun el deber de seguir semejante política, que, no por salir del entendimiento de una jóven, dejaba de ser á propósito para honrar á los más grandes hombres, nada comprendieron de ella. Desgraciadamente no es éste el único ejemplo de hombres que se lisonjean con el título de hombres de Estado, y que nada comprenden de la ciencia de Estado.

Habiendo triunfado de nuevo en Florencia el partido enemigo de la sumision al Papa, miéntras que Catalina se hallaba en Aviñon, y no habiendo podido efectuarse el arreglo, que Gregorio deseaba de todo corazon, recurrió de nuevo á la medida de reducir á los rebeldes por la fuerza. Entre tanto había vuelto Santa Catalina á Toscana, y horrorizada de ver á sus compatriotas amenazados de nuevo con todos los horrores de la guerra, escribió catorce cartas, que se conservan todavía, al Soberano Pontífice, para moverle á hacer uso de la clemencia más bien que de la justicia, con sus súb-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ditos extraviados. La cuarta de estas cartas, en particular, es una obra maestra de teología y de patriotismo, de elocuencia y de mansedumbre cristiana. Ved aquí algunos rasgos de ella: «En el nombre de Jesucristo crucificado y de la dulcísima María, santísimo y reverendísimo Padre mio en Jesucristo, yo, Catalina, vuestra indigna y miserable hija, sierva y esclava de los siervos de Jesucris. to, os escribo en su sangre preciosa con el deseo de veros un buen pastor..... Los hombres, culpables por su rebelion contra Dios, habian merecido una pena infinita; Dios, sin embargo, viéndolos inclinados á amar, les echó el incentivo del amor. Él nos envió á su Hijo único, que tomó nuestra naturaleza *para hacer una gran paz*. Pero era necesario que la ofensa quedase expiada y la justicia satisfecha. La misericordia condenó al Hijo á muerte de cruz por nosotros, y Él satisfizo al mismo tiempo á la justicia y á la misericordia. De este modo libró Dios á los hombres del infierno; de este modo, con su bondad, venció nuestra malicia; de este modo nos atrajo por medio del amor. ¡Oh santísimo y piadosísimo Padre! Yo no veo otro medio para acarrear vuestras ovejas, que como rebeldes se separaron del redil de la santa Iglesia. Por esta razon os pido, por Jesucristo crucificado, que me concedais la gracia de vencer su malicia con vuestra bondad. Todos nosotros somos de vos, oh Padre, y yo sé que, generalmente, todos creen que han obrado mal. Pero, áun suponiendo que ellos sean inexcusables, áun cuando hayan sido impulsados por los muchos trabajos, por las muchas injusticias é iniquidades que tenian que sufrir de sus malos pastores y de sus gobernadores, que, como Vos sabeis, son demonios encarnados; áun suponiendo todo esto, os pido misericordia para ellos. ¡Oh, Padre, no mireis la ignorancia ni el orgullo de vuestros hijos; sino, dándoles una dulce correccion con el incentivo del amor y de la bondad, volvednos la paz á nosotros, vuestros desventurados hijos, que os hemos ofendido. Yo os lo digo, Cristo muy amado en la tierra, yo os lo digo de parte del Cristo que está en el cielo: si Vos obrais así, sin política ni ira, ellos volverán todos con un gran dolor de haberos ofendido y se colocarán bajo vuestra bandera..... Y si quereis hacer justicia, hacedla en mí, miserable, é imponedme todas las penas y todos los tormentos que os parezcan, hasta la muerte. Yo creo que por el exceso de mis iniquidades han sucedido tantas defecciones, tantos inconvenientes y

tantas discordias. Tomad, pues, sobre mí, vuestra desventurada hija, toda la venganza que quisiereis. ¡Oh, Padre, yo muero de dolor y no puedo morir! Yo os pido humildemente vuestra bendicion para mí y para todos mis hijos (espirituales), y os ruego que me perdoneis mi presuncion. Permaneced en el santo y dulce amor. ¡Dulce Jesus, Jesus, amor!»

Estas cartas, que respiran el patriotismo de los santos, el verdadero patriotismo, y toda la caridad del Evangelio, hicieron una grande impresion en el alma del Soberano Pontífice. Él mitigó mucho su severidad con sus pueblos rebeldes, y esperó con paciencia la vuelta de ellos á su obediencia.

Uno de los particulares en que más habia insistido Santa Catalina, lo mismo que Santa Brígida, en su correspondencia con el Pontífice, habia sido el de su vuelta á Roma. Pues bien; habiendo resuelto el Papa su regreso, despues de muchas dudas y dificultades, le escribió la Santa en estos términos: «Venid, venid á Roma; pero venid como Jesucristo vino al mundo, con mansedumbre, humildad, caridad y paciencia. Por la dulzura y la suavidad se dejan llevar los hombres, principalmente los italianos. Anunciad que vos mismo ofreceis la paz. Para terminar más prontamente las guerras y las divisiones, mostraos más fácil sobre los intereses temporales, á fin de asegurar mejor lo principal, los intereses espirituales, la salvacion de las almas. Imponed á los más culpables castigos moderados, como un padre á sus hijos..... Sed el buen pastor, que habiendo hallado á su oveja extraviada, la pone sobre sus hombros y la conduce al redil, lleno de alegría. Pero, sobre todo, reprimid á los malos pastores, á los pastores mercenarios, cuyos escándalos impunes han causado todo el mal. Mas para obrar tan gran bien es necesaria la paz. Aun cuando la guerra que emprendieseis tuviese buen resultado, vuestros aliados mismos causarian nuevos males á la Iglesia. Seria necesario concederles gracias particulares, y entre ellas ciertos obispos, tales como á ellos les convienen, no para la salvacion de sus almas, sino para sus intereses y sus pasiones. Se necesita, por consiguiente, la paz; no una paz ociosa, sino activa, para reparar el mal y multiplicar el bien.» Tales eran los consejos que Santa Catalina daba á la cabeza de la Iglesia, y para una mujer no dejaban de contener una verdadera moral y una verdadera política. Un padre de la Iglesia no hubiera dicho una cosa mejor ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más bien dicha. El Papa se aprovechó de estos consejos, y de este modo pacificó la Italia, pero tambien por mediacion de Santa Catalina.

Gregorio XI, algunos dias despues de su llegada á Roma, dijo á fray Raimundo: «Se me ha dicho que si Catalina de Sena va á Florencia se conseguirá la paz.» Habiendo manifestado este deseo de la Santa Sede á Catalina, que se hallaba en Sena, se puso al momento en camino para Florencia, donde fué recibida con las muestras del mayor gozo y de la mayor veneracion por el partido de la paz y por todos los que amaban á Dios y la Iglesia, que eran la generalidad del pueblo. Pero los jefes de la faccion, que tiranizaban todavía la ciudad para continuar explotándola, se aterraron con la presencia de Catalina, cuyas poderosas palabras iban á restablecer una paz que debia poner fin á su reinado. En este supuesto procuraron conmover una parte del populacho contra la Santa, y áun enviaron asesinos que le diesen la muerte. Una turba de estos criminales entró en su casa, gritando: «¿Dónde está esa mala mujer? ¿Dónde está?» Habiendo oido esto Catalina, salió de su gabinete, donde estaba en oracion, y dirigiéndose á uno de los sicarios, que, con la espada desnuda, gritaba más alto que todos: «¿dónde está Catalina?» se puso de rodillas con un semblante risueño, y le dijo: «Yo soy Catalina. Haz conmigo todo lo que el Señor te permita que hagas; pero de parte del Todopoderoso te mando que no hagas mal á ninguno de los mios.» Y diciendo esto, le ofreció el cuello á la espada. Al oir estas palabras y al ver esta accion se llenó de terror el asesino, y no teniendo valor para herirla, se retiró confuso con todos sus compañeros, y Catalina fué una mártir por su disposicion generosa para recibir el martirio y por su desconsuelo por no haberlo recibido. En vano sus hijos espirituales, temiendo por sus dias, procuraron que se volviese á Sena. «Yo no puedo, decia ella, abandonar el territorio de Florencia sin haber cumplido mi mision de establecer la paz entre el Padre de los fieles y sus hijos.» En efecto, en pocos dias tuvo en ella la satisfaccion de reducir, con las condiciones que ella quiso poner, á toda la ciudad á la obediencia del Soberano Pontífice, reconciliándola con la Iglesia. Este ejemplo fué seguido muy pronto por todas las demas ciudades rebeldes, y la autoridad de la Santa Sede fué restablecida en ellas. La residencia del Papa en Roma, que fué tambien obra de la misma Santa, hizo lo demas. Toda la Italia, que, en parte hereje, iba á ser alemana, fué pacificada, y todos los pueblos que se habian sustraído á la obediencia de la Iglesia volvieron á ella. Así, Santa Catalina fué la Juana de Arco de la Italia, con la diferencia de que ésta salvó á su patria, como verémos despues, por la fuerza de las armas, y aquella salvó á la suya con el poder de su palabra.—¡Decid, pues, que las mujeres, y en particular las mujeres piadosas, nada valen en los momentos críticos para la salud de los pueblos!

Habiendo muerto Gregorio XI, Urbano VI, su sucesor, se sirvió tambien de las luces sobrenaturales y del celo de la heroína de Sena para su propia conservacion y para el bien de la Iglesia. Ved aquí, en efecto, lo que ella le escribió desde los primeros dias de su eleccion: «Dios quiere absolutamente reformar á su Esposa, y no quiere que ella sea por más tiempo leprosa; si Vuestra Santidad no lo hace con su poder, su posicion y su dignidad, *que le han sido concedidos para ello*, lo hará Él mismo por medio de muchas tribulaciones; Él arrancará tantos de esos árboles torcidos, que al fin los enderezará á su modo. Santísimo Padre, *no esperemos ser humillados*, sino trabajad varonilmente y ejecutad vuestros negocios con modo y *no sin modo;* porque ejecutarlos sin modo es echarlos á perder en vez de ordenarlos; ejecutadlos con benevolencia y con un corazon tranquilo; escuchad á los que temen á Dios y os dicen lo que es necesario ó conveniente hacer, manifestándoos las faltas que se cometen en torno de Vuestra Santidad. Mi muy amado Padre, vos debeis estar muy satisfecho de tener quien os ayude á ver y á evitar las cosas que pudieran redundar en descrédito vuestro y acarrear la pérdida de las almas. *Suavizad un poco*, por el amor de Jesucristo crucificado, esos movimientos repentinos, que son efecto de vuestra naturaleza; reprimid la naturaleza con la santa virtud. Como Dios os ha dado un corazon *naturalmente* grande, os ruego que obreis de modo que lo tengais tambien grande *sobrenaturalmente;* es decir, que con el celo y el deseo de la virtud y de la reforma de la santa Iglesia, adquirais tambien un corazon varonil, fundado en la verdadera humildad. De este modo tendréis el *natural* y el *sobrenatural*, porque el natural sin el sobrenatural sería poco; él os daria muchos movimientos de cólera y de orgullo, *y cuando fuera necesario corregir á personas que le son íntimas, retrocederia y se haria pusilánime.* Mas cuando se junta á él el deseo de la virtud, cuando el hombre tiene

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su mente tan sólo el honor de Dios, *sin ningun pensamiento de sí mismo*, entónces recibe una luz, una fuerza, una constancia y una perseverancia *sobrenaturales;* de modo que jamas se entibia, sino que siempre es varonil, como debe serlo. Esto es lo que yo he pedido y pido contínuamente al Soberano y Eterno Padre, que os conceda á vos, santísimo Padre, y á todos los fieles cristianos, y tanto más, cuanto que me parece que en el tiempo en que nos encontramos *teneis una gran necesidad de ello.*» (Carta 21.)

Urbano VI era celoso, y sus costumbres eran irreprensibles, pero tenía un carácter duro, áspero é inflexible. Siendo muy severo consigo mismo, era débil con sus parientes. La impetuosidad de carácter y el nepotismo son los defectos que le atribuye la Historia. Ved aquí, pues, en esta admirable carta, una mujer que previene al Papa contra *estos defectos* y le presenta un espejo en que poder mirarse y reconocerse. Este es, como se ve, el mismo acento de libertad, mezclada de respeto, con que San Bernardo escribia á Eugenio III, empeñándole en la reforma de su palacio. La distincion de lo *natural* y de *sobrenatural*, y el modo de corregir lo uno con lo otro, están expresados en ella con una claridad que haria honor al más grande filósofo. Sólo las almas inspiradas é ilustradas por el Espíritu de Dios, áun cuando sean mujeres, pueden hablar y escribir de este modo á la cabeza de la Iglesia.

Se sabe que los cardenales franceses, de acuerdo con tres cardenales italianos, despues de haber dado su voto á Urbano, y de haberlo reconocido y honrado por espacio de seis meses como á Papa legítimo anunciado como tal á toda la Cristiandad, y á la córte de Francia en particular, por motivos de amor propio y de interes trataron de desgarrar la túnica de Jesucristo; crearon un antipapa de uno de ellos bajo el nombre de Clemente VII, y comenzaron el cisma de Occidente, que causó tanto escándalo á los fieles y tantos males á la Iglesia. En vista de estos hechos, al ver este espectáculo tan horrible para un alma profundamente católica, el celo de Santa Catalina se enardeció; ella se llenó de una santa cólera, ella sintió una herida en su corazon y sufrió dolores mortales. Vedla, pues, á pesar de ser una jóven, hacer lo que ningun hombre pensó hacer entónces. No parecia sino que era la única encargada por Dios de sostener la causa de la Iglesia. Todavía se conservan las diferentes cartas que escribió en esta ocasion á los cardenales apóstatas de

sus juramentos y de su deber; jamas se ha escrito una cosa más sólida, más llena de celo, más fuerte ni más libre; esto es, la solidez de los doctores, el celo de los apóstoles, la fuerza y la libertad de los profetas. Santa Catalina escribió tambien al rey de Francia, Cárlos V, en estos términos: «Yo me admiro de que un hombre católico que teme á Dios, como vos, se deje llevar por los consejos de esos miembros del demonio que publican por todas partes que Urbano VI no es verdadero Papa. Es muy fácil confundirlos por ellos mismos; porque, si dicen que le eligieron por temor del pueblo, se les responde que la eleccion estaba hecha canónicamente ántes que se levantase ningun tumulto en Roma. Por otra parte, éste es el Papa que ellos anunciaron á vos, á nosotros y á todo el mundo cristiano; éste es el que ellos coronaron con tanta solemnidad, que ellos honraron como vicario de Jesucristo, y que reconocieron como dispensador de todas las gracias, solicitándolas de él. Sin embargo, si ellos se obstinan en decir que el temor les hizo obrar como obraron, en esto mismo se hacen dignos de una eterna confusion. ¿Pues qué? Unos hombres elegidos para ser las columnas de la santa Iglesia de Dios, ¿habian de ser más sensibles al temor de perder la vida del cuerpo que al de condenarse y condenarnos con ellos, dándonos por padre de los fieles un hombre que no lo fuese? Y ¿no hubieran sido idólatras al honrar como vicario de Jesucristo á uno á quien este título no pertenecia? ¿No hubieran sido unos usurpadores, haciendo uso de los bienes espirituales y de las gracias que no podian solicitar ni obtener? Y finalmente, ¿cuándo comenzaron ellos á poner en duda una verdad que habian reconocido ellos mismos? *Cuando Su Santidad quiso corregir sus vicios, cuando les manifestó que la vida escandalosa de ellos le desagradaba.* Y ¿contra quién se rebelaron ellos? *Contra nuestra santa fe;* peores en esto que los cristianos renegados, miserables por no conocer el peligro de su estado y por obcecarse en su culpa; pero, imitando á los demonios, cuyo ejercicio consiste en pervertir las almas y en apartarlas del camino de la verdad, para que sigan el camino de la mentira. Perdonadme, amado señor, si hablo de este modo; el dolor que siento por la pérdida de las almas, y el amor que tengo á la salvacion de ellas, son la causa de que hable así. Yo no digo esto por desprecio á los autores de tantos trastornos; lo que me afecta es el escándalo y el error que ellos esparcen por todo el mundo y la crueldad que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos ejercen consigo mismos y con aquellos á quienes hacen perecer con ellos. Si ellos hubiesen tenido el temor de Dios y de los hombres, jamas hubieran llegado á tal extremo, áun cuando el papa Urbano hubiera obrado mal con ellos y hubieran deseado morir mil veces ántes que dar un paso tan funesto á la Iglesia.» La Santa concluye exhortando al Rey á que cúide de la salvacion de tantas almas como se precipitan en el error, á que se aconseje con personas sábias é ilustradas, á que se acuerde de la muerte, y á que juzgue de todo segun las luces de la sabiduría divina y no segun la mira de los intereses temporales y humanos. (*Hist. de la Igles. galic.*, lib. XLI.)

Al mismo tiempo esta mujer intrépida, campeon de la legitimidad de la eleccion del jefe de la Iglesia, escribió á todas las córtes de Europa en el mismo sentido, y por eso Inglaterra respondió la primera, con los mismos argumentos y casi con las mismas palabras que Catalina habia usado, al manifiesto escandaloso de los cardenales apóstatas contra Urbano, llamándolos siervos malos, *condenados por su propia boca*, y publicando á su vez una magnífica protesta contra el cisma, fundada en trece razones, que los autores de aquel gran escándalo no pudieron refutar. Lo mismo hizo la gran mayoría de la Cristiandad. Despues de Inglaterra, todo el Imperio de Alemania, la Hungría, la Polonia, Suecia, Dinamarca, la Bretaña, Flándes, toda la Italia (excepto Nápoles) y todo el Oriente católico permanecieron en la comunion con Urbano y sus sucesores.

No hubo más que Francia (y no toda), Escocia y España, que se dejasen arrastrar por el cisma y reconociesen al antipapa Clemente, y áun en España la apostasía se limitó casi exclusivamente á las córtes de Aragon y de Castilla, pero la mayoría del clero y del pueblo se adhirió á Urbano. Grande y singular mision, que Dios confió entónces, al parecer, á una mujer. Muchos grandes hombres, y áun el mismo San Vicente Ferrer, el apóstol y el taumaturgo de su siglo, permanecieron entónces espectadores tranquilos de aquel drama funesto, en el que representaron un papel bien triste. Sólo una jóven, una pobre religiosa, fué la primera que enarboló el estandarte de la unidad, y que con su voz y con sus escritos reunió en torno de este estandarte la mayor parte del mundo cristiano y la sostuvo en la obediencia del Pontífice legítimo. Yo no sé que ningun padre de la Iglesia obtuviese un triunfo semejante.

Añádase á esto que ésta fué la misma Santa que, con la extension que dió á la *Órden Tercera de Santo Domingo*, reunió un gran número de legos de ambos sexos para asociarse á la práctica de la vida del claustro, y que popularizó la santidad en medio del mundo, y que murió á la edad de treinta y cinco años, y será forzoso convenir que ningun apostolado de hombre alguno fué en esta época más fecundo que el apostolado de esta vírgen, y que ninguna existencia hubo entónces más santa, más maravillosa, más magnífica, más imponente ni más útil á la república cristiana y á la Iglesia.

Tal fué el apostolado de la mujer católica en la Edad Media. Pero tales prodigios de la virtud y de la gracia de la fe no aprovechaban sólo á la religion; reducidos á escritura y publicados por todas partes, eran, en cierto modo, los periódicos de la época, que hacian una profunda impresion en los pueblos. «De aquí nació, dice M. Capefigo, esa multitud de leyendas piadosas en que se exaltan las virtudes más extremas: la mortificacion, el ayuno, la caridad, la vida del desierto, la afabilidad y la mansedumbre para con todos. Las leyendas, bajo el punto de vista puramente humano, fueron motivos de cultura general, y por estos ejemplos fueron reprimidas las pasiones salvajes. (Tom. IV, pág. 194.)

§ LI.—Influencia de las *mujeres religiosas* en la fundacion de un gran número de monasterios de hombres en la Edad Media, particularmente en Francia.—Los más grandes fundadores de las Órdenes religiosas de la misma época fueron formados por las santas mujeres, á las que debieron una gran parte de sus triunfos.—San Benito, San Francisco de Asis.—Grandeza de Santa Clara.—Santa Ines, hija del rey de Bohemia, convertida en su hija.—Cómo fué honrada Santa Clara por la Iglesia en su muerte.

Al lado de tantos obispos santos como ocupaban el mismo tiempo casi todas las sillas episcopales de la Gaula cristiana, la historia eclesiástica nos presenta una multitud inmensa de grandes personajes dejando al mundo, consagrando todas sus riquezas para fundar monasterios, y contribuyendo con sus virtudes y sus milagros á la propagacion de la fe, á la cultura de las costumbres, á la de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ellos ejercen consigo mismos y con aquellos á quienes hacen perecer con ellos. Si ellos hubiesen tenido el temor de Dios y de los hombres, jamas hubieran llegado á tal extremo, áun cuando el papa Urbano hubiera obrado mal con ellos y hubieran deseado morir mil veces ántes que dar un paso tan funesto á la Iglesia.» La Santa concluye exhortando al Rey á que cúide de la salvacion de tantas almas como se precipitan en el error, á que se aconseje con personas sábias é ilustradas, á que se acuerde de la muerte, y á que juzgue de todo segun las luces de la sabiduría divina y no segun la mira de los intereses temporales y humanos. (*Hist. de la Igles. galic.*, lib. XLI.)

Al mismo tiempo esta mujer intrépida, campeon de la legitimidad de la eleccion del jefe de la Iglesia, escribió á todas las córtes de Europa en el mismo sentido, y por eso Inglaterra respondió la primera, con los mismos argumentos y casi con las mismas palabras que Catalina habia usado, al manifiesto escandaloso de los cardenales apóstatas contra Urbano, llamándolos siervos malos, *condenados por su propia boca*, y publicando á su vez una magnífica protesta contra el cisma, fundada en trece razones, que los autores de aquel gran escándalo no pudieron refutar. Lo mismo hizo la gran mayoría de la Cristiandad. Despues de Inglaterra, todo el Imperio de Alemania, la Hungría, la Polonia, Suecia, Dinamarca, la Bretaña, Flándes, toda la Italia (excepto Nápoles) y todo el Oriente católico permanecieron en la comunion con Urbano y sus sucesores.

No hubo más que Francia (y no toda), Escocia y España, que se dejasen arrastrar por el cisma y reconociesen al antipapa Clemente, y áun en España la apostasía se limitó casi exclusivamente á las córtes de Aragon y de Castilla, pero la mayoría del clero y del pueblo se adhirió á Urbano. Grande y singular mision, que Dios confió entónces, al parecer, á una mujer. Muchos grandes hombres, y áun el mismo San Vicente Ferrer, el apóstol y el taumaturgo de su siglo, permanecieron entónces espectadores tranquilos de aquel drama funesto, en el que representaron un papel bien triste. Sólo una jóven, una pobre religiosa, fué la primera que enarboló el estandarte de la unidad, y que con su voz y con sus escritos reunió en torno de este estandarte la mayor parte del mundo cristiano y la sostuvo en la obediencia del Pontífice legítimo. Yo no sé que ningun padre de la Iglesia obtuviese un triunfo semejante.

Añádase á esto que ésta fué la misma Santa que, con la extension que dió á la *Órden Tercera de Santo Domingo*, reunió un gran número de legos de ambos sexos para asociarse á la práctica de la vida del claustro, y que popularizó la santidad en medio del mundo, y que murió á la edad de treinta y cinco años, y será forzoso convenir que ningun apostolado de hombre alguno fué en esta época más fecundo que el apostolado de esta vírgen, y que ninguna existencia hubo entónces más santa, más maravillosa, más magnífica, más imponente ni más útil á la república cristiana y á la Iglesia.

Tal fué el apostolado de la mujer católica en la Edad Media. Pero tales prodigios de la virtud y de la gracia de la fe no aprovechaban sólo á la religion; reducidos á escritura y publicados por todas partes, eran, en cierto modo, los periódicos de la época, que hacian una profunda impresion en los pueblos. «De aquí nació, dice M. Capefigo, esa multitud de leyendas piadosas en que se exaltan las virtudes más extremas: la mortificacion, el ayuno, la caridad, la vida del desierto, la afabilidad y la mansedumbre para con todos. Las leyendas, bajo el punto de vista puramente humano, fueron motivos de cultura general, y por estos ejemplos fueron reprimidas las pasiones salvajes. (Tom. IV, pág. 194.)

§ LI.—Influencia de las *mujeres religiosas* en la fundacion de un gran número de monasterios de hombres en la Edad Media, particularmente en Francia.—Los más grandes fundadores de las Órdenes religiosas de la misma época fueron formados por las santas mujeres, á las que debieron una gran parte de sus triunfos.—San Benito, San Francisco de Asis.—Grandeza de Santa Clara.—Santa Ines, hija del rey de Bohemia, convertida en su hija.—Cómo fué honrada Santa Clara por la Iglesia en su muerte.

Al lado de tantos obispos santos como ocupaban el mismo tiempo casi todas las sillas episcopales de la Gaula cristiana, la historia eclesiástica nos presenta una multitud inmensa de grandes personajes dejando al mundo, consagrando todas sus riquezas para fundar monasterios, y contribuyendo con sus virtudes y sus milagros á la propagacion de la fe, á la cultura de las costumbres, á la de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fensa de los pueblos y al alivio de todas las miserias humanas. Desde que San Honorato, convertido apénas al Cristianismo, renunciando los honores consulares, se consagró á la vida más humilde y más mortificada, y fundó en Lerins el célebre monasterio de su nombre, de donde han salido tantos hombres célebres, que han edificado é ilustrado por espacio de muchos siglos la sociedad francesa, un número prodigioso de grandes del siglo siguieron sus pisadas y caminaron por la misma senda. De este número fueron San Paterno, que fundó diez monasterios en la Neustria, en medio de unos pueblos que vivian todavía en las supersticiones del druidismo; San Ebredulfo, fundador del principal monasterio de Oches, en la diócesis de Lisieux; San Diosdado, ó Dié, que se fijó en el Orleanado y por quien las orillas del Loire se poblaron de fundaciones monásticas; San Sena, que dió el nombre al rio que corre de las alturas de Borgoña, y que fundó el monasterio de Langres, como San Marcon el de Manteuil. Al mismo tiempo San Fredolin en la Austrasia, San Porcen en Auvernia, San Carilete en el Maine, San Leonardo en el Limosin, San Frodoberto en Troyes, San Ciran, en Berry, San Leotardo en Saberna y San Cloud en París, fundaron tambien monasterios célebres, en torno de los cuales se formaron despues ciudades que llevan sus nombres. San Vandril, de quien hemos hablado ya, fué por sí solo el patriarca de una multitud de monasterios y de santos monjes. Ademas del monasterio de Montfaucon, fundó el no ménos célebre de Fontanelles, que, como el de Santa Gertrúdis en Nivela, se hizo una escuela de santas letras enviándole el Papa desde Roma los libros necesarios. Entre los discípulos de San Vandril debemos hacer mencion de San Lamberto, obispo de Lion; de San Ansberto, de Rouen; de San Eremberto, de Tolosa; de San Godon ó Gondo, de Metz, que todos ellos fundaron monasterios, y de San Filiberto, el amigo de San Ouen, fundador del insigne monasterio de Jumièges, cerca de Caudebec, que contenia nuevecientos religiosos.

Es una cosa muy singular el celo, tan comun entónces en todas las provincias de la Gaula, por fundar en todas partes monasterios, los cuales, como dice M. Capefigo, se dedicaban cada uno á un destino especial útil á la humanidad (tom. IV, pág. 233), y en los que la piedad y las letras encontraban asilo en medio de las revoluciones políticas. Pero no se debe olvidar que este celo era inspirado,

alimentado y sostenido por santas mujeres. ¿Quereis saber cómo sucedia esto? Un ejemplo particular de Francia os lo dirá. Santa Rictrudes era una rica y noble señora, que, despues de haber hecho un santo de su esposo Adebaldo, obtuvo de él bienes suficientes para fundar, bajo la direccion de San Amand, obispo de Langres, el gran monasterio de Marchennes, donde se retiró á la muerte de su marido, rehusando el brillante matrimonio que la ofrecia el Rey. Por su ejemplo se consagraron tambien al Señor, en primer lugar, sus tres hijas, Eugenia, Clotelenda y Addegonda; y despues su hijo único, Mauronte, dejó el mundo y fundó el monasterio de Veur. La Iglesia ha colocado á estos cuatro hijos de Rictrudes, como tambien á su padre y á su madre, en el número de los santos. Y de esta misma manera fué como todos los grandes señores de las dos córtes de Francia, de quienes hemos hablado ya, fundaron tantos y tan célebres monasterios. El ejemplo de las *mujeres religiosas* fué atractivo y fecundo, y él fué quien produjo tan gran número de santos monjes. Para un solo monasterio de hombres que dió lugar á la fundacion de conventos de mujeres, se vieron muchos conventos de mujeres servir de modelo y de impulso á la fundacion de conventos de hombres. Es verdad que muchas veces estas grandes y numerosas fundaciones de piedad, por parte de los hombres, no fueron otra cosa que grandes expiaciones de grandes crímenes, y el modo más comun entónces de cumplir las obligaciones de la penitencia pública. Pero las mas veces, excitados los grandes señores por el bello espectáculo de tantas santas y grandes señoras que renunciaban al mundo y rivalizaban en celo por multiplicar los piadosos asilos de la virtud para las mujeres, hicieron ellos lo mismo para los hombres. Así, pues, aquellos monasterios célebres, aquellas abadías, aquellos conventos que cubrian en otro tiempo el suelo de Francia y de toda Europa, y esparcian en torno suyo, con los ejemplos de la religion más pura, los socorros de la caridad más generosa; aquellos piadosos establecimientos, verdaderos recursos del pobre; verdaderos refugios del pudor, verdaderos asilos de la penitencia, verdaderos templos de la oracion, que en las ciudades popularizaban la virtud y la ciencia, y en los campos alejaban la ignorancia y la barbarie, con muy raras excepciones, fueron la obra de la generosa piedad y de los admirables ejemplos de las *mujeres religiosas*; y por consiguiente, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujer católica contribuyó tambien por este medio á civilizar al mundo.

La mujer católica contribuyó tambien al mismo objeto por otro medio todavía más directo, es decir, por la influencia que ejerció sobre el entendimiento y el corazon de los grandes fundadores de las Órdenes religiosas, de aquellos grandes hombres que en la misma época hicieron más por la religion y por los pueblos.

El espíritu de San Benito, el restaurador y el propagador de la vida monástica en Occidente, era, como todos saben, el espíritu de una tierna piedad, de una pureza sin tacha, de la más grande severidad consigo mismo y de una exquisita bondad con los demas. Mártir de la penitencia, era tambien el ángel de la mansedumbre. La Iglesia le aplica este elogio, que la Escritura hizo de Moises: «Él amansó los monstruos con sus palabras: *In verbis suis monstrua placavit.*» Pero este mismo era el espíritu de aquel ángel terreno, Santa Escolástica, su hermana, de aquella hermana querida, que le educó en cierto modo, que le siguió á la soledad de Subiac y que jamas se separó de él. Por consiguiente, nada nos impide creer que en la escuela de aquella hermana y con sus admirables ejemplos se instruyó á sí mismo el hermano. Lo que no admite duda es que, con el actractivo de sus virtudes, atrajo Santa Escolástica tantos hombres al santo fundador, cuantas fueron las mujeres que atrajo en pos de sí, y que tuvo mucha parte en la fundacion y propagacion de la Órden de San Benito para los dos sexos, que ha hecho tan eminentes servicios á la civilizacion y á la religion. Santa Escolástica vivia con sus religiosas á poca distancia del lugar donde habitaba San Benito con sus monjes, y allí fué donde murió casi repentinamente, de resultas, no de una enfermedad del cuerpo, sino de un sublime éxtasis del alma. Dios reveló al santo patriarca la muerte preciosa de su admirable hermana, y le dejó ver su alma pura, en forma de una blanca paloma, elevándose al cielo, rodeada de gloria. Admirado por la gloriosa muerte de aquella que tanto amaba en el Señor, dió por ello gracias á Dios, y la anunció á sus hermanos en el momento mismo en que sucedió. En seguida los envió para que trajesen el cuerpo sagrado al monasterio, recordándoles que debian este testimonio de reconocimiento á la que habia sido madre de ellos en la santidad, é hizo depositar aquel cuerpo virginal en el sepulcro que habia preparado para sí mismo,

á fin de que la muerte no separase los cuerpos de aquellos cuyas almas habian estado siempre unidas en Dios por la práctica de las mismas virtudes y por la ejecucion de las mismas obras.

Otras mujeres contribuyeron tambien mucho al esplendor de esta misma Órden. Tales fueron muchas señoras de la más elevada nobleza de Europa, que, no contentas con dar sus bienes para la fundacion de los monasterios, se apresuraban á enviar á ellos sus propios hijos para que fuesen instruidos en la religion y en las letras. Sólo hablaré aquí de San Mauro, el personaje á quien más debieron las letras, las ciencias y la civilizacion de la Francia, por la multitud de los célebres monasterios de benedictinos que en ella fundó, y el apostolado que ejerció por espacio de cuarenta años. Pues bien, una mujer, Julia, noble romana, fué quien, habiendo educado á este apóstol de la Gaula en la santidad, lo ofreció á San Benito, y por él á la Francia.

San Francisco de Asis fué tambien obra de Pica, su madre. Advertida, cuando se hallaba encinta de él, que iba á dar á luz uno de los más grandes santos de la Iglesia, trabajó cuanto le fué posible por educarle en el temor de Dios y en aquel espíritu de pureza de alma que él conservó intacto en medio de la corrupcion del mundo. Como San Benito, tuvo tambien su Santa Escolástica, en la persona de Santa Clara, su hija espiritual. El ejemplo de esta noble vírgen, abandonando al mundo, distribuyendo todas sus riquezas entre los pobres para seguir á Jesucristo en el camino de la pobreza voluntaria, que Francisco le habia trazado, y atrayendo de todas partes un prodigioso número de mujeres á asociarse á ella en el mismo género de vida, obró poderosamente sobre los hombres y atrajo un número no ménos prodigioso de ellos á seguir las huellas del gran patriarca.

El celo de Santa Clara por la multiplicacion de los hermanos no fué ménos ardiente ni ménos eficaz que su celo por la multiplicacion de las hermanas de la misma Órden. Así es que la Órden de los franciscanos, esa órden la más numerosa, á causa de su misma pobreza, que forma la base de ella, la que promete más vida de todas las Órdenes religiosas, y si me atrevo á decirlo, la más útil á la Iglesia, honra á Santa Clara como á su madre, lo mismo que honra á San Francisco como á su padre.

Pero creemos deber consagrar todavía algunas palabras á esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujer sublime, tan célebre en la historia de la Iglesia, y cuyo mismo nombre es un prodigio (1).

Sus austeridades le habian causado una enfermedad que la tuvo en cama por espacio de veintiocho años. Para ocuparse de alguna manera en satisfacer su tierna devocion al Santísimo Sacramento, hacia que la colocasen en su silla, y allí hilaba un hilo muy fino, con el que hacia corporales que distribuia á las iglesias de la comarca. Dios le concedió el dón de milagros: ella curaba los enfermos, haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Pero el milagro más admirable, más sensible y más auténtico que Dios obró por las oraciones de esta santa esposa del Cordero Divino, fué el de haber librado su monasterio de la incursion de los sarracenos. Aquellos bárbaros habian escalado ya el santo asilo del pudor; ellos eran unos lobos hambrientos, dispuestos á hacer estragos en aquellas inocentes ovejas y á saciar en ellas sus instintos brutales. Toda esta numerosa familia de vírgenes estaba horrorizada y hacía resonar en los aires sus gritos y sus sollozos; pero su heroica madre les dijo: No tengais miedo; nosotras no tenemos soldados para rechazar este asalto; pero ¿no tenemos en nuestro favor á Dios? Seguidme, y veréis lo que hace nuestro buen Dios.» Diciendo esto, se dirige á la capilla, seguida de todas sus hijas, trémulas y llorando, toma en sus manos el santo copon que contenia la Eucaristía, sale al encuentro á los bárbaros, que habian invadido ya la sagrada mansion, y presentándoles como para detenerlos el augusto Sacramento, deja escapar de su corazon, lleno de confianza, esta exclamacion de fe, salida en otro tiempo de la boca del profeta: «Señor, no entregueis á las bestias las almas que os confiesan ni olvideis hasta el fin las almas de vuestros amados pobres: *Ne tradas, Deus, bestiis animas confitentes tibi; et animas pauperum tuorum no obliviscaris in finem.*» (*Psal.*) No habia acabado la Santa esta oracion, cuando los bárbaros, sobrecogidos de espanto, retrocedieron y huyeron, como si tuviesen delante un ejército próximo á caer sobre ellos y destruirlos.

No es posible calcular el bien inmenso que esta mujer hizo al mundo cristiano con la institucion de sus clarisas, á quienes ella

(1) Santa Clara fué llamada así porque, orando su madre para que Dios le diese un parto feliz, oyó una voz que le dijo: «Nada temas; tú darás al mundo una luz que lo *alumbrará;* por esta razon pondrás á tu hija por nombre *Clara.*»

gobernó por espacio de cuarenta y dos años y propagó por todo el mundo. Se cuentan por centenares los conventos de esta Órden que ella misma fundó sólo en Europa. En poco tiempo, no sólo Italia, Francia, España é Inglaterra, sino toda la Alemania, la Escandinavia, la Hungría y la Polonia, se encontraron llenas de ellos. Muchas jóvenes de las más nobles y ricas familias, y áun de las casas Reales, acudieron á ellos de todas partes para consagrarse al Señor y observar, en la pobreza más rígida y en la penitencia más austera, una vida de sacrificio para Dios y de beneficencia para los hombres. Y es muy fácil de comprender la impresion profunda que estos ejemplos multiplicados de la renuncia heroica de todos los bienes y de todas las seducciones de la tierra, hecha por tantas mujeres angelicales, debian producir en los hombres, para inculcar en ellos el desprecio del mundo y el pensamiento del cielo. Se comprende asimismo la influencia saludable que estos ejemplos, multiplicados en todas partes, á la vista de todos, debian ejercer sobre las costumbres públicas.

Se veian asimismo muchas princesas soberanas, tales como Santa Isabel de Hungría, renunciando la corona para ir á servir á Dios entre las humildes y pobres hijas de Santa Clara. No podemos dejar de nombrar aquí siquiera una de ellas, que es la bienaventurada Ines, hija de Primislas, rey de Bohemia, cuya mano se disputaban, por causa de su hermosura y de sus costumbres angelicales, dos grandes príncipes, que eran Enrique III de Inglaterra y el emperador Federico II. Sus padres la habian prometido á este último: pero la jóven heroína, que habia tomado la resolucion de conservar su virginidad, miéntras se hacian los preparativos de su matrimonio con el monarca más grande de la tierra, hacía los preparativos de su desposorios con el Rey del cielo. Bajo sus vestiduras de princesa, adornadas de oro y de piedras preciosas, llevaba un cilicio y un cinturon de hierro. Su lecho, magnífico en apariencia, estaba lleno de guijarros agudos; su abstinencia era grande, sus ayunos frecuentes y su oracion contínua. Ella habia escrito tambien secretamente al Papa, implorando su auxilio y su autoridad contra el matrimonio que querian obligarla á contraer contra su voluntad. Movido el Papa por los piadosos sentimientos de la Santa princesa, envió un nuncio extraordinario á Bohemia con el encargo de impedir que se hiciese violencia á los piadosos deseos de la jóven

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

princesa. Habiendo sabido el Emperador esta oposicion, se irritó mucho al principio, pero al fin acabó por oir la razon, y dijo: «Si Ines me hubiera dejado por un hombre mortal, me hubiera vengado con las armas; pero no puedo ofenderme porque me posponga al Esposo celestial.» Hallándose Ines de este modo libre, se apresuró á cumplir su designio de abrazar la vida pobre y penitente de las clarisas. Ella fundó á un mismo tiempo en Praga un gran hospital para los pobres y un monasterio con el nombre de *San Salvador*, bajo la regla de Santa Clara, quien le envió al efecto cinco de sus hijas, y se encerró en él en compañía de otras siete vírgenes de la más elevada nobleza. No seguirémos á esta grande alma en el resto de su vida; nada dirémos de la influencia que ejerció en toda la Alemania, en los negocios relativos á la religion, que el Papa encomendaba á su piedad y á su celo; pero no podemos resistir al deseo de insertar aquí parte de una de las cartas que Santa Clara le escribió desde Italia; éste es el perfume de una ternura y de una amistad seráfica; éste es el sublime de la sencillez y de la humildad cristiana de las almas santas, que es superior á los más perfectos trozos del estilo epistolar de la literatura profana: «Á la mitad de mi alma, al santuario particular del cordial amor, á la serenísima reina Ines, mi muy amada madre, é hija amada especialmente sobre todas, Clara, indigna sierva de Jesucristo y sierva inútil de sus siervas que habitan en el monasterio de San Damian, salud y la gracia de *cantar con las otras vírgenes santas ante el trono de Dios y del Cordero, el nuevo cántico, y de seguir al Cordero donde quiera que fuere.* (*Apoc.*)

» ¡Oh madre é hija, esposa del Rey de todos los siglos! Si no os he escrito con tanta frecuencia como hubiera deseado mi alma y la vuestra, no os admireis por eso, ni creais de modo alguno que el incendio de amor en que estoy abrasada por vos ha disminuido lo más mínimo: *como os aman las entrañas de vuestra madre, así es como yo os amo.* La única causa que me ha impedido escribiros ha sido la falta de mensajeros y los grandes peligros de los caminos. Y habiendo encontrado al presente una ocasion de escribir á vuestra caridad, me regocijo de ello con vos en el gozo del Espíritu-Santo, ¡oh esposa de Jesucristo! Porque así como la primera Santa Ines (la mártir) se unió al *Cordero sin mancha, que quita los pecados del mundo*, de la misma manera se os ha concedido gozar de esa union

celestial, que los ángeles miran con admiracion, cuyo deseo todo lo atrae á sí, cuyo recuerdo sacia y cuya bondad llena el corazon de toda dulzura..... ¡Oh reina y esposa de Jesucristo! Miraos contínuamente en ese espejo del esplendor, de la gloria y de la luz eterna; contemplad con frecuencia en él vuestra imágen, á fin de que os adorneis exterior é interiormente con las flores de las virtudes más diversas, y os vistais de los ornamentos que convienen á la hija y á la esposa del Rey supremo..... Abrasaos, ¡oh gran reina! en el fervor del amor, recordad al mismo tiempo las riquezas y los honores eternos del Rey celestial, y suspirando con un deseo inmenso, exclamad con todo el amor de vuestro corazon: —¡Llévame en pos de Tí; yo correré al olor de tus perfumes, oh Esposo celestial!.....—En medio de esta contemplacion, acordaos de mí, vuestra pobre madre, y sabed que yo he escrito vuestro agradable recuerdo en las tablas de mi corazon, amándoos sobre todas las demas. ¿Qué más os diré? La lengua del cuerpo debe callar cuando se trata de vuestro amor, y sólo debe hablar la lengua del espíritu, ¡oh vírgen bendita! Nuestra digna hermana Ines, yo me encomiendo en el Señor, á mí y á mis hijas, á las vuestras. Adios, mi muy amada; adios con vuestras hijas hasta el trono de la gloria del gran Dios, y pedidle por nosotras.» (*Act. SS. Martyr.*) De este modo amaba Santa Clara á Santa Ines. ¡Oh, cuán bello es amarse así! Mas éste es el amor de los santos, que el corazon humano no puede adquirir sino en el fuego del amor divino.

Ningun gran soberano ni ningun gran santo ha sido más honrado en la muerte que esta humilde mujer, que murió en la pobreza. El papa Inocencio IV se encontraba entónces, con toda su córte, en Perusa, y habiendo sabido que la Santa estaba agonizando en el monasterio de San Damian, cerca de Asis, le envió el decano del Sacro Colegio, el cardenal Reynald, obispo de Ostia, quien le administró el Santo Viático. Al dia siguiente el mismo Soberano Pontífice fué á visitar á la santa enferma, y le dió á besar su mano; pero ella quiso tambien besar su pié, y fué necesario acceder á sus deseos. En seguida le pidió ella la absolucion de todos sus pecados, y él se la dió con las más ámplias bendiciones; y llena de un gozo celestial, espiró en el dia inmediato en los brazos del vicario de Jesucristo. En los funerales, á los que el Papa quiso asistir, queria él que se hubiese cantado el oficio de las santas vírgenes en vez del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los difuntos, como para canonizarla anticipadamente; mas el cardenal de Ostia le disuadió de ello. Se trasladó el santo cuerpo desde el monasterio de San Damian, extramuros de la ciudad, al de San Jorge, dentro de la ciudad; y el Soberano Pontífice, con todos los cardenales, quiso seguir á pié esta traslacion, que se hizo al són de trompetas con la mayor solemnidad; ésta fué la fiesta de una santa más bien que la ceremonia del entierro de una difunta. De este modo honró la Iglesia, en la persona de su augusta cabeza, á esta mujer que tanto habia edificado á la Iglesia.

§ LII.—Continuacion de la misma materia.—Santo Domingo, Santo Tomás y San Felipe Benicio.—Méritos y grandezas de San Bernardo.—Él fué el verdadero San Ambrosio de su siglo.—Á las mujeres debe la Iglesia este insigne doctor, y la Francia esta grande gloria.

Tambien la Orden de Santo Domingo, esa depositaria fiel, esa celadora ardiente é intrépida de la ortodoxia y de la ciencia católica, debe mucho á las mujeres. En primer lugar, su gran fundador, Santo Domingo, fué un santo desde su infancia por los cuidados cristianos de Juana de Aza, su madre, una de las más ilustres mujeres de España, que tambien ha sido venerada con el culto público de los santos. Estando encinta de Santo Domingo, vió entre sueños esta piadosa matrona el fruto de sus entrañas bajo la forma de un cachorro, que tenía una antorcha en su boca y que queria escaparse de su seno para ir á inflamar toda la tierra. Inquieta por este presagio, cuya significacion no comprendia, recurrió á Dios por medio de la oracion, y Dios la consoló, dándola á conocer, por medio de un santo abad, que lo que su hijo habia de esparcir por el mundo era el fuego del amor divino. Cerciorada acerca del destino de este hijo de los prodigios, lo consagró al cielo áun ántes de darlo á luz á la tierra; ella quiso que se llamase *Domingo*, es decir, una cosa del Señor que debia pertenecer exclusivamente al Señor. Todavía no habia llegado al uso de la razon, y ya su santa madre le instruia de la grande mision que Dios le tenía reservada y del modo de prepararse para ella; y con sus oraciones, con sus lecciones y con sus ejemplos hizo que él fuese lo que fué.

En segundo lugar, Santo Tomás fué, no sólo el más brillante

ornato de la Órden de Santo Domingo, sino tambien el más grande propagador de ella. Reflejándose la gloria de su ciencia sobre su Órden, ha traido siempre á ella una multitud de grandes hombres, deseosos de mantener intacto y de perpetuar en ella el precioso depósito de la doctrina del *Ángel de las escuelas*. Pues bien: este prodigio de ciencia, este hombre, el más grande del Cristianismo despues de San Pablo y San Agustin; esta antorcha siempre brillante de la Iglesia, este maestro inmortal del mundo, fué dado tambien por las mujeres á la órden dominicana, al mundo y á la Iglesia; porque habiéndole confiado su madre, la condesa de Aquino, siendo todavía niño, á los benedictinos del monte Casino, para que le instruyesen en la ciencia de la santidad y en la santidad de la ciencia, le preparó para lo que habia de ser un dia relativamente á la ciencia y á la santidad. Es verdad que, habiéndoselo arrebatado á su madre los dominicanos, enfurecida ésta por la ausencia de su hijo, que formaba sus delicias, lo sacó del convento por la fuerza, lo condujo al palacio y lo hizo encerrar en una torre, bajo la vigilancia brutal de sus hermanos. Pero esto lo hizo, no tanto para disputárselo á Dios, cuanto para asegurarse de la sinceridad y de la constancia de su devocion. En esta prision, miéntras que sus horribles hermanos se valian de todos los medios para combatir su resolucion de abrazar el Instituto de Santo Domingo, hasta el extremo de introducir en su habitacion jóvenes deshonestas que le sedujesen y corrompiesen, sus santas hermanas le prodigaban sus más afectuosos cuidados, le servian como á un ángel en la tierra, le consolaban y le exhortaban á la constancia. Su madre, á pesar de que aparentaba estar airada contra Tomás, no por eso dejaba de aprobar la conducta de sus angelicales hijas con su angelical hermano; y finalmente, habiéndose convencido de que su vocacion procedia de lo alto, consintió en que sus hermanas le facilitasen el medio de salir de la torre é ir á Francia, desde donde esparció su luz por todo el mundo.

San Felipe Benicio fué tambien auxiliado en gran manera por Santa Juliana, de quien hemos hablado ya, en la propagacion y el régimen de la Órden de los servitas, y tanto, que, viéndose próximo á la muerte, confió á esta admirable vírgen, y no á los hombres, la direccion y la conservacion, no sólo de las hermanas, sino tambien de los hermanos de la misma Órden: tan grande era la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los difuntos, como para canonizarla anticipadamente; mas el cardenal de Ostia le disuadió de ello. Se trasladó el santo cuerpo desde el monasterio de San Damian, extramuros de la ciudad, al de San Jorge, dentro de la ciudad; y el Soberano Pontífice, con todos los cardenales, quiso seguir á pié esta traslacion, que se hizo al són de trompetas con la mayor solemnidad; ésta fué la fiesta de una santa más bien que la ceremonia del entierro de una difunta. De este modo honró la Iglesia, en la persona de su augusta cabeza, á esta mujer que tanto habia edificado á la Iglesia.

§ LII.—Continuacion de la misma materia.—Santo Domingo, Santo Tomás y San Felipe Benicio.—Méritos y grandezas de San Bernardo.—Él fué el verdadero San Ambrosio de su siglo.—Á las mujeres debe la Iglesia este insigne doctor, y la Francia esta grande gloria.

Tambien la Orden de Santo Domingo, esa depositaria fiel, esa celadora ardiente é intrépida de la ortodoxia y de la ciencia católica, debe mucho á las mujeres. En primer lugar, su gran fundador, Santo Domingo, fué un santo desde su infancia por los cuidados cristianos de Juana de Aza, su madre, una de las más ilustres mujeres de España, que tambien ha sido venerada con el culto público de los santos. Estando encinta de Santo Domingo, vió entre sueños esta piadosa matrona el fruto de sus entrañas bajo la forma de un cachorro, que tenía una antorcha en su boca y que queria escaparse de su seno para ir á inflamar toda la tierra. Inquieta por este presagio, cuya significacion no comprendia, recurrió á Dios por medio de la oracion, y Dios la consoló, dándola á conocer, por medio de un santo abad, que lo que su hijo habia de esparcir por el mundo era el fuego del amor divino. Cerciorada acerca del destino de este hijo de los prodigios, lo consagró al cielo áun ántes de darlo á luz á la tierra; ella quiso que se llamase *Domingo*, es decir, una cosa del Señor que debia pertenecer exclusivamente al Señor. Todavía no habia llegado al uso de la razon, y ya su santa madre le instruia de la grande mision que Dios le tenía reservada y del modo de prepararse para ella; y con sus oraciones, con sus lecciones y con sus ejemplos hizo que él fuese lo que fué.

En segundo lugar, Santo Tomás fué, no sólo el más brillante

ornato de la Órden de Santo Domingo, sino tambien el más grande propagador de ella. Reflejándose la gloria de su ciencia sobre su Órden, ha traido siempre á ella una multitud de grandes hombres, deseosos de mantener intacto y de perpetuar en ella el precioso depósito de la doctrina del *Ángel de las escuelas*. Pues bien: este prodigio de ciencia, este hombre, el más grande del Cristianismo despues de San Pablo y San Agustin; esta antorcha siempre brillante de la Iglesia, este maestro inmortal del mundo, fué dado tambien por las mujeres á la órden dominicana, al mundo y á la Iglesia; porque habiéndole confiado su madre, la condesa de Aquino, siendo todavía niño, á los benedictinos del monte Casino, para que le instruyesen en la ciencia de la santidad y en la santidad de la ciencia, le preparó para lo que habia de ser un dia relativamente á la ciencia y á la santidad. Es verdad que, habiéndoselo arrebatado á su madre los dominicanos, enfurecida ésta por la ausencia de su hijo, que formaba sus delicias, lo sacó del convento por la fuerza, lo condujo al palacio y lo hizo encerrar en una torre, bajo la vigilancia brutal de sus hermanos. Pero esto lo hizo, no tanto para disputárselo á Dios, cuanto para asegurarse de la sinceridad y de la constancia de su devocion. En esta prision, miéntras que sus horribles hermanos se valian de todos los medios para combatir su resolucion de abrazar el Instituto de Santo Domingo, hasta el extremo de introducir en su habitacion jóvenes deshonestas que le sedujesen y corrompiesen, sus santas hermanas le prodigaban sus más afectuosos cuidados, le servian como á un ángel en la tierra, le consolaban y le exhortaban á la constancia. Su madre, á pesar de que aparentaba estar airada contra Tomás, no por eso dejaba de aprobar la conducta de sus angelicales hijas con su angelical hermano; y finalmente, habiéndose convencido de que su vocacion procedia de lo alto, consintió en que sus hermanas le facilitasen el medio de salir de la torre é ir á Francia, desde donde esparció su luz por todo el mundo.

San Felipe Benicio fué tambien auxiliado en gran manera por Santa Juliana, de quien hemos hablado ya, en la propagacion y el régimen de la Órden de los servitas, y tanto, que, viéndose próximo á la muerte, confió á esta admirable vírgen, y no á los hombres, la direccion y la conservacion, no sólo de las hermanas, sino tambien de los hermanos de la misma Órden: tan grande era la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

opinion que tenía de su sabiduría, de su poder y de sus virtudes.

No tenemos el tiempo necesario para decir las ventajas que otros fundadores de Institutos religiosos en la Edad Media, tales como Norberto, Bruno, Juan Gualberto, Alberto, Romualdo, Pedro Fourier y Francisco de Paula, debieron á los poderosos ejemplos y á las santas inspiraciones de la mujer católica. Pero no podemos olvidar que á una mujer debe la Francia cristiana su más grande hombre, su más bello ornato, su más brillante gloria, el patriarca de tantos santos religiosos, San Bernardo; porque Alet ó Alix, su madre segun la carne, lo fué mucho más segun el espíritu, y le hizo ser lo que fué. Mujer de una piedad tan grande como su nobleza y su instruccion, despues de haber santificado á su esposo Tescelin, señor de Fontaines, en Borgoña, cerca de Dijon, procuró tambien santificar los siete hijos que tuvo de su matrimonio. Inmediatamente despues de su nacimiento los habia ofrecido todos al Señor con sus propias manos, y habia querido criarlos á todos por sí misma, á fin de que mamasen de ella, con su leche, su amor á Dios, á la religion y á la Iglesia. Estando encinta de Bernardo, el tercero de sus hijos, tuvo un sueño muy semejante al de la madre de Santo Domingo: le pareció que contenia en su seno un cachorro que ladraba continuamente, sin callar jamas. Ella se afligió mucho con este sueño; pero Dios quiso tranquilizarla por medio de un santo hombre que le envió, el cual le anunció «que el hijo que habia de dar á luz sería un perro fiel de la casa del Señor, que no cesaria de ladrar contra los verdaderos lobos, los autores de escándalos y de herejías, y tendria un celo sin límites y un talento extraordinario para anunciar la palabra de Dios.» Consolada por este vaticinio, no se contentó la santa mujer con ofrecer á Dios este hijo como los demas; apénas le dió á luz, cuando le consagró de una manera especial y lo educó únicamente para el servicio de Dios y de la Iglesia. Ella trajo en torno suyo ciertos eclesiásticos de Chatillon-sur-Seine, y les encargó que no pusiesen en sus manos más que las *Actas de los mártires*, las vidas de los santos y los escritos de los Santos Padres, y que instruyesen á aquel hijo de bendicion en la teología, en la historia de la Iglesia y en la ciencia de los libros santos. De este modo hizo ella de Bernardo, jóven todavía, un pequeño santo y un pequeño sabio en la ciencia sagrada; que despreciaba el mundo y sus placeres, que constituia sus delicias en la oracion y en la penitencia, que amaba el retiro, que hablaba poco y meditaba mucho, que no pedia á Dios otra gracia que la de conservarse puro y amarle, que hablaba con mucha inteligencia de los más altos misterios de la religion y que sabía la *Biblia* de memoria.

Siendo el jóven Bernardo todo de Dios por su entendimiento y su corazon, era tambien todo de los pobres por su caridad. Él les distribuia todo el dinero que tenía; él los socorria, los consolaba y áun les servía cuando se presentaban en su casa; pero esto lo hacía porque veia que su madre obraba del mismo modo. La vida de esta admirable mujer era una vida de oracion, de penitencia y de devocion. Alix era mirada en toda la comarca como una santa, por la abundancia de sus limosnas, por el cuidado que tenía de los pobres, por su celo en visitar los hospitales y en servir á los enfermos, como tambien por la pureza de sus costumbres, la severidad de su abstinencia, el cumplimiento exacto de todos sus deberes y su ardor por toda clase de buenas obras. Ella tenía cuidado de asociar su pequeño Bernardo á todas estas obras, y se comprende lo que debió ser Bernardo á vista de tal modelo, en una escuela tal y bajo la direccion de tal maestro.

San Bernardo tuvo tantos puntos de semejanza con San Ambrosio, que podemos llamarle *el San Ambrosio de la Edad Media*. Los dos fueron unos ángeles de pureza, unos intérpretes profundos de los libros santos, unos apóstoles infatigables de la divina palabra, unos grandes taumaturgos, unos auxiliadores poderosos de la fe y unos propagadores celosos de la verdadera devocion; los dos han sido llamados el azote de los herejes y los destructores de los cismas, la mano derecha de los Pontífices y los consejeros de los príncipes, los maestros del clero y los pacificadores de los pueblos, el alma de los concilios y los oráculos de la Iglesia. Los dos desempeñaron al mismo tiempo papeles políticos de mucha importancia, y cumplieron grandes misiones religiosas. San Bernardo fué á un mismo tiempo el más grande hombre de Estado y el más grande doctor de la Iglesia de su siglo, como San Ambrosio lo habia sido del suyo. Finalmente, ellos se parecen tambien por el estilo de sus admirables escritos. En ellos se halla la solidez de la doctrina católica realzada por las bellezas poéticas de la *Biblia*, por los encantos de la dulzura, por el perfume de una uncion celestial y por la elocuencia del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corazon; esto hizo decir de uno de los dos santos que las abejas habian hecho miel en su boca, y esto mismo dió al otro el sobrenombre de *doctor melífluo*. En una palabra, el espíritu de San Bernardo fué el espíritu de San Ambrosio, que se reprodujo en él, como el espíritu de Elías se reprodujo en Eliseo. Pues bien, nosotros nos atrevemos á afirmar que San Bernardo debe tambien á su madre la ventura de haber heredado el espíritu de San Ambrosio. La historia de San Bernardo nos dice que la bienaventurada Alet tenía una grande y tierna devocion á San Ambrosio, y tanto, que todos los años invitaba al clero de Dijon y de los alrededores para que concurriese á celebrar con ella la festividad de este gran doctor en la capilla del castillo de Fontaines, y que en el último año de su vida le concedió Dios la gracia de ir á celebrar en el cielo la fiesta de su santo patrono, porque en la víspera de esta festividad del año 1110 fué acometida de una violenta fiebre; á la mañana siguiente pidió y recibió el sagrado Viático y la Extrema-Uncion, hizo rezar las oraciones de los agonizantes, á las que ella respondia con tanto fervor como presencia de espíritu, y despues, haciendo la señal de la cruz, espiró tranquilamente, asistida y acompañada en su entierro por el numeroso clero que estaba reunido en su casa para celebrar la fiesta de San Ambrosio. De este modo quiso Dios que fuese honrada por los ministros de la Iglesia esta mujer que habia dado un hombre tan grande á la Iglesia.

Pues bien, es indudable que esta bienaventurada matrona habia elegido á San Ambrosio por su patrono, y le tributaba un culto especial, para obtener de él, como lo obtuvo en efecto, que fuese el patrono y el modelo de su hijo. Nosotros ignoramos lo que sucede de grande, de sublime y de heroico en las profundidades del corazon de una madre cristiana que sólo aspira á la ventura de hacer de su hijo un santo; nosotros ignoramos las oraciones que dirige á Dios con este doble fin, las ofrendas que le hace, los sacrificios que se impone, las pruebas á que se resigna y el ardor con que se consagra; lo que sabemos es que Dios se complace mucho en estas expansiones generosas del corazon de la misteriosa é incomprensible criatura que se llama *una santa madre;* que corresponde á ellas por medio de comunicaciones inefables, y las llena de sus bendiciones celestiales, de tal manera, que el resultado excede al deseo.

Así es como la madre de San Bernardo tuvo la satisfaccion de ver á San Ambrosio resucitar en su hijo.

Debiendo San Bernardo á su madre todo cuanto él fué miéntras ella estuvo en este mundo, le debió tambien de una manera especial todo cuanto él hizo despues que esta mujer cristiana se fué al cielo. El retiro del mundo, ó cierto tiempo pasado en la soledad, es el noviciado del apostolado. Por eso, habiendo Dios destinado á San Bernardo al apostolado de todo el mundo cristiano, le inspiró el deseo de dejar el mundo y encerrarse en un claustro. Mas apénas dió él á conocer este proyecto, cuando sus hermanos, que le amaban mucho, se valieron de todos los recursos para apartarle de él y para unirle más estrechamente al siglo por el amor de las letras y de las ciencias humanas; y Bernardo confesó despues que sus discursos y sus súplicas le habian conmovido en gran manera. Y ¿quién fué en su ayuda para impedirle que faltase á su vocacion? Su santa madre, cuya imágen conservó siempre en su espíritu y el más tierno afecto en su corazon. Él mismo nos dice que le parecia verla y oirla contínuamente, reprendiéndole y recordándole que no le habia educado tan cuidadosamente para el mundo, sino para la Iglesia; que áun ántes de darle á luz le habia consagrado á Dios y á la Iglesia, y que él debia ser el hombre de Dios y de la Iglesia. Mas no saliendo él de su perplejidad, un dia que fué á ver á sus hermanos, que estaban con el Duque de Borgoña en el sitio de Graneci, entrando en una iglesia y pidiendo á Dios con lágrimas que le hiciese conocer su voluntad y le diese el valor suficiente para seguirla, parece que vió á su madre confirmándole en su vocacion; porque, concluida su súplica, todas sus dudas desaparecieron y sólo pensó en abrazar la vida perfecta del solitario, no viviendo más que para Dios, y del apóstol, no trabajando más que para Dios.

Se sabe que apénas entró en el claustro, cuando comenzó á ejercer su apostolado con sus hermanos, ganándolos todos para Dios; pero esta conquista la obtuvo tambien por su madre. Habiéndose cansado un dia en hacer largos discursos para convencer á Andres, su hermano segundo, para que le siguiese, habia casi perdido el valor, porque el jóven, que se hallaba en su primera campaña, sentia mucho seguirle, cuando de repente exclamó: «¡Ya voy, madre mia!» Porque ella se le apareció visiblemente, sonriéndose con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ternura, y manifestándole que Dios le llamaba á él y á todos sus hermanos á la vida perfecta; y de resultas de esta aparicion, los siete hijos de la bienaventurada Alet renunciaron á la milicia del siglo para hacerse soldados de Jesucristo, y áun el primogénito, que se hallaba casado, se separó de su esposa de comun acuerdo, y abrazó, lo mismo que ella, la vida religiosa.

San Bernardo nos dice tambien que muchas veces vió él á su santa madre en la gloria, y que ella le protegió en sus peligros, le sostuvo en sus luchas, le iluminó en sus dudas, le animó en sus duros trabajos y le aconsejó en sus grandes empresas, para la gloria de la religion y la ventura del mundo. ¡Franceses, tan orgullosos con razon de vuestro San Bernardo, no olvideis que este gran personaje, que os hizo tanto bien y que tanto os engrandeció á los ojos de las naciones, fué obra de una mujer, y que nunca cuidaréis lo bastante de la instruccion religiosa de la mujer, de quien Dios se vale para obrar tales prodigios!

§ LIII.—La esterilidad de la virginidad voluntaria es prodigiosamente fecunda.—Santa Genoveva.—Sus grandezas y el prodigio de su sacrificio por su país.—Puntos de semejanza entre esta heroína cristiana y la Doncella de Orleans.—Historia de Juana de Arco.—Pruebas de su virtud y de su mision celestial.—Prodigios de su sabiduría y de su valor.—Sus combates y sus triunfos.—La infamia de sus compatriotas, entregándola á los enemigos de la Francia.—Retrato de su alma.—Juana de Arco, prodigio único en la historia del mundo.—La mujer católica á la altura de todo, tanto como el hombre.

San Ambrosio, el gran panegirista de la virginidad, ha notado que nada es más ventajoso al mundo que la multiplicacion de las vírgenes que se consagran al servicio de Dios fuera del mundo, y que la esterilidad virtuosa de la vírgen cristiana es prodigiosamente fecunda. Esto consiste en que, no teniendo la vírgen cristiana familia propia que cuidar, puede consagrarse al cuidado de todas las familias, y no teniendo hijos propios segun la carne, puede hacerse la madre de todos segun el espíritu, supuesto que San Agustin dice: «La caridad es tambien madre.» En efecto, las santas vírgenes de la Edad Media, tan absolutamente consagradas á los intereses de la Iglesia, no lo estuvieron ménos á la felicidad de los pueblos; sin embargo de ser unas mujeres piadosas, fueron tambien unas mujeres políticas. Sólo citarémos dos de ellas, las dos francesas y la gloria de Francia; en primer lugar Santa Genoveva, cuyas grandezas debemos recordar en este lugar.

Desde el instante en que ella se consagró á Jesucristo y á la Iglesia, severa consigo misma (ella no comia más que dos veces en la semana, y esto era únicamente pan de cebada y legumbres, ni bebia más que agua), se consagró enteramente, con una ternura maternal, al alivio de los desgraciados y al socorro de los pobres.

En aquel tiempo, habiendo pasado los francos el Rhin y asolado la Normandía y la Borgoña, avanzaron hácia París. La alarma era profunda y universal: los habitantes pensaban retirarse á las plazas fuertes con sus mujeres y con sus hijos; el gobierno estaba sin fuerzas y los hombres sin valor. Sólo hubo una mujer, la vírgen Genoveva, que se constituyó por sí misma en gobierno y manifestó la presencia de espíritu y el valor de un hombre. «Nada temais, decia ella á las mujeres afligidas; confiar en Dios y entregarse con vuestros esposos á la oracion es mejor que huir.—Vosotros os engañais, decia igualmente á los hombres, si creeis poner en seguridad vuestros bienes trasladándolos á otra parte. Las ciudades donde tratais de refugiaros serán destruidas, y sólo París quedará sin recibir mal alguno.» Es verdad que, habiendo sido sitiado París por los bárbaros, comenzó á experimentar el hambre; pero la vírgen Genoveva se encargó por sí sola de proporcionarle víveres, que por el Sena iba á buscar léjos con algunas barcas; y ¡cosa inaudita, cosa única en la historia de las grandes calamidades de los pueblos! lo que ningun hombre hubiera osado pensar siquiera, lo ejecutó una jóven vírgen: ella alimentó á una grande ciudad por espacio de diez años (*Vida de Santa Genoveva*); y cuando la ciudad abrió en fin sus puertas á Childerico, que entró en ella como vencedor, por las súplicas de Genoveva, cuya santidad y cuyo valor le habian conmovido (á pesar de ser bárbaro y pagano), perdonó á los vencidos, y de este modo nadie sufrió el menor daño. Por otra parte, la fama de Santa Genoveva estaba tan extendida, que, desde el fondo de la Siria, San Simeon Stilita pedia con frecuencia noticias de ella y se encomendaba á sus oraciones. (*Act. SS.*, 3 *Jan.*)

Mas ved aquí un bello trozo de un historiador lego, relativo al prodigio de la santidad y de la grandeza de los prodigios de la es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ternura, y manifestándole que Dios le llamaba á él y á todos sus hermanos á la vida perfecta; y de resultas de esta aparicion, los siete hijos de la bienaventurada Alet renunciaron á la milicia del siglo para hacerse soldados de Jesucristo, y áun el primogénito, que se hallaba casado, se separó de su esposa de comun acuerdo, y abrazó, lo mismo que ella, la vida religiosa.

San Bernardo nos dice tambien que muchas veces vió él á su santa madre en la gloria, y que ella le protegió en sus peligros, le sostuvo en sus luchas, le iluminó en sus dudas, le animó en sus duros trabajos y le aconsejó en sus grandes empresas, para la gloria de la religion y la ventura del mundo. ¡Franceses, tan orgullosos con razon de vuestro San Bernardo, no olvideis que este gran personaje, que os hizo tanto bien y que tanto os engrandeció á los ojos de las naciones, fué obra de una mujer, y que nunca cuidaréis lo bastante de la instruccion religiosa de la mujer, de quien Dios se vale para obrar tales prodigios!

§ LIII.—La esterilidad de la virginidad voluntaria es prodigiosamente fecunda.—Santa Genoveva.—Sus grandezas y el prodigio de su sacrificio por su país.—Puntos de semejanza entre esta heroína cristiana y la Doncella de Orleans.—Historia de Juana de Arco.—Pruebas de su virtud y de su mision celestial.—Prodigios de su sabiduría y de su valor.—Sus combates y sus triunfos.—La infamia de sus compatriotas, entregándola á los enemigos de la Francia.—Retrato de su alma.—Juana de Arco, prodigio único en la historia del mundo.—La mujer católica á la altura de todo, tanto como el hombre.

San Ambrosio, el gran panegirista de la virginidad, ha notado que nada es más ventajoso al mundo que la multiplicacion de las vírgenes que se consagran al servicio de Dios fuera del mundo, y que la esterilidad virtuosa de la vírgen cristiana es prodigiosamente fecunda. Esto consiste en que, no teniendo la vírgen cristiana familia propia que cuidar, puede consagrarse al cuidado de todas las familias, y no teniendo hijos propios segun la carne, puede hacerse la madre de todos segun el espíritu, supuesto que San Agustin dice: «La caridad es tambien madre.» En efecto, las santas vírgenes de la Edad Media, tan absolutamente consagradas á los intereses de la Iglesia, no lo estuvieron ménos á la felicidad de los pueblos; sin embargo de ser unas mujeres piadosas, fueron tambien unas mujeres políticas. Sólo citarémos dos de ellas, las dos francesas y la gloria de Francia; en primer lugar Santa Genoveva, cuyas grandezas debemos recordar en este lugar.

Desde el instante en que ella se consagró á Jesucristo y á la Iglesia, severa consigo misma (ella no comia más que dos veces en la semana, y esto era únicamente pan de cebada y legumbres, ni bebia más que agua), se consagró enteramente, con una ternura maternal, al alivio de los desgraciados y al socorro de los pobres.

En aquel tiempo, habiendo pasado los francos el Rhin y asolado la Normandía y la Borgoña, avanzaron hácia París. La alarma era profunda y universal: los habitantes pensaban retirarse á las plazas fuertes con sus mujeres y con sus hijos; el gobierno estaba sin fuerzas y los hombres sin valor. Sólo hubo una mujer, la vírgen Genoveva, que se constituyó por sí misma en gobierno y manifestó la presencia de espíritu y el valor de un hombre. «Nada temais, decia ella á las mujeres afligidas; confiar en Dios y entregarse con vuestros esposos á la oracion es mejor que huir.—Vosotros os engañais, decia igualmente á los hombres, si creeis poner en seguridad vuestros bienes trasladándolos á otra parte. Las ciudades donde tratais de refugiaros serán destruidas, y sólo París quedará sin recibir mal alguno.» Es verdad que, habiendo sido sitiado París por los bárbaros, comenzó á experimentar el hambre; pero la vírgen Genoveva se encargó por sí sola de proporcionarle víveres, que por el Sena iba á buscar léjos con algunas barcas; y ¡cosa inaudita, cosa única en la historia de las grandes calamidades de los pueblos! lo que ningun hombre hubiera osado pensar siquiera, lo ejecutó una jóven vírgen: ella alimentó á una grande ciudad por espacio de diez años (*Vida de Santa Genoveva*); y cuando la ciudad abrió en fin sus puertas á Childerico, que entró en ella como vencedor, por las súplicas de Genoveva, cuya santidad y cuyo valor le habian conmovido (á pesar de ser bárbaro y pagano), perdonó á los vencidos, y de este modo nadie sufrió el menor daño. Por otra parte, la fama de Santa Genoveva estaba tan extendida, que, desde el fondo de la Siria, San Simeon Stilita pedia con frecuencia noticias de ella y se encomendaba á sus oraciones. (*Act. SS.*, 3 *Jan.*)

Mas ved aquí un bello trozo de un historiador lego, relativo al prodigio de la santidad y de la grandeza de los prodigios de la es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pléndida fisonomía cristiana del siglo VI. «La tierna y curiosa leyenda de Santa Genoveva, dice M. Capefigo, nos revela una de esas *vidas consagradas á la ciudad de su nacimiento*, de su educacion y de su niñez. En la época fatal de las invasiones de Atila, *el valor de una piadosa vírgen* reanimó los corazones abatidos: los largos viajes de Santa Genoveva por el Sena para buscar trigo, miéntras que París estaba devorado por el hambre, forman un episodio interesante en medio de la vida agitada de la sociedad franco-gala. ¡Cuánto valor! ¡cuánta abnegacion! Ella exalta los corazones de los pueblos aterrados, que huyen de Atila. De aquí nació esa veneracion al sepulcro de Santa Genoveva, en los habitantes de París, al traves de los siglos. La multitud, arrodillada ante sus reliquias, recita las actas de la grandeza de la santa patrona: «Guarda de la nacion francesa, Genoveva, dice el himno festival, ¡cuánto poder, cuánta virtud recibiste del cielo! Los franceses te honraron miéntras permanecias aún en la tierra. El ruido lejano de tu nombre se acrecienta, la fama te lleva sobre su carro á las extremidades del polo... ¡Ay! Despues de una larga guerra, el hambre viene á devorar la ciudad populosa. Santa jóven, ¿la abandonarás tú? El ciudadano que va á perecer te implora. Intrépida pasas á traves de las hordas enemigas, y no temes las aguas del impetuoso rio. Vírgen tímida, tú te pones al frente de todos y proporcionas el alimento al pueblo. Por tí rompe Clodoveo los simulacros de sus dioses y levanta altares á Jesucristo. Despreciando á Júpiter, rinde su cetro al Dios del trueno. Tú, que sabes amansar los reyes, somete nuestros espíritus á tu mandato, y llévanos á la mansion eterna donde reina la Vírgen. Así sea.» Esta antigua plegaria es á la vez un himno, una relacion histórica y una invocacion. Triple punto de vista bajo que se presenta á la posteridad la historia de Santa Genoveva, patrona de París, y la leyenda que contiene sus circunstancias. (*Les cuatre premieres siècles*, etc., tomo IV, pág. 181.) De este modo, en aquella grande época del renacimiento de la Francia por el Cristianismo, casi al mismo tiempo que una mujer sentada en el trono, Santa Clotilde, obraba grandes maravillas en beneficio de la monarquía, Santa Genoveva, una mujer de la última clase del pueblo, las obraba mucho mayores en beneficio de los pueblos.

La pastora de Nanterre nos recuerda la pastora de Domremy; á ocho siglos de distancia la una de la otra, Santa Genoveva y Juana

de Arco presentan notables rasgos de semejanza. Las dos pastoras, las dos vírgenes, las dos llenas del espíritu de Dios, y las dos libertadoras de la Francia del yugo y de la afrenta de la dominacion extranjera, pertenecen al número de las más grandes y más puras glorias de la mujer católica consagrada á Dios, y de la Francia, para la que comenzó una de ellas la grande época de la Edad Media y la otra la terminó. No deben, pues, separarse en los elogios estas dos grandes figuras que Dios hizo nacer en aquel país con el objeto de librarlo, y de hacer respetable á los ojos de los pueblos la profesion de la santa virginidad.

Habiendo dado Cárlos VI, que se habia vuelto demente, su hija Catalina en matrimonio al rey de Inglaterra, Enrique V, habia declarado á éste regente del reino y heredero de la corona de Francia, excluyendo á todas las personas de la familia Real. El delfin Cárlos VII, desheredado y perseguido con las armas por su propio padre, maldecido y anatematizado por su propia madre, habia sido condenado por el parlamento de París, desterrado para siempre y declarado indigno é incapaz de suceder á la corona. Habiendo muerto Cárlos VI el 22 de Octubre de 1421, los heraldos gritaban por las calles de París: «¡Viva Enrique de Lancastre, *rey de Inglaterra y de Francia!*» Este grito, que anunciaba la humillacion y la servidumbre de la Francia, lo escuchaba París sin llenarse de indignacion. El rey de Lancastre no era otro que Enrique VI, de diez meses de edad, hijo de Enrique V y de Catalina de Francia, cuyo tio, el duque de Bedfort, era su tutor y su virey. Él estaba sostenido por el duque de Borgoña, Felipe, llamado *el Bueno;* pero sin duda por antífrasis, porque era *malo*, y bien malo; enemigo de su país y vendido al partido inglés, era ménos frances que los ingleses mismos. Lo mismo puede decirse de la ciudad de París y de su populacho, como tambien de su parlamento y de su universidad. Cárlos VII, retirado en Bourges, y gobernado por sus favoritos y favoritas, sólo estaba reconocido por un pequeño número de franceses, pero sin union entre sí, sin jefe y sin corazon. Queriendo el duque de Bedfort llevar las conquistas de su pretendido *rey de Francia* más allá del Loire, habia puesto sitio á Orleans, que, habiendo sufrido muchos descalabros, y no teniendo esperanza alguna de socorro, no podia dejar de sucumbir en breve ante un ejército que se aumentaba diariamente. Cárlos VII, á quien el sa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jon llamaba por irrision *el pequeño rey de Bourges*, desanimado y abatido, trataba de abandonar la Francia y refugiarse en España. La Francia, por consiguiente, iba á concluir como nacion independiente. Pero Dios no permitió que la primera nacion católica, el primer reino cristiano, concluyese como nacion y como reino, y le envió un socorro, tanto más prodigioso, cuanto más débil y más inesperado parecia. Él le envió una jóven de diez y ocho años: Juana de Arco.

Su historia es muy singular, pero al mismo tiempo muy auténtica. Todas sus circunstancias fueron probadas jurídicamente por más de doscientos testigos oculares, cuyas deposiciones originales subsisten aún en los manuscritos de la Biblioteca Imperial y en los archivos de Orleans (1). Nosotros vamos á resumir aquí los rasgos más notables de ella, para gloria del sexo y del país á que este gran personaje de los tiempos modernos pertenecia, y para gloria tambien del Catolicismo, que lo inspiró.

No debemos olvidar que esta jóven heroína nació en las fronteras de la Champaña, en la pequeña villa de Domremy (*Domus Remigii*), ó casa de Remigio, llamada así de San Remigio, que nació ó vivió en ella. De este modo, por una admirable disposicion de la Providencia, salieron del mismo lugar el gran hombre que creó la monarquía francesa y la mujer grande que la salvó.

Hija de Jacobo de Arco y de Isabel Romea, pobres aldeanos, pero cristianos, ricos de religion y de virtudes, la Doncella se distinguió desde luégo entre sus hermanos y hermanas por la pureza de su vida y por una fervorosa piedad. Todos los testimonios están conformes en que desde sus más tiernos años parecia una mujer perfecta. Sus facciones, armoniosas y delicadas, tenian algo de varonil; pero la belleza de su cuerpo estaba eclipsada por la de su alma. Ella era modesta en sus obras, sábia en sus palabras, amante del trabajo, extraña á la impaciencia y á la cólera, sencilla y tímida, y al mismo tiempo prudente é ilustrada, y de una fortaleza incontrastable en el cumplimiento de sus deberes. Su corazon era dulce

(1) Para ver esta materia con más extension pueden consultarse á Fleury y Rohrbacher, *Historia eclesiástica; Proceso, condenacion y rehabilitacion de Juana de Arco*, por Julio Quicherat; *Historia de Juana de Arco*, por Lebrun Charmette, cuatro volúmenes en 8.°; *Historia de Juana de Arco*, por Gnido Goërres, traducida del aleman por Leon Boré, 1843.

y compasivo; ella se complacia en conversar con los niños, los cuales le tenian un singular afecto. Siendo ella pobre, daba á los pobres todo aquello de que podia disponer; y no contenta con proporcionarles un asilo en casa de sus padres y de sus amigos, con mucha frecuencia les cedia su propio lecho y se acostaba en el suelo.

Ayudando á su madre en el hogar doméstico y á sus hermanos en el campo, en la labor de la tierra, tenía siempre á Dios en su pensamiento, y Él era la ventura de su corazon y la regla de sus acciones. Á la edad de catorce años hizo voto de virginidad en manos de la Santísima Vírgen, á la que tuvo siempre la más tierna devocion. La casa del Señor era el lugar predilecto para ella; ella asistia diariamente al santo sacrificio de la Misa, y volvia por la tarde al templo para orar. Ella se confesaba frecuentemente con la mayor contricion, y comulgaba más frecuentemente aún con los más vivos trasportes de alegría. En tanto que las demas jóvenes se iban despues de su trabajo á reirse y divertirse por las calles, se la encontraba á ella en la iglesia ó en un rincon de su casa, orando de rodillas ante una cruz, en una especie de éxtasis, con los ojos fijos en la imágen del Salvador del mundo y de la Madre de los Dolores. Sin embargo, ella estaba siempre alegre, ella nunca hablaba mal de persona alguna, ella jamas se vanaglorió de su sabiduría ni de su piedad, y sufria con paciencia las burlas de sus compañeras á propósito de su gran devocion, lo único que ellas encontraban que echarle en cara. En una palabra, ella seguia en la casa paterna la vida del claustro: ¡tanto era su celo por conservarse pura! ¡Tan grande era su espíritu de penitencia! ¡Tan grande era su devocion por los ejercicios de religion!

Dios se complace en comunicarse á tales almas. Así es que fué ella invitada por frecuentes apariciones del ángel tutelar de Francia, San Miguel, y de Santa Catalina, su protectora, *para que tomase las armas á fin de arrojar á los sajones, que tenian sitiada la ciudad de Orleans seis meses habia, y oprimian una gran parte de la Francia, y para que condujese á Reims á Cárlos VII, su rey legítimo, y le hiciese consagrar allí.* Pero tan humilde como piadosa, la jóven pastora no obedeció al pronto estas manifestaciones de lo alto, de que se creia indigna, y sólo en virtud de las reiteradas órdenes del mensajero celestial se decidió á declararse á sus padres, y éstos á Baudricourt, gobernador del país.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La eleccion hecha por Dios de una jóven pastora para arrojar á los ingleses de Francia pareció tan extraordinaria al gobernador, que al pronto no hizo más que reirse. Pero habiendo oido á la santa jóven hablar de la religion como un verdadero teólogo, y de la guerra como un verdadero militar, y habiéndole oido decir: «En este momento en que os hablo son batidos los franceses delante de Orleans, y todavía les sucederá otra cosa peor si yo no voy en busca del Rey» (lo cual supo diez dias despues que era cierto), Braudricourt miró á Juana como á una persona enviada verdaderamente por Dios, concibió hácia ella una grande estimacion, la trató con el mayor respeto, le dió armas, caballos, y dos gentiles-hombres que la acompañasen, y la envió al Rey.

Durante su largo viaje al traves de los bosques y por sendas ocultas, porque todo el país estaba ocupado por los ingleses, mostró Juana la piedad de un santo y la intrepidez de un héroe. Ella animaba á los que le servian de escolta. Todos sus discursos versaban sobre asuntos religiosos; todos sus actos llevaban el sello de la sabiduría, del pudor y de la devocion. Así fué que sus compañeros se llenaron de un temor respetuoso ante ella, como ante una cosa celestial y sagrada. Uno de los testigos oculares afirma que en toda su persona brillaba cierta cosa divina y celestial.

Habiendo llegado á Bourges, y admitida en presencia del Rey, no sin muchas dificultades, Cárlos VII quiso hacer una prueba en ella por sí mismo, y cuando ella se dirigió á él y le saludó con un ademan respetuoso y modesto, le dijo: «Jóven, vos os engañais. No soy yo el Rey, sino ése que teneis presente», indicándole uno de sus cortesanos. Pero Juana respondió sonriendo: «No, no, yo no me engaño. Yo sé que vos sois el Rey; yo os conozco bien» (siendo así que jamas le habia visto). Habiéndole preguntado Cárlos su nombre y sus proyectos, le respondió ella: «Yo me llamo Juana la Doncella, y he sido enviada por Dios aquí para auxiliaros á vos, señor, y á vuestro reino. Dios quiere que seais consagrado como vuestros predecesores, y vos seréis el vicario del Rey del cielo, *como debe serlo todo rey de Francia*. Así, si quereis, yo os prometo que, con la ayuda de Dios, libraré á Orleans y os haré consagrar en Reims.»

Preguntándole por qué se habia vestido de hombre, dió para ello dos razones: «En primer lugar, dijo, porque, debiendo servir al

Delfin en los combates, es absolutamente necesario ponerme una armadura de hombre; y tambien porque, cuando yo me halle entre los hombres vestida de hombre, no tendrán pensamientos carnales por causa mia, y creo que en este estado conservaré mejor mi virginidad de pensamiento y de obra.» Dudando todavía el Rey, le dijo Juana: «Para que os convenzais de que Dios me ha enviado verdaderamente, os voy á decir un secreto que no habeis revelado á nadie: recordad, señor, que el dia de Todos Santos próximo pasado, ántes de comulgar, pedisteis á Dios dos gracias: la una, que os quitase el deseo y el valor de hacer la guerra si no erais el heredero legítimo del trono; y la otra, que hiciese caer su cólera sobre vos ántes que sobre vuestro pueblo.» (¡Grande y sublime oracion, digna de un rey cristiano!) Maravillado el Rey por esta revelacion, y prendado del talento, de la piedad y de la gracia con que Juana le acababa de hablar, no dudó ya de la verdad de su mision. Sin embargo, no fiándose de sí mismo en negocio tan grave, hizo que los miembros de su Consejo examinasen á la jóven. Todos creyeron ver en ella algo de divino, todos convinieron en que Dios la enviaba, y en que era necesario confiarle la direccion de la guerra y la defensa del país.

Pero Cárlos no se satisfizo con este exámen y esta aprobacion: él consultó tambien á los sabios del país, á los célebres doctores de la Universidad de Poitiers, y á todos los prelados y los personajes más insignes de su reino, y sólo despues de los exámenes más minuciosos y de las numerosas y duras pruebas á que fué sometida, sólo despues de los informes más prolijos acerca de su reputacion sin tacha, de la santidad de su vida y del cumplimiento de sus profecías, fué cuando el Rey la puso á la cabeza de su ejército y le confió la difícil empresa de librar á Orleans y de quebrantar á sus enemigos. Era, pues, imposible tener más prudencia y más reserva que tuvieron el Rey y los suyos para asegurarse de la mision divina de la Doncella.

El Rey la mandó hacer una armadura completa, desde la cabeza á los piés, acomodada á su estatura, y le dió para servidores á Juan de Auclon, el mejor de sus caballeros, dos pajes, un cocinero y dos escuderos. El Rey quiso darle una espada; pero ella la rehusó, diciendo: «Existe en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois una espada en la que hay grabadas cinco cruces y tres flores de lis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de oro. Esa es la espada que necesito, y con ella venceré á los ingleses.» Le traen dicha espada, y aunque era demasiado pesada, la toma en sus débiles manos y la maneja como si fuese un huso. La dan un caballo y tropas, y vedla ya al frente de un ejército.

Su hermano le presenta el P. Juan Pasquerel, agustino, por su confesor, y ella lo acepta por tal, rogándole que permaneciese siempre á su lado y no la abandonase jamas; «porque siempre tengo, le decia ella, necesidad de vos.» En efecto, esta admirable y piadosa jóven se confesaba todos los dias ántes de ir á dar la batalla á los enemigos de Francia. Al pasar por Blois invitó á un gran número de sacerdotes para que la acompañasen, con el fin de que oyesen las confesiones de todos sus guerreros; porque tenía horror de la impiedad y de los crímenes en que habian vivido aquellos espíritus feroces en tan prolongadas guerras, y sólo queria manos puras y agradables á Dios para que la ayudasen á cumplir su mision divina. Ella quiso tambien comulgar solemnemente en campo abierto, entre aquellos soldados, que, despues de haber confesado, hicieron lo mismo que ella.

Se puso en marcha: á la cabeza del convoy iban los sacerdotes con la bandera, con la imágen del Salvador del mundo y de la Vírgen, su Madre: la Doncella seguia, acompañada de los mariscales de San Severo y de Errays, del almirante Coulan y del gran maestre de palacio, Gaucour, del bravo Laire y de otros muchos valientes guerreros, que habian salido de Blois para acompañarla. En seguida iba una division de 5.000 hombres, escoltando los ganados y las provisiones para la ciudad sitiada. Se cantaban en coros himnos y salmos; de modo que el ejército parecia más bien una peregrinacion piadosa que una expedicion guerrera, y el corazon de aquellos rudos militares se penetraba de un respeto cada vez más profundo hácia su santa capitana.

Despues de tres dias de camino, llegaron delante de Orleans. La Doncella hizo decir á los sitiados que hiciesen una vigorosa salida contra un destacamento inglés que defendia el paso; y miéntras peleaban por una y otra parte, consiguió ella, por un golpe de mano, introducir felizmente las provisiones en la ciudad hambrienta, sin que el enemigo pudiese impedirlo, como ella lo habia anunciado. Y abriéndose paso, con la espada en la mano, al traves de los sitiadores atónitos, entró en la plaza á las ocho de la noche. Ella

estaba armada de todas armas, montada en un caballo blanco, con su bandera blanca delante de ella. «Los habitantes de Orleans, dice uno de los testigos oculares, la recibieron á la luz de las antorchas, y tenian tanta alegría como si viesen á Dios descender á su ciudad. Todos la miraban con mucho afecto, lo mismo los hombres que las mujeres y los niños, y todos ellos se apresuraban á acercarse á ella, ó á tocar siquiera el caballo en que iba montada.»

Aunque la Doncella no habia comido ni bebido desde el dia anterior, y habiendo pasado todo el dia á caballo bajo su pesada armadura, tenía una gran necesidad de reposo, se dirigió, sin embargo, á la catedral para dar gracias á Dios. Desde la iglesia fué conducida solemnemente á casa de uno de los personajes más considerado de la ciudad, que tenía una esposa muy honesta.

Sólo allí fué donde ella se desnudó de su armadura. Le habian preparado un gran banquete; pero la santa jóven sólo tomó un poco de vino, en el que mojó un pedazo de pan. Esta fué toda su comida; y pasó toda la noche en su gabinete al lado de la hija de su huéspeda, casi en una contínua oracion, y éste fué su sueño.

Al dia siguiente escribió Juana á los generales ingleses, intimándoles que se retirasen, porque de otro modo les obligaria á ello por la fuerza, y les haria arrepentirse de su obstinacion. Se rieron de sus amenazas y se mofaron de los franceses, que, habiendo sido batidos siempre bajo la direccion de sus más valientes generales, esperaban triunfar bajo la direccion de una mujer; y, por consiguiente, continuaron el sitio.

Pero esta mujer tenia al Dios de los ejércitos consigo y en su favor; por consiguiente, lo que parecia imposible á los más hábiles é intrépidos hombres, le fué á ella fácil. La vista de Juana habia despertado extraordinariamente el valor abatido de los habitantes de la ciudad, reducido poco ántes al último extremo. Ellos quisieron dar por sí solos un ataque, que la Doncella les habia prohibido formalmente, y fueron rechazados. Retiraron un frances herido. La Doncella tenia un alma verdaderamente patriótica, y al verle se llenó de horror: «Jamás, exclamó ella, he visto correr la sangre francesa sin sentir erizárseme los cabellos.» En el momento monta á caballo y se dirige al lugar donde los suyos habian sido derrotados. Los fugitivos retroceden y la siguen. La Doncella es herida en un hombro. Al verla ensangrentada el Príncipe de Orleans, quiere

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacerla retirar, pero la intrépida jóven le dice: «No; me costará un poco de sangre, pero ellos no escaparán de la mano de Dios.» Y diciendo esto, se arroja sobre el campamento inglés, hace huir al enemigo, y enarbola allí con su misma mano la bandera de Francia, que los franceses saludan con un grito de alegría. Esta primera victoria es anunciada por todas las campanas de la ciudad y por unos trasportes de alegría imposibles de describir. En la ciudad reciben en triunfo á la noble vírgen, y se dirigen todos á la iglesia á dar gracias á Dios con las alabanzas más cordiales y más afectuosas.

Desde este momento la Doncella camina siempre de victoria en victoria. Hacen nuevas salidas, pero se guardan bien de ir sin ella. Caminan á su lado llenos de valor, y consiguen hacerse dueños de los fuertes que el enemigo habia construido al rededor de Orleans.

Cuando se decidió dar el asalto á los últimos atrincheramientos, la Doncella hizo publicar una órden, en la que se decia «que ninguno se atreviese á salir al dia siguiente de la ciudad á pelear con el enemigo sin haber confesado ántes, y que los soldados despidiesen á las mujeres de malas costumbres, porque Dios permite las pérdidas de las batallas para castigar los pecados de los hombres.» Cumplidos estos preliminares, Juana, seguida de su pequeño ejército, cuyo valor se aumentaba al ver la intrepidez de su generala, marchando siempre á la cabeza de él, cae con la rapidez del rayo sobre las filas enemigas y esparce en ellas el terror y el desórden. Nada resiste; todos tiemblan, todos retroceden ante ella. Levantan el sitio, abandonan el campo y los sajones son arrojados de toda la comarca.

Mas era necesario tambien conducir el Rey á Reims, para que fuese consagrado allí, y Reims permanecia aún en poder de los ingleses, así como Troyes y Chalons, ademas de un ejército considerable que ellos tenian en campaña. Los hombres vacilan en presencia de semejantes obstáculos; sólo Juana, una jóven de diez y ocho años, no vacila. Su valor anima á los más tímidos. Todos empuñan las armas, se declaran en favor del Rey, y marchan contra sus enemigos bajo la direccion de una jóven guerrera. Entónces toma ella por asalto á Jargeau, sitia á Beaugency, donde hace prodigios de valor, coge prisionero á Talbot, general en jefe del ejército enemigo, á quien trata con una generosidad puramente francesa, y en fin, consigue llevar al Rey á Champaña. Allí se presentan nuevas

vacilaciones en presencia de nuevos obstáculos. Troyes permanece todavía firme, y no hay artillería para forzar la plaza. Todos quieren retroceder y volver á Berry. Juana habla, y el Rey, animado, ordena que la dejen obrar y la obedezcan. Ella monta á caballo y hace avanzar el grueso del ejército, como para emprender el sitio de Troyes; ella hace levantar baterías, áun cuando no hay cañones para armarlas; siempre con la espada en la mano, se halla en todas partes, dirigiendo las obras, dando órdenes, dejándose oir desde las murallas, y amenazando á los habitantes de Troyes con la venganza del cielo y la cólera del Rey. La ciudad, aterrada, pide gracia y abre sus puertas. Reims hace lo mismo. Cárlos entra en la ciudad, donde es consagrado por el arzobispo Renaud con la mayor solemnidad, y pocos dias despues, subyugadas por la noticia de los hechos heroicos de la Doncella, más bien que por las armas del Rey, Laon, Soissons, Chateauthiérry, Provins, Beauvais y todas las ciudades hasta París, se sometieron á Cárlos y fueron reducidas á su obediencia. ¡Ved aquí lo que supo hacer una jóven!

Despues de haber obtenido tales triunfos, tanto más admirables cuanto eran ménos esperados, Juana de Arco, tan modesta como valiente, fué á arrodillarse á la iglesia de San Dionisio, y, ante el altar de este patrono de Francia, suspendió en una de las columnas del sepulcro del santo mártir su armadura completa, y una rica espada que habia arrancado de manos de un inglés delante de París. En seguida se postró á los piés del Rey y le dijo: «Señor, ya está levantado el sitio de Orleans, y vos mismo habeis sido consagrado en vuestra buena ciudad de Reims, segun la costumbre de vuestros predecesores. Por consiguiente, las dos promesas que os hice de parte de Dios están cumplidas, sus órdenes están ejecutadas, *y mi mision está terminada*. Permitidme, pues, señor, que me retire.» Mas el Rey no quiso acceder á ello, y la obligó á que permaneciese al frente del ejército. Ella obedeció á su pesar; pero repitiendo contínuamente: «Mi mision está terminada», no quiso seguir mandando sino en segundo lugar, ni emprender cosa alguna sin el parecer de los generales, que ella escuchaba sin aprobarlo ni desaprobarlo.

En el sitio de Saint-Pierre-le-Moutier, que el Rey le habia confiado, habiendo querido los franceses dar el asalto á pesar de ella, encontraron tal resistencia, que se vieron obligados á batirse en reti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rada. Sola Juana no retrocedió, y sosteniéndose en compañía de cinco hombres, gritó en alta voz: «Que traigan todos faginas y formen un puente»; y volviendo los franceses, llenaron el foso, y tomaron la ciudad sin grandes esfuerzos.

Pero despues de este hecho de armas, no obrando ya Juana por las órdenes inmediatas del cielo, *y estando terminada su mision*, ella, que habia salido hasta entónces siempre victoriosa, no consiguió en adelante más que triunfos medianos, y acabó por ser hecha prisionera. De modo que áun los reveses mismos que comenzó á experimentar desde que cumplió su mision son una prueba evidente de que esta mision le habia sido confiada por Dios, y que por la virtud de Dios, y no por su propio valor, la habia ella terminado tan felizmente.

En el sitio de Compiegne fué donde ella cayó en manos de sus enemigos. Aunque en el desaliento universal que se habia apoderado entónces del ejército real, fué ella quien, convocando á todos los hombres de armas, reunió dos mil combatientes, la direccion de ellos fué dada á ciertos oficiales muy inferiores á ella. Le mandan atacar con seiscientos hombres los atrincheramientos enemigos. Eran las cinco de la tarde. Juana avanza con su pequeña division. El jefe del ejército de Borgoña, Juan de Luxemburgo, da el grito de alarma en toda la línea. Los ingleses y los borgoñones acuden de todas partes, pero Juana ataca con el mayor vigor. Jamas desplegó ella, dicen los testigos, tanto ardor ni tanto heroísmo. Caminando siempre delante de sus soldados, rechaza al enemigo primera y segunda vez, pero ellos, cada vez más numerosos, dan una tercera carga, que Juana no puede rechazar totalmente. Conociendo entónces los franceses que va á cargar sobre ellos todo el ejército, se retiran á la ciudad. La Doncella caminaba la última, volviéndose sin cesar, y haciendo frente al enemigo ella sola, sin embargo de ser mujer, para cubrir la retirada á los hombres. Los ingleses avanzan entónces para cortar la retirada á su tropa, que se dispersa en el mayor desórden. Muchos se arrojan con las armas al rio, y casi todos los demas son cogidos prisioneros. Sola Juana de Arco continuó defendiéndose, teniendo enarbolada su bandera y rechazando al enemigo con una espada que ella misma le habia quitado. Todos los esfuerzos de los borgoñones se dirigen sobre ella, ¡sobre una mujer! que era por sí sola el terror de Inglaterra y la

victoria de Francia; sin embargo, ella llega, sin dejar de pelear, á la cabeza del puente, pero no le es posible pasarlo; el criminal Guillermo de Flavy, gobernador de la ciudad, habia hecho que le cerrasen la puerta. En vano todas las campanas de Compiegne tocan la alarma; nadie se presenta á salvar á la que los habia salvado á todos. Abandonada de este modo de todos sus compañeros de armas, y rodeada de enemigos, hace prodigios de valor y procura retirarse á las fronteras de Picardía, pero se ve obligada á ceder al número. El bastardo de Vendôme la lleva prisionera á Mariny y la vende á Juan de Luxemburgo, el cual la vende á su vez al Duque de Borgoña y éste á los ingleses, por el precio de diez mil libras y otras quinientas libras de pension anual, es decir, tan cara como un rey de Francia. Estos últimos compradores carecian de dinero, y fué necesario que echasen un impuesto extraordinario sobre los estados de Normandía para pagar esta compra de sangre. El corredor de este horrible contrato fué el obispo de Beauvais, hombre de un alma tan vil como su nombre, porque se llamaba *Cauchon*. Él deseaba vengar en la Doncella la ofensa de haberle hecho perder su silla, al hacer que entrase la ciudad de Beauvais en la obediencia del Rey. Él estaba vendido al partido inglés, lo cual no le impidió hacerse juez de Juana de Arco; y por otra parte, le habian prometido el arzobispado de Rouen en recompensa de su celo. Todo esto sucedió un año despues de haber librado á Orleans, como lo habia anunciado Juana con estas palabras, atestiguadas, entre otros, por el Duque de Alezon: «Yo no duraré más que un año; por esta razon debeis tratar de emplear bien este año.» Así fué como ciertos franceses, indignos de este nombre, entregaron á los extranjeros *la sangre* más pura y más *justa* de la Francia.

Mas ántes de llegar al desenlace de este drama, único en la historia del hombre (porque el del Calvario, con el que tiene algunos puntos de semejanza, pertenece á la historia de un Dios), detengámonos un instante á contemplar la belleza de alma de esta criatura sublime, de la Débora, de la Judith cristiana.

Segun la declaracion unánime de más de cincuenta testigos oculares, Juana de Arco, en el campo de batalla, en el palacio del Rey ó en compañía de los pobres y de los afligidos, en sus dias de ventura como en los de infortunio, permaneció siempre la humilde y piadosa pastora de Domremy. Las gracias del espíritu y del cuerpo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de que Dios la habia dotado, la hicieron aún mucho más fervorosa en el servicio divino, más asidua en la participacion de los sacramentos y en la práctica de los ejercicios de religion y de piedad. Jamas pedia cosa alguna para sí. «Yo no deseo, decia ella, más que una cosa: que Dios se apiade de mi pobre alma.» Áun cuando su vida fué tan piadosa y tan santa, áun cuando nadie pudo encontrar jamas en ella la más leve falta, se confesaba casi todos los dias con la mayor contricion. Miéntras estaba en campaña, se dirigia todas las mañanas, al apuntar el dia, á la iglesia más cercana, y por espacio de media hora hacía llamar por el toque de campanas á los sacerdotes que seguian el ejército, para que celebrasen la misa, en la que ella comulgaba con la gente del pueblo y áun con los niños.

Con mucha frecuencia, en medio de la noche, cuando creia que todos dormian, se levantaba silenciosamente y se ponia de rodillas para orar. Poseida por el presentimiento de su fin cercano, decia con frecuencia á su confesor: «Yo voy á morir muy pronto; decid al Rey que se digne edificar algunas capillas donde sea invocado el Señor por las almas de los que han sucumbido en la defensa de su reino.»

Esta era un alma desprendida absolutamente del mundo, que sólo vivia en Dios y para Dios, y que tenía el entendimiento penetrado de su majestad, y el corazon abrasado de su amor. Todo se inclinaba ante la elevacion de su lenguaje cuando exaltaba la bondad y la magnificencia del Señor, y ante su humildad cuando hablaba de sí misma. Su fervorosa piedad conmovia profundamente al pueblo cuando, en el momento en que el sacerdote elevaba la sagrada hostia, se veia á este nuevo genio de la guerra con los ojos inmóviles, como en un éxtasis, y las mejillas inundadas en lágrimas.

En tantos combates como se encontró, jamas mató ni un solo enemigo; más le repugna derramar la sangre de otros que la suya propia. Por esta razon casi nunca se servía de la espada; sólo se defendia con la lanza, y su intencion era aterrar al enemigo con su valor, más bien que sacrificarlo con sus heridas. Su benevolencia y su mansedumbre subyugan los corazones más rebeldes. Ya hemos visto que la desgracia de caer en manos de los enemigos de Francia le sucedió sólo porque, cuidando de la vida de sus soldados más que de la suya propia, hallándose siempre en la primera fila en el

combate, se hallaba siempre la última en la retirada, es decir, por demasiada abnegacion de su parte y por demasiada infamia de parte de los otros.

Todos sus discursos eran de Dios, de la Santísima Vírgen, de la vida cristiana y de la vida eterna. La vida desarreglada de los soldados le disgustaba en extremo; unas veces les reprendia con dulzura, y otras reprimia sus desórdenes con una inexorable severidad, que causaba á todos admiracion en una jóven.

Ántes de ser empleada por el Rey en la mision que el cielo le habia confiado, lo mismo que ántes de ser condenada por sus jueces, Juana de Arco fué puesta tres veces en manos de matronas respetables para ser examinada con respecto á la virginidad que habia jurado á Dios, y el resultado de estos diferentes exámenes fué siempre para gloria de su integridad. Con respecto á su mision divina, ponia Juana todo su cuidado en que no recayese sobre ella la más mínima sospecha. Despues de ponerse el sol, jamas hablaba con ningun hombre. Ella dormia siempre acompañada de mujeres, y principalmente de jóvenes. Cuando esto le era imposible, ó necesitaba pasar la noche en campo raso, se acostaba armada de piés á cabeza. Deseando asistir á maitines durante su permanecia en Bourges, y no queriendo ir sola, rogó á su huéspeda á que la acompañase. Esto consistia en que la honestidad era la virtud de que más cuidaba, de que más se gloriaba y en que más se complacia, de tal modo, que no queria ni se daba á sí misma otro título que el de *Doncella*. Juan de Aulon, uno de sus edecanes, y que por lo mismo estaba siempre á su lado, decia muchas veces: «Yo no creo que haya en el mundo una mujer más casta.» Así, pues, por donde quiera que ella pasaba, era tal la veneracion de los pueblos á Juana, que la humilde jóven no sabía qué hacer para sustraerse á las muestras de afecto que le prodigaban. Las mujeres ancianas y respetables se arrodillaban delante de ella; muchos le rogaban que les mostrase las manos y los piés, para ver si era realmente de carne y de sangre, besaban sus vestiduras y áun hasta los piés de su caballo.

En todas las ciudades donde se detenia no podia el pueblo contener su admiracion y su alegría al ver las maravillas que obraba. Sitiaban, por decirlo así, las puertas de su casa, sólo para ver desde cerca á esta vírgen de los prodigios, enviada del cielo; de modo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que le suplicaban diese la vuelta á las ciudades, á fin de que todos pudiesen contemplarla. Se arrodillaban á su paso, y la consideraban y la saludaban como al ángel tutelar del reino.

Mas ¿quién hubiera podido pensar que esta jóven, prodigio de inocencia y de piedad, hubiese podido ser igualmente un prodigio de sabiduría y de valor militar? ¡Cosa verdaderamente extraña! En esta larga revista de las mujeres más ilustres del Catolicismo, hemos admirado á la mujer católica en el trono, reinando con más gloria y más feliz éxito que los más ilustres príncipes. La Doncella de Orleans presenta en sí misma una cosa más admirable y más nueva aún, una jóven de diez y nueve años al frente de los ejércitos, poseyendo el genio de la guerra, realzándole con la prudencia de sus consejos y con la rapidez de su golpe de vista sobre los antiguos generales, y eclipsando la gloria de la ciencia de las armas, de la fortaleza y del valor de los más grandes capitanes y de los conquistadores más célebres. Ningun general obtuvo jamas, con medios tan débiles y en circunstancias tan difíciles, unos triunfos tan rápidos y tan brillantes.

Lo que más admiraba en ella era su actividad extraordinaria y los innumerables trabajos á que se dedicaba; porque desde la mañana hasta la noche permanecia á caballo y armada de todas armas. Generalmente, en todo el dia no comia más que un pedazo de pan, ni bebia más que algunas gotas de vino mezclado con agua. No podia explicarse de dónde tomaba tantas fuerzas, ó más bien, se veia claramente que las recibia de lo alto. El mundo no habia visto jamas una cosa semejante. Así se dice que Francia es el país de las singularidades y de los prodigios de todo género, y que el fenómeno único de una jóven de diez y nueve años, sencilla como un niño, pura como un ángel, fervorosa como un serafin, tierna y compasiva como una madre, y al mismo tiempo sábia como un anciano, instruida como un doctor, celosa como un apóstol, intrépida como un guerrero, terrible como un conquistador y grande como un héroe; este fenómeno, repito, no podia verse sino en Francia. Mas esto es un error; estas cualidades, que tan raro es ver reunidas en un sér humano, no son, sin embargo, contradictorias; por el contrario, ellas se concilian perfectamente en la mujer completamente pura y sólidamente piadosa, en la mujer llena del Espíritu de Dios, en la mujer verdaderamente católica. Una mujer tal es capaz de

todo, está á la altura de todo, y es apta para toda clase de negocios; ella puede, tanto como el hombre, y muchas veces más aún que el hombre, elevarse á toda especie de grandeza y obtener toda clase de gloria (1).

§ LIV.—Prosigue la historia de Juana de Arco.—Injusticia, única en el mundo, de su proceso.—Historia edificante de su martirio.—La Doncella, tan grande durante su vida, fué más grande aún en su muerte.

Desde que el Hijo de Dios no encontró más que la injusticia, la calumnia, el insulto, el oprobio, los tormentos y la muerte en los hombres á quienes habia venido á salvar, parece que este tratamiento es una ley para todo hombre que se ofrece por el hombre, y que todo verdadero apostolado concluye en el martirio. Pues bien, este sello del verdadero mérito y de la verdadera grandeza no faltó

(1) Un santo sacerdote de la diócesis de Spira, enviado expresamente á Francia por su obispo para ver y examinar de cerca lo que habia de verdad en lo que la fama publicaba por toda Europa respecto á las maravillas de Juana de Arco, en un documento que se conserva aún, hace justicia á la mision de la Doncella. Este documento es demasiado precioso y demasiado honorífico para nuestra heroína, lo mismo que para su sexo, para que nosotros renunciásemos al placer de insertarlo aquí íntegro: «La Francia, dice él, habiéndose perdido por una mujer (la hija de Cárlos VI de Francia, casada con el rey de Inglaterra), era justo que se salvase por una vírgen. El sexo femenino es humilde en sus miras y consagrado á Dios está lleno de dulzura y de compasion para con los afligidos; por eso Dios le ha concedido en nuestro tiempo una singular gracia para apartarnos del mal y dirigirnos al bien, no por el temor de su juicio, sino por el ardor de su amor. La Francia, demasiado confiada en su habilidad y en sus tesoros, se habia elevado hasta los astros, y al presente se halla abatida sobre su propio suelo; ella no puede levantarse por sus trabajos ni por la fuerza de sus armas. Á fin de que ella tema al Señor con todas sus fuerzas, y que reconozca á Aquel que siembra la paz, se ha dignado Dios tenderle la mano para levantarla. *La Doncella es una enviada del cielo, iluminada por Dios, como lo prueban su vida y sus actos.* Con frecuencia lava ella y purifica su conciencia en la santa *piscina* de la confesion y se fortalece en el espíritu de sabiduría, recibiendo el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Ella es humilde y modesta, detesta las usurpaciones hechas á los pobres y la opresion de los huérfanos. Ella es una vírgen de Dios, que sólo procura lo que es agradable á Él, á fin de permanecer pura en el espíritu, y conservar su alma y su cuerpo inviolables.» (Gnido Goërres. *Vie de Jeanne d'Arc.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que le suplicaban diese la vuelta á las ciudades, á fin de que todos pudiesen contemplarla. Se arrodillaban á su paso, y la consideraban y la saludaban como al ángel tutelar del reino.

Mas ¿quién hubiera podido pensar que esta jóven, prodigio de inocencia y de piedad, hubiese podido ser igualmente un prodigio de sabiduría y de valor militar? ¡Cosa verdaderamente extraña! En esta larga revista de las mujeres más ilustres del Catolicismo, hemos admirado á la mujer católica en el trono, reinando con más gloria y más feliz éxito que los más ilustres príncipes. La Doncella de Orleans presenta en sí misma una cosa más admirable y más nueva aún, una jóven de diez y nueve años al frente de los ejércitos, poseyendo el genio de la guerra, realzándole con la prudencia de sus consejos y con la rapidez de su golpe de vista sobre los antiguos generales, y eclipsando la gloria de la ciencia de las armas, de la fortaleza y del valor de los más grandes capitanes y de los conquistadores más célebres. Ningun general obtuvo jamas, con medios tan débiles y en circunstancias tan difíciles, unos triunfos tan rápidos y tan brillantes.

Lo que más admiraba en ella era su actividad extraordinaria y los innumerables trabajos á que se dedicaba; porque desde la mañana hasta la noche permanecia á caballo y armada de todas armas. Generalmente, en todo el dia no comia más que un pedazo de pan, ni bebia más que algunas gotas de vino mezclado con agua. No podia explicarse de dónde tomaba tantas fuerzas, ó más bien, se veia claramente que las recibia de lo alto. El mundo no habia visto jamas una cosa semejante. Así se dice que Francia es el país de las singularidades y de los prodigios de todo género, y que el fenómeno único de una jóven de diez y nueve años, sencilla como un niño, pura como un ángel, fervorosa como un serafin, tierna y compasiva como una madre, y al mismo tiempo sábia como un anciano, instruida como un doctor, celosa como un apóstol, intrépida como un guerrero, terrible como un conquistador y grande como un héroe; este fenómeno, repito, no podia verse sino en Francia. Mas esto es un error; estas cualidades, que tan raro es ver reunidas en un sér humano, no son, sin embargo, contradictorias; por el contrario, ellas se concilian perfectamente en la mujer completamente pura y sólidamente piadosa, en la mujer llena del Espíritu de Dios, en la mujer verdaderamente católica. Una mujer tal es capaz de

todo, está á la altura de todo, y es apta para toda clase de negocios; ella puede, tanto como el hombre, y muchas veces más aún que el hombre, elevarse á toda especie de grandeza y obtener toda clase de gloria (1).

§ LIV.—Prosigue la historia de Juana de Arco.—Injusticia, única en el mundo, de su proceso.—Historia edificante de su martirio.—La Doncella, tan grande durante su vida, fué más grande aún en su muerte.

Desde que el Hijo de Dios no encontró más que la injusticia, la calumnia, el insulto, el oprobio, los tormentos y la muerte en los hombres á quienes habia venido á salvar, parece que este tratamiento es una ley para todo hombre que se ofrece por el hombre, y que todo verdadero apostolado concluye en el martirio. Pues bien, este sello del verdadero mérito y de la verdadera grandeza no faltó

(1) Un santo sacerdote de la diócesis de Spira, enviado expresamente á Francia por su obispo para ver y examinar de cerca lo que habia de verdad en lo que la fama publicaba por toda Europa respecto á las maravillas de Juana de Arco, en un documento que se conserva aún, hace justicia á la mision de la Doncella. Este documento es demasiado precioso y demasiado honorífico para nuestra heroína, lo mismo que para su sexo, para que nosotros renunciásemos al placer de insertarlo aquí íntegro: «La Francia, dice él, habiéndose perdido por una mujer (la hija de Cárlos VI de Francia, casada con el rey de Inglaterra), era justo que se salvase por una vírgen. El sexo femenino es humilde en sus miras y consagrado á Dios está lleno de dulzura y de compasion para con los afligidos; por eso Dios le ha concedido en nuestro tiempo una singular gracia para apartarnos del mal y dirigirnos al bien, no por el temor de su juicio, sino por el ardor de su amor. La Francia, demasiado confiada en su habilidad y en sus tesoros, se habia elevado hasta los astros, y al presente se halla abatida sobre su propio suelo; ella no puede levantarse por sus trabajos ni por la fuerza de sus armas. Á fin de que ella tema al Señor con todas sus fuerzas, y que reconozca á Aquel que siembra la paz, se ha dignado Dios tenderle la mano para levantarla. *La Doncella es una enviada del cielo, iluminada por Dios, como lo prueban su vida y sus actos.* Con frecuencia lava ella y purifica su conciencia en la santa *piscina* de la confesion y se fortalece en el espíritu de sabiduría, recibiendo el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Ella es humilde y modesta, detesta las usurpaciones hechas á los pobres y la opresion de los huérfanos. Ella es una vírgen de Dios, que sólo procura lo que es agradable á Él, á fin de permanecer pura en el espíritu, y conservar su alma y su cuerpo inviolables.» (Gnido Goërres. *Vie de Jeanne d'Arc.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á la Doncella de Orleans, y el heroísmo de su muerte la elevó sobre el heroísmo de su vida. Los hombres parece que rivalizaron entónces en cobardía y en infamia, tanto como esta jóven se habia elevado sobre todos ellos por la nobleza de su carácter, por la fortaleza de su alma y por la grandeza de su valor.

Siendo Juana una mujer, habia respetado á su prisionero Talbot, general en jefe del ejército inglés, que, sin embargo, no era un héroe; y los ingleses de aquel tiempo no respetaron á su prisionera Juana de Arco, generala en jefe del ejército francés, que ademas era una verdadera heroína. El valor desgraciado reclama en su favor el respeto de parte del enemigo. El sajon de entónces no era el inglés de hoy, y conculcó, respecto á su ilustre prisionera, ese sentimiento, que el verdadero guerrero no olvida jamas, áun cuando llegue á olvidarlo el falso cristiano. Él no se acordó más que de las pérdidas que Juana le habia ocasionado, y de la afrenta que creia haber recibido por haber sido vencido en tantos encuentros por una mujer, y quiso vengarse de ella con el más horrible martirio y con la muerte de esta prodigiosa jóven, que reunia en sí todo cuanto el mundo ama, respeta y admira, y ante la cual áun los mismos salvajes se hubieran postrado para adorarla.

Mas no basta al sajon hacer morir á la heroica jóven, sino que queria imponerle una nota de infamia, á fin de impedir que la Francia la colocase entre sus glorias y la recordase con orgullo. Esto es lo que trató de hacer en el exceso de su innoble rabia. Despues de haberla llevado por espacio de seis meses de prision en prision, llenándola contínuamente de insultos y de dolores, la envió á Rouen y dió á Cauchon el encargo de acusarla y condenarla por sí mismo jurídicamente como hereje y hechicera. Él no se atrevió á calumniar sus costumbres. Él dejó este triste valor á un frances degenerado: ¡á Voltaire!

La encerraron en una gran torre de dicha ciudad, donde durante el dia tenía los piés en un cepo de hierro, que estaba unido, por una fuerte cadena y por medio de una cerradura, á un pesado madero. De noche estaba tambien atada con una cadena por las piernas y por otra cadena que la sujetaba por medio del cuerpo, de modo que no podia moverse de un sitio. Tal era su situacion en esta torre, segun la declaracion de muchos testigos oculares, citados por Lebrun Charmette. Pero ¡cosa admirable! esta jóven de

diez y nueve años, desarmada y encadenada, infundia todavía al sajon un terror profundo. Creyendo, pues, que todavía tenía ella demasiada libertad, imaginó otro medio de asegurar á su prisionera y de calmar sus propios temores. La hizo encerrar, como á una bestia feroz, en una jaula de hierro, donde, segun la declaracion jurídica del herrero Estéban Castillon, á quien se habia encargado esta jaula, la pobre jóven estaba atada por el cuello, por los piés y las manos, y en esta horrible posicion permaneció hasta que se abrió su proceso.

Pero en lo que ella sufrió más, fué en sus guardias, soldados sajones de la peor clase de la tropa. Ellos eran cinco, tres de los cuales permanecian siempre en su habitacion, y los otros á la puerta. Estos miserables se complacian en atormentarla de todas maneras. Ellos no la dejaban reposar ni áun de noche. Ellos la despertaban diciéndole: «Levántate, criminal; la hora de tu muerte ha llegado, y vienen por tí.» Una vez quisieron violarla, y no pudiendo Juana salvarse de otro modo de aquellos infames, se puso á dar unos gritos tan fuertes, que habiendo acudido el Conde de Warwick, y enterado de lo que sucedia, se compadeció de la oveja, y alejó de ella á los lobos, mudando la guardia. Otra vez dió ella una bofetada á un milord que queria ultrajarla. Así, pues, aquellos bravos guerreros que habian temblado ante la jóven en el campo de batalla, al verla encandenada, tuvieron el infame valor de querer saciar en ella sus brutales pasiones. Por esta razon sintió tanto ella dejar sus vestidos de hombre. Despues le hicieron los jueces un cargo de esta repugnancia, que no era otra cosa que una prueba más de su extremado celo por conservar su pudor.

En medio de este largo y horrible martirio, la jóven heroína no perdió jamas la paciencia. Ninguna queja jamas salió de su boca. Ninguna señal de ódio ni de rencor por la crueldad de sus verdugos salió jamas de su corazon, sino que, segun las declaraciones de los testigos, siempre tranquila y resignada, nunca desmintió su mansedumbre, y sólo buscó su fuerza y su consuelo en la oracion.

No nos proponemos seguir en este lugar la horrible serie de los crímenes y de las infamias de todo género que forman la sustancia del proceso y de la condenacion de este ángel de inocencia, de este prodigio de todas las virtudes. Incompetencia de los jueces, corrupcion y contradiccion de los testigos, perfidia é impudencia de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acusadores, falsificacion de los documentos, interpolacion de las piezas del proceso, negacion de toda especie de defensa á la acusada, ódio, mentira, calumnia, perjurio de parte de todos: nada faltó para hacer de él el proceso más injusto, más inícuo y más sacrílego, despues del que condenó al Hijo de Dios á la muerte de cruz. Nos limitarémos á consignar aquí que este cúmulo de crímenes, dirigido á hacer de Juana de Arco una gran criminal, sólo sirvió para testificar jurídicamente su inocencia, y para presentarla al mundo como una grande heroína y una grande santa.

Abandonada por todos sus amigos, despreciada por aquel cobarde rey á quien ella habia restituido el reino que habia perdido, atormentada por los tratamientos más crueles, abrumada de injurias, entregada por el nuevo confesor que le habian dado, el miserable apóstata Nicolas el Pajarero, que habia afirmado que Juana se habia confesado de crímenes de los que ella ignoraba áun el nombre; excluida, en fin, de los sacramentos de la Iglesia, sin asistencia, sin consejo, teniendo siempre á la vista las llamas de la hoguera con que se la amenazaba á cada pregunta, no por eso dejaba de presentarse con la mirada firme y llena de dignidad ante sus cobardes enemigos, que se habian hecho sus jueces; no por eso dejaba de cubrirlos de confusion, rompiendo con mano hábil el velo con que cubrian su perfidia; no por eso dejó de presentarse como una noble y portentosa figura, rodeada de toda la majestad de la virtud en la desgracia y de todos los atractivos de la inocencia perseguida. Cargada de cadenas ante un tribunal formado de tigres, en presencia de una muerte horrible, no por eso dejó de testificar la verdad de su mision divina y de profetizar á los ingleses la destruccion completa de su poder en Francia en un tiempo muy cercano, y el triunfo de la causa de la independencia nacional.

Jamas la pureza de su espíritu y la rectitud de su juicio se manifestaron mejor que en las preguntas difíciles con que trataban de confundirla, y que ella convertia en confusion de los mismos que se las dirigian. Juana de Arco habia encontrado unos Júdas en Juan de Luxemburgo y en el Duque de Borgoña, y encontró tambien un Caifas en el horrible Pontífice de Beauvais. Así es que éste le preguntó un dia: «¿Os hallais en estado de gracia?» ¡Pregunta pérfida! «Porque, decia él entre sí, si ella responde que no, está

ya declarada pecadora por su propia confesion; y si responde que sí, prueba por sí misma su falta de humildad, y por consiguiente, que es indigna de las revelaciones divinas, segun las cuales afirma haber obrado.» Con las mismas intenciones diabólicas habian preguntado á su divino Maestro, en el tribunal de Caifas, si era ó no el Hijo de Dios vivo. Pero con gran admiracion de todos, la Doncella no respondió *sí* ni *no*, y se evadió maravillosamente de la emboscada, con estas palabras llenas de humildad y de fervor, las únicas con que una verdadera cristiana podia responder á semejante pregunta: «¡Ay, Dios mio! dijo ella; ¿quién puede saber si se halla en estado de gracia ó de pecado? ¡Ay, si no me hallo en estado de gracia, dígnese Dios ponerme en él; y si me hallo, quiera Dios conservarme en él!» Un padre, un doctor de la Iglesia, no hubiera respondido mejor.

Le acriminan gravemente el haberse arrojado de la torre de Beaurevoir, y ella responde: «Yo no intenté quitarme la vida por ese acto, sino sólo librarme de las manos de mis mortales enemigos é ir á socorrer á los bravos guerreros de Compiegne. Sin embargo, reconozco que hice mal, y ya me he confesado de ello.»

Este era siempre su modo de responder: claro, breve, preciso, sin afectacion, sin impaciencia y sin jactancia. Todo revelaba en sus respuestas la firmeza de un espíritu sin temor, y la piedad y la seguridad de un alma penetrada de la justicia de su causa, y nada anunciaba en ella el rencor ni la exaltacion. El obispo de Demetriades, que asistia en su interrogatorio en clase de asesor, certificó despues que las respuestas de la Doncella, durante los largos debates de su proceso, fueron tan maravillosas, que él las miraba como inspiradas por Dios. En una ocasion un gran señor de Inglaterra, maravillado de oirla hablar con tanta calma, con tanta dulzura y con tanta sabiduría, exclamó: «En verdad que ésta es una doncella buena y honesta; ¡si ella fuese inglesa!» Este era todo su crímen y toda su herejía. Ella no era inglesa, sino francesa en el fondo de su alma y en la médula de sus huesos.

Pero ¡cosa extraña! al mismo tiempo que se le notificaba que iba á presentarse ante el tribunal por la última vez, se le notificaba tambien del modo más terminante que iba á ser ejecutada en aquel mismo dia. Por consiguiente, su suplicio habia sido decretado ántes que se pronunciase su sentencia. En efecto, en la misma

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gran plaza de Rouen, y junto al estrado donde estaban sentados los monstruos que debian juzgarla en presencia del pueblo, se encontraba ya dispuesta la hoguera donde debia ser quemada, y el verdugo no esperaba más que una señal para prenderle fuego.

Cuando se la hizo saber la horrible muerte que la esperaba, y que era por el crímen de herejía y de sacrilegio, ella, cuya fe estaba tan vírgen como su corazon y su cuerpo, se llenó de terror; su grande alma parece que se debilitó en presencia de tal suplicio y por una causa tal. Ella se sobrecogió de espanto y prorumpió en gritos y gemidos. Pero bien pronto volvió á tomar su antigua fortaleza, y el puro esplendor de su alma santa y sumisa á las disposiciones del cielo brilló al traves de sus hermosas lágrimas, como brilla el sol despues de la tormenta. Desde entónces, no pensando ya en la tierra, volvió su vista hácia el cielo. Ella no lloró sino para pedir el perdon de sus culpas y el auxilio de Dios en sus últimos momentos; ella se confesó con el piadoso padre L'Alvenu, y pidió con las más vivas instancias la sagrada comunion y la Extrema-Uncion, que le fueron concedidas con alguna dificultad (1). Le administraron el cuerpo adorable del Señor con gran pompa, acompañado de muchos cirios encendidos y cantando las letanías de los agonizantes. Juana recibió la sagrada Eucaristía con la mayor humildad y el más grande fervor.

Pocos instantes despues subió Juana en el lúgubre carro que debia conducirla al tribunal, ó más bien á la hoguera. El P. L'Alvenu, su confesor, y Juan Messieu, alguacil del tribunal, estaban sentados á su lado. Seiscientos ingleses, armados de espadas, de hachas y de lanzas, la escoltaban. En tanto que el cortejo fúnebre caminaba por las calles de Rouen hácia el lugar de la sentencia y del su-

(1) Es indudable que si Juana era, como lo pretendieron sus jueces, una *hereje obstinada, una hechicera, una idólatra, que habia incurrido en excomunion mayor, y que estaba separada de la comunion de la Iglesia*, no podia ser admitida á los sacramentos de la Iglesia. Luego por lo mismo que sus jueces le concedieron estos sacramentos y todos los auxilios y las gracias espirituales que ella pidió, confesaron la insuficiencia de los crímenes por que le quitaban la vida. De este modo dispuso Dios que la iniquidad se desmintiese públicamente á sí misma, y que la inocencia y la santidad de Juana de Arco fuese reconocida y atestiguada solemnemente por los mismos hombres que la condenaron, á fin de que su nombre pasase á la posteridad rodeado de una gloria sin tacha.

plicio, un hombre se abrió paso por entre la multitud de satélites de la infamia y de la crueldad, y se arrojó sobre el carro. Este hombre era Nicolas el Pajarero, uno de los Júdas de Juana, que le pedia perdon del mal que le habia causado, y gritaba en alta voz, como el antiguo Júdas: «He pecado, entregando una sangre inocente y justa»; y Juana le respondió: «Yo os perdono, y pido á Dios que Él os perdone tambien.» En seguida pidió una cruz para tenerla en la mano en el momento supremo; un inglés compasivo se apresuró á hacer una de madera, y se la entregó. Ella la tomó con alegría, la llenó de besos y de lágrimas, la colocó en su pecho, y prosiguió sus oraciones, en las que encomendaba en alta voz su alma á Dios y á los santos, y que causaban una emocion universal.

Llegada al tribunal donde la esperaban sus jueces, el indigno y criminal Cauchon, que lo presidia, leyó un horrible proceso, en que cada frase era una calumnia y cada palabra una blasfemia. Despues, sin atender á la reclamacion de la acusada, de que ella estaba sumisa á la Iglesia, y que queria ser juzgada por la cabeza de la Iglesia, pidió su parecer á los cómplices de su iniquidad; y habiendo respondido éstos *que Juana era culpable*, pronunció, sin más formalidades, una especie de sentencia, por la que declaró á *Juana de Arco hereje, relapsa, y por lo mismo separada, arrojada de la Iglesia y entregada al poder secular;* añadiendo el hipócrita: «Pero yo ruego á ese poder que modere su sentencia respecto á la culpable, y que no la imponga la muerte ni la mutilacion de miembros.» Pero esto fué más que una farsa sacrílega y una irrision amarga; porque al momento fué entregada, no al magistrado lego para que la juzgase, sino al verdugo para que la ejecutase (1).

No eran ciertamente hombres los que pudieron hacer quemar viva en su presencia á una jóven en quien la belleza del cuerpo es-

(1) Segun la jurisprudencia de aquel tiempo, en todo proceso de herejía, el tribunal eclesiástico no era más que una especie de jurado, que juzgaba únicamente del *hecho*, es decir, que el procesado era *hereje* y estaba *excomulgado;* al tribunal lego pertenecia seguir despues el proceso respecto al *derecho*, y examinar hasta qué punto habia violado el culpable las leyes del país y merecia la indulgencia, que el jurado eclesiástico imploraba siempre para él; al tribunal lego pertenecia tambien aplicar la pena y condenar. Pues bien, si con Juana de Arco se hubieran seguido estos trámites, tal vez Pilátos hu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba realzada por la pureza y la sublimidad del alma; porque ella dijo en alta voz al pueblo: «Todo cuanto yo he hecho, sea bueno ó malo, no debe atribuirse á mi rey. Yo le he consagrado el fruto de mis victorias, y no deseo para mí misma otra cosa que los sufrimientos y los ultrajes!» ¡Palabras heroicas! Jamas se ha mostrado súbdito alguno más sumiso á su soberano, ni persona humana se ha mostrado jamas tan grande. Ella habló tambien, diciendo: «¡Oh, vosotros los que estais presentes, cualesquiera que seais, amigos ó enemigos, franceses ó ingleses! en el nombre del Salvador moribundo, perdonadme las ofensas que pueda haberos hecho, así como yo perdono todas las injusticias cometidas contra mí. Yo me encomiendo á las oraciones de todos, y suplico á los sacerdotes del Señor que me hagan la caridad de decir una misa por el descanso de mi alma.» Estas piadosas y tiernas palabras, dirigidas á los miserables que, con la más negra injusticia y la crueldad más atroz, habian atormentado tanto su alma y martirizado su cuerpo, conmovieron todos los corazones, y áun sus enemigos y sus jueces mismos comenzaron á llorar y á sollozar. ¡Jamas obtuvo la inocencia más bello triunfo! En seguida rogó al P. L'Alvenu que llevase la gran cruz de la iglesia inmediata, y la tuviese constantemente elevada á su vista, para que ella pudiese verla hasta el último momento, y fortalecerse con la vista de la imágen del Salvador, muerto inocentemente en una cruz. Cuando se la llevaron, Juana abrazó con una singular alegría aquella imágen amada, y permaneció abrazada á ella hasta que los criados del verdugo la hicieron descender del tablado donde estaba. Algunos ingleses se precipitaron entónces sobre ella con furor y la arrastraron hácia la hoguera, y Juana exclamó: «¡Ay Rouen, Rouen, yo temo que tengas que sufrir mucho por mi muerte!» De este mismo modo, al subir su divino Maestro al Calvario, no se lamentó por su muerte, sino por Jerusalen, que se perdia al dársela! (Luc.)

biera sido ménos criminal y ménos injusto que Caifas, y no se hubiera atrevido á condenar á la noble y santa jóven á la pena del fuego. Mas este segundo juicio no tuvo lugar, y esta violacion atroz de la jurisprudencia vigente fué cometida en público; disponiéndolo Dios así, á fin de que fuese notorio que la Doncella, no sólo fué mal juzgada, sino que no fué juzgada en manera alguna; que fué condenada á muerte sin haber sido sentenciada por nadie, y que su muerte no fué otra cosa que un verdadero asesinato.

Cuando llegó al pié del altar de su sacrificio, le pusieron en la cabeza un gorro ignominioso, en el que se leian estas palabras: *Hereje, relapsa, apóstata, idólatra;* y Juana, sin quejarse por esta última afrenta, sólo interrumpió su silencio para exhortar á los franceses extraviados á volver al camino del deber.

Pero en su último momento fué cuando la Doncella se manifestó superior á su reputacion, y á la constancia que habia mostrado en las circunstancias más difíciles. La vista de la hoguera no la asustó más que el gran número de enemigos que habia vencido y puesto en fuga. Subió á ella, y se dejó atar á un madero con la misma intrepidez que habia mostrado cuando subia á los atrincheramientos de los enemigos de su patria. Ella juntó á la firmeza del héroe la paciencia y la mansedumbre del cristiano; ella miró la muerte como el fin de sus penas y el principio de su felicidad. Cuando el verdugo encendió las materias combustibles y Juana vió elevarse las llamas, exclamó en alta voz: «¡Jesus!» Porque tuvo miedo de que el santo religioso que permanecia á su lado para consolar su alma, no fuese envuelto tambien por las llamas, que le envolvian ya á ella, «bajad pronto, le dijo, yo os lo suplico; pero rociadme con agua bendita, continuad teniendo la cruz elevada á mi vista, y continuad tambien fortaleciéndome en alta voz desde léjos.» Despues invocó por la última vez el auxilio del arcángel San Miguel y de sus santos patronos, y dió gracias á Dios por las gracias con que le habia enriquecido, suplicándole que la recibiese en su gloria. Entre tanto, habiéndose apoderado el fuego de su cuerpo, inclinó su hermosa cabeza, exclamando con una voz bastante fuerte para ser oida de todos los que allí estaban: «¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus!» Y con Jesucristo y la patria en sus labios, como los habia tenido siempre en su corazon, espiró, uniendo á los laureles de los vencedores, la aureola de las vírgenes y la corona de los mártires. «Tal fué, dice su biógrafo aleman, Gnido Goëres, la muerte de la Doncella de Orleans. Así pereció la que se habia sacrificado por la Francia, y á quien el pueblo frances debe no haber sido borrado de la lista de las naciones independientes. Aunque cobardes hombres de la Iglesia, entregándola como Júdas y condenándola como Caifas, la condenaron á muerte, no por eso dejó de permanecer fiel á la Iglesia, sin imputarle las culpas de sus indignos ministros. Tampoco abjuró su patria, áun cuando la Universidad de París y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciertos jueces franceses la condenaron; y permaneció fiel á su rey, á pesar de la ingratitud con que él la habia abandonado!»

§ LV.—Glorificacion de Juana de Arco despues de su muerte.—Testimonio que sus mismos enemigos dictaron de su inocencia.—El mismo Dios vengó su muerte de una manera pública, con la muerte de sus jueces.—Juana de Arco, olvidada por su patria y por su rey, sólo fué rehabilitada por la Iglesia, que la proclamó *tres veces mártir*.—Criminalidad de Voltaire contra la Doncella.—Nota sobre su estatua en Orleans.—La Francia debe cuanto ella es á dos mujeres.—Influencia de la mujer católica, en general, sobre la civilizacion de los pueblos.—La caballería.—La mujer francesa en la ciudad y en la aldea.—Conclusion sobre las grandezas de la mujer católica en la Edad Media.

Jamas hubo un triunfo de mártir más completo. El grito cristiano con que Juana se despidió de la tierra y saludó al cielo penetró hasta los corazones más duros. Todos experimentaron una admiracion mezclada de terror al ver la jóven, en la flor de su edad, sufrir una muerte tan horrible con un valor tan heroico, con una generosidad tan sublíme y con una piedad tan ardiente. Al verla espirar el maestre Juan de la Espada, exclamó: «¡Ojalá estuviese mi alma en el mismo lugar en que yo creo que se halla en este momento el alma de esa jóven!»

Cerca de la hoguera estaba un inglés que, en su infernal brutalidad, se gloriaba de haber llevado con sus propias manos leña para quemar á *la maldita enemiga de su país*. Pero habiendo sido excitado por el grito de la noble víctima á mirarla, creyó ver una blanca paloma elevándose de las llamas hácia el cielo; á esta vista se llenó de tal terror, que cayó sin conocimiento, y que al momento que volvió en sí fué á confesarse, detestando, con lágrimas amargas, sus sentimientos de ódio á la santa jóven. Tressart, secretario del Rey de Inglaterra, con los ojos tristes y el semblante alterado, exclamó: «Somos perdidos, porque una santa acaba de ser quemada.» El verdugo mismo, acometido de una angustia inexplicable, se presentó el mismo dia como un desesperado al P. Martin, refiriéndole sus temores de que Dios no le perdonase el *haber ejecutado á una vírgen tan santa*. Muchos de los jueces declararon tambien el mismo dia que *Juana habia muerto como una santa por su rey*. El

pueblo, que no se engaña cuando se le deja discurrir por sí mismo, decia en alta voz: «El ódio del extranjero es quien la ha sacrificado; ella ha muerto víctima de su celo por la Francia. ¡Malditos todos los que han tomado parte en su muerte!» Finalmente, el mismo Cauchon se llenó de miedo; se apresuró á solicitar para él y para sus indignos cómplices cartas del Rey de Inglaterra, que prohibian se les citase con este motivo ante el Papa ó ante el Concilio; confesando por este solo hecho haber impedido que el proceso de la Doncella fuese examinado por un tribunal superior, y que este proceso adolecia de mala fe, de injusticia y de iniquidad.

Pero la escandalosa impunidad que un rey de la tierra concedió á aquellos grandes criminales, no pudo ponerlos al abrigo de la justa venganza del Rey del cielo. Poco tiempo despues, Guillermo Flavy, el primer traidor de Juana de Arco, murió ahogado en su lecho por su propia mujer. Su segundo traidor, Nicolas el Pajarero, acabó igualmente con una muerte repentina en una iglesia de Bale. Cauchon, que fué el alma de aquel infernal proceso, pereció miserablemente miéntras le afeitaban. El viceinquisidor Juan Maistre, que prostituyó su terrible ministerio, desapareció de entre los hombres sin que se pudiese saber jamas lo que fué de él. Miguel Midy, que habia insultado á Juana hasta el momento de su muerte, fué arrebatado por la lepra. Todos los demas jueces que habian tomado parte en aquella conspiracion contra la inocencia acabaron con una muerte trágica en el discurso del mismo año. El Duque de Bedfort, el gran perseguidor de Juana, murió devorado por la tristeza y por la vergüenza en el mismo castillo donde la habia hecho encerrar. Finalmente, Enrique VI, en cuyo nombre habia sido inmolada la Doncella, fué destronado dos veces, y despues de haber pasado su vida en el cautiverio, acabó su vida asesinado por órden del rey Eduardo, su primo. Es necesario confesar que jamas la Justicia divina ha vengado la inocencia, áun en este mundo, de una manera más sensible, más pronta ni más severa. De este modo se cumplió la profecía que Juana hizo á sus pretendidos jueces, diciéndoles: «Vosotros no me haréis morir, sin experimentar un gran daño en vuestro cuerpo y en vuestra alma.» Junto á la hoguera habia dicho Juana á los ingleses: «Ántes de seis años os será quitada una prenda mucho más importante aún que Orleans, y acabaréis por perderlo todo en Francia.» Esta prediccion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se verificó tambien con la misma exactitud. Precisamente en esta misma época cayó París en manos del Rey. Desde entónces los asuntos de Inglaterra en Francia fueron empeorando de dia en dia. Ellos perdieron sucesivamente la Picardía, la Guyena y todas las ciudades que allí poseian, y finalmente, la bandera blanca flotó sobre Calais, el último atrincheramiento de la dominacion inglesa en el suelo frances.

Ellos no tuvieron tampoco la triste satisfaccion de haber podido manchar para siempre con sus acusaciones y sus calumnias el honor de la víctima de su brutal rencor. Por un rasgo de inconcebible bajeza, Cárlos VIII olvidó aquella á quien debia su corona, y la Francia á aquella á quien debia la conservacion de su nacionalidad y de su independencia. Sólo la Iglesia no la olvidó, y la justicia que su patria le negó durante su vida le fué concedida por la Santa Sede despues de su muerte.

Por una órden formal del papa Calixto III al arzobispo de Reims y á los obispos de París y de Coutances, como tambien al gran inquisidor, el proceso de Juana de Arco fué revisádo por personas respetables por su dignidad y por su carácter, con la escrupulosidad más exquisita y la imparcialidad más severa. Ciento cincuenta testigos oculares de los hechos sobre que declararon, fueron examinados en Rouen, en Lyon, en Domremy, en Orleans y en París, y sus declaraciones se conservan aún en el dia de hoy. No contentos los jueces con haberse asociado un consejo de sabios durante el sumario, cuando este sumario se terminó sometieron todas las actas reunidas á otros sabios y á los juriconsultos más distinguidos, y sólo despues de una larga y madura deliberacion fué cuando declararon que *el antiguo proceso de Juana de Arco estaba lleno de errores de hecho y de derecho; que la sentencia era injusta, la ejecucion inícua, y sus jueces estaban excomulgados;* y cuando, en fin, el arzobispo de Reims pronunció la sentencia de rehabilitacion de la Doncella con la mayor solemnidad (1). Habiendo sido enviadas á Roma estas actas, el Soberano Pontífice creyó que debia confirmar, en

(1) Por lo dicho se ve lo que debe pensarse de Voltaire, que, en sus obras históricas y en un poema donde la obscenidad compite con la más execrable impiedad, procuró degradar y envilecer el noble carácter de aquella que salvó su país. Baldon y desprecio eterno á ese hombre, de espíritu sajon, de corazon ruso, del genio de un ángel y de la perversidad de un demonio, por haber

nombre de la Iglesia, la rehabilitacion que habia sido pronunciada en nombre de la Francia, y hacer tambien caer por su parte sobre los traidores y los verdugos de la inocente vírgen el baldon con que habian querido cubrir su nombre, y la proclamó *tres veces mártir*, afirmando que ella *habia muerto por la defensa de su religion, de su rey y de su patria.* (Fleury, *Hist.*) Loor, pues, á la Sede Apostólica, á ese tribunal incorruptible, á ese vengador de la inocencia, de la verdad y de la justicia en la tierra, por haber rehabilitado y honrado de ese modo á los ojos del universo esa heroica jóven, y por haber asegurado de este modo á la Francia una de sus más grandes glorias, y tal vez la más pura y la más legítima de ellas (1).

Así, pues, en el siglo VI una mujer, Santa Genoveva, hizo cesar la invasion de los bárbaros paganos en Francia, y en el siglo XV tambien una mujer, Juana de Arco, hizo cesar la dominacion de los bárbaros cristianos. Una mujer habia echado los cimientos de la nacionalidad francesa, y otra mujer aseguró para siempre su independencia. No es, pues, al hombre, sino á la mujer, á quien Francia debe lo que es. Pero no lo debe á la mujer mundana, á la mujer prostituta ni á la mujer filósofa, sino á la mujer pura, santa y perfecta, á la mujer católica.

osado infamar con su pluma sacrílega á Juana de Arco, el personaje más frances, más poético y más maravilloso que ha habido tal vez en la historia de la humanidad; y esto porque Juana fué una cristiana pura y fervorosa; porque Juana, la gloria y la salvacion de la Francia, fué tambien la gloria de su sexo y de la Iglesia. Si ella hubiera sido una mujer sin religion y sin costumbres, no hubiera dejado Voltaire de hacer de ella un héroe, segun acostumbraba. Ved aquí, pues, á Juana de Arco justificada y glorificada por el ódio mismo de Voltaire. No debia faltar ninguna especie de justificacion ni de gloria á aquella á quien no faltó ningun mérito ni ninguna virtud.

(1) Permítasenos expresar aquí la sorpresa, el disgusto y la indignacion que experimentamos al ver la estatua de Juana de Arco en Orleans. El pensamiento de ella es tan deplorable como su ejecucion. Es un modelo de fealdad y de contrasentido. Si se ha de creer al bronce, la Doncella era más bien una mujer vulgar, de figura innoble, de mirada sañuda, de aspecto furioso é inspirada por el infierno, que una vírgen pura, de facciones varoniles y graciosas al mismo tiempo, de un valor tranquilo, é inspirada por el cielo. No parece sino que el autor de esta horrible estatua fué el mismo sajon que la calumnió en vida ante los tribunales, y que quiso calumniarla tambien por el bronce despues de su muerte. Despues del crímen de Cauchon, que hizo de ella una hereje, y de Voltaire, que hizo de ella una prostituta, no conocemos otro crímen mayor que el del artista, que hizo de ella una furia. Franceses, apresuraos á deshacer ese oprobio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto mismo sucedió en los demas países de la Europa, en los que, como en Francia, miéntras que las santas reinas, inspirando con sus ejemplos la piedad cristiana á los príncipes, contribuian poderosamente á formar las monarquías cristianas; *las mujeres religiosas*, inspirando tambien con sus ejemplos el patriotismo cristiano á los pueblos, contribuyeron poderosamente á formar las naciones cristianas. No tenemos el tiempo necesario para entrar en más largos detalles sobre esta materia. Nos contentarémos, pues, con notar aquí, en general, que donde quiera que la mujer cristiana se presentaba entónces era la reformadora de las costumbres. Presidiendo los torneos, y aplaudiendo únicamente en ellos la justicia, la generosidad y el verdadero valor, alejaba de aquellos combates todo cuanto habia en ellos de inmoral y de feroz entre los paganos, y por su influencia la época de la caballería fué una época de civilizacion, cuya causa y cuya prueba era la mujer cristiana de aquel tiempo. Aquel respeto, aquella especie de culto que el caballero profesaba entónces á la mujer, era una prueba de que la civilizacion iba á penetrar en sus costumbres; porque no hay civilizacion sin el respeto á la mujer, y donde quiera que la mujer es oprimida se encuentra la barbarie. Por otra parte, el imperio que la mujer ejercia sobre el caballero no tenía otro objeto que el de mantenerlo en la senda del honor y del deber. Por consiguiente, la mujer cristiana fué quien formó el espíritu público y las costumbres sociales de los pueblos cristianos. Y si la Francia ha sido por tantos siglos el país más civilizado del mundo, es porque ha sido el país donde la mujer cristiana se ha mezclado en la religion y en la política, y donde ella ha desempeñado, en compañía del sacerdote, un papel serio é importante en los negocios públicos.

Bien sé que la aristocracia ha cometido algunas injusticias. No se le puede perdonar, por ejemplo, el haberse dejado arrastrar por la ambicion á las grandes capitales, donde se corrompia, gastando en ellas neciamente toda su fortuna, y dejando con frecuencia en ellas, más neciamente aún, su honor y su fe. Pero no es ménos cierto que, salvas algunas excepciones, el gran señor que permanecia en sus tierras, entre sus vasallos, acababa por hacerse el padre de ellos. No debemos olvidar que, especialmente en Francia, los paisanos de la heróica Vendée pelearon con igual heroísmo por el palacio y por la Iglesia. Esto sucedia porque las grandes señoras re-

primian por una parte el carácter brusco de sus esposos, y por otra habian convertido los palacios en asilos de los desgraciados. La mujer francesa (permítame que se lo diga con mi franqueza siciliana) no es ligera, pequeña, algo filósofa y áun loca, sino en París. En sus tierras ha sido siempre sábia, piadosa y grande; en ellas ha sido la madre de los pobres y el espejo de todas las virtudes del Evangelio.

Así, pues, la mujer verdaderamente católica, en el trono ó en las casas particulares, en el palacio ó en la choza, en medio del mundo ó separada de todos los lazos del siglo, vírgen ó casada, madre ó viuda, seglar ó religiosa, ha sido por espacio de diez siglos, siempre y en todas partes, grande, poderosa, admirable, prodigiosamente benéfica bajo el punto de vista político, lo mismo que bajo el punto de vista religioso. En efecto, ella fué quien defendió á los grandes Papas y formó los grandes soberanos, ella fué quien educó á los santos obispos é inspiró á los santos señores. Por ella consiguió el clero secular y regular edificar tantas iglesias, fundar tantos monasterios y cubrir el suelo de la Europa de tantos establecimientos piadosos y caritativos. Por ella ha destruido la Iglesia las herejías, ha propagado la verdad, ha difundido la ciencia, ha reformado las costumbres, ha infundido el Cristianismo en las masas, ha cristianizado los pueblos y ha civilizado el mundo.

Tal fué la mujer católica en la Edad Media. Ahora vamos á tratar de sus méritos y de sus grandezas en los tiempos modernos.

QUINTA Y ÚLTIMA ÉPOCA.

LOS TIEMPOS MODERNOS, Ó LA MUJER CATÓLICA REPARANDO Y CONTENIENDO LOS ESTRAGOS DEL PROTESTANTISMO Y DE LA FALSA FILOSOFÍA, Y MULTIPLICANDO LAS OBRAS DE RELIGION Y DE CARIDAD.

§ LVI. — Algunos detalles sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Grandes designos de Dios en este descubrimiento.—Gran piedad de Cristóbal Colon, y carácter eminentemente religioso de su expedicion.—Este gran acontecimiento se verificó tambien por el concurso generoso de la mujer católica, Isabel de España.

Semejante la Edad Media á una antorcha que, ántes de apagarse, esparce el más vivo resplandor, ántes de ir á dormir en el silencio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto mismo sucedió en los demas países de la Europa, en los que, como en Francia, miéntras que las santas reinas, inspirando con sus ejemplos la piedad cristiana á los príncipes, contribuian poderosamente á formar las monarquías cristianas; *las mujeres religiosas*, inspirando tambien con sus ejemplos el patriotismo cristiano á los pueblos, contribuyeron poderosamente á formar las naciones cristianas. No tenemos el tiempo necesario para entrar en más largos detalles sobre esta materia. Nos contentarémos, pues, con notar aquí, en general, que donde quiera que la mujer cristiana se presentaba entónces era la reformadora de las costumbres. Presidiendo los torneos, y aplaudiendo únicamente en ellos la justicia, la generosidad y el verdadero valor, alejaba de aquellos combates todo cuanto habia en ellos de inmoral y de feroz entre los paganos, y por su influencia la época de la caballería fué una época de civilizacion, cuya causa y cuya prueba era la mujer cristiana de aquel tiempo. Aquel respeto, aquella especie de culto que el caballero profesaba entónces á la mujer, era una prueba de que la civilizacion iba á penetrar en sus costumbres; porque no hay civilizacion sin el respeto á la mujer, y donde quiera que la mujer es oprimida se encuentra la barbarie. Por otra parte, el imperio que la mujer ejercia sobre el caballero no tenía otro objeto que el de mantenerlo en la senda del honor y del deber. Por consiguiente, la mujer cristiana fué quien formó el espíritu público y las costumbres sociales de los pueblos cristianos. Y si la Francia ha sido por tantos siglos el país más civilizado del mundo, es porque ha sido el país donde la mujer cristiana se ha mezclado en la religion y en la política, y donde ella ha desempeñado, en compañía del sacerdote, un papel serio é importante en los negocios públicos.

Bien sé que la aristocracia ha cometido algunas injusticias. No se le puede perdonar, por ejemplo, el haberse dejado arrastrar por la ambicion á las grandes capitales, donde se corrompia, gastando en ellas neciamente toda su fortuna, y dejando con frecuencia en ellas, más neciamente aún, su honor y su fe. Pero no es ménos cierto que, salvas algunas excepciones, el gran señor que permanecia en sus tierras, entre sus vasallos, acababa por hacerse el padre de ellos. No debemos olvidar que, especialmente en Francia, los paisanos de la heróica Vendée pelearon con igual heroísmo por el palacio y por la Iglesia. Esto sucedia porque las grandes señoras re-

primian por una parte el carácter brusco de sus esposos, y por otra habian convertido los palacios en asilos de los desgraciados. La mujer francesa (permítame que se lo diga con mi franqueza siciliana) no es ligera, pequeña, algo filósofa y áun loca, sino en París. En sus tierras ha sido siempre sábia, piadosa y grande; en ellas ha sido la madre de los pobres y el espejo de todas las virtudes del Evangelio.

Así, pues, la mujer verdaderamente católica, en el trono ó en las casas particulares, en el palacio ó en la choza, en medio del mundo ó separada de todos los lazos del siglo, vírgen ó casada, madre ó viuda, seglar ó religiosa, ha sido por espacio de diez siglos, siempre y en todas partes, grande, poderosa, admirable, prodigiosamente benéfica bajo el punto de vista político, lo mismo que bajo el punto de vista religioso. En efecto, ella fué quien defendió á los grandes Papas y formó los grandes soberanos, ella fué quien educó á los santos obispos é inspiró á los santos señores. Por ella consiguió el clero secular y regular edificar tantas iglesias, fundar tantos monasterios y cubrir el suelo de la Europa de tantos establecimientos piadosos y caritativos. Por ella ha destruido la Iglesia las herejías, ha propagado la verdad, ha difundido la ciencia, ha reformado las costumbres, ha infundido el Cristianismo en las masas, ha cristianizado los pueblos y ha civilizado el mundo.

Tal fué la mujer católica en la Edad Media. Ahora vamos á tratar de sus méritos y de sus grandezas en los tiempos modernos.

QUINTA Y ÚLTIMA ÉPOCA.

LOS TIEMPOS MODERNOS, Ó LA MUJER CATÓLICA REPARANDO Y CONTENIENDO LOS ESTRAGOS DEL PROTESTANTISMO Y DE LA FALSA FILOSOFÍA, Y MULTIPLICANDO LAS OBRAS DE RELIGION Y DE CARIDAD.

§ LVI. — Algunos detalles sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Grandes designos de Dios en este descubrimiento.—Gran piedad de Cristóbal Colon, y carácter eminentemente religioso de su expedicion.—Este gran acontecimiento se verificó tambien por el concurso generoso de la mujer católica, Isabel de España.

Semejante la Edad Media á una antorcha que, ántes de apagarse, esparce el más vivo resplandor, ántes de ir á dormir en el silencio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la eternidad, habia señalado su fin con las más grandes, las más fecundas y las más luminosas de todas las invenciones del genio del hombre: la brújula, la pólvora y la imprenta, de las cuales la primera, como ya hemos dicho, le dió el imperio de los mares; la segunda, el imperio de la guerra, y la tercera, el imperio de las inteligencias. En efecto, con el auxilio de la brújula y de la pólvora el mundo antiguo descubrió y conquistó el Nuevo Mundo.

Mas este descubrimiento, el más grande, el más fecundo y el más importante de todos los acontecimientos que desde el establecimiento del Cristianismo se han verificado en el mundo, y que cambió la faz del mundo, lo realizó Cristóbal Colon, el hombre más grande de los tiempos modernos, por el concurso de Isabel la Católica, á quien Donoso Cortés llama, con mucha razon, *la reina más ilustre, la mujer más notable de España, tan famosa en todas las naciones por sus mujeres notables y sus reinas ilustres* (*Essai*, etc., lib. II, capítulo VIII).

Los filósofos, *espíritus fuertes*, de aquel tiempo, estúpidos como en todos tiempos, é incapaces de comprender nada sublime y grande, sólo vieron en el proyecto de Colon el desvarío de una imaginacion demente; los reyes sólo vieron en ella una gigantesca imposibilidad; los hombres más indulgentes y más discretos sólo vieron en ella una temeridad fuera de toda proporcion. Así fué que Colon, despues de ocho años de solicitudes infructuosas, acompañadas de disgustos y de decepciones sin número en Italia, en Portugal, en Inglaterra, en Francia y áun en la misma España, ante el Rey de Castilla, desesperando de poder encontrar un espíritu bastante elevado para comprenderle y un poder bastante generoso para secundar sus designios, rechazado por unos y ridiculizado por otros, iba ya á volverse á Italia y á abandonar definitivamente la grande idea de descubrir un nuevo mundo, que habia formado el objeto de las meditaciones, de las preocupaciones y de las esperanzas de toda su vida.

Mas los grandes pensamientos del hombre, como la misma sabiduría pagana lo reconoció, no son otra cosa que una inspiracion del espíritu de Dios: *Nemo unquam, sine aliquo afflatu divino, magnus vir fuit* (Cicer). Así, pues, el Espíritu de Dios no permitió que el gran pensamiento que habia inspirado á Cristóbal Colon, de descubrir un nuevo mundo, se desvaneciese en la nada de las quimeras de la imaginacion humana, y dispuso que ciertas almas piadosas y llenas de fe fuesen las únicas que comprendiesen toda la importancia y toda la grandeza de un proyecto que no habia comprendido la ciencia ni la política.

En primer lugar, un santo religioso, el P. Juan Perez, prior de Prado, fué quien exhortó á Colon, abatido por tantos obstáculos, á que tuviese ánimo y á que demorase su vuelta á Italia hasta que él hablase á la Reina. En segundo lugar, el piadoso y rico señor Luis de San-Ángel, sabiendo que el tesoro Real estaba exhausto á causa de los gastos ocasionados por la guerra contra los moros, puso á disposicion de Colon y de la Reina toda su fortuna. Finalmente, esta misma Reina, tan notable por el fervor de su religion como por sus talentos de hombre de Estado, una vez allanada la dificultad material de la falta de dinero, abrazó con entusiasmo el proyecto del intrépido navegante y no dudó un solo momento de su venturoso resultado. En prueba de esto mandó al momento á su secretario de Estado, Juan de Colonia, que expidiese en favor de Colon un despacho en el que se le declaraba *gran almirante del Océano y virey de la tierra firme y de las islas que iba á descubrir;* ella dió al momento todo cuanto tenía de más valor, y proporcionó los objetos del culto y todo lo demas necesario para la expedicion. Así fué que el dia 7 de Setiembre de 1498, esta memorable expedicion, compuesta de tres naves, con la cruz enarbolada en el palo mayor de la nave almirante, á la que Cristóbal habia puesto por nombre *Santa María*, se dió á la vela, en el nombre de Dios y de la *Santa Vírgen Inmaculada*, para ir á conquistar, no tanto nuevos dominios para España, cuanto nuevos pueblos para la fe de Jesucristo.

En efecto, el descubrimiento del Nuevo Mundo, no tanto fué un acontecimiento político como un acontecimiento religioso; y porque fué un acontecimiento esencialmente religioso, fué tambien un acontecimiento inmensamente político, supuesto que todo gran acontecimiento político tiene en la religion su razon y su fundamento, y no es otra cosa que un reflejo de un pensamiento religioso. La causa de esto fué que, en el órden providencial, habia llegado el *tiempo de la misericordia divina*, en que tantas naciones bárbaras, *sentadas* por tantos siglos en las tinieblas *y en la sombra de la muerte*, debian abrir los ojos á la luz del Evangelio.

Efectivamente, tres veces rebelada la tripulacion de las naves

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mandadas por Colon, quiso arrojarlo á la mar; tres veces quisieron los marineros volverse atras; pero los vientos, constantemente contrarios, los obligaron, á su pesar, á seguir adelante. Una mano invisible empujaba aquella flota, encargada de la salvacion de tantos millones de almas; y como todos los cálculos y las previsiones humanas, el descubrimiento del Nuevo Mundo se hizo tan sólo en treinta y cinco dias de navegacion, que en aquel tiempo apénas bastaban para atravesar la Francia.

El dia 11 de Octubre soplaba el viento con desigualdad. Esta circunstancia hizo conocer al gran marino que la tierra no podia estar léjos. Todos se reunieron como de ordinario para hacer la oracion de la tarde. Cuando ésta se acabó, Cristóbal, tan piadoso cristiano como gran capitan, dijo á toda su gente: «Dad gracias á Dios por el favor que os ha concedido en haberos conservado durante un viaje tan largo y tan peligroso. Los indicios de tierra son cada vez más ciertos; velad con cuidado durante la noche, y la veréis al apuntar el dia.» Todos esperaban el dia con una impaciencia fácil de imaginar. Todos se agrupaban á los costados de las naves, deseando cada cual ser el primero en contemplar aquella tierra, por la que tanto habian suspirado, y que la mayor parte de la tripulacion habia desesperado de ver jamas.

En fin, ella se mostró al apuntar el dia, y todos gozaron del espectáculo de unas colinas revestidas de la vegetacion más rica y más brillante. Las tres naves se dirigieron hácia ella al apuntar el sol. La *Pinta*, que era la que iba delante, entonó el *Te Deum*, que, á una señal dada por el héroe cristiano, fué acompañado por la gente de las otras naves, derramando lágrimas de gozo y de reconocimiento. ¡Esta era acaso la primera vez, despues de millares de años, que aquellos aires resonaban con las alabanzas del Criador y de su Hijo, el Salvador de los hombres! Al mismo tiempo todos los marineros se arrojaron á los piés de Colon y le pidieron perdon por los disgustos que le habian causado. Colon los estrechó á todos, uno á uno, contra su corazon, y esta fué la única venganza que tomó de su conducta insolente y de sus proyectos siniestros para con él. Habiendo anclado las naves en una bahía de la primera de las islas Lucayas, todos permanecieron á bordo, esperando que Colon fuese el primero que descendiese á tierra. Á él le pertenecia ser el primero que imprimiese las huellas de un pié cristiano en el

Nuevo Mundo, que su fe, su valor y su constancia acababan de descubrir. Él estaba ricamente vestido, y con la espada desnuda en la mano. Él se arrodilló con lágrimas en los ojos; él enarboló por primera vez, entre las banderas de España, una cruz en aquella tierra, desolada por la supersticion; él besó aquella tierra; él adoró y dió gracias á Dios, y todos los que le habian seguido hicieron lo mismo. Las miradas de todos se dirigian á él; todos le contemplaban con una admiracion de ternura y con un respeto religioso. Todos creian leer en su noble frente los pensamientos sublimes que ocupaban entónces su gran entendimiento, y los sentimientos piadosos que agitaban su gran corazon. Él se levantó, y con ese aire de majestad, de autoridad, de poder y de profecía, que es propio de los grandes hombres del Cristianismo, exclamó: «*En el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios, y de sus fieles siervos Isabel y Fernando, tomo posesion de este Nuevo Mundo; yo pongo por nombre á esta isla* San Salvador, *para indicar que desde ahora, lo mismo esta tierra que todas nuestras conquistas futuras serán consagradas al Salvador de los hombres.*» La segunda isla que reconoció la llamó la *Concepcion*, la tercera *Isabel* y la cuarta *Fernandina*. Así, pues, tan modesto como grande, absorto en el pensamiento del Dios Salvador y su Santísima Madre, sus Señores del cielo, y de Isabel y Fernando, sus señores de la tierra, se olvidó absolutamente de sí mismo.

Su regreso y su arribo á España, á los ocho meses de haber salido de ella, fué un verdadero triunfo. En todas las ciudades que atravesaba de camino para la córte era recibido con repique de campanas; todas las ciudades le salian al encuentro á larga distancia; los pueblos se arrodillaban á su paso. Pero el personaje que más se alegró de su regreso fué Isabel. Á ella le pertenecia honrar más que todos al héroe, á quien habia comprendido más bien que todos, y sostenido y ayudado, contra el parecer de todos. Ella quiso recibir á Colon con los más grandes honores. Sentada en su trono, con el rey á su derecha y rodeada de todos los grandes de España y los dignatarios de la Corona, cuando Colon se presentó en la sala, se levantó ella, lo mismo que su esposo, y con los ojos radiantes de gozo é inundados de lágrimas, parecia que queria abrazar al grande hombre, y no se sentó sino despues que Colon, por su órden, se cubrió como un grande de España y se sentó el primero en un sillon que se le habia preparado expresamente delante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del trono. Los indios que él habia traido del Nuevo Mundo habian conservado sus vestidos, y permanecieron de pié cargados de objetos preciosos y de producciones raras de aquel rico suelo, como triunfos vivientes de la conquista pacífica del Alejandro moderno. Colon dió cuenta de su gloriosa expedicion con el acento de la mayor modestia, atribuyendo sólo á Dios y á SS. MM. Católicas el feliz resultado de ella. Todos le escuchaban con un silencio y un interes sin igual. Terminada su relacion, la grande y piadosa Reina descendió del trono y se postró con la faz contra la tierra, adorando y dando gracias al Señor; y levantándose despues, entonó el cántico del reconocimiento cristiano, que fué acompañado por toda la córte, y la sala resonó largo tiempo con las afectuosas aclamaciones al hombre que Dios habia hecho tan grande, y que acababa de engrandecer á su vez la Corona y la nacion española.

Observemos tambien que en aquel siglo iba á nacer el más orgulloso, el más impudente y el más furioso de los heresiarcas Lutero, y que una gran parte de la Europa, extraviada y arrastrada por su apostolado satánico (el mismo Lutero se confesó inspirado y aconsejado por Satanas), de todos los errores, apoyándose en todas las pasiones, se iba á rebelar contra la Iglesia y á salir del gremio de la Iglesia. Por consiguiente, Dios, que se complace en hacer que nazca al lado del mal el remedio que debe neutralizarlo, y en reparar con nuevas conquistas y nuevas glorias las pérdidas de la Iglesia, quiso indemnizar á la Iglesia con el descubrimiento del Nuevo Mundo, de tantos pueblos como la habian de abandonar en el mundo antiguo, y abrir á los hombres llenos del Espíritu Santo campos inmensos donde hacer conversiones, al mismo tiempo que el genio del mal abria á los hombres llenos del espíritu del infierno vastos campos donde hacer apostasías; porque es indudable que los misioneros de la verdad en América han dado á la Iglesia mayor número de católicos que los misioneros del errror le han arrebatado en Europa, y que Colon concibió su proyecto del descubrimiento del Nuevo Mundo el mismo año en que nació Lutero. Serán, pues, tan ciegos como impíos los que no quieran ver en la coincidencia tan exacta de estas circunstancias más que la obra del acaso y de las pasiones, en lugar de ver la conducta admirable de la Providencia y la armonía de los profundos designios de Dios. Finalmente, ¿se puede concebir que un hombre pudiese obstinarse

con tanta tenacidad, y empeñarse con una abnegacion tan completa de su honor y de su vida en una empresa tan peligrosa, é ir á buscar al traves del inmenso Océano nuevos continentes, cuya existencia nadie se la aseguraba, á no ser que se le suponga impelido por un instinto profético y animado por esa confianza que en Dios es la única que hace al hombre arrostrar todos los peligros y hacerse superior á sí mismo? (1).

Así, pues, nada nos impide mirar á Cristóbal Colon como el primero y el verdadero misionero de los pueblos del Nuevo Mundo,

(1) La *Historia verdadera de Cristóbal Colon*, que publica en estos momentos el sabio y celoso escritor católico M. Roselly de Lorgues, va á probar al mundo con documentos irrecusables que este grande hombre era ante todo un gran cristiano y un gran santo, y que porque fué un gran santo y un gran cristiano fué tambien un grande hombre. En su pensamiento, el objeto de su inmensa empresa no era el de añadir nuevos florones á la corona de un rey de la tierra, sino el de extender en la tierra el imperio del Rey del cielo. Se sabe, en efecto, que, no con los cosmógrafos ni con los grandes navegantes, sino con su suegra, mujer muy piadosa, era con quien hablaba frecuentemente de su proyecto favorito, de su idea colosal, y que por sus frecuentes conversaciones que tuvo con ella sobre este proyecto, fué por lo que se afirmó en él y lo creyó fundado, como inspirado por Dios (De Tou., *Hist.*, lib. 1). Esta matrona era la viuda del famoso Peristiello, que habia descubierto las islas de la Madera y de Porto-Santo; y ella recordaba con un santo gozo, y daba continuamente por ello gracias á Dios, que su esposo tuvo el honor y la dicha, al descubrir aquellas islas, de servir de instrumento á la misericordia de Dios para con sus habitantes, que, de idólatras que eran, habian abrazado todos el Cristianismo. Excitado por tal ejemplo y por tales discursos, quiso Colon participar, en mayor escala, del mismo honor y de la misma dicha.

Monsieur Roselly de Lorgues va á referir tambien, á propósito de Colon, el hecho siguiente, capaz por sí solo de convencernos de que Colon era un hombre de fe, que la vanidad y el interes personal no entraron para nada en su memorable empresa y que él buscó la gloria de Dios más bien que su propia gloria. Despues de treinta y cuatro dias de una navegacion penosa, durante la que corrió su vida tantos riesgos, hallándose al fin á vista de la nueva tierra que habia ido á buscar á traves de tantos trabajos y tantos dolores, se vió sorprendido por un huracan tan fuerte, que la memoria de los hombres no habia conocido jamas otro semejante, y que cayendo con una horrible violencia sobre sus naves, las iba á sumergir. Los mástiles se habian roto, las velas se habian destrozado y todo anunciaba un naufragio inevitable. En medio de los gritos desesperados de los marineros aterrados, en medio del abatimiento y la afliccion de todos, Colon no perdió su serenidad ni su valor; y no viendo otra cosa en aquella tempestad repentina y de un género absoluta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, por medio de su heroica empresa, recibieron el beneficio de la fe. Pero, como ya hemos visto, Colon sólo encontró el espíritu de una mujer capaz de leer su propio espíritu y de ver en él lo que el espíritu de ningun hombre habia visto; Colon sólo encontró en el corazon de una reina los auxilios y los socorros necesarios á su grande mision, que tantos Reyes le habian negado. Y en verdad que la gran mujer, la gran reina, que la Historia designa con el bello y glorioso título de *Isabel la Católica*, era la única digna de comprender el pensamiento tan católico de Colon y de ayudarle á realizarlo. Nada, pues, nos impide de considerar tambien á esta sublime matrona como el misionero y el apóstol del Nuevo Mundo. Se ve, pues, que el más grande acontecimiento que cerró la Edad Media, y dió principio á la nueva época de los tiempos modernos, fué imaginado por un gran hombre y realizado por el concurso de una gran mujer. De este modo la mujer católica, en la persona de Isabel la Católica, contribuyó al principio de los tiempos modernos, lo mismo que lo ha hecho siempre, á la propagacion del Catolicismo. Esto consiste en que en cuanto concierne al Catolicismo, la mujer católica, por su instinto de fe y por su corazon, discurre mejor que el hombre con las luces de su ciencia y de su entendimiento.

mente nuevo, que los últimos esfuerzos de Satanas para impedirle que fuese á destruir su antiguo imperio en aquellas comarcas, dijo á su gente: «Nada temais; vais á ver que esto concluye al momento.» Y sacando su espada, con el tono majestuoso é imponente de la voz de Dios, que le inspiraba, dijo: «En el nombre de Dios, Redentor y Señor del universo, te mando, Satanas, que te retires y me dejes el paso libre, para que vaya á enarbolar su cruz en esas tierras.» Al mismo tiempo que pronunció estas palabras hizo con su espada tres grandes cruces sobre la horrorosa nube que iba á sumergir sus naves, y en el instante mismo el viento cesó como por encanto, el mar se apaciguó, la borrasca desapareció y el tiempo se serenó completamente, de modo que pudo arribar á las islas y tomar posesion de ellas.

§ LVII.—Prosiguen las grandezas de Isabel la Católica.—Fernando, su esposo, no era otra cosa que el ejecutor de sus grandes pensamientos.—Sus cualidades militares en la guerra contra los moros, á quienes arrojó de toda España.—Retrato del cardenal Jimenez de Cisnéros.—Lo que la España y la Europa deben á Isabel por haber conocido y hecho valer á este hombre extraordinario.—Los tres hombres más grandes de la época sostenidos por ella y menospreciados por el rey Fernando.—La conquista de Oran, y su importancia.—Magnífico retrato que muchos grandes historiadores han hecho del alma sublime y santa de *Isabel la Católica*.

Pero su cooperacion al descubrimiento del Nuevo Mundo no es el único mérito que recomienda altamente á Isabel la Católica al reconocimiento del Catolicismo, de la Iglesia, de España, de Europa y del mundo entero.

Ya hemos visto que en la época de los emperadores, y más aún en la Edad Media, los reinados de la mujer católica eclipsaron la gloria y el esplendor de los más grandes reinados de los hombres. Lo mismo ha sucedido en los tiempos modernos. El reinado más fuerte, más poderoso y más glorioso de estos tiempos ha sido ciertamente el de los Príncipes de España á fines del siglo XV y á principios del siglo XVI; y este reinado fué tan grande y tan admirable por la piedad y el genio de una mujer: Isabel la Católica.

Fernando V, su esposo, era hijo de Juan II, rey de Aragon, é Isabel era hija única de Juan II, rey de Castilla. Su matrimonio, por consiguiente, reunió los Estados de Aragon á los de Castilla, pero sin confundirlos. Fernando é Isabel estaban íntimamente unidos como esposos, pero como príncipes gobernaban separadamente los dos reinos. Pero habiéndose manifestado despues en todo su esplendor el genio gubernamental de Isabel por el modo con que gobernaba sus pueblos, conoció Fernando que no podia hacer cosa mejor que seguir la gran política de su admirable esposa en el gobierno de sus propios Estados; y bien pronto los dos reinos no formaron más que uno solo, en el que no hubo más que un solo soberano, de derecho y de hecho, que fué Isabel. Todas las empresas que ilustraron el reinado de estos príncipes fueron pensamientos magníficos del sublime talento de esta gran matrona, y se llevaron á efecto por su direccion, por su firmeza y por su valor.

Fernando no tenia más que la ejecucion, é Isabel era quien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, por medio de su heroica empresa, recibieron el beneficio de la fe. Pero, como ya hemos visto, Colon sólo encontró el espíritu de una mujer capaz de leer su propio espíritu y de ver en él lo que el espíritu de ningun hombre habia visto; Colon sólo encontró en el corazon de una reina los auxilios y los socorros necesarios á su grande mision, que tantos Reyes le habian negado. Y en verdad que la gran mujer, la gran reina, que la Historia designa con el bello y glorioso título de *Isabel la Católica*, era la única digna de comprender el pensamiento tan católico de Colon y de ayudarle á realizarlo. Nada, pues, nos impide de considerar tambien á esta sublime matrona como el misionero y el apóstol del Nuevo Mundo. Se ve, pues, que el más grande acontecimiento que cerró la Edad Media, y dió principio á la nueva época de los tiempos modernos, fué imaginado por un gran hombre y realizado por el concurso de una gran mujer. De este modo la mujer católica, en la persona de Isabel la Católica, contribuyó al principio de los tiempos modernos, lo mismo que lo ha hecho siempre, á la propagacion del Catolicismo. Esto consiste en que en cuanto concierne al Catolicismo, la mujer católica, por su instinto de fe y por su corazon, discurre mejor que el hombre con las luces de su ciencia y de su entendimiento.

mente nuevo, que los últimos esfuerzos de Satanas para impedirle que fuese á destruir su antiguo imperio en aquellas comarcas, dijo á su gente: «Nada temais; vais á ver que esto concluye al momento.» Y sacando su espada, con el tono majestuoso é imponente de la voz de Dios, que le inspiraba, dijo: «En el nombre de Dios, Redentor y Señor del universo, te mando, Satanas, que te retires y me dejes el paso libre, para que vaya á enarbolar su cruz en esas tierras.» Al mismo tiempo que pronunció estas palabras hizo con su espada tres grandes cruces sobre la horrorosa nube que iba á sumergir sus naves, y en el instante mismo el viento cesó como por encanto, el mar se apaciguó, la borrasca desapareció y el tiempo se serenó completamente, de modo que pudo arribar á las islas y tomar posesion de ellas.

§ LVII.—Prosiguen las grandezas de Isabel la Católica.—Fernando, su esposo, no era otra cosa que el ejecutor de sus grandes pensamientos.—Sus cualidades militares en la guerra contra los moros, á quienes arrojó de toda España.—Retrato del cardenal Jimenez de Cisnéros.—Lo que la España y la Europa deben á Isabel por haber conocido y hecho valer á este hombre extraordinario.—Los tres hombres más grandes de la época sostenidos por ella y menospreciados por el rey Fernando.—La conquista de Oran, y su importancia.—Magnífico retrato que muchos grandes historiadores han hecho del alma sublime y santa de *Isabel la Católica*.

Pero su cooperacion al descubrimiento del Nuevo Mundo no es el único mérito que recomienda altamente á Isabel la Católica al reconocimiento del Catolicismo, de la Iglesia, de España, de Europa y del mundo entero.

Ya hemos visto que en la época de los emperadores, y más aún en la Edad Media, los reinados de la mujer católica eclipsaron la gloria y el esplendor de los más grandes reinados de los hombres. Lo mismo ha sucedido en los tiempos modernos. El reinado más fuerte, más poderoso y más glorioso de estos tiempos ha sido ciertamente el de los Príncipes de España á fines del siglo XV y á principios del siglo XVI; y este reinado fué tan grande y tan admirable por la piedad y el genio de una mujer: Isabel la Católica.

Fernando V, su esposo, era hijo de Juan II, rey de Aragon, é Isabel era hija única de Juan II, rey de Castilla. Su matrimonio, por consiguiente, reunió los Estados de Aragon á los de Castilla, pero sin confundirlos. Fernando é Isabel estaban íntimamente unidos como esposos, pero como príncipes gobernaban separadamente los dos reinos. Pero habiéndose manifestado despues en todo su esplendor el genio gubernamental de Isabel por el modo con que gobernaba sus pueblos, conoció Fernando que no podia hacer cosa mejor que seguir la gran política de su admirable esposa en el gobierno de sus propios Estados; y bien pronto los dos reinos no formaron más que uno solo, en el que no hubo más que un solo soberano, de derecho y de hecho, que fué Isabel. Todas las empresas que ilustraron el reinado de estos príncipes fueron pensamientos magníficos del sublime talento de esta gran matrona, y se llevaron á efecto por su direccion, por su firmeza y por su valor.

Fernando no tenia más que la ejecucion, é Isabel era quien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

daba la idea; Fernando era la mano derecha, la espada del reino; pero Isabel era la cabeza, el alma y el consejo de él. Hubiérase dicho que Fernando era la mujer, la Reina de aquella gloriosa monarquía, y que Isabel era el hombre, el Rey de ella. Despues del gran Recaredo, á Fernando es á quien más debe la España; porque si Recaredo fué el fundador, Fernando fué el restaurador y el salvador de la monarquía y de la nacionalidad católica de este grande é interesante país; y si Recaredo lo libró del yugo de los arrianos, que lo habian oprimido por espacio de ciento ochenta años, Fernando lo libró del yugo de los sarracenos, que lo habian asolado por espacio de ocho siglos. Pero así como á las inspiraciones de su santa mujer debió Recaredo sus glorias y sus triunfos sobre la herejía, de la misma manera, y áun mucho más, á la elevada inteligencia y al gran corazon de Isabel debió Fernando los suyos sobre el mahometismo.

Los sarracenos, combatidos constantemente, por espacio de ocho siglos, por todos los soberanos católicos de España, desde Pelayo I, no poseian en ella más que el reino de Granada; pero la posesion de esta provincia los hacia dueños absolutos de todo el mediodía de la Península y enemigos formidables del resto de ella. Con la ayuda de un gran número de apóstatas y de renegados que acudian de todas partes á Granada á escudarse con la sombra de la média luna, los moros eran todavía bastante fuertes para amenazar contínuamente con volver á hacerse dueños de sus antiguas conquistas. Pues bien, Isabel fué quien, sola entre los príncipes cristianos de su tiempo, fiel al espíritu de las Cruzadas, concibió la idea de arrojar aquellos bárbaros de su último atrincheramiento y librar para siempre de ellos á España; y esta cruzada, dirigida por una mujer, fué más feliz que otras muchas cruzadas dirigidas por los hombres. Antes de abrir su primera campaña, solicitó para su empresa la bendicion y el apoyo de la Santa Sede apostólica, que no le faltó. Los soberanos pontífices Sixto IV é Inocencio VIII le concedieron toda especie de auxilios, y ordenaron en su favor rogativas públicas en toda la Iglesia. Siempre á caballo, á la cabeza de sus ejércitos, ella era quien dirigia los combates con sus consejos, y excitaba el entusiasmo de los combatientes con su piedad y con su valor. En el sitio de Málaga estuvo en peligro de ser muerta, en compañía de su regio esposo. Tocando la guerra de Granada

á su fin por los rápidos y brillantes triunfos de las armas españolas, bajo la direccion de una mujer, el soldan de Egipto hizo saber á Fernando que si no renunciaba á la conquista de Granada haria pasar á cuchillo á todos los cristianos, que se encontraban en gran número en sus Estados. Aterrado Fernando por esta terrible amenaza, queria retroceder; pero Isabel reanimó su valor y le obligó á continuar la lucha, aconsejándole que respondiese al tirano de Egipto que si se atrevia á hacer el menor daño á los cristianos que se hallaban bajo su dominio, no tendria consideracion alguna con los mahometanos de España, y esta respuesta tuvo el más feliz resultado. Caminando de victoria en victoria, despues de haber conquistado treinta plazas fuertes y otras tantas ciudades, ademas de las que se habian entregado sin resistencia, se halló al fin la gran Reina acampada en los alrededores de Granada con toda la flor de la nobleza española, que ella habia traido bajo su bandera. En este famoso sitio fué donde ella, como otra Juana de Arco, desplegó toda la grandeza de su alma y toda la energía de su carácter.

En esta ocasion, y á vista de ella, fué cuando el gran Gonzalo de Córdoba hizo prodigios de valor, y cada uno de los guerreros se señaló con numerosas hazañas; de modo que, no pudiendo los moros sostenerse por más tiempo, entregaron á Granada, despues de haberla ocupado por espacio de setecientos ochenta y nueve años. Isabel hizo en ella su entrada solemne á caballo, en compañía de su esposo, el dia de los Reyes ó de la Epifanía del Señor. Su primer pensamiento fué el de hacer quitar la media luna de donde quiera que se hallaba, y sustituir en su lugar la cruz. Por esta conquista, que llenó de gozo á todo el mundo cristiano, todos los reinos que se habian ido formando y extendiendo sucesivamente en las diversas provincias de España se hallaron reunidos bajo el poder de Isabel y de Fernando, que tomaron en comun el título de *reyes de España*. Y como á Isabel es á quien atribuyen todos los historiadores esta conquista, lo mismo que el descubrimiento del Nuevo Mundo, debe, por consiguiente, España á una mujer su unidad política.

El mayor bienhechor, la mayor gloria de España y áun de Europa, la más admirable figura del principio de la historia de los tiempos modernos, que brilló con el más vivo resplandor, áun al lado de Cristóbal Colon y de Isabel la Católica, fué sin contradic-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion el cardenal Jimenez de Cisnéros. Siempre pobre religioso de San Francisco, áun en el tiempo en que ocupó la más rica silla de la cristiandad; gran teólogo y hombre de Estado de primer órden; instruido en todas las lenguas antiguas, y muy versado en la literatura moderna, reformador de las Órdenes religiosas y hábil gobernador de los reinos; hombre de consideracion y de piedad, y conquistador terrible; terror de los moros, á quienes sometió con sus armas, y apóstol de los moros, á quienes convirtió con sus predicaciones; cardenal de la santa Iglesia romana, y dueño de los destinos del más grande Imperio del mundo; reuniendo en su persona todas las grandezas y todas las dignidades, y bastante modesto para temer sus cargos, bastante hábil para ejercer perfectamente todas sus funciones, y bastante concienzudo para cumplir todos sus deberes; genio vasto, en el que los más grandes proyectos se sucedian con la rapidez del pensamiento, y por el que se realizaban con toda la perfeccion del órden; espíritu múltiple, que admiraba al mundo con la inmensidad de sus empresas y con la facilidad de su ejecucion; alma grande y superior á todas las miserias del amor propio, que sabía temperar la severidad con la dulzura, el arrojo con la prudencia, la autoridad con la bondad y la elevacion del rango con la modestia; demasiado hábil para deshacer todas las maquinaciones, y demasiado generoso para no tomar jamas venganza de los calumniadores de su conducta ni de los enemigos de su existencia, el cardenal Jimenez fué uno de esos hombres prodigiosos que, á grandes intervalos, se digna Dios arrojar en medio de la humanidad, como relámpagos pasajeros de su poder y de su sabiduría. Pues bien, á este hombre extraordinario, á este resúmen de todos los talentos y de todas las virtudes, fué tambien una mujer, la misma reina Isabel, quien lo sacó de bajo el celemin de la vida privada y lo colocó sobre el candelero para que iluminase al mundo y á la Iglesia.

Una de las cualidades esenciales de un buen príncipe es el arte de conocer los grandes hombres y sacar provecho de ellos. Isabel poseyó en el más alto grado este talento, tan necesario y tan raro en su posicion. Ver una sola vez á un hombre excepcional y conocerlo á fondo, y procurar atraerlo á sí y hacerlo hombre de su confianza, todo era uno para ella. Así fué que cuando, queriendo elegir un confesor, el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, le propuso y le presentó al P. Jimenez, al primer golpe de vista conoció la Reina el talento, la noble alma que ocultaban los piés desnudos, la cabeza rasurada y el hábito tosco de San Francisco. Ella le estimó, y pensó tenerlo á su lado como el hombre más capaz de dirigir su conciencia y de comprender al mismo tiempo sus vastas ideas y de ayudarle á realizarlas. Jimenez, que conocia bien la gran responsabilidad de semejante eleccion, quiso renunciar el honor que ella le proporcionaba; su repugnancia sólo cedió á las repetidas instancias que se le hicieron, y á la condicion que él puso de que no le habian de obligar á dejar su convento y vivir en palacio; pero esto no impidió que la confianza de la hábil princesa le llamase al conocimiento de todos los negocios del Estado, hasta tal punto, que todos ellos fueron sometidos á su parecer ántes de ser presentados al Consejo. Habiendo muerto en este tiempo el arzobispo de Toledo, deseó el Rey esta primera dignidad de la Iglesia de España para uno de sus bastardos. Pero sabiendo Isabel que los beneficios eclesiásticos no son beneficios simples para darlos á los holgazanes, sino cargos delicados, que sólo deben confiarse á las virtudes y á los talentos experimentados, se opuso á ello con toda la energía de su voluntad, diciéndole: «Vos quereis honrar y enriquecer al hombre, pero yo quiero proveer el cargo; mi eleccion está hecha. El nuevo cardenal arzobispo de Toledo es el P. Jimenez, y no será otro más que él; yo acabo de dirigir su nombramiento al Papa, suplicando á Su Santidad que se digne obligar al candidato á que acepte; porque la única cosa que temo es ver á Jimenez renunciar esta dignidad, precisamente porque es digno de ella.» Isabel no se engañó. Un mes despues llegó un breve del Papa conforme en un todo á los designios de la Reina. Un dia en que Jimenez, despues de haber trabajado en los despachos de los negocios con ella, iba á retirarse, le dijo la Reina con un aire indiferente: «Á propósito, padre, ved aquí una carta del Papa para vos; leedla, y ved lo que se le ha de contestar.» Jimenez tomó de manos de la Reina el breve del Santo Padre, y acercándolo á su frente, lo besó; pero habiendo leido este sobre: *Á su Señoría Ilustrísima el cardenal Jimenez, arzobispo de Toledo*, se quedó perplejo y no pudo ocultar su turbacion y su cólera sobre lo que él llamaba *una traicion* que se le habia hecho. La Reina, sin inmutarse, le dijo: *Vamos, padre, tened ánimo; no desmayeis; nadie os obliga á renunciar á vuestra profesion.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios os ha concedido lo suficiente para hacer de vos muchos grandes hombres consumados. El primer ministro de la corona de España no perjudicará en vos al cardenal arzobispo de Toledo, ni éste al religioso perfecto de San Francisco. Jimenez no quiso oir la razon; se retiró bruscamente para ir á llorar, como él decia, su desgracia; y sólo despues de seis meses de órdenes reiteradas del Papa fué cuando se resignó á aceptar estas dignidades, que ilustró con tales virtudes y tales hechos, que forman, despues de cerca de cuatro siglos, la admiracion de la Historia y una de las maravillas del mundo. Así, pues, una mujer, Isabel, fué quien comprendió, quien ayudó, quien manifestó en público é hizo valer, no sólo á Cristóbal Colon, el más grande marino, á Gonzalo de Córdoba, el más grande capitan, y á Hernan Cortés, el más grande conquistador, sino tambien al cardenal Jimenez, el más grande hombre de Estado de los tiempos modernos, y el príncipe y el modelo de los verdaderos hombres políticos cristianos. Ella fué quien dispensó á estos admirables personajes su alta proteccion, é hizo de ellos las glorias inmarcesibles de España y del mundo cristiano.

Esto es tan cierto, que á la muerte de esta admirable mujer estos grandes astros del mundo de las inteligencias parecieron eclipsarse y extinguirse con ella. Esto consistia en que Fernando, su esposo, hombre de una alma mezquina y de un espíritu apocado, y muy impresionable por los accesos de los celos de Estado y de las pequeñas pasiones, no pudo nunca comprender, y mucho ménos perdonar, en los demas los talentos y la grandeza que no encontraba en sí mismo. Por consiguiente, léjos de sostener el mérito colosal de aquellos grandes hombres, no hizo otra cosa que rebajarlo y combatirlo con intrigas de baja especie ó con actos de una violencia tan repugnante como estúpida. Esta era demasiada luz para unos ojos enfermos.

En su tercer viaje habia descubierto Cristóbal Colon, á costa de grandes peligros, el continente del Nuevo Mundo, y habia enriquecido con él á España.

Todo el reconocimiento que le manifestó Fernando por ello fué destituirle de su vireinato, que tan bien lo habia merecido, y sustituirle con el indigno Bobadilla, que le envió cargado de cadenas á Europa. Como todo esto se habia hecho sin que lo supiese la Reina, por órdenes secretas del Rey, la noble señora se llenó de indignacion, le envió sus oficiales para que le consolasen y le dijesen que se presentase á Sus Majestades. Ella le recibió con el más grande afecto; lloró por los tratamientos crueles que le habian hecho sufrir, y se compadeció de sus penas. El mismo Rey, avergonzado de haber vejado tan indignamente al héroe más grande de su siglo, aparentó participar de los nobles sentimientos de su esposa, y se excusó diciendo que habian traspasado sus órdenes. El grande hombre se postró á los piés de Isabel y los bañó de lágrimas de reconocimiento. Bobadilla, autor de sus males, fué llamado tambien y pereció en una tempestad; Colon fué repuesto en su dignidad y colmado de nuevos favores; pero estos favores cesaron bien pronto con la vida de la Reina. No existiendo ya Isabel para sostener á Colon, despues de su cuarto viaje fué recibido éste por el Rey con la mayor frialdad. El ingrato monarca se atrevió tambien á pretender que Colon renunciase todos sus cargos, pero el grande hombre no quiso consentir en ello. Se le desterró á Valladolid, donde murió, más bien que por sus enfermedades, por sus disgustos, con los sentimientos de piedad de un santo y con la paciencia de un mártir.

Gonzalo de Córdoba no fué más feliz para con el imbécil Fernando. Es verdad que no se le puso en prisiones, pero se le alejó de la córte y del ejército, y para deshacerse de él se le envió de virey á Nápoles. De este modo le recompensó el rey por haberle conquistado de los sarracenos la mitad de España.

Finalmente, el mismo Jimenez de Cisnéros no se libró más que sus compañeros en la grandeza de los efectos de la envidia rencorosa de Fernando. En vida de la Reina, no contento con haber contribuido poderosamente á librar la España de la dominacion de los moros, quiso quitarles para siempre el deseo de volver á pasar el estrecho de Gibraltar, y como hábil político les llevó la guerra á la misma África. De acuerdo con Isabel, dispuso él esta expedicion con tanto secreto y tanta habilidad, que se encontró con un ejército formidable y provisto de todo delante de Orán, áun ántes que se hubiese podido sospechar que habia salido de España. El genio que la religion inspira lo sabe hacer todo, áun lo que no ha aprendido. El religioso Jimenez, á la edad de setenta años, al frente de un ejército y ante un enemigo tanto más poderoso cuanto que estaba en su país, desplegó tal talento militar, que sus generales se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llenaron de admiracion y los moros de terror. La ciudad y la provincia de Oran fueron conquistadas en pocos dias. Jimenez se preparaba para acometer á Argel con el mismo éxito, cuando, habiendo muerto la Reina, el innoble Fernando, celoso de los triunfos de su gran ministro, que se habia hecho un gran conquistador (¡cosa increible y al mismo tiempo infame!), escribió secretamente á los generales para obligarles á hacer que Jimenez fracasase. Habiendo descubierto el grande hombre la trama, ántes que correr el peligro de pelear con un ejército que su propio rey acababa de desmoralizar, se volvió á España, diciendo: «No es digno de que la gloria de la conquista de África vaya unida á su nombre.» ¡Oh, si Isabel hubiese vivido algunos meses más, ó si Fernando hubiese sido Isabel! Miéntras que Cristóbal Colon conquistaba á la España y al Cristianismo la América idólatra, Jimenez y Córdoba les hubieran conquistado el África mahometana. Así fué como, por la estupidez de un rey, fracasó la empresa más útil y más gloriosa, despues del descubrimiento del Nuevo Mundo, para España y para todas las naciones cristianas, y que tan bien habia comenzado bajo el reinado de una Reina. Pero la obra de la alta inteligencia y del gran corazon de Jimenez y de Isabel no se perdió de todo punto. Los españoles conservaron por espacio de tres siglos la conquista de Oran, y sólo la perdieron de resultas de la revolucion francesa. Y durante estos siglos la ocupacion de Oran ha sido un atrincheramiento para España, que le ha puesto al abrigo de las invasiones de los musulmanes. Y áun al perder España esta prodigiosa conquista, enseñó á la Francia el lado vulnerable de las potencias berberiscas del Mediterráneo, é indicó y preparó el camino para la conquista de África; grande y prodigioso dón que la Francia hace á la civilizacion cristiana, sometiendo á ella la barbarie musulmana, en tanto que le hace otro, no ménos grande y precioso, sometiendo á ella la barbarie cismática.

Así, pues, España debe á una mujer los tres hombres que más la ilustraron, la conquista de Granada, de Nápoles, de Oran, de las islas Canarias y del Nuevo Mundo, es decir, la extension fabulosa de sus dominios y los tres siglos siguientes de poder y de gloria de su monarquía, que sólo perdió ella cuando las mujeres colocadas en el trono parece que renunciaron á la noble ambicion de ser otras Isabeles, y cuando la gran política del Catolicismo fué reemplazada por la política pagana de la revolucion. Ved aquí el retrato que ciertos autores graves han trazado de esta mujer sublime:

«A las gracias y á los atractivos de su sexo, dice M. Desormeaux, unia Isabel la grandeza de alma *de un héroe*, la política profunda y hábil *de un ministro*, las miras *de un legislador*, las cualidades brillantes *de un conquistador*, la probidad *de un buen ciudadano* y la exactitud *del magistrado más íntegro.*» Este es, como se ve, el retrato acabado de un soberano grande y perfecto, de que la Historia nos ofrece muy pocas copias. Se le echa en cara haber sido dura, orgullosa y celosa de su autoridad. Mas estas cualidades, bien reflexionadas, dice Feyer, no eran defectos en las circuntancias y en las miras de la Reina, y ellas fueron tan útiles á su patria, como sus virtudes y sus talentos. Se necesitaba una princesa semejante para humillar á los grandes, sin hacer que se rebelasen; para conquistar á Granada, sin atraer toda el África sobre España; para destruir los vicios y los crímenes de su reino, sin exponer la vida y la fortuna de los hombres de bien (Art. *Isab.*). M. Rohrbacher, por su parte, ha trazado el cuadro siguiente del espíritu de esta prodigiosa matrona: «Isabel se mostró *un verdadero rey* desde los primeros años de su reinado. Casi siempre á caballo, á la cabeza de sus tropas, se ocupaba ella misma en el despacho de todos los negocios, trabajaba con sus secretarios mucha parte de la noche y daba con frecuencia audiencias públicas. Á las gracias de su sexo unia la grandeza de alma, una política profunda y hábil, la integridad del magistrado y las cualidades del conquistador. Ella se encontraba siempre en el consejo. Fernando no reinaba en su lugar, sino que ella reinaba con Fernando. Orgullosa, noblemente ambiciosa, celosa de su autoridad hasta el exceso, miraba con repugnancia los medios inmorales y mezquinos; ella se vengaba con franqueza, perdonaba con sinceridad, conocia los talentos, no temia las virtudes y se mostraba mucho más celosa de su deber que de su poder, que ella afirmaba con tanta constancia y tanta habilidad. En su vida privada era dulce, modesta y amable. Todas sus grandes cualidades estaban santificadas por la piedad más tierna» (tom. XXII, pág. 15). El cardenal Jimenez, cuando supo su muerte, exclamó, lleno de dolor y de admiracion: «Jamas verá el universo una soberana de una grandeza de alma tal, de una pureza de corazon tan grande, de tanto fervor y de tanta solicitud

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por la justicia.» Finalmente, Pedro de Anghiera, jefe de la escuela del palacio para la instruccion de los nobles jóvenes, que habia sido testigo de la vida y de la muerte de Isabel, dice igualmente que España perdió en ella el espejo de la virtud, el refugio de los buenos y las espada de los malos; que en toda la Historia no se encontraba ninguna mujer (podia haber añadido que ningun hombre) que reuniese en igual grado las grandes cualidades de soberana y la santidad de la vida, y que, exceptuando á la Santísima Vírgen, ninguna mujer de la tierra la aventajaba en la pureza de corazon. (El cardenal Jimenez.)

En efecto, áun en el campo de batalla, pasaba ella muchas horas de la noche en piadosas lecturas, en meditaciones y en oraciones, lo cual, en el sitio de Granada, fué causa del incendio de su tienda, del que ella escapó por milagro; pero que, habiéndose comunicado á una aldea contigua al campamento, la redujo á cenizas. Esta desgracia fué reparada muy pronto por la gran Reina. En el lugar de la aldea incendiada se levantó una ciudad, que existe todavía, y que, por causa de la piedad de la fundadora, recibió el nombre de Santa Fe. Al fervor de su piedad sólo excedia su celo por la propagacion de la religion católica. Este celo por extender en España, no tanto su reino, como el reino de Jesucristo, le inspiró la idea de arrojar de ella el mahometismo, y la constancia prodigiosa que manifestó, haciéndole la guerra más obstinada por espacio de diez años. Este celo lo manifestó ella por el esplendor de tantas obras maravillosas, y por él mereció por parte de la Santa Sede el bello y glorioso título de *Isabel la Católica*, que le confirió Inocencio VIII y que le confirmó Alejandro VI, extendiéndolo á su esposo y á todos los reyes de España sus sucesoros. Y jamas ha sido este título más bien merecido ni más dignamente sostenido. Él es la verdadera causa de las grandezas y de las glorias de Isabel. Ella fué una gran reina, porque fué una gran católica. La mujer no es grande ni gloriosa sino por la santidad del Catolicismo.

§ LVIII. — San Cayetano Tieneo, enviado por Dios para indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que le habia hecho sufrir Lutero. — El Concilio de Trento, lo mismo que la *reforma del clero* y todas las fundaciones de las diversas órdenes de *clérigos regulares* y de todos los establecimientos de piedad y de caridad de su tiempo, fueron pensamiento y obra suya. — Todo el bien que de tres siglos á esta parte se hace en la Iglesia se remonta hasta él; y este grande hombre, instruido por una santa mujer, fué ayudado tambien en todas sus obras por santas mujeres. — Observacion general sobre la mujer católica, mártir de los tiempos modernos.

En tanto que el genio de Colon descubria la América, donde la Iglesia debia encontrar un número de hijos mayor que el que la apostasía de Lutero habia de separar de su seno, mandó Dios otro grande hombre para que detuviese los progresos de este mismo heresiarca, é hiciese florecer la fe católica en Europa. Éste fué San Cayetano Tieneo, que nació en el mismo tiempo que Lutero, y á quien el célebre arzobispo de Milan y de Narbona, el cardenal de Este, haciéndose eco del Soberano Pontífice y de la Iglesia, proclamó *el hombre que la divina Providencia envió entónces del cielo para contener los proyectos infernales* y la audacia desenfrenada de Lutero. (*Ad effrænam Lutheri audaciam compescendam, de cœlo missus.*) Nada es más cierto que esto.

Nada dirémos del celo ardiente por la salvacion de las almas que inflamaba á este gran apóstol del siglo XVI, y que le valió, de parte de los pueblos, el bello nombre de *cazador de las almas* (1). No es éste el lugar de hacer el elogio de sus virtudes. Sólo queremos consignar aquí el importante papel que desempeñó en la Iglesia para contrarestar á Lutero.

El gran Concilio de Trento, que, con su *verdadera reforma*, dió un rudo golpe á la *mentida reforma* de Lutero, y contuvo sus progresos, fué pensamiento y obra de San Cayetano. Él fué quien formó este proyecto, y quien animó é impulsó al Soberano Pontífice á llevarlo á efecto (Magenis, *in Vita*); él fué quien, con sus buenos oficios respecto á los soberanos católicos, removió todos los obstáculos y facilitó su ejecucion. Segun San Cayetano, cuya sagacidad de espíritu estaba á la altura de su grandeza de corazon, el Concilio era el úni-

(1) «Proximorum saluti, assidua cura incumbebat: dictus propterea *venator animarum.*» (*Brev. Rom.*, 7 Aug.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por la justicia.» Finalmente, Pedro de Anghiera, jefe de la escuela del palacio para la instruccion de los nobles jóvenes, que habia sido testigo de la vida y de la muerte de Isabel, dice igualmente que España perdió en ella el espejo de la virtud, el refugio de los buenos y las espada de los malos; que en toda la Historia no se encontraba ninguna mujer (podia haber añadido que ningun hombre) que reuniese en igual grado las grandes cualidades de soberana y la santidad de la vida, y que, exceptuando á la Santísima Vírgen, ninguna mujer de la tierra la aventajaba en la pureza de corazon. (El cardenal Jimenez.)

En efecto, áun en el campo de batalla, pasaba ella muchas horas de la noche en piadosas lecturas, en meditaciones y en oraciones, lo cual, en el sitio de Granada, fué causa del incendio de su tienda, del que ella escapó por milagro; pero que, habiéndose comunicado á una aldea contigua al campamento, la redujo á cenizas. Esta desgracia fué reparada muy pronto por la gran Reina. En el lugar de la aldea incendiada se levantó una ciudad, que existe todavía, y que, por causa de la piedad de la fundadora, recibió el nombre de Santa Fe. Al fervor de su piedad sólo excedia su celo por la propagacion de la religion católica. Este celo por extender en España, no tanto su reino, como el reino de Jesucristo, le inspiró la idea de arrojar de ella el mahometismo, y la constancia prodigiosa que manifestó, haciéndole la guerra más obstinada por espacio de diez años. Este celo lo manifestó ella por el esplendor de tantas obras maravillosas, y por él mereció por parte de la Santa Sede el bello y glorioso título de *Isabel la Católica*, que le confirió Inocencio VIII y que le confirmó Alejandro VI, extendiéndolo á su esposo y á todos los reyes de España sus sucesoros. Y jamas ha sido este título más bien merecido ni más dignamente sostenido. Él es la verdadera causa de las grandezas y de las glorias de Isabel. Ella fué una gran reina, porque fué una gran católica. La mujer no es grande ni gloriosa sino por la santidad del Catolicismo.

§ LVIII. — San Cayetano Tieneo, enviado por Dios para indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que le habia hecho sufrir Lutero. — El Concilio de Trento, lo mismo que la *reforma del clero* y todas las fundaciones de las diversas órdenes de *clérigos regulares* y de todos los establecimientos de piedad y de caridad de su tiempo, fueron pensamiento y obra suya. — Todo el bien que de tres siglos á esta parte se hace en la Iglesia se remonta hasta él; y este grande hombre, instruido por una santa mujer, fué ayudado tambien en todas sus obras por santas mujeres. — Observacion general sobre la mujer católica, mártir de los tiempos modernos.

En tanto que el genio de Colon descubria la América, donde la Iglesia debia encontrar un número de hijos mayor que el que la apostasía de Lutero habia de separar de su seno, mandó Dios otro grande hombre para que detuviese los progresos de este mismo heresiarca, é hiciese florecer la fe católica en Europa. Éste fué San Cayetano Tieneo, que nació en el mismo tiempo que Lutero, y á quien el célebre arzobispo de Milan y de Narbona, el cardenal de Este, haciéndose eco del Soberano Pontífice y de la Iglesia, proclamó *el hombre que la divina Providencia envió entónces del cielo para contener los proyectos infernales* y la audacia desenfrenada de Lutero. (*Ad effrænam Lutheri audaciam compescendam, de cœlo missus.*) Nada es más cierto que esto.

Nada dirémos del celo ardiente por la salvacion de las almas que inflamaba á este gran apóstol del siglo XVI, y que le valió, de parte de los pueblos, el bello nombre de *cazador de las almas* (1). No es éste el lugar de hacer el elogio de sus virtudes. Sólo queremos consignar aquí el importante papel que desempeñó en la Iglesia para contrarestar á Lutero.

El gran Concilio de Trento, que, con su *verdadera reforma*, dió un rudo golpe á la *mentida reforma* de Lutero, y contuvo sus progresos, fué pensamiento y obra de San Cayetano. Él fué quien formó este proyecto, y quien animó é impulsó al Soberano Pontífice á llevarlo á efecto (Magenis, *in Vita*); él fué quien, con sus buenos oficios respecto á los soberanos católicos, removió todos los obstáculos y facilitó su ejecucion. Segun San Cayetano, cuya sagacidad de espíritu estaba á la altura de su grandeza de corazon, el Concilio era el úni-

(1) «Proximorum saluti, assidua cura incumbebat: dictus propterea *venator animarum.*» (*Brev. Rom.*, 7 Aug.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

co medio de salvar el Catolicismo en Europa; y lo creia de tal modo, que cuando esta grande asamblea de la Iglesia, para cuya reunion habia él trabajado tanto, fué interrumpida, murió en Nápoles de pena y de dolor. (*Magenis, in Vita.*)

Habiendo nacido la herejía de Lutero de la relajacion de costumbres del clero, pensó San Cayetano que el medio más á propósito para combatirla y para detenerla era la restauracion de la disciplina eclesiástica. Con este fin instituyó su órden de clérigos regulares, por la que llamó al clero á la regla y á las funciones del ministerio sagrado, que habia abandonado (1).

La idea de los seminarios, así como todos los planes de reforma eclesiástica relativos á la disciplina y á la liturgia, que el mismo Concilio adoptó y erigió en ley, pertenecen á San Cayetano y á sus compañeros, tales como el cardenal Teatino (que despues fué Papa bajo el nombre de Paulo IV) y el cardenal Scotti, obispo de Plasencia, que fué el primero que realizó esta preciosa reforma en Italia, desde donde, pasando por Francia, dió la vuelta al mundo. Por todo esto obtuvo San Cayetano el título de *reformador del clero*.

Bajo este punto de vista no es él bastante conocido ni bastante apreciado aún por los escritores eclesiásticos, porque él trabajó en el silencio y en la oscuridad, y porque procedió siempre con mucha prudencia, sin agriar las cuestiones y sin ruido ni publicidad; pero no por eso deja de ser uno de los más grandes hombres del Cristianismo, y el personaje á quien en estos últimos tiempos ha debido más la Iglesia.

Se ha dicho que sin San Agustin no hubiéramos tenido á Santo Tomás; esto es posible. Pero lo que es cierto, es que sin San Cayetano no hubiera tenido la Iglesia á San Jerónimo Emiliano, ni al bienaventurado Zacarías, ni á San Ignacio de Loyola, ni á San Felipe Neri, ni á San Camilo de Lelis, ni á San Francisco Caracciolo, ni á San José de Calasanz, ni á San Alfonso de Ligorio; al ménos no los hubiera tenido como fundadores de congregaciones religiosas. Habiendo prohibido el Concilio de Letran la fundacion de nuevas órdenes religiosas en la Iglesia, estaba la puerta cerrada al genio de tales fundaciones. San Cayetano fué quien las abrió, por

(1) «Colapsam ecclesiasticorum disciplinam instaurare desiderans, ordinem clericorum regularium instituit.» (*Brev. Rom.*)

el establecimiento de sus clérigos regulares, cuyo nombre y cuya institucion inventó él mismo (1524), y á la sombra de este nombre, y al ejemplo de esta institucion de San Cayetano, se fundaron los somascas (1528), los barnabitas (1532), los jesuitas (1540), los crucíferos (1592), los escolapios (1640), lo mismo que las demas corporaciones religiosas que se han establecido en la Iglesia de tres siglos á esta parte (1). De modo que todo el inmenso bien que estas diversas órdenes han producido en el mundo recae con justa razon sobre San Cayetano, que les dió el orígen y el nombre. Los fundadores que le siguieron no establecieron más que una sola órden; y San Cayetano, en una sola órden, estableció muchas. Aquéllos son patriarcas de individuos, y éste es patriarca de corporaciones, de órdenes y de los fundadores de ellas. Por consiguiente, el que considere á San Cayetano Tieneo como el gran personaje elegido por Dios para neutraiizar, con sus innumerables obras de edificacion, el gran escándalo de Lutero; el que le llame el jefe del gran movimiento católico del siglo XVI, y le atribuya todo el bien que el clero, reformado por su celo, ha obrado de tres siglos á esta parte en el mundo antiguo y en el nuevo, no se engaña. Sin embargo, apénas se sabe que San Cayetano hizo todo esto. Pero ¿qué importa? Apénas se fija la atencion en el sol, y sin embargo, él es el astro benéfico que pone en movimiento á todos los planetas, que todo lo hace germinar y que vivifica la Naturaleza.

Pues bien, por una mujer, la Condesa de Thiene, su santa madre, fué formado este Santo segun el corazon de Dios, y recibió la aptitud para la noble mision que le estaba reservada. Habiendo

(1) Los somascas se llaman *clérigos regulares de los huérfanos*; los barnabitas, *clérigos regulares de San Pablo*; los jesuitas, *clérigos regulares de la Compañía de Jesus*; los crucíferos, *clérigos regulares para servir á los enfermos*; los escolapios, *clérigos regulares de los pobres de la Madre de Dios*; los menores, *clérigos regulares menores*, etc. Este es el título *oficial* que tienen en la Iglesia. Todos ellos tienen, como se ve, el título de *clérigos regulares*, pero con una adicion, que los hace distinguir los unos de los otros. Sólo los hijos de San Cayetano se llaman simplemente clérigos regulares, sin otra adicion que los especifique, porque ellos fueron los primeros ó hicieron aceptar á los demas. Así, pues, esta gran familia de los clérigos regulares reconoce por su fundador á San Cayetano, y con mucha razon es llamado este Santo *el patriarca de todas las órdenes de los clérigos regulares* («Patriarcha omnium clericorum regularium»), como San Benito se llama el patriarca de todas las órdenes monásticas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llegado la hora del parto, y advertida esta piadosa matrona (como la madre de San Francisco) que iba á dar á luz el mayor héroe de la pobreza voluntaria, se hizo conducir á un establo, y allí fué donde dió á luz su primogénito, á quien colocó en un pesebre, á fin de que el que debia seguir tan de cerca á Jesucristo por su vida, comenzase á parecérsele por su nacimiento. Ella fué tambien quien supo inspirar á este hijo de bendicion el desprendimiento del mundo, el amor á la pureza, el afecto á los pobres, el celo por la religion, y sobre todo, el sentimiento de modestia, que hicieron de Cayetano el ángel de la virginidad, el milagro de la oracion, el mártir de la penitencia, el héroe de la caridad, el apóstol de la Providencia, la columna de la Iglesia, y principalmente el gran modelo de la humildad, que lo hacia todo en la Iglesia, ocultándose siempre, y afectando que nada hacia por la Iglesia. ¡Gloria á la noble matrona cristiana, cuyos sublimes ejempos y piadosos cuidados dieron un hombre tan grande á la Iglesia!

Todos saben que fué San Cayetano quien, con el fin de destruir la usura, imaginó y estableció en el siglo XVI los *Montes de Piedad*. que una bula del soberano pontífice Pío V hizo adoptar, pocos años despues, en el mundo cristiano. Se sabe igualmente que él fué quien fundó en Nápoles el inmenso *Hospital de los Incurables*, el *Monte de la Misericordia, para los pobres vergonzantes*, los asilos para el pudor en peligro, los refugios para las mujeres arrepentidas, y todas esas instituciones preciosas para el remedio de toda clase de miserias y para el alivio de toda clase de infortunios, que el genio de San Ignacio fundó despues en Roma, y el genio de San Vicente de Paul en Francia. Pues bien, en todas estas obras, lo mismo que en la fundacion de las principales casas de su órden, fué ayudado este gran santo por las mujeres. Ved aquí un ejemplo de ello: con cuatro millones (suma enorme en aquellos tiempos) comenzó su *Monte de Piedad*, y esta suma le fué facilitada por la Condesa de Porto.

Este apóstol de la caridad fué ante todo el apóstol de la verdadera fe, supuesto que la Iglesia ha reconocido en él el mérito de haber descubierto muchas veces las tramas de los herejes, y haber confundido los monstruos de las herejías (1). Mas en este importante apostolado, él y sus clérigos regulares fueron ayudados eficazmente por santas mujeres.

(1) «Hæresum monstra et latebras non semel detexit ac profligavit.» (*Brev. Rom.*)

Así, pues, los dos grandes hechos que señalaron el principio de la era moderna, el descubrimiento del Nuevo Mundo y el apostolado de San Cayetano Tieneo, que coincidieron con el nacimiento de Lutero, para indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que éste le habia de ocasionar, se cumplieron por la influencia y la cooperacion de las mujeres.

Ahora vamos á hacer mencion de otros hechos, en los que esta influencia y esta cooperacion de la piedad y del celo de la mujer católica para el triunfo de la verdad contra el error fueron más directas.

Lo mismo que las iglesias del mundo antiguo, las del nuevo mundo fueron fundadas por la poderosa predicacion de la *buena nueva*, y por la confesion generosa de la fe, hecha por los nuevos héroes de Jesucristo. En efecto, en las Indias, en Filipinas, en las Molucas, en Borneo, en la China, en la Cochinchina, en Tonquin, en el Japon, en las diferentes comarcas de las dos Américas, lo mismo que en la Oceanía y en la Australia, el Cristianismo se estableció sobre un terreno regado con el sudor de los nuevos apóstoles y con la sangre de los nuevos mártires. Áun en la Europa cristiana, la herejía, la incredulidad y el cisma no han sido más tolerantes con los verdaderos creyentes que el paganismo en los países idólatras; porque la capilla de Lutero, la muceta de Calvino, el manto real de los príncipes protestantes de Alemania, y el de Enrique VIII y Jacob I de Inglaterra, el zagalejo de Isabel, lo mismo que la toga de los autores de la revolucion de Francia y la cruz ortodoxa de los czares, fueron manchadas con la sangre de los católicos; y la historia de la apostasía de esos países no es otra cosa que una relacion no interrumpida de persecuciones atroces, de despojos, de prisiones, de destierros y de asesinatos de millones de cristianos que permanecieron fieles á la fe de la verdadera Iglesia. Pues bien; en esta multitud de nuevos mártires se encuentra un gran número de mujeres heroicas que confesaron la verdadera fe en medio de los más atroces tormentos, con la misma constancia y el mismo valor que las mujeres de los primeros siglos del Cristianismo. Recorriendo en particular el largo martirologio de la bella Iglesia del Japon, que la sacrílega perfidia de la herejía holandesa, más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien que el fanatismo furibundo del paganismo indígena ha llegado á destruir, se encuentran muchas nuevas Ines, nuevas Catalinas, nuevas Cecilias, nuevas Sinforosas, mujeres de todas edades, de todas clases y condiciones, que, condenadas á la cruz ó á las llamas por ser cristianas, renovaron exactamente los prodigios de heroismo y de celo cristiano de aquellas cuyo nombre tenian. Lo mismo ha sucedido respecto á las mujeres mártires que la herejía, la impiedad y el cisma han sacrificado, en estos últimos tiempos, á su ódio infernal á la verdad católica.

Ya hemos visto que en la *época de los mártires* (tomo 1), la actitud sublime y sobrenatural de la mujer mártir en medio de horribles tormentos y en presencia de la muerte más cruel, contribuyó, más bien que la actitud del hombre mártir á confundir el paganismo, á hacer sensible la divinidad y la verdad del Cristianismo, y á propagar y establecer esta religion en el mundo. Pues bien; la actitud de la mujer mártir de los tiempos modernos produjo los mismos resultados, y más preciosos aún, respecto al Catolicismo. Al leer las *Actas de los mártires* de los primeros siglos dos cosas parecen absolutamente increibles: 1.º, el refinamiento y el exceso de crueldad de los tiranos contra las mujeres; 2.º, la constancia, el valor y la alegría de esas mujeres en medio de unos suplicios cuyo solo relato hace estremecer. Cuesta trabajo creer á la naturaleza humana tan baja y tan bárbara por una parte, y tan grande y tan sublime por la otra. Se siente el hombre tentado á graduar de falsedad ó de exageracion las actas que presentan á cada página al perseguidor como un monstruo, y á su víctima como un sér sobrenatural y divino. Pero ¿cómo es posible poner en duda ó graduar de hiperbólicas las actas del martirio de la mujer católica de los tiempos modernos, esas actas que se refieren á hechos sucedidos cuasi en nuestros dias y á nuestra vista, y que se hallan consignadas por millares de testigos oculares, muchos de los cuales pertenecen al partido de nuestros enemigos? Pues bien; estas mismas historias incontestables nos dicen por una parte que la herejía, la impiedad y el cisma se han ensangrentado contra la mujer católica con la misma rabia, el mismo furor y el mismo exceso de crueldad que el paganismo empleó contra la mujer cristiana de los primeros siglos; y por otra parte nos enseñan que la sublime actitud de la mujer cristiana mártir de los primeros siglos en medio de los más horribles tormentos, apareció con la misma grandeza y la misma majestad en la mujer mártir de los tiempos modernos, en medio de unos tormentos semejantes. Por consiguiente, el martirio de la mujer católica de los tiempos modernos, ademas de haber suministrado una prueba de las más convincentes y de las más luminosas, para los que no quieren cerrar los ojos, de la santidad, de la verdad y de la divinidad del Catolicismo, tiene de particular, que ha hecho más creible las actas de las antiguas mártires, que ha confirmado, y que por lo mismo ha puesto el sello de la mayor autenticidad al gran testimonio que resulta de esas actas en favor de la religion cristiana.

No tratamos de presentar aquí los retratos de las grandes mártires de los tiempos modernos, como hemos presentado los de las grandes mártires de los tiempos antiguos. Ademas de que esto sería reproducir los mismos relatos, nos falta espacio para dar mayor extension á esta deliciosa materia. Debemos, pues, contentarnos con la observacion general que hemos hecho respecto á la mujer católica *mártir* de esta última época; y tal vez más tarde será cuando podrémos citar de paso algunos casos particulares, debiéndonos ocupar ahora de la mujer católica, apóstol de la verdadera religion, de la misma época.

§ LIX.— El protestantismo, como todos los sistemas del error, inventado por falsos doctores, se estableció por la fuerza de los soberanos.—Cobardía de los soberanos católicos para con las potencias protestantes.—El mismo Luis XIV hizo alianza con Cromwell y adoptó la política anticristiana que más tarde envió á Luis XVI al cadalso.—Solas las reinas católicas hicieron una resistencia enérgica al protestantismo.—La reina María estableciendo el Catolicismo en Inglaterra; su defensa y su elogio.

Viéndose obligado el error, para establecerse, á buscar fuera de sí la fuerza que no tiene en sí mismo, comienza siempre por interesar en su favor las pasiones de los grandes, y por la fuerza del poder se impone á los pueblos. Esta es la historia del protestantismo. Unos cuantos monjes apóstatas lo inventaron; pero los soberanos, cuyo libertinaje y cuya avaricia lisonjeaba, lo sustituyeron al Catolicismo entre sus súbditos por medio de la persecucion y de la violencia, y lo erigieron en ley de Estado. Pero la historia del pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

testantismo nos enseña tambien que, procurando esta herejía monstruo (porque encierra en sí todas las herejías) establecerse en todas partes con la ayuda de las más vergonzosas pasiones de los hombres, fué detenida en su marcha devastadora por la pureza de costumbres, por la piedad, por el celo y por la abnegacion de las mujeres. En efecto, sin hablar de los príncipes protestantes, prodigios de fatuidad y monstruos de libertinaje, de rapacidad y de crueldad, los mismos príncipes católicos de aquella malhadada época, con una sola excepcion, se mostraron muy inferiores á la gravedad de las circunstancias y á la dificultad de la situacion. Sin consejo ni valor, sacrificando muchas veces la religion á la razon de Estado, y sometiendo la razon de Estado á los caprichos feroces de las facciones; empeñándose unas veces en guerras inconsideradas con las potencias protestantes, y uniéndose otras veces á ellas por medio de tratados vergonzosos; poniendo unas veces á los herejes fuera de todas las leyes de la humanidad, y concediéndoles otras, por medio de treguas estúpidas, más derechos que ellos pedian; reclamando constantemente la reforma de la córte romana, y rechazando con todas sus fuerzas la reforma de su propia córte; mostrándose severos con el Concilio de Trento é indulgentes con las Dietas del Imperio y con los conciliábulos de los novadores, los príncipes católicos aminoraron por sí mismos la autoridad de la Iglesia en sus estados, y aumentaron la audacia y las fuerzas de los apóstoles de la Reforma; ellos dejaron que esta Reforma echase raíces y adquiriese una posicion legal, y comprometieron los intereses del Catolicismo, tanto por su represion imprudente como por su tolerancia sacrílega respecto á la herejía.

Más tarde se vió otra cosa más repugnante y más odiosa aún: se vió al mismo Luis XIV, á pesar de la grandeza de su carácter y de su celo por el Catolicismo, participar del crímen y de la ignominia de aquella política, audaz hasta la insolencia, con la cabeza de la Iglesia, y cobarde hasta la infamia con las potencias protestantes. Este mismo Rey cristianísimo, que escribia al santo pontífice Inocencio con el tono arrogante que todos saben, y hacia invadir sus estados é insultar su persona en la misma Roma, llevó el olvido de todas las razones de parentesco, de soberanía y de catolicismo, hasta el punto de aliarse con Cromwell, el asesino de Cárlos I (esposo de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y tia de Luis),

el destructor de la monarquía inglesa, el calvinista más fanático, el enemigo más encarnizado del Catolicismo, y el tirano más sanguinario de los católicos de los tres reinos. Él llevó la bajeza, respecto á aquel monstruo de crueldad y de hipocresía, hasta el punto de ir él mismo, siendo Rey de Francia, á poner en sus manos regicidas las llaves de la ciudad de Dunkerque, que los franceses habian ocupado. (Rohrb., tom. XXVI.) Luis XIV hizo más aún: á la muerte de aquel furioso republicano se vistió de luto é hizo que se vistiese toda su córte..... Nada de esto se podria creer si el mismo Luis XIV no hubiera confesado, en *las instrucciones que escribió para su hijo*, sus simpatías con Cromwell, y el auxilio que prestó secretamente á los republicanos contra los realistas, engañando á los unos y á los otros para triunfar de todos ellos (1).

Á excepcion del rey de España, Felipe II, todos los príncipes, áun los católicos, fueron, lo repetimos, más ó ménos cobardes, más ó ménos estúpidos en sus relaciones con el protestantismo, y con medidas más ó ménos directas le ayudaron á establecerse en Europa. Sólo las princesas católicas fueron las que comprendieron su importancia funesta, que no transigieron en manera alguna con esta inmensa herejía y que la combatieron varonilmente con todos los medios de que podian disponer. En efecto, María de Inglaterra, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, arrojó el protestantismo de su reino, donde habia existido por espacio de trein-

(1) Se ha dicho, para excusarlo, que hizo todo esto por política. Esto es cierto; pero tambien lo es que con esta política maquiavélica ó pagana, que se pone fuera de toda moral y de toda religion, que se mofa de lo justo, y no mira más que lo útil, el gran Rey se mostró muy pequeño y muy mal inspirado. Esto fué autorizar el regicidio, y abrirle las puertas de su propia casa; esto fué legitimar anticipadamente la horrible doctrina, en cuya virtud, un siglo despues, Robespierre envió á Luis XVI al cadalso, y que él formuló en estos términos: Moral, jurídica y constitucionalmente, es inocente; pero políticamente, debe morir. (Rohrbacher, tom. XXVI.) Hay ciertos crímenes, dice la Escritura Santa, que son castigados ántes del último juicio: *Sunt quædam peccata precedentia judicium*, y éstos son los crímenes sociales. Luis XIV, rey de Francia, habia ayudado á los revolucionarios ingleses á destronar la dinastía legítima de Inglaterra, á matar á su Rey y á hacer triunfar el calvinismo. Pues bien, él fué pagado en la misma moneda: un siglo despues, el Rey de Inglaterra ayudó á los revolucionarios franceses á destronar la dinastía legítima de Francia, á matar á su Rey, biznieto de Luis XIV, y á hacer triunfar el ateismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta años, en tanto que los otros príncipes católicos lo dejaban introducirse donde no existia (1). Habiendo sucedido á Eduardo VI, su hermano, cuya imbecilidad y cuya malicia habia afirmado en Inglaterra el cisma que su horrible padre habia fundado, encontró el Catolicismo legalmente abolido, y el protestantismo erigido en ley fundamental del Estado. Ella encontró las sillas episcopales ocupadas por herejes, los sacerdotes casados, los votos religiosos anulados, los conventos vacíos, los bienes eclesiásticos hechos el premio del perjurio y de la apostasía. En presencia de estas horribles ruinas, capaces de intimidar el ánimo más varonil y la sabiduría más experimentada, esta soberana no retrocedió. Dominando todas las dificultades y arrostrando todos los peligros, comenzó por abolir la ley del juramento sacrílego, que atribuia al poder político la supremacía religiosa, y restableció la autoridad del Pontífice. Ella llamó del destierro al célebre cardenal Polus, á quien Enrique VIII habia condenado á muerte, y que llegó á Inglaterra revestido de los más ámplios poderes de la Santa Sede para reorganizar los negocios pertenecientes á la Iglesia, y fuerte con su auxilio y con el de Felipe en España, su esposo, el único príncipe católico digno de su mano, desterró al continente aquella turba de sacerdotes y de monjes apóstatas, que habian ido á ocultar en la Gran Bretaña, á la sombra del cisma, las blasfemias de su doctri-

(1) Se la acusa de haber hecho ejecutar á un gran número de herejes; pero el protestante Cobbet la ha justificado plenamente de este pretendido cargo (carta 8), y es imposible dejar de absolver á la reina María de esta acusacion, al leer las elocuentes páginas de la citada apología. Nos limitarémos á notar, con el mismo autor: 1.°, que aquellas ejecuciones fueron reclamadas por la opinion pública; 2.°, que aquellos pretendidos mártires de la herejía eran capaces de horribles asesinatos y de toda clase de crímenes, y que, no por sus opiniones, sino por sus actos, los más atroces, fué por lo que cayó sobre ellos el rigor de las leyes, que les fueron aplicadas por magistrados concienzudos, con toda legalidad y con la justicia más rigurosa. «La mayor parte de los que perecieron de aquel modo, dice el apologista de María, eran hombres de un carácter el más infame; casi todos ellos se habian refugiado en la capital, y el pueblo los llamaba, por irrision, los evangelistas de Lóndres.» Y 3.°, en fin, que aquellos que, despreciando todas las leyes, han derramado á torrentes, por espacio de dos siglos, la sangre inocente de los católicos, no tienen derecho para culpar á María por haber castigado á algunos miserables, de cuyos crímenes el más pequeño era la herejía, y esto con arreglo á las leyes.

na y la infamia de su vida: ella nombró para los obispados las personas de la fe más pura y de las costumbres más irreprensibles (1); ella abrió los conventos, llamó á los religiosos y devolvió las santas imágenes á los templos y los bienes robados á la Iglesia (2); ella anuló todas las leyes que por espacio de treinta años se habian dado contra la religion; ella restableció, con la liturgia católica, todas las creencias, todas las leyes y la disciplina de la Iglesia; ella restableció, en una palabra, el Catolicismo en su reino, con gran

(1) La reina María tuvo tanta vigilancia y tanto celo en el nombramiento de los nuevos obispos, que jamas habia tenido Inglaterra un episcopado tan santo y tan sabio. La prueba de esto es que, miéntras que todos los obispos católicos del tiempo de Enrique VIII, á excepcion de cuatro, siguieron la apostasía del rey y le animaron á ella, de los obispos nombrados por María uno tan sólo abrazó el nuevo cisma de Isabel, y todos los demas permanecieron firmes hasta recibir el martirio.

(2) Se echa en cara á la reina María el haber sancionado con su silencio el sacrílego despojo de la Iglesia, con que los reformadores de los dos últimos reinados se habian enriquecido. Pero, ademas de que esto lo hizo con la intencion de evitar una guerra civil y de no poner obstáculos á la reconciliacion del pueblo inglés con la Iglesia, se sabe que, en lo concerniente á ella, nada quiso conservar de aquel pillaje. «En el mes de Noviembre de 1555, dice el protestante Cobbet, restituyó ella á la Iglesia las décimas y los primeros frutos de todos los beneficios eclesiásticos que, con las décimas de que se habian apoderado igualmente sus predecesores, producian á la Corona una renta líquida de más de sesenta y tres mil libras esterlinas, cantidad que hoy representaria cerca de veinticinco millones de francos. Ella renunció igualmente á gozar de una gran cantidad de bienes que formaban, á su advenimiento al trono, una propiedad de la Corona; pero que habian sido adquiridos en perjuicio de la Iglesia, de los hospitales ó de algunos particulares. Por otra parte, María reinó todavía más de dos años y medio sin cargar á su pueblo con ninguna especie de impuestos. Por consiguiente, la restitucion voluntaria que hizo esta princesa de las décimas y de los primeros frutos no fué otra cosa que el resultado de su elevada piedad y de la generosidad natural de su corazon. Ella obró en esto contrariamente á las representaciones de su Consejo, y el *bill* votado en estas circunstancias por el Parlamento sufrió en las dos Cámaras la más viva oposicion. Se temia, en efecto, y con razon, que despertase el ódio y la indignacion del pueblo contra los usurpadores de la reforma. María no limitó á esta medida los efectos de su justicia reparadora; ella restituyó al momento á las iglesias y á los conventos todas las propiedades que habian caido despues de la revolucion en el dominio de la Corona.» (Cobbet, carta 8.) En estos últimos tiempos los soberanos católicos no han hecho otro tanto; ellos han conservado sin escrúpulo los bienes de la Iglesia y de los particulares, que han adquirido por medio de la revolucion; y en vista de este ejemplo que han dado ellos del respeto debido á la propiedad, ¿osarán todavía quejarse de la injusticia del socialismo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

confusion de los reyes, con gran pesar de los herejes, con gran aplauso de los fieles y con grande admiracion del mundo. Y si, por un designio impenetrable de Dios, este reinado de seis años de una princesa católica no hubiera sido seguido por el reinado de cuarenta y cuatro años de la feroz Isabel, entregada en cuerpo y alma á la herejía, es indudable que Inglaterra hubiera conservado el Catolicismo, restablecido por María, y esta ventura la hubiera debido al celo y al valor de una mujer. Es muy dudoso que ningun soberano haya emprendido una obra tan grande y tan difícil como la que esta reina emprendió y llevó á efecto en el término de seis años. Un soberano era, y de los más católicos, el rey Jacobo de Escocia, hijo de la reina mártir María Estuardo, á quien la horrible Isabel habia sacrificado, no tanto á su deseo de reinar cuanto á la ambicion de su supremacía religiosa y á su ódio satánico al Catolicismo. Sin embargo, este príncipe, llamado al trono de Inglaterra, todavía húmedo con la sangre de su madre, hijo sin pudor, cristiano sin conciencia y rey tan cobarde como hipócrita y feroz, léjos de haber tenido el valor de restablecer el Catolicismo en su reino, lo persiguió de un modo tan brutal, que los desventurados católicos se vieron reducidos á desear, como dias venturosos, los dias sangrientos del reinado de la misma Isabel.

§ LX.—Otros ejemplos del celo valeroso de la mujer católica en el combate contra el protestantismo.—Maria Estuardo, reina de Escocia, víctima de su celo.—Su martirio.—Hipocresía y crueldad de Isabel.—Las mujeres fueron las que salvaron el Catolicismo en Irlanda y en una gran parte de Alemania y de la Suiza.—Catalina, princesa de Polonia, consigue convertir al rey de Suecia, su esposo, y restablecer el Catolicismo en su reino.

La misma madre de este miserable, la reina María Estuardo, fué tambien una prueba del celo de la mujer católica de aquel tiempo por la destruccion de la herejía y el restablecimiento del Catolicismo. Estas eran las intenciones de la reina María de Escocia, y es indudable que las hubiera realizado, á ejemplo de la reina María de Inglaterra, si aquel monstruo coronado, aquel Neron con zagalejo, Isabel, le hubiera permitido reinar. Pero la Escocia, vuelta al Catolicismo, al lado de Inglaterra, que Isabel acababa de hacer protestante, no hubiera convenido á esta hija del crímen, y

por lo mismo el apóstol y el sosten del error; ésta hubiera sido una reprobacion permanente de su apostasía, que hubiera podido hacer dudoso su éxito. Así fué que, por medio de inmensas sumas de dinero que envió á Escocia, la hija adulterina de Enriqne VIII corrompió á todos los grandes de aquel reino, á todos los ministros y consejeros de la reina, á toda su córte, y hasta su hermano, el obispo Murray, le suscitó obstáculos de toda especie, que le hicieron imposible el ejercicio de su autoridad, y urdió una terrible conspiracion contra sus derechos y contra su vida misma: de tal modo, que la desgraciada y confiada María se vió obligada á abandonar la Escocia y á aceptar el asilo que Isabel, causa de todos sus males, le habia ofrecido en Inglaterra, con la intencion pérfida de tenerla en su poder para sacrificarla. En efecto, apénas puso María los piés en Lóndres, cuando Isabel, bajo la infame calumnia de que su régia huéspeda habia conspirado contra su soberanía, la hizo prender y la tuvo en prisiones por espacio de veinte años, llenándola continuamente de insultos y de dolores; y despues de tan largo y horrible martirio, acabó por hacerla condenar á muerte por una comision de apóstatas, dignos magistrados de tal soberana. Es verdad que la conducta moral de la reina María no habia sido de todo punto irreprensible; pero sus manos estaban puras de toda sangre inocente, y siendo ella misma víctima de una atroz conspiracion, jamas habia conspirado contra nadie; y de todos modos ella expió suficientemente las faltas de su vida con el heroísmo cristiano de su mnerte. Ved aquí las principales circunstancias de ella:

Habiendo sido pronunciada la sentencia de muerte contra María, contra todas las leyes de la justicia y de la hospitalidad, Isabel, tan hipócrita como feroz, se puso á representar la más odiosa comedia con respecto á la sentencia. Con las lágrimas del dolor en el rostro, y la alegría en el corazon, manifestó á los reyes de Europa, que se dejaron engañar, su gran sentimiento por verse obligada á hacer morir una parienta tan próxima, y se quejaba ante sus propios súbditos de que no hubiese entre ellos ninguno que quisiese librarla de la terrible necesidad de manchar sus manos con la sangre de una reina. Y sin embargo, por órden de ella misma se habia anunciado á la ciudad de Lóndres la sentencia de María por un repique general que duró una hora; y sin embargo, ella misma

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

confusion de los reyes, con gran pesar de los herejes, con gran aplauso de los fieles y con grande admiracion del mundo. Y si, por un designio impenetrable de Dios, este reinado de seis años de una princesa católica no hubiera sido seguido por el reinado de cuarenta y cuatro años de la feroz Isabel, entregada en cuerpo y alma á la herejía, es indudable que Inglaterra hubiera conservado el Catolicismo, restablecido por María, y esta ventura la hubiera debido al celo y al valor de una mujer. Es muy dudoso que ningun soberano haya emprendido una obra tan grande y tan difícil como la que esta reina emprendió y llevó á efecto en el término de seis años. Un soberano era, y de los más católicos, el rey Jacobo de Escocia, hijo de la reina mártir María Estuardo, á quien la horrible Isabel habia sacrificado, no tanto á su deseo de reinar cuanto á la ambicion de su supremacía religiosa y á su ódio satánico al Catolicismo. Sin embargo, este príncipe, llamado al trono de Inglaterra, todavía húmedo con la sangre de su madre, hijo sin pudor, cristiano sin conciencia y rey tan cobarde como hipócrita y feroz, léjos de haber tenido el valor de restablecer el Catolicismo en su reino, lo persiguió de un modo tan brutal, que los desventurados católicos se vieron reducidos á desear, como dias venturosos, los dias sangrientos del reinado de la misma Isabel.

§ LX.—Otros ejemplos del celo valeroso de la mujer católica en el combate contra el protestantismo.—Maria Estuardo, reina de Escocia, víctima de su celo.—Su martirio.—Hipocresía y crueldad de Isabel.—Las mujeres fueron las que salvaron el Catolicismo en Irlanda y en una gran parte de Alemania y de la Suiza.—Catalina, princesa de Polonia, consigue convertir al rey de Suecia, su esposo, y restablecer el Catolicismo en su reino.

La misma madre de este miserable, la reina María Estuardo, fué tambien una prueba del celo de la mujer católica de aquel tiempo por la destruccion de la herejía y el restablecimiento del Catolicismo. Estas eran las intenciones de la reina María de Escocia, y es indudable que las hubiera realizado, á ejemplo de la reina María de Inglaterra, si aquel monstruo coronado, aquel Neron con zagalejo, Isabel, le hubiera permitido reinar. Pero la Escocia, vuelta al Catolicismo, al lado de Inglaterra, que Isabel acababa de hacer protestante, no hubiera convenido á esta hija del crímen, y

por lo mismo el apóstol y el sosten del error; ésta hubiera sido una reprobacion permanente de su apostasía, que hubiera podido hacer dudoso su éxito. Así fué que, por medio de inmensas sumas de dinero que envió á Escocia, la hija adulterina de Enriqne VIII corrompió á todos los grandes de aquel reino, á todos los ministros y consejeros de la reina, á toda su córte, y hasta su hermano, el obispo Murray, le suscitó obstáculos de toda especie, que le hicieron imposible el ejercicio de su autoridad, y urdió una terrible conspiracion contra sus derechos y contra su vida misma: de tal modo, que la desgraciada y confiada María se vió obligada á abandonar la Escocia y á aceptar el asilo que Isabel, causa de todos sus males, le habia ofrecido en Inglaterra, con la intencion pérfida de tenerla en su poder para sacrificarla. En efecto, apénas puso María los piés en Lóndres, cuando Isabel, bajo la infame calumnia de que su régia huéspeda habia conspirado contra su soberanía, la hizo prender y la tuvo en prisiones por espacio de veinte años, llenándola continuamente de insultos y de dolores; y despues de tan largo y horrible martirio, acabó por hacerla condenar á muerte por una comision de apóstatas, dignos magistrados de tal soberana. Es verdad que la conducta moral de la reina María no habia sido de todo punto irreprensible; pero sus manos estaban puras de toda sangre inocente, y siendo ella misma víctima de una atroz conspiracion, jamas habia conspirado contra nadie; y de todos modos ella expió suficientemente las faltas de su vida con el heroísmo cristiano de su mnerte. Ved aquí las principales circunstancias de ella:

Habiendo sido pronunciada la sentencia de muerte contra María, contra todas las leyes de la justicia y de la hospitalidad, Isabel, tan hipócrita como feroz, se puso á representar la más odiosa comedia con respecto á la sentencia. Con las lágrimas del dolor en el rostro, y la alegría en el corazon, manifestó á los reyes de Europa, que se dejaron engañar, su gran sentimiento por verse obligada á hacer morir una parienta tan próxima, y se quejaba ante sus propios súbditos de que no hubiese entre ellos ninguno que quisiese librarla de la terrible necesidad de manchar sus manos con la sangre de una reina. Y sin embargo, por órden de ella misma se habia anunciado á la ciudad de Lóndres la sentencia de María por un repique general que duró una hora; y sin embargo, ella misma

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habia hecho que le dirigiese el Parlamento una peticion solicitando la pronta ejecucion de la sentenciada; y, en fin, en su propio nombre, su *digno* canciller, Bacon de Verulam, habia reprendido severamente, por una carta ministeral, á los dos carceleros de María por haber tardado tanto en *abreviar la vida* de su cautiva, despues de haber *jurado darle muerte, como miembros que eran de la asociacion protestante* (Lingard, tomo VIII). En efecto, la astuta mujer hubiera querido que alguno de sus dependientes, por medio de un asesinato, hubiese echado sobre sí toda la infamia del regicidio.

En cuanto á María, cuando le anunciaron que á las ocho de la mañana del dia siguiente le cortarian la cabeza, oyó esta horrible sentencia sin manifestar la más leve emocion y con una dignidad que llenó de admiracion y de ternura á los que estaban presentes. Ella hizo la señal de la cruz y dió los buenos dias á los que la rodeaban, diciéndoles: «Ya ha llegado al fin el dia que por tanto tiempo he deseado. Vedme aquí enferma despues de veinte años de prision. Yo no puedo, por consiguiente, terminar esta vida de una manera más feliz y más honrosa que derramando mi sangre por mi religion.» El Conde de Kent, renegado fanático, le dijo que renunciase á la supersticion papista y escuchase al predicador enviado por Isabel; pero María rechazó esta proposicion con horror y pidió por única gracia ser asistida por su capellan católico, lo que se le negó despiadamente, y al ver á las personas de su servidumbre prorumpir en gemidos y en lágrimas, les impuso silencio, diciéndoles: «No es este momento de llorar, sino de alegraros. Dentro de pocas horas veréis el fin de mis penás. Mis enemigos pueden ahora decir lo que les parezca para hacer que se me crea culpable; el conde de Kent acaba de revelar el secreto: *mi religion es la única causa de mi muerte;* resignaos, pues, y dejadme que me entregue á mis devociones.»

Despues de una larga y fervorosa oracion, habiendo sido llamada á comer, no tomó casi nada; sólo bebió algunas gotas á la salud de todos sus domésticos, pidiéndoles perdon, si alguna vez les habia dicho ó hecho alguna cosa ofensiva; y los domésticos le pidieron á su vez de rodillas que les perdonase las faltas que hubiesen cometido en su servicio. Ella lo hizo de todo corazon, y concluyó exhortándoles á que permaneciesen firmes en la profesion de la fe católica. En seguida escribió su testamento y tres cartas: á su confesor, al Duque de Guisa, su primo, y al Rey de Francia. Anteriormente habia escrito ya al arzobispo de San Andres, en Escocia, y al soberano pontífice San Pío V, para asegurarles que moria en la fe de la Iglesia. Retirándose despues á su gabinete con sus dos damas de honor, se puso á orar y á leer alternativamente, y á buscar su fuerza y su consuelo en la lectura de la pasion del Señor y de un sermon sobre la muerte del ladron arrepentido. Finalmente, ella aparentó querer reposar algunos instantes; pero se observó que no dormia, sino que sus labios estaban en un contínuo movimiento y que su espíritu parecia que estaba absorto en la oracion.

Al apuntar el dia distribuyó sus vestidos entre las personas de su casa, se despidió de ellas, abrazando á las mujeres y dando su mano á besar á los hombres, y se entró en su oratorio. Habiendo llegado el oficial de justicia á las ocho, la Reina mártir se levantó, tomó el crucifijo del altar en la mano derecha y su libro de oraciones en la izquierda, y siguió á su verdugo. Ella llevaba una cruz de oro al cuello y dos rosarios en la cintura. Se prohibió á sus servidores que la siguiesen; ellos insistieron, pero la noble heroína les obligó á resignarse, y volviéndose á ellos les dió su bendicion, besando unos sus manos y otros su manto. La puerta se cerró sobre ellos, y la sala resonó con sus gritos de dolor (Lingard, *ibid*).

Cuando bajaba la escalera, se encontró al pié de ella á su antiguo servidor Melville, que, al verla en medio de sus verdugos, cayó de rodillas ante ella, torciéndose las manos, sin poder articular una palabra, tanto era su dolor. «Buen Melville, le dijo María con un acento tranquilo y afectuoso, tú tienes más motivo para alegrarte que para llorar. Las penas de María Estuardo van á terminar. Yo te suplico que digas á todo el mundo que muero fiel á mi religion, á la Escocia y á la Francia. ¡Ojalá perdone Dios, como yo los perdono, á los que han estado mucho tiempo há sedientos de mi sangre! Da mis recuerdos á mi hijo, y dile que yo no he hecho nada perjudicial á la dignidad ó á la independencia de su corona. ¡Oh, Dios! Vos sois el autor de la verdad y la verdad misma; Vos conoceis todos los secretos más íntimos de mi corazon, y sabeis que estoy inocente del delito de que se me acusa.» Ella pide entónces por última gracia, y obtiene con mucha dificultad, que seis de los suyos, cuatro hombres y dos mujeres, se hallen presentes á su muer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te. Ella sufre con firmeza las miradas de los espectadores y la vista del cadalso, de la cuchilla y de los verdugos. Despues que le leyeron la sentencia, quiso arengar á los que se hallaban presentes; mas el inícuo predicador de Isabel la interrumpió, llenándola de imprecaciones y de ultrajes, é indicándole el infierno, dispuesto á tragarla si moria en la fe católica. Ella, sin alterarse, respondió estas únicas palabras: «Yo muero en la fe de mis padres.» Ella se puso á repetir en alta voz, en latin, largos pasajes de los salmos, y á pedir en inglés por la Iglesia de Jesucristo, perseguida en Inglaterra por Jacobo, su indigno hijo, y por Isabel, su verdugo. Ella protestó de nuevo con juramento su inocencia, diciendo: «Yo renuncio en presencia de Dios á toda esperanza de salvacion si he conspirado alguna vez contra la vida de la Reina, ó dado mi consentimiento ó mi consejo á alguno de los conspiradores;» y concluyó elevando el crucifijo y exclamando: «¡Así como tus brazos, oh Dios mio, fueron extendidos en la cruz, recíbeme en los de tu misericordia y perdóname mis pecados!» Vendándole entónces los ojos una de sus mujeres con un pañuelo que la Reina habia reservado para este uso, se puso María de rodillas, é inclinándose sobre el tajo, repitió muchas veces con una voz firme: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu.» El verdugo la hirió entónces con el hacha, y el infame predicador del anglicanismo exclamó: «Así perezcan todos los enemigos de Isabel.» Un solo hombre respondió: Amen. Éste fué el bárbaro Conde de Kent. Los demas comisarios y todos los espectadores, aunque ingleses y protestantes, se deshacian en lágrimas (Lingard, *ibid.*; Sevelinges, *Historia de María Estuardo*).

Es, pues, evidente que María Estuardo, Reina de Escocia, sólo fué inmolada por ser católica, y que su verdadero crímen no fué otro que el haberla tenido por una de las reinas católicas que, en presencia de la frialdad de los soberanos católicos por la causa del Catolicismo, áun á costa de su corona y de su vida, quisieron restablecer esta religion. Mas si ella no pudo destruir el protestantismo durante su vida, lo cubrió de una eterna infamia, por la muerte que recibió de manos de él; y de su sangre derramada por el Catolicismo, así como de la sangre de tantos millares de mártires de la misma fe, renacerá un dia la Inglaterra católica. Pero esto no sucederá, lo repetimos, hasta que una gran mujer católica llame al

Catolicismo al trono de San Eduardo, del que lo arrojó la hidra (1) de una mujer protestante.

Como en Irlanda no habia reinas, la mujer católica del pueblo fué quien salvó la fe romana. En vano el protestantismo ha gravitado sobre ese heroico país con todo el peso de un poder astuto, poderoso y brutal; las mismas leyes draconianas, las mismas persecuciones bárbaras, las mismas atroces injusticias, las mismas crueldades, tomadas de los emperadores paganos, que consiguieron protestantizar la Inglaterra, aplicadas á la Irlanda en una escala mucho mayor y con un exceso de sagacidad satánica, de obstinacion y de ferocidad, han podido empobrecerla, ensagrentarla y atormentarla; mas no han podido arrancarle su catolicismo, que constituye su fuerza, su gloria y su ventura. Y ¿por qué el anglicamismo ha encontrado en Irlanda esa resistencia invencible que le ha hecho fracasar? Esto consiste en que, habiendo conservado la mujer irlandesa, con la pureza de costumbres, toda la fuerza y el santo entusiasmo de la fe, no se ha doblegado jamas ante el refinamiento de la tiranía sajona. Esto consiste en que la barbarje de los procónsules de la herejía, armada del hacha, de la argolla y del tormento, se ha encontrado impotente ante el valor sobrehumano de la mujer irlandesa, que prefiere siempre, como la madre de los

(1) En la persecucion que esta misma odiosa mujer hizo á los católicos por espacio de cuarenta y cuatro años, no se contentó con renovar todas las especies de tormentos de que los antiguos tiranos habian hecho uso contra los cristianos, sino que inventó otros nuevos. Ved aquí un ejemplo, entre mil, de aquel refinamiento de barbarie: Margarita Middleton, gran señora de York, tenia en su casa un sacerdote católico para maestro de sus hijos. Acusada por este *gran crimen* ante los tribunales, fué ejecutada, por órden de la papisa Isabel, de la manera siguiente: despues que ella hizo su última oracion, se mandó á los verdugos que le quitasen sus vestidos. Ella suplicó arrodillada, lo mismo que las cuatro mujeres que la acompañaban, que, por respeto al sexo de la Reina y por honor de la humanidad, no la desnudasen; pero no fué escuchada, y lo único que pudo obtener fué que sus mismas mujeres fuesen las que le quitasen los vestidos y le pusiesen la túnica de ignominia de los condenados. En seguida la hicieron tenderse en el suelo, la colocaron bajo las espaldas una piedra aguda del tamaño de un puño, la ataron las manos y los piés á unos pilares para que no pudiese moverse, colocaron sobre ella una puerta y sobre la puerta un enorme peso de ochocientas libras. Al verse aplastada de este modo la santa mártir, exclamó: «¡Jesus, Jesus, tened piedad de mí!» y pocos instantes despues espiró. Le habian quebrado las costillas de tal modo, que los huesos salian á traves de la piel (Lingard, t. VIII).

Macabeos, ver morir á sus hijos como mártires, á conservarlos siendo apóstatas de la verdadera religion; en ese país de fe siempre era la mujer la que, con peligro de su vida y de la vida de cuantos amaba en el mundo, ocultaba en su casa al sacerdote, á quien la herejía perseguia por todas partes como una bestia feroz, le alimentaba, á pesar de su pobreza, le alentaba con el ejemplo de su heroísmo y con los santos artificios de su celo, le proporcionaba el modo de ejercer sobre su rebaño perseguido la caridad del ministerio y el ministerio de la caridad. Al leer la historia de la persecucion del Catolicismo en esa isla de santos, se ve en ella á la mujer católica desplegando la misma grandeza de alma, el mismo valor y la misma abnegacion de todas las riquezas del tiempo, por la esperanza de la eternidad, que la mujer cristiana, en iguales circunstancias, desplegó en los primeros siglos del Cristianismo, suministrando nuevas páginas á la historia de las glorias de la Iglesia y nuevas pruebas de su divinidad. Por consiguiente, si el protestantismo anglicano, con todo el poder de un gran Imperio, no ha podido establecerse en Irlanda, ha sido porque jamas ha podido arraigarse en la familia irlandesa, por la guerra que le ha hecho la mujer (1).

(1) Para recompensar á la mujer irlandesa por el mérito de haber conservado con su heroismo el Catolicismo en su patria, la ha elegido Dios para una importante mision, para la mision de propagar esta misma religion por todo el mundo. Ella era muy digna de esta recompensa. De los mártires se forman los apóstoles. ¡Oh, cuán admirable es la conducta que saca el bien del mismo mal! Dios ha permitido que el protestantismo inglés se haya ensangrentado tanto contra la Irlanda católica, y que la haya despojado de todo, hasta el extremo de verse obligada á ver expatriarse cada año un gran número de sus hijos para buscar en el extranjero el pan y el trabajo que se les niega en su suelo natal. Cerca de doscientos mil irlandeses, entre hombres, mujeres y niños, se ven obligados todos los años á cambiar su patria querida por los Estados-Unidos, por las Indias, por la Australia y por todas las islas diseminadas en la inmensidad del Oceano Pacífico, y establecerse allí. Pero, con su pobreza, llevan ellos á todos esos países el tesoro inefable del fervor de su fe y de la pureza de sus costumbres, y forman en ellos asociaciones católicas, que las emigraciones sucesivas hacen cada vez más numerosas. Ha sido necesario darles sacerdotes y obispos. Debe hacerse al Gobierno inglés la justicia de decir que provee con generosidad á la manutencion de esos sacerdotes y de esos obispos que cuidan de la emigracion irlandesa en esas colonias. Por causa de esas emigraciones, que, en la primera mitad de este siglo, han esparcido ya cerca de diez millones de católicos en esos países remotos, veinte y seis sillas episcopales se encuentran ya establecidas tan sólo en los Estados-Unidos;

Lo mismo ha sucedido en Suiza: si á pesar de la fuerza de sus armas y el terror de sus hogueras, el calvinismo, triunfante en la mayor parte de esa region, otras veces tan cristiana, ha fracasado en el resto de ella, consiste en que ha sido rechazado por una resistencia tenaz que le ha opuesto el celo indomable de las mujeres, más bien que por el valor de los hombres. Consiste en que los prodigios de valor, de abnegacion y de heroismo de la mujer católica irlandesa han sido renovados por la mujer católica suiza, por la

y muchas provincias eclesiásticas, con sus metrópolis, se han formado ya en las Indias y en la Polinesia. Ved aquí, pues, en los nobles hijos de Irlanda un pueblo mártir convertido en un pueblo de misioneros, que lleva consigo el conocimiento de la verdadera religion de Jesucristo á los pueblos herejes, idólatras ó salvajes que lo rodean. Con este designio ha dispuesto Dios indudablemente que la heroica Irlanda no encuentre en esta tierra más que la miseria y el destierro por única recompensa de su fidelidad á la verdadera religion. Con este mismo designio permitió Dios en otro tiempo que el pueblo judío fuese subyugado por los príncipes extranjeros y llevado prisionero por toda el Asia; este pueblo esclavo llevaba por todas partes donde se establecía, en medio de las naciones idólatras, el conocimiento y el culto del Dios único, del verdadero Dios y de su Mesías, que habia de venir.

Pero el mérito y la gloria de esta grande mision que ejerce en todas partes la emigracion irlandesa recae sobre la mujer. Esos bellos hombres de Irlanda son todavía más bellos y más admirables por la obediencia á sus jefes, por su amor á la disciplina y al trabajo, y por su probidad á toda prueba, en el campo, en el taller ó en la campaña, porque son católicos fervorosos, y son católicos fervorosos porque sus madres han hecho que lo sean. Los periódicos ingleses están llenos en estos dias de cartas que los soldados irlandeses que pelean en la Crimea escriben á sus madres. Es imposible encontrar en otra parte sentimientos más nobles ni más afectuosos. En una de estas cartas se lee lo siguiente: «Madre, yo me hallo herido de gravedad, pero estoy contento. He cumplido con mi deber. Segun vos me habiais aconsejado, ántes de ir al combate me confesé y recibí la comunion, como para morir. Por eso me he batido como un leon. Acabo de recibir otra vez los Santos Sacramentos, y si viene la muerte, me hallo dispuesto para presentarme delante de Dios. Si vivo, iré á pelear de nuevo por la gloria de las armas de mi país. Todos mis compañeros católicos se hallan con las mismas disposiciones. Ellos se han acordado tambien de los consejos de sus buenas madres, y han comulgado conmigo. Madre, consolaos y consolad á las que tienen aquí sus hijos; todos nosotros somos lo que vosotras nos habeis hecho, católicos y amantes de Irlanda, nuestra patria.» Así es como la mujer católica irlandesa, por la sólida instruccion que da á sus hijos respecto á la religion, da héroes á su patria y misioneros á la Iglesia. ¡Oh, cuán grande, cuán magnífica y cuán gloriosa es la mision que ella ejerce en el silencio y en la oscuridad de sus cuidados domésticos, y cuán capaz es de indemnizar á su patria, esa tierra clásica de la fe y del heroismo, de su largo martirio y de todos sus dolores!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misma santa causa y con el mismo resultado. De modo que, así como el establecimiento del protestantismo en Inglaterra y la conservacion del Catolicismo en Irlanda han sido obra de las mujeres, de la misma manera, por causa de las mujeres, una parte de la Suiza ha permanecido católica y la otra se ha hecho protestante (1).

El mismo fenómeno histórico tuvo lugar en el mismo tiempo en Alemania. El celo de los eclesiásticos que se apresuraron á combatir la herejía luterana desde el momento en que apareció allí, y la piedad de los príncipes que permanecieron fieles al Catolicismo y que pusieron fuera de la ley al protestantismo en los países sujetos á su obediencia, contribuyeron mucho al sostenimiento de la fe de la Iglesia en Baviera, en Hannover, en Austria y en Hungría. Pero esos eclesiásticos y esos príncipes fueron animados é impulsados á la guerra que hicieron al protestantismo por el ejemplo de la firmeza de las mujeres y por sus inspiraciones; lo que impidió, por consiguiente, que se estableciese en esos países y que invadiese toda la Alemania, fué que las mujeres de esos diversos países no aceptaron la doctrina de Lutero, y que habiéndole cerrado la puerta de sus casas, y proscribiéndolo de sus familias, lo hicieron imposible en el Estado.

Suecia tuvo tambien su reina María en la persona de Catalina, hija de Segismundo Augusto, Rey de Polonia, y casada con Juan, Duque de Finlandia, en 1562. Poco tiempo despues de este matrimonio, el furioso calvinista Enrico XIV, que ocupaba el trono de Suecia, puso en prision en el castillo de Griasholm al duque Juan, su hermano, y Catalina se obstinó en participar de la suerte de su desventurado esposo, encerrándose en la misma prision que él; pero, siendo una esposa verdaderamente católica, al prodigarle todos los cuidados de la más heroica abnegacion se apresuró á

(1) Los indígenas convertidos entran en corto número en la formacion de tantas cristiandades florecientes como surgen en la actualidad, como por encanto, en las partes del mundo más remotas, en medio de la supersticion y de la barbarie. Ellas se componen, en su gran mayoría, de los católicos, no sólo de Irlanda, sino tambien de Alemania y de Suiza, á quienes la injusticia y la intolerancia de esos países obligan á abandonar la Europa para buscar en otra parte el pan y conservar su fe. Así, pues, en todo cuanto hemos dicho de la mision que ejerce la mujer católica de Irlanda, de propagar y establecer el Catolicismo por todo el mundo, nos referimos igualmente á la mujer católica alemana y suiza.

salvar su alma. El Duque de Finlandia habia sido educado en la doctrina de Lutero. Sin embargo, la firmeza, el valor, las muestras de afecto, los encantos de la dulzura, y sobre todo, la fe incontrastable y la elevada piedad de su admirable esposa hicieron en él tal impresion, que quiso hacerse católico. Catalina habia llevado consigo á Suecia algunos eclesiásticos polacos, animados de su mismo celo por la verdadera fe. Llena de un santo gozo al ver las disposiciones de su esposo querido, lo confió á ellos para què le acabasen de instruir y le reconciliasen con la Iglesia; y ellos acabaron tambien la importante conquista que el celo de una mujer habia comenzado, que cuando presentaban á Juan las obras de Lutero, las rechazaba diciendo: «Eso es estiércol (*stercora sunt*); yo no las quiero ya.» Habiendo llegado despues Catalina á ser reina de Suecia, por sí misma renovó allí los prodigios que la Reina María habia obrado en Inglaterra para restablecer el Catolicismo. Ella solicitó y alcanzó que el Papa le enviase por nuncio, para que le ayudase en su grande empresa, al célebre P. Possevin, de la Compañía de Jesus, tan gran político como consumado teólogo, y el mayor enemigo del paganismo literario de su tiempo (1). Por el cuidado de la santa reina, el representante de la cabeza de la Iglesia fué recibido con los más grandes honores en un reino tan enemigo poco ántes de la Iglesia, y por su actividad y su celo, la obra milagrosa de la vuelta de Suecia extraviada al redil de San Pedro, fué consumada casi al mismo tiempo de principiarse, con muchas alabanzas y bendiciones que le dirigió la Santa Sede. Pero á Catalina de Suecia, lo mismo que á María de Inglaterra, sólo le faltó el tiempo (habiéndola arrebatado la muerte demasiado pronto) y un sucesor digno de ella para afirmar la verdadera fe en Suecia, lo cual hubiera evitado la guerra de treinta años á Alemania y á Polonia, y tantas desgracias á la Europa (Theiner, *La Suède et la Sainte-Siège, etc.*, París, 1842).

(1) Véase en la obra *Du Catholicisme dans l'éducation* (París, 1842) su célebre discurso á la república de Luca, en el que el gran orador ha condenado, con el celo y la elocuencia de un Crisóstomo, la ligereza y el escándalo de educar á los jóvenes cristianos con los autores paganos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ LXI. — Por el celo de la mujer católica se ha salvado igualmente el Catolicismo en Italia, en España, en Bélgica y en Francia. — La venerable Úrsula Benincasa. — Santa Teresa. — Margarita II, regente de los Paises-Bajos. — Catalina de Médicis; su magnífico retrato por Fleury. — Lamentables cualidades de los tres reyes, sus hijos. — Ella fué quien preparó el camino á Enrique IV y salvó la monarquía y el Catolicismo en Francia. — La liga que, á pesar de sus faltas, contribuyó al mismo objeto, no fué otra cosa que la expresion de los sentimientos de la mujer francesa, esencialmente católica.

En Italia igualmente fué una mujer, la venerable madre Úrsula Benincasa, fundadora de los *ermitaños teatinos*, quien se apercibió de los errores que los famosos heresiarcas Pedro Vermille y Bernardino Ochin, enviados por Lutero para protestantizar aquel hermoso país, esparcian en Nápoles. Ella fué quien despertó contra las nuevas doctrinas el celo del clero, y en particular de aquel gran apóstol San Andres Avelino, que habiendo confundido y arrojado de la ciudad á los astutos y elocuentes emisarios de Satanas, sin perderlos de vista los persiguió en todos los puntos de Italia y los obligó á retirarse á Ginebra. Herederos del espíritu y del celo de su santo fundador por la pureza de la fe, los clérigos regulares, compañeros de San Andres Avelino, tuvieron tambien mucha parte en la persecucion que se hizo entónces en Italia á los satélites de la impiedad, y tanto, que el Soberano Pontífice dijo: «Nos y nuestra Sede Apostólica estamos muy reconocidos á los clérigos regulares por lo que han hecho para librar á Italia de la herejía luterana.» Pero en Roma, en Florencia, en Génova, en Plasencia, en Milan, en Venecia, lo mismo que en Nápoles, la mujer católica era la primera que gritaba: «¡Al lobo de la herejía!» y hacía que el clero le siguiese las huellas.

En tanto que la venerable Úrsula, el apóstol de la ciudad de Nápoles (1), trabajaba para arrojar la herejía de Italia, otra grande

(1) La vida prodigiosa de esta sierva de Dios fué examinada y aprobada en Roma, por comision de la Santa Sede, viviendo todavía Úrsula, por el gran maestro del espíritu, San Felipe Neri, que la envió á Nápoles para que continuase allí el bien inmenso que hacía, diciéndole: «Id y orad continuamente por la Iglesia»; y puso sobre su cabeza su propio bonete clerical. Por esta razon la pintan con el bonete clerical á su lado. Sus virtudes, despues

y sublime mujer, Santa Teresa, hacía prodigios de celo para cerrarle las puertas de España. Esta ilustre vírgen es mirada con razon por todos los escritores eclesiásticos como una de las más grandes é imponentes figuras de la Iglesia católica en estos últimos tiempos. Porque, en efecto, reuniendo el celo de los apóstoles á la pureza y al amor de Dios de los ángeles, y abrazando, en la grandeza de su caridad, el cuidado de la salvacion de todos con el mismo ardor que el de la suya propia (1), concibió la idea de restaurar las glorias del Carmelo, y otorgó por sí misma una regla admirable, que tiene el sello de la inspiracion divina, no sólo para las mujeres, sino tambien para los hombres (2); y esto con el fin de despertar, por medio de grandes ejemplos, el espíritu de penitencia, de oracion y de piedad, adormecido por mucho tiempo en su patria. Ella consiguió tambien, siendo una pobre vírgen, privada de todo auxilio humano, y á pesar de la oposicion que le hicieron muchas veces los grandes del mundo, fundar en pocos años treinta y dos monasterios, encargados de esparcir y popularizar en España la perfeccion del Evangelio, lo cual no pudo hacerse sin el auxilio de la poderosa bendicion de Dios (3); y miéntras que, en la mayor parte de las fundaciones de Órdenes religiosas, el hombre ha sido el primer actor y la mujer no ha hecho otra cosa que venir en su ayuda (*Adjutorium simile sibi*), aquí la mujer fué el actor principal, y San Juan de la Cruz, ese prodigio viviente de penitencia y de celo, no fué otra cosa que el compañero, el ministro y el coad-

del acostumbrado exámen, han sido declaradas solemnemente *en grado heroico* por un decreto del Sumo Pontífice Pio VI. No falta más que un milagro obrado por su intercesion para proceder á su beatificacion. Pero lo que es muy extraordinario es que, apénas murió, cuando fué nombrada y venerada como protectora de la ciudad de Nápoles en presencia de Dios; que la misma ciudad, por medio de sus representantes, se obligase á hacer por sí misma todos los gastos de su canonizacion, y que entre tanto vaya todos los años á invocar su proteccion, llevando una ofrenda á su sepulcro.

(1) «Angelicis dotata virtutibus, non modo propriam, sed publicam etiam salutem, solicita charitate curavit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Severiorem veterum Carmelitarum regulam, Deo aflante, primum mulieribus, deinde viris observandam proposuit.» (*Ibid.*)

(3) «Effloruit in eo consilio omnipotens miserantis Dei benedictio; nam duo supra triginta monasteria, inops virgo, potuit ædificare, omnibus destituta auxiliis, quin imo adversantibus plerumque sæculi principibus.» (*Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jutor que Dios le dió (1). Pero la mayor gloria, la verdadera gloria de Santa Teresa, no consistió en haber restablecido la verdadera piedad en España, sino en haber contribuido más que todos á sostener la integridad de la verdadera fe. Ella, sin perder jamas de vista á los herejes, que habian conseguido introducirse en esta católica nacion, los señalaba á la vigilancia del clero y á la represion de la autoridad. Sin que sea nuestro ánimo justificar todos los actos, algunas veces demasiado severos, de la política de Felipe II para alejar de los vastos dominios de la corona de España el contagio de la herejía luterana, es indudable que este rey fué el único soberano que no transigió con la herejía, que le hizo una sangrienta guerra, que proyectó una inmensa expedicion contra Isabel, Reina de Inglaterra, que recibió sin tantas formalidades el Concilio de Trento y sus reformas eclesiásticas en sus estados, y que puso todas sus riquezas y su poder á disposicion de la Iglesia. Pero, ademas de la feliz influencia que una piadosa princesa de la casa de Francia, Isabel, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, ejerció sobre Felipe II para afirmarle en esta conducta que hizo de él el verdadero monarca católico de su época, se sabe que esta princesa se valia mucho de los consejos de Santa Teresa; que de las conversaciones y de la correspondencia epistolar que tenía con esta admirable mujer adquiria ella el celo y la constancia para la represion del error y la defensa de la verdad católica. Así, pues, Santa Teresa, cuyos inmortales escritos la han hecho el príncipe de los teólogos místicos del siglo XVI, puede ser considerada tambien como el martillo de la herejía en la misma época, el sosten del Catolicismo, el personaje más elevado y el verdadero apóstol de España.

Al mismo tiempo que Felipe II, inspirado por una santa mujer, salvaba la fe en España, Margarita II, hija tambien de Cárlos V, inspirada por un grande hombre, hacía lo mismo con los Países-Bajos, adonde Felipe, su hermano, la habia hecho ir expresamente desde Italia para que se encargase de su gobierno. Esta era una princesa tan notable por su talento, por su sabiduría y por su valor como por su piedad. Declarada gobernadora de aquellas provin-

(1) «Sanctæ Theresiæ Sanctus Joannes à Cruce comes divinitus datus est; ut primevam Carmeli observantiam, inter fratres, Joanne adjutore, restitueret.» (*Brev. Rom.*)

cias, y fuerte con el concurso y las luces del célebre cardenal Commendon, en quien habia depositado toda su confianza en los negocios relativos á la religion, se burló de todas las intrigas del príncipe de Orange, fogoso calvinista, que trataba de introducir la herejía en los Países-Bajos con el fin de poderlos subyugar. Ella se opuso, con una firmeza de que muchos soberanos de aquella época carecieron, á las exigencias y á las invasiones de los protestantes armados, á quienes el apoyo de los príncipes de Alemania habia hecho indolentes en el más alto grado; ella desplegó la misma energía que su hermano contra los herejes, y el mismo celo que él para adoptar el Concilio de Trento en los países sujetos á su dominio y para mantener en ellos la autoridad del Papa y la fe de la Iglesia. De modo que tambien por una mujer se conservó el Catolicismo en Bélgica.

Pero en ninguna parte ha sido más feliz ni más eficaz que en Francia el concurso y la influencia de la mujer católica para el sostenimiento del Catolicismo. Los escritores que han considerado al través del prisma de las pasiones de partido los grandes acontecimientos de que fué teatro la Francia al fin del siglo XVI, no han vacilado en atribuir á Catalina de Médicis, esposa de Enrique II y madre de Francisco II, de Cárlos IX y de Enrique III, todos los males de que estuvieron á punto de ser víctimas la monarquía y la religion en aquel país. Nosotros nos inclinamos más bien á la opinion de aquellos que, habiendo penetrado bien el espíritu y la conducta de aquella princesa, le atribuyen, por el contrario, el mérito de haber salvado á la religion y á la monarquía del abismo que amenazaba tragarlas. Estamos muy léjos de aprobar todas las medidas que, con este doble objeto, aconsejó y adoptó ella misma. Sabemos que la justicia del fin no puede excusar jamas la iniquidad de los medios empleados para conseguirlo; sabemos que el asesinato no es permitido jamas, ni áun para hacer triunfar el Evangelio, y convenimos con Fleury en que Catalina hizo ciertas cosas que es imposible justificar. Mas á pesar de que concedemos una parte tan ámplia á la imparcialidad histórica, nos es imposible encontrar exagerado este magnífico retrato que el mismo historiador hizo de la referida Reina, y que cualquier soberano desearia merecer:

«No puede negarse, dice, que esta princesa tuvo todas las perfecciones del cuerpo y del espíritu: un aspecto majestuoso, un aire

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de grandeza y de autoridad que sabía imponer, unos modales nobles y afectuosos, un genio vasto y un espíritu agudo, delicado y penetrante, un talento maravilloso para los negocios y una habilidad singular para inclinar los espíritus á donde ella quería, un valor varonil y una grandeza de alma que le inclinaba naturalmente á todo cuanto existia de más elevado. Su prudencia se manifestó durante los treinta años que gobernó la Francia. Ella tenía un carácter afable, una magnificencia régia y una inclinacion extraordinaria á todas las cosas grandes; ademas, ella era generosa hasta el exceso, afecta á las personas honradas, irreconciliable con los malvados y cuidadosa de no elevar ni favorecer demasiado á sus domésticos ni á los que estaban á su servicio.» (Libro CLXXVIII, § 80.)

En efecto, aquel era el tiempo en que, víctima de las turbulencias y sediciones que habian excitado los hugonotes, sostenidos por el favor de los príncipes y de los ejércitos extranjeros, estaba Francia agitada por las disputas teológicas, dividida por las facciones, y ensangrentada por la guerra civil más encarnizada y más feroz, de la que la religion fué muchas veces el motivo, y muchas más aún el pretexto. Por otra parte, los tres reyes, hijos de Catalina, que, en vida de ella, se sucedieron entónces en el trono de Francia, eran unos cristianos de fe vacilante y de costumbres relajadas; eran unos hombres sin talento y sin carácter; eran unos príncipes vanos hasta la fatuidad, débiles hasta la bajeza, imprudentes hasta la temeridad, severos hasta la barbarie, inciertos en sus consejos, violentos en sus arrebatos y que comprometian la autoridad á fuerza de querer hacerla valer, en perjuicio de la justicia, por medios que la razon desaprueba y la religion condena. Eran, por consiguiente, absolutamente incapaces de hacer frente á tantas borrascas y de conjurar tantos peligros. Pues bien: en una situacion semejante, con unos soberanos tales, no se puede pensar sin estremecerse lo que hubiera sido de la fe católica y de la monarquía francesa si la Reina madre, con su vasto genio, con su maravilloso talento, con su singular destreza, con su grandeza de alma y su ánimo varonil, no hubiera estado allí dirigiendo los negocios á nombre de sus hijos y ayudándoles con los consejos de su sabiduría y con el ejemplo de su firmeza. Nombrada regenta por primera vez á la muerte de Enrique II, su esposo, lo fué por segunda vez por los Estados de Orleans, á la muerte de Francisco II, y por

tercera vez, á la muerte de Cárlos IX, por este mismo rey. Ved aquí, pues, una prueba de que, en la opinion de los representantes del país y en la de la córte, en las circunstancias difíciles en que se encontraba la Francia, no podia pasar sin el espíritu varonil y el brazo de hierro de esta mujer, y que ella era el único personaje capaz de salvar entónces la nave del Estado, engolfada entre tantos escollos y combatida por tantas tempestades.

Dominada en toda su conducta por la idea de que Francia, esencialmente católica y esencialmente monárquica, no podía verse tranquila y dichosa sino á la sombra del poder hereditario y del Catolicismo, por una parte tuvo ella siempre á Enrique de Navarra, aunque hugonote, por heredero legítimo de la corona de Francia, en su casa, lo cual hizo que los de la Liga echasen en cara á la Reina que simpatizaba con la herejía; y por otra parte, hizo siempre la guerra á la herejía, única causa de las desgracias del reino, y esto fué causa de que los hugonotes le echasen en cara haber simpatizado con la rebelion. El hecho es que, al hacer la guerra á la herejía, salvó al Catolicismo en Francia, y al estar de parte de Enrique de Borbon, salvó igualmente la monarquía. Con su sagacidad profunda habia conocido la bella alma de Enrique IV, y áun cuando en la conferencia que tuvo con este príncipe en San Bricio, adonde fué expresamente para obligarle á hacerse católico, fracasó, jamas desesperó de su conversion. Animada de esta esperanza, al tiempo de su muerte encargó á Enrique III, su hijo, que se entendiese con el rey de Navarra y que no violentase las conciencias. Estas solas palabras encerraban todo un sistema de gobierno, todo un programa de una política ámplia é ilustrada, la única que podía convenir entónces á Francia, y ellas sirvieron de pedestal á Enrique IV para subir al trono, porque, acordándose Enrique III, al morir, de las últimas palabras de su madre, declaró á Enrique IV por su sucesor y obligó á los grandes que rodeaban su lecho de muerte á que reconociesen á este príncipe por su legítimo Rey. De modo que á una mujer debe la Francia haber conservado, en los momentos más difíciles que presenta su historia, la legitimidad de la religion y la religion de la legitimidad.

Este celo de Catalina por mantener la fe católica en Francia fué imitado por las mujeres más principales de la aristocracia francesa; y si el calvinismo feroz, cuyos furibundos apóstoles eran los hugo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

notes, no pudo extenderse en Francia, á pesar de las poderosas simpatías que habia encontrado en la córte, en el palacio, en el Parlamento y áun en el clero mismo, no fué tanto porque ciertos teólogos lo combatieron y ciertos príncipes lo proscribieron, cuanto porque las mujeres no lo aceptaron, y porque las mujeres no lo aceptaron fué por lo que estos teólogos lo combatieron con buen éxito, y estos príncipes lo proscribieron, y la accion de la Santa Sede contra esta herejía, que amenazaba invadir toda la nacion cristianísima, tuvo los más felices resultados.

Nosotros creemos que Enrique IV se convirtió sinceramente al Catolicismo, porque sólo despues de haber conquistado su trono con la espada, sólo despues de largas reflexiones y de sérias discusiones, á las que asistió en persona, sólo despues de haberse hecho instruir y haberse convencido de la falsedad de la doctrina de Calvino y de la verdad de la fe romana, fué cuando se decidió á hacer su abjuracion con la mayor solemnidad. Pero las mujeres tuvieron tambien mucha parte en esta conversion. La princesa Catalina de Borbon, su hermana, María de Cleves, esposa del príncipe de Condé, y Francisca de Orleans, su suegra, habiéndose decidido á hacerse católicas de resultas de várias conferencias acerca de la religion, tenidas con el padre jesuita Maldonado y el ministro Suero del Rosal, que acababa de adjurar sus errores y de convertirse en apóstol del Catolicismo, consiguieron acabar de decidir al rey Enrique á abrazar el mismo partido. En la carta que el mismo Enrique dirigió al Pontífice el dia 3 de Octubre de 1572, al expresarle su vivo dolor por haber estado tanto tiempo excluido de la comunion de la Iglesia por la falsa doctrina en que habia sido instruido desde su juventud, le declaró que, por los sabios consejos que le habia dado, entre otras, la Reina madre, habia reconocido sus errores.

La Liga, aquella expresion fiel del espíritu frances respecto á la religion y á la política, á pesar de los crímenes y de los errores de sus jefes; la Liga, que, á pesar de sus defectos, hizo imposible el protestantismo en Francia, representó principalmente la opinion y los sentimientos de la mujer francesa respecto á estos mismos objetos; la mujer fué quien los inspiró y los hizo valer. Y sólo cuando el Bearnes (Enrique IV) consintió al fin en *oir misa*, y tranquilizó con este solo hecho la alarma religiosa y la susceptibilidad católica

de las mujeres, fué cuando la Liga desapareció, como que ya no tenía fuerza ni apoyo, ni razon de existencia.

Esto consiste en que en la mujer católica francesa hay una especie de instinto esencialmente católico que le hace odiosa, antipática ó indiferente toda religion que no sea el Catolicismo. El sexo femenino, en su generalidad, jamas será protestante en Francia. Su buen sentido le hace conocer á primera vista que el luteranismo, el calvinismo, el pietismo, el metodismo, el cuaquerismo, no son otra cosa que unas farsas religiosas más ó ménos odiosas, más ó ménos absurdas, más ó ménos ridículas. La mujer francesa será católica ó no será nada, y lo mismo sucederá á la Francia; y la revolucion francesa, con todas sus consecuencias, no hizo otra cosa, como lo vamos á ver, que demostrar más y más estas disposiciones de la mujer francesa y de la Francia entera en favor del Catolicismo.

§ LXII.—Ojeada general sobre el concurso de la mujer católica en los grandes trabajos de los santos de los tiempos modernos para la reforma de costumbres y para el desarrollo del espíritu del Catolicismo.—Consideraciones sobre este concurso, particularmente en Francia.—San Francisco de Sales debió á las santas mujeres el pensamiento de sus mejores escritos y el espíritu de dulzura que en ellos se encuentra.—Santa Francisca de Chantal, ayudando á San Francisco de Sales en la fundacion de la Orden de la *Visitacion*.

Al mérito y á la gloria de haber contribuido tanto á detener los estragos del error y á conservar pura é intacta la fe de la Iglesia, ha añadido la mujer católica de los tiempos modernos el mérito y la gloria de haber contribuido prodigiosamente á la reforma de las costumbres, á la restauracion de la verdadera piedad y á la firmeza y desarrollo del Catolicismo. Al lado de tantos santos fundadores de nuevas Órdenes religiosas, y de tantos otros santos de las mismas Órdenes y de todas las clases del pueblo cristiano, suscitó Dios en la misma época un número prodigioso de santas mujeres, llenas del mismo espíritu, para que le sirviesen de auxiliares (*Adjutorium simile sibi*) en la grande empresa de combatir los vicios, de hacer florecer las virtudes, de multiplicar y variar hasta el infinito las obras de caridad del Evangelio y de mantener siempre vivo en la Iglesia el espíritu de santidad, con el fin de mostrar de esta suerte á los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más ciegos que la Iglesia católica, en la que únicamente se obran estas maravillas, es la única santa, y por consiguiente la única verdadera Iglesia. De modo que esos nuevos héroes del Cristianismo, obispos, sacerdotes, religiosos, legos, mártires, apóstoles, doctores, reformadores, inocentes ó penitentes, lo mismo que en los siglos anteriores, casi nada hicieron de grande, de útil y de durable sino por el concurso y la cooperacion de las mujeres. Tres de los grandes taumaturgos del celo y de la virtud cristiana de estos últimos tiempos, San Cayetano, San Ignacio de Loyola y San Cárlos Borromeo, se encontraron en este mismo pensamiento, á saber: *que el medio más á propósito para reformar las costumbres del pueblo cristiano, y conservar en él el espíritu de la verdadera piedad, es la frecuencia de los sacramentos de la confesion y de la comunion.* Siguiendo las huellas del primero de estos tres grandes hombres, que, segun el *Breviario, Sanctissimæ Eucharistiæ frequentiorem usum maxime promovit*, los otros dos trabajaron en este sentido para conseguir el mismo objeto, y lo consiguieron; pero esto fué porque consiguieron ante todo atraer á las mujeres á estas grandes prácticas del Cristianismo, y por medio de las mujeres consiguieron tambien atraer á los hombres; de modo que raras veces se ha visto ni se ve en nuestros dias á los hombres acercarse al tribunal de la penitencia ó á la sagrada mesa sin ser impulsados á ello por las mujeres.

La Italia ha tenido en estos últimos siglos, entre otras, á la bienaventurada Bartolomea Vagnesi, á la bienaventurada María de las Cinco Llagas, á Santa Verónica Guiliari, á Santa Catalina de Bolonia, á Santa Catalina de Génova, á Santa Catalina de Mattei, á Santa Catalina de Rizis, á Santa María Magdalena de Pacis, á Santa Jacinta Marescotti, á Santa Angela Merezi y á Santa Victoria Fornari. España, ademas de la sublime Santa Teresa, se gloria de las bienaventuradas Catalina de Palma, María de Cardona y María de Palencia. La Francia puede recordar con vanidad á Santa Francisca de Chantal, á sus bienaventuradas Alacoca, Germana de la Encarnacion y Clotilde, hermana de Luis XIV. La misma América ha tenido á Santa Rosa de Lima y á la bienaventurada Mariana de Paredes. Pues bien; es imposible formar una idea del bien que estas Santas, lo mismo que otras muchas que, sin haber conseguido el título de santas ó de beatas, tuvieron la dicha de elevarse á la perfeccion de la santidad, han hecho en estos últimos tiempos á la

Iglesia y á los Estados donde han vivido. Ellas han renovado todos los prodigios de celo y de caridad de las santas de la escuela de San Jerónimo y de San Juan Crisóstomo, en *la época de los padres*, y los mismos prodigios que Santa Brígida, Santa Francisca Romana, Santa Juliana y Santa Catalina de Sena obraron en *la Edad Media*. No hay una fundacion piadosa, no hay una empresa de celo á la que estas santas mujeres no hayan contribuido de alguna manera.

Todas las iglesias, todos los conventos y los hospitales que en los tres últimos siglos se han multiplicado de una manera prodigiosa para bien de la religion y de la humanidad; en todas las partes del mundo, y que han tenido á un hombre por fundador, han sido edificados por las instancias y con el auxilio de ciertas mujeres piadosas y consagradas á la causa de la religion y de la desgracia. Pero no podemos hacer referencia de todas estas obras, porque esto sería volver á comenzar nuestro trabajo. Nos limitarémos, por consiguiente, á Francia, donde escribimos, é indicarémos tan sólo algunos ejemplos del poderoso auxilio que la mujer católica ha prestado á los grandes hombres de este país, que en estos mismos siglos han hecho más por la Iglesia y por el Estado.

El primer lugar en este pequeño catálogo de los elevados personajes franceses, ayudados por las mujeres en la práctica del bien, pertenece de derecho al amigo y consejero de Enrique IV, al ángel de la dulzura, al apóstol de la verdadera devocion, San Francisco de Sales, cuyo nombre no puede pronunciarse sin sentirse atraido por el Catolicismo, que le hizo tan grande, pero por el concurso de las santas mujeres. Ya hemos oido más arriba (tomo I) á Mr. Capefigo, que atribuye á la influencia de las santas y admirables matronas romanas del siglo IV ese espíritu de piedad y de dulzura, esos sentimientos delicados que constituyen en gran parte el mérito y el encanto de las inmortales cartas de San Jerónimo. Pues bien, no creemos que nos engañemos al afirmar que San Francisco de Sales debe igualmente á sus conversaciones virginales con Santa Francisca de Chantal y con el gran número de señoras piadosas á quienes dirigia en el camino de la salvacion y de la perfeccion cristiana, esa uncion deliciosa, esa suavidad celestial y ese perfume exquisito de piedad que reinan en todos sus escritos. Entre las señoras á quienes el Santo dirigia, fuera de su diócesis y de las co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

munidades religiosas, se encontraba una parienta suya; y no pudiendo instruirla de viva voz, le escribió muchas cartas sobre el modo de santificarse en médio del mundo. Ella formó una coleccion de estas cartas, y habiéndolas mostrado al gran maestro del espíritu, el padre jesuita Texier, se llenó de admiracion al verlas, y obligó al autor á que revisase su trabajo y lo publicase, para gloria de Dios y bien de las almas que deseaban practicar la verdadera devocion sin ser obligadas á dejar el siglo. El Santo accedió á sus instancias. Dió un nuevo órden á sus cartas y formó de ellas su admirable tratado de la *Introduccion á la vida devota*, que le ha colocado en el primer lugar de los autores ascéticos y de los verdaderos reformadores de las costumbres del pueblo cristiano.

En el prólogo de esta inmortal obra, que equivale á muchos gruesos volúmenes, se expresa el santo autor de este modo: «Casi todos los que han tratado de la devocion se han propuesto la instruccion de las personas retiradas absolutamente del mundo, ó al ménos han enseñado una especie de devocion que conduce á ese retiro absoluto. Mi intencion es instruir á los que viven en las ciudades, en las casas particulares ó en el palacio, y que, por su condicion, se ven obligados á vivir como los demas en cuanto al exterior. Yo dirijo mis palabras á Filotea, porque queriendo reducir á la utilidad de muchas almas lo que escribia al principio para una sola, llamo con un nombre comun á todas las que quieran ser devotas: Filotea quiere decir amante ó amorosa de Dios.» Mas es fácil conocer que esta inmortal obra, cuyo motivo fué suministrado al Santo por una mujer, fué destinada para indicar especialmente á las mujeres que vivian en medio del mundo un camino fácil y seguro: *Facile et tutum iter* (*Brev. Rom.*), por el que pudiesen elevarse á la más alta perfeccion. Lo mismo puede decirse de su célebre *Tratado del amor divino*. Los nueve volúmenes de sus admirables cartas, que en nada ceden á las de San Jerónimo y San Bernardo, pero que no son leidas, ni áun conocidas tanto como merecen, no son otra cosa que unos pequeños tratados sobre los deberes, sobre las virtudes, sobre las prácticas del Cristianismo perfecto, para uso de las mujeres, á quienes están dirigidas casi todas. Conocia muy bien este gran evangelista de la caridad de Dios y de la verdadera devocion, que el medio más eficaz de hacer germinar esas hermosas flores del Evangelio en los terrenos cenagosos del mundo, es el

de plantarlas primero en el corazon de la mujer; porque ella no puede ser sincera y sólidamente devota sin hacer que el hombre lo sea igualmente.

Es tambien muy fácil conocer que las grandes prácticas que el autor recomienda en sus preciosos escritos, no tanto las sacó de su propio espíritu y de su propio corazon, cuanto del espíritu y del corazon de tantas santas mujeres como le rodeaban y cuyos ejemplos tenía siempre á la vista, y que, como confesó San Ambrosio con respecto á su obra sobre la virginidad, la vida de ellas fué lo que San Francisco de Sales propuso como regla de conducta; sus actos de piedad fueron formulados por él en preceptos y en leyes de la verdadera devocion. Así, pues, su libro inmortal de la *Introduccion á la vida devota*, escrito para instruir á una mujer, inspirado por el celo y la santificacion de las mujeres, y formado en gran parte por la vida práctica de las más santas de entre ellas, puede ser considerado, en cierto modo, como obra de la mujer católica, al ménos de su influencia y de su inspiracion.

Finalmente, en la fundacion de la Orden de la Visitacion, fué ayudado tambien San Francisco de Sales por una mujer; ésta fué Santa Francisca de Chantal, alma fuerte hasta el heroismo, y tierna y dulce hasta el encanto, cuya maravillosa vida, que reunia en sí toda la perfeccion de la santidad de la vírgen, de la esposa y de la viuda, fué en Francia lo que la vida de Santa Teresa en España, un verdadero apostolado para las mujeres del siglo, lo mismo que para las del claustro. Dios habia mostrado á San Francisco de Sales en una vision esta mujer sublime, que debia ayudarle en el establecimiento de una grande y santa obra. Esta vision se cumplió en efecto, porque la santa de Chantal fué la mano derecha del santo prelado en el establecimiento de la obra de la Visitacion, y al mismo tiempo el intérprete sincero y constante de su espíritu, el eco fiel de su corazon y el auxiliar en todas las empresas de su celo; que participó de todos sus trabajos y de todas sus glorias en la defensa de la Iglesia, en la reforma de las costumbres y en la propagacion de la verdadera piedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ LXIII.—San Vicente de Paul y sus *señoras de la caridad* y sus *hijas de la caridad*.—Importancia y grandeza de esta última institucion, y homenajes que le tributan en estos momentos el cisma, la herejía y el mahometismo.—Las hijas de la caridad, misioneras tambien de la verdad.—La obra de los *niños expósitos* y otras grandes obras de la caridad de San Vicente de Paul.—Mma. Legras y Mma. Goussault.—La mujer católica sola digna de comprender el gran corazon de San Vicente.—Por su concurso llevó él á efecto todas sus preciosas fundaciones.

San Vicente de Paul no debe ménos á la mujer católica sus prodigiosos resultados en su apostolado de la caridad, que San Francisco de Sales los suyos en su apostolado de la verdadera devocion.

La idea de la primera obra con que este grande hombre dió principio á aquel nuevo género de apostolado, la idea de la obra de las *señoras de la caridad*, le fué sugerida por una de aquellas nobles señoras de la parroquia de Chatillon, que él habia convertido, y que no viviendo ántes sino para el mundo, se hicieron despues modelos de religion y de caridad; y aconsejándose con ellas, fundó lo que se llamó en aquel tiempo la *primera caridad*, ó aquella congregacion de señoras encargadas de socorrer á las familias afligidas y de extinguir la mendicidad de una manera provechosa para el alma y para el cuerpo. En el reglamento que San Vicente formó para esta bella obra, habia insertado un artículo que decia: «No serán admitidas á este ministerio de caridad sino las señoras y las jóvenes cuya virtud y cuya sabiduría estén reconocidas. Ellas no tendrán otro nombre que el de *siervas de los pobres, y se gloriarán de tenerlo.*» Es evidente que al escribir San Vicente de Paul estas palabras contó mucho con el sentimiento exquisito que la mujer tiene del Cristianismo, y con la grandeza de su abnegacion, para haber creido que sería posible hacer que las mujeres aceptasen como *un título de gloria el de siervas de los pobres;* y no se engañó en esto. Sus primeras auxiliares en una empresa tan admirable, las mujeres, no sólo se gloriaron de este título, que contiene en sí solo todo el espíritu del Evangelio, sino que lo realizaron en toda la extension de la palabra, y áun más de lo que podia esperarse. La *primera caridad* de Chatillon tuvo un resultado muy feliz, y esto sugirió al Santo la idea de establecerla en Macon, y despues en

diferentes ciudades y en muchos pueblos de Francia, en los que los pobres se hallaban generalmente abandonados.

Él multiplicaba fácilmente estas asociaciones de resultas de sus misiones; pero era necesario visitarlas de tiempo en tiempo, sobre todo las de las aldeas, para darles las advertencias necesarias é instruirlas en los servicios de los enfermos. Pues bien; estando él pensando lo que haria para mantener y perfeccionar estas nuevas congregaciones, le envió Dios en su ayuda una santa matrona, Luisa de Marillac, viuda de M. Legras, secretario de la reina María de Médicis. Débil de salud, pero fuerte de valor, esta grande y bella alma sentia una inclinacion especial al servicio y al alivio de los pobres; así, pues, ella entró al momento en las miras caritativas de San Vicente, se puso á su disposicion y se hizo su *visitador general* de las congregaciones que el Santo habia establecido en las diócesis de París, de Beauvais, de Senlis, de Soissons, de Meaux, de Chalons y de Chartres, y su *vicario general* para establecer otras nuevas en el reino de Francia. Ella consagró á este apostolado todos sus bienes y toda su vida; ella emprendió largos y penosos viajes; ella atravesó muchas veces la Francia en todas direcciones, con una fuerza de alma admirable en un hombre é incomprensible en una mujer, y recogió por todas partes tantos frutos y tantas bendiciones que no se pueden numerar. Ella no se detenia ordinariamente más que algunos dias en cada parroquia; ella restablecia las congregaciones que habian decaido, animaba á las mujeres que las componian, les enseñaba á servir á los enfermos, proveyéndolas de lienzos y de medicinas. Verdadero apóstol de la fe y de la caridad al mismo tiempo, reunia, con el consentimiento del cura, las jóvenes del pueblo en una casa particular, y las catequizaba y las instruia en los deberes de la vida cristiana. Si habia en el pueblo maestra de escuela, le enseñaba á ejercer su oficio, y si no la habia, procuraba que se pusiese una que fuese á propósito para tal cargo, y para adiestrarla mejor, comenzaba ella misma á dirigir la escuela y á instruir á las niñas en su presencia. Así fué como San Vicente de Paul, ayudado por una mujer, formada en armonía con su espíritu y su corazon (*Adjutorium simili sibi*), consiguió establecer en toda la Francia, y por la Francia en el mundo, esas admirables sociedades de *señoras de la caridad*, en la que áun las señoras de más alto rango se gloriaban de servir á los enfermos, de consolar á los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desgraciados y de cuidar á los pobres; estos bellos ejemplos de abnegacion de la mujer católica fueron fecundos. Los hombres católicos no tardaron en seguir sus huellas, y por el modelo de las *señoras de la caridad* se formaron esas *conferencias de San Vicente de Paul* que en nuestros dias han adquirido tan grande desarrollo en toda la cristiandad, y cuyos miembros, jóvenes la mayor parte, áun de las familias más nobles y más distinguidas, consagran á asistir á los enfermos, á socorrer á los padres de familia pobres, y á ayudar á educar y á colocar á sus hijos, el tiempo y el dinero que otros malgastan en los placeres y en las locuras del mundo, y no es posible decir el bien que hacen á los pobres en su cuerpo y en su alma.

Nada diré de esas *hermanas de la caridad*, cuya prodigiosa vida se encuentra en estas bellas y patéticas palabras de su regla (porque su regla es su vida): «Ellas considerarán que, áun cuando no se hallen en un convento, porque este estado no es conveniente á los ejercicios de su vocacion, sin embargo, por lo mismo que se hallan más expuestas que las religiosas que están en el claustro y entre rejas, supuesto que no tienen más monasterio que las casas de los enfermos, ni más celda que una pobre habitacion, ni más capilla que la iglesia parroquial, ni más reja que el temor de Dios, ni más velo que la santa modestia; por todas estas consideraciones deben ellas tener tantas ó más virtudes que si hubieran profesado en una Órden religiosa.

»Al servir á los enfermos no deben considerar más que á Dios, y por lo mismo, no hacer más aprecio de las alabanzas que les dan que de las injurias que les dicen, á ménos que sea para hacer de ellas un buen uso, rechazando interiormente aquéllas, confundiéndose en su nada, y agradeciendo éstas, para honrar los ultrajes hechos al Hijo de Dios en la cruz por aquellos mismos que habian recibido de Él tantos favores y tantas gracias.

»Ellas no deberán recibir cosa alguna, por pequeña que sea, de los pobres á quienes asisten, *guardándose bien de pensar* que ellos les están obligados por los servicios que les hacen, cuando, por el contrario, ellas les deben estar agradecidas, supuesto que por una pequeña limosna que les dan, no de sus propios bienes, sino de sus cuidados, se adquieren amigos en el cielo, y que áun en esta misma vida reciben, por causa de los pobres á quienes asisten, más

honor y más contento que pudieran esperar jamas en el mundo, de lo cual no deben abusar, sino más bien confundirse, considerando que son indignas de ello.» (*Reglas de las hermanas de la caridad*, Abelly, lib. II, cap. 3.º)

Todo el secreto de la abnegacion heroica de esas santas hijas está en esta santa doctrina de su regla; y esta misma doctrina explica las palabras sublimes en su misma sencillez, que una de ellas pronunció tres meses há, y que tuvo un eco de admiracion en todos los espíritus y de ternúra en todos los corazones. El cólera se declaró en el ejército frances residente en Galípoli. Las *hermanas de la caridad* de Constantinopla no bastaban para el servicio del gran número de soldados acometidos por la epidemia. Entónces se dirigieron á las *hermanas de la caridad* de Smirna, y les rogaron fuesen á ayudar á sus compañeras y á reemplazar á aquellas heroínas que habian pagado con su vida su celo angelical por salvar la vida de sus compatriotas. La superiora respondió: *Irémos todas, porque felizmente nos hallamos todas desocupadas.* Así, pues, para aquellas grandes almas, ir á asistir á los enfermos con peligro de su vida es un recreo y una felicidad (1).

(1) La herejía misma acaba de tributar un homenaje público de admiracion y de simpatía á esos prodigios de la caridad católica que el espíritu de San Vicente de Paul, siempre vivo en sus heroicas hijas, ha obrado en nuestros mismos dias. En un diario protestante, *The Ilustrated London-News*, del 30 de Setiembre, se lee:

«Para remediar los males de la guerra, que se hacen sentir hasta en Pera, arrabal de Constantinopla, es necesario citar la llegada de Francia de veinticuatro hermanas de caridad, hijas de San Benito, que fueron á reemplazar á las que habian sucumbido bajo el peso de sus trabajos. Hay en Gálata un convento habitado por esos ángeles de caridad, del que se ha hecho un hospital frances. Este hospital, servido por tres de esas piadosas mujeres, ha sido visitado por un artista, que ha obtenido de ellas una interesante reseña acerca del modo con que emplean el tiempo, la cual ha tenido á bien comunicarnos.

»Á excepcion de la casa en que viven, dice, no poseen ellas absolutamente nada; ellas son pobres como los mendigos, ellas no tienen más renta ni dotacion que una perseverancia y una resignacion casi milagrosas. Con el auxilio de algunas limosnas, recogidas en la poblacion católica, han conseguido fundar dos escuelas, una en su propia casa, que contiene cerca de cien niñas, y otra de turcos, lo que se considera como la cosa más admirable.

»Ellas tienen el dón de estar casi en todas partes á la vez; porque, en efecto, á excepcion de los momentos que emplean en sus escuelas, se las ve ir de casa en casa, visitando á los pobres de todas las religiones. Cuando ellas llegaron á Constantinopla, el pueblo las recibió con las mayores señales de res-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pues bien, ¿cómo pudo San Vicente de Paul establecer esa grande é inmortal institucion, que vale más por sí sola que todas las frias doctrinas y los afectos estériles de los filántropos de la incredulidad? Él pensó que podian utilizarse, para servir á los enfermos por el amor de Dios, aquellas buenas jóvenes de las ciudades y de las aldeas, que por una parte no desean casarse, y por otra carecen de la vocacion y de los medios necesarios para hacerse religiosas. Mas él comprendió tambien que para hacerlas aptas para este ministerio era necesario instruirlas en dos cosas: en el servicio de los enfermos, y más aún en los ejercicios de la vida espiritual, siendo

peto. Los turcos las llaman los *médicos*. Ellos no pueden comprender su desinteres; ellos están llenos de admiracion y de gratitud por los bienes que las ven hacer continuamente. Con mucha frecuencia várias personas ricas iban en busca de ellas, de tal modo, que los médicos de Pera estaban resentidos de ello. Mas en la actualidad, cuando ellas saben que las señoras que las buscan se hallan en estado de pagar la asistencia que les reclaman, las hermanas se limitan á recomendarlas á un doctor europeo.

»Las hermanas de caridad no se contentan con visitar dia y noche, y cuidar á muchos miles de enfermos, sino que visitan tambien las prisiones, llevando á los prisioneros vestidos y dinero. Ellas son tan conocidas y tan amadas, que cuando, por causa de alguna ocupacion, permanecen algun tiempo sin manifestarse en los hospitales, los pobres enfermos, los pobres heridos las envian á buscar.—Yo he sido llamada muchas veces á media noche, me decia una hermana, por un gendarme que tiraba de la campanilla del convento ántes de salir el sol, y venia á pedirme que fuese á la prision para cuidar á un preso moribundo.

»Existen cuatro de estas respetables hermanas en el hospital de Pera, que al momento que supieron que el cólera se habia declarado en él fueron á ofrecer sus servicios. Las que han llegado últimamente han sido distribuidas en los diferentes cuerpos del ejército destinados á la Crimea, siguiendo á las tropas y durmiendo en tiendas de campaña. Algunas de ellas acaban de morir del cólera en Varna y otras en Galípoli, de donde el cólera ha desaparecido cuasi del todo.

»Ahora, que no hay peligro por ese lado, han vuelto á sus hospitales en busca de sus amados enfermos. El hospital que ellas sirven en Pera es un edificio construido cerca de un sitio llamado el Campo de los Muertos, que tiene una magnífica vista sobre el Bósforo y el mar de Mármara. Este edificio, destinado en su principio á una escuela de medicina, es de forma cuadrangular, muy espacioso, y ciertamente en la mejor y más bella situacion que ocupa en Europa ningun establecimiento de su clase. Este hospital no está enteramente acabado, pero en manos de los oficiales franceses lo estará bien pronto.» ¡Ved aquí cómo hablan los mismos protestantes de nuestras hermanas de caridad.

imposible perseverar largo tiempo en esta penosa vocacion, y vencer la repugnancia que la naturaleza tiene á ella, sin contar con un gran fondo de virtud. Mas ¿dónde encontró Vicente de Paul el hábil y virtuoso personaje que le ayudó en esta empresa? En una mujer: en Luisa de Marillac. En sus manos puso él aquellas jóvenes que juzgó más á propósito para comenzar esta nueva fundacion (Colet, *Vie de Saint-Vicent de Paul*), y bajo la direccion activa é ilustrada de esta gran señora se hicieron ellas capaces de corresponder á los designios de Dios sobre ellas, su número se aumentó en pocos dias y se formó la primera comunidad, que se convirtió en seguida en la numerosa y bendita congregacion de las *hijas* ó *hermanas de caridad*, que sirven á los pobres enfermos, que instruyen á las hijas y cuidan á las pobres madres; de esas *hermanas de caridad*, esparcidas al presente en las cinco partes del mundo, y á quienes los infieles, los salvajes, maravillados de su caridad sobrehumana, tienen por ángeles y les preguntan cómo han bajado del cielo. Así, pues, esta grande y bella fundacion, tan preciosa para los pobres y para los desgraciados, tan honrosa para el Catolicismo, tan poderosa para hacer conocer y amar la verdad de los dogmas cristianos por los prodigios de la caridad, y tan gloriosa para Francia, donde tuvo su cuna, cuyo nombre y cuyas alabanzas publican en todos los pueblos, fué el pensamiento del genio de San Vicente de Paul, pero realizado por una mujer. Pero permítasenos alguna otra observacion sobre este grande y delicioso objeto.

Hemos oido á San Vicente de Paul exigir un gran fondo de virtud, una virtud heroica, en sus *hijas de caridad*. Esto explica á los que no cierran voluntariamente los ojos para no ver, por qué los esfuerzos hechos, particularmente en nuestros dias, en San Petersburgo, en Berlin y en Lóndres para formar *hermanas de caridad* fuera del Catolicismo han fracasado completamente, y en vez de hermanas de caridad sólo han conseguido establecer hermanas mercenarias del egoismo, cuya existencia ha sido un escándalo más, habiendo dejado de existir bajo el peso del desprecio y del ridículo. No es posible formar de una mujer no católica una *hermana de caridad*, así como no puede hacerse con metal falso moneda de buena ley. Para hacer de una mujer una *hermana de caridad*, es necesario ante todo hacerle abrazar la profesion de la virginidad voluntaria, y establecerla en ella perpétuamente por medio de un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

voto sagrado; es necesario tambien elevarla á la altura de sus penosas funciones por motivos sobrenaturales y por la práctica de la piedad más perfecta; es necesario fijarla y fortificarla contínuamente en ella por la frecuencia de los sacramentos de la confesion y de la comunion. De la sagrada mesa, de ese foco del amor de Dios, es de donde la hermana de caridad recibe el prodigio de su amor á la humanidad. Pues bien, no es posible hacer nada de esto fuera del Catolicismo, que es el único que ha conservado con honor la profesion de la virginidad voluntaria, el más grande y más precioso de los consejos del Evangelio, y que es el único que posee los medios de trasformar al hombre y hacer de él el prodigio de lo que se llama un santo; porque no hay santos fuera del Catolicismo.

Por lo demas, parece que hoy todo el mundo está de acuerdo en este particular. Á las *hermanas de caridad* de la Polonia católica ha encargado el gobierno cismático ruso el cuidado de los soldados enfermos ó heridos en Sebastopol. En Grecia, habiendo ofrecido el general Mayran, comandante en jefe de la expedicion francesa, ántes de su partida para Crimea, al gobierno cismático de aquel pequeño reino dejarle los médicos y las *hermanas de caridad* del ejército frances para que asistiesen á los coléricos, aquel gobierno le dió las gracias por la oferta de los médicos, y sólo se apresuró á aceptar las *hermanas de caridad*, diciendo, al parecer: «Aquéllos los podrémos encontrar donde quiera; pero éstas no las encontrarémos en ninguna parte si vos no nos las dais.» En Lóndres, una señora protestante, lady N....., acaba de organizar una asociacion de *mujeres de caridad*, que deben ir á Oriente á ejercer en el ejército inglés las funciones que las verdaderas *hermanas de caridad* ejercen en el ejército frances; y los mismos diarios protestantes se han reido de ella, han calificado la empresa de locura y la han ahogado en su cuna por el ridículo. Lady N..... se ha dado por convencida, y modificando su plan, ha tenido la feliz idea de llevar consigo á todas las hermanas de caridad que ha podido reunir en los conventos católicos de la Gran Bretaña. Esta *modificacion* tendrá buen resultado; lo demas no será más que una carga, de que procurará desembarazarse cuanto ántes; porque, como ya hemos dicho, no es posible hacer que obren con un mismo fin las mujeres protestantes, que no tienen otro móvil de su devocion que las impresiones del espíritu privado, ni se hallan ligadas por ningun voto de obedien-

cia. Esta dificultad por sí sola es inmensa; la han conocido, y han llevado mujeres protestantes para cuidar los enfermos y los heridos sólo en la apariencia; en la realidad sólo se esperan resultados de las hermanas católicas que han unido á ellas. Ved aquí al buen sentido inglés que va á hacer justicia á las preocupaciones anglicanas. De aquí nace el furor de los ministros anglicanos contra *ese escándalo* de poner en contacto con los soldados protestantes las hermanas católicas, que, segun ellos, *podrán atraer sus soldados al papismo*. Efectivamente, este *peligro* no es de todo punto imaginario. Sin embargo, se ha dejado que griten esos hipócritas y se han llevado las hijas de San Vicente de Paul á los hospitales del ejército inglés, á fin de ponerlo, áun en este punto, á la altura del ejército frances, en el que estas hijas obran esos prodigios que, como hemos visto, han excitado la admiracion y la envidia de los mismos periodistas ingleses. En fin, los turcos mismos han abierto tambien sus hospitales á esas admirables hijas, y las han recibido en ellos como á unos seres celestiales. Ved aquí, pues, al cisma, á la herejía y al mahomètismo reducidos á pedir al Catolicismo estos *ángeles del consuelo;* reconociendo, por este solo hecho, que la caridad verdadera, la caridad, *más fuerte que la muerte*, es una planta exclusivamente católica, que no se encuentra fuera de nuestra Iglesia. Y ved aquí tambien, por este mismo hecho, las hijas de San Vicente de Paul convertidas en apologías vivientes de la verdad, de la santidad y de la divinidad del Catolicismo, y predicándolo con sus acciones sublimes á todos sus enemigos, mucho más poderosamente que pudieran hacerlo otros con elocuentes palabras. De modo que estos *apóstoles de la caridad* son tambien verdaderos misioneros de la verdad por todo el mundo. Contad, pues, si podeis, las sumas enormes de méritos que la mujer católica ha adquirido para con la humanidad y para con la verdadera fe, sólo con haber ayudado á San Vicente de Paul en la fundacion de sus *hijas de caridad*.

Al mismo tiempo que San Vicente de Paul instituyó su bella congregacion de las *señoras encargadas de cuidar á los pobres enfermos en sus casas particulares*, fundó tambien la obra de las *señoras encargadas de asistir á los enfermos en los hospitales*. Pero esta obra le fué inspirada tambien por una mujer, Mad. Goussault. Habiendo quedado viuda en la flor de su vida, y pudiendo por su riqueza y su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

belleza aspirar á los partidos más brillantes en el mundo, abandonó al mundo para dedicarse únicamente á servir á Jesucristo en la persona de los pobres, particularmente de los enfermos del *Hôtel-Dieu* de París. Sus frecuentes visitas á aquel vasto teatro de todas las enfermedades humanas (ella pasaba en él casi todo el dia) le habian hecho conocer que aquel establecimiento, en el que entraban anualmente cerca de veinticinco mil personas de todas edades, de todos los países y de todas las religiones, merecia una atencion especial de parte de las personas celosas y caritativas; porque los pobres carecian en él de muchos auxilios espirituales y temporales, y porque, si estuvieran como debian estar, se cogeria un inmenso fruto para la gloria de Dios y el bien del prójimo. Ella representó todo esto, con el enérgico acento de la caridad afligida, á San Vicente de Paul, que se consideraba ya como el *encargado de los negocios* de los pobres en la tierra por parte de Dios, y como su tutor y su padre. Mas el santo sacerdote, no queriendo meter la hoz en mies ajena, respondió que nada podia hacer en el particular, y sólo por las vivas y contínuas instancias de Mad. Goussault y de la mision que por causa de ella dió el arzobispo á San Vicente sobre el particular, se dedicó el Santo á abrazar la idea de esta mujer caritativa, *de establecer una congregacion de señoras que tuviese un cuidado especial de los enfermos del Hôtel-Dieu.* Apénas puso él la mano á esta nueva obra, cuando se encontró, no sólo secundado, sino aventajado por las señoras de la más alta distincion, en número de doscientas, y esta nueva sociedad se estableció bajo la direccion de la presidenta Goussaul. Éstas eran princesas y duquesas, entre otras la Duquesa de Mantoue, despues Reina de Polonia; Isabel de Aligre, esposa del gran canciller de Francia; María Fouquet, madre del famoso superintendente de Rentas, y Mad. Polaillou, que, como si París no fuese bastante al ardor de su caridad, iba de pueblo en pueblo, disfrazada de aldeana, á socorrer á los pobres, á visitar á los enfermos, á instruir á los ignorantes, á consolar á los afligidos y á restablecer el órden y la paz en las familias, y ella fué quien proporcionó despues á San Vicente todos los medios necesarios, y se encargó ella misma de fundar la *institucion de la Misericordia, para recoger á las mujeres que quisieran retirarse del desórden.*

Confiada á tales manos, ó por mejor decir, á tales corazones, es indecible el bien que produjo la obra de *las señoras que servian á*

los enfermos del Hôtel-Dieu. Desde el primer año la bendicion de Dios fué en ella tan abundante, que más de setecientos y sesenta luteranos, calvinistas ó turcos se convirtieron por ella al Catolicismo, y que muchas personas acomodadas de París, cuando estaban enfermas, pedian ser recibidas en él, pagando sus gastos, y áun mucho más, para ser asistidas como los pobres. Creian que por los cuidados caritativos de estas señoras serian mejor asistidos en él que en las casas particulares, y que entre aquellas almas heroicas, que practicaban en una grande escala la caridad con los hombres, experimentarian mejor los efectos de la misericordia de Dios.

Con el auxilio de estas mismas *señoras del Hôtel-Dieu* fundó tambien San Vicente otras obras muy importantes para el bien de las almas, para el alivio de la desgracia y para la gloria de Dios. Á ella confió el cuidado de recoger, alimentar y educar cristianamente á los hijos de los pobres de la ciudad y de los arrabales de París, que vivian en un completo abandono. Con el auxilio de ellas fué establecida la casa de las *hijas de la Providencia*, para recibir, instruir y ocupar en ella á las jóvenes honestas, expuestas á los mayores peligros, que se hallaban sin refugio en París. Finalmente, con el auxilio de las mismas señoras estableció esa obra admirable de caridad en favor de esos pequeños seres, abandonados á la muerte por sus propios padres: *la obra de los niños expósitos.*

De resultas de la anarquía religiosa, intelectual y moral que las doctrinas de Lutero y de Calvino habian producido en todas partes, el número de esos desventurados niños abandonados en la puerta de las iglesias ó en las plazas públicas, en las ciudades, y principalmente en París, era muy grande, y los medios de socorrerlos eran muy pequeños. Los llevaban á casa de una viuda de la calle de San Landrin, que, auxiliada por dos criadas, estaba encargada del cuidado de alimentarlos; mas ellos morian de languidez ó de horribles enfermedades, ó de los brebajes emponzoñados que les daban para librarse de la carga de su existencia ó de la molestia de sus gritos, y lo que era todavía más sensible, los que no habian recibido el bautismo dejaban de vivir sin haberlo recibido. Este desórden conmovió profundamente el caritativo corazon de Vicente; pero no le era tan fácil remediarlo. Pues bien, lo que el *padre* de aquellos huérfanos del crímen no pudo hacer por sí solo, lo hizo con el auxilio de las *señoras de caridad.* Habiéndolas reunido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en una asamblea general, les expuso el estado de aquellos seres infortunados, con el fin de que ellas, con una generosidad sin ejemplo, adoptasen desde luégo cierto número de ellos, y se encargasen despues de alimentarlos á todos y de educarlos como á sus propios hijos. Hubo un momento en que, desanimadas al ver que los recursos de la obra no bastaban para las necesidades de la misma, se vieron obligadas á abandonar la empresa de su caridad, que habia conservado hasta entónces ó asegurado la salvacion eterna á un prodigioso número de aquellos desventurados seres. Mas como San Vicente se dirigia á unas mujeres católicas, le fué fácil, con la asistencia de la santa viuda de Marillac, que era su mano derecha, reanimar su valor. Él las reunió de nuevo y les dirigió el discurso siguiente, tan célebre por sus rasgos de elocuencia: « Y bien, señoras, la compasion y la caridad han hecho adoptar á esas pequeñas criaturas por hijos vuestros: vosotras habeis sido sus madres segun la gracia, desde que sus madres segun la naturaleza los abandonaron. Ved ahora si vosotras quereis abandonarlos tambien. Dejad de ser sus madres para ser al presente sus jueces: su vida y su muerte están en vuestras manos. Yo voy á recoger vuestros votos y á saber vuestro parecer respecto á ellos; ya es tiempo de pronunciar su sentencia y de saber si no quereis tener ya misericordia de ellos. Ellos vivirán si continuais cuidando caritativamente de su existencia, y por el contrario, morirán y perecerán infaliblemente si los abandonais; la experiencia no os permite dudar de ello.»

Al mismo tiempo algunos de aquellos pobres niños, que se hallaban ya en edad de articular algunas palabras, entraron en la sala donde se hallaban reunidas las *señoras*, con las manos levantadas en alto, con los ojos llorosos y el semblante afligido, y dirigiéndose á ellas, se arrojaron á sus cuellos, gritando: «Madres, madres, no nos abandoneis.» Se cree que fueron las señoras de Marillac, de Travertai y de Miramion las que dirigieron este asalto al corazon de sus compañeras en el apostolado de la caridad, y no fué necesario más para triunfar de ellas. Afectadas profundamente aquellas nobles almas compasivas por las palabras de San Vicente y por las súplicas y las lágrimas de los pobres huérfanos, lloraron con ellos y por ellos, y en el mismo instante se obligaron con juramento á continuar á toda costa aquella insigne obra de misericordia cristiana. Ellas compraron dos casas para recoger en ellas

los *niños expósitos*, donde las *hermanas de caridad* se encargaron de su educacion. Con el tiempo, esta obra que San Vicente de Paul, ayudado por las mujeres, estableció en toda la Francia, fué adoptada en todos los países católicos, de modo que sólo por el concurso de las mujeres ha continuado y continuará San Vicente de Paul siendo en todo el mundo el padre de los huérfanos y el salvador de millares de niños.

¡Ah! Este grande hombre sólo se entendia con las mujeres; solas ellas le comprendian en sus nobles arrebatos, en sus trasportes de amor á los desgraciados, y moviendo sus corazones obtenia de ellas el Santo todo cuanto necesitaba para socorrer á los desgraciados. La mujer cristiana está siempre dispuesta para consagrarse al socorro de la desgracia. Esta es una necesidad y una felicidad para ella. Es suficiente darle impulso é indicarle el camino, para verla lanzarse en él con ese olvido de sí misma, con esa generosidad de alma, con esa constancia de accion que se necesitan para obrar prodigios. Este era el gran secreto, el sublime arte de San Vicente de Paul. Ningun hombre ha comprendido mejor al pobre y sus necesidades, ni lo ha amado más que él. Los proyectos de mejorar su suerte germinaban espontáneamente en el terreno de aquella naturaleza caritativa que la gracia del Evangelio habia fecundado. Pero ¿qué hubiera hecho él sin las mujeres? Muy poco ó nada. Él tenía necesidad de una ayuda semejante á él: *Adjutorium simile sibi*. Él la encontró en la mujer cristiana, única digna de comprender su corazon, siempre inflamado en el amor del pobre. Á él perteneció la idea y á ella la ejecucion, y ella no faltó al cumplimiento de su mision. De modo que jamas la mujer cristiana se ha presentado en ninguna parte más grande, más admirable, más sublime ni más digna de los homenajes del espíritu y del corazon, que en el concurso caritativo que ella prestó á todas las obras del apóstol de la caridad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ LXIV. — San Vicente de Paul ayudado por las mujeres en la reforma del clero. — La reina regente confiándole la direccion de los negocios eclesiásticos. — La santa tabernera *María de Gournay*, y su magnífico elogio por M. Olier, á quien debió su conversion. — La fundacion de la congregacion de San Sulpicio y de los seminarios en Francia fué igualmente obra de las mujeres. — Nota de M. Bélsunce, que debió tambien á las mujeres la gloria de sus virtudes.

Mas la Providencia habia confiado á San Vicente de Paul otra mision mucho más importante para la salvacion de las almas y la gloria de la Iglesia, y en esta mision debió tambien el Santo al auxilio y al concurso de la mujer católica sus brillantes resultados. Todos conocen estas palabras de Flechier: «Á San Vicente de Paul debe el clero de Francia su esplendor y su gloria.» (*Lett.*, 3 de Oct. de 1705.) Nada es más cierto. El noble y maravilloso clero de Francia del siglo XVII, que, con raras excepciones, se mostró con tanto esplendor en el mundo católico, fué obra de San Vicente de Paul. Por él fueron nombrados los obispos de aquel tiempo, desde que él fué admitido en los consejos de la Corona, para las sillas que tanto ilustraron con su ciencia y con sus virtudes. Pero la admision en los consejos de la Corona de un personaje tan vigilante y tan ilustrado en todo lo concerniente á los intereses de la Iglesia, fué pensamiento de una mujer, la reina Ana de Austria, viuda de Luis XIII, madre de Luis XIV y regente del reino, que habiendo establecido un *Consejo de conciencia* para disponer, segun su parecer, de los beneficios eclesiásticos de nombramiento Real, quiso que Vicente de Paul fuese, no sólo uno de sus miembros, sino el presidente de ellos. Esta eleccion fué acogida con general aplauso, tanto por el clero como por los personajes de la córte. Habiendo consultado un dia el Príncipe de Condé á San Vicente sobre algunos puntos de derecho canónico, quedó tan satisfecho y tan admirado de las respuestas que le dió el santo sacerdote, que levantándose de su asiento fué en busca de la Reina y le dijo: «Señora, vengo á felicitaros por la eleccion que habeis hecho de un personaje tan capaz de ayudaros en lo que hace relacion á los bienes y á las materias eclesiásticas.» De modo que el inmenso bien que San Vicente de Paul hizo á la religion y á la Iglesia en esta elevada posicion recae sobre esta mujer.

Pero ademas de las *conferencias eclesiásticas* y de los *retiros* para el clero, cuyo inventor fué San Vicente, le debe mucho el clero de su país por los pequeños y grandes seminarios que él fundó y propagó, acompañado del venerable M. Olier, en Francia y en América. Apénas el Concilio de Trento convirtió en leyes para todas las diócesis la idea de San Cayetano sobre los seminarios, cuando San Cárlos Borromeo, el bienaventurado Pablo de Arezzo, teatino, obispo de Plasencia y despues arzobispo de Nápoles, y otros obispos, los establecieron en toda Italia. Mas en Francia esta preciosa institucion habia encontrado dificultades insuperables. Es verdad que el cardenal de Lorena, que habia asistido al referido Concilio, habia fundado un seminario en Reims, y que los obispos Sacrati y Sansac habian hecho lo mismo en Carpentras y en Burdeos; pero ademas de que en los ochenta años que habian trascurrido desde que el Concilio habia dado la citada ley, no habian podido fundarse más que estos tres seminarios, estaban tan mal organizados y tan poco en armonía con la importancia y la grandeza de su objeto, que se consideraban más bien como ensayos que como verdaderas realizaciones del gran pensamiento del Concilio de Trento relativo á esta preciosa institucion. Existian en Francia ciertas escuelas de teología, que los clérigos frecuentaban segun la voluntad de cada uno, sin estar sujetos á ninguna regla, sin estar vigilados por nadie y sin ninguno de los auxilios que ofrece la vida comun. Un gran número de aquellos clérigos, y áun de sacerdotes, observaban unas costumbres poco eclesiásticas, y participaban, al parecer, de la vida del mundo, en medio del cual vivian. Así, pues, cada dia se conocia mas la necesidad de la fundacion de esos santos asilos en que el clero pudiese formarse segun el espíritu de su estado. Pero lo que es muy singular y áun extraño, es que en Francia las mujeres conocieron entónces esta necesidad mejor que los hombres, y que Olier y San Vicente de Paul consiguieron la difícil empresa de fundar los seminarios por las inspiraciones y por el auxilio de las mujeres.

Existia entónces en París una mujer, llamada María de Gournay, esposa de Jacobo Rosseau, tratante en vino, de la que Dios habia hecho una gran santa en la taberna misma, para mostrar que no hay condicion alguna, por baja é innoble que sea, que no le suministre santos y elegidos. Su gran estudio fué siempre el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de imitar la vida oscura y sencilla, en su exterior, de la Madre de Dios. Por temor de ocupar algun lugar en la estimacion de los hombres, evitaba todo lo que pudiese hacer que la tuviesen por persona piadosa, y en los veinte años que pasó en su taberna sirviendo al público, jamas dejó conoçor el prodigio de su union íntima con Dios, de la sublimidad de su contemplacion, de la elevacion de su espíritu, de la pureza de su corazon, de su amor ardiente á la sagrada Eucaristía y de los favores celestiales de que Dios la habia colmado; es verdad que era más el bien espiritual que ella hacía á los que frecuentaban su casa, que el vino que vendia; porque convertia diariamente á muchos pecadores, los más endurecidos y los más obstinados. «Dios manifiesta visiblemente en ella su poder absoluto, dice el venerable M. Olier en sus *Memorias* (*Vie de monsieur Olier*, tomo I); ella no tiene más que hablar, y con una palabra hace lo que dice, lo que quiere y lo que pide, y esto sin ostentacion, sin fausto y sin esas apariencias que persuaden y cautívan ordinariamente los corazones. Ella no quiere ni dice nada por sí misma; Dios es quien habla por ella y hace sus palabras tan eficaces. Así es que con una sola palabra ha hecho ella edificar hospitales. Finalmente, es necesario que todo el bien que se hace en el dia de hoy pase en cierto modo por sus manos; principalmente todas las grandes empresas que se llevan á efecto en la capital, como todos lo vemos.

»Aunque esta pobre mujer, prosigue M. Olier, séa de un nacimiento humilde y de una condicion que casi da vergüenza nombrar, ella es, sin embargo, el consejo y la luz de las personas de París más ilustres por su nacimiento, y de las almas más elevadas en gracia y en virtudes. Las princesas mismas le piden consejos y encomiendan á sus oraciones los negocios más importantes. La Duquesa de Orleans, la Princesa de Condé, la Duquesa de Aiguillon y Elbeuf, la mariscala de La-Chatre y otras muchas señoras se tienen por dichosas al verla. Yo no conozco á ninguna de las almas santas que no se crea feliz al oir de su boca el camino que debe seguir para dirigirse á Dios. No hay hombre apostólico ni misionero alguno que no vaya á instruirse con su conversacion, y no conozco á ninguno que no salga sumamente edificado al oirla. El P. Eude, ese gran predicador, la admiracion de nuestro siglo, ha ido á consultarla muchas veces. El P. Condren, general del oratorio, la ha consultado tambien por sí mismo. La señorita Manse, á quien Dios suscitó para ir á ayudar á la fundacion de la Iglesia de Canadá (ved aquí otra mujer ayudando á fundar otra cristiandad), no emprendió esta obra sino despues de haber recibido la aprobacion de esta santa mujer, ni la puso en ejecucion sino por sus consejos y sus luces. Ella es la que aconseja y dirige á M. Coudray, suscitado visiblemente por Dios para las misiones de Levante y para la defensa de la Iglesia contra los turcos; ella le advierte todo lo que debe hacer, y todo se ejecuta por sus consejos con un éxito maravilloso. Lo mismo le sucede á M. Jacobo, comparable á Elías por su celo. Él se complace en manifestarle sus designios, y los ejecuta con su aprobacion. Esta santa mujer es la única que tiene el poder de excitar ó de moderar sus palabras. Un consejero de Estado sigue en todo sus consejos por la causa de Dios, y con sus consejos ha proporcionado él muchos bienes á la Iglesia. Por persuasion de esta santa mujer, el canciller trabaja con tanto celo para extirpar las herejías, para sostener la Iglesia y para hacer triunfar la religion. Paso en silencio á muchos eclesiásticos de la condicion del P. Condren y del P. Eude, y á otras muchas personas de todos estados, de las más notables de París. Yo las conozco y las veo; pero su reputacion me impide nombrarlas.» Al arzobispo de París y á San Vicente de Paul parece que alude M. Olier, supuesto que continúa diciendo: «Cuando se ve á esos siervos de Dios y á esos hombres apostólicos, que Dios concede al presente á la Iglesia de Francia, ir á consultar á esa santa mujer y formarse como un deber de seguir sus consejos, parece que se ve á la Santísima Vírgen, que gobernaba en otro tiempo la Iglesia y dirigia á todos los apóstoles despues de la ascension del Salvador.» Ved aquí, pues, á una *tabernera* renovando en el siglo XVII los magníficos ejemplos de celo por la religion, que las Paulas, las Marcelas, las Malanias, las Olimpiades y las Pulquerias dieron en el siglo V, y elevándose, como ellas, al rango de consejera de los pontífices y de los directores y padres de la Iglesia. Esto consiste en que el espíritu de Dios no envejece jamas, y en que la mujer católica, que está llena de él, sea cualquiera la condicion en que se encuentre, es siempre grande y capaz de grandes cosas.

Pero la mision especial de la humilde tabernera del barrio de San German fué la de cooperar á la grande obra del establecimien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to de los seminarios en Francia. Lo que esta santa mujer pedia contínuamente á Dios era la reforma del clero, especialmente en el barrio de San German, donde vivia. Pero M. Olier, que tanto debia contribuir á esta reforma, tenía más necesidad que todos de reformarse á sí mismo. Siendo hijo del intendente de la ciudad de Lyon, se habia ordenado de tonsura para gozar del priorato de Clisson y de la abadía de Pebrac, que sus parientes le habia proporcionado; pero no vestia los hábitos, y su vida era muy ligera y disipada. Todo en él anunciaba un hombre que quiere gozar del mundo á costa de la Iglesia, y no un eclesiástico que quiere servir á la Iglesia. Un dia que él volvia de una feria con algunos eclesiásticos amigos suyos y compañeros de su ligereza, una pobre mujer les salió al encuentro en la calle y les dijo: «Ay señores, ¡cuánta lástima me causais! Ya hay mucho tiempo que pido á Dios por vuestra conversion, y espero que algun dia me oirá.» Esta era la tabernera María, á quien M. Olier no conocia aún, pero sintió muy pronto el efecto de sus oraciones. Habiendo ido en peregrinacion á Loreto para obtener por intercesion de la Santísima Vírgen la vista, que habia perdido casi del todo, en el momento en que entró en la Iglesia un energúmeno le dijo: «Abad Francisco, si no te conviertes y vives como eclesiástico, espera acontecimientos muy extraños.» Aterrado y confundido por esta amenaza, entró en la santa capilla, donde encontró la curacion de sus ojos, y más aún, la de su corazon, porque se sintió enteramente trasformado, y desde aquel momento se convirtió en otro hombre. Él se puso bajo la direccion de San Vicente de Paul, que le hizo recibir las órdenes sagradas. Él se unió á Adrian, llamado el nuevo San Juan Bautista, por su libertad en reprender á los grandes y á los pequeños, y que, animado igualmente de un gran celo por la reforma del clero, acababa de establecer en algunos puntos sociedades de eclesiásticos, que procuraban formarse para la santidad de su estado, y se puso á hacer misiones por los pueblos.

«Mas el fruto de las misiones, le decia el célebre P. Condren, el santo compañero del venerable cardenal Berule en la fundacion del oratorio; el fruto de las misiones, por excelente que sea, se pierde si no se conserva por buenos eclesiásticos, porque es una cosa pasajera. Es, pues, absolutamente necesario trabajar para formarlos en la Iglesia, educando á los jóvenes en el espíritu clerical,

y esto no puede hacerse sino en los seminarios, como lo dijo el concilio de Trento.»

Estos consejos, dados por un personaje tan santo, le habian conmovido; pero la madre Ines de Jesus, á quien el papa Pío VII declaró *venerable*, fué quien le fijó en su vocacion especial de la obra de los seminarios en Francia, para cuyo establecimiento habia consagrado esta sierva de Dios los tres últimos años de su vida á la oracion, á las lágrimas y á toda especie de austeridades. «Pero la persona que más contribuyó á este establecimiento fué indudablemente, dice Rohrbacher, la santa tabernera María Gournay.» (T. xxv, pág. 265.) Dios probó al abad Olier de la manera más fuerte, hasta el punto de privarle del uso de sus dones naturales y sobrenaturales, de modo que se le veia permanecer mudo cuando queria exhortar al pueblo. Sus mismos amigos se avergonzaron de él y le abandonaron. Sólo María de Gournay permaneció siempre en su favor. Él mismo nos dice: «Cuando, durante mis penas, era yo abandonado y despreciado de todo el mundo; cuando todos me miraban como un hombre que habia perdido el juicio y como un réprobo, sólo ella sostenia que yo no era lo que pensaban. Ella creia que yo pertenecia á Dios. Cuando Dios me restituyó sus antiguos dones, no descansó ella hasta desengañar con respecto á mí á los antiguos compañeros de mis misiones. Esta alma santa trabajó con sus oraciones, con sus vigilias, con sus mortificaciones y con una multitud de cuidados y de penas para reunirnos en Vaugirad, siendo nosotros unos pobres errantes, unos pobres ciegos, unas pobres ovejas sin pastor; é ilustrada acerca de los designios de Dios respecto á nosotros, nos declaró su santa voluntad en los caminos que la Providencia nos ofrecia.» (*Vie de M. Olier*, tom. I.) En la reforma de su parroquia y en todos sus trabajos apostólicos, además de la tabernera de Gournay, fué auxiliado tambien M. Olier por otra santa mujer llamada *la pobre jardinera de San Sulpicio*. Esta era una alma sencilla, pero que gozaba tambien de la comunicacion más íntima con Dios, que se complace en comunicarse á las personas sencillas. Puede juzgarse de esto por la paráfrasis que hizo de la oracion dominical, que se encuentra en muchos libros de piedad. De este modo se formó ese foco de ciencias del espíritu sacerdotal, la *congregacion de San Sulpicio*, y se estableció el gran seminario de este mismo nombre, que se hizo despues el seminario

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la diócesis de París y el modelo de los seminarios que el mismo M. Oliver y San Vicente de Paul consiguieron establecer en toda la Francia y en el Nuevo Mundo; de modo que la grande y preciosa obra de los seminarios, despues de muchas contradicciones, persecuciones y dificultades de todo género, se llevó á efecto en Francia por las oraciones, las inspiraciones, la fortaleza y la cooperacion de las santas mujeres (1).

§ LXV.—La córte de Luis XIV.—La piedad enmascarada reinaba en ella al lado del mayor libertinaje.—La revolucion francesa nació de allí.—Las *hijas de Saint-Cyr*.—Mma. de Maintenon; su sabiduría y su caridad.—Su abnegacion.—La mayor felicidad de Luis fué el haberla hecho su esposa.—Ella, fué quien, dirigida por Fenelon, le enseñó sus deberes y le apartó de sus desórdenes.—Empresa de la declaracion de 1862.—Mma. de Maintenon fué quien impidió que degenerase en un cisma completo.

Ahora debemos hacer justicia á otra mujer sublime, que, á pesar de no haber sido una santa, ejerció, sin embargo, una influencia muy poderosa y muy feliz en los negocios del Estado y de la Iglesia en el tiempo de Luis XIV. Este grande y magnífico Rey tuvo, sin embargo, muchas flaquezas, y muchas veces se esforzó en aparecer como un pobre hombre y como un pobre cristiano, sin poder conseguirlo.

(1) El admirable obispo y apóstol de Marsella, el San Cárlos Borromeo de la Francia católica, y una de sus mayores glorias, Belsunce, debe tambien en gran parte á las mujeres su tierna piedad, su celo por la religion y el heroismo de caridad que le hicieron tan grande y tan popular. Ved aquí lo que encontramos, á este propósito, en un hermoso artículo, en que el honorable M. Thiengou acaba de publicar el elogio de Belsunce, por el abate M. Poncheron, en la *Gaceta de Francia*, de 30 de Agosto de 1854: «Ya he tenido ocasion de decir más de una vez que lo que somos nosotros lo debemos á lo que fueron nuestras madres y al cuidado que tuvieron de nosotros. La infancia de Enrique de Belsunce fué marcada, en este particular, por uno de esos acontecimientos que jamas se olvidan. A los nueve años de su edad, su madre, la Marquesa de Belsunce, y su abuela materna, la Condesa de Caumont-Laforce, abjuraron el protestantismo. Desde este momento, la Marquesa, modelo perfecto de todas las virtudes cristianas, puso todo su cuidado en inculcarlas en el alma de su hijo. Una circunstancia, que pareció una desgracia, contribuyó á hacerle más fácil esta empresa. El jóven Enrique manifestó en su niñez una salud muy delicada; esto obligó á la Marquesa á retenerlo por más tiempo en su casa, y él pudo aprovecharse por todo este tiempo de la piadosa

No contento con tantas mujeres como tenía, con las que vivia en relaciones doblemente culpables, y de las que tuvo diez y nueve hijos bastardos, perseguia á otras muchas con una desenvoltura nunca vista en época alguna en la córte de Francia. Él se introducia de noche en la habitacion de las damas de honor de la Reina su esposa y de la Reina su madre, que estaban bajo la custodia de la Duquesa de Novailles. Esta virtuosa señora pidió consejo á su esposo acerca de este desórden. «Ellos pusieron la virtud y el honor de una parte, dice el Duque de Saint-Simon, y la cólera del Rey, la desgracia, el despojo y el destierro de la otra, y no vacilaron.» La Duquesa, sin ruido ni publicidad, hizo tabicar la puerta por donde se introducia el Rey en el aposento de las jóvenes. Luis XIV no perdonó á la Duquesa ni á su esposo. En el momento les exigió el Rey que hiciesen dimision de todos sus cargos, y los arrojó de palacio, en el que, á la verdad, unas personas de tan elevada virtud no estaban en su lugar en medio de tanta corrupcion. Molière, para adular al Rey, los persiguió tambien en el teatro, y los puso en ridículo en su *Tartufe*. Él hizo caer sobre todos los devotos los escándalos del Rey, que dos devotos quisieron impedir. El mismo poeta, en su *Amphitryon*, lo mismo que Quinault en sus poemas, no hizo otra cosa que divinizar los adulterios del Rey con el ejemplo del Júpiter de la fábula, y recibió pensiones por tales

enseñanza de su madre, á cuyo cuidado estaba especialmente confiado. El recuerdo de esta educacion maternal se encuentra en cada página de la vida del obispo, que ella marcó siempre con el sello de una mansedumbre sin límites..... He insistido en los primeros años de la vida de M. Belsunce, porque, ademas de que son ménos conocidos que los de su episcopado, manifiestan admirablemente, á mi modo de ver, la influencia que pueden tener los primeros años de la vida sobre toda ella. Un acontecimiento que se refiere á la época de su salida del convento de los jesuitas, y que ocupa un gran lugar en su vida entera, debe mencionarse tambien. La casa de Belsunce contaba entre sus parientes á la señorita Susana de Foix de Cándalo, Princesa de Tête-de-Buche, que era, no sólo una gran señora, sino una persona de mucho mérito y de mucha virtud. Cuando el abate Belsunce volvió á la casa paterna contrajo con ella una estrecha amistad. Madama de Foix tenia entónces cerca de ochenta años, pero su espíritu nada habia perdido de su vivacidad..... Esta relacion con una persona de una virtud tan eminente y de un mérito igual á su virtud contribuyó mucho á la perfeccion del futuro obispo. Él mismo parece que se convenció de ello, supuesto que la primera obra que salió de su pluma fué la historia de la vida de esta su venerada tia.» De esto resulta que M. de Belsunce fué un grande y santo hombre por el auxilio de las mujeres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la diócesis de París y el modelo de los seminarios que el mismo M. Oliver y San Vicente de Paul consiguieron establecer en toda la Francia y en el Nuevo Mundo; de modo que la grande y preciosa obra de los seminarios, despues de muchas contradicciones, persecuciones y dificultades de todo género, se llevó á efecto en Francia por las oraciones, las inspiraciones, la fortaleza y la cooperacion de las santas mujeres (1).

§ LXV.—La córte de Luis XIV.—La piedad enmascarada reinaba en ella al lado del mayor libertinaje.—La revolucion francesa nació de allí.—Las *hijas de Saint-Cyr*.—Mma. de Maintenon; su sabiduría y su caridad.—Su abnegacion.—La mayor felicidad de Luis fué el haberla hecho su esposa.—Ella, fué quien, dirigida por Fenelon, le enseñó sus deberes y le apartó de sus desórdenes.—Empresa de la declaracion de 1862.—Mma. de Maintenon fué quien impidió que degenerase en un cisma completo.

Ahora debemos hacer justicia á otra mujer sublime, que, á pesar de no haber sido una santa, ejerció, sin embargo, una influencia muy poderosa y muy feliz en los negocios del Estado y de la Iglesia en el tiempo de Luis XIV. Este grande y magnífico Rey tuvo, sin embargo, muchas flaquezas, y muchas veces se esforzó en aparecer como un pobre hombre y como un pobre cristiano, sin poder conseguirlo.

(1) El admirable obispo y apóstol de Marsella, el San Cárlos Borromeo de la Francia católica, y una de sus mayores glorias, Belsunce, debe tambien en gran parte á las mujeres su tierna piedad, su celo por la religion y el heroismo de caridad que le hicieron tan grande y tan popular. Ved aquí lo que encontramos, á este propósito, en un hermoso artículo, en que el honorable M. Thiengou acaba de publicar el elogio de Belsunce, por el abate M. Poncheron, en la *Gaceta de Francia*, de 30 de Agosto de 1854: «Ya he tenido ocasion de decir más de una vez que lo que somos nosotros lo debemos á lo que fueron nuestras madres y al cuidado que tuvieron de nosotros. La infancia de Enrique de Belsunce fué marcada, en este particular, por uno de esos acontecimientos que jamas se olvidan. A los nueve años de su edad, su madre, la Marquesa de Belsunce, y su abuela materna, la Condesa de Caumont-Laforce, abjuraron el protestantismo. Desde este momento, la Marquesa, modelo perfecto de todas las virtudes cristianas, puso todo su cuidado en inculcarlas en el alma de su hijo. Una circunstancia, que pareció una desgracia, contribuyó á hacerle más fácil esta empresa. El jóven Enrique manifestó en su niñez una salud muy delicada; esto obligó á la Marquesa á retenerlo por más tiempo en su casa, y él pudo aprovecharse por todo este tiempo de la piadosa

No contento con tantas mujeres como tenía, con las que vivia en relaciones doblemente culpables, y de las que tuvo diez y nueve hijos bastardos, perseguia á otras muchas con una desenvoltura nunca vista en época alguna en la córte de Francia. Él se introducia de noche en la habitacion de las damas de honor de la Reina su esposa y de la Reina su madre, que estaban bajo la custodia de la Duquesa de Novailles. Esta virtuosa señora pidió consejo á su esposo acerca de este desórden. «Ellos pusieron la virtud y el honor de una parte, dice el Duque de Saint-Simon, y la cólera del Rey, la desgracia, el despojo y el destierro de la otra, y no vacilaron.» La Duquesa, sin ruido ni publicidad, hizo tabicar la puerta por donde se introducia el Rey en el aposento de las jóvenes. Luis XIV no perdonó á la Duquesa ni á su esposo. En el momento les exigió el Rey que hiciesen dimision de todos sus cargos, y los arrojó de palacio, en el que, á la verdad, unas personas de tan elevada virtud no estaban en su lugar en medio de tanta corrupcion. Molière, para adular al Rey, los persiguió tambien en el teatro, y los puso en ridículo en su *Tartufe*. Él hizo caer sobre todos los devotos los escándalos del Rey, que dos devotos quisieron impedir. El mismo poeta, en su *Amphitryon*, lo mismo que Quinault en sus poemas, no hizo otra cosa que divinizar los adulterios del Rey con el ejemplo del Júpiter de la fábula, y recibió pensiones por tales

enseñanza de su madre, á cuyo cuidado estaba especialmente confiado. El recuerdo de esta educacion maternal se encuentra en cada página de la vida del obispo, que ella marcó siempre con el sello de una mansedumbre sin límites..... He insistido en los primeros años de la vida de M. Belsunce, porque, ademas de que son ménos conocidos que los de su episcopado, manifiestan admirablemente, á mi modo de ver, la influencia que pueden tener los primeros años de la vida sobre toda ella. Un acontecimiento que se refiere á la época de su salida del convento de los jesuitas, y que ocupa un gran lugar en su vida entera, debe mencionarse tambien. La casa de Belsunce contaba entre sus parientes á la señorita Susana de Foix de Cándalo, Princesa de Tête-de-Buche, que era, no sólo una gran señora, sino una persona de mucho mérito y de mucha virtud. Cuando el abate Belsunce volvió á la casa paterna contrajo con ella una estrecha amistad. Madama de Foix tenia entónces cerca de ochenta años, pero su espíritu nada habia perdido de su vivacidad..... Esta relacion con una persona de una virtud tan eminente y de un mérito igual á su virtud contribuyó mucho á la perfeccion del futuro obispo. Él mismo parece que se convenció de ello, supuesto que la primera obra que salió de su pluma fué la historia de la vida de esta su venerada tia.» De esto resulta que M. de Belsunce fué un grande y santo hombre por el auxilio de las mujeres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

servicios. Por lo demas, el tal poeta era digno de tal César. Molière, despues de haber vivido tambien diez y ocho años en las relaciones más vergonzosas con tres cómicas, se casó con una de ellas. De este matrimonio incestuoso tuvo un hijo, de quien el Rey no se avergonzó de ser padrino. De este modo el cómico Molière fué compadre de Luis XIV en más de un sentido. (Véase Rohrbacher, tom. XXVI, y Bazin, *Notes historiques sur la vie de Molière.*)

Este mismo Rey, miéntras que, ayudado por sus ministros y sus obispos cortesanos, se presentaba como regulador supremo de la religion cristiana, de la Iglesia católica y de su gobierno, llevaba el olvido de todos los deberes hasta el punto de proponer para el culto y para el gobierno de los pueblos el fruto de sus adulterios, é infestar con él toda la raza de San Luis. «El gran Rey, dice Chateaubriand, en la demencia de su orgullo, osó imponer en Francia, como monarcas legítimos, sus bastardos adulterinos legitimados.» (*Analyse raisonné d'histoire de France.*) Se comprende lo que debió ser la córte de un soberano semejante. Su hijo, el gran Delfin, instruido por Bossuet, copió las costumbres de su padre, y como otro Absalon, hacía la córte á sus damas y le disputaba sus amores. Su sobrino el Duque de Orleans, que le sucedió en cualidad de regente del reino durante la menor edad de Luis XV, realzaba los escándalos de su vida con el cinismo de su irreligion, lo que no impidió á Luis XIV casarlo con una de sus hijas, nacida del adulterio. La hija de este regente se parecia á su padre por su libertinaje y por su impiedad. Aun se decia de ella que tenía consigo ciertos privados incestuosos. Ella, sin embargo, fué esposa del Duque de Berry, nieto de Luis XIV. Desde el año de 1711 murieron, uno despues de otro, el Delfin, hijo de Luis XIV, el Duque de Borgoña, padre de Luis XV, el mayor de sus hijos, y en fin, el mismo Duque de Berry. Estas muertes precipitadas aterraron á Francia, y le parecieron efectos de un crímen horrible. La opinion pública sospechó y acusó de ellas al Duque de Orleans; su menosprecio de la religion y sus costumbres autorizaban semejantes sospechas. Miéntras que Luis XIV perseguia á los hugonotes en todo el reino, tenía á su lado muchos hombres sin fe, porque adulaban su absolutismo y le servian en su libertinaje. (Rohrbacher, lib. LXXXVIII.) Ciertas memorias secretas atestiguan que en la córte de Luis XIV, á pesar de que tenía á su lado á Bossuet y á Bourdaloue, se hacía mofa de los

milagros, de las profecías, de los libros santos, de los sacramentos y de la misa, y que, bajo el título de *devocion*, ciertos literatos impíos perseguian impunemente la religion cristiana y preparaban el terreno á los filósofos impíos, que la persiguieron despues bajo el título de *infamia* y de *supersticion*. Ved aquí dónde habia descendido la posteridad de San Luis bajo el reinado de Luis XIV, y en lo que se habia convertido su córte. «Se cree, dice el historiador ántes citado, que se está en una cueva de ladrones; en ella no se habla más que del envenenamiento, del asesinato, del ateismo, de la impiedad, del adultério y del incesto.» (Tom. XXXI, pág. 421.) La revolucion francesa nació de allí. De las doctrinas de un absolutismo insensato, de que la monarquía hizo entónces una ostentacion insolente y una repugnante aplicacion, tomaron los filósofos poco despues las armas para batir en brecha á la monarquía y destruirla.

Entre semejantes hombres, que, á excepcion del santo Duque de Borgoña, discípulo de Fenelon, parecia que rivalizaban en un celo infernal por rebajar la religion, la política y las costumbres de la monarquía francesa, sólo una mujer hubo que las hizo respetar, y que conservó sus tradiciones y sus prácticas en medio de la córte más corrompida del universo: ésta fué madama de Maintenon.

Hija de una madre católica, pero educada en el calvinismo, á la edad de diez y seis años habia tenido la dicha de entrar en el gremio del Catolicismo. En los años que estuvo casada con el poeta Scarron se habia hecho admirar por su piedad, por su sabiduría y por su modestia, lo mismo que por la elevacion de su espíritu y por su rara belleza. Pero habiendo quedado viuda á la edad de veinticinco años, y habiendo oido predicar al P. Bourdaloue, se retiró poco á poco del mundo, se puso bajo la direccion del abate Gobelin, doctor de la Sorbona, y emprendió una vida retirada y absolutamente ascética y perfecta. Ella habia sido encargada de educar secretamente á los hijos naturales del Rey. Un dia dijo el Rey á uno de aquellos hijos, el Duque de Maine: «Tú eres muy razonable.—Es necesario que lo sea, respondió el niño, porque tengo á mi lado una señora que es la razon misma.» Encantado el Rey de esta respuesta, le dijo: «Vé y dile que le darás cien mil francos para tus confites». Ella se aprovechó de esta cantidad para comprar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las tierras de Maintenon, cuyo título tomó. Desde este momento concibió Luis XIV la más alta estimacion hácia ella y le dió las mayores muestras de confianza. ¡Luis XIV habia tenido tantas mujeres que habian abusado de su favor para alejarle de la Reina é impulsarle al libertinaje! Madama de Maintenon fué la única que sólo usó de él para inspirarle unos miramientos que jamas habia tenido con la Reina su esposa, y para retirarle poco á poco de sus desórdenes, lo cual agradeció mucho toda la familia Real. La Reina, en particular, satisfecha con haber encontrado una noble amiga donde hasta entónces no habia encontrado más que innobles rivales, se unió con toda su alma á la directora de las hijas del Rey, la amó como á una hermana, quiso morir en sus brazos. El Rey mismo, cediendo á las exhortaciones y á los consejos de esta sábia matrona, resolvió al fin romper todos los lazos que comprometian la salvacion de su alma y el ejemplo que debia á sus súbditos; mas no sintiéndose con la fuerza suficiente para renunciar tambien á los goces inocentes de la vida privada, por consejo del P. La-Chaise se casó con madama de Maintenon, cuya sabiduría, cuyo carácter dulce y conciliador le prometia una consejera segura, una compañera agradable y un corazon afectuoso; porque ella era una verdadera católica, y la mujer verdaderamente católica es todo esto. No le faltó más que el título de Reina; ella tuvo todo lo demas. Luis la honró como si hubiese nacido de una familia Real, y la amó más que habia amado á otras mujeres con quienes habia estado en relaciones; ésta fué una de las mayores gracias con que Dios quiso recompensarlo por la adhesion que conservó siempre á la fe católica, en medio de los extravíos de su espíritu y de su corazon. Esta fué su felicidad. Despues de este matrimonio nada hubo que echar en cara al Rey respecto á las costumbres, y áun se le vió comenzar á reparar los daños que habia causado al Estado. Esto consistió en que, habiéndose penetrado Mma. de Maintenon, como otra Ester, de estas grandes palabras que el nuevo Mardoque, Fenelon, le habia dirigido: «Dios no os ha elevado tanto sino para la salvacion del Rey y de su pueblo», olvidándose completamente de sí misma esta mujer sublime, dirigió todos sus esfuerzos á hacer de su regio esposo un buen Rey y un verdadero cristiano, y renunciando á todas las ventajas de su nueva posicion, sólo se manifestó celosa de llevar todo el peso y cumplir todos los deberes de ella.

Desechando toda idea de gobernar, y todo lo que tenía la menor apariencia de intriga, sólo se mezcló en los negocios públicos para dar al Rey consejos, de los que jamas tuvo que arrepentirse. Ella hubiera podido aprovecharse de su posicion para haber colmado á su familia de altas dignidades, pero se guardó muy bien de hacerlo. Ella no tenía más que las tierras de Maintenon y una pension. El Rey le decia muchas veces: «Pero, señora, vos no teneis nada vuestro.—Señor, respondia ella, no os es permitido darme cosa alguna.» Ella, sin embargo, no se olvidaba de los desgraciados ni de los pobres. Ella miraba su posicion como una carga, que sólo la beneficencia podia hacer ligera. «Mi posicion, decia ella, tiene consigo muchas molestias, pero tambien me proporciona el placer de hacer bien.» El primer pensamiento que ella concibió, despues de su matrimonio, fué un pensamiento de beneficencia y de caridad, el de un establecimiento para las jóvenes de buena condicion nacidas sin fortuna, y que ella realizó bien pronto con la fundacion de la célebre casa de Saint-Cyr, á una legua de Versálles, donde formó una comunidad de treinta y seis religiosas, encargada de educar grátis á trescientas jóvenes de buenas familias, pero pobres (1).

Fenelon, que conocia muy bien á Luis XIV, decia á Mma. de Maintenon, en una carta que le escribió, lo siguiente: «Vos debeis, sin desmayar jamas, aprovecharos de todo lo que Dios os inspira, y de todo el ascendiente que teneis con el Rey, para abrirle los ojos é iluminarle..... Como el Rey se conduce, no tanto por las máximas seguidas, como por las impresiones de las personas que le rodean y á las que confia su autoridad, lo principal es no perder ninguna ocasion para rodearle de personas que obren de acuerdo con vos para hacerle que cumpla sus deberes, de los que no tiene idea alguna..... Finalmente, lo que más importa es asediarle, supuesto que quiere ser asediado, y gobernarle, supuesto que él quie-

(1) El Rey dotó la casa, pero ella fué quien hizo los reglamentos, que son unos modelos de sabiduría. Este establecimiento tuvo un éxito inesperado. La casa de Saint-Cyr se hizo el modelo de todas las casas de educacion pública. Los ejercicios estaban distribuídos en ella con inteligencia, y las jóvenes eran instruidas con dulzura en la religion, lo mismo que en todo lo demas que constituye una señora cristiana perfecta y una excelente madre de familias. De esta casa salieron casi todas las mujeres heroicas que más tarde, durante la revolucion, admiraron al mundo con sus virtudes y su valor, y cuyo celo y cuya devocion conservaron el catolicismo en Francia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

re ser gobernado; su salvacion consiste en ser gobernado por personas rectas y desinteresadas. Vuestro cuidado en moverle, en instruirle, en curar su corazon de ciertas llagas, en sostenerle cuando se halle desanimado, en inspirarle pensamientos de paz y de alivio de sus pueblos, de moderacion, de equidad y de desconfianza respecto á sus consejeros duros y violentos, de horror á los actos de autoridad arbitraria, y en fin, de amor á la Iglesia y de aplicacion á procurarle pastores santos; todo esto, repito, os dará ocupacion suficiente, porque, como no podréis hablarle de estas materias á cada momento, tendréis necesidad de perder mucho tiempo para elegir los momentos á propósito para insinuarle estas verdades. Ved aquí la ocupacion á que doy preferencia sobre todas las demas.» (*Correspondance de Fenelon*, tom. v, pág. 475.)

Segun esta curiosa revelacion, Luis XIV, que se creia el más absoluto de los reyes de Francia, no era más que un rey asediado y gobernado, y que queria serlo; no era más que un rey sin idea alguna de sus deberes, y que necesitaba ser ilustrado, instruido, asediado y dirigido; no era más que un gran niño, cuya educacion estaba enteramente por hacer..... por una mujer. Fenelon ha dicho todo esto..... Pero Fenelon, el único hombre de su tiempo que conoció las miserias de la monarquía, las llagas del país y los peligros de la religion, al decir en esta singular carta lo que era Luis XIV, dijo todo lo que hizo Mma. de Maintenon. Segun esta admirable instruccion, dirigida por aquel gran obispo, y que madama de Maintenon tenía siempre presente, se condujo respecto al Rey, y por ello mereció más que todas las demas mujeres, la gratitud de la Iglesia y del Estado, y el historiador Rohrbacher tuvo razon al decir: «Si es cierto que el estilo es el hombre, se puede decir, al ver el estilo de sus cartas, que Mma. de Maintenon era *uno de los primeros hombres de su siglo*, si no era *el primero* de todos ellos.» (Tom. XXVI, pág. 243.)

Desde el momento en que se consumó el gran escándalo de la asamblea del clero de 1682, que, bajo pretexto de emancipar el poder temporal del despotismo de la Iglesia, no hizo otra cosa que entregar la Iglesia al capricho del poder temporal, este mismo poder se puso en estado de sacar las últimas consecuencias de las inmensas concesiones. Él se revolvió contra el Papa, á quien despojó de una parte de sus estados y á quien fué á insultar hasta en la

misma Roma, con gran aplauso de todos los gobiernos protestantes.

«Aunque el alma de Luis XIV, dice M. Lemontey, pasó por todos los períodos de una devocion *poco ilustrada*, la idolatría de sí mismo fué siempre su primera religion. El clero habia dado al monarca *más que la sumision*. Si despues de la célebre asamblea de 1682 la *moderacion del Rey* no hubiera sido mayor que el celo de los doctores, la supremacía romana hubiera corrido grandes peligros.» (*Monarchie de Louis XIV*, pág. 26.) Un escritor contemporáneo (*Andres de Cournie*), despues de hablar de los arzobispos de París y de Reims, añade: «Los demas que componian aquella asamblea (de 1682) eran poco más ó ménos del mismo temple, y tan sumisos á la voluntad del Rey, que *si él hubiera querido sustituir el Coran al Evangelio* ellos lo hubieran aprobado al momento.» Voltaire ha dicho igualmente: «Si el Rey hubiera querido, se hubiera hecho dueño de la asamblea.» Finalmente, todos los escritores están de acuerdo en que si Luis XIV hubiera sido un Enrique VIII, se hubiera establecido el cisma sin oposicion de aquellos que debian presentar mayor resistencia. El que afloja las bridas á un caballo desbocado no es capaz de contenerlo (1). Si, pues, en esta situacion, en que los malos consejos por una parte, y el servilismo por otra, habian colocado al rey, no fueron las cosas más léjos; si los obispos autores de la declaracion se vieron obligados á condenarla y á dar sus excusas al Soberano Pontífice; si el mismo Luis XIV anuló el edicto insolente de 1682, cedió en todos los puntos á las justas reclamaciones de la Iglesia, y si se reconcilió con el Papa, fué

(1) Segun el relato del mismo Bossuet y de Fleury, la sustancia de la declaracion se reducia á esto: resentidos los obispos de que el Papa no aprobaba la debilidad con que ellos habian abandonado los derechos de sus iglesias, despreciando el juramento de su consagracion y violando de este modo el cánon XII del Concilio ecuménico de Lyon, se reunieron por *órden del Rey*, trataron por *órden del Rey* la cuestion de la autoridad del Papa, la decidieron prontamente por *órden del Rey*, y redactaron en latin cuatro proposiciones, que el ministro Colbert, que era el verdadero autor de ellas, habia formulado en frances; que el mismo Bossuet llama *odiosas*, y cuyo pensamiento pertenecia á M. Tellier, gran canciller, ministro y secretario de Estado, y á su hijo el arzobispo de Reims.» Por consiguiente, Luis XIV tenía en su mano obispos *dóciles* y ministros sumisos á su voluntad. Bossuet y Fleury nos lo dicen. (*Hist. de Bossuet*, lib. VI, núm. 12; Fleury, *Opusc.*, pág. 210.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque, á pesar de haber maltratado á la augusta cabeza del catolicismo, permaneció siempre fiel al principio católico, y porque, como acabamos de oir, *su moderacion en esta ocasion fué más grande que el celo de sus doctores.* Esto es claro, esto es cierto; todos los doctores están de acuerdo en este punto. Pero para acabar de convencernos sobre este importante asunto, debemos añadir que Luis XIV debió esta *fidelidad* al principio católico, y esta *moderacion* en su conducta á Mma. de Maintenon, que aconsejada, inspirada, animada é impulsada continuamente por Fenelon, no cesaba de defender ante el Rey la causa del Papa, de despertar en él *el amor á la Iglesia*, de acabar la educacion incompleta de este Rey y *de enseñarle los deberes de que no tenía la menor idea.* De modo que la monarquía francesa, engendrada al Catolicismo trece siglos há por el celo de una mujer (*Santa Clotilde*), debe tambien al celo de una mujer haber permanecido católica.

§ LXVI. — Continuacion de la feliz influencia ejercida por Mma. de Maintenon en la córte de Luis XIV. — Su actitud caritativa al tiempo de la revocacion del edicto de Nántes. — Resultados de su celo, de acuerdo con el del Papa, para que se convirtiese á los hugonotes, en vez de perseguirlos. — Horrible retrato de Luis XIV, trazado por Fenelon. — Mma. de Maintenon elevando á Fenelon y protegiéndole contra sus enemigos. — Al sentimiento cristiano de esta matrona debe la literatura francesa las obras maestras de Racine. — Horrible humillacion que Luis XIV hizo sufrir á Bossuet, que tanto le habia exaltado. — Inmensa servidumbre de que se libró la Iglesia de Francia por causa de esta misma mujer. — Luis XIV sostenido por ella en sus grandes infortunios y en el momento de su muerte. — Homenaje tributado por el Duque de Borgoña á las virtudes de Mma. de Maintenon.

Uno de los actos más memorables del reinado de Luis XIV fué la *revocacion del edicto de Nántes*, que los hugonotes habian arrancado á Enrique IV, y que constituia una nacion dentro de la nacion, un estado dentro del Estado, y una república calvinista dentro del reino cristianísimo, con sus ciudades y sus gobiernos propios. Por este acto, como lo han reconocido los publicistas más sabios, áun los mismos protestantes, con Grocio y Sismondi, no hizo otra cosa el gran rey que usar de uno de sus derechos y ejercer uno de sus deberes, el de restituir el órden y la unidad á su reino por la unidad de religion. Mas este acto, justo y legítimo como principio, se

hacía odioso por la manera con que se procedia á su ejecucion. Los dragones del Ministro de la Guerra, Louvois, fueron los encargados de convertir á los herejes. El único personaje de la córte que lamentaba estos excesos era Mma. de Maintenon. «Vos maltratais á los hugonotes, escribia ella á su hermano. ¡Ay! Apiadaos de esas gentes, más desgraciadas que culpables; ellas están en el error en que hemos estado nosotros mismos, y del que la violencia no nos hubiera podido arrancar. Es necesario atraer á los hombres por medio de la dulzura y la caridad.» En una carta á Mma. de Saint-Geran le dice ella: «Es necesario no precipitar las cosas; es necesario convertir y no perseguir.» De este modo se expresaba esta admirable mujer, y manifestaba toda la bondad de su corazon y toda la elevacion de su entendimiento, comprendiendo mejor que los hombres la verdadera doctrina del Evangelio. Ella se afligia de no poder hacer todo lo que deseaba en este particular, porque, como se queja ella misma, habiendo sido calvinista en su infancia, sospechaban de su celo y le echaban en cara á cada momento que amaba á sus antiguos correligionarios.

El papa Inocencio XI no aprobaba tampoco los rigores de Luis XIV con los protestantes de su reino. Por consiguiente, haciéndose Mma. de Maintenon el eco de las quejas del Soberano Pontífice y el ministro de sus sentimientos, se valió de todo el ascendiente que tenía con el Rey, con quien acababa de desposarse, para dulcificar la suerte de los proscriptos y para que se les convirtiese al Catolicismo por medio de la predicacion. Á instancias de ella fueron alejadas las tropas del Poitou y de todas las demas provincias donde habia hugonotes, y fueron enviados á ellas Fenelon, Bourdaloue, Langeron, Fleury y un gran número de padres jesuitas para convertirlos. Dios bendijo estas misiones. «Las conversiones, dice Sismondi, no se hicieron ya individualmente, sino por ciudades enteras.» En poco tiempo todo el Bearn fué convertido, así como las dos ciudades capitales del protestantismo frances, La Rochela y Montauban, y las ciudades de Gap, de Embrund, de Castres, de Lunnel, de Uzes, de Nímes, de Montpeller y de Grenoble. Pues bien, en 1680 el número de los protestantes en Francia era de uno ó dos millones. De este número, segun lo que dice el Duque de Borgoña, que habia compulsado todas las listas, de sesenta y siete á sesenta y ocho mil personas de todas edades fueron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque, á pesar de haber maltratado á la augusta cabeza del catolicismo, permaneció siempre fiel al principio católico, y porque, como acabamos de oir, *su moderacion en esta ocasion fué más grande que el celo de sus doctores.* Esto es claro, esto es cierto; todos los doctores están de acuerdo en este punto. Pero para acabar de convencernos sobre este importante asunto, debemos añadir que Luis XIV debió esta *fidelidad* al principio católico, y esta *moderacion* en su conducta á Mma. de Maintenon, que aconsejada, inspirada, animada é impulsada continuamente por Fenelon, no cesaba de defender ante el Rey la causa del Papa, de despertar en él *el amor á la Iglesia*, de acabar la educacion incompleta de este Rey y *de enseñarle los deberes de que no tenía la menor idea.* De modo que la monarquía francesa, engendrada al Catolicismo trece siglos há por el celo de una mujer (*Santa Clotilde*), debe tambien al celo de una mujer haber permanecido católica.

§ LXVI. — Continuacion de la feliz influencia ejercida por Mma. de Maintenon en la córte de Luis XIV. — Su actitud caritativa al tiempo de la revocacion del edicto de Nántes. — Resultados de su celo, de acuerdo con el del Papa, para que se convirtiese á los hugonotes, en vez de perseguirlos. — Horrible retrato de Luis XIV, trazado por Fenelon. — Mma. de Maintenon elevando á Fenelon y protegiéndole contra sus enemigos. — Al sentimiento cristiano de esta matrona debe la literatura francesa las obras maestras de Racine. — Horrible humillacion que Luis XIV hizo sufrir á Bossuet, que tanto le habia exaltado. — Inmensa servidumbre de que se libró la Iglesia de Francia por causa de esta misma mujer. — Luis XIV sostenido por ella en sus grandes infortunios y en el momento de su muerte. — Homenaje tributado por el Duque de Borgoña á las virtudes de Mma. de Maintenon.

Uno de los actos más memorables del reinado de Luis XIV fué la *revocacion del edicto de Nántes*, que los hugonotes habian arrancado á Enrique IV, y que constituia una nacion dentro de la nacion, un estado dentro del Estado, y una república calvinista dentro del reino cristianísimo, con sus ciudades y sus gobiernos propios. Por este acto, como lo han reconocido los publicistas más sabios, áun los mismos protestantes, con Grocio y Sismondi, no hizo otra cosa el gran rey que usar de uno de sus derechos y ejercer uno de sus deberes, el de restituir el órden y la unidad á su reino por la unidad de religion. Mas este acto, justo y legítimo como principio, se

hacía odioso por la manera con que se procedia á su ejecucion. Los dragones del Ministro de la Guerra, Louvois, fueron los encargados de convertir á los herejes. El único personaje de la córte que lamentaba estos excesos era Mma. de Maintenon. «Vos maltratais á los hugonotes, escribia ella á su hermano. ¡Ay! Apiadaos de esas gentes, más desgraciadas que culpables; ellas están en el error en que hemos estado nosotros mismos, y del que la violencia no nos hubiera podido arrancar. Es necesario atraer á los hombres por medio de la dulzura y la caridad.» En una carta á Mma. de Saint-Geran le dice ella: «Es necesario no precipitar las cosas; es necesario convertir y no perseguir.» De este modo se expresaba esta admirable mujer, y manifestaba toda la bondad de su corazon y toda la elevacion de su entendimiento, comprendiendo mejor que los hombres la verdadera doctrina del Evangelio. Ella se afligia de no poder hacer todo lo que deseaba en este particular, porque, como se queja ella misma, habiendo sido calvinista en su infancia, sospechaban de su celo y le echaban en cara á cada momento que amaba á sus antiguos correligionarios.

El papa Inocencio XI no aprobaba tampoco los rigores de Luis XIV con los protestantes de su reino. Por consiguiente, haciéndose Mma. de Maintenon el eco de las quejas del Soberano Pontífice y el ministro de sus sentimientos, se valió de todo el ascendiente que tenía con el Rey, con quien acababa de desposarse, para dulcificar la suerte de los proscriptos y para que se les convirtiese al Catolicismo por medio de la predicacion. Á instancias de ella fueron alejadas las tropas del Poitou y de todas las demas provincias donde habia hugonotes, y fueron enviados á ellas Fenelon, Bourdaloue, Langeron, Fleury y un gran número de padres jesuitas para convertirlos. Dios bendijo estas misiones. «Las conversiones, dice Sismondi, no se hicieron ya individualmente, sino por ciudades enteras.» En poco tiempo todo el Bearn fué convertido, así como las dos ciudades capitales del protestantismo frances, La Rochela y Montauban, y las ciudades de Gap, de Embrund, de Castres, de Lunnel, de Uzes, de Nímes, de Montpeller y de Grenoble. Pues bien, en 1680 el número de los protestantes en Francia era de uno ó dos millones. De este número, segun lo que dice el Duque de Borgoña, que habia compulsado todas las listas, de sesenta y siete á sesenta y ocho mil personas de todas edades fueron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las únicas que no se conformaron con las disposiciones de la *revocacion del edicto* y emigraron al extranjero; las demas se hicieron católicas y permanecieron en Francia, por las medidas de dulzura que Mma. de Maintenon, secundada por Fenelon, compañero de su celo y depositario de sus penas y de sus dolores, habia conseguido hacer que se adoptasen. ¡Ved aquí, pues, cerca de dos millones de ciudadanos conservados á la patria, y otros tantos hijos engendrados á la Iglesia por el buen espíritu y el celo de una mujer!

Si Mma. de Maintenon debió mucho, como hemos visto, á las instrucciones y á los consejos de Fenelon, Fenelon debió tambien mucho al alto aprecio y al reconocimiento que esta señora le conservó siempre. Por intercesion de ella confió Luis XIV á este grande hombre la educacion de sus nietos, los Duques de Borgoña, de Anjou y de Berry, lo cual le dió ocasion para escribir su obra maestra de política cristiana, titulada *Direccion de la conciencia de un rey*, y otras muchas obras, que le han hecho tan célebre. Por causa de ella fué elevado tambien á la silla de Cambray, que él santificó con su celo é ilustró con la grandeza de su nombre. De los hombres distinguidos de la córte de Luis XIV, Fenelon fué el único que no se dejó deslumbrar por el prestigio de la gloria de aquel monarca; el único verdadero israelita que no adoraba más que á Dios, miéntras que todo el mundo doblaba la rodilla ante Moloch, y el único que comprendió y profetizó los males inmensos que aquel reinado, de apariencias cristianas y de principios paganos, habia de atraer sobre Francia en un porvenir no muy lejano. Él hizo más aún: en el año de 1695 tuvo el valor, propio de un obispo católico, de escribir á aquel rey extraviado una terrible carta en la que trazó el verdadero retrato de Luis XIV y de su gobierno, que puede resumirse en estas pocas palabras: «Señor, vos no sois más que un miserable, rodeado, adulado y gobernado por otros seres mucho más miserables que vos (1).» La córte no le perdonó

(1) Ved aquí algunos rasgos de esta carta, que coloca á su autor al lado de San Ambrosio, de San Basilio y de San Juan Crisóstomo: «Vos habeis nacido, señor, con un corazon recto y equitativo; pero los que os han educado no os han dado por ciencia de gobernar más que la desconfianza, los celos, el alejamiento de la virtud, el temor de todos los méritos brillantes, el afecto á los hombres bajos y aduladores, y el cuidado y la atencion á vuestro exclusivo interes. En el espacio de treinta años vuestros principales ministros han trastornado todas las antiguas máximas de Estado, para encumbrar hasta lo sumo

jamas esta carta, capaz por sí sola de desvanecer las preocupaciones y las ilusiones con que procuraba adormecer al monarca. Una verdadadera conspiracion se formó contra el más bello carácter de su siglo. No encontrando con qué poder acriminar su conducta, se dirigieron contra sus doctrinas, y por causa de su libro *Sobre las máximas de los santos*, se le persiguió encarnizadamente, se le quiso hacer pasar por un hereje; se denunció su libro ante ese tribunal de Roma, cuya autoridad se acababa de declarar que no se conocia en Francia, y se le persiguió con tanto encarnizamiento, que la Santa Sede, á pesar de que condenó el libro, vengó y canonizó en cierta manera á su autor, dirigiendo estas memorables palabras á los eclesiásticos que se habian hecho sus acusadores: «Él ha errado sin duda, pero ha sido por un exceso de amor de Dios; pero vosotros sois mucho más culpables, porque habeis pecado por falta de

vuestra autoridad, que se ha hecho suya, porque se halla en sus manos. No se ha hablado más del Estado ni de las reglas, sólo se ha hablado del Rey y de su voluntad. Se os ha elevado hasta el cielo por haber oscurecido, como dicen, á vuestros predecesores, por haber empobrecido la Francia entera para introducir en la córte un lujo monstruoso é incurable. Ellos han querido elevaros sobre las ruinas de todas las clases del Estado; como si vos pudieseis ser grande arruinando á todos vuestros súbditos, sobre quienes está fundada vuestra grandeza... Vuestros ministros no os hablan sino para apartar de vos todo mérito que pudiera hacerles sombra. Ellos os han acostumbrado á recibir continuamente alabanzas exageradas, que llegan hasta la idolatría, y que vos hubierais debido, por vuestro propio honor, rechazar con indignacion. Ellos han hecho vuestro nombre odioso á toda la nacion francesa é insufrible á todas las naciones vecinas... Es necesario, señor, remontarse hasta el origen de la guerra de Holanda para examinar delante de Dios todas vuestras conquistas. Es inútil decir que ellas eran necesarias al Estado. Los bienes de otros jamas nos son necesarios; lo que nos es verdaderamente necesario es observar una estricta justicia... Esto basta, señor, para reconocer que habeis pasado vuestra vida entera fuera del camino de la verdad y de la justicia... Vuestros pueblos, á quienes deberiais amar como á vuestros hijos, y que se han mostrado hasta ahora tan amantes de vos, mueren de hambre. El cultivo de las tierras está casi abandonado, las ciudades y las aldeas se despueblan, todos los oficios se hallan en decadencia y no pueden sostener á los operarios, el comercio está aniquilado, vuestras victorias y vuestras conquistas no regocijan ya al pueblo; él está lleno de amargura y de desesperacion. Se premia á los que sería necesario castigar.

»Vos no amais á Dios, ni le temeis sino con un temor de esclavo... Vuestra religion no es más que una supersticion. Vos sois como los judíos, de quienes dijo Dios: — Miéntras que me honran con los labios, sus corazones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amor del prójimo: *Erravit ille excessu amoris divini, peccastis vos defectu amoris proximi.*» (*Brev. Innocent. XII.*)

Pues bien, en medio de esta persecucion y de los disgustos de toda especie que abrumaban á Fenelon, la única persona que encontró en la córte en su favor fué Mma. de Maintenon, que continuó estimándole, que le protegió contra el furor de tantas vanidades humilladas, que le consoló y consiguió que se le dejase tranquilo haciendo el bien de su diócesis.

La Francia literaria debe tambien á esta admirable mujer algunas de las obras maestras de su literatura. Habiendo conservado ella sola el sentimiento cristiano en medio de una córte que no respiraba más que paganismo (testigo el palacio de Versálles y su parque), tuvo horror á la doctrina de Boileau, de que *la poesía no*

están léjos de Mí. —Vos sois escrupuloso sobre bagatelas y endurecido sobre males terribles. Vos no amais más que vuestra gloria y vuestra comodidad. Vos lo referis todo á vos mismo, como si fueseis el Dios de la tierra y como si todo hubiese sido criado para ser sacrificado á vos. Por el contrario, Dios os ha mandado al mundo sólo para bien de vuestro pueblo. Pero ¡ay! vos no comprendeis estas verdades; y ¿cómo las habeis de aprobar? Vos no conoceis á Dios, ni haceis por conocerle. Vos teneis un arzobispo (monseñor de Harlai) corrompido, escandaloso, incorregible, revoltoso, artificioso, enemigo de todas las virtudes y que hace gemir á todas las personas honradas. Vos estais contento con él, porque no piensa más que en complaceros con sus adulaciones. Ya hay más de veinte años que, prostituyendo su honor, goza de vuestra confianza. Vos le dejais que tiranice la Iglesia. Vuestro confesor (el P. La-Chaise) no es vicioso, pero teme á la sólida virtud y no ama más que á las personas profanas y relajadas. Vos habeis realzado su autoridad todo lo posible. Vos sois el único en Francia, señor, que ignora que él no sabe nada, que su talento es corto y tosco, y que no deja de tener su artificio con su rusticidad de espíritu. Los jesuitas mismos le desprecian... Él nada sabe relativamente al hombre, como tampoco de ninguna otra cosa. Él es el juguete de todos los que le adulan y le hacen algunas dádivas... Él obra atrevidamente sin temor de extraviaros; él prepondera siempre á la relajacion y á manteneros en la ignorancia. Por consiguiente, un ciego es el que conduce á otro ciego (y caerán los dos en el hoyo). Madama de Maintenon y el Duque de Beauvillers... ¿de qué sirven, si no os muestran que debeis restituir los países que no son vuestros, preferir la vida de vuestros pueblos á una falsa gloria, reparar los males que habeis hecho á la Iglesia y procurar haceros un verdadero cristiano ántes que la muerte os sorprenda?» (*Œuv. compl. de Fenelon*, tomo VII, lettres diverses.) Por la mitad de esto se podia ahorcar á un hombre sin hacerle la menor injusticia. ¡Ved aquí, sin embargo, lo que, segun Fenelon, fué Luis XIV!

puede pasar sin la mitología, y preguntó á Racine si no sería posible conciliar la poesía y la música con la piedad; porque ella queria que las jóvenes de Saint-Cyr aprendiesen algunos versos, pero versos cristianos. Racine era un hombre demasiado grande y demasiado buen cristiano para no ver que el juicio de esta mujer sobre el asunto en cuestion era más justo que el del Juvenal frances; él respondió, por consiguiente, que sí, y con este fin compuso su *Ester* y su *Atalía*. Racine, para complacer á esta mujer cristiana, compuso tambien sus *Cánticos*, sacados de la Escritura Santa, tan notables por la elevacion de los pensamientos como por la elegancia del estilo y los encantos de la más deliciosa poesía (1).

Finalmente, el mismo Bossuet debió tambien mucho á Mma. de Maintenon. En su *Política sacada de la Escritura* habia tenido este grande hombre la desgracia de olvidarse de sí mismo hasta el punto de escribir el pasaje siguiente, que todo es ménos *sagrado:* «Cuando el príncipe ha juzgado, no hay lugar á otro juicio. Nadie tiene derecho de juzgar despues de él. Es necesario, pues, obedecer á los príncipes como á la *justicia misma*. El príncipe puede enmendar lo que él mismo ha hecho, cuando conoce que ha hecho mal; pero contra su autoridad no puede haber remedio sino en su autoridad.» (Lib. IV, art. 1.º) Esto era decir, en otros términos, que el soberano cristiano no tiene más regla suprema de su conducta que su voluntad; esto era introducir en Francia el derecho público de Mahomet II y de Enrique VIII. Por consiguiente, si habia un hombre digno de las mayores consideraciones de parte del poder secular, áun prescindiendo de su genio y de sus méritos, era Bossuet, que habia hecho de él tan grande apoteósis, y que, como él mismo nos asegura, habia estado sumiso y obediente á él

(1) Luis XIV quiso oir muchas veces estos cánticos, y la primera vez que oyó cantar estas palabras:

¡Dios mio, que guerra tan cruel!
Yo encuentro dos hombres en mí:
El uno quiere que, lleno de amor por Tí,
Mi corazon te sea siempre fiel;
Y el otro á tu voluntad es rebelde,
Se rebela contra tu ley;

se dirigió á Mma. de Maintenon y le dijo: «Señora, ¡ved aquí dos hombres á los que yo conozco bien!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta el punto de comprometer su dignidad y sus deberes. El experimentó, sin embargo, una suerte absolutamente contraria, y fué el primero que sufrió los efectos de derechos exhorbitantes que habia reconocido en este mismo poder, en materia de religion. En virtud de las *libertades de la Iglesia galicana*, que se acababan de proclamar bajo la proteccion de Bossuet, un dia el canciller de Francia, en nombre del Rey, hizo prohibir la impresion de las obras de Bossuet, antes que hubiesen sido sometidas á la censura. Bossuet se resintió profundamente de ello. «¿Cómo, exclamó, habiendo ya de treinta y cuarenta años que defiendo la causa de la Iglesia contra toda especie de errores, en cuyo tiempo cinco cancilleres consecutivos jamas me han sometido á ningun exámen, y ahora, bajo un canciller que me honra con su amistad, se me ha tratado como jamas me han tratado los otros? Es una desgracia para mí ser el primero de los obispos en cuyos libros aparezca este testimonio de exámen. Esta nueva precaucion hará decir que mi doctrina comienza á ser sospechosa.» (*Œuvr. complètes de Bossuet*, tomo XXVI, edicion de Versálles.)

Pero es necesario hacer á Bossuet la justicia de que si en esta ocasion exhaló las quejas más amargas, no fué tanto por el interes de su reputacion cuanto por el interes de la libertad de la enseñanza, propia de los obispos y de la Iglesia. «Pero el mayor mal, añade, es que esto no será más que un paso para poner á los demas obispos bajo el yugo..... Es una extraña opresion la de atarles las manos en lo que concierne á la fe, que es lo esencial de su ministerio y el fundamento de la Iglesia. El Evangelio se hará lo que ellos quieran, y muy pronto no lo tendrán en cuenta para nada.» En una carta al cardenal de Novailles dice Bossuet lo siguiente: «Yo disimulé la primera injuria de ponerme un examinador, con el objeto de apresurar la impresion: ésta se ha concluido; pero me hacen otra injuria en querer que el testimonio del examinador vaya al frente de la obra. Esto es, monseñor, lo que no consentiré jamas, porque es una injuria que se hace á todos los obispos, á quienes se quiere poner bajo el yugo en el punto más esencial de su ministerio, que es la fe.» Bossuet dirigió despues cinco memorias consecutivas al Rey, en las que es muy sensible que el ardor del celo contraste singularmente con una humildad más que heroica y una eleccion más que extraña de las expresiones. Él dice al Rey:

«Dejad la reputacion sana é íntegra á un obispo que ha encanecido en la defensa de la verdadera fe y en el servicio de V. M..... Se quiere quitar á los obispos el medio de combatir el error con una doctrina sana, y el derecho de enseñar á sus pueblos por escrito, como lo hacen de viva voz, y quieren comenzar por mí á establecer esta servidumbre. Nos es sensible importunar á V. M. con nuestras razones; pero ¿á quién ha de recurrir la Iglesia sino al Príncipe, por quien tiene la conservacion de sus derechos sagrados, sin los que no habria religion sobre la tierra? (¡No se hubiera escrito de otro modo al Rey-papa de Inglaterra!) No tememos desagradar á V. M. suplicándole de rodillas, como lo hacemos, que nuestra sentencia proceda de vuestro trono y salga de vuestra misma boca. Nos atrevemos á decir en presencia de V. M., que nos representa á Aquel de quien somos ministros, que nada hay que pueda echársenos en cara.»

Á todas estas representaciones y á todas estas súplicas, el Príncipe, *conservador de los derechos sagrados de la Iglesia, y representante de Aquel de quien los obispos son ministros*, hizo responder con un *acuerdo* irrisorio y áun insolente. Se acordó que respecto á las pastorales, á las censuras y los demas autos auténticos, podian los obispos hacerlos independientemente del poder temporal, con la condicion de que fuesen manuscritos, y que sólo se les sujetaria á censura cuando fuesen impresos. Y sobre este particular volvió Bossuet á dirigirse al Rey, diciéndole: «Señor, si esto es así, de dos cosas una: ó que la Iglesia se vea privada ella sola del auxilio y de la comodidad de la impresion, ó que la compre, sometiendo sus decretos, sus catecismos, y hasta sus misales y breviarios, y todo lo que la religion tiene de más íntimo, al exámen de los magistrados. Cada particular hace imprimir sus actas para distribuirlas entre sus jueces, y ¡no ha de poder la Iglesia hace imprimir sus instrucciones y sus oraciones para hacerlas distribuir entre sus hijos y sus ministros!» El grande hombre tenía razon; pero le dejaron gritar, y la Iglesia galicana iba á insertar esta inmensa servidumbre entre sus *libertades*. Felizmente Luis XIV tenia á su lado una mujer católica, Mma. de Maintenon. El obispo de Meaux se dirigió á ella con una carta, en la cual la suplicaba *de rodillas*, y esta mujer, tan sábia como celosa, hizo comprender las razones del prelado á su regio esposo, y alcanzó de él lo que ningun hombre habia podido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alcanzar: que desistiese de su pretension sacrílega de someter á los magistrados legos la enseñanza de la Iglesia. Por consiguiente, tambien á la mujer católica debe la Iglesia de Francia la preciosa libertad que todos los gobiernos regulares, desde entónces hasta nuestros dias, le han reconocido, de combatir los errores y enseñar á los pueblos.

La Providencia, que castiga á los hombres á quienes quiere salvar por donde más han pecado, acabó por humillar la vanidad de Luis XIV y por someter su corazon á las más duras pruebas. Siendo conquistador, se vió arrancar sucesivamente casi todas sus conquistas; siendo padre, vió á la muerte arrebatarle despiadadamente casi todos sus hijos y sus nietos. El fin de su largo reinado fué como un tiempo marcado por la humillacion y el dolor, tanto como el principio de él lo habia sido por la gloria y los placeres. En medio de estos grandes infortunios, sólo encontró el consuelo en la adhesion sin límites de su esposa y en los sentimientos de resignacion cristiana que ella le inspiraba. En su última enfermedad, abandonado de todos, sólo tuvo á su lado á Mma. de Maintenon, prodigándole los cuidados más afectuosos y más heroicos que reclamaba su alma abatida, lo mismo que su cuerpo, que habia caido en una disolucion. Y por las delicadas atenciones de esta mujer murió Luis XIV, como verdadero cristiano, fortalecido por los auxilios de la religion, y como verdadero héroe, con un valor de espíritu despojado de toda ostentacion, separándose de las grandezas sin echarlas de ménos, y mirando la muerte sin temor. Este valor llegó hasta el punto de confesar públicamente sus faltas; porque, abrazando á su sucesor, de cinco año de edad, le dijo: «Hijo mio, yo te encargo que alivies á los pueblos, y que no me imites en mi pasion por la gloria, por la guerra y por los palacios.»

Apénas Luis XIV dió su último suspiro en los sentimientos de la más grande piedad, cuando Mma. de Maintenon exclamó: «Sea Dios bendito; mi mision ha terminado.» Ella abandonó al momento la córte y fué á encerrarse en su casa querida de Saint-Cyr, donde acabó sus dias en los ejercicios de la humildad, de la caridad y de la religion. Tal fué Mma. de Maintenon en la córte de Luis XIV, y tal ha sido y será siempre en la córte la mujer verdaderamente católica; porque el Catolicismo le revela el secreto de su mision y

la extension de sus deberes, y le da el valor y la fuerza necesaria para cumplirlos (1).

§ LXVII.—La córte de Luis XV más lamentable que la de Luis XIV.—La reina María Leczinska, encargada por Dios de perpetuar en ella las tradiciones de la castidad y de la fe de las princesas de Francia.—Amor de esta Reina á su pueblo, y su caridad inagotable con los desgraciados.—Santidad de Enriqueta, su hija.—María Luisa de Francia haciéndose religiosa carmelita para expiar los pecados de su padre.—Circunstancias patéticas de su profesion religiosa.—Las princesas Adelaida y Victoria de Francia son tambien unas santas, lo mismo que el Delfin su hermano.—Contraste singular de esta familia de santos, modelos de todas las virtudes, al lado de Luis XV, infestado por todos los vicios.

Ya hemos visto lo que, segun Fenelon, fué el reinado de Luis XIV. Pues bien, el reinado de su nieto, Luis XV, fué todavía peor: el mismo libertinaje, el mismo egoismo, la misma indeferencia respecto á los sufrimientos del pueblo, con el espíritu filosófico de más, y cierta grandeza y cierta dignidad y la grande literatura de ménos. Prostitutas innobles y descarados incrédulos se divertian en arrastrar por el fango la corona de San Luis y en minar los fundamentos del trono y el altar, y el moderno Sardanápalo presenciaba, con la sonrisa de la estupidez en los labios, aquellas repugnantes orgías, aquellas farsas sacrílegas, aquella horrible demolicion,

(1) Ved aquí el retrato que el virtuoso y sabio Duque de Borgoña, el discípulo de Fenelon, hizo de la esposa de su abuelo, á vista de la cual se habia criado él en la córte. «Madama de Maintenon, dice, es una mujer á quien la Providencia eleva sobre su estado, y que no se desconoce á sí misma; una mujer que se ve en el colmo del favor y no tiene ambicion; que sólo tiene riquezas para socorrer á los desgraciados, y crédito para protegerlos; una mujer que sólo da consejos llenos de sabiduría, y que, sin embargo, teme dar consejos; que seria capaz de conducir los más grandes negocios, y que no ve ningun negocio para sí misma más que el de su salvacion.» (Feller, Art. *Maintenon.*)

Sus cartas, aunque alteradas en muchos puntos por La Beaumelle, que fué el primero que las dió á luz, no por eso dejan de ser notables, áun al lado de las de Mma. de Sevigné. Su estilo, preciso y severo, es, dice Feller, más bien el de un autor, y un autor bueno, que el de una mujer. *Su historia*, lo mismo que las *Memorias para servir á su historia*, son unos disfraces indignos del noble carácter de esta mujer sublime. Ella era ante todo cristiana, y ya sabemos que, con el fin de despreciar la religion y la piedad, los escritores de la revolucion no han perdonado á ningun héroe del Cristianismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alcanzar: que desistiese de su pretension sacrílega de someter á los magistrados legos la enseñanza de la Iglesia. Por consiguiente, tambien á la mujer católica debe la Iglesia de Francia la preciosa libertad que todos los gobiernos regulares, desde entónces hasta nuestros dias, le han reconocido, de combatir los errores y enseñar á los pueblos.

La Providencia, que castiga á los hombres á quienes quiere salvar por donde más han pecado, acabó por humillar la vanidad de Luis XIV y por someter su corazon á las más duras pruebas. Siendo conquistador, se vió arrancar sucesivamente casi todas sus conquistas; siendo padre, vió á la muerte arrebatarle despiadadamente casi todos sus hijos y sus nietos. El fin de su largo reinado fué como un tiempo marcado por la humillacion y el dolor, tanto como el principio de él lo habia sido por la gloria y los placeres. En medio de estos grandes infortunios, sólo encontró el consuelo en la adhesion sin límites de su esposa y en los sentimientos de resignacion cristiana que ella le inspiraba. En su última enfermedad, abandonado de todos, sólo tuvo á su lado á Mma. de Maintenon, prodigándole los cuidados más afectuosos y más heroicos que reclamaba su alma abatida, lo mismo que su cuerpo, que habia caido en una disolucion. Y por las delicadas atenciones de esta mujer murió Luis XIV, como verdadero cristiano, fortalecido por los auxilios de la religion, y como verdadero héroe, con un valor de espíritu despojado de toda ostentacion, separándose de las grandezas sin echarlas de ménos, y mirando la muerte sin temor. Este valor llegó hasta el punto de confesar públicamente sus faltas; porque, abrazando á su sucesor, de cinco año de edad, le dijo: «Hijo mio, yo te encargo que alivies á los pueblos, y que no me imites en mi pasion por la gloria, por la guerra y por los palacios.»

Apénas Luis XIV dió su último suspiro en los sentimientos de la más grande piedad, cuando Mma. de Maintenon exclamó: «Sea Dios bendito; mi mision ha terminado.» Ella abandonó al momento la córte y fué á encerrarse en su casa querida de Saint-Cyr, donde acabó sus dias en los ejercicios de la humildad, de la caridad y de la religion. Tal fué Mma. de Maintenon en la córte de Luis XIV, y tal ha sido y será siempre en la córte la mujer verdaderamente católica; porque el Catolicismo le revela el secreto de su mision y

la extension de sus deberes, y le da el valor y la fuerza necesaria para cumplirlos (1).

§ LXVII.—La córte de Luis XV más lamentable que la de Luis XIV.—La reina María Leczinska, encargada por Dios de perpetuar en ella las tradiciones de la castidad y de la fe de las princesas de Francia.—Amor de esta Reina á su pueblo, y su caridad inagotable con los desgraciados.—Santidad de Enriqueta, su hija.—María Luisa de Francia haciéndose religiosa carmelita para expiar los pecados de su padre.—Circunstancias patéticas de su profesion religiosa.—Las princesas Adelaida y Victoria de Francia son tambien unas santas, lo mismo que el Delfin su hermano.—Contraste singular de esta familia de santos, modelos de todas las virtudes, al lado de Luis XV, infestado por todos los vicios.

Ya hemos visto lo que, segun Fenelon, fué el reinado de Luis XIV. Pues bien, el reinado de su nieto, Luis XV, fué todavía peor: el mismo libertinaje, el mismo egoismo, la misma indeferencia respecto á los sufrimientos del pueblo, con el espíritu filosófico de más, y cierta grandeza y cierta dignidad y la grande literatura de ménos. Prostitutas innobles y descarados incrédulos se divertian en arrastrar por el fango la corona de San Luis y en minar los fundamentos del trono y el altar, y el moderno Sardanápalo presenciaba, con la sonrisa de la estupidez en los labios, aquellas repugnantes orgías, aquellas farsas sacrílegas, aquella horrible demolicion,

(1) Ved aquí el retrato que el virtuoso y sabio Duque de Borgoña, el discípulo de Fenelon, hizo de la esposa de su abuelo, á vista de la cual se habia criado él en la córte. «Madama de Maintenon, dice, es una mujer á quien la Providencia eleva sobre su estado, y que no se desconoce á sí misma; una mujer que se ve en el colmo del favor y no tiene ambicion; que sólo tiene riquezas para socorrer á los desgraciados, y crédito para protegerlos; una mujer que sólo da consejos llenos de sabiduría, y que, sin embargo, teme dar consejos; que seria capaz de conducir los más grandes negocios, y que no ve ningun negocio para sí misma más que el de su salvacion.» (Feller, Art. *Maintenon.*)

Sus cartas, aunque alteradas en muchos puntos por La Beaumelle, que fué el primero que las dió á luz, no por eso dejan de ser notables, áun al lado de las de Mma. de Sevigné. Su estilo, preciso y severo, es, dice Feller, más bien el de un autor, y un autor bueno, que el de una mujer. *Su historia*, lo mismo que las *Memorias para servir á su historia*, son unos disfraces indignos del noble carácter de esta mujer sublime. Ella era ante todo cristiana, y ya sabemos que, con el fin de despreciar la religion y la piedad, los escritores de la revolucion no han perdonado á ningun héroe del Cristianismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que debia sepultar en sus ruinas la más antigua y la más gloriosa de las monarquías cristianas. De modo que cuando el desventurado Luis XVI subió al trono, la revolucion estaba ya hecha en las ideas y en las costumbres; la monarquía no existia más que en el nombre y el abate Proyart tuvo mucha razon al dar á uno de sus libros sobre aquella funesta época este título: *Luis XVI destronado ántes de ser rey;* sólo que podia haber añadido: *por sus abuelos.* Mas, á fin de que al pasar junto á las Tullerías, que no encerraban más que una monarquía degradada, no echasen los hombres sobre ellas una mirada de horror y de desprecio y las escupiesen, habia establecido Dios en ellas un santo é interesante personaje, encargado de mantener la fe y la piedad tradicional de las princesas Reales de Francia, en medio de la más grande impiedad. Este personaje fué tambien una mujer, la princesa polaca María Leczinska, esposa de Luis XV, que no era digno de ella. Se la hubiera creido una *perla arrojada á los puercos,* una piedra preciosa en un muladar. En los últimos dias que precedieron á su matrimonio, interrogada por su santa tia acerca de lo que pensaba sobre tan grande acontecimiento, «¡Ay madre, le respondió la jóven princesa, yo no he tenido todavía sobre ese particular más que un solo pensamiento que de ocho dias á esta parte absorbe todos los demas pensamientos, y es, que yo sería bien desgraciada si la corona que me ofrece el rey de Francia me hiciese perder la que me tiene destinada el Rey del cielo.» Grandes y sublimes palabras que revelaron en la esposa del Rey una grande alma, que no vivia más que de la fe, y digna del trono por lo mismo que, en vez de ambicionar las grandezas, temia los peligros de ellas.

Desde el primer momento en que ella se mostró á la Francia la llamaron *la buena reina*, por causa de la dulzura de su carácter y de la bondad de su corazon. Despues de la muerte de su padre, á quien se habia cedido la Lorena, se la quiso obligar á que reclamase al ménos una pension sobre aquella provincia. «Vos sois la única heredera del rey Estanislao, le decian, y no se os podrá negar.— Yo lo creo así, respondió la Reina; pero es probable que la hiciesen pagar á los pobres de la Lorena, y no la quiero á ese precio.» Ella sólo encontraba placer en aquellas diversiones que nada costaban al pueblo; el abate Proyart, de quien tomamos estas particularidades respecto á la santa princesa (Proyart, *Vie de Marie Leczinska, reine de France*), nos asegura que á su muerte se observó que en los cuarenta y tres años que se sentó en el trono no habia ocasionado al Estado más gastos que los de una fiesta, que fué la de sus bodas. Le preguntaban un dia por qué negaba constantemente á los señores de la córte á quienes estimaba, el placer, de que ella misma hubiera participado, de ir á comer á sus palacios; á lo cual respondió la Reina: «Porque, despues de haber hecho gastar alguna cantidad á mi huésped, sería necesario dar cincuenta luises á sus domésticos, y mis pobres pagarian demasiado cara esta pequeña satisfaccion.» No hay privacion á la que no se condenase en favor de los pobres. Muchas veces se la veia calcular hasta el precio de un vestido que la agradaba, y negarse á comprarlo, diciendo: «Es demasiado caro; yo tengo muchos vestidos, y nuestros pobres carecen de camisa.»

Ella socorria toda clase de necesidades y á toda clase de personas; pero la virtud desgraciada y el mérito indigente tenian siempre la preferencia en sus liberalidades. Ella se habia impuesto una ley de no negar jamas la limosna á los miserables que imploraban públicamente sus socorros. «Si yo niego la limosna á estos pobres, decia ella, todos se creerán dispensados de dársela, y entónces ¿qué será de ellos?» Así, pues, donde quiera que ella debia permanecer por algun tiempo se veian llegar de todas partes multitud de mendigos que, miéntras ella permanecia en aquel lugar, los tenía á sueldo. Se la oia quejarse algunas veces de la importunidad de los ambiciosos, pero nunca de la de los pobres. Sus guardias tenían órden de dejarlos aproximarse á su persona. Los llamaban *el regimiento de la Reina.*

Pero su más tierna compasion y sus cuidados maternales eran por los pobres enfermos. Era una satisfaccion para ella visitarles en los hospitales. «Aquí, dijo ella un dia á un señor de su córte, aquí debemos venir para aprender á conocernos.» Ella gustaba los alimentos que les daban, y ¡ay del jefe del establecimiento si no veia que estaban buenos! Ella servía tambien á los enfermos con sus propias manos, hasta ayudarles, en su profunda humildad, á ponerse los zapatos. Ella se detenia por más tiempo junto á los más desesperados; ella los consolaba con palabras piadosas, y no los dejaba hasta haberlos reducido á una perfecta resignacion á las disposiciones de la Providencia. «Hijos mios, les decia ella, siendo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como soy, reina, me veré un dia enferma y moribunda, como vosotros. La sentencia parece dura á la naturaleza, pero nosotros la dulcificarémos con nuestra sumision y con el pensamiento de que ha sido dada contra nuestros pecados por un Dios que es siempre nuestro Padre.» Un enfermo, despues de haberla oido un dia hablar de este modo, exclamó, arrebatado de gozo: «¡Dios mio, nada me detiene ya en la tierra; yo acepto voluntariamente la muérte, despues de haber tenido la felicidad de haber sido tan bien exhortado á ella por nuestra santa reina!» Ella tenía cuidado de acompañar con socorros pecuniarios los consuelos espirituales que daba á los pobres enfermos. Ella ponia generalmente un luis en sus manos, pero con tanto cuidado, que las personas que la acompañaban no se apercibian de ello, y que se habria ignorado si el reconocimiento no lo hubiese publicado. En el hospital de Compiègne, queriendo ella dar su limosna acostumbrada á un enfermo, le dijo éste: «¡Ay, señora! En el estado en que me encuentro, no es dinero lo que necesito.—Pues bien, decidme lo que puedo hacer por vos.—¡Ay, mi buena reina! Si quisieseis ofrecér á Dios una breve oracion por la salvacion de mi alma, moriria contento.—Mi crédito no es grande en el cielo, hijo mio; yo pediré, no obstante, y haré que pidan por vos con confianza, porque os veo muy resignado.»

La caridad de la reina María era tan grande porque su fe era muy viva y su piedad muy profunda. Ella era un alma que sólo vivia en la tierra esperando el cielo. Cuantas veces pasaba por Saint-Denis se detenia allí para orar sobre los sepulcros de los reyes de Francia. En una de estas visitas (que fué la última que hizo), al ver los miserables restos de las grandezas humanas, dijo al prior de la abadía, que la acompañaba: «Aquí es donde yo esperaré la resurreccion universal. Este es el palacio en que me recibiréis bien pronto. Bajo esta bóveda, á algunos pasos de aquí, se pudrirá mi cadáver.» Y pronunciando estas palabras, se postró, besó aquella tierra que debia recoger sus cenizas, y dirigió al *Rey solo inmortal de los siglos* una súplica tan tierna y tan ardiente, que todos los que le acompañaban se conmovieron hasta derramar lágrimas.

Al leer estas particularidades nos creemos trasladados á los tiempos de Matilde de Francia, de Margarita de Escocia, de Cunegonda de Austria y de Isabel de Hungría. Pues bien, esto es para que nos convenzamos de que la mujer verdaderamente católica es siempre

y en todas partes la misma, como la religion que la inspira; esto es para que creamos los prodigios de fe, de piedad y de caridad de las santas reinas de la Edad Media, y que Dios se ha dignado renovar esos mismos prodigios casi á nuestra vista, en medio de la mayor corrupcion de los tiempos modernos.

En medio de las grandes ofensas que el rey su esposo habia hecho á esta admirable mujer, no la contrarió, al ménos en estas sublimes prácticas y en el deseo de educar á su manera los diez hijos que tuvo de su matrimonio. Cinco de estos hijos murieron en su tierna edad, y de los otros cinco, que vivieron más largo tiempo, hizo ella otros tantos santos. Enriqueta, la mayor de sus hijas, no podia ver una desgracia sin moverse á compasion y apresurarse á socorrerla. Cuando sólo tenía cinco años de edad se la vió un dia despojarse de su vestido para darlo á una pobre niña de su edad, que temblaba de frio. Ella no abrigó jamas el más pequeño pensamiento de orgullo. Ella sólo deseaba tener, para poder socorrer las necesidades. Ella oraba contínuamente y comulgaba con frecuencia. Ella tenía doce años y el Delfin diez, cuando un dia le dijo: «Hermano, nosotros estamos rodeados de aduladores, interesados en ocultarnos la verdad. Vamos á hacer este convenio: tú me advertirás mis defectos y yo te advertiré los tuyos.» Nadie igualaba su celo por inspirar á los demas los sentimientos de religion de que ella se hallaba penetrada. «Yo no comprendo, decia, por qué los cristianos parece que se admiran cuando nos ven hablar y obrar cristianamente.» El mayor disgusto que ella tenía era cuando se veia obligada algunas veces á presentarse en los espectáculos. Habiéndole preguntado un dia la causa de esta repugnancia, respondió la princesa: «La causa de ella es que desde el momento en que me presento en ellos, y veo aparecer los primeros actores, me siento acometida de una tristeza profunda. Yo me digo á mí misma: Hé aquí unas personas que se condenan de propósito deliberado por divertirme. Este pensamiento me ocupa absolutamente miéntras dura la representacion, y ¡cómo es posible que pueda divertirme!» Ella era en todo lo demas un ángel de pureza y de inocencia; así fué que á la edad de veinticuatro años voló al cielo.

Su hermana, Luisa María de Francia, la hija menor de Luis XV y de la reina María, era tambien un ángel, á que Dios dejó por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más tiempo en la tierra para que la admirase y la edificase con el prodigio de su piedad y de su renuncia del mundo, en un tiempo en que tantas mujeres de la alta aristocracia hacian del mundo su ídolo. Ella tenía una viveza extraordinaria y una gran penetracion, pero tenía tambien un corazon excelente. Creyendo que una mujer que trabajaba en su aposento la habia ofendido, le dijo con enfado: «¿No soy yo hija de vuestro Rey?—Y yo, señora, respondió friamente aquella mujer, ¿no soy hija de vuestro Dios?» Movida por esta respuesta, dijo la princesa: «Teneis razon, yo he sido quien os ha ofendido, y os pido perdon.» No teniendo todavía cuatro años, dijo un dia á la religiosa que le habian dado por aya: «Vos sabeis que amo á Dios, y que todos los dias le doy mi corazon; pero decidme, ¿no me dará Dios tambien alguna cosa?» La sábia maestra respondió: «Pues qué, ¿no sabeis todavía que todo cuanto teneis y todo cuanto podais tener jamas, lo recibis de Dios?» Y despues de haberle hecho una enumeracion de todos los bienes, de gracia y de naturaleza, que Dios le habia dado, la santa religiosa concluyó diciendo: «Pero todo esto es nada en comparacion de lo que Dios os tiene reservado y os dará ciertamente en el cielo si le amais constantemente. Y ¿creeis todavía que Dios no os da nada por el corazon que le ofreceis todos los dias?» La niña comprendió tan bien esta leccion, que desde aquel dia decia en ciertas ocasiones á su maestra: «Es necesario dar gracias á Dios por esto; Dios ha sido quien nos lo ha dado.»

Debiendo hacer su primera comunion, la santa jóven se preparó para ella de la manera más perfecta. Entre otras cosas, escribió su *confesion general*, y ántes de hacerla al sacerdote, quiso comunicarla á su maestra para oir su parecer. Ella comenzó á leer; pero habiendo llegado á un artículo de ella, dudó y pasó al otro. Este era el mayor de sus pecados, del que se avergonzaba y con el que no queria escandalizar á la buena religiosa. Finalmente, se decidió á leer este artículo, el cual estaba concebido en estos términos: «Me acuso de haber deseado, por vanidad, haber nacido turca.» La directora le preguntó el motivo de este extraño deseo, y cómo habia podido unir á él la vanidad, y la niña respondió: «Es que yo me figuraba un gran placer en hacer en seguida una pública abjuracion del mahometismo, para abrazar la fe cristiana.» Así, pues, este gran pecado no era en sí más que un acto de fe y de amor de

Dios, formulado por una niña. Se le hizo la observacion de que, sin ser turca, tendria lugar de manifestar un dia su amor á Dios y su celo por la verdadera religion, abjurando, en la córte misma, las máximas y la conducta que se observaban en ella. «Es verdad, respondió, y así lo haré;» y desde aquel dia concibió la heroica idea de dejar el siglo y hacerse religiosa en un convento de Santa Teresa, el más austero que existia en Francia. Ella se proporcionó un hábito, que se ponia secretamente, para ver si podria soportar su aspereza. Ella se proporcionó igualmente la regla, y se ejercitaba en practicar los artículos más difíciles; ella compuso tambien una larga oracion á Santa Teresa para que «le alcanzase la gracia de ser una de sus hijas más perfectas, á pesar de su delicada salud, de su complexion débil y de *su indignidad*.» Desde entónces observó ella en medio de la córte, y bajo las vestiduras de princesa, la vida penitente de un carmelita, hasta el momento en que, triunfando de la oposicion del Rey su padre, pudo pronunciar sus votos, entrando en el convento de las Carmelitas, junto á Saint-Denis, en el que la princesa Luisa María de Francia tomó el nombre de Sor Teresa de San Agustin. Á los dos dias fueron á verla las princesas sus hermanas. Esta entrevista ofreció la escena más patética. Al ver ellas á su hermana María con los piés desnudos y vestida de una pobre tela de lana, se arrojaron á su cuello y la abrazaron con todos los trasportes de la ternura, derramando lágrimas, así como toda la comunidad, enternecida por este espectáculo. Sor Teresa, con la alegría en el corazon y la serenidad en la frente, trataba de consolarlas, asegurándoles «que no habia motivo alguno para llorar por ella, á no ser que se la envidiase *la perfecta felicidad* de que gozaba.» Algunos dias despues escribia ella á una de sus amigas de palacio: «Todo respira aquí la alegría del cielo. Ahora vengo del recreo, donde he pensado morir de risa. Ved el poder que tiene la alegría de una buena conciencia»; y un mes despues escribió á la misma amiga estas palabras: «Te has enternecido al oir la descripcion de mi lecho. Sin embargo, no soy tan digna de lástima. Yo me encuentro bien en él; y sin ir más léjos, hoy he dormido ocho horas. Yo te aseguro que esto no es tan miserable, cuando se piensa en lo que Jesucristo hizo por nosotros. Por lo demas, lo digo para vergüenza mia, miéntras que todos se edifican al verme con mi jergon de paja, yo me hallo con él con tanta como-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

didad como si estuviese en un lecho de pluma.» Cuando le prohibian los rudos trabajos que exigian una fuerza de que carecia, su celo por la penitencia se indemnizaba haciendo los oficios más repugnantes; ella espiaba la ocasion de hacerlo sin que lo viesen sus compañeras; y esto era tan frecuente, que cuando ellas se encontraban sus faenas hechas, colegian al momento que las habia hecho Sor Teresa de San Agustin. Si sucedia que, encontrándola una religiosa en el hecho, reclamaba su tarea, la princesa se echaba á sus piés, le besaba la mano y á fuerza de instancias alcanzaba de ella que le dejase acabar lo que habia comenzado. Con estos actos de humillacion, de penitencia y de fervor se preparó ella al sacrificio irrevocable de sí misma á Dios; por la profesion solemne de los votos religiosos.

El Papa quiso presidir esta ceremonia por medio de su nuncio. La hija del Rey de Francia, hecha hija de Santa Teresa, fué á arrodillarse ante la delfina María Antonieta, para recibir de sus manos el velo y el hábito religioso. La jóven princesa, al presentárselos, los besó con devocion y los regó con lágrimas de ternura. Y todos los circunstantes procuraban en vano ocultar su emocion, que sus prolongados sollozos hacian patente, y que resonaban con un eco lastimero en las bóvedas sagradas. Miéntras esto pasaba en la iglesia, el toque de campanas de toda la ciudad anunciaba que María Luisa de Francia acababa de pronunciar sus votos; y los obreros al dejar sus trabajos, y los artesanos al salir de sus talleres, todos se reunian en medio de las calles y de las plazas, y elevaban las manos al cielo, gritando: «¡Cómo es posible que la hija de nuestro Rey se haya consagrado para toda su vida á unas austeridades que ninguno de nosotros tendria el valor de abrazar!»

En efecto, ¡un grande, sublime y patético acto de abnegacion acababa de cumplirse, del que sólo el alma de una mujer católica es capaz; porque María Luisa de Francia sólo habia cambiado los honores, las riquezas y las delicias de la córte por la vida más pobre, más humilde y más mortificada, por ofrecerse á Dios en *sacrificio de expiacion de la vida libertina del Rey su padre!* Ella misma se lo declaró así de la manera más delicada. Un dia, Luis XV, á quien ella hablaba con frecuencia de las dulzuras de su estado, le contestaba que no comprendia cómo podia ella encontrar tanto bien en una vida tan austera. «Sin embargo, es muy cierto, padre

mio, le respondió la heroica hija, que me encuentro en el colmo de la felicidad; y ademas, el pensamiento de que estoy aquí para mi salvacion y la de todos aquellos á quienes amo, es tan consolador para mí, que no me admiro de que me haya curado de todos mis males.» El Rey lloró al oir estas sublimes palabras; pero su corazon estaba demasiado endurecido por el hielo de la voluptuosidad, para que adoptase la resolucion de corregirse.

Las otras dos hijas de la reina Leczinska, las princesas Adelaida y Victoria de Francia, sin encerrarse en un claustro, observaron una vida pura, religiosa y perfecta en medio del mundo. Despues de haber admirado y confundido por su piedad la córte corrompida y atea de su padre, se expatriaron, al principio de la revolucion, para conservar su fe y su sumision á la Iglesia; y se establecieron sucesivamente en Roma, en Nápoles y en Trieste, edificando al mundo, manifestándole que eran las princesas católicas de la casa Real de Francia.

Pero de todos sus hijos, al heredero del trono fué á quien la reina Leczinska educó con mayor cuidado para hacer de él un perfecto Rey cristianísimo, de quien la Francia tenía mucha necesidad. Sus votos fueron oidos. «Yo no tengo más que un hijo, decia ella; pero Dios, que me lo ha dado, se ha complacido en formarlo sabio, virtuoso, benéfico y tal como no me hubiera atrevido á esperarlo.» En efecto, el Delfin, padre del Luis XVI, fué el príncipe más ilustrado, más hábil, más amante de su país y más santo que se ha visto jamas en la córte de Francia, despues de San Luis. Pero el siglo XVIII no era digno de él, y murió ántes de ascender al trono, para desgracia de la Francia, de la Europa y de la Iglesia. Así, pues, por causa de la reina Leczinska y sus admirables hijas, se vió entónces, bajo el mismo techo de las Tullerías y de Versalles, toda la firmeza de la fe, todo el fervor de la piedad, toda la santidad de la vida del Cristianismo de los primeros siglos, al lado de todos los vicios, de todas las bajezas y de todas las impiedades del paganismo más descarado, para hacerlas inexcusables, para servirles en cierto modo de contrapeso y de protesta. De una parte estaba el crímen, y de la otra estaba la expiacion. Aquellas santas mujeres parece que recibieron tambien otra mision: la de salvar de la apostasía general á Luis XVI, la de preparar en él y adornar con las flores de la santidad y del heroismo la gran víctima expiato-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ria que el cielo se habia reservado en él por las faltas de que la raza degenerada de San Luis se habia hecho culpable ante la Francia y ante la Iglesia; y en esta atmósfera espiritual, perfumada por el buen olor de sus santas tias y abuelas, fué donde se formó Luis XVI, y se hizo lo que debia, para honrar con su muerte sublime una monarquía que no debia salvar con su vida.

No debemos olvidar, en este catálogo de princesas de la casa de Borbon, que han conservado en la córte, áun en nuestros dias, la piadosa herencia de la fe y de la piedad católica de sus abuelas, á la princesa María de Orleans. Ved aquí cómo refiere el piadoso abate *Della Frateria*, vicario general de Pisa, los últimos momentos de esta angelical mujer, en *El Amigo de la Religion* (20 de Enero de 1839):

«El dia 12 de Diciembre, despues de su llegada á Génova, uno de los primeros pensamientos de la Duquesa fué el de invitarme, por su dama de honor, la Baronesa de Spitt, á que dijese una misa por ella, en la catedral, á una hora determinada, para asociarse á ella con sus oraciones. Yo accedí á su deseo. Algunos dias despues, la Baronesa me hizo una visita y me advirtió que estuviese preparado, en atencion á que la princesa hacía sus preparativos de devocion. El 1.º de Enero, á las siete de la mañana, fuí llamado á casa de la Duquesa; ella trató de levantarse y de sentarse en el sofá. Este esfuerzo, y especialmente el celo de S. A. R., que tenía el sentimiento profundo del acto importante que iba á ejecutar, le ocasionaron un vahido al principio de la confesion. Vuelta en sí, la princesa se confesó y comulgó.

»En la noche siguiente velaba yo al lado de su lecho. Ella no me mandó llamar, pero habló de su confesion en términos que manifestaban la satisfaccion que este acto le habia causado. Al dia siguiente quiso verme; ella volvió á confesarse y me dijo que conocia muy bien el estado en que se hallaba, y que sólo estaba unida á la vida por su amor á su hijo y á su familia, y sobre todo á su buena madre, y por su esposo, á quien esperaba ver pasar al seno de la religion católica; despues de lo cual moriria contenta.

»S. A. R. habló largamente conmigo de la religion, de la piedad, de la bondad y del amor de Dios, de la nada de las cosas terrenas y de la eterna bienaventuranza. Yo le propuse entónces que recibiese el sacramento de la Extrema-Uncion y la absolucion pontifical; ella lo aceptó gustosa, y en el mismo dia recibió el sacramento y la bendicion; despues me rogó que le siguiese hablando de cosas relativas á la religion y á su estado. Media hora despues sentí algun movimiento en la habitacion de la Princesa. Corrí á ella, y encontré á la señora tranquila, miéntras que todas las mujeres que se hallaban presentes estaban muy conmovidas. Ella me dijo que habia rogado á su esposo que se hiciese católico. Yo me retiré y me puse en oracion. Desde este momento hasta su muerte, el rostro de la princesa pareció rodeado de una aureola divina, y todos los presentes se hallaban poseidos de una piadosa admiracion. Ella les dirigió las palabras más justas, más verdaderas y más religiosas, y repitió muchas veces á su esposo, en los términos más amables y más enérgicos, que era necesario le prometiese hacerse católico y dar á su hijo una educacion perfecta. Ella dijo al Duque de Nemours, y le rogó lo repitiese á sus hermanos, que fuera de la religion no hay felicidad alguna, y que sin ella todo es nada. «Vosotros no conoceis »la piedad, dijo ella, echando una mirada sobre los que allí esta»ban; ved lo que es la religion. Yo soy dichosa, yo tengo veinti»cinco años; pero sé morir, y muero contenta. Dios me habrá per»donado mis pecados y me concederá la eterna bienaventuranza, »porque siempre le he amado.» Ella permaneció en este estado cerca de tres horas. Los circunstantes estaban profundamente conmovidos; la princesa estaba tranquila y se sonreia algunas veces; ella exigió que no me apartase de su lado. Cuando su esposo le dirigia la palabra, rehusaba con dulzura responderle y se santiguaba. Ella dió sus últimos besos al crucifijo y dirigió sus miradas hácia el cielo. Ella me preguntó si podia tener la certeza de ir al seno de Dios, y habiéndole respondido que tenía la conviccion de que el cielo se abria para recibirla, elevó sus ojos como en éxtasis, y en esta actitud permaneció hasta su muerte, que fué á las ocho y cuarto. Jamas habia yo presenciado una muerte tan edificante. La tranquilidad, la fuerza de alma, la sonrisa angelical de la Duquesa no podian proceder sino de un profundo sentimiento religioso y de una gracia especial de Dios respecto á un alma cuyo lugar estaba señalado entre los bienaventurados» (1). Así, pues, desde Santa

(1) Al referir Rohrbacher esta santa muerte dice que la princesa María de Orleans murió, no tanto de enfermedad como de dolor de verse engañada en sus esperanzas, y de ser madre, no de un hijo de San Luis, sino de un pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Clotilde hasta nuestros dias, la fe y la piedad católica han tenido siempre sus modelos en las princesas de las casas reinantes de Francia.

§ LXVIII.—Una excursion á Alemania.—Cobardía de todos los soberanos de Europa conspirando contra una mujer, María Teresa de Austria.—Grandeza de alma de esta reina, triunfando sola de todos sus enemigos.—María Teresa, el único gran soberano cristiano de su siglo.—Su anhelo por hacer la felicidad de sus pueblos.—Su caridad.—Su política.—Su retrato comparado con el de Catalina II de Rusia.—Ella fué inocente del repartimiento de la Polonia.—Ella fué la única que vió en aquel repartimiento el mayor crímen y la mayor calamidad para Europa.—Cuánto importa á la Europa entera, y á la Francia en particular, el restablecimiento de esta gran nacionalidad católica.

Salgamos de Francia, con intencion de volver á ella muy pronto, para ir á admirar en Alemania otra sublime mujer católica, María Teresa Habsbourg, que admiró al mundo con su sabiduría y con su valor, al mismo tiempo que la santa reina Leczinska lo admiraba con su piedad.

Hija y heredera única de Cárlos VI, emperador de Alemania, y esposa de Francisco de Lorena, á la muerte de su padre, ocurrida en 1740, se encontró María Teresa hecha el blanco de la perfidia de todos los soberanos de Europa, que se habian coligado y habian tomado las armas para despojarla de todos sus estados y sepultarla bajo las ruinas de la Monarquía austriaca. Desgraciadamente, á la

testante de Wurtemberg. (Tomo XXVIII, pág. 489.) Ved aquí el hecho á que se refiere el ilustre historiador. El Duque de Wurtemberg, esposo de la princesa María de Orleans, era protestante. La Santa Sede habia concedido la dispensa para este matrimonio mixto con la condicion, que pone siempre, de que los hijos que tuviesen fuesen educados en la religion católica. El Duque habia aceptado esta condicion; mas habiendo su esposa dado á luz un hijo, olvidó el Duque su promesa é hizo bautizar al niño por un ministro protestante. La Princesa se afligió mucho de ello, y esta circunstancia agravó su enfermedad y aceleró la catástrofe de su muerte. Nosotros dejamos al lector que califique este acto de lealtad y de tolerancia protestante, y no harémos más que una observacion. Uno de los más grandes pecados de Luis Felipe fué el de haber casado á sus tres primeros hijos con protestantes y haber querido introducir de este modo el protestantismo en el santuario de la Monarquía católica, en las Tullerías, donde este culto no habia entrado jamas. La Providencia se manifestó en este particular de una manera que puede servir de leccion. To-

cabeza de esta cobarde conspiracion de tantos hombres poderosos contra una jóven, estaba Luis XV. ¡Pero era muy natural que el príncipe protector de los filósofos impíos de su siglo se hiciese el perseguidor de una princesa católica! El ambicioso Elector de Baviera, sostenido por un ejército frances y bajo el título de lugarteniente general del Rey de Francia, se habia hecho coronar Rey de Bohemia en Praga, Archiduque de Áustria en Lintz y Emperador de Alemania en Frankfort, con el nombre de Cárlos VII; y caminando de victoria en victoria, se hallaba ya á las puertas de Viena para sitiarla. María Teresa se vió, por consiguiente, obligada á abandonar esta ciudad y á buscar un refugio, que en ninguna parte encontraba. Ella estaba encinta, y sabiendo los progresos, siempre crecientes, de sus enemigos, escribió á la Duquesa de Lorena, su suegra, diciéndole: «No sé si me quedará una ciudad donde dar á luz el fruto de mis entrañas.» El Duque, su esposo, era un hombre muy honrado, y tal vez el único hombre honrado entre los príncipes de la época; pero no poseia las grandes cualidades de un soberano, así como tenía los derechos de tal. Él no era más que el esposo de la reina; María Teresa era el soberano. Por consiguiente, se habia resignado ya á la suerte que los enemigos de la casa de Habsbourg reservaban á María Teresa, su esposa, de dejarla reinar sobre algunos restos de la baja Austria. Pero esta mujer, á pesar de lo sencilla y piadosa que era, poseia, con los derechos al trono, la elevacion de espíritu y la grandeza de alma de un gran príncipe. Por consiguiente, pensó de distinto modo que su débil esposo. Sola,

dos esos tres hijos católicos, casados con protestantes, han muerto ya, y el primero de ellos de una manera misteriosa y trágica en el momento en que se disponia para ir á Strasburgo con su esposa para presidir á la instalacion de las *diaconisas protestantes*. Los luteranos de esta ciudad estaban llenos de gozo, y áun corrian voces de que se iba á quitar la catedral á los católicos para entregarla á los luteranos. Pero un católico del pueblo les dijo: «No esteis tan confiados; tarde ó temprano veréis que Dios es católico.» Todos saben lo demas..... Si la que en Febrero de 1848 se presentó á la Asamblea con su hijo de la mano hubiese sido una princesa católica, conocida del pueblo por su piedad, por sus limosnas y por su amor al país, tal vez las cosas hubieran sucedido de otra manera. Mas una princesa protestante jamas será simpática, jamas será francesa en Francia, jamas será mirada con buenos ojos en el trono de San Luis, y todos los esfuerzos de la poesía y de la política revolucionaria no conseguirán jamas que el pueblo frances sea indiferente á la religion de los que le gobiernan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Clotilde hasta nuestros dias, la fe y la piedad católica han tenido siempre sus modelos en las princesas de las casas reinantes de Francia.

§ LXVIII.—Una excursion á Alemania.—Cobardía de todos los soberanos de Europa conspirando contra una mujer, María Teresa de Austria.—Grandeza de alma de esta reina, triunfando sola de todos sus enemigos.—María Teresa, el único gran soberano cristiano de su siglo.—Su anhelo por hacer la felicidad de sus pueblos.—Su caridad.—Su política.—Su retrato comparado con el de Catalina II de Rusia.—Ella fué inocente del repartimiento de la Polonia.—Ella fué la única que vió en aquel repartimiento el mayor crímen y la mayor calamidad para Europa.—Cuánto importa á la Europa entera, y á la Francia en particular, el restablecimiento de esta gran nacionalidad católica.

Salgamos de Francia, con intencion de volver á ella muy pronto, para ir á admirar en Alemania otra sublime mujer católica, María Teresa Habsbourg, que admiró al mundo con su sabiduría y con su valor, al mismo tiempo que la santa reina Leczinska lo admiraba con su piedad.

Hija y heredera única de Cárlos VI, emperador de Alemania, y esposa de Francisco de Lorena, á la muerte de su padre, ocurrida en 1740, se encontró María Teresa hecha el blanco de la perfidia de todos los soberanos de Europa, que se habian coligado y habian tomado las armas para despojarla de todos sus estados y sepultarla bajo las ruinas de la Monarquía austriaca. Desgraciadamente, á la

testante de Wurtemberg. (Tomo XXVIII, pág. 489.) Ved aquí el hecho á que se refiere el ilustre historiador. El Duque de Wurtemberg, esposo de la princesa María de Orleans, era protestante. La Santa Sede habia concedido la dispensa para este matrimonio mixto con la condicion, que pone siempre, de que los hijos que tuviesen fuesen educados en la religion católica. El Duque habia aceptado esta condicion; mas habiendo su esposa dado á luz un hijo, olvidó el Duque su promesa é hizo bautizar al niño por un ministro protestante. La Princesa se afligió mucho de ello, y esta circunstancia agravó su enfermedad y aceleró la catástrofe de su muerte. Nosotros dejamos al lector que califique este acto de lealtad y de tolerancia protestante, y no harémos más que una observacion. Uno de los más grandes pecados de Luis Felipe fué el de haber casado á sus tres primeros hijos con protestantes y haber querido introducir de este modo el protestantismo en el santuario de la Monarquía católica, en las Tullerías, donde este culto no habia entrado jamas. La Providencia se manifestó en este particular de una manera que puede servir de leccion. To-

cabeza de esta cobarde conspiracion de tantos hombres poderosos contra una jóven, estaba Luis XV. ¡Pero era muy natural que el príncipe protector de los filósofos impíos de su siglo se hiciese el perseguidor de una princesa católica! El ambicioso Elector de Baviera, sostenido por un ejército frances y bajo el título de lugarteniente general del Rey de Francia, se habia hecho coronar Rey de Bohemia en Praga, Archiduque de Áustria en Lintz y Emperador de Alemania en Frankfort, con el nombre de Cárlos VII; y caminando de victoria en victoria, se hallaba ya á las puertas de Viena para sitiarla. María Teresa se vió, por consiguiente, obligada á abandonar esta ciudad y á buscar un refugio, que en ninguna parte encontraba. Ella estaba encinta, y sabiendo los progresos, siempre crecientes, de sus enemigos, escribió á la Duquesa de Lorena, su suegra, diciéndole: «No sé si me quedará una ciudad donde dar á luz el fruto de mis entrañas.» El Duque, su esposo, era un hombre muy honrado, y tal vez el único hombre honrado entre los príncipes de la época; pero no poseia las grandes cualidades de un soberano, así como tenía los derechos de tal. Él no era más que el esposo de la reina; María Teresa era el soberano. Por consiguiente, se habia resignado ya á la suerte que los enemigos de la casa de Habsbourg reservaban á María Teresa, su esposa, de dejarla reinar sobre algunos restos de la baja Austria. Pero esta mujer, á pesar de lo sencilla y piadosa que era, poseia, con los derechos al trono, la elevacion de espíritu y la grandeza de alma de un gran príncipe. Por consiguiente, pensó de distinto modo que su débil esposo. Sola,

dos esos tres hijos católicos, casados con protestantes, han muerto ya, y el primero de ellos de una manera misteriosa y trágica en el momento en que se disponia para ir á Strasburgo con su esposa para presidir á la instalacion de las *diaconisas protestantes*. Los luteranos de esta ciudad estaban llenos de gozo, y áun corrian voces de que se iba á quitar la catedral á los católicos para entregarla á los luteranos. Pero un católico del pueblo les dijo: «No esteis tan confiados; tarde ó temprano veréis que Dios es católico.» Todos saben lo demas..... Si la que en Febrero de 1848 se presentó á la Asamblea con su hijo de la mano hubiese sido una princesa católica, conocida del pueblo por su piedad, por sus limosnas y por su amor al país, tal vez las cosas hubieran sucedido de otra manera. Mas una princesa protestante jamas será simpática, jamas será francesa en Francia, jamas será mirada con buenos ojos en el trono de San Luis, y todos los esfuerzos de la poesía y de la política revolucionaria no conseguirán jamas que el pueblo frances sea indiferente á la religion de los que le gobiernan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin fuerzas, sin aliados, se creyó, sin embargo, bastante fuerte con la proteccion de Dios y la justicia de su causa. Ella no se desanimó ni desesperó jamas. «Todo lo hemos perdido, decia, pero nos queda Dios y la Hungría.» Ella se trasladó sola á este reino, reunió los estados generales en Presbourg, se presentó á ellos teniendo en sus brazos á su tierno hijo (que fué despues José II), y les dijo en buen latin: «Abandonada por mis amigos, perseguida por mis enemigos y combatida por mis más próximos parientes, no me queda más recurso que vuestra fidelidad, vuestro valor y mi constancia. Yo pongo, por consiguiente, en vuestras manos la hija y el hijo de vuestros reyes, que esperan de vosotros su salvacion.» La Hungría habia hecho por espacio de doscientos años muchos esfuerzos por sacudir el yugo del Austria, que se le habia hecho insoportable. Pero desde el advenimiento al trono de María Teresa habia cesado esta oposicion de siglos; la sabiduría, la moderacion y la bondad de esta mujer habian reconciliado con la casa de Habsbourg aquel noble y poderoso pueblo, que las faltas de los hombres le habian enajenado. Así, pues, áun no habia concluido María Teresa su tierna alocucion, cuando todos aquellos nobles y generosos magnates, todos aquellos antiguos guerreros, llenos de indignacion contra los cobardes enemigos de la infortunada Reina, se levantaron como un solo hombre, tiraron de sus espadas, y con el acento de entusiasmo y de adhesion, que sólo un soberano amado puede inspirar á un gran pueblo, exclamaron: «Vamos, y muramos por nuestro rey, María Teresa: *Eamus, et moriamur pro rege nostro, Maria Theresia.*»

Desde este momento todo cambió de aspecto. María Teresa, fuerte con sus fieles húngaros, batió sucesivamente á todos sus enemigos, los arrojó de sus estados y los obligó á que le pidiesen la paz. El Elector de Baviera, reducido á un aislamiento completo, se vió obligado á deponer, una tras otra, las tres coronas que él mismo se habia puesto, y murió de sentimiento. El trono imperial estaba vacante, y María Teresa, que se habia adquirido ya las simpatías de toda la Alemania, consiguió colocar en él á su esposo y hacerle aceptar y reconocer por toda la Europa como Emperador de Alemania, bajo el nombre de Francisco I. Este triunfo del derecho contra la fuerza, esta restauracion de un gran Imperio, que salió de entre sus ruinas más fuerte y más considerado que nunca, fué

la única maravilla que presenció el siglo XVIII, y que formó una excepcion en la larga serie de infamias de que se compone su historia; esta maravilla fué obra de una mujer, y esta mujer fué tambien el único soberano cristiano digno de este nombre, que hizo respetar y amar entónces la Monarquía, que todos los demas soberanos procuraban hacer odiosa y despreciable.

En tanto que todos los demas reyes no hacian otra cosa que deshonrarse á sí mismos con todos los crímenes y oprimir á sus pueblos con todas las injusticias, esta Reina crecia cada vez más en la estimacion del mundo por la pureza de sus costumbres y por su profunda piedad, y hacia felices á sus pueblos con su justicia y con su abnegacion. Véase aquí la pintura que M. Rohrbacher hace de su reinado: «Desde el momento en que, tras una lucha de ocho años, restituyó ella la independencia y la paz á sus estados, puso todo su cuidado en borrar en ellos las huellas de la guerra, en reanimar la agricultura y en hacer florecer el comercio y las artes. Los puertos de Trieste y de Fiume se abrieron á todas las naciones. Ostende recibió muchos navíos cargados de producciones de la Hungría. Los canales abiertos en los Países-Bajos llevaron hasta el seno de las ciudades las riquezas de las Indias. Los grandes caminos rivalizaron en belleza con los de Francia. Viena fué ensanchada y hermoseada; fábricas de paños, de porcelana, de cristal y de telas de seda se establecieron en sus arrabales. Las ciencias florecieron en muchas universidades y colegios. El dibujo, la pintura y la arquitectura tuvieron escuelas especiales; Praga é Inspruck tuvieron bibliotecas públicas; observatorios, enriquecidos con instrumentos preciosos, se establecieron en Viena, en Gratz y en Tirnau; Van-Swieten fué llamado á regenerar los estudios de la medicina y de la cirugía; Metastasio trasladó las musas italianas á las márgenes del Danubio. Las atenciones benéficas de la soberana se extendieron sobre todas las clases de sus súbditos. Sus tropas eran numerosas, y se ejercitaban contínuamente en nuevas maniobras. Los soldados heridos y enfermos, tenidos hasta entónces en una especie de abandono, fueron recibidos en vastos hospitales. Las viudas de los oficiales y las jóvenes nobles encontraron recursos honrosos en los establecimientos formados por la humanidad y la caridad de la soberana. En una palabra, jamas la monarquía austriaca habia visto brillar tan hermosos dias.» (Tomo XXVI.) Ved aquí lo que, casi en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestros dias, ha sido el reinado de una mujer católica, y ved aquí una prueba más en confirmacion de la verdad histórica de que los reinados de las mujeres católicas son mejores que los reinados de los hombres.

Esta mujer sublime consagraba toda su vida á la felicidad de sus súbditos. Un dia se le oyó decir: «Yo me hago cargo á mí misma del tiempo que doy al sueño; este tiempo lo robo á mis pueblos.» Su beneficencia era inagotable: aliviar al desgraciado era una necesidad, socorrer á los pobres era una satisfaccion para su noble corazon. Para saber hasta qué punto aquel corazon cristiano sentia las penas de los otros, no hay más que recordar la exclamacion de dolor que exhaló al ver un dia á una mujer con sus dos hijos, muriendo de hambre y temblando de frio: «¿Qué he hecho yo á la Providencia, exclamó, para que este espectáculo venga á afligir mi vista y á deshonrar mi reinado?» Y al momento mandó que se sirviesen á aquella madre infortunada manjares de su propia mesa, que la llevasen á su presencia, donde la consoló, la vistió con sus propias manos y le señaló una pension sobre sus propias rentas. Ella amaba sus pueblos como una madre ama á sus hijos. Así fué que descendió al sepulcro adornada con el glorioso título de *Madre de la patria*, que le dió el reconocimiento de sus súbditos, y que ella sola, entre los soberanos de su siglo, supo merecer. Su única desgracia fué la de tener en sus hijos, José y Leopoldo, unos sucesores en el trono, y no unos imitadores de su piedad y de sus virtudes; porque el uno de ellos, por su necia impiedad y por su libertinaje, y el otro, por su jansenismo, su avaricia y su hipocresía, empañaron el brillo de una monarquía que María Teresa habia rodeado de tanto esplendor, y debilitaron un trono al que una mujer habia sabido dar todas las condiciones de fuerza y de estabilidad.

María Teresa adquiria sus luces en la oracion, y su fuerza en los grandes principios de la fe. A la muerte de su esposo se vistió de un riguroso luto, que no dejó jamas en los quince años que le sobrevivió; y todos los meses iba á regar con lágrimas su sepulcro. Ocupada contínuamente en el gran pensamiento de la muerte, el único consejero fiel de la vida, hizo construir su féretro, y cosió con sus propias manos el paño mortuorio con el que fué sepultada. Así, pues, ella fué el único gran soberano de su tiempo, porque fué el único soberano sincera y profundamente católico.

Como prueba de esto, debemos tener presente que, miéntras María Teresa reinaba en Alemania, Catalina II reinaba en Rusia. Las dos eran viudas, las dos eran soberanas de grandes Imperios, y sin embargo, la una fué tan diferente de la otra como el dia de la noche, lo blanco de lo negro y la gracia del pecado. María Teresa fué un modelo de la castidad, de la fidelidad y de la ternura conyugal, y elevó á su esposo al Imperio; miéntras que Catalina fué la Mesalina de los tiempos modernos, más célebre por sus adulterios que por sus conquistas, que conspiró con los cómplices de sus desórdenes contra su desventurado esposo Pedro III, á quien destronó é hizo estrangular, despues de haberlo hecho envenenar. La política de María Teresa fué la política de la sabiduría, de la justicia, del valor y del amor á sus pueblos; y la política de Catalina fué la política de la astucia, de la iniquidad, de la opresion y del asesinato. María Teresa reivindicó y conservó sus estados por el afecto de sus súbditos, y Catalina engrandeció los suyos por toda especie de crímenes y por el mayor de los crímenes, que fué la desmembracion de la Polonia. María Teresa fué acompañada al sepulcro por las bendiciones de sus pueblos y por las lágrimas de todas las personas cristianas y virtuosas; y la oracion fúnebre de Catalina fué formada por los elogios infamantes de todos los filósofos impíos y por los anatemas de todo su Imperio. María Teresa fué, despues de Isabel la Católica, la más grande gloria de la monarquía cristiana de los tiempos modernos; y Catalina, despues de Isabel de Inglaterra, fué la mayor deshonra y el más grande oprobio de ella. María Teresa fué la madre de sus pueblos, y Catalina fué el tirano de los suyos. Mas este contraste, tan edificante y tan delicioso por una parte, y tan odioso y tan repugnante por la otra, se explica fácilmente por la sola circunstancia de que Catalina, á pesar de ser la mujer-papa de una iglesia cismática degradada, no tenía religion alguna; miéntras que María Teresa, á pesar de ser una gran soberana, jamas dejó de ser un alma piadosa, una hija sumisa y obediente de la Iglesia, una *mujer católica*.

Se le ha acusado de haber consentido tambien en la mayor iniquidad de los tiempos modernos, en el repartimiento de la Polonia; pero, ademas de que este acto infame no se consumó hasta que su indigno hijo gobernó el Imperio, es innegable que se hizo sin el Austria y á pesar del Austria; porque el original que existe

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todavía del tratado secreto, firmado en San Petersburgo el 17 de Febrero de 1772, entre el judío Federico II, rey de Prusia, y su digna aliada Catalina II, emperatriz de Rusia, dice lo siguiente: «Si la córte de Austria no quiere acceder al plan de particion, la Prusia y la Rusia se unirán contra ella.» (*Biografía universal*, Art. *María Teresa.*) Así, pues, el Austria se vió entónces en la alternativa de consentir en la particion y de tomar de ella su parte, ó de sufrir los azares de una guerra, que hubiera puesto en combustion la Europa, sin salvar á la Polonia; y en esta alternativa no es extraño que grandes y sabios personajes aconsejasen al Austria que aceptase como en depósito la Galitzia, ántes que dejarla en manos del cisma ó de la herejía. En cuanto á María Teresa en particular, ved aquí lo que escribia ella á este propósito á Kaunitz, ministro de su hijo: «Cuando todas mis provincias estaban atacadas por mis enemigos, y no sabía dónde podria dar á luz á mi hijo, me apoyaba en mis derechos y en la asistencia de Dios. Pero en este negocio, en el que, no sólo el derecho manifiesto pide al cielo venganza contra nosotros, sino que toda la equidad y la sana razon están en contra nuestra, debo confesar que en toda mi vida me he encontrado en tal angustia y que me avergüenzo de dejarme ver en público. El príncipe (José II) debe considerar el ejemplo que damos á todo el universo cuando, por un miserable jiron de la Polonia, exponemos nuestro honor y nuestra reputacion. Bien conozco que me hallo sola y que no estoy en el poder; por esta razon dejo que ese negocio siga su curso, pero no sin el más vivo disgusto por mi parte.» Cuando se le pidió su *placet* para este acto homicida de una gran nacionalidad católica, María Teresa lo dió con estas notables palabras: «*Placet*, supuesto que tantos grandes y sabios personajes lo quieren así; pero mucho tiempo despues que yo haya muerto, se sabrá por experiencia lo que ha de resultar de esta violacion de todo lo que ha sido hasta ahora santo y justo.» (Mezzel, *Histoire mod. de l'Allem.*, tom. XII, cap. I.) Léjos, pues, de haber contribuido María Teresa á la mutilacion de la Polonia, fué entónces el único soberano de un alma bastante recta y bastante fuerte para reconocer en esta mutilacion una *violacion de todo lo que es santo y justo y una iniquidad que pide venganza al cielo;* y para haberla reprobado como tal, en un documento diplomático, denunciándola á todas las generaciones y á todos los siglos. María Teresa fué el único soberano de un talento bastante

elevado para conocer que esta desmembracion, ademas de ser un gran crímen, era tambien una gran falta política, cuyas consecuencias funestas habia de tener que llorar la Europa por espacio de muchos años. ¡Cuán hermoso es oirla declarar (á pesar de no haber consentido en este acto, y de haberse mezclado en él contra su voluntad y por causa de su hijo) que experimentaba por causa de él una horrible angustia y estaba tan avergonzada que se ruborizaba de que la viesen; miéntras que todos los soberanos que se habian hecho culpables de él, sin pudor y sin remordimiento, llevaban erguida su frente, marcada, como la de Caín, con la nota del parricida! Jamas el sentimiento cristiano se habia mostrado más claro, más justo ni más delicado que el juicio que esta mujer católica pronunció del horrible latrocinio, seguido de asesinato, que los hombres cometieron con Polonia. ¡Ojalá que los descendientes de María Teresa, por su mismo bien y por su mismo honor, participen del modo de ver de su ilustre abuela sobre este particular! ¡Ojalá que la Europa comprenda que los diques de papel no pueden ponerla á cubierto de las inundaciones de la barbarie del Norte, y que el restablecimiento de la Polonia es la única garantía verdadera, real, útil y eficaz de su equilibrio, de su independencia y de su seguridad! ¡Ojalá que la Francia en particular se convenza de que allí, y no en otra parte, se encuentra para ella el medio de impedir un nuevo año de 1814 contra ella, y de librarse de la vergüenza de ver por tercera vez á los cosacos dando de beber á sus caballos en las márgenes del Sena! Pero volvamos á Francia.

§ LXIX.—Paralelo entre los hombres y las mujeres de la familia real de Francia en la época de la revolucion francesa.—Muerte heroica de María Antonieta y de Isabel de Francia.—Las religiosas mártires.—El respeto debido á la mujer, ó la civilizacion monospreciada, en la persecucion que se les hizo.—Su actitud sublime, y el prodigio de su celo y de su valor en las prisiones y en el cadalso.—Ellas renovaron los ejemplos de los antiguos mártires y llenaron de gloria el Catolicismo.—El clero tuvo que lamentar algunos apóstatas.—Las religiosas no tuvieron más que mártires.

Llegó la revolucion, y lo decimos con pesar, á excepcion del Rey, mártir de su religion y de su patria, se vió que los hombres de la casa de Borbon de Francia nada valian. El conde de Provenza era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un filósofo de baja especie; el conde de Artois, un libertino; y todos saben lo que era el duque de Orleans, *Felipe Egalité*. Pero tambien en esta época, al lado de estos hombres, que tanto contribuyeron á las desgracias de Francia, hizo Dios que apareciesen mujeres admirables por la firmeza de su fe, por la pureza de su vida y por el heroismo de su adhesion á los intereresses del país y de la Iglesia, que rodearon la monarquía francesa moribunda con la aureola y con el resplandor sublime del Cristianismo. ¡La monarquía cristiana de San Luis no podia acabar sino de esa manera!

En efecto, María Antonieta, esposa del rey mártir, María Isabel, María Clotilde, sus hermanas, y María Teresa, su hija, ¡qué mujeres, gran Dios, qué fervor de piedad, qué integridad de costumbres, qué sabiduría de espíritu, qué bondad de corazon, qué nobleza de carácter, qué afabilidad con sus enemigos, qué resignacion en sus penas, qué tranquilidad, qué heroismo en su muerte! No tenemos el tiempo suficiente para hablar de las dos últimas, una de las cuales, María Clotilde, Reina de Cerdeña, despues de haber llenado la Italia del buen olor de su santidad, ha merecido ser colocada en el número de los bienaventurados: y la otra, María Teresa, que con justa razon ha sido llamada *el único hombre de la casa de Borbon*, ha sabido adquirirse la estimacion y el respeto de sus propios enemigos, y ha enseñado á la Europa cuán bella es la piedad al lado del trono, cuán poderosa es la humildad en las clases elevadas, y cuán grande es la majestad en la desgracia. Pero no podemos dejar de recordar al ménos los últimos momentos de María Antonieta y de Isabel, momentos en que ellas se mostraron tan sublimes.

María Antonieta, la viuda de Luis XVI, aunque alemana por su nacimiento, se mostró al morir una princesa absolutamente francesa y una esposa digna de un rey mártir. Condenada á muerte con la misma injusticia con que habia sido condenado su regio esposo, y llevada á su calabozo para aguardar en él su suplicio, escribió en una carta que contenia sus últimos pensamientos, y que debia servirle de testamento, lo siguiente: «¡Que mi hijo no olvide jamas las últimas palabras de su padre, que yo le repito expresamente: *que jamas procure vengar nuestra muerte!*..... Yo muero en la religion católica, apostólica, romana, en la de mis padres, en la que he sido educada y he profesado siempre. No teniendo ningun consuelo espiritual que esperar, porque no sé si hay aquí algun sacerdote de

mi religion, y porque el lugar en que me hallo lo expondria mucho, si alguno de ellos entrase en él, pido sinceramente perdon á Dios de todas las culpas que haya podido cometer desde que existo. Yo espero que Él se dignará recibir mis últimos votos, así como los que he hecho mucho tiempo há para que se digne recibir mi alma en su misericordia.»

Un momento ántes del suplicio se presentó un sacerdote cismático, invitándola, con la insolente brutalidad propia de semejantes personas, á que confesase todos sus crímenes. La Reina le respondió, con un acento de majestad que confundió al miserable apóstata: «Yo no os he esperado para pedir á Dios perdon de mis culpas; en cuanto á crímenes, jamas los he cometido.» En el cadalso ella elevó sus ojos al cielo con un ademan de profunda piedad, de tranquilidad y de felicidad, y un momento despues se encontró en compañía de su regio esposo.

Nombrar á Isabel de Francia, la hermana de Luis XVI, es nombrar á un ángel, por su pureza tanto como por su hermosura; es nombrar á una de las más nobles almas, de las más brillantes existencias que jamas han santificado el suelo de Francia y honrado á la Iglesia.

Aprisionada en el Temple, en compañía de toda su familia, habian tenido la crueldad de encerrarla, despues del asesinato del Rey y de la Reina, en una antigua cocina, en el tercer piso del edificio. «Aquel era, nos dice con un aire brutal de mofa un diario de aquella época (Gabourd, *Convention*, tomo I), aquel era su departamento. Su tocador estaba colocado sobre una piedra de lavar al lado de las hornillas. Su lecho era una camilla de cordeles con dos pequeños colchones hechos á medida de su cuerpo. Isabel está generalmente de mal humor en un rincon de su cuarto con un libro de devocion en la mano: éste es su semblante habitual.» Esto es decirnos que aquella sublime cristiana sólo encontraba en la religion su cariño maternal á la huérfana María Teresa de Francia, su sobrina, y aquella resignacion admirable con que sufrió sus humillaciones y sus penas. El dia 9 de Mayo de 1794 ciertos agentes de policía se presentaron en su prision y dijeron á la hermana del Rey de Francia: «Isabel Capeto, estás mandada comparecer ante el tribunal revolucionario para ser juzgada por tus crímenes. Vén con nosotros; tú no tienes necesidad de nada.—¿Y mi sobrina? Res-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pondió ella.—Nos ocuparémos de ella despues.» La princesa abrazó á la hija de Luis XVI, y como para calmarla, le prometió volver. «No, ciudadana, contestó un agente, tú no volverás más. Ponte la gorra y síguenos.» Y con éste mismo tono continuaron llenándola de ultrajes, miéntras que ella, con un aire valeroso y tranquilo, daba piadosos consejos á la niña, que no podia consolarse de la pérdida de su segunda madre. Cuando llegó al tribunal, le preguntó el presidente: «¿Quién sois?» Y ella respondió con dignidad: «Yo soy Isabel de Francia, hermana de Luis XVI y tia de Luis XVII, vuestro Rey.» El presidente continuó: «¿Habeis conspirado con el último tirano contra la seguridad y la libertad del pueblo?—Ignoro á quién dais ese nombre; pero yo no he deseado jamas otra cosa que la felicidad de todos los franceses.—Cuando la huida del tirano, vuestro hermano, en Varennes, ¿no le acompañasteis?—Todo me mandaba seguir á mi hermano, y yo lo creí un deber.—¿Dónde os hallabais en la jornada del 10 de Agosto?—En el palacio de las Tullerías, mi residencia.—La mujer Capeto declaró que la habiais sostenido en sus temores y en sus esperanzas. Vos habeis alentado á los satélites de la tiranía. Vos habeis dado consejos de toda especie á los asesinos de la patria.—Todos esos hechos que se me imputan son otras tantas acciones indignas, que jamas he cometido.—Vos curasteis las heridas de los asesinos enviados por vuestro hermano contra los marselleses.—Sólo la humanidad pudo moverme á curar sus heridas. Yo no lo alego como un mérito, pero tampoco creo que se me pueda imputar por un crímen.—Vos sólo teneis humanidad con los asesinos del pueblo, y teneis la ferocidad de los animales más sanguinarios con los defensores de la libertad..... ¿No hicisteis esperar al pequeño Capeto que sucederia á su padre?—Yo conversaba con ese desgraciado, á quien amo por muchos títulos, y le daba los consuelos que me parecian á propósito para mitigar su afliccion por la pérdida de sus padres.—Esto es convenir, en otros términos, que alimentabais al pequeño Capeto con los proyectos de venganza que vos y los vuestros no habeis cesado de formar.» Y por *estos crímenes* la condenaron á muerte, lo mismo que á sus pretendidos cómplices. Cuando llegó á la Conserjería, la Princesa hizo que la condujesen á la habitacion de los que debian morir con ella, y los exhortó á todos á la resignacion con la presencia de espíritu y la elevacion de un alma superior á las mayores desgracias. Sobre el carro y sobre el patíbulo conservó la calma celestial que la religion inspira. Cuando la tendieron sobre la tabla fatal, aquel ángel de pudor extendió la mano para cubrir bien sus piés; y tan generosa como piadosa hasta el último momento, invocó á Jesucristo, perdonó á sus verdugos, lloró sobre el pueblo, pidió por él, y con el corazon lleno de esperanza y penetrado de amor, se lanzó, con un paso seguro, al abismo de la eternidad.

No fueron éstas las únicas víctimas que el ateismo, apoderado del poder, sacrificó al infame ídolo de la *diosa de la Razon*, que habia presentado al pueblo como el último término de sus esperanzas y el colmo de su dignidad. Este innoble símbolo viviente de la voluptuosidad lo fué tambien de la barbarie, y por espacio de tres años le ofrecieron por todas partes y á cada momento hecatombes de víctimas humanas. Sin contar los legos, Barruel hace subir á doscientos mil el número de los eclesiásticos degollados, ó guillotinados, ó ahogados, ó quemados, ó dejados morir de hambre en horribles calabozos, ó en fin, lanzados del suelo de la patria, para ir á decir al mundo la degradacion de un pueblo que abjura la religion, y el heroismo cristiano de los que permanecen fieles á ella.

Donde quiera que se habia perseguido hasta entónces el Cristianismo, el poder habia promulgado una ley que prohibia á los cristianos la profesion de su religion; los magistrados los juzgaban y el verdugo los ejecutaba. Estas ejecuciones eran atroces, pero al ménos tenian una apariencia de legalidad. En la persecucion que la filosofía hizo al Cristianismo en Francia al fin del siglo XVIII, se vió otra cosa más anómala y más repugnante. Cualquier vil *sans-culotte* tuvo el derecho de vida y muerte contra todo el que era sospechoso de adorar á Jesucristo. Como si no hubiese habido bastantes cadalsos permanentes en todos los puntos del suelo frances, puestos á disposicion de procónsules feroces, para destruir á *los fanáticos* (así es como llamaban á los cristianos), habian concedido á la hez del pueblo la facultad de asesinar; excitaban al pueblo, y lo lanzaban como una traílla de perros rabiosos contra los santos confesores de la fe. Las matanzas de los Carmes, de San Fermin y de la Abadía, en París, se renovaron al momento en Reims, en Nántes, en Arras, en Estrasburgo y en casi todas las ciudades y pueblos de Francia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero lo que jamas hubiera podido esperarse de un pueblo que habia sido tenido hasta entónces por el más civilizado del mundo, es decir, el más respetuoso para con las mujeres, es la brutalidad que desplegó entónces contra las mujeres afectas al Catolicismo; por lo demas, esto era lógico. La civilizacion no es otra cosa que el reflejo del Cristianismo; una vez abatido el Cristianismo, no podia haber civilizacion; la barbarie debia seguir, es decir, la crueldad con la mujer.

Se sabe que en Tolosa las hermanas de caridad, ántes de ser asesinadas ó arrojadas de la ciudad, fueron azotadas en público por los mismos cuyas enfermedades habian curado y cuyos hijos habian educado. ¡Este era todo su crímen! Las ursulinas de Valenciennes fueron conducidas al suplicio con las manos atadas á las espaldas, como insignes malhechores, sin tener más vestido que una camisa y un zagalejo. Respecto á las carmelitas de Copiègne y las cuarenta y dos santas religiosas de Orange, se contentaron con llenarlas de ultrajes ántes de degollarlas. (Carron, *Les confesseurs de la foi*, etc.) En la Vendée, la tierra clásica de la fe y de la verdadera libertad, el número de las mujeres martirizadas y de los tormentos que les hicieron sufrir es superior á todo cálculo y á toda idea. Las encerraban en ciertas casas, á las que prendian fuego, y estos *autos de fe* se repitieron en aquel país, por espacio de muchos años, con una horrible sangre fria.

Mas, así como en estas cobardes matanzas de mujeres apareció la revolucion más horrible que nunca, el Catolicismo apareció, por el contrario, más bello y más divino. Aquellas augustas víctimas del ódio, de la incredulidad contra la verdadera fe, consumaron su sácrificio con la misma grandeza de sentimientos con que los antiguos mártires consumaron el suyo. Ni una sola queja salió de sus labios contra la injusticia de sus jueces ni contra la brutalidad grosera de sus verdugos. Sus últimos acentos eran acentos de bendicion á Dios y de amor y perdon á los hombres, autores de su muerte. Respecto á las religiosas en particular, miéntras las tenian en prision, su amor á su estado les hacía convertir su calabozo en claustro; y sin dejarse distraer por las invectivas de sus carceleros ni por los horribles gritos de muerte que un populacho ébrio de furor y sediento de sangre cristiana hacía resonar en torno de la prision, ellas pasaban el dia, desde las dos de la mañana, cantando

con una voz angelical las alabanzas del Señor. Se acusó á las hijas de Santa Teresa de haber ocultado armas en su convento de San Dionisio. Su superiora, por única respuesta, mostró la cruz que aquellas santas religiosas llevaban consigo, diciendo: «Ved aquí las únicas armas que hemos tenido siempre en nuestra casa, y no se nos podrá probar que hayamos tenido otras.» En muchos lugares las encerraban en las prisiones, donde se hallaban hacinados muchos hombres tenidos por culpables, y contra quienes se habia pronunciado la sentencia de muerte. Pues bien, aquellas heróicas vírgenes, tan celosas como puras, convertian estas antecámaras de la muerte en teatro de un verdadero apostolado para con sus compañeros de desgracia, condenados al último suplicio. Allí, esperando á cada momento pasar ellas mismas por el filo de la guillotina, su primer cuidado era implorar la divina misericordia para aquellos que participaban de sus cadenas, y de cuya muerte iban á participar ellas. Ellas fortalecian á los débiles, instruian á los ignorantes, alentaban á los cobardes y consolaban á aquellos que se veian poseidos de la desesperacion. Habiendo visto una de ellas al padre de una numerosa familia sumergido en este abismo, á la sola idea de tantos huérfanos como iban á quedar por su muerte, permaneció una hora entera en cruz, pidiendo á Dios con el fervor de un ángel que salvase á aquel infortunado de la mayor de todas las desgracias, que es la de morir sin esperanza. La oracion de aquella santa mujer fué oida, y el desventurado padre acabó su vida en los sentimientos de la resignacion cristiana. ¡Oh, cuán hermoso era ver, en aquellos lugares de horror, á los hombres más profundamente abatidos cobrar ánimo y nueva fuerza, á la voz consoladora de aquellos ángeles visibles, y ofrecer generosamente, á ejemplo de ellas, el sacrificio de su vida! Donde quiera que se encontraban aquellas grandes almas, apénas habia ningun sentenciado que no fuese ganado para el cielo; porque no era posible resistir á la dulce uncion de sus palabras y al ejemplo de su piedad, de su tranquilidad y de su deseo de morir por Jesucristo.

Se las llamaba una á una á la audiencia del tribunal revolucionario, que terminaba siempre con una sentencia de muerte, y cada una de ellas estaba impaciente porque la llamasen la primera. Esta era la única cosa por que tenian ambicion y cuya preferencia se disputaban. Un dia llamaron á las dos hermanas Roussillon, y no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero lo que jamas hubiera podido esperarse de un pueblo que habia sido tenido hasta entónces por el más civilizado del mundo, es decir, el más respetuoso para con las mujeres, es la brutalidad que desplegó entónces contra las mujeres afectas al Catolicismo; por lo demas, esto era lógico. La civilizacion no es otra cosa que el reflejo del Cristianismo; una vez abatido el Cristianismo, no podia haber civilizacion; la barbarie debia seguir, es decir, la crueldad con la mujer.

Se sabe que en Tolosa las hermanas de caridad, ántes de ser asesinadas ó arrojadas de la ciudad, fueron azotadas en público por los mismos cuyas enfermedades habian curado y cuyos hijos habian educado. ¡Este era todo su crímen! Las ursulinas de Valenciennes fueron conducidas al suplicio con las manos atadas á las espaldas, como insignes malhechores, sin tener más vestido que una camisa y un zagalejo. Respecto á las carmelitas de Copiègne y las cuarenta y dos santas religiosas de Orange, se contentaron con llenarlas de ultrajes ántes de degollarlas. (Carron, *Les confesseurs de la foi*, etc.) En la Vendée, la tierra clásica de la fe y de la verdadera libertad, el número de las mujeres martirizadas y de los tormentos que les hicieron sufrir es superior á todo cálculo y á toda idea. Las encerraban en ciertas casas, á las que prendian fuego, y estos *autos de fe* se repitieron en aquel país, por espacio de muchos años, con una horrible sangre fria.

Mas, así como en estas cobardes matanzas de mujeres apareció la revolucion más horrible que nunca, el Catolicismo apareció, por el contrario, más bello y más divino. Aquellas augustas víctimas del ódio, de la incredulidad contra la verdadera fe, consumaron su sácrificio con la misma grandeza de sentimientos con que los antiguos mártires consumaron el suyo. Ni una sola queja salió de sus labios contra la injusticia de sus jueces ni contra la brutalidad grosera de sus verdugos. Sus últimos acentos eran acentos de bendicion á Dios y de amor y perdon á los hombres, autores de su muerte. Respecto á las religiosas en particular, miéntras las tenian en prision, su amor á su estado les hacía convertir su calabozo en claustro; y sin dejarse distraer por las invectivas de sus carceleros ni por los horribles gritos de muerte que un populacho ébrio de furor y sediento de sangre cristiana hacía resonar en torno de la prision, ellas pasaban el dia, desde las dos de la mañana, cantando

con una voz angelical las alabanzas del Señor. Se acusó á las hijas de Santa Teresa de haber ocultado armas en su convento de San Dionisio. Su superiora, por única respuesta, mostró la cruz que aquellas santas religiosas llevaban consigo, diciendo: «Ved aquí las únicas armas que hemos tenido siempre en nuestra casa, y no se nos podrá probar que hayamos tenido otras.» En muchos lugares las encerraban en las prisiones, donde se hallaban hacinados muchos hombres tenidos por culpables, y contra quienes se habia pronunciado la sentencia de muerte. Pues bien, aquellas heróicas vírgenes, tan celosas como puras, convertian estas antecámaras de la muerte en teatro de un verdadero apostolado para con sus compañeros de desgracia, condenados al último suplicio. Allí, esperando á cada momento pasar ellas mismas por el filo de la guillotina, su primer cuidado era implorar la divina misericordia para aquellos que participaban de sus cadenas, y de cuya muerte iban á participar ellas. Ellas fortalecian á los débiles, instruian á los ignorantes, alentaban á los cobardes y consolaban á aquellos que se veian poseidos de la desesperacion. Habiendo visto una de ellas al padre de una numerosa familia sumergido en este abismo, á la sola idea de tantos huérfanos como iban á quedar por su muerte, permaneció una hora entera en cruz, pidiendo á Dios con el fervor de un ángel que salvase á aquel infortunado de la mayor de todas las desgracias, que es la de morir sin esperanza. La oracion de aquella santa mujer fué oida, y el desventurado padre acabó su vida en los sentimientos de la resignacion cristiana. ¡Oh, cuán hermoso era ver, en aquellos lugares de horror, á los hombres más profundamente abatidos cobrar ánimo y nueva fuerza, á la voz consoladora de aquellos ángeles visibles, y ofrecer generosamente, á ejemplo de ellas, el sacrificio de su vida! Donde quiera que se encontraban aquellas grandes almas, apénas habia ningun sentenciado que no fuese ganado para el cielo; porque no era posible resistir á la dulce uncion de sus palabras y al ejemplo de su piedad, de su tranquilidad y de su deseo de morir por Jesucristo.

Se las llamaba una á una á la audiencia del tribunal revolucionario, que terminaba siempre con una sentencia de muerte, y cada una de ellas estaba impaciente porque la llamasen la primera. Esta era la única cosa por que tenian ambicion y cuya preferencia se disputaban. Un dia llamaron á las dos hermanas Roussillon, y no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

condenaron más que á una de ellas. «¿Cómo, hermana mia, exclamó la otra, vas al martirio sin mí? —No pierdas la esperanza, le respondió la sentenciada, tu sacrificio no tardará mucho tiempo.» Así, pues, aquellas cuya sentencia no habia sido aún pronunciada, seguian con el deseo á aquellas á quienes la muerte habia coronado ya en el cielo. En vez de orar por ellas, se encomendaban á ellas, y pedian á Dios, por su intercesion, la gracia de imitar tan bellos modelos y de ser asociados á su triunfo.

Cuando se les hacía saber que al dia siguiente serian sacrificadas muchas de ellas, se reunian para celebrar su última cena, y decian, llenas de gozo: «Mañana esperamos renovarla en el paraíso.» Ó bien: «¡Qué dia tan hermoso se nos prepara! Mañana se nos abrirán las puertas del cielo; vamos á gozar de la felicidad de los santos.» Y todos los espectadores vertian lágrimas de confusion ó de admiracion al contemplar esta resignacion celestial!

Algunas de ellas oyeron la voz terrible que las llamaba al suplicio en el momento en que iban á reunirse para orar. «Esto es muy sensible, dijo una de ellas, porque todavía no hemos rezado vísperas.—Las rezarémos en el cielo», respondió otra. Sor Rosalía Bes, en el momento en que la llamaron para ir al patíbulo, sacó de su bolsillo una cajita llena de dulces, y los distribuyó entre sus compañeras, diciéndoles: «¡Estos son los dulces que yo habia reservado para este dia de mis bodas!» Al subir otra jóven á la fatal carreta, dijo á sus guardias: «Debemos estar más agradecidas á nuestros jueces que á nuestros padres; porque éstos no nos han dado más que una vida temporal y perecedera, y aquéllos nos proporcionan una vida eterna.» Uno de los guardias, al oir estas palabras, se conmovió hasta derramar lágrimas, y otro tomó la mano de la mártir y la besó con la devocion con que se besa una reliquia. (Carron, etc.)

Cuando se acercaba el momento de su ejecucion, rezaban ellas el oficio de difuntos y las oraciones de los agonizantes, y despues subian alegres á la carreta de la muerte ó se dirigian á pié al lugar del suplicio, cantando en alta voz los salmos de Laudes y el *Te Deum*. El más profundo silencio reinaba ordinariamente en su tránsito, á pesar de la turba inmensa que las rodeaba. No se oia más que el cántico de las víctimas y algunos sollozos de los espectadores, á quienes este tierno espectáculo conmovia hasta el fondo de

su alma. Algunas veces ciertos gritos feroces de sangre, acompañados de injurias, se mezclaban á sus voces melodiosas, que cantaban las alabanzas del Altísimo, y ellas, por toda respuesta, no hacian más que bendecir al Señor «porque las habia juzgado dignas de padecer por su nombre», y pedian por sus cobardes perseguidores. Cuando llegaban al pié del cadalso, se arrodillaban y pronunciaban todas unidas, con voz inteligible, la fórmula de sus votos, y entonando el *Veni, Creator Spiritus,* se entregaban al verdugo, y un momento despues la Iglesia tenía nuevas mártires, el cielo nuevos ángeles y la Francia nuevas patronas. Con estas heroicas disposiciones, que sólo la gracia del Evangelio puede inspirar, todas aquellas nobles esposas del Cordero divino embellecian con su propia sangre las blancas vestiduras de su inocencia y de su virginidad, y volaban á los brazos de Dios. Ni una sola de ellas manifestó turbacion ó tristeza en los últimos momentos, ni una sola de ellas empañó con una palabra ó con un signo ménos perfecto el brillo de su corona. ¡Ah! Que al lado de crímenes espantosos, los dias del terror hicieron brillar virtudes sublimes. Aquel fué el triunfo de la impiedad por una parte, y el triunfo del Catolicismo por la otra. Jamas, desde su orígen, se habia mostrado más grande, más poderoso ni más majestuoso, y las mujeres fueron las que dieron este brillante testimonio de su verdad y de su divinidad.

Al lado de los doscientos mil mártires, que serán la gloria eterna del noble clero de Francia en los anales de la Iglesia, tuvo éste que lamentar un gran número de apóstatas salido de su seno. Sacerdotes, monjes y áun obispos afligieron entónces á la Iglesia, y profanaron la santidad de su carácter con el olvido de sus juramentos y por sus matrimonios sacrílegos. Mas en cuanto á las religiosas, á quienes la incredulidad habia representado como víctimas de una supersticion bárbara, que gemian en las prisiones sagradas por la pérdida de su libertad, y que deseaban con todo su corazon salir de ellas, fué necesario arrancarlas por la fuerza de sus pretendidas prisiones.

Ningun prisionero se ha alegrado tanto por su libertad como aquellas sublimes hijas de la Iglesia se entristecieron por la suya, y el mentís dado á los detractores de la vida religiosa fué terminante y completo. Aquellas que sobrevivieron á los dias del terror continuaron en sus casas particulares su vida angelical y sus ejer-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cicios del claustro. No sabemos que ninguna de ellas abjurase la santa profesion de la virginidad, que formaba su gloria y su felicidad, ni que despreciase sus terribles votos para colocar en su corazon el mundo en el lugar del cielo y el hombre en el lugar de Dios (1). En una palabra, el hombre católico, en aquella época de licencia y de impiedad, fué ciertamente grande, pero sólo la mujer católica fué sublime.

§ LXX.—La mujer francesa y los cultos fabricados por la revolucion.—Apostolado de la mujer católica en aquella época.—Por la influencia de la mujer fué restablecido el Catolicismo en Francia por Napoleon I.—El Catolicismo combatido de nuevo bajo la restauracion, y sostenido siempre por la mujer.—Francia debe á las mujeres haber permanecido católica.

Al mérito de haber dado un testimonio tan brillante al Catolicismo, unió la mujer católica el mérito de haberlo conservado en Francia.

La mujer, como hemos visto ya, habia contribuido mucho al inmenso trastorno del órden religioso, político y social que se llamó «la revolucion francesa», por el favor que habia concedido neciamente á las doctrinas anticristianas, que fueron la causa de él. Mas cuando ciertos hombres, tan insensatos como impíos, quisieron imponerlas á la Francia, y formar de ellas su religion, la mujer francesa se separó de ellos. Ella no pudo jamas acomodarse á la religion de

(1) El mismo fenómeno se vió en Italia, en Bélgica y en España, en la época de la supresion violenta de las corporaciones religiosas. Algunos monjes violaron sus votos, pero las religiosas no tuvieron apóstatas: sólo tuvieron mártires. Por lo demas, este fenómeno es muy antiguo. En los primeros siglos del Cristianismo, entre las personas que durante la persecucion abjuraban, al ménos exteriormente, la fe, por librarse de los tormentos y de la muerte, se veian hombres, sacerdotes y áun obispos, pero apénas se veian mujeres. El número de las mujeres apóstotas, áun en aquellos tiempos en que el Cristianismo no habia echado todavía profundas raíces en los espíritus y en los corazones, fué casi nulo. Esto consiste, lo repetimos, en que, por regla general, la mujer ha sentido mejor que el hombre la verdad, la grandeza, la belleza y los encantos de la religion cristiana, y de ahí nace esa completa abnegacion con que se ha unido á ella, de ahí sus esfuerzos para sostenerla, su celo por propagarla, su constancia en defenderla, su valor en sacrificarlo todo á ella, áun la vida misma.

la *constitucion civil del clero*, y mucho ménos á la religion de la *diosa de la Razon* y de la *Teofilantropía*. Ella rechazó siempre esas pretendidas religiones, y por el pronto prefirió la nada á ellas. Se le habia prohibido el domingo, y ella no admitió la *década*; se la habia quitado la misa, y no admitió las ceremonias ridículas (cuando no eran sangrientas) de las fiestas nacionales. Se le habia arrebatado su Dios, y ella dijo: «Pues bien, más bien nada que el Cristo de Jansenio, la diosa de Danton y el sér supremo de Robespierre.» Y estas extrañas divinidades sólo encontraron diaconisas entre las mujeres pagadas *ad hoc* por la policía, y sólo tuvieron devotas entre las prostitutas. Y por esta razon, no habiendo podido introducirse en las familias estos nuevos cultos, estas creaciones monstruosas del orgullo, del desenfreno, del delirio y de la fatuidad, no pudieron establecerse tampoco en el Estado. Todos los poderes públicos que en este triste período se sucedieron en Francia, á pesar de los esfuerzos que hicieron para conseguir este objeto, á pesar del hacha de los verdugos, que les servía de cetro, y el furor del asesinato, que era toda su política, fueron impotentes y fracasaron completamente ante la oposicion de la mujer. Ante esta oposicion, todos los artificios de la seduccion y todas las amenazas del terror, del fanatismo y de la crueldad apénas pudieron dar algunos dias de existencia á los cultos oficiales, pero no pudieron impedir que, despues de haber nadado por algunos instantes en sangre, espirasen y desapareciesen entre el fango. De modo que á la mujer debe Francia no haber perdido en la religion del cisma, del deismo ó de la más asquerosa idolatría, que la impiedad, en el colmo de su demencia, le habia otorgado sucesivamente en medio de sus orgías de sangre y de voluptuosidad.

Mas no es esto todo. El clero, disperso, desterrado ó degollado en masa, habia desaparecido enteramente en la tormenta revolucionaria. Apénas habian quedado algunos restos de él, escapados de la prision, del cadalso y ocultos en las casas particulares, como santas reliquias, y siempre por la heróica abnegacion de las mujeres. El clero, por consiguiente, no tenía ya accion pública para el ejercicio del culto católico, y mucho ménos podia restablecerlo. Pues bien, lo que el clero no pudo hacer entónces, porque no existia, ó porque se hallaba como si no existiese, lo hicieron las mujeres. Ocupando el lugar que la desaparicion de los sacerdotes habia de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jado vacío, se hicieron, en cierto modo, sacerdotes ellas mismas. Ellas se encargaron de cumplir á su manera, en cuanto es posible á una mujer, la accion del sacerdote para la conservacion, la defensa y la restauracion del Catolicismo. Y no porque este sacerdocio nuevo fué ejercido por las mujeres dejó de producir los más felices resultados. En aquella época de persecucion de parte de los bárbaros de la civilizacion cristiana, la mujer francesa renovó, en una grande escala, los prodigios de celo, de valor y de abnegacion que la mujer romana obró, como hemos visto ya, en la época de la persecucion hecha por los bárbaros de la civilizacion pagana, y muchas veces encontró tambien su recompensa en un martirio glorioso. No pudiendo adorar en público al verdadero Dios, las mujeres continuaron adorándolo en secreto en sus casas particulares, que habian convertido en capillas, y que habian sustituido á las iglesias cerradas ó prostituidas á usos profanos. Así, pues, por causa de las mujeres, la ofrenda augusta del sacrificio del Cordero divino no cesó en el suelo frances, y su sangre preciosa continuó derramándose sobre el altar en expiacion del crímen que la perseguia. Por las mujeres se continuaba en el seno de las familias la instruccion parroquial de la infancia; por las mujeres, á falta del apostolado de la predicacion y de los sacramentos, se ejerció al ménos el apostolado de la exhortacion, del buen ejemplo, de la oracion y de la caridad. Finalmente, por las mujeres, como por las verdaderas vestales de la Iglesia, se conservó el fuego sagrado del espíritu católico en la nacion cristianísima.

Y cuando Napoleon I, haciéndose superior á las preocupaciones impías que le rodeaban por todas partes, restituyó á las iglesias su culto y á la Francia su Dios, no cedió ciertamente á las súplicas de los hombres, sino á los deseos que las mujeres habian manifestado por su constante repugnancia en participar de los sacrilegios ridículos de los nuevos cultos del Estado. En efecto, siendo aquel grande hombre profundo conocedor de los hombres y de la sociedad, no ignoraba ni podia ignorar que, en materia de religion, ante todo es necesario consultar las simpatías de las mujeres, porque nada hay posible sino lo que es conforme á estas simpatías; ellas forman la ley; por medio de las mujeres (que son el corazon de la humanidad) se manifiestan los verdaderos instintos, los verdaderos sentimientos, las verdaderas necesidades religiosas del país;

y satisfacer en este punto á la mujer, es satisfacer al país y afianzar en él el poder público.

La oracion de la mujer católica contribuyó mucho á esta restauracion del Catolicismo en Francia. En presencia del odioso y repugnante espectáculo, jamas visto en época alguna, de las prostitutas vivientes colocadas en los altares, y recibiendo el incienso que sólo se debe al Santo de los santos, la mujer católica, herida en su corazon (porque estaba herida en su fe y en su pudor), moria de dolor. ¡Oh, cuántas mártires hubo entónces en el secreto de los muros domésticos! Pero al morir hacian subir hasta el trono del Altísimo, como un agradable perfume, la oracion que se exhalaba de su casto corazon por la conservacion de la fe católica en su amada patria, y miéntras que el viento se llevaba el humo impuro que se elevaba en la atmófera pesada con el incienso que se ofrecia á la voluptuosidad divinizada, la oracion de la mujer mártir penetraba los cielos y hacía descender el rocío precioso que fecundó de nuevo el suelo de Francia, é hizo que naciesen nuevos gérmenes de fe, nuevos frutos de virtud, y atrajo sobre él nuevas bendiciones.

Más tarde, furioso el genio del mal de ver que, léjos de haber perecido el Catolicismo en Francia, se habia conservado siempre en ella, procuró de nuevo destruir por medio de la ciencia el coloso que no habia podido derribar por medio de la fuerza. La literatura, la novela, la filosofía, la medicina, la astronomía, la física, la química y la historia natural se coligaron contra la religion. Todas las obras que el siglo XVIII habia dado á luz contra el Cristianismo y contra toda religion, se reimprimieron y se pusieron al alcance de todo el mundo. Cerca de cinco millones de volúmenes de aquellas funestas obras salieron de las prensas francesas, sin contar los periódicos impíos, impresos á cuarenta, á sesenta y áun á ochenta mil ejemplares, en los que aquellas obras eran incesantemente anunciadas y exaltadas, y sus doctrinas eran comentadas, compendiadas, presentadas bajo todas las formas, y no tanto recomendadas como impuestas á todo el mundo. La Francia se vió inundada de ellas, y por la Francia la Europa, y por la Europa el mundo. Ni ántes del año de 93 (1), ni despues de él, se habia visto jamas se-

(1) Antes del año de 1789 no se habian hecho más que tres ediciones de las obras de Voltaire, de Diderot y de Rousseau. Durante la revolucion no se hizo más que una sola; bajo el consulado y el imperio, ninguna; Napoleon I,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mejante diluvio de producciones impías. El clero, desacreditado, calumniado, difamado y puesto en ridículo, no tenía poder para detener el mal ni para hacer el bien; se ponian en ridículo sus amonestaciones y se ahogaban sus quejas. «Estos son los gritos y las lágrimas hipócritas del partido clerical», decian, y no hacian el menor aprecio de ellas. El gobierno mismo, acometido de una ceguedad incomprensible, porque se habia hecho filósofo, parecia que veia con gozo la destruccion de todo lo que hubiera podido sostenerle, y áun parece que se complacia en las horribles devastaciones (1) que este desbordamiento de impiedad causaba por todas partes, y bajo las que él mismo debia sepultarse. La juventud, á ejemplo del hombre provecto, y el pueblo, á ejemplo del poder, se avergonzaban de parecer cristianos. Todos saben lo que sucedia entónces en los colegios, y cómo eran acogidas las palabras del clero, que manifestaban á la autoridad la corrupcion, los sacrilegios y la impiedad que en ellos habia. Apénas se veian hombres en las iglesias; la religion práctica desaparecia con una terrible rapidez (2), llevándose consigo los pocos principios y los pocos sentimientos de fe que habian quedado; el siglo XIX parecia querer acabar lo que el siglo XVIII habia comenzado.

Felizmente esta religion, que los hombres habian abandonado cobardemente, continuó siendo observada por las mujeres. Es más: ellas habian redoblado su celo en practicarla, á proporcion de los

que disponia de un millon de bayonetas y que tenia el prestigio de tantas batallas como habia ganado, decia: «Yo no creo que puedo gobernar á un pueblo que lea á Rousseau y Voltaire.» Parece que el gobierno que le siguió se creia más fuerte y miraba esta lectura como una bagatela, porque desde 1815 á 1820 las obras de estos autores tuvieron catorce ediciones completas. ¡Sí, *completas!* Esta era la palabra; porque se reimprimió entónces áun la única novela de Diderot que en la edicion de las obras completas de este escritor, hecha en 1794 (nótese bien la época), se habia suprimido por demasiado inmoral.

(1) Los personajes mismos de la córte estaban suscritos á las ediciones de *Touquet*. No se encontraban ejemplares en su librería, ni áun en sus almacenes. Se veian los volúmenes de estas ediciones ricamente encuadernados y colocados en los salones de algunos ministros, donde ménos se hubiera podido esperar encontrarlos.

(2) Las comuniones pascuales en París, que bajo el imperio se habian elevado sucesivamente hasta el número de ochenta mil, en 1830, ántes de la revolucion de Julio, habian descendido á treinta mil.

esfuerzos que hacian los hombres para ponerla *fuera de la moda*, como decian, y hacerla olvidar. Sus santos artificios por hacer valer el mérito especial de los grandes oradores sagrados que Dios habia suscitado para reconciliar la ciencia con la religion, consiguieron hacerlos apreciar de todos, y su devocion en concurrir á las iglesias acabó por atraer los hombres á ellas. Al mismo tiempo, con su perseverancia en perpetuar en el interior de sus familias la enseñanza cristiana neutralizaban en cierta manera la enseñanza irreligiosa, el volterianismo, que ocupaba cuasi todas las cátedras del Estado; y con su celo sin fanatismo, con sus instancias sin importunidad, con sus instrucciones, cuya oportunidad y cuyas formas revelaban la importancia de la materia, y sobre todo, con el ejemplo de devocion que ellas daban en sus casas particulares, destruian en secreto el edificio de la impiedad, que la desvergüenza y el cinismo de una ciencia llamada filosófica, y que en el fondo no era más que indiferente, incrédula ó atea, se esforzaba en elevar con su enseñanza en las escuelas públicas. De este modo conservaron las mujeres en el seno de las familias, en aquella época funesta, con la antorcha de la fe, los sentimientos religiosos y los principios del Catolicismo. Por ellas se veia entónces, como se ve en el dia de hoy, un gran número de almas que habian abandonado la religion y se habian extraviado en los caminos de la incredulidad ó de la indiferencia, volver á la religion, entrar de nuevo en el redil de la Iglesia, y vivir y morir en ella como verdaderos cristianos. «La Francia volteriana, dice un escritor cuyas doctrinas filosóficas y políticas no profesamos nosotros; la Francia volteriana no dejó de estar más próxima á la unidad religiosa que ciertas naciones vastas, creyentes, pero cismáticas. Si un miembro de una familia griega ó protestante se inclina hácia el centro pastoral, todo se opone á sus ideas. Pero entre nosotros, si un hijo pródigo vuelve, todo se allana ante él, las voces más cariñosas y más dulces le llaman y le alientan. La mujer francesa está reservada por la Providencia para desempeñar el ministerio de mediadora. Lo mismo que la mujer judía (del Evangelio), no ha negado ella ni ha entregado al Señor. La Francia ha dejado (por la mujer) en el seno de la Iglesia su mejor mano, la mano del corazon. La fuerza oculta del Catolicismo está en ella (en la fe de la mujer), y en ella está tambien la superioridad de la Francia.» (*La Gaule démocratique*, por M. L.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así, pues, si á pesar de los esfuerzos satánicos que se han hecho por espacio de más de un siglo para *descatolizar* á la Francia, la Francia es todavía católica, y la primera de las naciones católicas; si, á pesar de todo lo que el genio del mal ha hecho en el último siglo para destruir el Catolicismo en Francia, el Catolicismo no ha perecido en ella, sino que ha salido más puro de sus pruebas, más fuerte de sus persecuciones y más glorioso de sus derrotas; si, á pesar de las tentativas, más terribles aún, que el genio del mal ha renovado en nuestro siglo para derribar en ese país por medio de la ciencia el Catolicismo, que no habia podido aniquilar por medio de la guillotina ó de la espada, el Catolicismo permanece aún radiante de una luz más resplandeciente, no sólo en el suelo frances, sino tambien por todo el mundo, donde es llevado en medio de naciones bárbaras por el celo de los hijos de Francia, esto se debe principalmente á las mujeres; y nada es más cierto que estas palabras, que un hombre tan célebre por su talento como por el abuso deplorable que hizo de él, nos decia en Roma, veintidos años há: «Las mujeres son lo mejor que tiene Francia. Las mujeres han sido las que han conservado el Catolicismo en Francia.»

§ LXXI.—Celo de la mujer católica de nuestros dias por la propagacion del Catolicismo.—La obra de la *propagacion de la fe*, imaginada por ella, es sostenida y propagada por ella misma.—Cuadro patético del apostolado de las mujeres que siguen á los misioneros en todas las partes del mundo.—Nueva gloria de la Francia.—Apostolado de la mujer católica en el interior.—Santas hijas, apóstoles de sus parroquias, sin ser religiosas.—Magnífica pintura de la caridad parisiense, por M. Cormenin.—La mujer es el alma y el sosten de todas las obras de religion y de caridad en Francia.—Conclusion de la segunda parte de esta obra.

El celo de la mujer católica por propagar el Catolicismo no ha sido ménos ardiente, ménos activo, ménos ingenioso ni ménos liberal que su celo por conservarlo.

En el capítulo IX de San Mateo dice Jesucristo: «La miés es abundante, pero los operarios son pocos. Pedid, pues, al Señor de la miés que envie operarios á ella.» En otro lugar dice el mismo Salvador: «Proporcionaos amigos con el dinero de la iniquidad, á fin de que á vuestra muerte os reciban en los tabernáculos eternos.»

(Luc., XVI.) Sobre estos dos pasajes del Evangelio se fundó la *Obra* admirable *de la propagacion de la fe*, que no es otra cosa que una asociacion piadosa de *oraciones* y de *limosnas*, con el objeto de multiplicar el número de los nuevos apóstoles de la fe y ayudarles. Con la oracion se hace descender de lo alto la gracia que forma esos apóstoles, y con la limosna se les proporcionan los medios materiales de su apostolado. Sola una corta oracion cada dia, y una pequeña limosna de algunos cuartos al mes, es lo que se pide á los asociados, á fin de que todos puedan tomar parte en ella, por débil que sea su piedad y por corta que sea su fortuna. Pero habiendo tomado la obra en pocos años proporciones inmensas, la suma de las oraciones que en ella se hacen y de las limosnas que en ella se reunen es inmensa tambien; y por causa de estas oraciones que en todos los instantes y en todos los puntos de la tierra se elevan al cielo pidiéndole *operarios para la siega de las almas, que está preparada en todo el mundo*, y por causa de estas limosnas que circulan y penetran por todas partes, nuestros misioneros, los verdaderos conquistadores de la fe sobre la supersticion, y de la civilizacion sobre la barbarie, se multiplican y reciben todo cuanto necesitan para no tener que recurrir á los mismos por quienes se sacrifican, para conservar su independencia en medio de aquellos á quienes evangelizan, y para improvisar cristiandades, pobres de todos los recursos humanos, pero ricas de méritos y de virtudes, y sostenerlas. ¡Grande y sublime institucion, por la que la humilde oracion del niño y de la doncella se convierten en semilla de predicacion; la limosna modesta del trabajor, del soldado y del pobre se convierten en un medio de redencion, y el mérito del apostolado se hace accesible á todo el mundo! Pues bien, esta institucion se ha formado en nuestros dias en Francia, el país de la adhesion generosa á los intereses de la Iglesia y al bien de la humanidad, y ha sido un pensamiento, ó más bien un impulso del corazon de la mujer católica. «La asociacion de la propagacion de la fe cristiana por toda la tierra, dice Mr. Rohrbacher, comenzó hácia el año de 1822 *por unas humildes y piadosas trabajadoras* de Lyon, la ciudad de San Ireneo y de Santa Blandina; y desde allí, bendecida por la cabeza de la Iglesia, extendió sus ramas por todas las naciones católicas y sus frutos de salvacion por todas las naciones infieles. En los primeros siglos hemos visto á la nacion de los héroes convertida por *una pia-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así, pues, si á pesar de los esfuerzos satánicos que se han hecho por espacio de más de un siglo para *descatolizar* á la Francia, la Francia es todavía católica, y la primera de las naciones católicas; si, á pesar de todo lo que el genio del mal ha hecho en el último siglo para destruir el Catolicismo en Francia, el Catolicismo no ha perecido en ella, sino que ha salido más puro de sus pruebas, más fuerte de sus persecuciones y más glorioso de sus derrotas; si, á pesar de las tentativas, más terribles aún, que el genio del mal ha renovado en nuestro siglo para derribar en ese país por medio de la ciencia el Catolicismo, que no habia podido aniquilar por medio de la guillotina ó de la espada, el Catolicismo permanece aún radiante de una luz más resplandeciente, no sólo en el suelo frances, sino tambien por todo el mundo, donde es llevado en medio de naciones bárbaras por el celo de los hijos de Francia, esto se debe principalmente á las mujeres; y nada es más cierto que estas palabras, que un hombre tan célebre por su talento como por el abuso deplorable que hizo de él, nos decia en Roma, veintidos años há: «Las mujeres son lo mejor que tiene Francia. Las mujeres han sido las que han conservado el Catolicismo en Francia.»

§ LXXI.—Celo de la mujer católica de nuestros dias por la propagacion del Catolicismo.—La obra de la *propagacion de la fe*, imaginada por ella, es sostenida y propagada por ella misma.—Cuadro patético del apostolado de las mujeres que siguen á los misioneros en todas las partes del mundo.—Nueva gloria de la Francia.—Apostolado de la mujer católica en el interior.—Santas hijas, apóstoles de sus parroquias, sin ser religiosas.—Magnífica pintura de la caridad parisiense, por M. Cormenin.—La mujer es el alma y el sosten de todas las obras de religion y de caridad en Francia.—Conclusion de la segunda parte de esta obra.

El celo de la mujer católica por propagar el Catolicismo no ha sido ménos ardiente, ménos activo, ménos ingenioso ni ménos liberal que su celo por conservarlo.

En el capítulo IX de San Mateo dice Jesucristo: «La miés es abundante, pero los operarios son pocos. Pedid, pues, al Señor de la miés que envie operarios á ella.» En otro lugar dice el mismo Salvador: «Proporcionaos amigos con el dinero de la iniquidad, á fin de que á vuestra muerte os reciban en los tabernáculos eternos.»

(Luc., XVI.) Sobre estos dos pasajes del Evangelio se fundó la *Obra* admirable *de la propagacion de la fe*, que no es otra cosa que una asociacion piadosa de *oraciones* y de *limosnas*, con el objeto de multiplicar el número de los nuevos apóstoles de la fe y ayudarles. Con la oracion se hace descender de lo alto la gracia que forma esos apóstoles, y con la limosna se les proporcionan los medios materiales de su apostolado. Sola una corta oracion cada dia, y una pequeña limosna de algunos cuartos al mes, es lo que se pide á los asociados, á fin de que todos puedan tomar parte en ella, por débil que sea su piedad y por corta que sea su fortuna. Pero habiendo tomado la obra en pocos años proporciones inmensas, la suma de las oraciones que en ella se hacen y de las limosnas que en ella se reunen es inmensa tambien; y por causa de estas oraciones que en todos los instantes y en todos los puntos de la tierra se elevan al cielo pidiéndole *operarios para la siega de las almas, que está preparada en todo el mundo*, y por causa de estas limosnas que circulan y penetran por todas partes, nuestros misioneros, los verdaderos conquistadores de la fe sobre la supersticion, y de la civilizacion sobre la barbarie, se multiplican y reciben todo cuanto necesitan para no tener que recurrir á los mismos por quienes se sacrifican, para conservar su independencia en medio de aquellos á quienes evangelizan, y para improvisar cristiandades, pobres de todos los recursos humanos, pero ricas de méritos y de virtudes, y sostenerlas. ¡Grande y sublime institucion, por la que la humilde oracion del niño y de la doncella se convierten en semilla de predicacion; la limosna modesta del trabajor, del soldado y del pobre se convierten en un medio de redencion, y el mérito del apostolado se hace accesible á todo el mundo! Pues bien, esta institucion se ha formado en nuestros dias en Francia, el país de la adhesion generosa á los intereses de la Iglesia y al bien de la humanidad, y ha sido un pensamiento, ó más bien un impulso del corazon de la mujer católica. «La asociacion de la propagacion de la fe cristiana por toda la tierra, dice Mr. Rohrbacher, comenzó hácia el año de 1822 *por unas humildes y piadosas trabajadoras* de Lyon, la ciudad de San Ireneo y de Santa Blandina; y desde allí, bendecida por la cabeza de la Iglesia, extendió sus ramas por todas las naciones católicas y sus frutos de salvacion por todas las naciones infieles. En los primeros siglos hemos visto á la nacion de los héroes convertida por *una pia-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dosa cautiva, cuyo nombre se ignora. En estos últimos siglos, millones de paganos y de salvajes deben *á ciertas obreras desconocidas* la civilizacion cristiana en este mundo y la felicidad eterna en el otro.» (Tomo XXVIII, pág. 292.)

Esta grande y piadosa institucion de las mujeres subsiste y se propaga por el celo y la industria de las mujeres; estas *demandaderas de la fe*, como lo son tambien de la caridad, son las que ejercen con los hombres *el compelle intrare* del Evangelio en esta asociacion apostólica, y hacen que se aumente de dia en dia el número de sus suscritores. Por ellas las actas de los *Anales de la propagacion de la fe*, esa historia contemporánea del apostolado católico, penetran en todas las casas, y con sus admirables y tiernos relatos despiertan el espíritu de fe y obtienen abundantes limosnas en favor de la obra, áun de personas mundanas ó indiferentes. La mujer católica irlandesa, tan pobre, pero tan noble y tan generosa, á pesar de su profunda miseria, saca de sus pobres recursos el dinero para la propagacion de la fe, de quien ella ha sido y es todavía apóstol y mártir, é inspira á sus hijos el mismo celo y la misma devocion. En efecto, en las cuentas de la obra, que se publican anualmente, los regimientos irlandeses al servicio de la Inglaterra protestante en las Indias figuran entre los contribuyentes por muchos millares de francos. ¡Ah! Esos mártires vivientes de la fe católica no se contentan con predicarla por todo el mundo con el ejemplo de su constancia, sino que quieren participar de la ventura de contribuir á su propagacion con las economías heroicas que hacen en sus pobres raciones de soldados. Lo mismo sucede á los obreros irlandeses á quienes la crueldad de los opresores de Irlanda obliga á expatriarse para buscar con qué vivir en una tierra extranjera, y á quienes, como hemos notado ántes, convierte Dios en misioneros de la verdadera fe en el Nuevo Mundo. Estos son los sentimientos que ellos mamaron con la leche. Franceses, envaneceos de esta bella institucion, esencialmente católica, y por lo mismo esencialmente civilizadora, que ha nacido entre vosotros; envaneceos de este reflejo poderoso de vuestra devocion por todo el mundo; envaneceos de las conquistas, tanto más preciosas cuanto más pacíficas, que por estos medios haceis diariamente en beneficio de la civilizacion y de la Iglesia. Pero no olvideis que este nuevo floron de la corona de gloria que ciñe la frente de Francia ha sido añadido

por la mano de las mujeres. Pero la mujer católica de nuestros dias no se contenta con asociarse de una manera indirecta á la grande obra de la *Propagacion de la fe*, procurando reunir los medios de multiplicar y de mantener las misiones; ella hace más: ella toma una parte directa, asociándose personalmente á los misioneros y participando de los trabajos, de las privaciones, de los peligros y de las penas de su apostolado.

Se sabe que San Gregorio Niceno, al tiempo de morir, preguntó á los que le rodeaban: «¿Cuántos paganos hay todavía en esta diócesis?» Y que habiéndole respondido que «diez y siete», el santo Obispo, elevando sus ojos y sus manos al cielo, exclamó: «¡Sea Dios bendito! Cuando yo vine á ella no habia en ella más que diez y siete cristianos.» Pues bien, muchos obispos apóstoles de nuestros dias pueden decir lo mismo de las iglesias á las que el Sumo Pontífice los envia como misioneros para formarlas y como pastores para gobernarlas. Ellos sólo encuentran á su llegada un número muy pequeño de cristianos, y cuando mueren, despues de algunos años, dejan en ellas cristiandades florecientes. Este prodigio se ha hecho tan conocido y tan comun, que apénas se fija en él la atencion. Pero lo que no es tan conocido de todos es que las mujeres tienen mucha parte en estos felices resultados. Ved aquí los medios de que se valen para atraer á los salvajes al Cristianismo. Cada sacerdote misionero, ademas de sus intérpretes y sus catequistas, necesita llevar consigo algunas de esas sublimes vírgenes de las congregaciones religiosas de Francia ó de Irlanda, acostumbradas á las grandes empresas del celo y á las obras heroicas de la caridad. Cuando llegan á una tribu salvaje, las envian á ellas delante; esto consiste en que esos pueblos, á pesar de que en su mayor parte son antropófagos, y están dispuestos á devorar á los hombres que caen en sus manos ó á hacerlos esclavos, perdonan á la mujer desarmada que voluntariamente se reune á ellos. Esto consiste principalmente en que la vírgen cristiana, realzando las gracias de su frágil y delicada naturaleza con la modestia de sus miradas, con la serenidad de su aspecto, con la majestad de su continente y con los encantos de su pudor, tiene algo de celestial y de divino, que reclama el respeto é impone áun á la barbarie misma. Así es que los *Anales de la propagacion de la fe*, que nos presentan muchos casos de misioneros devorados por los salvajes ántes de haberles podido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

proporcionar el pan de la palabra de Dios, no nos ofrecen ningun caso de mujeres misioneras que hayan sufrido la misma suerte. Estas admirables hijas, dirigiéndose principalmente á las mujeres de la tribu, las atraen á sí con pequeños regalos, las enseñan á introducir el órden en sus chozas, á criar sus hijos, á hacer media y á coser; ellas las asisten en sus necesidades y las cuidan en sus enfermedades con la ternura de hermanas y el amor de madres, y haciéndose dueñas por este medio de sus corazones, acaban por apoderarse tambien de sus entendimientos y por hacerles conocer y amar la religion cristiana. Conquistadas las mujeres, ellas conquistan á sus maridos, á sus hermanos y á sus hijos, y les inspiran el deseo de oir al *hombre negro* (el misionero) hablarles del *grande Espíritu* (de Dios). Cuando llega el sacerdote, es recibido con alegría, tratado con respeto y escuchado con docilidad. Él evangeliza á esos monstruos, á quienes el ascendiente de la mujer ha convertido en hombres y los hace cristianos. Así, pues, por el apóstol, por el hombre hace Dios segar ese trigo evangélico, y lo introduce en el granero de la Iglesia; pero por medio de la mujer lo hace sembrar y llegar á su estado de madurez.

Por otra parte, la mayor miseria de esas iglesias es la escasez de sacerdotes. Nosotros vimos en Roma, quince años há, á un jóven sacerdote misionero de los Estados-Unidos, llamado M. Hod, que nos dejó escritas por sus manos, en el reverso de un pequeño retrato, estas afectuosas palabras: «Hacedme la caridad de orar y de hacer que oren, particularmente todos los juéves, por la pobre mision de Nashville. — *S. Hod*, misionero.» Como él se titulaba tambien «el vicario general de Nashville», le preguntamos cuántos sacerdotes habia en sus diócesis, y si habia en ella seminario. Á lo que él nos respondió: «¡Ay! El señor obispo y yo componemos todo el clero de esa inmensa comarca; en cuanto á seminario, no tenemos más que un *pequeño seminario*, y las religiosas son las que tienen la direccion de él. En él hemos reunido el número de niños pobres que hemos podido, y las religiosas son las que los cuidan y los asisten como si fuesen sus propios hijos. Ellas tambien les enseñan el catecismo, les enseñan á leer y á escribir, y con sus instrucciones y sus ejemplos les inspiran el gusto de los libros santos y de los libros de piedad, les inspiran ese espíritu de abnegacion y de sacrificio que forma el verdadero sacerdote de esas comarcas, y

los inician en las obras del celo y de la caridad. Como esos niños no son educados para el mundo, sino para el santuario; como están destinados á ser un dia sacerdotes y apóstoles de su patria, las santas religiosas los miran como unos seres sagrados, tienen para con ellos cierta cosa superior á la ternura maternal, tienen para con ellos una especie de culto religioso, y nada es capaz de dar una idea del cuidado que ellas tienen con la salud de sus cuerpos y con la inocencia de sus almas; de la paciencia con que les sirven, de la asiduidad con que los instruyen, de la satisfaccion que experimentan en formar su educacion, y lo que es más aún, de los maravillosos resultados que ellas obtienen. ¡Oh, si ellas supiesen siquiera el latin eclesiástico! Porque el latin pagano de nada les serviria (ni á nosotros tampoco). Á falta de maestros, que son difíciles de encontrar allí, aquellas santas mujeres podrian enseñar á nuestros jóvenes alumnos la lengua y la literatura de la Iglesia, que es cuanto necesitamos; en cuanto á la literatura latina, es tambien indudable que ellas lo conseguirian lo mismo ó tal vez mejor que otros, y que por este medio la educacion eclesiástica de los jóvenes levitas se facilitaria mucho.» *¡Fiat, fiat!* le respondimos nosotros. En efecto, á excepcion de las funciones que Dios ha confiado exclusivamente al hombre, la mujer católica, lo repetimos, es á propósito para todo, lo mismo en el órden religioso que en el órden político.

Este apostolado de la mujer católica adquiere diariamente mayores proporciones. No se pasa una semana sin que los periódicos nos anuncien nuevas expediciones de misioneros de la verdadera Iglesia para todos los países bárbaros del globo; pero, segun los mismos anuncios, en estas santas expediciones de la fe las mujeres son muchas veces más numerosas que los hombres; esas son las admirables hijas de todas las comunidades religiosas de mujeres, para cuyo celo la Francia no es un teatro bastante capaz, y por lo mismo buscan uno más extenso en todas las partes del mundo. ¡Cuán bello es ver millares de esas heroicas jóvenes, naturalmente tímidas y delicadas, abandonar sus padres y su patria; arrostrar todas las incomodidades y los peligros de navegaciones largas y borrascosas, y viajes interminables á traves de los desiertos; ir á establecerse en medio de pueblos más bárbaros que los lugares en que habitan y más crueles que las bestias feroces, que forman toda su sociedad; habitar en chozas en las que con frecuencia se encuen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tran acompañadas de serpientes; sufrir con gozo toda especie de privaciones, excepto la de la comunion eucarística, y consagrarse, con un olvido completo de sí mismas, al cuidado de los enfermos, á la instruccion de los niños, á la cultura de los salvajes, á la asistencia de los sacerdotes, al servicio de la Iglesia, á todas las necesidades y á todos los trabajos de la casa, y teniéndose por felices si, despues de haber consagrado toda su existencia á la religion, pueden sacrificar tambien á ella su propia vida! Id al Oriente, visitad el Occidente, recorred los inmensos continentes y las numerosas islas perdidas en la inmensidad del Océano, al lado del misionero de la Iglesia encontraréis siempre á la hija de la caridad, ó á la hermana de Nevers, ó á la hermana de San José, ó á la religiosa del Sagrado Corazon, que participa de sus peligros y de sus fatigas, y que, siendo un ángel por la pureza, un apóstol por el celo y un mártir por la abnegacion, siendo admirada hasta el entusiasmo y venerada hasta la adoracion, como una cosa divina, por los turcos, por los judíos, por los idólatras y por los salvajes, es al mismo tiempo el sosten y la gloria de las misiones católicas. ¡Ah! La humanidad no puede ver una cosa más bella, la ciencia no puede imaginar una cosa más elevada, la virtud no puede producir una cosa más heroica y al mismo tiempo más tierna, más amable, más admirable ni más perfecta. ¡Honor, pues, á esas nuevas evangelistas de la caridad celestial y de todas las virtudes y de todas las gracias del Cristianismo! ¡Honor á esos nuevos apóstoles de las almas y de la civilizacion de los pueblos! ¡Honor á esos monumentos vivientes de la verdadera gloria de la Francia, que los ve surgir de su seno; de la Iglesia, que los envia; de la religion, que los ama, y de Dios, que los forma y los fortifica en la tierra áun ántes de recompensarlos en el cielo!

Ahora deberiamos demostrar que el apostolado de la mujer católica de nuestros dias, en su propio país, no es ménos activo, ménos eficaz ni ménos precioso que el apostolado de la mujer católica en los países extranjeros. Pero, en primer lugar, ¿quién no conoce este apostolado de la mujer católica en el interior, de que todo el mundo se aprovecha, y que ella ejerce á vista de todo el mundo? En Francia, en particular, ¿quién ignora el bien inmenso que hacen á la religion y al pueblo, ademas de las hermanas de Caridad, las Teresianas, las Benedictinas, las Visitandinas, las Anunciadas, las

hermanas de Nevers, las hijas de San José, las señoras del Sagrado Corazon y de la Asuncion, las hermanas del Buen Socorro, las hermanas Menores, las hermanas de los Pobres y tantas otras fundaciones religiosas con que la mujer católica ha enriquecido en estos últimos años á su patria y á la Iglesia, y cuyos establecimientos cubren ya el suelo de Francia? ¿Quién ignora las formas, variadas hasta el infinito, que la mujer católica francesa ha dado á su celo, de cuarenta años á esta parte, para el sostenimiento de la fe, y á su adhesion sin límites á la causa de la desgracia? En efecto, la archicofradía para la conversion de los pecadores, por ejemplo; la devocion del mes de María y de la Preciosa Sangre, las obras de los Pesebres, de la Santa Infancia, de los Ancianos, del Buen Pastor, de la Misericordia, de las Familias, de los Prisioneros y otras muchas fundaciones piadosas que surgen diariamente en Francia como por encanto, para la satisfaccion de todas las necesidades del alma, para el remedio de todas las necesidades del cuerpo, para la educacion de los hijos del pobre, para la asistencia de las familias desgraciadas, para el consuelo de todas las penas y para el alivio de todas las desgracias, son el pensamiento y la obra del genio benéfico de la mujer católica (1). En segundo lugar, la sola indicacion

(1) Ved aquí otro nuevo descubrimiento, muy honorífico para la Francia y para la mujer católica, y del que somos deudores al gran historiador de la Iglesia, M. Rohrbacher: «El estudio constante y minucioso, dice él, de los siglos históricos, y en particular de los siglos cristianos, nos ha hecho notar en nuestro siglo y en nuestro país cosas maravillosas, en las que ántes no fijábamos la atencion. Por ejemplo, en los primeros siglos de la Iglesia admiramos el gran número de monasterios que habia en Egipto y nos sentimos inclinados á creer que no habia otra cosa igual. Pues bien, en nuestro siglo presente, el siglo XIX, en muchas diócesis de la Francia Oriental, nuestra patria, hemos visto más de una parroquia en la que hay muchas comunidades religiosas, aunque no tienen el nombre de tales. Se las podria llamar *comunidades ó conventos domésticos*. Éstos se componen de cinco ó seis hijas cristianas, algunas veces hasta diez y otras veces ménos, que por espíritu de religion no se casan, sino que viven reunidas con su madre, con su tia ó con uno de sus hermanos. Su vida está consagrada al trabajo y á la oracion. Ellas trabajan en la casa ó en los campos, segun las necesidades. La campana de la parroquia les indica las horas de elevar su corazon á Dios. Cuando la obra lo permite, como, por ejemplo, la costura ú otros quehaceres semejantes, cantan las letanías ó las vísperas de la Santísima Virgen. Comulgan generalmente todos los domingos, y algunas veces en medio de la semana. El dinero sobrante de su patrimonio y de su trabajo lo emplean en buenas obras, en socorrer á los pobres y en adornar las iglesias. En el jardin se ven muchas ve-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de todas estas obras, de su orígen, de su espíritu, de su fin y de sus medios para conseguirlo exigiria por sí sola un volúmen, que tendria indudablemente mucha importancia y mucho interes, pero que en este momento no podemos dedicarnos á formarlo. Así, pues, nos limitarémos á hacer algunas observaciones generales sobre esta deliciosa materia.

Un lego, tan gran cristiano como gran publicista y cuyos sentimientos religiosos se hallan á la altura de la abundancia, de los encantos y de la originalidad de su estilo, ha trazado el siguiente cuadro de la caridad parisiense: «No hay un rincon apartado de pobreza, dice, que la caridad no explore; no hay una llaga asquerosa que no lave y cure; no hay un dolor misterioso que no consuele, ni una flaqueza secreta que no fortalezca, ni un arrepentimiento que no acoja, ni una desesperacion que no salve, ni un alma afligida que no se eche en sus brazos. ¡Cuántas combinaciones ingeniosas y asiduas! ¡Cuántos refugios abiertos á existencias abru-

ces cajones con laureles y otros arbustos y vasos con flores, y esto lo tienen guardado para hermosear los altares en las fiestas solemnes. Generalmente estas parroquias tienen órgano; el oficio divino se celebra en ellas con un concierto maravilloso. En los *Kyries*, el *Gloria*, el *Credo*, los salmos, los himnos y el *Magnificat*, el coro canta un versículo ó una estrofa, despues de todo el pueblo canta el otro, acompañado con el órgano. En los dias de fiesta se eligen para los salmos los tonos más bellos y más armoniosos, y así es que todos asisten á las vísperas lo mismo que á la misa mayor. No recordamos haber asistido á ningunos oficios más bellos en ninguna catedral.

»En estas parroquias no hay generalmente grandes fortunas ni grande miseria; no se ven en ellas mendigos propiamente dichos, como no sean algunos forasteros. Los pobres del distrito son como pensionarios de ciertas casas más desahogadas. En la revolucion de 1848, el nombre de república causó terror al principio, porque se temian las impiedades de la primera. Cuando se supo que la nueva revolucion nada quitaba directamente á la Iglesia, sino á la riqueza, se tranquilizaron, se dedicaron á restaurar y embellecer las iglesias, á refundir y á aumentar las campanas y á perfeccionar la educacion de la juventud, llamando para ello, no sólo á las hermanas, sino tambien á los hermanos de la escuela. En Diciembre de 1851 estas parroquias, profundamente católicas y siempre pacíficas, votaron unánimemente en favor de Luis Napoleon. En toda esta parte de la Francia no ha habido insurrecciones ni motines.» (Tomo XXI, pág. 81.) ¡Oh, cuán patética es esta pintura! ¡Cuán precioso y cuán fecundo es este apostolado de las santas hijas! Ved aquí, pues, una parte de Francia regenerada sin violencia y sin ruido, bajo el punto de vista religioso, moral, civil y político, siempre por la fe y la abnegacion de la mujer católica.

madas! ¡Cuántas lágrimas enjugadas! ¡Cuántas cuevas y cuántas boardillas visitadas! ¡Cuántos cuerpos echados sobre paja, reanimados, fortificados, vestidos, alimentados y curados!.....

»De la misma manera que la industria sigue, segun el órden de las materias, la division del trabajo, así tambien la caridad sigue, segun el órden de las miserias, la division de los socorros. Así es que la caridad no abandona un solo instante la vida del pobre; ella se ocupa de él ántes que nazca para prepararle cuna y proporcionarle leche; ella le cría en su infancia en la cuna, en el asilo y en la escuela; paga y protege su educacion, adopta al huérfano, libra al preso, visita al enfermo, alienta al arrepentimiento, alivia, sin humillar, á la miseria oculta, y añade á la limosna la palabra que consuela y fortalece. La caridad es infatigable: ella llama á todas las puertas, ella es insaciable, todo cae en su bolsa: donativos, limosnas de iglesias, suscriciones, socorros de hospitales, donaciones de ayuntamientos, géneros, muebles, objetos de todas clases y subvenciones del Gobierno; con esto se compran medicinas y lienzos, se proporcionan camas, se hacen calzados, gorros, vestidos y se atiende á todos los demas gastos.» (Cormenin, *Manuel des œuvres de charité de Paris.*)

Pues bien, este cuadro de la caridad parisiense no es otra cosa que el retrato de la mujer católica de París; éste es el corazon de aquella mujer; ésta es su generosidad, su ternura y su celo; éstas son sus industrias y sus obras, pintadas por el gran artista con mano maestra, porque todo esto se hace particularmente por la mujer. ¡Oh! Si la mujer católica no se ocupase de la condicion del pobre, ¡cuán miserable seria esta condicion en la mano del hombre! Los socorros mismos de la asistencia oficial se perderian en el camino, y no llegarian á tiempo; ésta seria la caridad protestante de Inglaterra, que pesa tan terriblemente sobre la propiedad en nombre del pobre, y deja al pobre morirse de hambre despues de haberse embrutecido por el vicio.

Es verdad que una parte de esta gloria de la mujer católica pertenece de derecho á ese admirable clero de Francia, que, pobre de dinero y rico de fe, de celo, de valor, de ciencia y de virtud, ha renovado en estos últimos tiempos todos los ejemplos de los mártires y de los santos de la primitiva Iglesia. «Si los sacerdotes reciben mucho, dice el autor que acabamos de citar, dan mucho; por mejor

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decir, lo dan todo. Y ademas de su dinero dan su tiempo, sus dias, sus noches, sus exhortaciones y sus sacramentos, y en fin, hacen más que todo esto: ellos dan su perdon cuando les calumnian.» Pero el clero, lo repito, no hubiera podido hacer lo que ha hecho sin el concurso, la generosidad, las santas industrias y el celo de las mujeres.

Áun en el dia de hoy la accion del clero sería poco extensa y poco sólida sin la cooperacion activa é inteligente de las mujeres. ¡Ah! El clero, en la posicion que se le ha colocado, apénas tiene accion sobre los niños y sobre los hombres sino por la mujer. Por causa de la mujer penetra en la familia su accion santificadora (1), y desde el seno de la familia se refleja sobre la sociedad; por causa de las mujeres consigue el llevar á efecto y sostener tantas fundaciones nuevas para el socorro de los pobres y para la propagacion de la fe y de la piedad. El clero casi no tiene más que el pensamiento de estas obras; las mujeres son las que se encargan de llevarlas á efecto. Cuando se trata de obras de religion y de caridad, la mujer parisiense jamas falta á ellas. Sus manos jamas dejan de dar para tales objetos y su corazon jamas deja de abrazarlos.

Ya hemos visto en esta segunda parte de nuestra obra, consagrada á las *grandezas* y á las *glorias de la mujer católica*, que en estos últimos tiempos, lo mismo que en los siglos anteriores desde la fundacion de la Iglesia, los soberanos Pontífices, los hombres apostólicos, los fundadores de las Órdenes religiosas, los santos obispos, los santos sacerdotes, los santos legos, y áun los mismos reyes que no fueron santos, nada han hecho santo, nada grande, nada bello ni útil á la fe, á las costumbres ni áun á la felicidad material de los pueblos, que la mujer católica no haya ayudado á hacer, ya

(1) Una de las santas industrias de estas misioneras de la familia es la de atraer á sus casas, por medio de las mayores instancias, á los hombres de ciencia y de fe, eclesiásticos ó legos, obligándoles, bajo el pretexto de instruirse ellas mismas, á explicar y á defender los dogmas más importantes del Catolicismo, y ¿sabeis para qué? Para que esta predicacion familiar aproveche á sus parientes y á sus domésticos que no van á la iglesia. Muchas veces, valiéndose de los medios más delicados, la misma madre procura que se encuentre, como por casualidad, uno de esos hombres con su propio hijo, y exclama, con el acento del amor desconsolado: «¡Ay, señor! Mi hijo tiene la desgracia de no creer, y vuestra conversacion no podrá dejar de serle provechosa.»

dando la idea, ya proporcionando los medios, ya removiendo los obstáculos, ya animando con sus exhortaciones ó ya encargándose ella misma de su ejecucion; y que la mujer católica no ha cesado jamas de ser lo que Dios ha querido que sea, la *compañera*, la *ayuda* del hombre de la Iglesia, del hombre de la familia y del hombre del Estado, participando de su espíritu, secundando su celo y asistiéndole con una abnegacion sublime en el cumplimiento de sus elevadas funciones y de sus grandes deberes, para el bien de la Iglesia, de la familia y del Estado: *Adjutorium simile sibi*. Ved aquí lo que la mujer católica ha sido siempre en la Iglesia, y ved aquí tambien lo que ella puede ser aún en las graves circunstancias en que la Iglesia puede encontrarse; mas esto será con ciertas condiciones, que vamos á indicar en pocas palabras.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE.

CONDICIONES DE LA GRANDEZA

DE LA MUJER CATÓLICA.

§ I.—Las mujeres católicas de todas las épocas de la Iglesia han sido tan grandes porque han reunido á virtudes sublimes un conocimiento profundo de la religion.—Estado deplorable de la educacion que se da á las mujeres, en nuestros dias, respecto á la instruccion religiosa.—Injusticia con que se quejan de la frivolidad de las mujeres, supuesto que se les da una educacion frivola.—Necesidad de que la mujer tenga, en los tiempos presentes, una gran instruccion religiosa.—Ventajas de enseñarles el latin eclesiástico.—La lectura de los Padres de la Iglesia, y su importancia.—Sus traducciones.—La Europa, culpable de haber preferido las ventajas temporales á las ventajas espirituales, y castigada con la pérdida de las unas y de las otras.

La historia que acabamos de trazar *de las grandezas y de los méritos* de la mujer católica se resume, como cualquiera conocerá, en estas dos palabras: *fe* y *abnegacion*, que, como hicimos notar al principio, han formado todo el misterio de su vida y todas las maravillas de sus obras. Por la fe se ha hecho agradable á Dios, y por la abnegacion ha hecho la ventura y las delicias de los hombres. Mas una fe cualquiera, una abnegacion cualquiera, no son á propósito para producir tan preciosos resultados. La fe, que ha hecho á la mujer católica grande en presencia de Dios, ha sido una fe sólida, fundada en el conocimiento perfecto de la religion; la abnegacion, que la ha hecho útil á los hombres, ha tenido su origen en el espíritu de castidad. Explicarémos estas ideas para la edificacion particular de las mujeres, á fin de que sepan con qué condiciones pueden participar de los méritos, de las grandezas y de las glorias de la mujer católica de todas las épocas de la Iglesia, y hacerse *el*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ministro de Dios para el bien y el instrumento de la restauracion del Cristianismo, despues de las nuevas y terribles pruebas que, segun todas las apariencias, va á sufrir.

Ya hemos visto cuán viva, cuán ardiente y cuán firme fué la fe de la mujer mártir; pero, por la manera clara y precisa con que ella anunció las grandezas del dogma cristiano en presencia de los tiranos filósofos y de los filósofos tiranos, llenándolos de confusion, debemos habernos convencido de que su espíritu estaba ilustrado por un conocimiento profundo del Cristianismo, así como su corazon estaba abrasado de amor. En efecto, al abrazar esta religion divina procuraba la mujer, tanto como el hombre, y áun más que el hombre, profundizar en ella, *entrar en las potencias* del Señor Jesucristo, por medio de un estudio serio y una meditacion contínua de sus misterios y de sus leyes. La historia de Santa Cecilia, que llevaba siempre en su pecho, verdadero santuario del pudor, el código augusto de los Evangelios, es la historia de todas las nobles vírgenes y de las sublimes matronas cristianas de aquella época, tan gloriosa para la religion de Jesucristo. Todas ellas hacian de este libro, de este tesoro de la sabiduría de Dios, oculto en la sencillez de la letra, el objeto de su lectura contínua, de sus meditaciones y de sus delicias. Ellas lo sabian de memoria, ellas se penetraban de su espíritu y descubrian en él diariamente pensamientos más elevados, doctrinas más profundas, bellezas más encantadoras y consuelos más abundantes, y con el espíritu nutrido con esta ciencia del Verbo hecho carne, y con el corazon fortalecido con la gracia de su Sacramento, sufrian los tormentos más atroces y la muerte más cruel con aquel prodigio de constancia que formaba la admiracion y la desesperacion del paganismo y el triunfo de la verdadera religion.

¿De qué se compone el oficio que la Iglesia hace rezar á sus ministros? De trozos de los libros santos escogidos para cada dia y comentados por los Padres, de extractos de las actas de los mártires y de las vidas de los santos, de himnos, de antífonas, de salmos y de responsorios, en los que se repiten los mismos pensamientos bajo diversas formas. Esto es, como se ve, la oracion mezclada á la meditacion de los libros sagrados y de los ejemplos de los santos. Lo mismo puede decirse de la misa de cada dia: ésta se compone de versículos tomados de los salmos y de pasajes de los dos Testamentos. Pues bien, esto es lo mismo que se hacia en la primitiva Iglesia; éstos son los ejercicios de piedad á los que los primeros cristianos, reunidos en las catacumbas, se entregaban durante una parte de la noche, y cuyo recuerdo y cuyo uso ha querido conservar y perpetuar la Iglesia.

Se principiaba, pues, por oir las lecciones de la Sabiduría divina y meditarlas, y se acababa por la comunion eucarística; se distribuia este alimento del alma despues de distribuir el alimento del entendimiento, y el *pan de la inteligencia* se administraba al mismo tiempo que el *pan de la vida*. Júzguese cuál debia ser la ciencia de la religion de aquellos hombres que hacian de la religion el objeto de su estudio de todos los instantes y de toda su vida. Pues bien, pudiendo emplear las mujeres más tiempo que los hombres en esta escuela, y asistiendo á ella con mayor deseo de instruirse, aprovechaban más que los hombres, y de ahí nacia su ciencia del Cristianismo á la altura de sus virtudes, y de ahí tambien su apostolado y las numerosas y admirables conversiones que ellas hacian en su familia y en su país.

En la época de los Padres hemos visto lo que eran las dos Melanias, las Albinas, las Marcelas, las Paulas, las Olimpiades y las Pulquerias, las mujeres de la escuela de San Jerónimo y de San Juan Crisóstomo. Las hemos visto combatir á los herejes, convertir á los filósofos, aconsejar á los Pontífices, instruir á los mismos Padres y ayudarles en la propagacion y en la defensa del Cristianismo. Pero esto consistia en que su fe era tan ilustrada como fervorosa; esto consistia en que ellas sabian los libros santos de memoria y comprendian los diferentes sentidos que encerraban. San Jerónimo, hablando de Santa Paula, nos dice que aquella gran matrona cristiana, sin embargo de que daba la más grande importancia al sentido histórico y literal del Código sagrado, porque este sentido es el fundamento de las verdades bíblicas, trabajaba con el mayor ardor en comprender el sentido espiritual profético y alegórico, y que en este último sentido encontraba ella una fuente de edificacion y el colmo de la ventura de su alma (1). Pues bien, las

(1) «Amabat historiam, et hoc veritatis fundamentum dicebat; magis tamen sequebatur intelligentiam spiritualem; et hoc culmine ædificationem animæ protegebat.» (*Epitaph. S. Paul.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otras grandes mujeres católicas de la misma época estudiaban de la misma manera los libros santos, y no limitándose á *la letra, que mata*, sino procurando comprender *el espíritu, que vivifica*, tenian una plena inteligencia de ellos, tanto como los hombres, y áun más que los hombres. Tambien hemos oido afirmar á San Jerónimo que Santa Marcela era más sábia que él en la interpretacion de la Escritura Santa. (Tomo I, 2.ª parte, § XXIV.)

Del mismo modo, en la Edad Media, las Clotildes, las Margaritas, las Cunegondas, las Isabeles, las Eduvigis y todas aquellas santas reinas que fundaron las monarquías y las nacionalidades cristianas modernas, así como las Hildegardas, las Gertrúdis, las Brígidas y las Catalinas de Sena, conocian tambien, como verdaderos teólogos, las profundidades del dogma cristiano, poseian la ciencia del Evangelio, la teología mística, tanto como los hombres, y áun más que los hombres. La santa hermana de San Luis, aquella tierna madre de los pobres, era tambien un prodigio en la ciencia sagrada, así como en el conocimiento del latin, hasta el punto de enmendar muchas veces á los mismos teólogos y de corregir las faltas de gramática de su secretario. Esto consistia en que aquellas grandes cristianas empleaban en el estudio de los libros santos y de los Padres de la Iglesia el tiempo que la mujer llamada católica de nuestros dias pierde en la lectura de las novelas, y que este estudio constituia su felicidad y sus delicias.

Pero de tres siglos á esta parte ha cambiado en este particular, y una de las mayores llagas de la sociedad moderna, que es necesario darse prisa á curar, es la profunda ignorancia de las mujeres en materia de religion. Nosotros hemos conocido á algunas señoras distinguidas por su talento, y áun por su práctica de la religion, que nos han confesado claramente «que no creian en la eternidad de las penas, porque no podian conciliar en su entendimiento este dogma con la bondad de Dios», y continuar llamándose cristianas católicas, á pesar de negar el dogma fundamental del Cristianismo y de toda religion. ¡Esto es, como se ve, el colmo de la ignorancia respecto á la religion, unido al colmo del orgullo y de la fatuidad! Y sin embargo, esta ignorancia y este orgullo, y cierto espíritu filosófico, que es su consecuencia necesaria, están más extendidos que se cree en las mujeres. En este supuesto, no debe extrañarse la ausencia de toda creencia y de toda práctica religiosa

en el seno de tantas familias llamadas católicas ó cristianas. En política todo se hace por los hombres; pero en religion, lo repetimos, todo se hace por las mujeres. Todo cuanto ellas han recibido en este particular lo comunican en torno suyo. Á una Mujer debió el mundo el Hombre-Dios; por las mujeres se propaga y se perpetúa el Cristianismo en el mundo. Pero ¿cómo podrá la mujer inspirar á otros la religion, de que ella no tiene más que ideas falsas ó incompletas, sentimientos débiles ó exagerados, ó que no conoce ni siente de modo alguno? ¡Ay! En París especialmente, la mujer bien educada habla bien, declama bien, sabe bien la literatura francesa y la historia, la mitología y las antigüedades romanas, la música, el baile, el dibujo y áun la historia natural. Lo que ella no sabe, ó no sabe bien, es el Catolicismo, es la religion. Lo decimos con un profundo sentimiento: la educacion religiosa de las jóvenes, con muy raras excepciones, está tan descuidada como la de los mancebos; la educacion de ciertos conventos es tan mundana como la de ciertos colegios.

Se quejan de que las mujeres son frívolas, pero ellas son lo que se les hace que sean. Su educacion, mirada de cerca, nada tiene de sólida respecto á lo que más debian saber. Sólo se trata de formar mujeres instruidas y áun sábias, pero no formar mujeres sólidamente religiosas, de las que tanta necesidad tiene la época actual; en esto se piensa poco ó nada. Un poco de catecismo, que las jóvenes olvidan apénas lo acaban de aprender, y la lectura de algunos libros piadosos, á la altura del *Feligrés* ó del *Diario cristiano*, ved aquí á lo que se reduce toda la educacion religiosa que se da en las familias cristianas, y áun en algunos conventos que se creen muy á propósito para esta educacion. Las santas mujeres de los primeros siglos, de la época de los Padres y de la Edad Media, no eran frívolas; ellas eran, como hemos visto, unas grandes existencias, unas admirables figuras, tales, que no puede imaginarse cosa más sólida que ellas; pero tambien estaban instruidas de otra manera en la religion. La instruccion religiosa, sin la instruccion literaria, es mucho para la mujer; la instruccion literaria, sin la instruccion religiosa, no le sirve para nada, sino es para inspirarle mayor aprecio de sí misma, una vanidad mayor, y un deseo más vehemente de hacerse valer: sentimientos de que no tiene necesidad. Esto no es más que un nuevo peligro para su flaqueza y un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuevo alimento para sus pasiones. Una mujer en quien la instruccion puramente literaria no está equilibrada con una instruccion religiosa muy sólida, y cuyo talento no está reducido á sus justos límites por los verdaderos principios y los verdaderos sentimientos cristianos, es una mujer temeraria, imprudente, ligera, frívola, orgullosa, y que sólo se hace notar por una gran pretension de que tiene talento, por un soberbio desprecio de las demas y por una necia idolatría de sí misma. Esta es una mujer con cuya sabiduría no se puede contar. Esto es la mayor desgracia de una casa; por ella entran en la casa la miseria y el desórden, en compañía de todos los escándalos y de todas las calamidades.

Por el contrario, la mujer que, no teniendo mucha instruccion mundana, tiene mucha instruccion religiosa, y que, por consiguiente, conoce las grandezas de la religion, se penetra de su espíritu y procura ponerle en práctica con las virtudes modestas de su estado; es una mujer humilde, sábia, discreta, previsora y consagrada enteramente á la verdadera felicidad de su esposo y de sus hijos; si ella no brilla mucho por las gracias de su talento, se hace respetar, y admirar por la generosidad y la constancia de su afecto. Si ella no sabe bellas disertaciones acerca del bien, sabe practicarlo; y esto es todo cuanto esperan de ella Dios y los hombres, la familia y la sociedad. Una mujer semejante es el dón más rico y más precioso que Dios puede hacer á una familia; es el cimiento de la concordia entre sus miembros, es la fuente oculta de su riqueza, es el fundamento del órden que reina en ella, es la prenda de su ventura y de su prosperidad.

El sabio y celoso autor de la *Biblioteca de una mujer cristiana*, el abate Chassay, en el artículo de las *Pruebas del matrimonio*, dice: «La Francia presenta el admirable espectáculo de dos pueblos que viven bajo un mismo techo y con unos mismos intereses temporales, pero que no están de acuerdo en lo que tiene relacion con el destino del género humano. Es imposible negar la gravedad de las discusiones que separan ordinariamente á la mujer de su marido cuantas veces tratan del órden moral y religioso.» El abate Chassay hace en seguida una triste pintura del tormento que en su corazon debe experimentar una mujer cristiana unida á un marido escéptico, principalmente respecto á la educacion de sus hijos, á quienes la madre quisiera ver educar en los principios religiosos y á quienes

el padre quiere emancipar de las prácticas de lo que él llama una *hipocresía rancia;* y finalmente, el hábil Mentor de la *Mujer cristiana* le da los consejos más sabios y más importantes sobre los miramientos que debe tener respecto á las susceptibilidades antireligiosas de su esposo, y respecto al modo de conducirse en una situacion tan difícil y tan delicada, que es la misma en que se hallan las tres cuartas partes de las mujeres cristianas de nuestros dias. Todo esto está muy bien pensado y muy bien escrito; pero todo esto conduce á muy poco ó á nada si la mujer no está sólidamente instruida en la religion. El necio orgullo de nuestros filósofos incrédulos, encerrándose en una ciencia llamada filosófica, no puede ser neutralizado ni vencido sino por la ciencia verdadera del Cristianismo. Ellos no comprenden la virtud, y por consiguiente, no la aprecian, y áun le atribuyen las intenciones del vicio ó de las pasiones. La piedad es para ellos una supersticion, el celo por la religion es para ellos una especie de fanatismo, la abnegacion sin límites es para ellos una especie de vanidad ó de cálculo para prevenir ó vencer ciertas rivalidades; si ellos tienen algun miramiento, algun respeto ó alguna deferencia, es tan sólo por la ciencia. Por consiguiente, miéntras que los esposos escépticos y los jóvenes filósofos no vean en sus esposas y en sus madres más que espíritus débiles, como ellos las llaman, espíritus cuya instruccion religiosa no pasa del pequeño catecismo; miéntras que ellas no conozcan el Cristianismo de tal modo que puedan hacer ruborizarse á los que lo combatan en su presencia, haciéndoles conocer su grosera ignorancia y su frivolidad; miéntras que ellas no sepan, cuando llegue el caso, las razones sólidas de las creencias que profesan y de las prácticas que siguen con una escrupulosa exactitud, el espectáculo de su conducta sin tacha podrá agradar al egoismo de los hombres cuyo corazon está helado por el frio de la incredulidad, pero no los conmoverá; tendrán con ellas las consideraciones que exige la política, pero no les tendrán una verdadera estimacion; se compadecerán con desden de su ignorancia, excusarán su flaqueza, y se tendrán por dichosas cuando no se vean odiadas y despreciadas.

No sucedia esto en los primeros siglos de la Iglesia. La mujer cristiana, no sólo tenía el conocimiento histórico, el conocimiento racional, en cuanto es posible tenerlo, el conocimiento material del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristianismo, sino tambien el conocimiento de los hechos, el conocimiento de demostracion, el conocimiento científico de él; y por causa de este conocimiento de las verdades más sublimes, reducidas á la práctica por las más grandes virtudes, imponia ella á los filósofos del paganismo y al paganismo de los filósofos, los convencia y los atraia á la verdadera religion, ó los confundia y los reducia al silencio cuando no conseguia convertirlos; y por esta predicacion doméstica de la mujer cristiana, cuyas doctrinas estaban apoyadas en sólidas razones y en virtuosos ejemplos, se estableció el Cristianismo, como hemos visto (tomo I, 2.ª parte, § V), en la familia, y se propagó en la sociedad.

Por un conjunto de causas funestas y de horribles circunstancias, muchos países, otras veces tan cristianos y tan católicos, se encuentran colocados casi (el abate Chassay nos lo acaba de decir de la Francia) en las mismas condiciones en que se encontraba la Roma pagana á la aparicion del Cristianismo. La mujer cristiana se encuentra en ellos rodeada de paganos de la peor especie, de paganos racionalistas, panteistas, filósofos ó indiferentes, de paganos que nada creen. Por consiguiente, en el dia de hoy es una necesidad excepcional, que algunos tristes acontecimientos han creado, es una necesidad de los tiempos presentes, que la mujer esté perfectamente instruida en la religion, á fin de que pueda restablecerla en la familia y asegurarla en la sociedad, porque ésta es su mision. El hombre no es más que lo que la mujer hace que sea, y la mujer de nuestros dias no puede hacer al hombre cristiano, á no ser que una á la práctica exacta del Cristianismo la ciencia completa de él.

¿Qué mal habria, por ejemplo, en hacer que el latin entrase en la instruccion que se da á las jóvenes? No hablo del latin que se llama clásico, sino del latin cristiano. De este modo se las pondria en estado de leer los Evangelios, los salmos, las oraciones de la liturgia, en la lengua latina de la Iglesia, mucho más atractiva que el latin pagano por su fondo, y mucho más fácil por su forma. Si se principiase á iniciarlas en el latin desde su más tierna edad, al mismo tiempo que se las enseña á leer y á escribir la lengua del país, sería mucho mejor; esto facilitaria y abreviaria mucho su enseñanza. Pero áun cuando no se las pusiese á este estudio sino más tarde, cualquiera jóven y áun cualquiera mujer que no es una idiota y que ha aprendido la gramática de su propia lengua, en el término de diez meses (nosotros hemos hecho la experiencia) puede aprender el latin, con tal que se tenga el cuidado de ahorrarle el ingrato trabajo, completamente inútil para ella, de aprender (de otro modo que por rutina) la sintáxis latina.

De este modo se las pondria en estado de leer, en su lengua original, los escritos de los Padres de la Iglesia, de esos grandes hombres que pasaron toda su vida profundizando el Cristianismo con su entendimiento y realizándolo con sus acciones, ilustrándolo con la santidad de sus costumbres y explicándolo y defendiéndolo con el prodigio de su ciencia, con la fuerza de sus raciocinios y con el atractivo de su elocuencia. Se las pondria en estado de leer los cuatro grandes intérpretes de los Evangelios, San Jerónimo por San Mateo, el venerable Beda por San Márcos, San Ambrosio por San Lúcas, y San Agustin por San Juan, así como los importantes discursos de este último padre, *De tempore et de verbis Domini*, las cuarenta homilías de San Gregorio el Grande *in Evangelia;* los bellos sermones de San Leon, de San Pedro Crisólogo, de San Fulgencio, de San Máximo y de San Hilario de Arlés, y en fin, los escritos del último de los Padres de la Iglesia, del admirable y amable San Bernardo, cuya doctrina es tan pura, cuya ciencia sagrada es tan profunda, cuyo sentimiento es tan tierno, cuyo estilo es tan brillante y tan claro, y cuyo lenguaje es tan elegante y tan delicioso; de San Bernardo, esa sublime gloria de la Francia, el verdadero tipo del espíritu galo cristiano, y el padre y el fundador de la lengua y de la literatura francesa,

Sólo con alimentarse con estas lecturas tendria la mujer católica bastante para conocer el Cristianismo á fondo, para penetrarse de su espíritu, para enseñarlo á sus hijos y para defenderlo de los estúpidos ataques de la ignorancia orgullosa y de la temeridad insolente de los forjadores de nuevas religiones. En presencia de una mujer que conociese así al Cristianismo en sus principios, en la profundidad y en el esplendor de sus misterios y en la sublimidad de su armonía, y que lo pusiese en práctica con sus virtudes y su devocion, la incredulidad del colegio no se atreveria á manifestar su presuncion y su arrogancia. No causaria compasion, sino admiracion, una matrona cristiana de esta clase, y tendrian que rendirse á sus exhortaciones ó callar; y tanto más, cuanto que la ciencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del Cristianismo, recibida en sus fuentes, en el Evangelio y en los escritos de los Padres, haria á la mujer cristiana mucho más humilde. La ciencia mundana, la semiciencia, es la que la hace vana y frívola, y le inspira esa presuncion en sus pretendidas luces, que, siendo insufrible en el hombre, es siempre ridícula en la mujer.

Y no hablemos de las traducciones de esos libros inmortales, como suficientes para los que no saben el latin; en primer lugar, es de tal naturaleza la lengua latina de los Evangelios, de la liturgia eclesiástica y de los Padres, que es imposible traducir en ninguna otra lengua su grandeza, su sencillez, su precision, su atractivo secreto, su encanto y su gracia. En segundo lugar, el Evangelio traducido, desnudo de todo comentario de los Padres, á quienes Dios envió expresamente para interpretarlo, es una carta cerrada cuya lectura no carece de peligro. Respecto á los Santos Padres, sólo se ha traducido un pequeño número de sus obras; y por otra parte, á excepcion de la *Ciudad de Dios*, de San Agustin, y del *Apologético*, de Tertuliano, sus obras más importantes se reducen á cartas y á pequeños tratados ascéticos. Y en cuanto á las obras de estos grandes hombres, en las que han expuesto la Escritura Santa en toda su riqueza y su magnificencia, y el dogma y la moral del Cristianismo en toda su grandeza y en toda su belleza, esas obras no han sido traducidas jamas en ninguna lengua vulgar; sólo se encuentran en el latin; y por consiguiente, esas fuentes puras y abundantes de la tradicion y de la verdadera ciencia cristiana, esas minas inagotables de sublimes pensamientos y de grandes doctrinas, son fuentes selladas, *Fons signatus* (*Cant.*), inaccesibles á los que no entienden el latin.

Hasta el siglo XV, y áun hasta el siglo XVI, el conocimiento del latin (eclesiástico) era tan comun en Europa, que hasta se predicaba en latin, y todo el mundo lo entendia. No era, pues, necesario traducir en lengua vulgar la Escritura Santa, los libros de la liturgia ni las obras de los Padres, supuesto que cada cual podia leerlas, y las leia en efecto, en latin, que era la lengua de todas las personas bien educadas, y áun de las mujeres; la lengua de todo el mundo. Por otra parte, no habiéndose acabado de formar aún las lenguas vulgares, á excepcion de la lengua de Dante, no eran más que una especie de dialectos, en los que no se escribia casi nada, y

que sólo eran hablados por el *vulgo*, lo cual hizo que se les diese el nombre, que conservan, de *lenguas vulgares*. En este supuesto, no es extraño que no se pensase en traducir en dichas lenguas las obras de los Padres ni de los grandes comentadores de la Biblia.

Despues vino lo que se llamó *el renacimiento de las letras*, que no fué otra cosa en el fondo que el renacimiento del paganismo, porque las letras cristianas, lo mismo que las artes cristianas, habian nacido ya tres siglos ántes, á la sombra y bajo la proteccion de la verdadera ciencia cristiana; ellas iban creciendo, y nada hubieran perdido si se les hubiese dejado caminar por la senda de la originalidad cristiana, en vez de hacerlas retroceder y arrojar en la senda de la imitacion y del servilismo pagano. Pues bien, este pretendido *renacimiento*, esta restauracion bastarda, falsa y material, fundada sobre el principio y sobre el elemento pagano, fué funesta al principio y al elemento cristiano. Á medida que iba creciendo la manía por las producciones del genio pagano, iba disminuyéndose el gusto y el interes por las producciones del genio cristiano, acabando por desaparecer de todo punto. Se consideró el estudio de los Padres como propio y exclusivo del teólogo, en el que el simple fiel nada tenía que aprender. Se creyó que éste tendria bastante con el conocimiento del catecismo, bien superficial por cierto, y dedicándose decididamente al estudio de la mitología y de las antigüedades paganas, sin obtener muchas veces más que el último lugar, el lugar de la tolerancia, de la compasion y del menosprecio. De ahí nació esa profunda ignorancia, esa ignorancia del Cristianismo, áun entre las personas instruidas y áun entre los mismos sabios, que en la actualidad es uno de los mayores escándalos de los países cristianos, y que, más bien que las pasiones, forma los incrédulos. Las obras de los Padres fueron relegadas á las bliotecas; se las excluyó enteramente de la educacion de la juventud cristiana; se dejó su lectura á los sacerdotes, que, á su vez, comenzaron á olvidarlas tambien y á no conocerlas, y se acabó por abandonarlas á la polilla y al polvo. Habiendo caido en tal descrédito y en tal olvido esas obras inmortales, esos monumentos preciosos, esos ricos archivos del Cristianismo, áun por aquellas personas que debian estimarlas más y hacer de ellas el objeto de sus meditaciones y de sus estudios, no es extraño que no se haya pensado en traducirlas, y mucho ménos en explicarlas y ponerlas al alcance de todo el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mundo. Así se inundó la Europa de traducciones y de comentarios de los autores paganos. No hay uno siquiera de esos autores, áun los más ineptos, áun los más frívolos y los más obscenos, que no haya tenido uno ó muchos traductores. Las traducciones de Virgilio y de Horacio, en prosa y en verso, en italiano y en frances, formarian por sí solas una vasta biblioteca. Notas, explicaciones, interpretaciones, glosas, nada ha faltado en ellas. Se ha comentado hasta la última palabra, hasta la última sílaba de ellas, con la escrupulosa exactitud de los comentadores de la Biblia, y que sería ridícula, si no fuese odiosa. Y esto se ha hecho, segun se decia, por interes de la bella latinidad, que, con unos trabajos tan grandes y tan multiplicados, ni áun siquiera han tenido la suerte de conservar, porque nada es ménos conocido hoy que esa *bella latinidad*, áun cuando se haga pasar al hombre ocho años dedicado á este estudio: y entre los protectores más afectos y los panegiristas más fanáticos de la latinidad pagana, apénas se encuentra un corto número de ellos que se atreva á escribir en latin, por temor de que le apedreen. De modo que, dejando las cosas seguir su curso, *la bella latinidad* va á morir muy pronto, y no se ha de encontrar quien pueda formar en buen latin su epitafio.

Hablando San Agustin de los judíos, dijo: «Ellos temieron perder los bienes temporales, y por esto no quisieron reconocer á Jesucristo ó la vida eterna, y acabaron por perder la vida eterna y no conservaron sus bienes temporales.» Lo mismo ha sucedido á los pueblos de la Europa moderna. Engañados por unos maestros no tan malos como aturdidos, se han extasiado ante las bellezas y la elegancia de la latinidad pagana; ellos se han hecho fanáticos adoradores de ella; ellos han exigido que la juventud hiciese de ella su primer estudio, el primer alimento de su inteligencia, el primer estímulo de su corazon, y no han considerado que este estudio debia ahogar en los corazones de los jóvenes todo sentimiento piadoso, todo afecto á la verdadera devocion, todo interes y todo gusto por las cosas religiosas, para hacerse hombres del siglo presente, siendo así que el cristiano, como dice Tertuliano, es el hombre del siglo futuro. Ellos no han pensado siquiera que, por causa de este estudio, el espíritu de los jóvenes consagraria toda su estimacion, toda su admiracion y todo su entusiasmo á los hombres y á las cosas del paganismo, y por consiguiente, miraria con indiferencia

y con desprecio los hombres y las cosas del Cristianismo; ellos no han reflexionado que este estudio impediria que la religion fuese bien conocida, que echase profundas raíces en el alma, que la cautivase y la poseyese. Con la vista fija en las ventajas literarias de sus hijos, se han cuidado poco de sus ventajas religiosas; ellos han querido hacer de sus hijos grandes latinos, con peligro de hacerlos incrédulos; pues bien, por un justo castigo de Dios, los han hecho incrédulos y no han conseguido hacerlos grandes latinos; ellos han perdido el sentimiento y el gusto de la religion cristiana, y no han conservado el sentimiento y el gusto de la latinidad pagana. *¡Et sic utrumque amiserunt!* Esto es bastante para conocer la necesidad de dar á las mujeres una fe ilustrada por una instruccion sólida de la religion. Ahora dirémos algo relativo al espíritu de castidad, que debe servir de base á su abnegacion.

§ II.—La mujer católica ha sido grande, en las diferentes épocas de la Iglesia, porque ha sido casta.—Pruebas de que la mujer no es caritativa sino en cuanto que es pura.—Al perder la mujer la castidad, pierde la sensibilidad.—La mujer extraviada no ama más que á su persona, y se hace cruel con todos los demas.—Herodiades, Teodora, Antonina, Fredegonda, Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia fueron unos monstruos de crueldad, porque fueron tambien unos monstruos de libertinaje.

El lector que ha recorrido la segunda parte de esta obra ha asistido á un grande y delicioso espectáculo: al espectáculo de la abnegacion absoluta, de la adhesion sublime de la mujer católica á la verdadera religion y á la felicidad de los demas. Tambien habrá podido observar que en todas las épocas del Catolicismo las mujeres que más se señalaron por los prodigios de su abnegacion se señalaron tambien por los prodigios de su pureza. Todas las santas mártires, ántes de consagrarse á la religion de Jesucristo, hasta derramar su sangre y hasta sufrir la muerte, se habian consagrado á ella por su renuncia del matrimonio ó por la observancia de la castidad más perfecta en el matrimonio mismo. Lo mismo puede decirse de las nobles vírgenes, de las ilustres matronas, de las admirables reinas, de las santas religiosas que en las épocas siguientes se consagraron con tanta generosidad á la obra de afirmar y propagar la religion y la piedad, y de proporcionar la felicidad de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mundo. Así se inundó la Europa de traducciones y de comentarios de los autores paganos. No hay uno siquiera de esos autores, áun los más ineptos, áun los más frívolos y los más obscenos, que no haya tenido uno ó muchos traductores. Las traducciones de Virgilio y de Horacio, en prosa y en verso, en italiano y en frances, formarian por sí solas una vasta biblioteca. Notas, explicaciones, interpretaciones, glosas, nada ha faltado en ellas. Se ha comentado hasta la última palabra, hasta la última sílaba de ellas, con la escrupulosa exactitud de los comentadores de la Biblia, y que sería ridícula, si no fuese odiosa. Y esto se ha hecho, segun se decia, por interes de la bella latinidad, que, con unos trabajos tan grandes y tan multiplicados, ni áun siquiera han tenido la suerte de conservar, porque nada es ménos conocido hoy que esa *bella latinidad*, áun cuando se haga pasar al hombre ocho años dedicado á este estudio: y entre los protectores más afectos y los panegiristas más fanáticos de la latinidad pagana, apénas se encuentra un corto número de ellos que se atreva á escribir en latin, por temor de que le apedreen. De modo que, dejando las cosas seguir su curso, *la bella latinidad* va á morir muy pronto, y no se ha de encontrar quien pueda formar en buen latin su epitafio.

Hablando San Agustin de los judíos, dijo: «Ellos temieron perder los bienes temporales, y por esto no quisieron reconocer á Jesucristo ó la vida eterna, y acabaron por perder la vida eterna y no conservaron sus bienes temporales.» Lo mismo ha sucedido á los pueblos de la Europa moderna. Engañados por unos maestros no tan malos como aturdidos, se han extasiado ante las bellezas y la elegancia de la latinidad pagana; ellos se han hecho fanáticos adoradores de ella; ellos han exigido que la juventud hiciese de ella su primer estudio, el primer alimento de su inteligencia, el primer estímulo de su corazon, y no han considerado que este estudio debia ahogar en los corazones de los jóvenes todo sentimiento piadoso, todo afecto á la verdadera devocion, todo interes y todo gusto por las cosas religiosas, para hacerse hombres del siglo presente, siendo así que el cristiano, como dice Tertuliano, es el hombre del siglo futuro. Ellos no han pensado siquiera que, por causa de este estudio, el espíritu de los jóvenes consagraria toda su estimacion, toda su admiracion y todo su entusiasmo á los hombres y á las cosas del paganismo, y por consiguiente, miraria con indiferencia

y con desprecio los hombres y las cosas del Cristianismo; ellos no han reflexionado que este estudio impediria que la religion fuese bien conocida, que echase profundas raíces en el alma, que la cautivase y la poseyese. Con la vista fija en las ventajas literarias de sus hijos, se han cuidado poco de sus ventajas religiosas; ellos han querido hacer de sus hijos grandes latinos, con peligro de hacerlos incrédulos; pues bien, por un justo castigo de Dios, los han hecho incrédulos y no han conseguido hacerlos grandes latinos; ellos han perdido el sentimiento y el gusto de la religion cristiana, y no han conservado el sentimiento y el gusto de la latinidad pagana. *¡Et sic utrumque amiserunt!* Esto es bastante para conocer la necesidad de dar á las mujeres una fe ilustrada por una instruccion sólida de la religion. Ahora dirémos algo relativo al espíritu de castidad, que debe servir de base á su abnegacion.

§ II.—La mujer católica ha sido grande, en las diferentes épocas de la Iglesia, porque ha sido casta.—Pruebas de que la mujer no es caritativa sino en cuanto que es pura.—Al perder la mujer la castidad, pierde la sensibilidad.—La mujer extraviada no ama más que á su persona, y se hace cruel con todos los demas.—Herodiades, Teodora, Antonina, Fredegonda, Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia fueron unos monstruos de crueldad, porque fueron tambien unos monstruos de libertinaje.

El lector que ha recorrido la segunda parte de esta obra ha asistido á un grande y delicioso espectáculo: al espectáculo de la abnegacion absoluta, de la adhesion sublime de la mujer católica á la verdadera religion y á la felicidad de los demas. Tambien habrá podido observar que en todas las épocas del Catolicismo las mujeres que más se señalaron por los prodigios de su abnegacion se señalaron tambien por los prodigios de su pureza. Todas las santas mártires, ántes de consagrarse á la religion de Jesucristo, hasta derramar su sangre y hasta sufrir la muerte, se habian consagrado á ella por su renuncia del matrimonio ó por la observancia de la castidad más perfecta en el matrimonio mismo. Lo mismo puede decirse de las nobles vírgenes, de las ilustres matronas, de las admirables reinas, de las santas religiosas que en las épocas siguientes se consagraron con tanta generosidad á la obra de afirmar y propagar la religion y la piedad, y de proporcionar la felicidad de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los pueblos; esos serafines del amor de Dios y de los hombres, esos ángeles de caridad, fueron al mismo tiempo ángeles de pudor. La Edad Media en particular, esa edad de la consagracion de las mujeres á los progresos de la fe y á las necesidades de la humanidad, fué tambien la edad en que la profesion de la santa virginidad, áun en el matrimonio mismo, fué más comun y más popular. En efecto, la mujer es tanto más afectuosa y más tierna, cuanto es más pura, y la abnegacion sólo germina y crece en su corazon á la sombra del lirio de la virginidad. ¿Hay en el mundo una cosa más admirable ni más incomprensible que la abnegacion, por ejemplo, de las *hermanas de caridad*, en el cuidado que ellas tienen y en la asistencia que consagran á los enfermos y á los niños de los pobres, con una constancia que nada fatiga, que nada cansa, que nada acobarda, con un olvido perfecto de sí mismas, que no desmienten jamas ni áun en presencia de la muerte? ¡Ah! El amor mismo de la madre, el más fuerte, el más enérgico, el más vehemente, el más intrépido de todos los amores, segun la Naturaleza, se oscurece en presencia del amor de estas madres improvisadas por la gracia y por la caridad. Porque, en fin, si la madre se ofrece áun á la misma muerte por sus hijos, estos hijos son los frutos de sus entrañas, son una porcion de sí misma, son en cierto modo ella misma, que se reproduce y vive con una nueva vida en sus hijos; miéntras que estas heroínas de la caridad se ofrecen por unos seres que les son tan extraños por los vínculos de la sangre y de la naturaleza, como por los de la nacionalidad y áun de la religion, y cuyas enfermedades ó cuyas desgracias son los únicos títulos que los recomiendan á su sensibilidad. Pero este misterio deja de serlo cuando se tiene presente que estas admirables criaturas son unas vírgenes consagradas por una obligacion terrible á la profesion de la pureza más severa del cuerpo, lo mismo que del espíritu y del corazon; que éstos son unos espejos sin mancha: *Speculum sine macula, soror mea* (*Cant.*); que absorben en toda su plenitud los rayos del sol del amor de Dios, y los reflejan en un inmenso amor á la humanidad. Se puede hacer de una mujer casada una mujer caritativa, pero jamas se hará de ella una hermana de caridad. La perfeccion, lo sublime de la caridad sólo puede nacer en un corazon en que se halle la perfeccion y lo sublime de la pureza. Desde que una Vírgen dió al mundo al Redentor de los hombres, sólo pertenece á la mujer

pura, á la mujer vírgen, dispensar á los hombres los tesoros de la caridad de Dios.

Si quereis convenceros más y más de que la sensibilidad del corazon, la ternura, el amor y la caridad se hallan en la mujer en razon directa de su pureza, estudiadla en el seno de la familia, y veréis que la esposa más amante de su marido es la que le es más fiel, que la madre más amante de sus hijos es la que es más casta; que la hermana que ama á sus hermanos con un amor sin límites, y que la tia que ama á sus sobrinos más que si fuesen sus hijos, es la que ha renunciado al matrimonio para vivir en la santa virginidad. Estas vírgenes de la familia son las que tienen para con la familia una sensibilidad exquisita, y se imponen las mayores privaciones para hacer su felicidad. Pero desde el momento en que la mujer comienza á relajarse y pierde la severidad de sus costumbres, las mismas manchas que alteran su pureza adormecen su sensibilidad y acaban por extinguirla. Cosa extraña, pero cierta: al dejar su corazon de ser puro, deja de amar; áun la madre misma está sujeta á esta ley. El amor materno, ese amor que es á prueba de todo, que lo vence todo, que resiste á todo, que triunfa de todo, áun de la muerte misma; ese mismo amor se debilita y se extingue del todo en la madre que lleva su corazon fuera del matrimonio. La madre infiel á su marido acaba por no amar á sus propios hijos, que son una duplicacion de su propio sér. La prueba de esto es la facilidad con que se olvida de su educacion, malgasta su patrimonio y se olvida totalmente de su porvenir y de su felicidad. Y dichosos hijos, si esta madre extraviada no los aborrece como una pesada carga, cuando ántes formaban sus delicias, y no los sacrifica al deseo de verse libre y al furor de su pasion. Los estadistas de los crímenes afirman que el infanticidio no es otra cosa que un horrible pensamiento que la impureza hace nacer en el corazon de la mujer, y la obra de sus manos, más bien que el pensamiento y la obra del padre.

Y no hablemos de los arrebatos violentos que algunas veces se ven fuera del matrimonio y á despecho del matrimonio; esos arrebatos de una pasion ciega, á los que se ha prostituido el nombre sagrado del amor, todo son ménos amor. El amor verdadero no es otra cosa que el gozo que siente el alma en la felicidad de otros: *Gaudium ob felicitatem alterius.* El corazon sale en cierto modo de sí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo para espaciarse sobre los demas, y hace de la felicidad de otros su propia felicidad; y de aquí nace la abnegacion, que es una consecuencia necesaria y una prueba de él. Mas en el corazon de una mujer que ama á alguna persona, fuera de las leyes del pudor, nada hay semejante á esto. Semejante mujer, léjos de sacrificarlo todo á la felicidad de aquel á quien llama su amigo, lo impele por el contrario hácia todo lo que puede causar su desgracia en este mundo y en el otro; porque, en efecto, por serle agradable, por satisfacer sus caprichos y sus locuras, se arruina el jóven y compromete todo su porvenir, y el hombre casado aborrece á su mujer, despoja á sus hijos, olvida sus deberes, descuida sus negocios, mancha su reputacion, deteriora su salud y arriesga su vida. Pues bien, amar á un hombre de este modo, arrebatándole, con la paz del alma, toda la felicidad doméstica, degradándole y perdiéndole ante Dios y ante los hombres, es detestarle. El ódio más furioso no podria serle más funesto que semejante amor. Esto consiste en que semejante mujer sólo ama en este hombre el medio de contentarse á sí misma, sólo se ama á sí misma, y todo lo que aparenta hacer por interes de su pretendido amigo, lo hace únicamente por su propio interes. Este amigo no es un objeto á que ella se consagra, sino una víctima que ella sacrifica á su sensualismo, á su avaricia ó á su vanidad, pero que de ninguna manera ama. Es necesario, pues, colocar á semejante mujer entre esos seres humanos sobre los que San Pablo derramaba lágrimas de dolor, porque eran gentes extrañas á toda afeccion: *Gentes sine affectione.*

La mujer es un sér muy singular: ella es poderosa y débil, sublime y baja, apasionada y feroz, compasiva y cruel: ella es capaz de sufrirlo todo y de emprenderlo todo. Ella es, como dijimos al principio, lo mejor y al mismo tiempo lo peor, lo más horrible y lo más funesto que hay en la humanidad; ella es un ángel ó un demonio, es una criatura admirable ó un monstruo. Pero, sépase bien, y sépalo, sobre todo, la mujer misma: ella es una ú otra de estas dos cosas, opuesta ó contradictoria, segun que es casta ó libertina. Cuando permenece fiel á la castidad, tiene una dignidad y una grandeza que pertenece exclusivamente á ella. Esta sola virtud le da un nuevo sér, la reviste de un carácter augusto y casi divino, que le atrae los homenajes de todos, y le concilia una estimacion mezclada de respeto. Cuando ella es pura, su corazon se

eleva, se ennoblece, se abre á todas las emociones de la ternura, á todos los movimientos de la compasion y abraza todos los intereses de la caridad. Mas desde el momento en que se separa de la pureza, todo se altera en ella, todo en ella se deteriora y toma una direccion contraria. El sér más amable de la Naturaleza se hace feroz; su corazon se cierra á todos los sentimientos tiernos y á todas las emociones delicadas, para abrirse y entregarse á todos los arrebates del ódio, á todos los impulsos de la venganza y á todo el furor de los celos. Nada es ya respetable, nada es ya sagrado para ella; ella no retrocede ante ningun exceso, y si para satisfacer su pasion necesita sacrificar á su marido y á sus hijos, á sus parientes y á su familia, su ventura y su conciencia, su Dios, su alma y su eternidad, ella no vacila, ella pasa por encima de todo, nada le intimida, nada le detiene. De modo que puede decirse que para la mujer no hay más que un solo vicio y una sola virtud; porque cuando ella es casta, posee todas las virtudes, y cuando es impura, es el conjunto de todos los vicios. La castidad es para ella esa verdadera y única sabiduría que, segun los libros santos, le lleva todos los bienes y la eleva á todas las grandezas: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (*Sap.*); miéntras que la impureza es para ella ese enemigo despiadado que, segun los mismos sagrados libros, le quita cuanto hay en ella de más amable y de más precioso, y no le deja más que el crímen, la degradacion y la infamia: *Manum suam misit hostis ad omnia desiderabilia ejus.* (*Thren.*)

El mismo vicio produce en los dos sexos efectos diferentes. El hombre que se entrega á los excesos se hace cobarde, estúpido é insensible; mas la mujer que sigue el mismo camino, se hace, por el contrario, astuta, emprendedora y feroz; y lo que hace del hombre un jumento estúpido: *Comparatus est jumentis insipientibus* (*Psal.*), convierte á la mujer en un tigre cruel, en una serpiente: *Commorari placuit cum dracone quam cum muliere nequam.* (*Ecc.*, 25.)

Acordémonos de Heriodades y de Heródes: con el corazon inflamado por una llama incestuosa, y no respirando más que voluptuosidad, eran los dos unos monstruos de libertinaje; mas con respecto á San Juan Bautista, el hombre, Heródes, sólo fué un monstruo de debilidad; miéntras que la mujer, Heriodades, fué un monstruo de crueldad. Heródes, á pesar de sus vicios, consideraba y estimaba á San Juan, y áun le tenía un respeto reverencial, por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su justicia y su santidad: *Metuebat Joannem sciens eum justum et sanctum* (Marc.); y le escuchaba con gusto, áun en los casos que el Profeta le echaba en cara el escándalo de su conducta y los abusos de su gobierno: *Libenter eum audiebat* (Ibid.); recibia con humildad sus exhortaciones y procuraba casi siempre ponerlas en ejecucion: *Eo audito, multa faciebat.* (Ibid.) Si le hizo primero aprisionar, fué á su pesar, con mucho disgusto suyo, y cediendo á los importunos ruegos de la feroz Herodiades, que temia que, permaneciendo San Juan libre para frecuentar el palacio, acabase por arrancar de sus garras el corazon del Rey, que ella tiranizaba: *Misit eum in carcerem propter Herodiadem.* (Ibid.) Pero la prision del justo no le satisfizo completamente. San Juan Bautista vivo era siempre un motivo de alarma para sus culpables amores. Ella le sentenció, por consiguiente, á muerte: ella le ponia asechanzas, que Heródes, por un resto de pudor religioso, conseguia siempre deshacer: *Insidiabatur illi et volebat occidere eum, nec poterat; Herodes enim metuebat Joannem.* (Ibid.) Así, pues, Heródes y Herodiades estaban sumergidos en los mismos desórdenes, eran culpables del mismo crímen, oian las mismas reconvenciones, y sin embargo, Heródes se humillaba y áun humedecia con algunas lágrimas las cadenas de sus malas hábitos, miéntras que Herodiades se hacía más perversa, y sólo ansiaba la muerte del santo precursor del Mesías. Un dia que en las orgías á que se entregan en los santuarios de la monarquía cuando éstos se convierten en asilo del libertinaje, celebraba Heródes la fiesta de sus cumpleaños, la hija de Herodiades consigue agradarle por las gracias de su voluptuoso baile que ella habia aprendido en la escuela de su madre. El Rey ofrece darle todo cuanto le pida en recompensa de haberle complacido tanto, *Pete et dabo*, áun cuando fuese la mitad de su reino, obligando á ello su palabra real por medio de un juramento. Salomé, que éste era el nombre de la jóven, consulta á su madre (*Quid petam*) sobre el modo de aprovecharse de la estúpida generosidad del príncipe. «Tú pedirás, dijo Herodiades á su hija, una sola cosa, y es que te traigan la cabeza de Juan Bautista.» Mas ¿cómo se atreverá Salomé á pedir un precio tan horrible por sus gracias seductoras? ¿Es propio de la belleza y de la gracia pedir la muerte de la inocencia? Mas una jóven educada por una madre libertina es un instrumento muy propio de ódio, de venganza y de crueldad. Admirado Heródes al ver salir una sentencia de muerte de la boca de una jóven llena de todas las gracias de la vida, retrocede, la tristeza le asalta y los remordimientos le acometen. Él quisiera retractarse de su juramento, pero no se atreve; el respeto humano le subyuga, y el temor de desagradar á Herodiades le arrastra. La voluptuosidad hace cometer crímenes que causan horror. Heródes cede, Herodiades triunfa.

¡Oh hija de una madre bárbara, más bárbara aún que la misma madre! ¡Entónces se vió por primera vez á las gracias llevando en sus manos una cabeza cortada y vertiendo sangre, sin apartar la vista de este espectáculo, capaz de helar de espanto á un salvaje! Herodiades toma en sus manos impuras la cabeza venerable y sagrada del ángel del pudor, con los ojos cerrados por horror de su lujuria, y con la boca abierta, reprendiéndole aún con su elocuente silencio su criminal incesto; y, como afirma San Jerónimo, sacó de ella la lengua profética, y la atravesó con un gozo feroz, para castigarla por el celo con que aquella lengua le habia predicado la verdad. ¡Cuántos crímenes en un solo crímen! ¿De dónde salió aquel monstruo de mujer? De las cavernas de la voluptuosidad.

Esta historia evangélica es tambien una figura que todos los dias se realiza, y una profecía que diariamente se cumple. La mujer voluptuosa es feroz hasta la brutalidad. Ya hemos visto que, siendo madre, acaba por aborrecer á sus propios hijos y por cometer con una sangre fria el infanticidio, y en este supuesto, no es extraño que, siendo esposa, acabe tambien por odiar y por asesinar al hombre á quien ha hecho traicion. Todas las estadísticas de los crímenes afirman que el número de las mujeres que asesinan á sus maridos es mayor que el de los hombres que asesinan á sus mujeres. La mujer libertina, dispuesta siempre á lavar sus manos en la sangre de lo que más ama una mujer en el mundo, lleva todavía más léjos su ódio y su crueldad para con su inocente rival, y despues de haberle arrebatado el corazon de su esposo, no sosiega ni descansa hasta que consigue quitarle la vida. Así es que, sólo por agradarla y satisfacer sus brutales exigencias, es por lo que el marido infiel sujeta á servicios de toda especie á su inocente compañera, atormenta, llena de injurias y colma de amargura y de dolor á la madre legítima de sus hijos, y muchas veces acaba por sacrificarla al objeto innoble de su pasion. Habiendo sucedido uno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los espantosos crímenes de este género, que hizo temblar de indignacion y de horror á toda una grande ciudad, nadie podia explicar cómo el marido, hombre bien educado, de un carácter pacífico y de un corazon caritativo, habia podido asesinar á puñalas á su inocente esposa, que le adoraba. Pero se nos aseguró que la prostituta á quien aquel desventurado marido se habia entregado no cesaba de excitarle con las proposiciones más horribles contra la legítima compañera de su vida. En las cartas que ella le dirigia sólo llamaba á su rival el *infierno*. «¿Qué hace el infierno? le decia. ¿Vive todavía el infierno? ¿Permanecerémos siempre en el infierno?.....» Y por este mismo estilo la llenaba de injurias y de ultrajes. Pues bien; no es extraño que bajo el imperio de semejantes inspiraciones de todos los instantes, el hombre jumento flaquease y la mujer tigre triunfase.

La Historia está de acuerdo con decir que la mujer sin pudor, no sólo es incapaz de amor, sino que no conserva el más mínimo sentimiento de humanidad, y que es feroz en la misma proporcion que es desarreglada. Las mujeres más crueles del Imperio de Oriente fueron Teodora, esposa de Justiniano I, y Antonina, su dama de honor, esposa de Belisario. Estas horribles mujeres se entendian muy bien entre sí, y se prestaban un auxilio mutuo de astucia y de poder para hacer asesinar á ciudadanos nobles y áun al mismo papa San Silverio. Pero estos monstruos de crueldad eran tambien monstruos de lujuria. Teodora habia sido cómica y prostituta todo el tiempo de su juventud. Ella se habia presentado algunas veces en el teatro de Constantinopla en un estado de desnudez casi completo, entregándose á todos los que pasaban; de modo que las personas honestas evitaban su encuentro en las calles. Y cuando, prendado Justiniano de su belleza, quiso hacerla su esposa, con gran escándalo de todo el Imperio, reunió ella en torno suyo muchas de sus antiguas compañeras de desórdenes, y convirtió el palacio Real en un lugar de prostitucion. Antonina, hija de un cochero y de una prostituta de teatro, habia tenido la misma habilidad que su madre; hecha esposa de Belisario, le deshonró con sus adulterios. Belisario la cogió un dia *infraganti;* sus domésticos, que le dieron otras pruebas, fueron entregados por su cobarde señor á la venganza de su mujer, que, despues de haberles hecho cortar la lengua, los hizo arrojar al mar.

Un historiador de Francia (Daniel) nos presenta á la célebre Fredegonda como la princesa más ambiciosa, más vengativa, más cruel y más digna del ódio de todo el género humano, porque ella hizo asesinar á un rey, á dos reinas, á dos hijos de reyes, y al santo obispo Pretestato, é hizo perecer á una infinidad de señores y de jóvenes de distincion por medio del fuego ó del veneno. Mas este tigre, que tanto se complacia en la sangre, era tambien una mujer desenvuelta, que se entregaba á todo el mundo, al mismo tiempo que á Chilperico, á quien al fin hizo degollar, despues de haberle arrebatado á su legítima esposa por una intriga sacrílega.

En estos últimos tiempos las mujeres más tristemente célebres por su ferocidad y por su sed de sangre humana han sido Isabel de Inglaterra y Catalina II de Rusia. Isabel no se contentó con sacricar por millones los católicos de Irlanda á su rabia contra el Catolicismo, sino que, como verdadera hija de Enrique VIII, que habia hecho cortar la cabeza á sus concubinas, ella tambien hizo cortar la cabeza á todos sus amantes. Pues bien, esta hiena se burlaba de la castidad tanto como de la vida de los hombres. Ella exigió que se grabase sobre su tumba el título de *Reina vírgen;* pero si no tuvo ningun marido en público, tuvo, segun Lingar, hasta ocho en secreto. El protestante Gobbe nos refiere un hecho más extraordinario todavía y más escandoloso; ved aquí sus palabras: «En el año décimosexto de su reinado publicó Isabel una ley que aseguraba la corona á sus hijos naturales, cualquiera que fuera su padre. Un artículo de esta extraña ley declaraba reo de alta traicion á todo el que osase poner en duda que los bastardos podian heredar legítimamente la corona. Esta acta, que existe todavía en los libros de los Estatutos, es un monumento que atestigua hasta qué punto puede llevar el cinismo una mujer perdida y desarreglada; y yo me admiro de que una acta legislativa tan infame y tan vergonzosa para una nacion se encuentre todavía confundida con las diversas leyes que componen el cuerpo de nuestro derecho civil y político.» (Lett. 9.)

Catalina II habia sucedido á otra Isabel en el trono de Rusia, en el que, con muy raras excepciones, las mujeres no han sido célebres más que por sus desórdenes, y en el que los hombres han heredado generalmente la corona por el derecho del envenenamiento ó del asesinato. Esta Isabel habia principiado su reinado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poniendo en prision al jóven príncipe reinante Ivan VI, con su madre, por rehusar todo marido oficial, para casarse secretamente con un granadero de la Guardia, y por tomar al mismo tiempo otros maridos suplementarios, sin perjuicio de otras personas á quienes se entregaba diariamente, despues de haber bebido con tanto exceso, que sus doncellas se veian obligadas á llevarla á la cama absolutamente ebria. Parece que no se podia ir más léjos en punto á libertinaje. Sin embargo, Catalina II, á quien Voltaire llamaba *su Santa Catalina y su diosa*, encontró el medio de señalarse áun todavía más en cuanto al cinismo de sus costumbres, y por añadidura se complacia en regar sus desórdenes con la sangre de todos los que no aprobaban su vida desarreglada y hacian sombra á su ambicion. Habiéndose casado con Pedro III, tuvo de él á Pablo, que fué despues Emperador; éste es el padre de Alejandro, de Constantino y de Nicolas, el Czar actual de la Rusia. Él fué extrangulado en 1801, sin que se supiese quién habia sido el autor de su muerte.

No pudiendo Pedro III sufrir las infidelidades de Catalina, quiso repudiarla y reconocer por su heredero al príncipe Ivan, destronado por Isabel y encerrado en un calabozo. Habiendo penetrado Catalina los designios de su esposo, puso en campaña los cortesanos á quienes ella se prostituia; una conspiracion estalló, que obligó á Pedro III á renunciar la corona, y proclamó á Catalina sola Emperatriz. Pocos dias despues Pedro III fué extrangulado por órden de su esposa, y más tarde tambien Ivan VI tuvo la misma suerte, y Catalina pudo continuar sin oposicion y sin temor sus desórdenes y sus asesinatos hasta su muerte. Tales han sido las mujeres, soberanos pontífices de la Rusia. En efecto, la mujer deshonesta ha sido y será siempre feroz; ella no comprenderá jamas el verdadero amor ni la verdadera abnegacion, á no ser el amor idólatra de sí misma y la abnegacion egoista para consigo misma. Así, pues, no hay abnegacion, no hay amor en la mujer en quien no habita la castidad.

§ III.—La castidad es tambien para la mujer la condicion *sine qua non* de su amor y de su celo por la verdadera religion.—La mujer irlandesa.—La virginidad de la fe depende de la virginidad del corazon.—La mujer pura es la guarda fiel de la Iglesia, y cómo debe ella consagrarse á la Iglesia.—Conclusion.

Añadamos tambien que la mujer que no se respeta lo bastante en cuanto á las costumbres, acaba por perder tambien la fe, y que su cinismo en materia de religion sigue muy de cerca á su cinismo en materia de conducta. Ya hemos visto en el discurso de esta obra que todas las herejías y todos los errores se han establecido en el mundo con la ayuda de la corrupcion de las mujeres. Diariamente estamos viendo que las mujeres incrédulas, las mujeres filósofas, son todas mujeres sin costumbres, que no se mofan de las creencias y de las prácticas religiosas sino despues de haberse burlado de todas las leyes de la honestidad, y que no renuncian de todo punto á la fe sino despues de haber renunciado de todo punto al pudor.

Hemos visto tambien que, así como la mujer corrompida es la que ha hecho siempre y en todas partes la guerra á las doctrinas católicas, por el contrario, la mujer vírgen es la que las ha salvado y defendido siempre y en todas partes. Hemos admirado en particular la constancia del celo de la mujer irlandesa para la defensa de la fe católica, áun en nuestros mismos dias. Pero esto consiste en que la mujer irlandesa del siglo XIX ha conservado siempre la misma pureza y la misma severidad de costumbres de la mujer irlandesa del siglo XVI. Una señora de ese heroico país, atribuyendo á una causa natural lo que sólo es efecto de las costumbres católicas, profundamente arraigadas en ese pueblo, nos decia últimamente: «La castidad nos es tan natural, que no tenemos mérito alguno en ser castas. Por otra parte, nosotras no tenemos tentaciones: los hombres nos respetan y no tratan de seducirnos.» Esto es muy natural, supuesto que su extremada reserva no deja ninguna esperanza á la seduccion, porque la mujer no es seducida sino cuando ella quiere serlo. Su ligereza es quien anima al libertinaje y le pone asechanzas. En la guerra sólo se ataca á las plazas que tienen un punto débil, y del que se cree poderse apoderar.

En Irlanda casi no hay mujeres públicas, y áun las pocas que hay son casi todas extranjeras ó protestantes. Y sin embargo, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poniendo en prision al jóven príncipe reinante Ivan VI, con su madre, por rehusar todo marido oficial, para casarse secretamente con un granadero de la Guardia, y por tomar al mismo tiempo otros maridos suplementarios, sin perjuicio de otras personas á quienes se entregaba diariamente, despues de haber bebido con tanto exceso, que sus doncellas se veian obligadas á llevarla á la cama absolutamente ebria. Parece que no se podia ir más léjos en punto á libertinaje. Sin embargo, Catalina II, á quien Voltaire llamaba *su Santa Catalina y su diosa*, encontró el medio de señalarse áun todavía más en cuanto al cinismo de sus costumbres, y por añadidura se complacia en regar sus desórdenes con la sangre de todos los que no aprobaban su vida desarreglada y hacian sombra á su ambicion. Habiéndose casado con Pedro III, tuvo de él á Pablo, que fué despues Emperador; éste es el padre de Alejandro, de Constantino y de Nicolas, el Czar actual de la Rusia. Él fué extrangulado en 1801, sin que se supiese quién habia sido el autor de su muerte.

No pudiendo Pedro III sufrir las infidelidades de Catalina, quiso repudiarla y reconocer por su heredero al príncipe Ivan, destronado por Isabel y encerrado en un calabozo. Habiendo penetrado Catalina los designios de su esposo, puso en campaña los cortesanos á quienes ella se prostituia; una conspiracion estalló, que obligó á Pedro III á renunciar la corona, y proclamó á Catalina sola Emperatriz. Pocos dias despues Pedro III fué extrangulado por órden de su esposa, y más tarde tambien Ivan VI tuvo la misma suerte, y Catalina pudo continuar sin oposicion y sin temor sus desórdenes y sus asesinatos hasta su muerte. Tales han sido las mujeres, soberanos pontífices de la Rusia. En efecto, la mujer deshonesta ha sido y será siempre feroz; ella no comprenderá jamas el verdadero amor ni la verdadera abnegacion, á no ser el amor idólatra de sí misma y la abnegacion egoista para consigo misma. Así, pues, no hay abnegacion, no hay amor en la mujer en quien no habita la castidad.

§ III.—La castidad es tambien para la mujer la condicion *sine qua non* de su amor y de su celo por la verdadera religion.—La mujer irlandesa.—La virginidad de la fe depende de la virginidad del corazon.—La mujer pura es la guarda fiel de la Iglesia, y cómo debe ella consagrarse á la Iglesia.—Conclusion.

Añadamos tambien que la mujer que no se respeta lo bastante en cuanto á las costumbres, acaba por perder tambien la fe, y que su cinismo en materia de religion sigue muy de cerca á su cinismo en materia de conducta. Ya hemos visto en el discurso de esta obra que todas las herejías y todos los errores se han establecido en el mundo con la ayuda de la corrupcion de las mujeres. Diariamente estamos viendo que las mujeres incrédulas, las mujeres filósofas, son todas mujeres sin costumbres, que no se mofan de las creencias y de las prácticas religiosas sino despues de haberse burlado de todas las leyes de la honestidad, y que no renuncian de todo punto á la fe sino despues de haber renunciado de todo punto al pudor.

Hemos visto tambien que, así como la mujer corrompida es la que ha hecho siempre y en todas partes la guerra á las doctrinas católicas, por el contrario, la mujer vírgen es la que las ha salvado y defendido siempre y en todas partes. Hemos admirado en particular la constancia del celo de la mujer irlandesa para la defensa de la fe católica, áun en nuestros mismos dias. Pero esto consiste en que la mujer irlandesa del siglo XIX ha conservado siempre la misma pureza y la misma severidad de costumbres de la mujer irlandesa del siglo XVI. Una señora de ese heroico país, atribuyendo á una causa natural lo que sólo es efecto de las costumbres católicas, profundamente arraigadas en ese pueblo, nos decia últimamente: «La castidad nos es tan natural, que no tenemos mérito alguno en ser castas. Por otra parte, nosotras no tenemos tentaciones: los hombres nos respetan y no tratan de seducirnos.» Esto es muy natural, supuesto que su extremada reserva no deja ninguna esperanza á la seduccion, porque la mujer no es seducida sino cuando ella quiere serlo. Su ligereza es quien anima al libertinaje y le pone asechanzas. En la guerra sólo se ataca á las plazas que tienen un punto débil, y del que se cree poderse apoderar.

En Irlanda casi no hay mujeres públicas, y áun las pocas que hay son casi todas extranjeras ó protestantes. Y sin embargo, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

anglicanismo ha hecho á la Irlanda tan pobre; sin embargo, al hombre del pueblo le cuesta tanto trabajo alimentar sólo con patatas á sus pobres hijos. Pues bien, tanta castidad en medio de tanta miseria y de tanta abnegacion, ¿no es un prodigio? Sí; la economía política y la legislacion criminal no tienen parte alguna en él; este prodigio es obra exclusiva del Catolicismo, que inspira la castidad, así como la castidad hace amar al Catolicismo, le da la mano y le sostiene. Esto es muy natural. Segun un bello pensamiento de Orígenes, la verdadera fe es la virginidad del espíritu; esta virginidad del espíritu tiene una relacion íntima y oculta, pero real, con la virginidad del corazon y la pureza del cuerpo, y estas dos virginidades se sostienen mutuamente. Así, pues, la mujer llena de fe, la mujer de una fe sólida, de una fe viva, es la mujer honesta, es la mujer celosa de su virginidad; y la mujer honesta, la mujer celosa de su virginidad, es la mujer llena de fe, es la mujer de una fe sólida, de una fe viva, es la mujer consagrada á la verdadera fe é inflamada por el celo de sostenerla. Es más aún: la mujer de corazon puro tiene el olfato muy fino en materia de religion; ella no tiene necesidad de largos discursos ni de observaciones reiteradas para conocer las doctrinas erróneas y los apóstoles del error. Ella no necesita más que olfatear, y por un instinto del corazon, más bien que por una operacion del entendimiento, conoce cualquier error más fácilmente que el hombre; este instinto tiene algo de un juicio infalible. Yo no sé si ha sucedido jamas que la mujer verdaderamente cristiana, al denunciar á la Iglesia una doctrina ó una persona como sospechosa en materia de fe, se haya equivocado jamas. Así, pues, la Iglesia es el pastor que hiere y mata al lobo de la herejía, y la mujer cristiana es su compañera vigilante, que lo siente venir desde léjos, que con sus reclamaciones lo señala á la Iglesia y le hace seguir sus pisadas, á fin de que pueda alcanzarlo; la mujer cristiana es la guarda fiel de la Iglesia.

Mujeres cristianas, mujeres católicas, verdaderas hijas de la Iglesia, oid esto: la Iglesia, en un tiempo no muy lejano, podrá tener una necesidad especial de vosotras. Vosotras podréis ser llamadas en auxilio del Cristianismo, expuesto á terribles pruebas, para salvarle y salvar á la Europa. Pero estad persuadidas de que no podréis cumplir esta mision, la más grande, la más honrosa y la más fructífera, despues de la que fué confiada á los primeros

apóstoles, á ménos que no seais puras. Sólo por manos puras podrá ser sostenido el edificio de la verdadera fe. Ya habeis visto que todas las grandes mujeres del Catolicismo que han admirado y regenerado al mundo, bajo el punto de vista religioso y político, por su fe y por su celo, han sido ante todo unos prodigios de pureza. Esto consiste en que la mujer no es grande, no es sublime, no es capaz de grandes cosas, sino con esta condicion. Por consiguiente, al mismo tiempo que se os instruya en la religion de una manera sólida, á fin de que vuestra fe sea ilustrada, procurad alejar de vosotras todo cuanto pueda manchar vuestro espíritu y corromper vuestro corazon. No os entregueis al mundo si quereis dominar y mejorar al mundo, y consagraos á la santa castidad, á fin de que vuestro corazon se abra al amor del bien y á la abnegacion. Vosotras debeis este sacrificio á la Iglesia; porque ya habeis visto que en el mundo antiguo la mujer fué sujeta á unas obligaciones superiores á su flaqueza, ó completamente despreciada; que toda su historia, por espacio de tres mil años, se resume en estas dos palabras: *degradacion* y *opresion*, y que sólo el Cristianismo, por sus doctrinas, por el dogma de la Encarnacion y de la maternidad divina de María, por el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia, por el sacramento del matrimonio, y en fin, por el espíritu del Evangelio, os ha restablecido en vuestra primera condicion de compañeras y ayudas del hombre, y os ha regenerado. (Primera parte.) Habeis visto tambien que, degradadas entre los herejes de todas las sectas y entre los cismáticos de todos los matices, sólo en el seno del Catolicismo es donde, siendo vírgenes, sois miradas como criaturas celestiales; siendo viudas, sois objeto de la proteccion y de las consideraciones de todos; siendo casadas, sois esposas, madres y señoras de la casa; que sólo en el Catolicismo es donde se interesan por vuestra instruccion y por vuestra felicidad, donde os respetan y donde conservais toda vuestra grandeza y toda vuestra dignidad. (Ibid.) Pero es evidente que los grandes medios con que el verdadero Cristianismo, el Cristianismo católico, os ha regenerado, han sido conservados, han obrado sobre vosotras y os han sido aplicados sólo por el celo, la vigilancia y la firmeza de la Iglesia, por el ministerio de la Iglesia, por el interes especial con que os mira la Iglesia. Ved, por consiguiente, lo que debeis á la Iglesia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La incredulidad moderna ha dicho muchas veces con un aire de desprecio: «El Catolicismo es la religion de las mujeres»; pero, en cierto sentido, este sarcasmo de mal gusto, ó más bien esta estúpida blasfemia, contiene una grande verdad: porque el Catolicismo es, en efecto, la única religion amiga y protectora de la mujer; la única religion que ha vengado, rehabilitado, emancipado y ennoblecido á la mujer; la única religion que ha aprovechado de una manera especial á las mujeres. El Catolicismo rescató al hombre de una sola especie de esclavitud, de la *esclavitud del pecado;* mas en cuanto á vosotras, mujeres, os rescató de dos especies de esclavitudes: de la *esclavitud del pecado* y de la *esclavitud no ménos horrible del hombre,* colocándoos bajo la proteccion inmediata de Dios. Al Catolicismo, pues, debeis el lugar que ocupais en la sociedad moderna. Él convirtió al hombre, otras veces vuestro señor y vuestro tirano, en vuestro protector, vuestro apoyo, vuestro compañero y vuestro hermano; él puso un cetro en vuestras manos, marchitas por las cadenas de una larga esclavitud; él hizo de vosotras un sér sagrado, que todos se complacen en venerar, en honrar, en amar y en prodigar las más afectuosas y delicadas atenciones; él hizo, en fin, de la mujer la mediadora de la paz, la fuente de la felicidad en la familia, el eje de la civilizacion de la sociedad y la admiracion del mundo. Pero el Catolicismo hizo todo esto por la accion de la Iglesia. La Iglesia, centincla vigilante, guarda incorruptible de todas las verdades reveladas que Dios ha confiado á su fidelidad, defendiendo la sociedad doméstica, que ella fundó dieciocho siglos há, conservó vuestros derechos y vuestra dignidad durante el largo período de los siglos. La Iglesia, cuantas veces se ha tocado á la gloria de la virginidad, á la unidad, á la indisolubilidad ó á la santidad del matrimonio, sobre las que reposa vuestra independencia y vuestra libertad, ha dado grandes gritos, se ha levantado con la valerosa intrepidez, con la resolucion y el arrojo de una leona cuyos hijos quieren maltratar. La Iglesia ha desafiado á todas las potestades, ha comprometido todos sus intereses y se ha expuesto á todas las persecuciones por poneros al abrigo de la brutalidad del hombre. La Iglesia, en fin, os ha presentado al mundo como sus hijas muy amadas, á las que no pueden tocar sin tocar á la Iglesia misma en las niñas de sus ojos.

¿Qué seriais vosotras sin la Iglesia? ¡Ah! Si no fuera por la Iglesia, hay ya mucho tiempo que la herejía, volviendo á sumergir la familia en la abyeccion del sensualismo pagano, hubiera trastornado todas las leyes protectoras de la mujer; y todas vosotras, envilecidas, degradadas, desventuradas, estarias reducidas á la triste condicion en que gemia la mujer bajo el paganismo antiguo, y en que la tiene todavía la idolatría de tantos pueblos modernos. Y no son los filósofos, los publicistas, los jurisconsultos ni los soberanos temporales los que os hubieran sacado de ese abismo. Si estos personajes se han declarado algunas veces en vuestro favor, esto se ha sucedido cuando han escuchado á la Iglesia y se han inspirado de los sentimientos de la Iglesia para con vosotras. Pero desde el momento en que no han escuchado más que á sí mismos ni se han inspirado más que de sí mismos, han estado siempre y en todas partes contra vosotras; han conspirado con un acuerdo infernal para hacer vuestra degradacion y vuestra desgracia; se han prestado mutuamente su auxilio y su fuerza para rebajaros, para esclavizaros y para remachar vuestras cadenas. De modo que debajo del cielo, mujeres, no os olvideis nunca de esto, no teneis más que la Iglesia que se interese por vosotras, que tenga cuidado de vosotras, que os defienda, que os cubra con su proteccion y os haga felices con su amor.

Cuán monstruosa seria, por consiguiente, vuestra ingratitud en no consagraros con alma y cuerpo al servicio y á la propagacion de la Iglesia; en volver la espalda á la Iglesia; en hacer causa comun con los herejes, con los filósofos y los incrédulos, enemigos de la Iglesia. Vosotras seriais unas hijas desnaturalizadas, que desprecian y hacen traicion á su buena y tierna madre, que las ha exaltado y enriquecido con todos los bienes. Vosotras seriais unos seres humanos sin entrañas y sin corazon; vosotras seriais unos monstruos en forma de mujeres, dignas de los anatemas que San Pablo pronunció contra los que no aman á Jesucristo y á la Iglesia; vosotras serias dignas del estado de degradacion y de martirio en que se ha encontrado y se encuentra siempre y en todas partes la mujer fuera del Cristianismo y de la Iglesia, y del que el Cristianismo y la Iglesia os han librado. Reflexionad bien todo esto. Vuestro buen sentido y vuestro corazon os dirán lo demas.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

PROSIGUE LA ÉPOCA DE LOS PADRES, Ó LA MUJER CATÓLICA EN LA CÓRTE, CRISTIANIZÁNDO EL IMPERIO Y AYUDANDO Á LOS PADRES Y Á LOS PONTÍFICES Á DESTRUIR LAS HEREJÍAS.

Páginas.

§ XXVII, 1.º—Constantino el Grande convertido al Cristianismo por las mujeres.—Celo de Eutropia, su suegra.—Prodigios de humildad, de caridad y de fervor de Santa Elena, su madre, y de Santa Constanza, su hija.—El Papa San Liberio, desterrado por el emperador Constante, es restituido á su silla por el celo de las matronas romanas..... 5

§ XXVII, 2.º—El emperador Máximo convertido tambien por su esposa y protegiendo el Cristianismo en la Gaula.—Comida célebre de San Martin en el palacio de la emperatriz.—Humildad y devocion de esta insigne mujer.—Por sus diligencias, San Martin y San Ambrosio se apoderaron del espíritu del emperador.—Bello pasaje de una jóven vírgen, que rehusa recibir en su casa á San Martin, y respuesta, todavia más bella, del santo obispo.—Teodosio debia sus elevadas virtudes á su mujer y á su hijo..... 11

§ XXVIII.—Santa Pulqueria.—El *Breviario Romano* le atribuye el mérito de haber confundido los errores y haber afirmado el dogma católico.—Prodigio, único en la historia, de esta jóven, gobernando un vasto Imperio á la edad de diez y seis años, y educando de la manera más perfecta á sus hermanas y á Teodosio el jóven, su hermano.—Grandes desgracias del Imperio cuando ella se aleja de la córte, que cesan tan pronto como vuelve á ella.—La herejía triunfa en Oriente por la debilidad del Emperador.—San Leon encarga á Santa Pulqueria que la combata, y la crea su legado.—Celo de otras princesas imperiales por la causa católica..... 17

§ XXIX.—Continuacion de la misma materia.—Matrimonio de Santa Pulqueria con Marciano, con la condicion de que habia de guardar su virginidad.—Ésta fué la primera princesa cristiana que conservó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

la virginidad en el matrimonio.—Celo con que trabajó para destruir la herejía.—San Leon reconoció en ella este mérito.—Una mujer hablando y escribiendo como un gran teólogo.—Sus virtudes privadas, su piedad, su espíritu de penitencia y su caridad.—Magnífico elogio que de ella hace San Cirilo.—Gibbon haciéndose su panegirista.—La mujer piadosa es muy á propósito para gobernar.—Santa Pulqueria reunió en sí todas las grandezas y todas las glorias, y fué por sí sola una bella prueba de la verdad del Cristianismo.. . 25

§ XXX.—La mujer católica de la córte, ayudando á San Gregorio á consolar á los pueblos, á reprimir las herejías y á propagar el Cristianismo.—El mismo Santo Pontífice tratando de los grandes negocios de la Iglesia con la emperatriz Constantina, con la emperatriz Leoncia y con la reina Teodolinda.—Celo de estas princesas por el sostenimiento de la fe católica, celebrado por San Gregorio.—La reina Brunehaut de Francia y la reina Berta de Inglaterra ayudan tambien al mismo Pontífice á convertir á los ingleses..... 32

§ XXXI.—La emperatriz Irene, azote de los iconoclastas; por ella se reune el segundo Concilio de Nicea, que los condena.—Bello espectáculo de esta princesa presidiendo la última sesion de aquel Concilio.—Solemnidad y magnificencia con que Irene hace celebrar la destruccion de la gran herejía y la restauracion del culto de las santas imágenes..... 38

§ XXXII.—La emperatriz Santa Teodosia, *la única soberana buena de su tiempo*.—Teófilo, su esposo, le debe su conservacion.—Habiendo levantado la cabeza la herejía de los iconoclastas, fué aniquilada por ella.—Santa Teodosia instituyendo la fiesta de la *Ortodoxia*, que los griegos celebran todavía.—Celo con que trabajó en la restauracion y en la propagacion del Catolicismo en Oriente.—Su cooperacion eficaz en la conversion de los búlgaros, de los kázaros y de los moravos.—Detestable carácter de su hijo, *Miguel el Borracho*, que persigue á su propia madre y echa los fundamentos al cisma de Oriente.—Sin embargo, resumiéndose todas las herejías en el arrianismo, fueron tan completamente destruidas por el concurso de las mujeres, que no han podido levantarse de nuevo, á pesar del cisma.—El cisma se ha perpetuado allí porque, despues de Santa Teodosia, no se ha sentado en el trono ninguna otra santa mujer.—Importancia de la mujer católica para el sostenimiento de la verdadera religion..... 42

CUARTA ÉPOCA.

LA EDAD MEDIA.

Las santas reinas ó la mujer católica sobre el trono, convirtiendo á los reyes bárbaros, y fundando monarquías y nacionalidades cristianas.

§ XXXIII.—La Edad Media, presentando el espectáculo de la formacion de las monarquías y de las nacionalidades cristianas por la

Páginas.

accion de la Iglesia, sostenida por el celo de las mujeres.—Por qué se comienza por las reinas de Francia al presentar los retratos de las santas reinas que en esta época ocuparon los tronos de Europa.—Santa Clotilde, mártir de la verdadera fe ántes de ser su apóstol.—Su matrimonio con Clodoveo.—Cómo lo convirtió ella al Cristianismo.—La batalla de Tolbiac.—San Remigio llamado á la córte por la santa reina, y convirtiendo á los francos..... 51

§ XXXIV.—Continuacion del mismo asunto.—Magnífica ceremonia del bautismo de Clodoveo y de los francos, y papel importante que en él desempeña Santa Clotilde.—Amirable carta del Papa á Clodoveo, felicitándole por su conversion.—Las esperanzas del Santo Pontífice realizadas. Desde este momento la Francia se hace la hija de la Iglesia y consagra su espada para defenderla.—La nacionalidad francesa se forma entónces en la unidad de la fe.—Esfuerzos de Santa Clotilde y de San Remigio para reemplazar en la córte el elemento bárbaro con el elemento cristiano.—La hermana de Clodoveo abraza la virginidad.—La Francia lo debe todo á Santa Clotilde y al Catolicismo..... 58

§ XXXV.—Santa Radegonda, esposa de Clotario I.—Su piedad en la córte.—Su retiro y su consagracion á Dios por el voto de castidad.—Encerrada en un convento, no por eso deja de hacer grandes servicios al Estado.—Prodigios de su penitencia, de su humildad y de su piedad.—Celebridad del monasterio de Poitiers, fundado por ella.—El poeta Fortunato le debe el desarrollo de su talento y su santificacion.—Gran bien que ella hizo á la Iglesia.—Su admirable testamento y su muerte..... 66

§ XXXVI.—Profunda humildad de Santa Vatilda ántes de ser reina de Francia.—Su vida santa en la córte, sumamente ventajosa para el Estado.—Su regencia, uno de los reinados más felices para la Iglesia y para el país.—El monasterio de Corbie, fundado por ella para difundir la instruccion y la ciencia por el reino.—Santa Vatilda fué la primera de las reinas cristianas que abolió la esclavitud y que proclamó el principio de que todo cristiano es libre, principio que forma la gloria de la Francia.—Los pueblos nada pierden en ser gobernados por santas mujeres..... 71

§ XXXVII.—Retrato de San Luis, y su elogio por Voltaire.—Este gran santo y gran rey debió su grandeza y su santidad á Blanca de Castilla, su madre, la cuarta de las santas reinas de Francia.—Maravillas de su gobierno durante la menor edad de su hijo y durante su ausencia por la primera cruzada.—Máxima que ella repetia con frecuencia á su hijo para infundir en él la santidad.—Las madres de familia no deberian olvidarla..... 73

§ XXXVIII.—Dos princesas de Francia en España, convirtiendo á sus esposos al Cristianismo.—Indegonda y su esposo San Hermenegildo.—Rigonta y su esposo Recaredo consiguen convertir á todo el reino á la verdadera fe.—Concilio de Toledo, en el que estos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

santos esposos proclaman la fe católica, ley fundamental del Estado.—La monarquía católica de España y la nacionalidad española, formadas por la accion de las mujeres, bajo la influencia y por el modelo de la monarquía y la nacionalidad cristiana de Francia.—Santa Isabel, reina de Portugal..... 77

§ XXXIX.—La monarquía y la nacionalidad inglesa fueron tambien obra de una princesa de Francia, Santa Berta, hija de Chariberto, rey de París.—Ella fué quien convirtió al rey Etelberto, su esposo, y á la nacion inglesa al Cristianismo.—San Eduardo, rey tambien de Inglaterra, santificado por su madre y por su esposa, con la que vivió guardando la virginidad.—Felicidad y gloria de su reinado, debidas á su santa esposa..... 84

§ XL.—La monarquía y la nacionalidad de Escocia constituidas tambien por la influencia de una mujer.—Santa Margarita; sus cualidades sublimes; su matrimonio con Malcolm, rey de Escocia; ella hizo de él un santo.—Su modo de educar á sus hijos y de gobernar sus pueblos.—Su celo por la propagacion de la fe y de las ciencias.—Su admirable caridad.—Lo que le debe la Escocia.—Otras santas reinas, proporcionando las mismas ventajas á Dinamarca, á Noruega y á Escocia..... 88

§ XLI.—Ojeada sobre las santas reinas de Alemania.—Santa Matilde.—Lo que le debió el emperador Enrique I, su esposo.—Cómo gobernaba ella el Estado en su ausencia.—Piedad de sus hijos.—Su vida de caridad, áun despues de la muerte de su esposo.—Su retiro á un convento.—Circunstancias edificantes de su preciosa muerte.—Santa Adelaida.—Su modo de gobernar el Imperio le hizo adquirir el título de *Madre de los reinos*.—Los ricos dones y la piadosa embajada que envió al sepulcro de San Martin.—Su santa muerte..... 98

§ XLII.—Santa Cunegonda, casada con el emperador San Enrique, conserva la virginidad en el matrimonio.—Celo de estos santos esposos por el culto de Dios, por la defensa de la Santa Sede y por la propagacion del Cristianismo.—La Hungría, convertida por su mediacion al Cristianismo.—San Estéban y la princesa Gisela, hermana de San Enrique.—Felicidad del Imperio durante el reinado de San Enrique y de Santa Cunegonda.—Hermoso espectáculo de la consagracion solemne á Dios de la santa Emperatriz, despues de la muerte de su esposo.—Su admirable muerte..... 103

§ XLIII.—Otras santas reinas en el resto de Europa.—Santa Dombrowka convirtiendo la Polonia, y, por medio de su cuñada, tambien la Hungría, al Cristianismo.—La reina Santa Eduvigis y sus virtudes.—La reina Santa Cunegonda, llevando sal en dote á Polonia..... 107

§ XLIV.—Otra Santa Eduvigis convirtiendo la Lituania y constituyendo la gran monarquía y la grán nacionalidad polaca.—Cuadro de las grandezas y de las virtudes de esta matrona.—Diversos pueblos no pueden ser reunidos en un solo pueblo sino por la unidad de la religion y por el goce de unos mismos derechos.—Proporcionar á los pueblos estas ventajas ha sido el trabajo de la mujer católica..... 115

§ XLV.—Digresion sobre la Italia.—Ella lo debe todo á los Papas.—La condesa Matilde soberana en Italia.—Su elogio por M. Rohrbacher.—Ella fué el mejor soberano de su tiempo.—Ella sola defendió al Papa y á la Santa Sede.—El gran San Gregorio VII la amaba como á su hija.—Generosidad de sus donaciones á la Iglesia.—Ella fué quien fundó la Universidad de Bolonia, donde las mujeres son admitidas á enseñar.—Su modo de gobernar.—Grande época en que los tronos de Europa estaban ocupados por santas soberanas.—Conclusion sobre el bien inmenso que han producido las santas reinas.. 124

§ XLVI.—Otra observacion importante sobre la parte que han tenido las santas reinas en la formacion de las monarquías cristianas.—La abnegacion esencial de la monarquía cristiana, segun el Evangelio, es la *devocion*, como el de la monarquía pagana es la *dominacion*.—La abnegacion es el sentimiento particular de la mujer, y ella fué quien la estableció en las monarquías modernas.—Equivocacion sensible del Conde de Maistre en este particular.—Los príncipes cristianos de Oriente no han comprendido jamas el poder cristiano.—Los príncipes de Occidente han sido siempre cristianos como soberanos, áun cuando no lo hayan sido como particulares.—La Iglesia ha civilizado la Europa con el auxilio de las mujeres..... 128

Páginas.

CONTINUACION DE LA MISMA ÉPOCA.

SIGUE LA EDAD MEDIA.

Las mujeres religiosas, ó la mujer católica retirada del mundo, afirmando la religion, popularizando la santidad en el mundo, y cooperando á la fundacion de todos los establecimientos religiosos.

§ XLVII.—La virtud de la castidad se hace popular en la Edad Media por el ejemplo de las santas reinas.—La profesion de la virginidad es mirada por las jóvenes como su estado natural.—Sus mismos padres se consideran felices en consagrarlas al Señor, y ellas se consideran más felices aún en ser consagradas.—Santa Genoveva.—La esposa de San Valdril, Santa Gertrúdis de Francia y Santa Godaberta son una prueba de esta generosa tendencia de las mujeres.—La institucion de la festividad del Córpus fué obra de las mujeres religiosas..... 133

§ XLVIII.—Ninguna nacion católica tuvo, en la Edad Media, mayor número de obispos santos que la Francia. Sin embargo, ellos adquirieron la santidad por causa de las *mujeres religiosas*.—Pruebas históricas de este hecho.—Celo de estas mismas mujeres para la obra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

de las misiones.—San Bonifacio ayudado por ellas en su mision de cristianizar la Alemania..... 139

§ XLIX.—Las *mujeres religiosas*, misioneras igualmente.—Santa Salaberga, Santa Hildegarda, Santa Gertrúdis, Santa Francisca Romana y Santa Juliana.—Celo de estas santas en la conversion de los pecadores y en la santificacion de los hombres.—Santa Brígida, su apostolado y sus profecías relativas á los griegos.—El prodigio de Santa Rosa de Viterbo predicando y convirtiendo á los herejes.. 144

§ L.—Santa Catalina de Sena, el gran prodigio del siglo XIII.—Su amor á la virginidad.—Su caridad heroica.—Sus profecías.—Prodigio de su celo por la conversion de las almas, coronado por un éxito todavía más prodigioso.—Su doctrina puramente celestial.—Sus predicaciones en el Sacro Colegio.—Sus negociaciones y el resultado feliz de ellas por la paz de Italia, y por la union de los pueblos en la obediencia del Papa legítimo.—Excelencia y grandeza de su política.—Inmenso bien que ella hizo á la república cristiana y á la Iglesia.—Consecuencias del apostolado de la mujer católica en la Edad Media..... 153

§ LI.—Influencia de las *mujeres religiosas* en la fundacion de un gran número de monasterios de hombres en la Edad Media, particularmente en Francia.—Los más grandes fundadores de las Órdenes religiosas de la misma época fueron formados por las santas mujeres, á las que debieron una gran parte de sus triunfos.—San Benito, San Francisco de Asís.—Grandeza de Santa Clara.—Santa Inés, hija del rey de Bohemia, convertida en su hija.—Cómo fué honrada Santa Clara por la Iglesia en su muerte..... 169

§ LII.—Continuacion de la misma materia.—Santo Domingo, Santo Tomás y San Felipe Benicio.—Méritos y grandezas de San Bernardo.—El fué el verdadero San Ambrosio de su siglo.—Á las mujeres debe la Iglesia este insigne doctor, y la Francia esta grande gloria..... 178

§ LIII.—La esterilidad de la virginidad voluntaria es prodigiosamente fecunda.—Santa Genoveva.—Sus grandezas y el prodigio de su sacrificio por su país.—Puntos de semejanza entre esta heroína cristiana y la Doncella de Orleans.—Historia de Juana de Arco.—Pruebas de su virtud y de su mision celestial.—Prodigios de su sabiduría y de su valor.—Sus combates y sus triunfos.—La infamia de sus compatriotas, entregándola á los enemigos de la Francia.—Retrato de su alma.—Juana de Arco, prodigio único en la historia del mundo.—La mujer católica á la altura de todo, tanto como el hombre..... 184

§ LIV.—Prosigue la historia de Juana de Arco.—Injusticia, única en el mundo, de su proceso.—Historia edificante de su martirio.—La Doncella, tan grande durante su vida, fué más grande aún en su muerte..... 201

§ LV.—Glorificacion de Juana de Arco despues de su muerte.—Testimonio que sus mismos enemigos dictaron de su inocencia.—El mismo Dios vengó su muerte de una manera pública, con la muerte de sus jueces.—Juana de Arco, olvidada por su patria y por su rey, sólo fué rehabilitada por la Iglesia, que la proclamó *tres veces mártir*.—Criminalidad de Voltaire contra la Doncella.—Nota sobre su estatua en Orleans.—La Francia debe cuanto ella es á dos mujeres.—Influencia de la mujer católica, en general, sobre la civilizacion de los pueblos.—La caballería.—La mujer francesa en la ciudad y en la aldea.—Conclusion sobre las grandezas de la mujer católica en la Edad Media..... 210

Páginas.

QUINTA Y ÚLTIMA ÉPOCA.

Los tiempos modernos, ó la mujer católica reparando y conteniendo los estragos del protestantismo y de la falsa filosofía, y multiplicando las obras de de religion y de caridad.

§ LVI.—Algunos detalles sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Grandes designos de Dios en este descubrimiento.—Gran piedad de Cristóbal Colon, y carácter eminentemente religioso de su expedicion.—Este gran acontecimiento se verificó tambien por el concurso generoso de la mujer católica, Isabel de España..... 215

§ LVII.—Prosiguen las grandezas de Isabel la Católica.—Fernando, su esposo, no era otra cosa que el ejecutor de sus grandes pensamientos.—Sus cualidades militares en la guerra contra los moros, á quienes arrojó de toda España.—Retrato del cardenal Jimenez de Cisnéros.—Lo que la España y la Europa deben á Isabel por haber conocido y hecho valer á este hombre extraordinario.—Los tres hombres más grandes de la época sostenidos por ella y menospreciados por el rey Fernando.—La conquista de Oran, y su importancia.—Magnífico retrato que muchos grandes historiadores han hecho del alma sublime y santa de *Isabel la Católica*..... 223

§ LVIII.—San Cayetano Tieneo, enviado por Dios para indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que le había hecho sufrir Lutero.—El Concilio de Trento, lo mismo que la *reforma del clero* y todas las fundaciones de las diversas órdenes de *clérigos regulares* y de todos los establecimientos de piedad y de caridad de su tiempo, fueron pensamiento y obra suya.—Todo el bien que de tres siglos á esta parte se hace en la Iglesia se remonta hasta él; y este grande hombre, instruido por una santa mujer, fué ayudado tambien en todas sus obras por santas mujeres.—Observacion general sobre la mujer católica, mártir de los tiempos modernos..... 233

§ LIX.—El protestantismo, como todos los sistemas del error, inventado por falsos doctores, se estableció por la fuerza de los soberanos.—Cobardía de los soberanos católicos para con las potencias protestantes.—El mismo Luis XIV hizo alianza con Crom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

well y adoptó la política anticristiana que más tarde envió á Luis XVI al cadalso.—Solas las reinas católicas hicieron una resistencia enérgica al protestantismo.—La reina María estableciendo el Catolicismo en Inglaterra; su defensa y su elogio..... 239

§ LX.—Otros ejemplos del celo valeroso de la mujer católica en el combate contra el protestantismo.—María Estuardo, reina de Escocia, víctima de su celo.—Su martirio.—Hipocresía y crueldad de Isabel.—Las mujeres fueron las que salvaron el Catolicismo en Irlanda y en una gran parte de Alemania y de la Suiza.—Catalina, princesa de Polonia, consigue convertir al rey de Suecia, su esposo, y restablecer el Catolicismo en su reino..... 244

§ LXI.—Por el celo de la mujer católica se ha salvado igualmente el Catolicismo en Italia, en España, en Bélgica y en Francia.—La venerable Úrsula Benincasa.—Santa Teresa.—Margarita II, regente de los Países-Bajos.—Catalina de Médicis; su magnífico retrato por Fleury.—Lamentables cualidades de los tres reyes, sus hijos.—Ella fué quien preparó el camino á Enrique IV y salvó la monarquía y el Catolicismo en Francia.—La liga que, á pesar de sus faltas, contribuyó al mismo objeto, no fué otra cosa que la expresion de los sentimientos de la mujer francesa, esencialmente católica..... 254

§ LXII.—Ojeada general sobre el concurso de la mujer católica en los grandes trabajos de los santos de los tiempos modernos para la reforma de costumbres y para el desarrollo del espíritu del Catolicismo.—Consideraciones sobre este concurso, particularmente en Francia.—San Francisco de Sales debió á las santas mujeres el pensamiento de sus mejores escritos y el espíritu de dulzura que en ellos se encuentra.—Santa Francisca de Chantal, ayudando á San Francisco de Sales en la fundacion de la Orden de la *Visitacion*.... 261

§ LXIII.—San Vicente de Paul y sus *señoras de la caridad* y sus *hijas de la caridad*.—Importancia y grandeza de esta última institucion, y homenajes que le tributan en estos momentos el cisma, la herejía y el mahometismo.—Las hijas de la caridad, misioneras tambien de la verdad.—La obra de los *niños expósitos* y otras grandes obras de la caridad de San Vicente de Paul.—Mma. Legras y Mma. Goussault.—La mujer católica sola digna de comprender el gran corazon de San Vicente.—Por su concurso llevó él á efecto todas sus preciosas fundaciones..... 266

§ LXIV.—San Vicente de Paul ayudado por las mujeres en la reforma del clero.—La reina regente confiándole la direccion de los negocios eclesiásticos.—La santa tabernera *María de Gournay*, y su magnífico elogio por M. Olier, á quien debió su conversion.—La fundacion de la congregacion de San Sulpicio y de los seminarios en Francia fué igualmente obra de las mujeres.—Nota de M. Belsunce, que debió tambien á las mujeres la gloria de sus virtudes..... 278

§ LXV.—La córte de Luis XIV.—La piedad enmascarada reinaba en

Páginas.

ella al lado del mayor libertinaje.—La revolucion francesa nació de allí.—Las *hijas de Saint-Cyr*.—Mma. de Maintenon; su sabiduría y su caridad.—Su abnegacion.—La mayor felicidad de Luis fué el haberla hecho su esposa.—Ella fué quien, dirigida por Fenelon, le enseñó sus deberes y le apartó de sus desórdenes.—Empresa de la declaracion de 1862.—Mma. de Main tenon fué quien impidió que degenerase en un cisma completo..... 284

§ LXVI.—Continuacion de la feliz influencia ejercida por Mma. de Maintenon en la córte de Luis XIV.—Su actitud caritativa al tiempo de la revocacion del edicto de Nántes.—Resultados de su celo, de acuerdo con el del Papa, para que se convirtiese á los hugonotes, en vez de perseguirlos.—Horrible retrato de Luis XIV, trazado por Fenelon.—Mma. de Maintenon elevando á Fenelon y protegiéndole contra sus enemigos.—Al sentimiento cristiano de esta matrona debe la literatura francesa las obras maestras de Racine.—Horrible humillacion que Luis XIV hizo sufrir á Bossuet, que tanto le habia exaltado.—Inmensa servidumbre de que se libró la Iglesia de Francia por causa de esta misma mujer.—Luis XIV sostenido por ella en sus grandes infortunios y en el momento de su muerte.—Homenaje tributado por el Duque de Borgoña á las virtudes de Mma. de Maintenon..... 292

§ LXVII.—La córte de Luis XV más lamentable que la de Luis XIV.—La reina María Leczinska, encargada por Dios de perpetuar en ella las tradiciones de la castidad y de la fe de las princesas de Francia.—Amor de esta reina á su pueblo, y su caridad inagotable con los desgraciados.—Santidad de Enriqueta, su hija.—María Luisa de Francia, haciéndose religiosa carmelita para expiar los pecados de su padre.—Circunstancias patéticas de su profesion religiosa.—Las princesas Adelaida y Victoria de Francia son tambieu unas santas, lo mismo que el Delfin su hermano.—Contraste singular de esta familia de santos, modelos de todas las virtudes, al lado de Luis XV, infestado por todos los vicios..... 301

§ LXVIII.—Una excursion á Alemania.—Cobardía de todos los soberanos de Europa conspirando contra una mujer, María Teresa de Austria.—Grandeza de alma de esta reina, triunfando sola de todos sus enemigos.—María Teresa, el único gran soberano cristiano de su siglo.—Su anhelo por hacer la felicidad de sus pueblos.—Su caridad.—Su política.—Su retrato comparado con el de Catalina II de Rusia.—Ella fué inocente del repartimiento de la Polonia.—Ella fué la única que vió en aquel repartimiento el mayor crimen y la mayor calamidad para Europa.—Cuánto importa á la Europa entera, y á la Francia en particular, el restablecimiento de esta gran nacionalidad católica..... 312

§ LXIX.—Paralelo entre los hombres y las mujeres de la familia real de Francia en la época de la revolucion francesa.—Muerte heroica de María Antonieta y de Isabel de Francia.—Las religiosas márti-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

res —El respeto debido á la mujer, ó la civilizacion monospreciada, en la persecucion que se les hizo.—Su actitud sublime, y el prodigio de su celo y de su valor en las prisiones y en el cadalso.—Ellas renovaron los ejemplos de los antiguos mártires y llenaron de gloria el Catolicismo.—El clero tuvo que lamentar algunos apóstatas.—Las religiosas no tuvieron más que mártires..... 319

§ LXX.—La mujer francesa y los cultos fabricados por la revolucion.—Apostolado de la mujer católica en aquella época.—Por la influencia de la mujer fué restablecido el Catolicismo en Francia por Napoleon I.—El Catolicismo combatido de nuevo bajo la restauracion, y sostenido siempre por la mujer.—Francia debe á las mujeres haber permanecido católica..... 328

§ LXXI.—Celo de la mujer católica de nuestros dias por la propagacion del Catolicismo.—La obra de la *propagacion de la fe*, imaginada por ella, es sostenida y propagada por ella misma.—Cuadro patético del apostolado de las mujeres que siguen á los misioneros en todas las partes del mundo.—Nueva gloria de la Francia.—Apostolado de la mujer católica en el interior.—Santas hijas, apóstoles de sus parroquias, sin ser religiosas.—Magnífica pintura de la caridad parisiense, por M. Cormenin.—La mujer es el alma y el sosten de todas las obras de religion y de caridad en Francia.—Conclusion de la segunda parte de esta obra..... 334

TERCERA PARTE.

CONDICIONES DE LA GRANDEZA DE LA MUJER CATÓLICA.

§ I.—Las mujeres católicas de todas las épocas de la Iglesia han sido tan grandes porque han reunido á virtudes sublimes un conocimiento profundo de la religion.—Estado deplorable de la educacion que se da á las mujeres, en nuestros dias, respecto á instruccion religiosa.—Injusticia con que se quejan de la frivolidad de las mujeres, supuesto que se les da una educacion frívola.—Necesidad de que la mujer tenga, en los tiempos presentes, una gran instruccion religiosa.—Ventajas de enseñarles el latin eclesiástico.—La lectura de los padres de la Iglesia, y su importancia.—Sus traducciones.—La Europa, culpable de haber preferido las ventajas temporales á las ventajas espirituales, y castigada con la pérdida de las unas y de las otras..... 347

§ II.—La mujer católica ha sido grande, en las diferentes épocas de la Iglesia, porque ha sido casta.—Pruebas de que la mujer no es caritativa sino en cuanto que es pura.—Al perder la mujer la castidad, pierde la sensibilidad.—La mujer extraviada no ama más que su

Páginas.

persona, y se hace cruel con todos los demas.—Herodiades, Teodora, Antonina, Fredegonda, Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia fueron unos monstruos de crueldad porque fueron tambien unos monstruos de libertinaje..... 259

§ III.—La castidad es tambien para la mujer la condicion *sine qua non* de su amor y de su celo por la verdadera religion.—La mujer irlandesa.—La virginidad de la fe depende de la virginidad del corazon.—La mujer pura es la guarda fiel de la Iglesia, y cómo debe ella consagrarse á la Iglesia.—Conclusion..... 369

FIN DEL ÍNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
DAD AUTÓNOMA DE N
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE